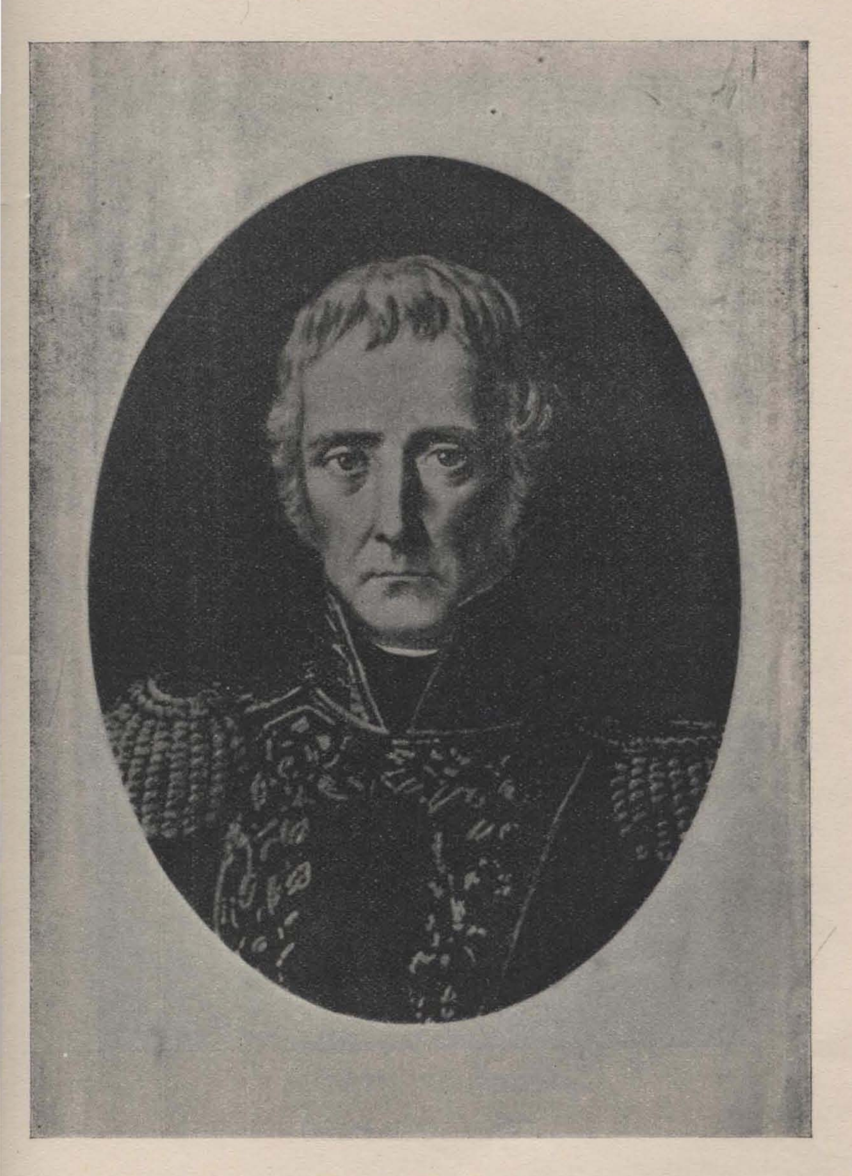
Año XXIX Nº 449 BUENOS AIRES, MAYO 31 DE 1910 Tomo XXXIII

EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMÙN

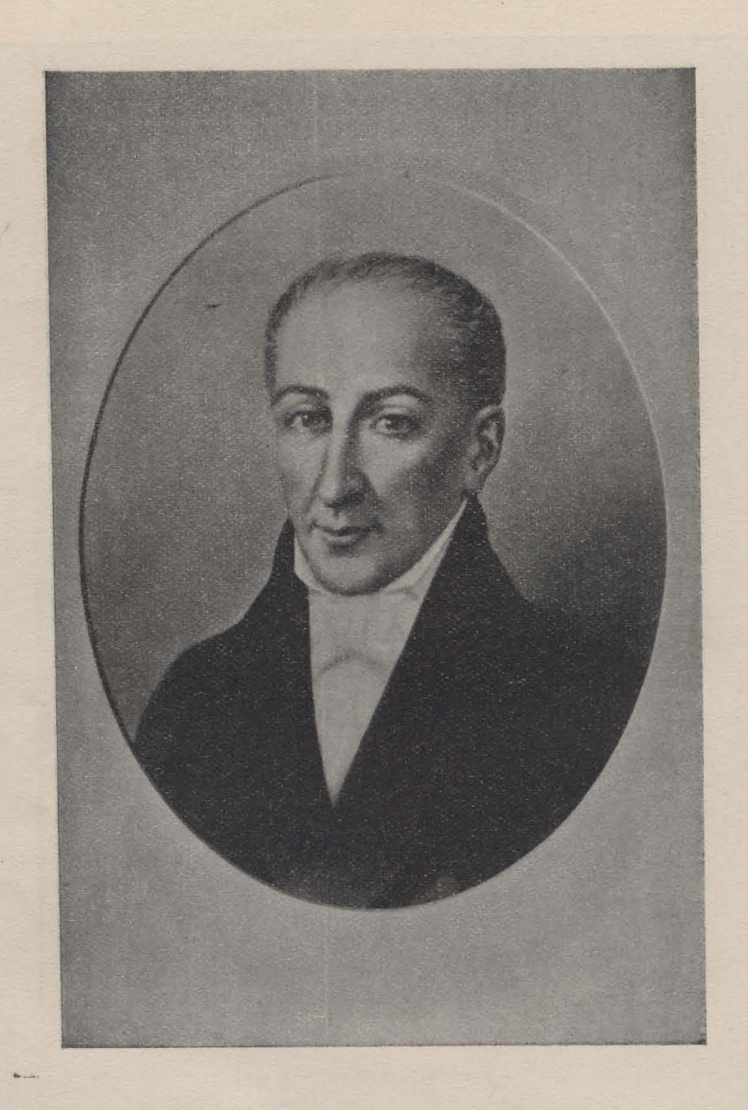
ÓRGANO DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

DIRECTOR: ALBERTO JULIÁN MARTÍNEZ.

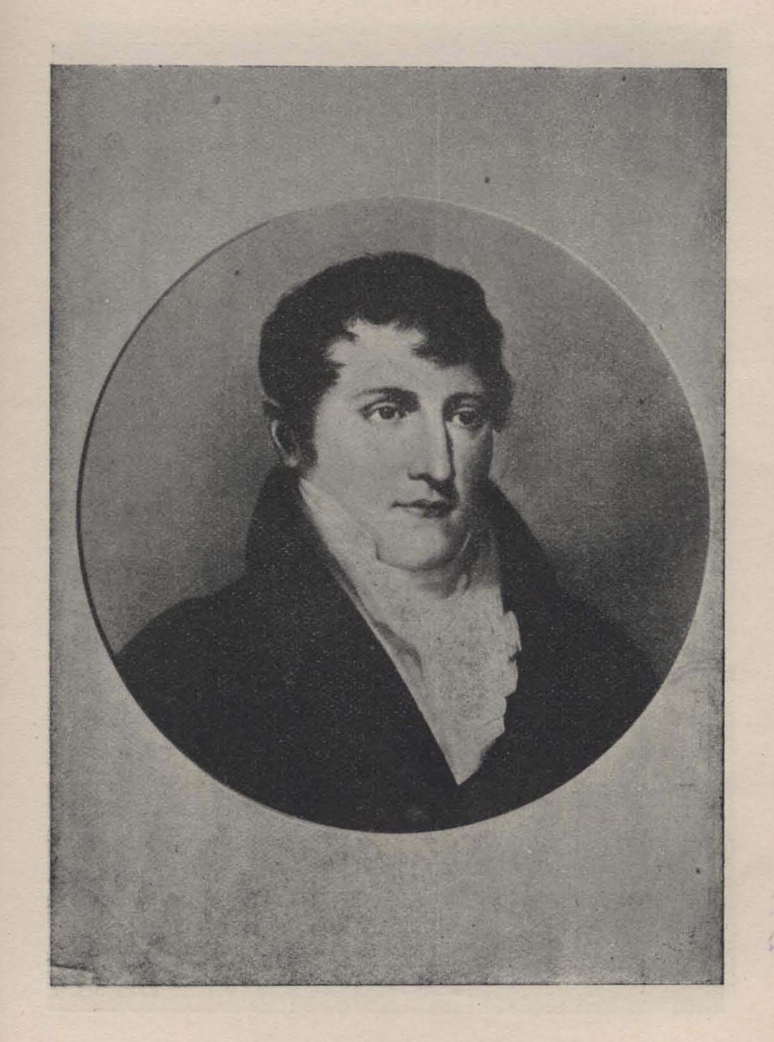
Los miembros de la Primera Junta



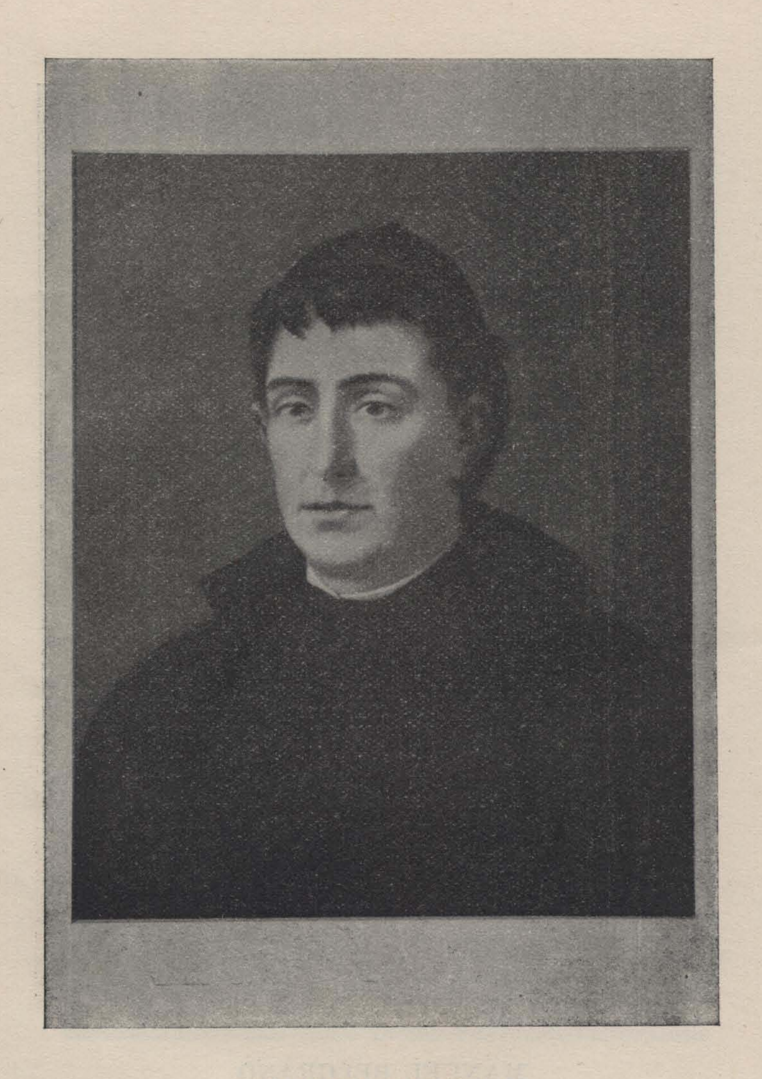
CORNELIO SAAVEDRA



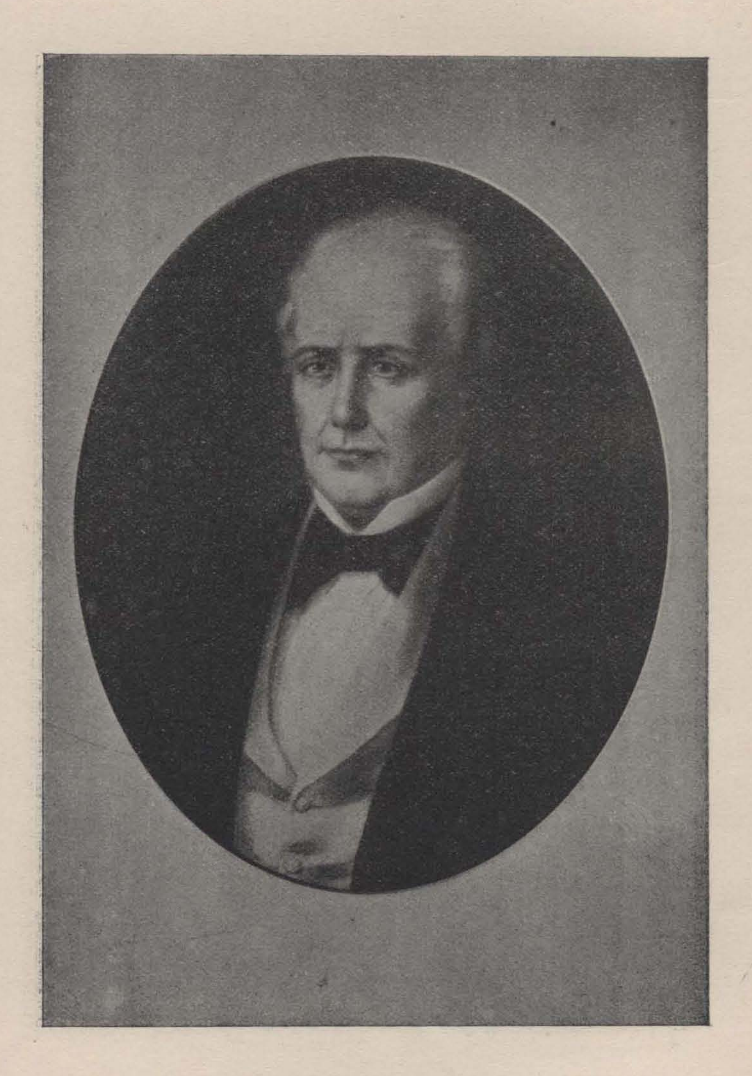
JUAN JOSE PASO



MANUEL BELGRANO



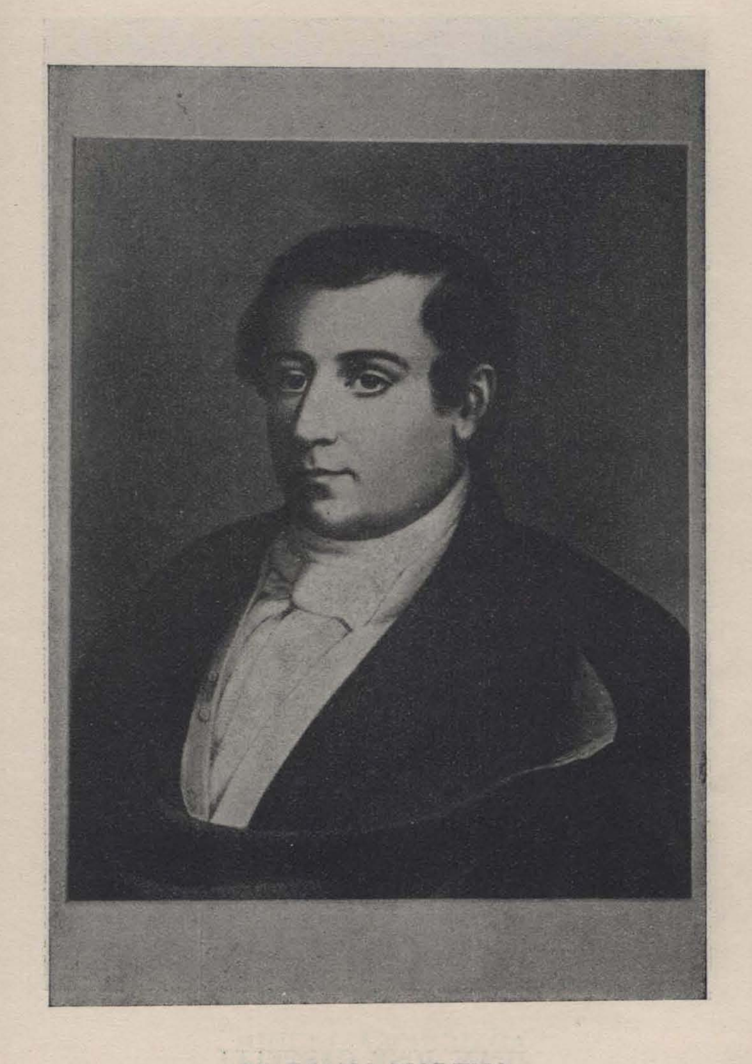
MANUEL ALBERTI



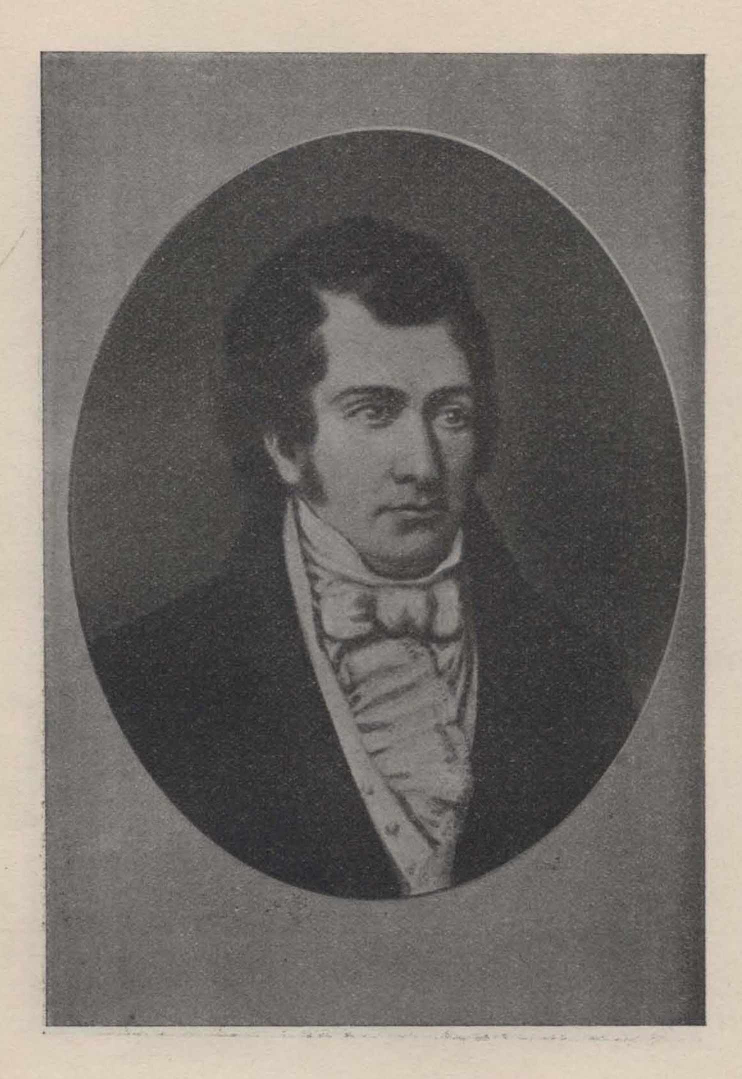
DOMINGO MATHEU



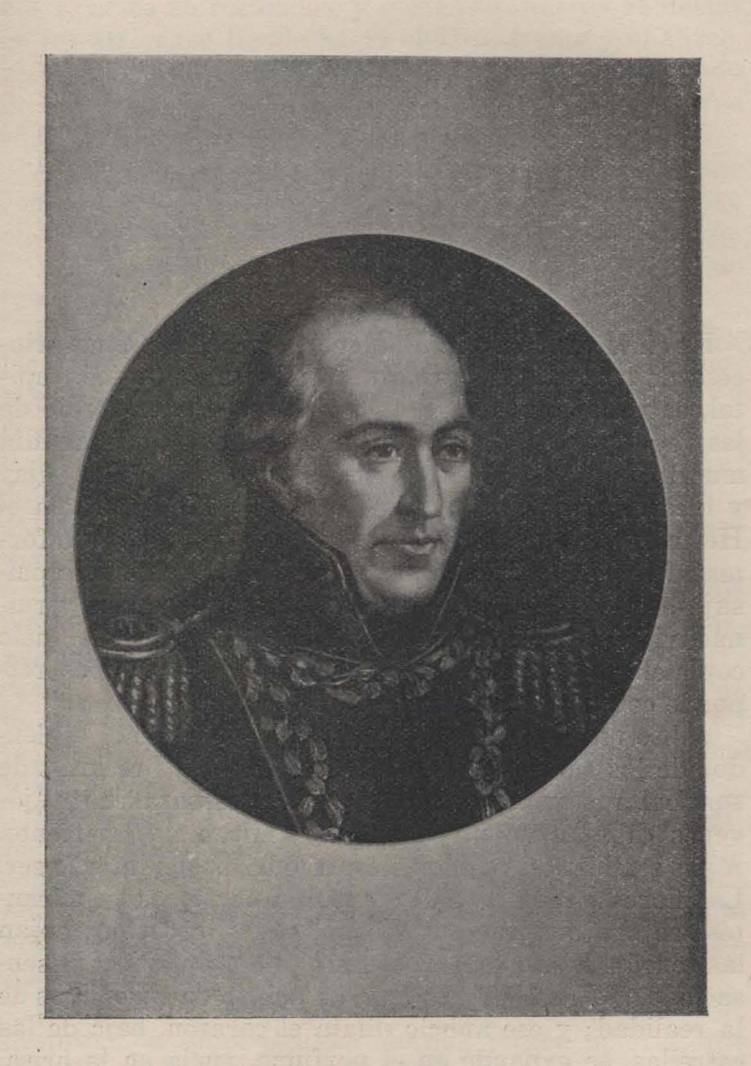
JUAN LARREA



MARIANO MORENO



JUAN JOSE CASTELLI



MIGUEL AZCUENAGA

Las exhalaciones

Es en la época de la dominación romana. Como princesa de las plantas y señora de las aguas, Jericó, capital, entre las cinco de Palestina, delínease en medio de las vegetaciones. La noche bendice la hermosura del día muerto; y fantásticos genios esparcen estrellas fijas y luceros palpitantes, trás de Moab y Judea, hacia el Hermon y Gasa. Así, desde la raíz de los horizontes, forman fecundas miriadas, en oposición á los estériles paisajes. Mientras el Mar Muerto, con sus leyendas y ruinas, vive cual corazón de las regiones mustias, el cielo copia el oasis de Jericó, y á sus flores y á sus frutos responde con una apoteosis de astros.

Sobre un palacio, la noche sueña evocando el esplendor de los cuentos árabes, con las piedras preciosas de sus fosforescencias coloreadas. En la terraza, cuatro jóvenes dibujan sus níveas ropas, y miran el firmamento. A sus semblantes pálidos llegan sonrisas del interno ser. Las flores en los jardines exhalan perfumes penetrantes: se cree aspirar sus almas, que, al ascender, dejan las corolas exhaustas. La sombra celebra nupcias de sensaciones y de recuerdos; flota un anhelo de gozo, lejos de la realidad; y ese anhelo dilata el corazón, baja de las estrellas, se expande en el perfume, vuela en la brisa, canta en la fuente.

La fuente no es una: los canales comunican sus legiones, y, fecundos, tejen red de murmurios, dicen querellas informes, cuentan los minutos, acarician las ideas, y prestan alas á los sueños.

Más allá del jardín, un mar inmóvil de casas, con algunos velarios no recogidos, y muchas palmeras enhiestas en los atrios, se tiende hasta el Hipódromo y el Circo reforzando las sombras de las murallas. El hermano de las jóvenes convierte los ojos á la ciudad, mientras ellas escrutan las bellezas siderales.

—Ah! la atmósfera de Jerusalén—exclama—oprime con su bullente templo, y sus sacrificios cruentos, y su olor á sangre, y la discusión perpetua de sus doctores.

—¿Cómo?—replica Rebeca—¿Has perdido la fe de tus padres?

—Te equivocas: quería explicar solamente lo amable de Jericó. Los gentiles le han dado luces humanas, y aquí se respira mejor la gracia de la existencia: en el aire, en las mujeres, hasta en las flores de los festines, fulge una sonrisa que falta en Jerusalén. Ah! deseo vivir en Jericó y morir en el valle de Josafat.

Las hermanas se sonríen. Raquel agrega: "Hace días que estás inquieto".

—Mi inquietud—responde—la comparten muchos mancebos. Vivimos en una tierra de prodigios dormida. En nuestra displicencia esperamos algo que no se produce. Hay un profeta de Nazaret á quien dicen capaz de milagros. Si yo le viese hacer uno, reforzaría mi fe, puesto que nuestros padres creían en Moisés, sobre todo, porque miraban las maravillas de su obra.

Un cuadruple grito lo interrumpe. Una enorme exhalación cruza el cielo. Con el ardor de un rubí, baja como un topacio, y expira cual un záfiro. Las doncellas han advertido los tres reflejos, y han hecho un rápido voto: simulando puntos de interrogación, quedan después mudas ante el espacio.

Raquel rompe el silencio: "Es flor celeste que baja, desprendida sobre el alma de una virgen muerta, que sube".

Zoar prorrumpe: "Es piedra preciosa con que juegan los ángeles invisibles".

Rebeca suspira: "¿Por qué no saludan las músicas del cielo á la viajera alada?"

Noemi murmura: "¿Por qué no lloran los astros á la estrella perdida?"

Y todas á un tiempo exclaman: "¿En dónde habrá caído?"

El hermano que deja de mirar la ciudad, desde la sombra de su rincón, dice, y su voz se mezcla á los murmurios sonantes en las palmeras y las aguas: "Sí! el Oriente es cuna de prodigios. Cuando una exhalación toca su tierra, se transforma en planta, piedra ó fuente. Y en remotos tiempos una fué tan bella, que al chocar con el Sinaí se volvió criatura. Ah! la fascinante Eva. Careció de infancia, y como la otra naciera del flanco de Adán, ella, condensación de un astro, bajó del Empíreo. Pero no reinaban ya las horas angélicas: las almas transparentes no paseaban por montes y llanos el único vestido de su lumbre. Y llevaba chitón azul y túnica blanca, bajo el esplendor de su cabellera de oro. Así empezaba en cielo, con la gracia de una nube, rematando en sol con la potencia de un triunfo. Y como las frutas del jardín conservan el aroma de su flor, la mujer en pleno día ostentaba en el mirar los cambiantes de la estrella originaria.

El misterio y la inquietud de ese reflejo, engendraban al paso el anhelo de lo infinito. Los hombres la adoraron de un modo absoluto. Los envolvía en el soplo de un amante jardín del firmamento. Las aguas terrenas modulaban acentos de ignota felicidad, y el corazón en ese ritmo encontraba alas divinas. Después nacía la angustia desesperante, pues ella, ajena al mal sembrado, sonreía á todos con la misma lumbre, siempre intangible, sin cesar vagabunda, y cada vez más real y maravillosa.

La tierra sintió su influencia. Los collados le decían: "nuestro incienso es tuyo"; los valles: "bebe de nuestras aguas"; los bosques: "he aquí nuestras mejores sombras"; los montes: "haz altares con nuestros riscos".

Y no era para menos: trastornaba las estaciones. Los árboles florecían ante sus ojos, y las pomas reven-

taban antes del estío al sentir sus calores. Las aguas invernales, trozando sus hielos, querían ofrecerla espejos, y viéndola alejarse gemían armoniosas.

La mujer, indiferente en medio de los homenajes, acabó por sentir profundas nostalgias. Y en una noche semejante á ésta, en que las estrellas esmaltaban el manto de la Vía Láctea, subió á una cumbre y se puso á mirar el espacio.

La hora nupcial estremecía el Universo, y las exhalaciones cruzaban como amorosos mensajes de los más lejanos astros. Sólo ella sabía el verdadero secreto de las viajeras. Su espíritu conocía el momento de elevar al Hacedor los anhelos de un alma. De un alto punto escapó un meteoro. Penetró en la zona perceptible desde el monte. La mujer hizo el voto, y murmuró la palabra mágica. Tembló echando chispas: despidió rubíes, diamantes, topacios. Adquirió invisibles alas, flotó, voló, y cual si llevase en sí un viento luminoso, giró errabunda. Mas, pudo sentir antes un lejano himno desgarrador: mil labios abiertos como heridas se confundían en igual amargura. Y al concento hablado mezclábase sin palabras la voz de las linfas y las hojas: mientras los hombres agonizaban, los árboles se marchitaban y se extinguían las fuentes.

La exhalación en pleno espacio sentía ya el vértigo embriagante del vacío. Su viaje fantástico multiplicaba sorpresas de colores. Encendíase fosforescente en las colas blancas de los cometas. Rozaba nuevos mundos, inspirándoles nuevos pensamientos y divinas leyendas. A cada constelación prestaba un rápido signo. Se complacía un instante en ser satélite de un planeta; luego, nuevamente desprendida, vibraba entre el movimiento de los astros. Pero en el silencio augusto no olvidaba el adiós humano. La queja la obsedía, y sin querer continuar, llena de ese grito desgarrador, se deshizo en el espacio, y toda su antigua gloria fué una inmensa lágrima de oro..."

El hermano enmudece. Las cuatro figuras tornan á in-

terrogar el cielo. Otro meteoro cruza. Esta vez las hermanas no gritan: calladas, piensan absortas: ¿vendrá en él el misterioso prometido? El joven se dice: "Al rabí de Nazaret, esperado en Jericó, lo llaman Hijo de Dios: ¿no será una exhalación vuelta hombre?... Entre las flores que vierten aromas, las aguas cantan siempre, y los murmurios de la noche siguen acariciando los sueños!

ANGEL DE ESTRADA (hijo).

Buenos Aires, Mayo de 1910.

Himno al libro

Lámpara de cristal
que alumbra los caminos del Mal.

Misal de la sabiduría
Speculum justiciae...

Santo! Santo! Santo!
Señor de los misterios revelados,
en la página de oro de tu canto
ó en las prosas viriles de tus pontificados.

Idolo que resuenas en los desiertos
como un coloso de Memnon. Pontífice,
que hiciste de filósofo y de artífice
sobre la tumba de los dioses muertos.
Pues en tí se escribieron las palabras severas
y las ideas triunfales,
que hicieron de las épocas primeras
materia para las épocas inmortales...

Te abres como un resplandor
iluminando al mundo. El amor,
canta en tu silencio grave
como un romántico clave;
la ciencia, registra en tus lecciones
sus grandes revelaciones;
el arte, pone sus mejores rosas
en el jardín de tus páginas armoniosas...

En tus sedes severas
la filosofía riega sus adormideras,
y como en un palenque de guerra,
en tí, la corte del ingenio
ha presidido para asombrar la tierra
la batalla del Genio contra el Genio.

Deslumbrador semáforo rutilante de ideas,
tus páginas ardientes brillan como las teas:
expresión de las ciencias;
lámpara luminosa sobre el ara
de la meditación, ánfora rara
de las inteligencias.

Llena el mundo la unción de tu retiro,
la paz de tu santuario; te engendraron
la arcilla y el papiro...
y al fervor de las épocas primitivas
sobre tus aras santas se inclinaron
las frentes pensativas.

Diste al lenguaje formas expresivas,
panal del pensamiento soberano
que embriaga el alma y la tiniebla aroma
con la miel rosa del saber humano,
por tí se iluminaron los cielos del idioma
las noches que cubrían los mundos del arcano

Comendador de los creyentes
en el gran templo sin obispos,
donde resuena el himno de las cosas
y las parábolas elocuentes,
el ritmo de los versos y el alma de las prosas,
vestido á la vieja usanza
de los Sumos Pontífices,
blanco, nimbado de celeste esperanza,
acaudillas las greyes de los artífices,
ó bien, ostentando en la cabeza
la corona de hiedra
que sombrea la meditación de los sabios,
surges en el santuario de la belleza,
expresión de verdad tallada en piedra,
desnuda con un dedo en los labios.

Paladión de las ideas,
gran templo de la moral arquitectura,
donde celebran sus panateneas
las Eleusis de toda cultura.

Lámpara de cristal
que alumbras los caminos del Mal.

Desde la tosca piedra milenaria,
desde el viejo papiro
que alborearon la edad más solitaria,
yo siento tu respiro,

tu aliento intelectual, tu canto análogo
al canto de los trípodes de Hades,
al canto de las sordas tempestades
que castigan las ondas del Estigio,
canto análogo
á la voz-tempestad, Dios del prodigio,
que te anunció en las tablas del Decálogo.

Truenan en tí las grandes voces
debeladoras de los falsos imperios,
y de los falsos dioses,
y de los mitológicos misterios...
Como el sol cuando nace,
culminando las altísimas cimas,
sobre el gran horizonte purpurado,
en las cumbres del genio te sublimas
y á tu nimbo de auroras se deshace,
montón de nieve, el alma del Pasado.

Las tinieblas se abren cuando pasas
con tu esplendor galano,
llevando de la mano
el alma balbuciente de las razas.

Eres puñal, incienso,
jardín, templo y santuario,
como el ensueño del azul inmenso
brilla en la luz tu eterno silabario.

Asi vas, así cantas,
así destruyes, así elevas,
sobre las ruinas de las Romas santas
el gran ejido de las Romas nuevas.
Así surges y alumbras,
así, vate ó filósofo pagano,
con tu ariete de hipérboles derrumbas
el solio secular de los tiranos.
Así enseñas, espíritu fecundo,
la buena nueva en que el ideal sublimas,
y surges meditando sobre el mundo,
como un dios vengador sobre las cimas.

JUAN JULIÁN LASTRA

Buenos Aires, Mayo de 1910.

El centenario y los analfabetos

Acaso habría sido más conforme al patriotismo reflexivo, una celebración de nuestras fiestas seculares aplicando la totalidad del dinero en ellas invertido en la solución del grave problema de nuestro grueso analfabetismo. El espíritu glorioso de nuestros próceres no habría, sin duda, echado de menos la estatua ó el monumento conmemorativo, si los millones erogados hubiesen sido exclusivamente puestos en la premiosa obra de la fundación de escuelas primarias de toda clase y en la más adecuada preparación del maestro.

Se hace ya ocioso advertir la creciente gravedad de ese problema, para cuya mejor solución no debería quedar un sólo ciudadano sin prestar su más esforzada cooperación. Es un caso de guerra, de guerra á la más triste y funesta de las plagas sociales. Y, si para defenderse de un enemigo que nos agrediese y pusiera en peligro la integridad de nuestra soberanía territorial, no habría quien no corriese á ofrecerse íntegro, ¿por qué, si es más temible la ignorancia de nuestras poblaciones, hemos de dejar que el enemigo avance, como avanza, día á día, engrosado por corrientes étnicas aluvionales que, si son una bendición del punto de vista económico, acrecientan en modo pavoroso la cifra de nuestro general analfabetismo y las más graves taras sociales?

Ya es por demás notorio que esa solución se halla

enojosamente retrasada y que la hemos dejado más ó menos librada á la evolución general del país, esperando que los progresos de éste nos la traigan normalmente, cuando debiera ser profunda convicción de nuestros hombres de gobierno y de la opinión de toda clase, que dicho problema requiere perentoriamente un esfuerzo máximo, superior á todo cuanto la nación nos exige en otros órdenes de su economía y de sus adelantos, de modo á unificar la acción de las provincias en la manera constitucional de que ya tuve oportunidad de ocuparme, dándoles, en forma segura y garantida, los amplios recursos de que ahora no pueden disponer y considerando obligada á la nación, pues que este asunto es esencial y transcendentalmente nacional.

Tiene que dolernos la ingrata circunstancia de que el Centenario de la República nos sorprenda con una elevada cifra de ignorantes, que nos cuidaremos bien de exhibir junto á las relativas á nuestros progresos económicos y aun á otros progresos de índole intelectual. Pienso que tal situación, calificada con hidalga crudeza, es bochornosa para el sentimiento nacional, no sólo por el hecho en sí mismo sino por las penosas contingencias á que él nos expone y expondrá por mucho tiempo todavía, como que no hay un sólo problema de nuestro porvenir que no esté, desde luego, subordinado á este que me ocupa, fundamental de todo fundamento.

¿Por qué no habríamos de hacer en el día glorioso de hoy la resolución de afrontar la rebelde dificultad, á fin de tener encaminada la solución en la próxima fecha secular de nuestra independencia? Bien valdría la pena de contraer hoy ese alto, sagrado compromiso, y dejar, con nuestra acción, en los seis años subsiguientes, desvanecida la gran mancha que, por desgracia, sombrea la efeméride actual.

Y, ¿acaso independencia sólo quiere decir independencia política? ¿Acaso ésta es realmente efectiva fuera de la órbita de la emancipación mental? ¿No nos dice la historia de la centuria transcurrida que no somos tales independientes? ¿Que nuestras prácticas políticas

denuncian todavía el accidente de una deplorable subordinación á muchos conceptos erróneos, á muchos absurdos prejuicios y á cuántas costumbres anacrónicas?

Celebremos, sí, con ejemplar entereza el compromiso de reducir reciamente el odioso porcentaje, y podamos así el 9 de Julio secular disfrutar del más confortante de los espectáculos con que la Providencia puede premiar el esfuerzo de las naciones: el espectáculo de la escuela de toda clase distribuída por el suelo patrio, doquier sea ella reclamada, prestando el amparo de su sombra á todos cuantos en la República han menester del alimento primario de las inteligencias.

O. Magnasco.

Buenos Aires, 25 de Mayo de 1910.

La enseñanza de la religión

Al cumplirse, en este mes venturoso, la primer centuria de nuestra vida nacional, nótase un saludable afán en medir, pesar y avaluar lo que se ha hecho y lo que se ha preparado en este siglo inicial de nuestra historia, y resuena en el ambiente el himno del triunfo, triunfo ganado en buena lid contra adversidades y peligros tan graves y tan complejos como pocos amenazaron jamás la existencia de un Hércules naciente.

Si por algo, empero, podemos legítimamente regocijarnos y compararnos sin desventaja con los mayores pueblos de la tierra es, sin duda alguna, por la organización de nuestra instrucción pública, especialmente la primaria. Reconozcamos, sin embargo, que la tendencia primordial de los que buscaron y llevaron á cabo esa feliz organización, no ha sido la de desarrollar las originalidades ingénitas del espíritu argentino, sino más bien la de reproducir y asimilar, en los límites de lo posible, los métodos y los resultados alcanzados en los países conceptuados más cercanos á la perfección en achaques de educación primaria. Si en esta renunciación á sí mismos y en la consiguiente reproducción de los demás, haya habido ó no acierto, no es aquí lugar para examinarlo. Para los fines que en este artículo me propongo, constataré un solo hecho generalmente observado: esa imitación excesivamente fiel de los métodos educativos de los pueblos más evolucionados, que debía, en el concepto de

sus fomentadores, producir á la larga una semejanza de carácter entre nuestro pueblo y los pueblos imitados, ha quedado en gran parte estéril. La imitación se ha hecho, y se ha hecho bien, á conciencia: pero el carácter no ha llegado aún. ¿Las causas? Son muchas y muy complejas. Yo trataré de estudiar una que me parece la principal y fundamental, y cuya atenuación, si es prematuro hablar de supresión, podría implicar un principio de éxito en la lucha contra las potencias negativas en que se hallan empeñados los esforzados creadores del carácter nacional argentino.

Como circunstancia para estudio semejante, ninguna más oportuna que ésta. Al celebrar este primer Centenario de vida libre, si es justo y acertado examinar lo que hemos heredado de los antepasados, es deberoso, á su vez, examinar aquello que legaremos á nuestros descendientes. En esta fecha gloriosa el pueblo argentino, como el Jano de la Roma antigua, debe tener dos miradas: una hacia el pasado, otra hacia el porvenir.

La causa, pues, que, en mi concepto, paralizó la eficacia de los métodos educativos importados, fué el haber substraído á dichos métodos aquello que constituía su alma y su fundamento, aquello que les daba vida y pujanza, aquello que los había producido: la enseñanza religiosa. Hémosla estimado cosa baladí ó escabrosa, hemos vislumbrado en su fondo á la hidra de mil cabezas de las luchas de religión, y hemos estimado ser lo más propio y más cuerdo dejarla prudentemente de lado mientras nos apropiábamos de lo demás. No vacilo en afirmar que en esto hubo error. Al trasplantar la planta exótica, nos hemos preocupado exclusivamente por el tallo vigoroso y por el ramaje cargado de ópimos frutos; y hemos desdeñado la raíz. Y he ahí que si el árbol no ha muerto, fué debido exclusivamente á la superexcelencia de la tierra: pero su vida es aun precaria y su producción no abundante. ¿Dónde está, pues, el mal? Repito: está en la raíz.

Nuestros métodos educativos los hemos buscado, casi exclusivamente, en los Estados Unidos y Canadá, en Alemania y en Inglaterra, es decir, en los países más honda

y sinceramente religiosos de la tierra, atribuyéndose aquí al calificativo "religioso" el sentido sano y genuino que entre nosotros le es casi totalmente desconocido. Pues bien; la religiosidad de los pueblos norteamericano, alemán é inglés, ha sido cabalmente la que les inspiró su concepto especial de los deberes y derechos del hombre como individuo y como miembro de una colectividad social, y de ese concepto fundamental fueron desenvolviéndose los respectivos métodos educativos. En seguida estos mismos métodos repercutieron sobre el alma nacional y, mediante uno de esos maravillosos círculos viciosos de que es rica la historia universal, orientaron la misma potencia psíquica que los originara hacia esos ideales de grandeza espiritual y política que forman el asombro y el orgullo de los tiempos modernos. Pero, insistamos en ello: la cuestión fundamental para esos grandes pueblos ha sido la cuestión de la educación religiosa.

En el cuidado que en ella pusieron, hallaron la fuente de su grandeza y de su actual predominio, al paso que en su descuido hallaron el principio de su menoscabo los pueblos meridionales. Es este un punto importantísimo, sobre el que debieran meditar no sólo los sociólogos, sino, y en manera muy especial, los dirigentes de la labor educativa de las naciones. Un estudio largo y constante de la historia de Europa, hecho principalmente sobre los documentos originarios, es decir, sobre los elementos más despojados de subjetivismo, me ha conducido á la convicción de que el desequilibrio que actualmente se nota entre las dos grandes familias de los pueblos europeos y, por ende, de los americanos, fué causada en gran parte por la diferencia de educación religiosa. Soy suficientemente partidario del *materialismo histórico* para ponderar en todo su alcance la influencia del factor económico en ese traspaso de las fuerzas activas de la civilización del Mediterráneo al Atlántico y al Báltico, especialmente á consecuencia del descubrimiento de América. Pero como soy adversario decidido de toda unilateralidad en el método histórico, no cierro los ojos ante la insuficiencia del factor económico para

explicar tan formidable fenómeno social. El factor "raza", que fué el caballo de batalla de historiadores y filósofos hasta estos últimos tiempos, por poco que se lo examine resulta no tan sólo insuficiente como el anterior, sino aun fútil. La rancia división de la familia europea en *raza latina* y *raza germánica,* ya ni siquiera merece los honores de la discusión. No se necesitan prodigios de perspicacia, ni es menester un conocimiento extraordinario de las formaciones étnicas europeas para caer en la cuenta de que esa división á cordel es pura fantasía. Desde luego, no hay tal *raza latina,* pues el conglomerado humano que pudo á justo título llevar esa denominación, hallábase ya casi totalmente extinguido en tiempos del último Escipión. Y en cuanto á admitir una *raza germánica,* según y conforme, como dice el paisano. Porque si nos atenemos á los datos históricos, dicha raza ha cubierto toda la Europa moderna y en manera especial Italia, Francia y España. Cien años ha, ¿los patriotas de la Independencia no tildaban á los españoles de "godos"? Y si de los datos históricos remontamos á los prehistóricos, á los datos de la paleantropología, entonces el castillo de naipes levantado en base á la lingüística y á la arqueología, viénese abajo en un soplo. Porque si las reducciones del mayor antropólogo viviente, Giuseppe Sergi, son exactas, el indo-germanismo tradicional ha concluido para siempre. Según las observaciones cránicas de ese sabio, dos estirpes primitivas habrían poblado la Europa sobreponiéndose á los aborígenes cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos cósmicos. Y esas dos estirpes serían la *eurafricana* y la *eurásica,* de las que la primera habría ocupado todo el litoral europeo, penínsulas é islas; mientras la segunda habría sentado sus reales en el centro del continente. De ahí que griegos, italiotas, sicilianos, galos del sur y del oeste, é iberos pertenecerían á la misma familia que los bretones de Inglaterra, que los escandinavos y que los pueblos del litoral del Báltico, entre los cuales se cuentan los anglo-sajones, los germanísimos de los indogermanistas. En cambio, como dije ya, las poblaciones centrales derivarían de la familia *eurásica,* unificándose

así en un conjunto inesperado las poblaciones eslavas y las alemanas. La antropología, sobre todo con Sergi, no forja hipótesis especulativas. Observa é induce basándose sobre los hechos comprobados y estudiados. Por lo tanto, ni la historia ni la prehistoria pueden ser invocadas en favor del "factor raza" para la explicación del desequilibrio en la actual civilización europeo-americana. Por lo demás, sin remontar tan lejos, ¿dónde estaba el *carácter inglés* cuando los banqueros lombardos (recuérdese la *Lombard Street* de Londres) y florentinos dirigían el movimiento económico de Inglaterra, cuando genoveses y venecianos les construían sus naves? ¿Dónde estaba la pujanza alemana cuando España ejercía la hegemonía europea y dominaba política y militarmente las poblaciones del territorio germánico? Mas de repente, en un momento dado, las suertes se invierten. Ingleses y poblaciones germánicas suben al pináculo de su grandeza, al paso que españoles, italianos y, por la fuerza misma de las cosas, franceses también, descienden á lo más hondo de la ruina social. El descubrimiento de América, exclaman los exclusivistas del *materialismo histórico*. Nó, respondo, porque eso se produjo bastante más tarde; se produjo á raíz de la paz de Westfalia, es decir, á raíz del triunfo del espíritu protestante sobre el católico. Pues, entonces, la raza, porque el protestantismo es un producto genuino y característico de la raza germánica, añaden á su vez los de fácil gusto que se refocilan con el sobado argumento de cuya inconsistencia acabo de hablar. Tampoco, respondo yo, en primer lugar porque no hay tal *raza germánica* en el sentido tradicional, y luego porque la historia de Europa nos enseña con harta elocuencia que si ha habido jamás poblaciones de tendencia heterodoxas, esas fueron las del sur del Continente, donde estuvo latente la herejía desde los tiempos apostólicos, como lo prueban los Valdenses, y donde hubo necesidad de verdaderas cruzadas contra los reformados, como la llevada á cabo contra los Albigenses, mucho antes de que en el norte de Europa, entre las poblaciones de pretendida *raza germánica*, se soñara siquiera en una revolución religiosa. ¿Cuál es la causa, pues, que per-

manece en pie para explicación suficiente del desequilibrio europeo, que produjo á su vez el desequilibrio americano, y que se pronunció á raíz de la paz de Westfalia? Pues, el triunfo del espíritu protestante en el norte, y la persistencia del espíritu católico en el sur. Esta es la razón por la cual me ha parecido oportuno en mis trabajos substituir la denominación de *pueblos germánicos* y *latinos*, por la otra más exacta y más comprensiva de *pueblos protestantes* y *católicos*. Y si en todo esto no voy desacertado, no me parece temerario afirmar que toda la historia moderna y contemporánea es resultado de la educación religiosa. Ahora bien; una función social de la que deriva el carácter histórico de una época reclama, sin duda alguna, la atención preferente de los que dirigen los destinos de un pueblo; *atqui* la educación religiosa representa justamente esa función social, *ergo* á la educación religiosa es menester dedicar una atención y un cuidado particulares. El silogismo procede cerrado como en la Escolástica del siglo XIII.

Por lo demás, poco cuesta notar que lo que justamente constituye lo característico de los pueblos protestantes, y el germen del cual se desenvuelven todas sus excelentes cualidades, es aquello que deben á su educación religiosa. El hábito de tomar la vida por el lado serio, la susceptibilidad á todas las grandes aspiraciones individuales ó colectivas, esa serenidad, esa ecuanimidad en las circunstancias más azarosas que parecen brotar de un organismo fisio-psíquico especial, no son más que resultados de la educación religiosa. Mackinley, que muere pronunciando el primer verso del himno religioso: "Más cerca, oh Dios, de tí"...; Bryan, que en nuestro ambiente escéptico no halla mejores argumentos para hablar en público que Dios y Fe, Cristo y cristianismo, Roosevelt que acaba de dar al mundo un ejemplo admirable de espíritu religioso en su conflicto con la cancillería vaticana, no son sino casos representativos de todo un ambiente nacional, de todo un sistema social. Gladstone, por su parte, no podía substraerse á la presencia del "invisible juez", bajo cuya mirada se veía constantemente. Por contraposición, nuestra liviandad,

nuestra vacuidad, nuestra facilidad á la antipática carcajada, nuestra inflación cientificista, se deben también á nuestra educación religiosa, cuando la hay, ó á su carencia, cuando no existe. A propósito de inflación cientificista, se me ocurre una observación, que no me parece destituída de interés ni de importancia. Y es que un escritor, un sabio de los países del norte, se distingue netamente de un escritor ó sabio de los países del sur, por caracteres derivantes también de la educación religiosa. El primero es circunspecto, procede cautelosamente, respeta profundamente todas las creencias y todas las opiniones, jamás es agresivo ó burlador, evitando con gran cuidado las afirmaciones rotundas y las negaciones categóricas. El otro, en cambio, es categórico, dogmático, absoluto, inclinado á afirmar ó á negar *ex cathedra* como un pequeño Papa, muy fácil á considerar como rezagados, como primitivos, aquellos que aun se devanan para buscar una solución á los problemas más elevados del espíritu humano, pero que, por esa misma elevación, rebasan con mucho los cuadros de su chato materialismo, de su "positivismo" minúsculo. Y que esto se origine en la educación religiosa, prúebalo la circunstancia de que ese modo de raciocinio es usado por ambas partes únicamente al tratar temas atinentes al problema religioso; pues en lo demás, no seré yo quien deje de reconocer la admirable habilidad científica de los sabios sud-europeos. Y es que los escritores del norte son educados por el protestantismo, el cual, aun en sus formas más estrechas, no deja nunca de ser investigación, discusión, libertad de examen, y de consiguiente, comprobación incesante de que en lo humano siempre hay error mientras los del sur no conocen la religión—positiva ó negativamente—sino bajo la pretensión de verdad absoluta, de dogma religioso que abre el camino al dogma científico, y de entonación hierática que induce fácilmente á pontificar, á sentenciar, ó á fulminar condenaciones ó anatemas.

Hácese, pues, sentir hondamente la falta de una adecuada educación religiosa en los pueblos sud-europeos y sudamericanos, en nuestro pueblo. He-

nos, pues, de nuevo á la necesidad de introducir en la instrucción, primaria y superior, de nuestra juventud la enseñanza de la religión. ¿Cómo podría impartirse dicha enseñanza?

Desde luego, hay que insistir en la necesidad de que abarque todos los cursos, desde los elementales á los universitarios. Eso es lo que se hace en Norte América, Inglaterra, Alemania, Holanda, Suecia, Noruega, Suiza y Dinamarca. En Francia hay una cátedra de teología protestante en la Universidad de París, y una cátedra de historia comparada y ciencia de las religiones en el Colegio de Francia, cátedra que fué ilustrada por Renan, y que, por fallecimiento del eminentísimo Réville, es ocupada ahora por Loisy. En Italia, donde se nota un admirable florecimiento de todas las manifestaciones intelectuales, hanse instituído cátedras análogas á las del Colegio de Francia en las principales universidades de la península, siendo regenteada la de Roma por el mismo actual presidente del Consejo, hon. Luzzatti, y honrando las otras sabios de altísimo vuelo como Labanca, Mariano, De Gubernatis y otros. Pero aquí también hay una diferencia entre las naciones del sud y las del norte. En éstas la enseñanza universitaria de la religión no es sino la continuación y el complemento de la elemental; en las otras, en cambio, representa un trabajo aislado, por cuanto ha sido posible introducirla tan sólo en las instituciones de altos estudios, debido á que la influencia clerical contraria ha sido invencible en el ámbito de la escuela primaria. Circunstancia es esta que trae aparejado un inconveniente gravísimo. Y es que, mientras en los países protestantes la enseñanza superior de la religión no se produce en contradicción con la primaria, por más que al adquirir un carácter cada vez más científico despoja su contenido de todos los elementos ficticios puramente emocionales y subjetivos; en los católicos, al contrario, resulta fatalmente una demolición, una destrucción casi completa de los elementos recibidos en la infancia á base de piadosas mentiras, de absurdidades dogmáticas, ó de imposi-

ciones eclesiásticas. En esto estriba el motivo de la oposición tenaz é irreductible de los hombres de Iglesia á esa rama importantísima de la educación de nuestra juventud. Un estudio sereno y objetivo de los Evangelios y de los documentos primitivos del cristianismo, llevado á cabo en base á una investigación histórica minuciosa é inteligente, y guiado por una exégesis escrupulosa, es, en verdad, el peligro más grande que amenaza el imponente edificio de la Iglesia. Es, por lo tanto, por instinto de conservación que ésta lo hostiliza á todo poder. Y bueno es saber que donde menos lo permite es en el Clero y en los Seminarios, donde todo se estudia menos el cristianismo. Las recientes publicaciones, empero, críticas é históricas, se deslizaron en el Clero, donde inmediatamente produjeron el fermento del "modernismo". El "modernismo", en sí, es un compromiso ilógico. Pero es una revolución religiosa. Y las revoluciones religiosas tienen siempre proyecciones infinitas, porque repercuten en todos los pueblos y en todos los siglos.

Si se tratara, pues, algún día de introducir en la escuela argentina — primaria ó superior — la enseñanza de la religión, habría que predisponerse á superar la resistencia del Clero y de los elementos sociales que de él reciben inspiración. Esto mismo impondría la primera condición para que dicha enseñanza no saliera malograda, y pudiese dar todos los frutos que de ella sería legítimo esperar. Esta condición referiríase á su carácter, el cual debiera ser estricta y esencialmente laico. Para eso el profesor sería un laico, desvinculado de todo compromiso confesional, lo cual evitaría que una cátedra de enseñanza se convirtiera en púlpito de proselitismo. El programa se trazaría dentro de los principios generales de la historia comparada de las religiones, para luego especializarse en la historia del cristianismo. Los orígenes de este magno fenómeno social-histórico—fuente inagotable de investigación y de descubrimientos—debieran formar capítulo aparte. Aquí podría iniciarse á los jóvenes alumnos en el estudio de la formación de la literatura bíblica,

sazonándolo con la lectura comentada de los principales trozos de los Evangelios y de las Epístolas, entrando con firmeza, aunque con mucha discreción, en la espinosa cuestión de la autenticidad de los diversos documentos y de las partes que los componen. Un estudio de la vida de Jesús inflamaría de entusiasmo las jóvenes almas, y logrando inspirarles gusto para las obras de Strauss, Renan, Réville y Labanca, podríase encaminar á los más aptos para estudios ulteriores y superiores. Luego, como excelente tópico de instrucción, la titánica actuación de Pablo en el mundo heleno-romano, y sus luchas con la Iglesia apostólica de Jerusalén. Con esta amplia y sólida base ya se podría gradualmente pasar en los cursos superiores á la historia de la Iglesia, en sus primeras fases de presbiterato, episcopado y papado, para después pasar al estudio muy complicado y muy difícil de la Reforma, coronando todo el curso una revista amplia y escrupulosa del estado actual de la ciencia del cristianismo, que como tal se halla desprendido de la ciencia de las religiones.

En lo que se refiere al provecho que nuestra juventud podría sacar de semejantes estudios, con lo que dije al principio, paréceme suficientemente probado el provecho social. Pero ¿no tendrían también su utilidad individual, en el sentido ético y religioso? Sí, la tendrían é inmensa. Desde luego, en lugar de ser destructivos, demoledores, anticristianos, irreligiosos, como pretenderían hacerlo creer aquellos que tienen todo su interés en mantener al pueblo en la ignorancia, esos estudios son eminentemente constructivos y religiosos en sentido emocional, aunque no en el mórbido predicado por la Iglesia. Y además nuestros jóvenes aprenderían esta gran verdad, base y alma de la educación del norte: que en el fondo de toda religión, y en manera especial de la cristiana, hay algo que no es impostura ni engaño sacerdotal, hay algo que no es el dogma de la Iglesia, ni las intemperancias del clericalismo. Y que ese algo responde justamente á las necesidades metafísicas del espíritu humano, necesidades

que se hacen más sensibles y más indeclinables á medida que el hombre asciende en la escala de la espiritualidad y de la inteligencia. Entonces el concepto que nuestra juventud se formaría de la religión dejaría de ser una negación disolvente y desconsoladora para trocarse en una afirmación de vida y de bravura, y su repercusión en las almas, en lugar de ser un instrumento de tiranía, trocaríase en impulsión irresistible hacia los más elevados ideales de libertad religiosa, política y social.

CLEMENTE RICCI.

Buenos Aires, Mayo de 1910.



LA PLAZA DE LA VICTORIA EN 1880

La educación

y la disciplina social

SUMARIO — I. Los sentimientos de solidaridad nacional y la disciplina social.—II. Los sentimientos de solidaridad nacional y la disciplina escolar en el pueblo argentino.—III. Causas y factores de indisciplina social en la República Argentina.—IV. La educación y la disciplina social.

LOS SENTIMIENTOS DE SOLIDARIDAD NACIONAL Y LA DISCIPLINA SOCIAL

Uno de los más graves, quizá el más urgente de los problemas de la educación ética en la República Argentina, es el que llamaría de la disciplina social. Por disciplina social entiendo el sentimiento, la idea y la acción de la solidaridad colectiva en el trabajo y la producción del individuo. El individuo ha de realizar sus actividades y cultivar sus intereses, teniendo siempre en vista la obra social que le circunda y de la cual él mismo es una mínima parte. El individuo no debe proceder como si él existiera sólo y aislado, antes bien considerando los beneficios que la sociedad le reporta y los que él, en compensación, está obligado á reportarle.

En teoría, nadie, salvo ciertos anarquistas, desconocen el hecho de la solidaridad social. Pero, en la práctica, á cada paso se tropieza con personas cuyos actos y sentimientos particulares son contrarios á los más altos intereses culturales de la sociedad á que pertenecen. Generalmente, ni siquiera sospechan esas personas el

carácter antisocial de su conducta. Supónense grandes patriotas, pues que, en efecto, aman de una manera abstracta á la patria; pero olvidan y menosprecian los altos intereses nacionales, en cuanto ellos puedan oponerse á sus propios intereses. Sin saberlo, son en ciertos casos elementos disolventes y retrógrados. Creyéndose conservadores, suelen proceder como verdaderos anarquistas.

Para aclarar mi idea, citaré algunos ejemplos que todos podemos diariamente observar. En el mundo de la política, á menudo los verdaderos intereses nacionales son contrarios á los de un determinado partido, grupo ó individuo. Sin embargo, el individuo, el grupo ó el partido proceden contra esos intereses generales, defendiendo más bien los propios. Así, en la administración del Estado, es frecuente que los gobernantes nombren para los puestos públicos, no á quienes mejor pudieran desempeñarlos por sus aptitudes y diplomas, sino á quienes les convenga mejor servir, discerniéndoles el nombramiento. Igualmente la prensa, ese "cuarto poder del Estado", no es siempre eficaz á los intereses de la patria, pues procede según su "parti pris" del elogio ó la censura, sistemáticos y continuos. El periodista tiene entonces en cuenta, antes que su alta misión pública, sus pasiones y sus conveniencias pecuniarias.

A más de la Codicia, la Envidia es otro poderoso sentimiento que ataca á la patria en sus mejores hombres. Cuando no existe una profunda conciencia de la gloria colectiva ó social, el individuo, llevado por impulsos mezquinos casi inconscientes, casi orgánicos, tiende á empequeñecer y anular las fuerzas y la personalidad de los ciudadanos más grandes y útiles. Destruye ó aminora así elementos que pudieron ser de mucho mayor provecho. Relega á segundo plano las personalidades que convendría se destacaran en primero. Lejos de estimular la iniciativa y la producción de los hombres descollantes, las debilita y anula. Triunfa, pues, en lugar de ellos, la mediocridad petulante y celosa, con gran detrimento de la cultura general.

No se contenta la Envidia con detractar el mérito del

hombre superior, posponiéndolo al ciudadano mediocre, sino que también lo pospone al extranjero. Ocurre esto sobre todo en letras y artes. Siendo la inferioridad de los émulos connacionales demasiado evidente, se compara al hombre envidiado con sus semejantes de otros países y épocas. Exagérase el valor de los extraños para desconocer con más fundamento el valor de los propios. En tales casos, la Envidia engendra una perversa traición á la patria, puesto que la traiciona en lo que tiene de más bello y provechoso. Cierto es que la traición rara vez, muy rara vez, pasa hasta más allá de la muerte del ciudadano eminente. Después de que muera, hasta sus mismos detractores suelen apresurarse á reconocer sus méritos... Pero el mal ya estaba hecho: no sólo en cuanto implicara irritante injusticia; también en cuanto quita, al negarle el estímulo del presente, dinamismo y eficacia á la acción de los hombres realmente superiores.

Son, por cierto, las observaciones que anteceden aplicables á todos los pueblos del mundo y á todos los hombres. Por doquiera, en países salvajes ó civilizados, prodúcense obscuros choques entre el interés colectivo y el interés individual. En todas partes nace el individuo con sentimientos egoístas y antisociales; en todos los campos, fértiles ó estériles, arraigan ortigas y cicutas... Pero la acción de esos sentimientos es más ó menos siniestra y asesina, según los países, las épocas, las culturas. El defecto de un originario anarquismo, aunque universal, resulta susceptible de aminorarse y corregirse. Ahí se revela la obra más extensa y eficiente de la educación, empleando el vocablo en su acepción más lata y comprensiva. Ahí se demuestran los altos y últimos efectos de esa educación humana, en lo individual y lo social, en lo privado y lo público, en lo ético y lo técnico.

El salvaje es esencialmente egoísta, y el hombre civilizado desciende del salvaje. La civilización ha debido así combatir secularmente el salvaje egoísmo que poseía y quizá posee aun, por herencia directa y normal, el hombre civilizado. Todas las religiones, todos los sis-

temas políticos y jurídicos, todas las filosofías, tuvieron como primer objeto y primer efecto producir el sentimiento de la solidaridad social, ó siquiera, en otras épocas, la solidaridad de casta y de clase. La ciudad antigua se cimentaba en lo que Platón y Cicerón llaman la "amistad social". Las religiones de cultura—Buda, Confucio, Cristo, Mahoma—han propendido siempre, en cada país y en cada una de sus formas diversas, á intensificar los sentimientos nacionales. La misma filosofía individualista del siglo XIII, concibe el principio solidario en el Contrato Social, y lo formula en el triple dogma de la Revolución francesa: Igualdad, Libertad, Fraternidad.

Puede decirse, de una manera genérica, que el sentimiento de la solidaridad colectiva está en razón directa á la relativa potencia nacional. Tanto más fuerte y dinámico es un pueblo, relativamente á su número y á sus medios económicos, cuanto más vigoroso y uniforme sea en sus miembros el sentimiento de la propia nacionalidad. Las castas dominantes, los pueblos guerreros, las razas conquistadoras se han caracterizado siempre por su patriotismo, siendo el patriotismo naturalmente la forma más concreta y visible de los sentimientos nacionales. En cambio, las nacionalidades débiles y decadentes demostraron siempre profunda laxitud y relajamiento del patriotismo. Han sido y son sus rasgos psicológicos más típicos, el egoísmo individual, la indiferencia patriótica, el despego á las glorias nacionales, las guerras é intrigas intestinas, en una palabra, la completa falta de sentimientos gregarios. Fácilmente se induce de la experiencia histórica esta doble sociología de progreso y decadencia.

Por otra parte la felicidad individual depende, directa é indirectamente, de la prosperidad de la nación. De ahí que, si la ética racional y científica tiene por fin la felicidad humana, debe contribuir en cuanto pueda á formar y robustecer los vínculos nacionales. Para que una doctrina ó sistema ético se considere realmente bueno y verdadero, ha de realizar ante todo prácticamente ese fin; si no lo consigue, resultará malo y falso. Una

ética de la infelicidad es un contrasentido que sólo puede arrastrar á la degeneración y la muerte.

Al preparar al individuo para la vida colectiva, la educación constituye una de las actividades más eficientes, sino la actividad más eficiente la ética. La educación tiene sus motivos y sus bases morales, y, entre ellos, el primero es el de la nacionalidad. Llego así á la consecuencia de que, en toda sociedad sana y progresista, la educación estriba principalmente en la formación del espíritu colectivo, ó, en otros términos, de la solidaridad social.

II

LOS SENTIMIENTOS DE SOLIDARIDAD NACIONAL Y LA DISCIPLINA SOCIAL EN EL PUEBLO ARGENTINO

En el pueblo argentino existió siempre, desde la época de la guerra de la independencia, un mismo sentimiento de la nueva nacionalidad. Tratándose de la defensa de su país, el argentino ha estado siempre dispuesto á sacrificar sus más caros intereses y aun su propia vida. Entre las repúblicas americanas, ninguna ha podido demostrar un sentimiento más alto y definido de la patria grandeza.

Este genérico y sólido patriotismo parece hasta contagioso, pues que tan frecuentemente difunde y adapta en los mismos extranjeros que vienen á radicarse al país, al menos después de una residencia suficientemente larga. El clima agradable y templado, el generoso aspecto de la naturaleza, la liberalidad de las instituciones, y, sobre todo, la abundancia, son factores que contribuyen poderosamente á atraer, á fijar en el país y á asimilar el elemento inmigratorio. La inmigración, aunque constituyendo siempre, por lo copiosa, una amenaza á los sentimientos nacionales, no ha cumplido hasta ahora esa amenaza, porque propende á adaptarse, á argentinizarse. Puede por tanto decirse que el sentimiento de la nacionalidad, á pesar de la afluencia de ex-

tranjeros, es tan vivo y dinámico en nuestros días como cuando los ejércitos de Belgrano y San Martín daban libertad á medio continente.

Paréceme indudable que, tanto como las más antiguas y gloriosas naciones de la civilización contemporánea, los argentinos nos sentimos orgullosos de nuestra progenie y de nuestra breve pero bella historia. Sería calumniarnos desconocer la existencia de ese alto sentimiento de la nacionalidad. Nos honramos con el pasado de la patria y tenemos ciega fe en su porvenir. Podrá el pueblo resultar de una larga y difusa mezcla de razas, á veces un tanto incongruentes, pero ese pueblo se ha sentido y se siente uno y único, en su psicología, en su carácter, en sus aspiraciones. Podrá faltarnos aun obra propia y original, podrá ser nuestra cultura en buena parte imitada y adoptada, todo lo que se quiera; pero el pueblo argentino posee un alma nacional, conoce su grandeza y se siente seguro de su fuerza.

Cuando el sociólogo extranjero estudia nuestra psiquis colectiva, sorpréndese de ese sentimiento tan arraigado en un pueblo de tan corta existencia histórica. En efecto, pueblos más antiguos y homogéneos carecen de un patriotismo tan uniforme y dinámico. Puede decirse que aún en la vieja Europa sólo lo poseen en tal forma y proporción tres ó cuatro grandes imperios, donde el espíritu de conquista militar y de hegemonía sirve de estímulo y de vínculo de la nacionalidad. Entre nosotros, no poseyendo hasta ahora el patriotismo tal espíritu, se basa simplemente en el lógico amor á una tierra privilegiada y á un pasado sin mácula.

Sentado el hecho de la existencia de tan floreciente sentimiento de la nacionalidad, vengamos á estudiar sus manifestaciones en la vida práctica, en la conducta de los hombres. Entonces nos encontraremos con que el patriotismo argentino, aunque tan fuerte y sincero, se revela mejor en los grandes y líricos ideales que en los pequeños actos de la vida diaria. Aunque todo el pueblo siente y piensa como un sólo hombre en lo fundamental, y como un sólo hombre se levantaría á defender á la patria si alguien osara atacarla, el argentino ca-

rece generalmente de disciplina social. En el curso de su vida pública y privada, demuestra una cierta espontaneidad de sentimientos egoístas, que quita unidad y fuerza á la vida colectiva. Ama á la patria sobre todas las cosas; pero procede con frecuencia como si la patria fuera sólo una abstracción remota y no una realidad inmediata...

El argentino posee un carácter generoso, abierto, exento de fanatismo y odios tradicionales. Estas son sus más hermosas cualidades. Pero, como dice el adagio popular, cada cual posee los defectos propios de sus cualidades... Y, en efecto, el argentino es aun demasiado espontáneo é indisciplinado; domina difícilmente sus impulsiones; resulta imprevisor é impresionista... En una palabra, le falta lo que llamo "disciplina social".

Esta falta de disciplina social se manifiesta especialmente en la completa falta del respeto. En la República Argentina se simpatiza, se ama, se aprecia; pero no se respeta. Nada se respeta fundamentalmente. Los hijos no respetan á los padres, aunque los quieren. Los ciudadanos no respetan á las autoridades, si bien, siendo absolutamente necesario, las obedecen. El pueblo puede llegar á apreciar á los hombres públicos y á las eminencias en artes y letras, mas no ha de respetarlos... Cada niño se cree con derecho á juzgar olímpicamente actos de sus mayores, que él no puede todavía comprender. Cada ciudadano se cree con derecho de proceder como le ocurra, sin acatar mayormente las leyes y el gobierno. Cada quisque se cree con derecho de censurar agriamente las glorias más luminosas de la patria... Así, los hombres más eminentes de la historia argentina hanse visto tantas veces obligados á desterrarse voluntariamente del querido suelo nativo, como San Martín, Las Heras, Rivadavia; otros, como Alberdi y Sarmiento, terminaron su vida, si no en el olvido, en la indiferencia pública...

Si estudiamos en la psicología popular la causa de tales injusticias, fácilmente hallaremos que ellas no responden en manera alguna á una verdadera falta de sentimientos generosos. Más bien ha habido cierta in-

consciencia de los intereses colectivos, cierta ruda ingenuidad. La prueba está en la viva reacción que se produce en el ánimo público después de la muerte del héroe, cuando él ya no puede ¡ay! recibir el justo homenaje á que sus servicios y su gloria le hacían acreedor. La iniciativa antisocial de sus émulos y rivales había triunfado sólo pasajeramente durante su vida, como por desidia, descuido ó ligereza del espíritu público, naturalmente encargado de contrastarla. En cuanto esa iniciativa calle, porque ya nada tienen que temer los émulos y rivales del prohombre que ha muerto, el espíritu público reacciona. Aunque tardía y póstuma, triunfa la justicia social.

Podría, pues, decirse que nuestras injusticias colectivas provienen, antes que de feroces sentimientos antisociales, de una especie de indisciplina social. Ciertos ciudadanos, demasiado espontáneos y francos, no dominan siempre, como debieran, sus impulsos egoístas; el grueso público se descuida en controlarlos; y de ahí resulta, sobre todo en artes y letras, esa aparente indiferencia por la producción nacional y ese aparente entusiasmo por la producción extranjera.

Aparte de estas manifestaciones, que nos son especialmente familiares á los que aquí hacemos vida intelectual, otras hay, y, por cierto, tanto ó más gráficas y demostrativas. Toda la historia patria está llena de ejemplos de luchas internas estériles y hasta contraproducentes. Las revoluciones argentinas fueron un tiempo clásicas. No existiendo entre nosotros la cuestión obrera, con los caracteres de gravedad y urgencia que asume en otros países, los tienen mayores, quizá, en cuanto á violencia é impulsión. En general, la opinión pública manifiéstase en la Argentina en formas más guerreras que pacíficas, más revolucionarias que evolutivas. El fermento de indisciplina social que palpita en el pueblo, estalla á cada instante y con cualquier pretexto, á punto de que Sarmiento pudo en otra época calificarlo de "barbarie".

Aunque hijos los argentinos de una cultura superior, todavía parece faltarnos ese dominio é inhibición de

nuestros movimientos primos, que constituye la verdadera disciplina social. Malogramos muchas veces los frutos de nuestras mejores cualidades de pueblo libre, por no contener nuestros primeros impulsos y obedecer á las impresiones del momento. De ello resulta que, aunque poseamos los más hondos y vigorosos sentimientos de solidaridad nacional, no siempre lo parece. Nos falta aún algo más de experiencia y de dominio de nosotros mismos... Pero, felizmente, existiendo la materia prima, el alma fuerte y generosa, lo demás puede fácilmente adquirirse. Y, para adquirirlo, la educación ética, como he dicho más arriba, debe formar ante todo entre nosotros la disciplina social.

III

CAUSAS Y FACTORES DE INDISCIPLINA SOCIAL EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Múltiples y complejas causas hallo á la indisciplina social del pueblo argentino. Podría concretarlas en las cinco siguientes: el carácter del pueblo colonizador, las mezclas étnicas, las ideas básicas de la cultura nacional, el elemento inmigratorio, la prosperidad económica, nuestra vida histórica.

1.° El pueblo español fué siempre de carácter bravío y levantisco. Si durante todo el siglo XIX abundaron en la América española las revoluciones, no faltaron en España los "pronunciamientos". Hemos heredado, pues, de la madre patria tan arraigado sentimiento de ibérico individualismo, que puede considerarse casi anárquico. El "orgullo" español es legítimo padre de la "altivez" indiana.

2.° El criollo ha sido un producto de mezcla de razas. La mezcla de razas, por su parte, según una constante ley biológica, propende á producir un tipo primitivo, un tipo que, en cierto modo, repite los caracteres del tronco común, del cual descienden las razas que se mezclan. Así, la moderna vida política de las repúbli-

cas hispanoamericanas demuestra, hasta la saciedad, que el mestizo de europeo é indio es, en las primeras generaciones, menos disciplinado que el europeo y hasta que el indio mismo.

3.° La filosofía del siglo XVIII y la Revolución Francesa fueron, ante todo, una violenta reacción individualista contra la exagerada disciplina social de los siglos medios. Nuestra cultura y nuestra organización se informan y formulan según esa Revolución y aquélla filosofía... Luego son esencialmente individualistas. El respeto á la tradición, al pasado y hasta á toda autoridad actual, se reducen á un mínimum. La individualidad se exalta á un máximum.

4.° La afluencia inmigratoria ha traído al país elementos incongruentes. Aunque nacionalizados, esos elementos carecen de homogeneidad suficiente para constituir, de buenas á primeras, un conjunto armónico y realmente disciplinado. Se sienten argentinos, pero todavía parecen no saber serlo eficazmente.

5.° La propia riqueza ambiente, las facilidades de la vida y de hacer fortuna, pueden considerarse un nuevo factor de indisciplina social. El rico improvisado ha sido siempre un modelo de muy lógico ensimismamiento. El hombre que en pocos años hace una fortuna, que "hace la América", aunque no sea propiamente un *parvenu* ni un *rastaquoére*, debe envanecerse del éxito de sus empresas y acentuar los rasgos de su individualidad. Es, por consiguiente, aunque se haga acérrimo conservador, un íntimo y orgulloso individualista.

6.° Además, la brevedad de nuestra vida histórica, como nación, no ha podido formar todavía esa disciplina colectiva que caracteriza las nacionalidades antiguas. Requiérense muchos siglos de existencia nacional para que espontáneamente se forme, como en el oriental Japón, verbi gracia, ó en la europea Francia. Por otra parte, nuestra vida histórica ha sido, en lo nacional, durante toda la primera mitad del primer siglo de independencia, extremadamente anárquica, casi bárbara. La vida colectiva no ha aportado, pues, hasta ahora, á la vida de los individuos, verdaderos ejemplos y elementos de disciplina social.

Tales son, á mi juicio, las causas genéricas de nuestra evidente indisciplina social. Pero, por muy hondo que arraigue en nuestra psicología de argentinos la dolencia, paréceme de posible y hasta de fácil remedio y cura. Para presumirlo bastaría observar, en efecto, las varias y benéficas reformas que han sufrido últimamente los hábitos y costumbres. Las revoluciones se hacen cada vez menos fáciles y probables. La política se encamina hoy por vías pacíficas é institucionales. Si bien las huelgas obreras constituyen todavía una seria amenaza contre la tranquilidad pública, todo induce á pensar que en adelante no han de revestir tan frecuentemente los siniestros caracteres de motines armados. Los crímenes de sangre disminuyen en las ciudades y aun en el campo. La disciplina es mayor en el ejército, y asimismo en las escuelas. No ocurren ya con la deplorable frecuencia que en otros tiempos los disturbios callejeros. La gente parece que va aprendiendo á respetarse y á respetar los derechos ajenos. Hasta la policía resulta ahora, en nuestras grandes ciudades, más cortés y comedida. En fin, puede decirse que, si bien nos queda todavía mucho que adelantar, mucho hemos adelantado ya en el camino del orden y de una relativa disciplina colectiva. Lo que aun nos falta conseguir ha de ser obra de la educación en general, y en especial de la instrucción pública.

IV

LA EDUCACIÓN Y LA DISCIPLINA SOCIAL

Reconocida la importancia de la educación para formar y generalizar la disciplina social, tócame ahora precisar cuáles serían, para llegar á tal fin, los más eficaces procedimientos y métodos pedagógicos. Podría especificarlos aquí en los cuatro siguientes: la disciplina escolar, el carácter nacional de la enseñanza, la educación moral, la instrucción cívica.

1°. La juventud argentina se ha distinguido siempre en

los institutos educacionales por su pasmosa falta de toda disciplina escolar. El mal es muy antiguo. Ya en el siglo XVII, asegura el padre Cayetano Cattaneo que nunca ha visto niños más rebeldes que los criollos del Río de la Plata. Más tarde, hasta en nuestros días, los extranjeros que enseñaron en nuestras escuelas y colegios han manifestado continuamente la sorpresa que les causa el carácter indomable de los alumnos. En los colegios nacionales y escuelas normales son ya clásicos los bochinches mayúsculos con que se atacaba á los profesores de lenguas vivas. Las protestas y huelgas estudiantiles son todavía harto frecuentes en todos los institutos y categorías de la enseñanza nacional.

Pues bien, ya ahí puede aplicarse el principio disciplinario de la enseñanza, mejorándose el orden interno de los establecimientos. Enseñar á los niños á guardar orden en la escuela, es preparar la disciplina social del futuro. La obra del maestro debe trascender más tarde á todas las formas y actividades de la vida del pueblo. El maestro que sabe hacerse respetar, inculca en sus discípulos el respeto á las autoridades sociales. Por eso, en esta materia, el gobierno de la enseñanza debe ante todo mantener incólume la autoridad de los docentes, sin poner trabas ni cortapisas á su acción disciplinaria. Todo buen director de establecimiento ha de contar, en el Consejo Nacional de Educación ó en el Ministerio de Instrucción Pública, con el suficiente apoyo para que pueda cortar de raíz cualquier conato de rebeldía ó indisciplina.

2°. En el patriotismo ciméntase el sentimiento de la disciplina social. Para educar este sentimiento, para proporcionarle su más sólida base, la enseñanza debe tener un carácter eminentemente patriótico. El amor y el conocimiento de la patria son los mejores frenos para los impulsos egoístas y antisociales de los ciudadanos.

En principio, pues, toda enseñanza debe ser nacional. La escuela, el colegio, la universidad, los institutos técnicos, todos los establecimientos de la instrucción pública—y hasta puede decirse que en todos sus progra-

mas y asignaturas—contribuyen á arraigar y depurar la conciencia de la común ciudadanía. Pueden hacerlo de manera teórica ó práctica: teórica, en la enseñanza del idioma nacional, de la historia, de la geografía, en fin, de todas las disciplinas que, directa ó indirectamente, al conocimiento de la patria se refieren; práctica, propendiendo siempre á la aplicación nacional de los estudios científicos y técnicos. En el conjunto íntegro de la enseñanza, incluyendo ciencias y artes, cabe, pues, la orientación nacionalista de la enseñanza.

3°. La educación moral es, ante todo, la educación teórica y normativa de la disciplina de una sociedad. A ese efecto tiénense en vista las siguientes formas ó ramas de la enseñanza moral: *a,* la moral individual enseña á cada uno el dominio de sí mismo, es decir, de los impulsos egoístas y atisociales; *b,* la moral doméstica inculca el respeto á los padres y forma la disciplina del hogar; *c,* la moral social enseña directamente al hombre el respeto y la consideración de sus conciudadanos y de las instituciones sociales.

En una forma genérica puediera decirse que toda la moral tiende al fin práctico de la solidaridad colectiva. El individuo y la familia resultan partículas y formas de la sociedad. Para la sociedad se hace cuanto se haga por el individuo y la familia. La moral individual y la doméstica vienen á ser como brazos de aquél que se unen para formar el grande majestuoso curso de la moral social.

4°. Todavía, en la moral social, se incluye una nueva especialización: la moral cívica. La moral social se refiere en general á los deberes de los hombres para con la sociedad; la moral cívica á los deberes de los hombres para con el Estado. Esta asignatura debe instruir al futuro ciudadano de sus derechos y deberes de tal. Incúlcale el principio de la democracia y la república, así como la moral social le inculca el de la patria. Hace al ciudadano apto "para gobernar y ser gobernado". Le da las nociones concretas de la organización política y jurídica de la sociedad, para que contribuya á su eficacia y perfeccionamiento. Viene así á ser la educa-

ción de la disciplina social en cuanto ella se refiere al Estado y las instituciones.

Conviene entonces dar á la moral cívica el más firme fundamento. Este fundamento se halla, á mi juicio, en la moderna sociología. Concibe esta ciencia á la sociedad, ante todo, como un resultado de los sentimientos sociales. Un pueblo forma una patria, cuando todo él siente uniformemente la existencia y la fuerza de la nacionalidad común. La enseñanza de esta doctrina científica, llamada alguna vez la "teoría psíquica de la sociedad", ha de ser así la idea trascendental que justifique y estimule, contra otras doctrinas antisociales, la enseñanza nacional y especialmente la enseñanza de la moral cívica.

Con todos estos elementos y actividades, la educación cumplirá su alto fin de formar la más completa solidaridad patriótica y la mejor disciplina social en las costumbres y las ideas de los ciudadanos. Se llegará entonces á destruir en la psiquis de los argentinos ese fermento de indisciplina que tanto perjudica aún nuestras instituciones y nuestro desenvolvimiento progresivo. El ciudadano no sólo amará á la patria sino que también sabrá, en cada caso y cada circunstancia, cuál sea la más eficiente manera de demostrarle su amor, aunque sea sacrificándole sus más caros intereses personales y sus íntimos egoísmos y pasiones.

C. O. Bunge.

Buenos Aires, Mayo de 1910.

La educación
durante el período colonial

(Extracto de un capítulo de la obra en preparación: *La Colonia.*)

Serenamente, hay que detenerse ante el cuadro que ofrecía la España de los siglos XVII y XVIII, para disertar en el justo concepto de lo que fué la educación en Buenos Aires durante el período colonial.

Buckle, en su *History of civilisation in England*, primero, y luego todos los que le han seguido, tienen demostrado cuál era la situación desesperante de la Península en decadencia (1).

Adviértase que ella fué la colonizadora y se tendrá la base necesaria para dar pie á la crítica.

Una frase solemne de Carlos XII, convertida ya en aforismo, determina que la historia es un testigo. Como tal, pues, ella no debe ni ser un panegírico ni ser una diatriba. Y por ese lado ha venido fallando, hasta ahora, la crítica histórica de la enseñanza colonial.

A mí no me trabaja el snobismo, cuando rompo la norma consagrada y marco sendas nuevas. La verdad—lo digo bien alto—es el mejor patriotismo, cuya intensidad, después de todo, no exige amenguamiento de justicia.

I

La intolerancia religiosa, que se explica en España á partir de la última década del siglo XV, en razón de que se echó mano de ella para conservar la integridad nacional, seriamente amenazada por el dislocamiento peculiar de la heregía, mató en la Península al desarrollo intelecual (2). A tal extremo se llegó en este asunto, que bajo la mano férrea de la intolerancia comenzaron á despoblarse las universidades, señalándose el hecho de que los claustros de Salamanca, que habían contado siempre con más de 14.000 estudiantes, á fines del siglo XVI apenas suman 6000. Al igual de las universidades se despoblaron las bibliotecas, y Sempere, en su *Monarchie,* hace notar que hasta las postrimerías del reinado de Felipe V, es decir hasta el siglo XVIII, Madrid, no obstante ser la capital de un imperio en cuyos dominios *jamás se ponía el sol,* según la petulante frase magestática, careció de biblioteca pública.

Consecuencia de este estado de cosas fué el atraso y la ignorancia científica de España, ignorancia que toca los extremos. Para demostrarlo basta recordar que Torres de Villarroel, salido de los claustros salamanquinos á principios del siglo XVIII, y después de haber cursado cinco años en las aulas célebres, declara que mientras fué estudiante no tuvo ni remota noticia de la existencia de las ciencias matemáticas (3).

Del atraso de la medicina nada habla más alto que el sólo título de una de las obras didácticas de la Academia de Medicina de Granada, y que es éste: *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua, por el doctor Juan Soropán de Rieros.*

No extraña, por lo tanto, que con semejante bagaje técnico, los médicos españoles negasen la circulación de la sangre, aún ciento cincuenta años después de ser descubierta por Servet, y que en 1760 un consejo de ellos demostrase al gobierno la innecesidad de higienizar las calles de Madrid, en razón de que los antepasados habían vivido sin quitar las inmundicias y las basuras de ellas y nada les había acontecido ... (4).

Para que no todo caiga sobre uno de los platillos de la balanza, conviene recordar que la intelectualidad española, antes de esa hora, había rayado muy alto, llegando á ser España uno de los países donde el renacimiento de las culturas griega y latina se produjo con más intensidad. (5)

Desde la caída de Granada, que puso término á la guerra contra el invasor islámico, hasta casi principios del siglo XVII, el pueblo español había seguido marchando á compás en el concierto de las naciones progresistas, aun á pesar de las catástrofes políticas y económicas que la azotaron con rigor evidente. El impulso dado á las ciencias á las artes y á las letras durante el reinado de Fernando é Isabel, se intensificó en los gobiernos posteriores, llegándose á acometer la empresa de hacer generales las escuelas primarias y obligatoria la enseñanza, bajo pena de destierro, con un concepto tal de la importancia de la instrucción, que se sostenía que *no podía llamarse caballero aquel que no fuera hombre de letras* (6).

Pero en seguida vino el derrumbe, cuya iniciación pudo notarse en las tres últimas décadas del siglo XVI, y en cuyo remate colaboraron, de consuno, el propio Felipe II con su célebre orden prohibiendo que los estudiantes españoles cursaran en las universidades extranjeras, infestadas de herejía, según su opinión exageradamente ortodoxa, y el Tribunal de la Inquisición, que dió muerte á la enseñanza al reducirla á límites estrechos (7).

En semejante situación espiritual, España comenzó la obra de colonizar las tierras del Río de la Plata, y así se explican los males de que ella adoleció.

II

Se peca contra la justicia y la verdad cuando, en el afán de cargar la mano de la crítica, se asegura que España esquilmó á sus colonias hasta el hueso, sin preocuparse, absolutamente, de suministrar á los colonos medios y ocasiones para hacerse de bagaje científico.

Se ha dicho, quizá obedeciendo á los dictados de una obsesión disculpable antes, pero digna ahora de censura, que el colonizador mantuvo á sus colonizados en la ignorancia de puro intento, y calculando que la sombra era el mejor factor de que se podía echar mano para mantener el predominio y seguir dominando. Y en esto hay un error casi pueril, que se advierte no bien se considera la situación de la España colonizadora y la de los pueblos que formaba.

Que el poder central de la península se preocupó de la educación en sus dominios de ultramar, puede demostrarse documentariamente con sólo recordar que todas las 57 leyes del título XXII del libro I de las *Leyes de Indias,* están consagradas á las universidades y á los estudios generales y particulares de las colonias.

La ley primera del título mencionado comienza declarando que *conviene que los vasallos. súbditos, y naturales, tengan universidades y estudios generales donde sean instruídos y graduados en todas las ciencias y facultades,* pues la corona *tenía mucho amor y voluntad* de *desterrar de las Indias las tinieblas de la ignorancia* (8).

Los escasos autores que se han ocupado entre nosotros de la educación durante el período colonial (9), han exagerado un poco la nota, quizá porque juzgaron los métodos de la enseñanza de entonces desde un punto de vista en el cual el término de comparación era la época presente, ó porque examinaron las doctrinas de las viejas Cátedras del Colegio de San Carlos de Vertiz, con criterio de actual profesor de la Sorbona.

Hay que considerar, para ser equitativo, que España nos dió lo que tenía; y si su situación intelectual era lamentable en la Península, no podía crear resplandores de sol para la América.

Bien es cierto que hubo erores como el que entraña la ley IV, título XXIV, del libro primero de las *Leyes de Indias,* por la que se prohibía la introducción á las colonias de libros que tratasen de materias profanas, pero ellos deben achacarse más que á nada al espíritu de la época. España, que había luchado por la consolidación

de su integridad nacional durante ocho siglos, seguía mirando á la herejía como un factor de desunión, y á ello obedece su intransigencia.

Se trata de un fenómeno corriente. Es el caso del mantenimiento de la propia conservación, con detrimento de las leyes inferiores á la ley natural, que la razón más extricta conceptúa de justicia. Por eso no debemos exagerar.

III

Antes de entrar de lleno al asunto, conviene advertir que el principal error que se puede y se debe criticar á los métodos de enseñanza coloniales es el de haber dado carácter eclesiástico á la educación, al punto de llegar á hacer de los colegios verdaderos seminarios (10).

Otro error, también criticable, fué el de implantar el conocimiento de los clásicos latinos á base de estudios memoristas que no permitían á los alumnos darse cuenta de nada.

Gutiérrez, en sus *Noticias históricas sobre el origen de la enseñanza pública,* dice que la instrucción en Buenos Aires tuvo por base algunas ciencias de razonamiento abstracto y de mera erudición. Y agrega: "La facultad que más se aplicaba y se desenvolvía era la memoria. El profesorado y la dirección escolar eran resorte exclusivo del clero, á quien correspondía como función especial de su ministerio".

Por lo regular, el profesor, idiosincrásicamente enfático y verboso, aturdía á sus discípulos con citas y recitados de memoria de trozos y hasta de capítulos enteros de libros y obras clásicas, que el alumno no podía alcanzar en su intensidad.

Me he referido á la verbosidad y al énfasis del profesorado español, que para Bunge son la proyección de la arrogancia del carácter ibérico sobre el estilo (11), y debo señalar á ambos como á las causas que determinaron entre nosotros la enseñanza de la lógica como la del arte de aprender á porfiar (12).

Feijoo, en su *Teatro crítico,* dice que á mediados del

siglo XVIII los filósofos españoles hallaron la forma de tener razón contra lo que dicta el sano juicio (13), y de ahí nació esa ciencia en silogismos á que alude Lugones en su *Imperio.*

Aquí, en América, por consecuencia, el pleitismo científico fué también patrimonio de las instituciones de enseñanza, razón y causa fundamental de los defectos que se le censuran.

IV

A 1601 puede remontarse la historia documentada de la enseñanza pública en Buenos Aires. Y fijo esa fecha en razón de que en ese año aparece en las actas del Cabildo la primera alusión á un maestro de escuela.

No obstante las escasas noticias que sobre este punto se poseen, puede afirmarse, empero, que la enseñanza dejó bastante que desear en Buenos Aires. Los maestros, á quienes se pagaba en *frutos de la tierra* (14), carecían de la preparación necesaria para desempeñar su ministerio, y por consecuencia, tenían que reducir su misión educativa á los rudimentos, concretándose, literalmente, á instruir á sus alumnos en el catecismo, y á enseñarles á leer, á escribir y á contar.

Después del establecimiento de los jesuítas, que llegaron á Buenos Aires en 1608, la enseñanza tomó algún incremento, pero siempre dentro de límites reducidos (15).

Nada da una idea más exacta de la ignorancia supina de la gente colonizadora, que los documentos originales de gran parte del período colonial. En ellos se echa de ver una ausencia absoluta hasta de los rudimentos de la gramática. Allí no existe ortografía, ni puntuación, ni prosodia, ni nada. Por mis manos, en una tarea que me ha ocupado ya algunos años, han desfilado millares de documentos coloniales de toda índole, oficiales y privados, y en lo que arroja la gran mayoría, á este respecto, es, precisamente, en lo que apoyo la terminante observación.

Las actas del Cabildo y sólo durante ciertos períodos, algunos de los libros parroquiales del curato de Buenos

Aires, muy pocos informes y expedientes de la secretaría de cámara—esto ya en la época virreal—y muy contados documentos privados, podrían citarse como únicas excepciones (16).

La ignorancia no era exclusiva de Buenos Aires, pues en Santa Fe, durante mucha parte del período colonial, el número de los analfabetos era crecidísimo, y á tal punto que *costaba encóntrar* escribientes para las funciones de oficina del Cabildo (17).

En semejante medio, lógico es suponer que el desarrollo intelectual fué exiguo. Los que algo sabían, lo habían aprendido fuera de Buenos Aires, en Europa ó en Charcas.

Las mujeres, por consecuencia, fueron las mayores víctimas de este atraso, pues muy rara vez se les enseñaba música, dibujo y baile, y en muchos hogares hasta se llegó á no permitirles que aprendiesen á escribir, por temor de que correspondiesen epistolarmente á sus amantes (18).

En las instituciones del *Colegio de Niñas Huérfanas de Buenos Aires,* que lleva fecha de Mayo de 1801, se establece, como única condición para desempeñar el puesto de maestra en el establecimiento, á más de ser de acrisolada virtud, saber leer, escribir, coser, hilar, bordar, hacer calcetas, botones, cordones, cófias, borlas, etc., todo lo cual da una idea del carácter del internado, é importa, asimismo, una confirmación de lo que acabo de decir (19).

V

La creación del Colegio Real de San Carlos, fundado en Buenos Aires por Vertiz con los bienes que dejaron los jesuítas expulsados por Carlos III, después de la supresión de la Compañía, y que si bien se inauguró oficialmente en 1783, había comenzado á funcionar en 1773, —cambió la faz de la educación entre nosotros.

Y debo hacer notar el hecho de que la fundación de este establecimiento dió origen á una exposición de ideas que merecen conocerse.

Vertiz deseaba dar al colegio el carácter que le correspondía, y con el fin de guiarse solicitó pareceres de los miembros del clero y de los señores del Cabildo. Todos expusieron sus ideas, pero sobresalen claramente las del canónigo Maziel, que rompiendo lanzas con todo, sostuvo que en el establecimiento á crearse los maestros no debían ser obligados á seguir un sistema determinado, pudiendo apartarse de Aristóteles y marchar por el camino que señalaban Descartes, Gassedi ó Newton, ó bien prescindir de todos y "seguir sólo la ley de la experiencia por las observaciones experimentales en que tan útilmente trabajan las academias modernas".

Estas ideas triunfaron, adaptándose á ellas el plan de estudios del célebre colegio.

No deja de sorprender el gesto del P. Maziel, y llama verdaderamente la atención la circunstancia de que el mismo año (1771) en que él se expresaba tan liberalmente, la Universidad de Salamanca, incitada por el consejo de Castilla á reformar el plan de estudios, se negaba á separarse del sistema peripatético de Aristóteles, sosteniendo que nadie como el gran filósofo simbolizaba tanto con sus verdades reveladas (20).

La enseñanza de la filosofía, que comenzó en el Colegio Real de San Carlos después de 1771, hizo progresos importantes en Buenos Aires, produciendo sus mejores frutos después de la Revolución de Mayo, en casos como el doctor Lafinur y del mismo venerable doctor Alcorta, cuyos trabajos ha publicado y comentado Groussac.

VI

Indiscutiblemente, la luz intelectual no brilló en los días de la colonia. Ello no quiere decir que no puedan anotarse excepciones honrosas, porque las hubo, aunque en contado número. La generalidad, empero, fué ignorante, al punto de atribuir á la ciencia de los hombres de foro, á mediados del siglo XVIII, la caída de la Catedral de Buenos Aires...

Pero todo tiene su justificación en la historia. Solda-

dos hechos á la intemperie de la conquista, los colonizadores no traían ni podían traer bagaje intelectual. Eran hombres rudos que vinieron á América sedientos de oro, sin más patrimonio que el valor, que era para ellos un blindaje, y sólo hormigueados por un intenso prurito de botín.

Así considerados, no se les puede hacer responsables de lo que dejaron de hacer en punto á cultura y á enseñanza.

Y, después de todo, no hay que perder de vista la situación del medio, á que he hecho tantas alusiones. Claro está que á nosotros, alumbrados por la luz eléctrica y en comunicación telegráfica instantánea con Europa, nos tiene que sublevar el atraso intelectual de la colonia, si para apreciarlo establecemos nuestra situación actual como único término de comparación. Pero no es ese el procedimiento aconsejado por la metodología de la historia. Hay que trasladarse al ambiente, y no olvidar los detalles, pues hasta los topográficos tienen su importancia cuando se trata de establecer la verdad para que falle la justicia.

Con altura de espíritu—lo digo sinceramente—yo encuentro explicable y lógico ese atraso que tanto se ha echado en cara del colonizador para deprimirlo. Y lo encuentro explicable porque no me trabaja obsesión alguna, y porque veo los hechos, las cosas y los hombres sobre una mesa de operar...

RÓMULO D. CÁRBIA

Buenos Aires, Mayo de 1910.

---

(1) J. J. Morato ha vertido al castellano con el título de: *Bosquejo de una historia del intelecto español*, el capítulo que más atañe á España de cuantos se registran en la *History of civilisation in England* de Buckle.

Entre los estudios publicados últimamente, el de Lugones en *El Imperio Jesuítico*, es el más completo y el más intenso.

(2) Véase á este respecto lo que dice P. Rousselot en su obra: *Los místicos españoles*.

''La educación se hallaba por entero en manos del Santo Oficio: el más humilde maestro de escuela no podía ejercer su ministerio sin anuencia suya. Las obras que llegaban de Francia ó de Alemania no pasaban la frontera sino después de una autorización especial, y, si estaban escritas en lengua española, no la pasaban de ningún modo; los que se imprimían

en España necesitaban numerosos certificados atestiguando la ortodoxia de su autor. Un librero sólo podía vender los libros aprobados, según un catálogo especial expuesto en su tienda y en lugar visible. La confiscación, la excomunión, la muerte, amenazaban no sólo al autor, sino también al impresor, al vendedor, al lector.''

(3) Referencia de Ticknor, en su *Historia de la literatura española.*

(4) Véase Cabarrús: *Elogio de Carlos III* y Ferrer del Río, *Historia de Carlos III.*

Altamira, en su *Historia de la civilización española* sostiene que, no obstante la decadencia que vivió en el siglo XVI, España realizó progresos científicos; y para probarlo cita casos como el de Miguel Servet, que se hizo célebre con sus estudios sobre la circulación de la sangre, Juan Bautista Porto y Juan Escribano, que realizaron estudios acerca de la fuerza del vapor de agua, etc., etc.

Ganivet, en *Idearium Español,* sostiene, por su parte, que España sólo sobrepuja á las demás naciones en el número y excelencia de sus sangradores, y que ello obedece á una influencia del espíritu de Séneca.

(5) Este renacimiento fué la consecuencia de la obra llevada á cabo durante el reinado de los Reyes Católicos. Como se recordará, el Cardenal Cisneros fundó, en esa época, la célebre Universidad de Alcalá de Henares. Muchas de las grandes obras de arte plateresco son, también, de este período, al que pertenecen, igualmente, el renacimiento del romance y la creación de la novela picaresca.

(6) Léase lo que á este respecto dice Altamira en su *Historia de la civilización española.*

(7) Los mejores catedráticos de esa época fueron procesados por la Inquisición. Entre ellos figuran hombres como el P. Mariana, Arias Montano, fray Luis de León, etc.

(8) La ley primera fué dictada por Carlos IV y la reina de Bohemia, gobernadora, en Valladolid, el 21 de Septiembre de 1551 y confirmada por Felipe II en Madrid, el 17 de Octubre de 1562.

(9) El último capítulo de *La Anarquía y el Caudillismo,* del doctor Lúcas Ayarragaray, y el capítulo X de *La Ciudad Indiana,* del doctor Juan Agustín García, están consagrados á este tema.

(10) El deán Funes dice á este respecto, y refiriéndose al colegio de Monserrat: *¿Qué podía esperarse de unas instituciones que se preocupaban de inspirar horror á todo espíritu del mundo? Este colegio, en razón de su rígido encierro, más parecía una cárcel que una casa buscada por elección. Su refectorio, donde un profundo silencio daba lugar á la lectura de libros místicos, parecía un refectorio de monjes trabajados por ideas tristes.*

(11) Bunge sostiene que esa proyección es lo que hace de cada escritor español un orador ampuloso y enfático. (Véase el cap. XI del libro I de *Nuestra América).*

Con respecto á la verbosidad el mismo autor ha demostrado que es una forma degenerativa de la arrogancia española.

(12) En esto no hay exageración. Véase lo que dice un ex alumno de una universidad colonial:

''Cualquier hombre sensato que hubiese entrado en nuestros claustros, sin estar advertido antes, habría juzgado, por los gritos descompasados, el furor y el empeño que se tomaba por el ergotismo ridículo, que se hallaba en medio de una multitud de locos ó de energúmenos.'' (*El Repertorio Americano,* Londres 1826, pág. 234).

(13) Discurso 12, tomo 7º.

(14) Consúltense las *Actas del extinguido Cabildo de Buenos Aires.*

(15) El primer obispo de Buenos Aires, Mons. Carranza, fundó una cátedra de latín en 1622, que cosechó muy pocos frutos.

(16) Para comprobar la exactitud de la observación, recomendamos que se hojee una publicación de documentos que se está haciendo en la actualidad; la *Revista del Archivo de Corrientes.*

Los once tomos publicados en las *Actas del extinguido Cabildo de Bue-*

nos Aires, y los documentos insertados por Trelles en el *Registro Estadístico* y en sus revistas del *Archivo y de la Biblioteca Pública*, así como también las numerosas publicaciones hechas con motivo de litigios fronterizos, pueden ilustrar, igualmente, sobre este punto.

(17) Así lo asegura el doctor Cervera en su *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, tomo II, pág. 244.

(18) *Repertorio Americano*, 1826, pág. 238.

(19) Este colegio era un verdadero claustro monacal, al punto que las alumnas, regenteadas por educandas seglares, estaban sujetas á reglas casi monásticas. El establecimiento hasta tenía torno y locutorio con intermediarias, como en los conventos de reclusión perpetua.

En mi archivo conservo el original de estas constituciones.

(20) Véase Gutiérrez: *La enseñanza pública en Buenos Aires.*

Buenos Aires, Mayo de 1910.

Didáctica

CAPITULO XVIII

La Inspección

La enseñanza fiscal necesita de una dirección política ó concepto general que este libro ha formulado; pero requiere más todavía una dirección técnica, que por la doble acción de la vigilancia y del estímulo permanente, realice ese concepto con la debida propiedad. He aquí el cometido de la inspección de enseñanza.

Primero que todo, es menester el ministro agente de un gobierno con ideas, y más todavía, con ideal; porque estas cosas de la educación, son necesariamente remotas en sus fines y absolutamente desinteresadas en sus medios. Sin embargo, el ministro no es todo. El necesita un agente á su vez, para que piense al detalle lo que la mente ministerial sólo puede concebir en conjunto, por falta material de tiempo y condiciones obvias de posición. Así, una vez entendido el ministro con su inspección de enseñanza, en el concepto fundamental de su política docente y en el procedimiento, aquella repartición es la que estudia, propone y ejecuta en el ministerio. Necesita, pues, de una sólida competencia, de gran autoridad moral y de ejemplar dedicación ante todo.

Estas condiciones generales, requieren la garantía

de una efectiva estabilidad, no sólo para que acepten el cargo personas capaces y responsables, sino para que duren en bien del país, ya que no es fácil encontrarlas á rodo. Ningún hombre de mérito y de convicciones, jugará este árduo capital á la incertidumbre de puestos generalmente poco envidiables por su brillo y por su renta; requiriendo al menos la estabilidad necesaria para que su labor produzca, y ello con tanta mayor propensión, cuanto más desinteresados sean sus móviles. De lo contrario, la inspección degenerará en una de tantas reparticiones automáticas que recargan el presupuesto, con el único fin de tramitar expedientes inútiles ó retardados por exceso de complicación burocrática, dando así colocación á los amigos, ó sea substituyendo por esta indebida aplicación de la renta pública el objeto específico y provechoso de la institución. Para evitar esto, es necesario que el gobierno tenga ideas claras sobre instrucción pública; vale decir, concepto orgánico de las necesidades espirituales del país, pues ello comportará también un plan de largo alcance, substraído á los inconvenientes de la perpetua instabilidad que producen los cambios de ministerios y de gobiernos. El concepto educacional y la inspección deben permanecer, precisamente porque los ministerios cambian.

Conformes en que la movilidad de los empleos sea la regla general de la democracia; pero cuando se trata de complicadas aplicaciones técnicas cuyos resultados exigen una lenta y paulatina metodización, no es posible mantener el principio. Entre nosotros, sucede todo lo contrario. Parece que los ministros, acto continuo de nombrados, perdieran toda noción temporal. Sus iniciativas y modificaciones comportan la anulación del pasado y el consiguiente invento prodigioso que cuenta con la eternidad del porvenir. Los estragos de esta infantil vanidad, que sería inofensiva sino comprometiera cosas tan serias, han acabado por engendrar un desolador pesimismo al cual muy pocos se substraen. Entiendo figurar entre éstos, precisamente porque tengo fe en el progreso de la cultura nacional. Ella ha de aca-

bar con el arrivismo, que da tan excesiva importancia personal al puesto público. Y en el peor de los casos, no importa. No sólo se hace obra y gobierno docente desde los ministerios. A este respecto, mi filosofía es de un escepticismo tan sereno como robusto. Adversario de los dogmas, el culto de la autoridad no cuenta entre mis predilecciones; y creo que anulándolo progresivamente, es como llegan á mejorarse los hombres.

Precisamente, como esta idea es el fundamento de la enseñanza racionalista que tiene por agente al método científico, la inspección debe hacer consistir su influencia en una superioridad técnica y moral tan evidentes, que jamás necesite imponerse por el ejercicio jerárquico de su autoridad. Ella más que nadie debe saber que no hay lección tan eficaz como el ejemplo. La sumisión y la libertad, son incompatibles. Si aceptamos aquélla, no es porque constituya un estado natural ó una fatalidad inevitable. Nadie lo ha demostrado positivamente, y la prueba es que su última razón consiste en un acto de fuerza bruta. Ningún gobierno subsistiría sin ejército; y á poco que profundicemos el raciocinio, hallaremos que el ejército es, al fin de cuentas, el verdadero gobierno; puesto que es el ejército quien establece la relación de dependencia. De él depende que exista ó no el gobierno.

La aceptación de tal obediencia, proviene de una serie de deficiencias personales, que son condiciones mudables, como lo prueba el hecho de que podemos á veces modificarlas, para pasar al estado de mando; y la tendencia insuperable á dejar de obedecer. Si la sumisión fuera un estado natural, comportaría una satisfacción como el comer y el dormir; pero es todo lo contrario. Nadie encuentra, tampoco, agrado en dejar de comer ó de dormir; pero sí en dejar de someterse. Ahora, es también evidente que la libertad constituye ante todo un fenómeno interno, consistente en la posesión de la conciencia propia y en la dirección de la conducta por medio del raciocinio. Forma superior de la vida espiritual, cuyo éxito, accesible á todos, debe la escuela proponerlo con su enseñanza.

Este objeto fundamental, ha de ser la guía del inspector en sus tareas. Todas las enseñanzas puestas bajo su control, propenden al mismo fin: la libertad física producida por la acumulación de los frutos del trabajo en las ocupaciones del hombre futuro, basada sobre la libertad moral.

La enseñanza secundaria, por su misma generalidad, no requiere mayores detalles al respecto. La industrial y la comercial tienen un objeto estricto que facilita la apreciación de conjunto. En cambio, la normal destinada á formar los maestros de las nuevas generaciones, los constructores del país futuro, requiere una atención más detenida.

En la nota final de los programas, están determinados los elementos que más requiere la enseñanza del maestro para la aplicación futura á la primaria, y recomendado su predominio en consecuencia. Esa misma nota determina que la equivalencia de los programas secundarios y normales, *es principalmente formal, refiriéndose sólo á la distribución y al espíritu de la enseñanza.* Pero éstas eran y no podían ser más que indicaciones sumarias. La "aplicación inmediata" de los tales elementos, no se refería á los resultados generales de la enseñanza, ó espíritu del plan, así como la idea no está determinada por la pluma con que se escribe su fórmula material. En cambio, dábase con ello otra indicación de importancia: que todos los ramos enseñados en la escuela normal, tienen por objeto formar el maestro.

Uno de los objetos primordiales de la inspección técnica, es determinar si los alumnos aprecian con claridad la aplicación *pedagógica* de cada conocimiento que adquieren.

Así, en física, el estudio del barómetro debe tener como aplicación su consulta, para determinar por el estado de la atmósfera, el de los niños, y organizar la clase en consecuencia. Esta puede substituir, según los casos, los ejercicios intuitivos por los físicos, ó por la música, ó por la audición de una lectura; siendo ello sumamente necesario en la primavera, es decir, cuan-

do las variaciones temporales más bruscas, coinciden con el relativo dominio de los ramos, por ser dicha estación el fin del curso escolar; lo cual permite variar con menos inconvenientes las clases. En fisiología, la situación de los órganos, debe motivar recuerdos oportunos sobre las posiciones del aula y de los ejercicios físicos, relacionada aquélla con la caligrafía y la forma de los pupitres, y las últimas con la clasificación fisiológica de dichos ejercicios. En lectura y gramática, debe tenerse presentes los errores habituales de pronunciación y de construcción que manifiestan los niños, pues algunos, como los referentes á la declinación y conjugación, constituyen interesantes problemas de psicología. Por otra parte, la incorrección del lenguaje, proviene muchas veces de que se ignora el verdadero sentido de las palabras. Recuerdo haber oído decir en cierta ciudad del litoral, refiriéndose á un árbol, *Sangre de Grado* por *Sangre de Drago.* La denominación compuesta, predisponía, sin embargo, á una explicación sobre el significado de la palabra *drago,* forma anticuada de *dragón;* así como á una interesante conversación respectiva. Las interpolaciones quichuas y guaraníes, muy abundantes en algunas provincias, son también motivos de útiles aplicaciones. Por último, en química, pues sólo doy aquí indicaciones generales fáciles de completar por el inspector, las nociones de este género abundan. La decoloración por el azufre; el ácido sulfhídrico de los huevos podridos; el metano de los charcos, proporcionan excelentes recursos para las clases y las excursiones escolares. Los huevos de un nido abandonado, diéronnos tema para una excelente clase ocasional en cierta ciudad del interior. Descubiertos en un matorral, comprobamos con la rotura de uno la existencia del ácido mencionado. Los otros dos quedaron reservados para la comprobación científica en el aula, mientras conversábamos sobre nidos, pájaros y gases peligrosos. Sabido es que para descubrir el metano, basta un palo con qué remover el lodo.

Por cierto que estas indicaciones y observaciones requieren una activa intervención del inspector en las

clases. Ninguna manera mejor de probar que se conoce el plan de estudios y se domina su técnica. Esto satisface, por otra parte, á los profesores buenos y previene á los malos; sin contar la cantidad de indicaciones indirectas, vale decir, corteses, y por lo tanto más provechosas que comporta.

La única precaución que debe tomarse para no deprimir al profesor ante sus alumnos ni permitirle que se disculpe con la restricción si fuere malo, es dictar la clase donde se la encuentre, excepto cuando la necesidad de ampliar el juicio haga necesario pedir una. Pero esto sólo se hará de un día para otro, y dentro del horario y distribución ya establecidos. El inspector debe alterar lo menos posible el orden y las costumbres de las casas que visita. Si los conceptúa perjudiciales ó substituibles por otros mejores, lo indicará á la dirección dejando constancia de ello cuando sea necesario en el libro respectivo.

Considérese al intervenir en las clases, que todos los ramos son respectivamente centrales, como he procurado demostrarlo; es decir, que ninguno tiene mayor importancia y que todos deben hallarse estrechamente vinculados entre sí, no sólo por el concepto general de la enseñanza sino por la distribución horario; de tal modo, que en un momento cualquiera del año, las clases, en conjunto y en particular, se hallen proporcionalmente á la misma altura. Este es uno de los fundamentos de la pedagogía integral.

Será útil y prestigioso para la autoridad del inspector, que su intervención en las clases, bajo la indicada forma, reporte algunas novedades pertinentes al tema que se desarrolla. Esto es relativamente fácil, dada la cultura que debe suponerse á aquél.

La visita de inspección es un estímulo para alumnos y profesores, si se la efectúa con la debida competencia y oportunidad, así como autoriza todos los abusos. empezando por la complacencia vil, pero muy humana, ante el fracaso del superior cuando revela en su falta de competencia su escasa autoridad moral; pues apenas existe inmoralidad mayor que la aceptación de puestos

docentes sin tener condiciones para desempeñarlos. La intervención del inspector en las clases, es indispensable para demostrar lo contrario, sobre todo, cuando la crisis educacional á que asistimos autoriza á presumir en el desempeño de los puestos docentes más incompetencia que preparación. Así adquirirán también mucha importancia como elementos de estímulo las felicitaciones y observaciones—nunca reproches—que el inspector haga en las clases, con mucha parsimonia ciertamente, pero sin excesiva economía para no ser injusto con los esfuerzos meritorios. Las correcciones de procedimiento á los profesores, serán motivo de conferencias privadas en las cuales puede intervenir la dirección cuando se trate de medidas generales ó de injustificadas resistencias, dejándose las órdenes terminantes, que siempre deben constar por escrito, solamente para el último caso; pues tratándose de aplicaciones técnicas, el convencimiento racional valdrá siempre más que la obligación impuesta. El inspector necesita tener un amigo en cada maestro, para que su misión resulte provechosa. Con este mismo fin, hay que revestirlo de cierta autoridad para resolver por su cuenta pequeñas dificultades del profesor, tanto con la dirección respectiva cuanto con las autoridades centrales del ministerio. Así podrá asumir también la responsabilidad de los institutos confiados á su custodia.

Volviendo á la visita de las clases, que es el asunto principal de toda inspección, tres son los puntos fundamentales requeridos para el buen desempeño de ésta. El estado intelectual de los alumnos, la capacidad del profesor y la disciplina.

Si en la clase observada no impera el dogmatismo, los alumnos deben saber *para qué sirve todo* lo que estudian. De otro modo, existiría allí un almácigo de pedantes ó de serviles.

La pregunta *para qué sirve,* proporciona el medio más corto de conocer la preparación estudiantil, y la mejor observación indirecta al método del profesor. Si el alumno sabe bien una cosa, pronto dará con la razón útil de su estudio, aunque jamás le haya ocurrido

pensar en ello. Si la sabe mal, el descubrimiento de la utilidad que su conocimiento reporta, es un estímulo para aprenderla. Todo el sistema racionalista y el método científico están ahí, puesto que la arbitrariedad de la enseñanza por deber impuesto, no por demostración racional, es lo que constituye el dogmatismo. Recuerdo haber entrado á una clase de geografía donde se hablaba sobre el Canadá. Mi pregunta—"para qué sirve el estudio del Canadá", produjo sorpresa; pero en cuanto inicié un comentario sobre la identidad de ciertos productos canadienses y argentinos, así como sobre el desarrollo escolar del Dominio, la clase tomó el hilo conductor y se dió cuenta de la utilidad de su estudio. Así vino éste á serle agradable, mientras en el caso contrario, era un deber penoso como todas las obligaciones arbitrarias. He citado el ejemplo al azar, para que se vea cómo hasta en los estudios de utilidad más perceptible al parecer, pueden existir la disciplina irracional y el dogmatismo.

Tampoco lo percibirá el maestro, sino experimentado así, en su propia clase; comportando ello, como he dicho ya, la más certera de las indicaciones. De aquí que la observación del inspector sea doble en las clases así estudiadas. El alumno le da idea del maestro, y recíprocamente. Al cabo de tres ó cuatro visitas, ya estará en condiciones para hacer del último un somero perfil, consistente en estos cuatro rasgos generales: su don comunicativo, su simpatía, su dominio del ramo, su método. Estas cuatro condiciones, pueden reducirse á dos: el dominio del ramo y el don comunicativo, pues poseer un conocimiento y comunicarlo, es, á la verdad, toda la enseñanza. De aquéllo dimana el respeto, y de ésto el interés, fundamentos imprescindibles de la clase. El método, que enseña la mejor utilización de los esfuerzos, es indispensable para la medianía general; pero puede consistir en algo distinto de los principios comunes cuando se trata de maestros con caracterizada personalidad. Este elemento precioso, como que es transmisible y sumamente favorable al desarrollo de la libertad del espíritu, debe ser fomentado con la mayor aten-

ción; tarea á la cual concurrí principalmente con la adopción de los programas sintéticos. En cuanto á la simpatía, su utilidad consiste en que substituye con ventaja la disciplina rígidamente intelectual, producida por la sistematización exclusiva de los estudios, combinando el racionalismo con el sentimiento en el cual reside todo lo fecundo de la existencia. La simpatía representa la belleza de la enseñanza, ó mejor dicho, el fundamento de su estética. El saber y la comunicación constituyen la verdad demostrada en que aquélla consiste esencialmente. El concepto no se limita á la utilización egoísta de la enseñanza, sino principalmente á adquirir la capacidad de ser útil. Así la enseñanza integral tendría al maestro, integral también, como agente. Mas para que estas inspecciones sean fructuosas, requiérese que cada inspector tenga á su cargo un número determinado de institutos por cierto tiempo. No á perpetuidad tampoco, para que alcance á todos los institutos el beneficio de la renovación en el procedimiento y en las ideas. Debería establecerse la rotación de inspectores en períodos de tres años por cada sección.

El aspecto del aula y de la clase, revela desde luego la disciplina que en ellas reina. Por lo general, los alumnos y el maestro pónense más nerviosos en presencia del inspector, cuanto menos presencia de ánimo les ha imbuído una enseñanza dogmática y pasiva. Hay, sin embargo, casos de cortedad de genio rebeldes á todo estímulo y no pocas veces coincidentes con notables méritos. Bajo este concepto, conviene tener presente que el alumno interrogado por el inspector hállase en una situación desventajosa, dados el aislamiento y la responsabilidad que comporta esa situación ante la clase; mientras sus compañeros, estimulados por aquella presencia superior, controlan sus respuestas con desusado interés, aumentando la confusión prevista. Esto es aplicable sobre todo á la enseñanza primaria donde los grados trabajan en conjunto, y con mayor especialidad á las escuelas de mujeres, más susceptibles y más tímidas. Convendrá, sin embargo, no usar con ellas de excesiva benevolencia, porque lo notarán acto conti-

nuo para abusar, conforme á la conocida inclinación de su sexo. La benevolencia en cuestión, debe pasar inadvertida bajo su carácter diferencial y preferente; de tal modo que si el inspector no trata á las mujeres como á los varones, aquéllas crean que no establece diferencias.

Tan luego como se interviene en una clase, nótase su desgano ó su actividad, así como la diferencia entre ésta y el desorden con que muchos profesores tienden á confundirla. La precisión de las respuestas y el consiguiente reposo al contestar, así como la natural cortesía con que los alumnos se dan tiempo para hacerlo, sin incurrir en excesivas emulaciones, revelan una clase en condiciones satisfactorias, ó sea activa y equilibrada á la vez. Cuando el maestro interroga, no es necesario ver todas las manos levantadas. Los ojos de los chicos *hablan* todavía mejor. Sobre todo, hay que combatir como una baja perversidad, la idea de responder mejor para humillar ó dominar al compañero. Ello es más pernicioso todavía en las democracias, por ser la envidia su vicio característico; y peor cuando se trata de plutocracias arrivistas como la nuestra. El niño debe querer saber, porque así se vuelve mejor, porque le aprovecha y porque con ello causa una satisfacción á sus padres y á su maestro. Lejos de reservar para sí el conocimiento adquirido, su dicha ha de consistir en que todos los demás participen de su ventaja. La felicidad, considerada como un bien colectivo y no como una posesión egoísta, constituirá el fundamento moral de la sociedad futura que la escuela debe anticipar como tengo dicho; por manera que cuanto tienda á robustecer los afectos solidarios, es motivo de enseñanza, empezando por la condenación infamante de las delaciones, para concluir con esa alta comunidad de los bienes espirituales. Reputo, así, perjudicial el sistema de encomendar las clases á monitores, sobre todo con carácter disciplinario que es, por desgracia, como más se usa; pues de tal manera el mérito del alumno, ó sea el motivo fundamental de la designación, conviértese en odioso privilegio de gendarmería. Ejemplo doblemente funes-

to para el alumno preferido y para la clase. El monitor proviene del concepto penitenciario de la disciplina, como éste, á su vez, de la enseñanza dogmática. Los tres son eslabones de la misma cadena que ata el espíritu moderno á la barbarie del pasado. Pero la escuela es una empresa de porvenir, y ya he dicho que los maestros forman la milicia de la esperanza.

La apreciación material empieza con la inspección de los elementos escolares, entre los cuales debe figurar ante todo el cuaderno, que es como la autobiografía del alumno. Allá están patentes su limpieza, su proligidad, su laboriosidad y su corrección. La caligrafía da sobre esto una excelente impresión de conjunto; pero conviene no olvidar, sobre todo cuando se inspecciona escuelas mixtas, que si los varones tienen comúnmente peor caligrafía, no es exclusivamente porque sean menos prolijos que las mujeres, sino también porque tienen más individualidad. Aquéllas exhibirán un tipo mejor, conforme se halle establecido en la escuela; los varones, caracteres más determinados dentro de la in ferioridad caligráfica.

Al mismo tiempo, esos cuadernos serán las fojas de servicios de la clase. Un elemento de apreciación respecto al maestro y á sus condiciones, tan importante como el examen directo de la clase misma.

Para que su provecho sea mayor, conviene disminuirlos en lo posible; con lo cual se consigue á la vez que los deberes sean más cortos. Así se concilia la economía intelectual con la del dinero, pocas veces atendida por el teorismo pedagógico, aunque es tan importante para la clase trabajadora cuyos niños forman la mayoría de la población escolar. Los cuadernos deben ser dos por término medio, y nunca pasar de tres, limitados éstos á los grados superiores, cursos normales y secundarios. Debe, asimismo, combatirse el uso inmoderado de anotadores y papeles en los cuales el alumno hace sus borradores y problemas, exigiéndose que vayan agregados á las hojas en limpio para apreciar el despilfarro y corregirlo, enseñar el aprovechamiento justo é impedir la intervención clandestina de personas mayores en

el trabajo del alumno. Tanto interesan al maestro los ensayos y proyectos de sus discípulos, como los resultados.

Viene acto continuo, en orden de importancia, la apreciación de la indumentaria y de la higiene general de los alumnos, punto de la mayor importancia escolar y social. Hago votos una vez más por la instalación de los baños escolares, que tanto bien causarían á la civilización del país, convirtiendo el aseo en una costumbre imperiosa como lo son todas las adquiridas en la infancia. Así los pueblos exigirían como un bien imprescindible las instalaciones de que ahora carecen con vergonzosa indiferencia, empezando por la adelantada capital. Insisto también en la necesidad de que la escuela vista á los alumnos desvalidos, además de proveerlos gratuitamente de elementos escolares.

A la idea general de limpieza, corresponden otros detalles de urbanidad, pequeños pero no baladíes. La exigencia de que los alumnos, sin distinción de sexos, se levanten para contestar, es muy necesaria. Trátase de un detalle de cortesía ante los mayores, que la escuela debe exigir como la sociedad, y que lejos de causar molestia, permite variaciones siempre útiles de la posición sedentaria. Enséñese á los varones que no metan las manos en los bolsillos, y á las niñas que no jugueteen con cintas, papelitos, etc., cuando responden. Las manos deben descansar naturalmente sobre el pupitre ó á los costados. La supresión del "soplo", ó ayuda clandestina al compañero interrogado, debe ser rigurosa también. El "soplo" es una mentira en acción, y además una inmoralidad hipócrita, como que practica el principio jesuítico de que el fin justifica los medios. Todos los abusos antisociales de los ciudadanos y del gobierno, tienen por fundamento esa máxima infame. Ella constituye lo que la moral griega llamaba mentira cobarde, execrándola bajo el peso de los oprobios irremisibles. La tradición y la incultura conspiran para mantenerla aquí, á título de *viveza* plausible cuando la corona el éxito. Por eso hay que combatirla inexorablemente en todas sus manifestaciones. La civilización exi-

ge verdad y rectitud en el fin y en los medios, porque al ser una simplificación consistente en el convencimiento de que la virtud y la utilidad coinciden, determinando un estado superior de existencia, establece que la virtud es el único camino de la virtud misma. La bajeza física ó moral, no puede conducir á la elevación física ó moral; ni es el éxito la razón de la virtud. Son los medios los que justifican el fin, ó mejor dicho. los que determinan su carácter.

Suele ser el "soplo" una consecuencia de las clases inactivas, caracterizadas por dos defectos recíprocos: el hábito de las exposiciones individuales para "dar" la lección, y la falta de interés que suprime toda concurrencia del total de alumnos en aquélla. He indicado ya cómo puede conseguirse que trabajen á la vez cuatro ó cinco alumnos sobre cada lección, mientras el resto de la clase discurre con el profesor por medio de preguntas sueltas ó críticas referentes á los trabajos de aquéllos (1). La actividad de las clases, es la única seguridad de su disciplina.

Por esto, cuando se visita una escuela normal nunca debe olvidarse las clases prácticas de los alumnos maestros. La práctica pedagógica constituye, como tengo dicho, toda la enseñanza normal, formando, cuando es acertada, el mejor maestro, pero causando también graves daños futuros cuando es errónea.

Los ramos que forman la educación estética, revelan el estado moral de la escuela visitada.

Debe examinarse al respecto, con atenta minuciosidad, la lectura en alta voz, la música y los ejercicios físicos; reparando si para estas lecciones se tiene en cuenta el estado atmosférico y la hora. Los fenómenos naturales ejercen profunda influencia sobre los alum-

---

(1) En matemáticas: Dos demostraciones de teoremas. Dos problemas concordantes y varias preguntas mientras aquello se efectúa. O bien cuatro problemas. O bien dos, resueltos por dos métodos distintos. O bien un solo problema resuelto por partes entre varios alumnos. En historia: dos exposiciones escritas en el pizarrón, dos croquis y varias preguntas mientras tanto. En ciencias naturales, ello es más fácil todavía con los trabajos prácticos.

nos. La misma clase no revela iguales disposiciones en un día lluvioso que en otro sereno. Ni cuando aquel día es de temporal ó de tormenta pasajera. Ni cuando el otro pertenece á una ú otra estación. La pertinente apertura de una ventana, mejora, á veces, sensiblemente una clase...

Respecto á la parte ya burocrática del colegio, la primera tarea del inspector consistirá en enterarse del libro de inspecciones, con el fin de saber las órdenes particulares dejadas por sus antecesores sobre la marcha del establecimiento. Acto continuo pedirá la carpeta de circulares, deduciendo por la manera cómo las tienen y el conocimiento que de ellas revelen, el cumplimiento que les dan. Después, en compañía del vicedirector que tiene á su cargo la disciplina inmediata, estudiará los horarios; primeramente bajo un concepto higiénico, ó sea atendiendo á la situación y alternación de las materias con respecto al clima y á las condiciones locales de topografía, vialidad, etc., y después con relación á las conveniencias del personal docente que debe atender en lo posible, aunque posponiéndolas siempre á las de los alumnos. El libro de asistencia del profesorado, debe estar continuamente á su vista. Hará lo posible para que los profesores de una misma localidad no tengan cátedras en dos establecimientos, pues como lo expresé al ministerio en mi primera memoria (1), "esto ocasiona sensible trastorno cuando se trata de la distribución horaria y racional de las asignaturas, muchas veces sacrificada á aquella circunstancia". La inspección debe recabar con insistencia la autorización que yo pedí para arreglar las cátedras, y que no pude aprovechar por haber sido exonerado cuando llegaba la posibilidad de hacerlo.

Pasados tres ó cuatro días—las inspecciones no deben durar menos de una semana por establecimiento—el inspector examinará la contabilidad y la caja, dando así tiempo para que el rectorado y la secretaría repongan las pequeñas sumas que á veces distraen sin mala

(1) Apéndice 1.

intención; puesto que se trata de misiones conciliadoras y simpáticas. Pero la inspección general debe tener á sus órdenes dos contadores públicos que procedan á esa investigación, por lo menos una vez al año en cada colegio.

Concluída la visita técnica, el inspector celebrará con todo el cuerpo docente una de las reuniones quincenales prescriptas por el reglamento, para dar sus instrucciones sobre las mismas y saber cómo las efectúan, recomendando con insistencia esta comunicación para equilibrar el conjunto de las enseñanzas, vinculándolas en el objeto común que determina todo el plan, y estimulando las visitas de los profesores á las clases con su iniciativa personal si es necesario; sobre todo, cuando se trate de los ramos que las notas del programa declaran especialmente relacionados entre sí. Realizará también una excursión escolar á título de recreo, dirigiendo personalmente la exploración del caso, recogiendo ejemplares botánicos y mineralógicos y haciendo la conversación científica del paseo.

En todos estos actos, procederá de acuerdo con el rector ó director y acompañado por él, pues así no sólo conocerá mejor sus cualidades y defectos, sino que propenderá al mayor prestigio de su posición ante profesores y alumnos. Esa vinculación no debe limitarse al colegio; será también social y compartida en los sitios públicos de estudio ó de recreo, en la mesa, en la reunión familiar. Donde existan internados, el inspector debe comer y dormir algunas veces en ellos, para conocer por sí mismo su funcionamiento. El rechazo de presentes, debe constituir la regla habitual, pero no absoluta, cuando aquéllos no representen valor, pues significan una prueba de la amistad cuyo cultivo se recomienda entre el inspector y sus subalternos.

Cuando se trate de sumarios motivados por denuncias sobre la conducta de aquéllos, el inspector procederá de manera que el asunto trascienda lo menos posible, exigiendo en la mayor reserva la ratificación escrita de los denunciantes. Sin este requisito, considerará terminada acto continuo su misión. Por supuesto que

tratándose de mujeres, y de cosas que afecten su vida privada, ninguna delicadeza resultará excesiva.

En previsión de estos difíciles conflictos, y como elemento precioso de información general sobre el prestigio de los institutos ante la gente culta, procurará vincularse también con las primeras autoridades de la localidad, gobernadores, ministros, jueces, legisladores y miembros del clero. Su carácter de alto empleado de la nación, y su cultura, facilítanle la entrada á esos círculos. Pero conviene al mismo tiempo que se mantenga prescindente en absoluto de la política y de las rencillas locales, siempre listas para complicar á los establecimientos de educación en favoritismos y venganzas. Toda precaución es poca para no servir de instrumento involuntario en esos enredos que la sutilidad provinciana suele disimular con avizora maestría.

Los establecimientos de la capital, donde ese tropiezo no existe, requieren en cambio una autoridad técnica y moral decididamente sostenida por el ministerio, porque son en gran parte focos de abusos cometidos por los favoritos de la recomendación, del linaje y de la fortuna. Puede decirse con verdad que en ninguna parte hay profesores tan buenos y tan malos; así como que las direcciones metropolitanas, son también las más difíciles.

Creo inútil añadir que la inspección comprenderá también las condiciones de edificación y de higiene, con arreglo á los principios formulados en el artículo II; si bien la repartición tiene agregada para esto la Sección Escolar del Departamento Nacional de Higiene, por decreto del ministerio González, que me tocó en parte proponer y reglamentar.

En cuanto á la inspección de los institutos especiales que dependen del ministerio, el capítulo siguiente suministrará las informaciones del caso.

Por último, tomando como tipo la enseñanza general (primaria y secundaria), y la normal, que son las más complejas, completas é importantes, el inspector debe resumir en esta forma las resultados de sus visitas:

1°. Estado general de la casa visitada, en cuanto á higiene, arquitectura, distribución de alumnos en las aulas y habitaciones. Si hay internado, régimen tutorial y disciplinario del mismo. Situación del edificio en la ciudad y vías de comunicación con él.

2°. Horarios en relación con las necesidades de los alumnos y del personal docente; con el clima y la estación. Asuetos acostumbrados con motivo de festividades patrióticas ó religiosas, de carácter local.

3°. Muebles y material escolar.

4°. Población escolar en conjunto; clase social que predomina en ella; término medio de edades máximas y mínimas; tipo étnico; estado de salud, de aseo y de indumentaria.

5°. Ideas de la dirección sobre la enseñanza y la disciplina. Silueta psicológica de los directores y vicedirectores. Aspecto físico, edad, maneras, aseo é indumentaria. Influencia de que gozan sobre el personal docente. Concepto que cada profesor les merece.

6°. Apreciación de conjunto sobre el cuerpo de profesores. Término medio de nacionalidad, edad, estado y clase social. Sus maneras y su indumentaria. Manera como aplican el plan. Preferencias intelectuales que dominan en la casa, respecto á ciencias naturales, matemáticas ó letras. Concordia del personal entre sí.

7°. Apreciación individual de cada profesor, sobre todo, en lo referente á sus métodos de enseñanza y de disciplina. Condiciones físicas, intelectuales y morales. Lecturas que prefiere. Peculiaridades en su indumentaria: descuidada, correcta, coqueta. En sus maneras: finas ó incultas. En sus costumbres: fuma, bebe, jura, juega. En su carácter: huraño, jovial, etc.

8°. Concepto que tengan de la casa las autoridades superiores de la localidad, los círculos sociales, la prensa y las sociedades obreras.

9°. Método y estado de la educación física y estética.

10. Ambiente moral de la casa.

11. Método y estado intelectual.

12. Desarrollo de la afición á la lectura y del arte de leer.

13. Proporción en que se encuentran los alumnos forasteros. Edad, sexo, condición social y hospedaje de los mismos en conjunto.

14. Apreciaciones sobre los mejores alumnos maestros de cuarto año en las escuelas normales.

15. Método y desarrollo de la práctica pedagógica en dichas escuelas.

16. Resultado de las reuniones quincenales del personal docente, para uniformar la enseñanza.

17. Estado de la contabilidad y de los libros que el reglamento prescribe. Inversión de la partida para útiles.

18. Observaciones que dejó en el libro de inspecciones.

19. Procedimiento de los celadores. Su capacidad física, intelectual y moral para desempeñarse. Su aspecto y condición social.

20. Tareas, aspecto y condiciones del personal subalterno. Ocupaciones de este último fuera del colegio. Estado, nacionalidad, edad y vivienda.

21. Funcionamiento de los relojes. Estado de los pupitres, pizarrones, mapas y cuadros después de clase.

22. Reuniones y diversiones habituales de los profesores y alumnos fuera del colegio. Término medio casero, ó callejero, ó noctámbulo. Naturaleza de las diversiones que frecuentan.

Todas estas cláusulas no exigirán, naturalmente, respuestas de absoluta precisión, si bien resultará útil que el desarrollo del informe conserve el orden indicado. Este puede ayudar también al trabajo metódico de la inspección misma. Al tratar cada uno de esos puntos, y naturalmente todos los otros que conceptúe necesarios, el inspector debe expresar su conformidad ó su divergencia con el estado ó procedimientos que ellos indiquen en cada colegio. No sólo dirá lo que al respecto ha ordenado, sino lo que cree que la superioridad debe ordenar.

Omitirá únicamente sus apreciaciones adversas á las personas, conservándolas en una libreta reservada, para cuando su jefe se las pida en informes ó expedientes

reservados también. La falta de este carácter en tales documentos, debe autorizarle á negar su información ante cualquier autoridad administrativa, sin excluir al propio ministro del ramo.

LEOPOLDO LUGONES.

Buenos Aires, Mayo de 1910.



LA PIRÁMIDE DE MAYO EN 1836
(De una acuarela del Ingeniero Pellegrini)

Las profecías del verso

De Mayo á Mayo

Llegamos al mes de los grandes recuerdos. La conmemoración del momento inicial de la epopeya va á llenar nuestros espíritus con la visión de sus mil episodios, con el eco ya secular de sus batallas, con el imponente tumulto de las glorias de la acción que, emprendiendo la marcha al pie del modesto cabildo colonial, fué sembrando victorias á todo lo largo del continente y no se detuvo hasta afirmar definitivamente el pie en el palenque cerrado de Ayacucho.

El relámpago del sable de San Martín va á cruzar incesante los cielos; y los ojos deslumbrados por su fulgor verán llenarse el horizonte con las sombras de los héroes de la guerra alineados frente á la América en legendaria formación de honor.

Son esos, en efecto, los héroes que en la imaginación popular han personificado siempre como significación culminante la gloria de Mayo, y más acentuarán esa preponderancia significativa las ráfagas de aliento épico que las evocaciones conmemorativas han de agitar en el pasado.

Tendencia natural del espíritu es esa de fundir en la aureola de las victorias campales la suma de glorias que un hecho histórico hizo florecer; y, aún en el caso de nuestra revolución, que fué característicamente civil,

ello se explica también por la preponderancia ulterior que en su desarrollo tuvo la acción militar, como la tiene siempre en esas grandes crisis en que el mundo se renueva, fundiéndose, para asumir nuevas formas en la hoguera flameante de la guerra

Pero, por lo mismo que tanto va á predominar en los ánimos ese deslumbramiento de la gloria empenachada que,—dígase lo que se quiera, ha sido y sigue siendo la concepción más espontánea, casi instintiva de la gloria—complace al espíritu con la idea de lo justo, de lo conveniente y de lo menos trillado, la tarea de traer al conjunto de los recuerdos seculares algo de lo tanto que, digno por sí mismo de compartir el interés que despierta en estos momentos el pasado nacional, carece, sin embargo, del relieve necesario para destacarse como hecho singular en ese conjunto.

Hay en todo gran movimiento histórico figuras, acontecimientos y manifestaciones que tienen un valor inmediato, que son desde luego elementos constitutivo-fundamentales de la obra, y figuras, acontecimientos y manifestaciones que adquieren su valor en el futuro, cuando el desenvolvimiento de la obra madurada por el tiempo los revela como precursores ó clarovidentes más ó menos geniales de los hechos del porvenir.

Tras de la acción que afirma en el gobierno ó en el campo la nueva realidad histórica entre el fuego de la lucha y del combate, está el pensamiento de la época, luz alta y tranquila que supone como generador un constante bullir de espíritus en activísima obra de iniciación, de difusión, de previsión, que orienta, organiza é integra lo que la espada va conquistando en su triunfal siega de laureles.

En este grupo de obreros de patrias, los hay que, por la trascendencia efectiva é inmediata de su acción,—lo bastante poderosa para desarrollarse paralela á la de los vencedores de ejércitos,—destacan al nivel de éstos su personalidad tallada con fuerte acentuación; tal, por ejemplo, Moreno. Otros, aunque dignos del momento y de la obra, delinean sus figuras en diversos planos del

gran bajo relieve, según la especialización de su actividad ó el menor ímpetu genial con que las desarrollen.

Pero no son siempre los más modestos los menos interesantes cuando el reactivo del tiempo viene á acusar en ellos vistas cuya amplitud les atribuye valor de anticipadas visiones del porvenir, y tal ocurre con don Esteban de Luca, uno de los poetas de la revolución.

* * *

Vate llamó la antigüedad al poeta, atribuyéndole, como inspirado, el don de la profecía, la facultad divina del vaticinio; y los poetas, como verdaderos visionarios que son, han justificado más de una vez las maravillas de la intuición genial y de la sensibilidad afinadísima, la legitimidad de aquel título.

Sin embargo, este antecedente asociado al nombre de Esteban de Luca, induciría á error á quien no conociera los legados de su estro. No realiza, por cierto, nuestro poeta, el tipo de esos poseídos del numen que en ellos enciende el arrebato sublime de la inspiración. Fué simplemente un buen patriota que pidió al énfasis pomposo, característico de la literatura de su tiempo, su afectada grandilocuencia para estimular con versos más esforzados que calurosos, el entusiasmo patriótico.

Persona de carácter tranquilo y sociable, modesto, buen estudiante de humanidades, "filósofo amigo de la paz y de las artes útiles"—como dice su biógrafo—don Esteban de Luca se sintió convocado por el grito de Mayo á una acción menos apacible que la que parecían prepararle esas condiciones de su personalidad, tan propicias á la feliz medianía. Lleno de profunda fe y honda convicción, consagróse á la causa revolucionaria, y para servirla, requirió con el uniforme de combatiente, la lira de Tirteo.

Pero su mano no consiguió arrancar de las cuerdas de hierro sino ecos de propaganda patriótica. Fué, en efecto, más un propagandista que un poeta de la revolución. Las naturales inclinaciones y la escuela de su espíritu lo llevaban á inculcar con energía y esfuerzo de conven-

cido, más que á arrebatar con fuego de entusiasmo guerrero. En todo caso, su cuerda pudo ser la del poeta civil de la Independencia. Recuerdo en cierto modo de Parini, el poeta civil del "rinnovamento" poético italiano, por su tendencia de moralista y el tono de prédica magistral que asoma con frecuencia en sus composiciones; en aquella dogmática apertura del "Canto lírico á la libertad de Lima":

> "No es dado á los tiranos
> eterno hacer su tenebroso imperio"
> . . . .
> "Llega por fin el día en que hasta el polvo
> su soberbia humillada
> será de las naciones execrada".

Y sobre todo en su obra más característica ó personal, —"Al pueblo de Buenos Aires"—donde aquella tendencia al preceptismo se despliega más abiertamente en consejos ó máximas de conducta político-social:

> "Cual funesto contagio
> Que en la mísera zona en que domina
> En veneno convierte
> El aire puro y agua cristalina,
> Cebándose la muerte,
> Bajo el influjo de maligna estrella,
> En el niño, el anciano y la doncella,
> Tal siempre los placeres
> Por el lujo abortados destruyeron
> A pueblos numerosos
> En virtud y poder antes famosos".
> . . . .
> "A los campos corred, que hasta hoy desiertos
> Por la mano del hombre están clamando".
> . . . .
> "Y ocupad en trabajos inocentes
> El tiempo fugitivo".

Ecos de Virgilio y de Horacio, que acusan dentro de la inclinación dominante el temperamento natural del poe-

ta, más que nada ciudadano y filósofo, arrastrado por su buena voluntad patriótica al escollo de la cumbre heroica, que no alcanzó ciertamente con sus "Marchas" destinadas á inflamar el ardor popular, ni tampoco con sus ecos á la victoria de Chacabuco, donde el gastado material clásico, las perífrasis, el énfasis épico-mitológico y las rebuscadas inversiones de la frase suplen con elementos exteriores, recursos de escuela, el vuelo ínclito y la grandeza homérica que el cantor, sintiéndolos quizás en su alma cívica, no podía transmitir á sus versos.

* * *

Pero este poeta urbano, que no fué el vate arrebatado por la demencia divina de la inspiración, que ensayó en vano los cantos de la patria heroica, fué sin embargo el vate que descubre en el futuro perspectivas ocultas á los demás; fué el profeta de la patria por venir.

Su numen cívico "destelló—dice el doctor Juan M. Gutiérrez—rayos de luz por entre las nieblas condensadas de la colonia, y trazó con el verso el camino por donde hemos andado hasta el día, realizando como nos ha sido posible las promesas confusamente endosadas en los programas de la Revolución".

El mismo Luca, sin ser el iluminado que vaticina "con la mano de trueno y rayos llena", como diría con bravío acento su contemporáneo don Vicente López, sintió alguna vez en su tranquilo espíritu el tumulto revelador de esa vocación, cuando dijo en su canto á Lima:

"¡Feliz posteridad! De vuestros bienes
Hoy nos da la razón claras señales:
¡Mi mente al contemplarlas, cuál se agita
En un furor divino!
Yo veo del alcázar del destino
Súbito abrirse las ferradas puertas,
y allí en letras de fuego escrita leo
Vuestra dicha futura!"

Y en efecto, fué el visionario del destino concreto de

la nueva nación, el revelador certero del rumbo y de la meta á que el desenvolvimiento político-económico de su soberanía iba á conducirla andando los años.

Y es éste sin duda un caso singular de previsión poética, ya que las proyecciones positivas de los acontecimientos políticos no son, por lo general, el campo más frecuentado por los poetas.

He aquí cómo la voz del "sagrado Paraná" habla en la lira de Luca "al pueblo de Buenos Aires":

> "En los remotos climas
> del septentrión resonará la fama
> de todos vuestros bienes no gozados;
> y los míseros pueblos que las aguas
> beben del Volga ó del Danubio helados,
> se arrojarán al mar buscando asilo
> en vuestro patrio suelo
> donde, benigno el cielo,
> la abundancia vertió con larga mano"...

Y esta visión del futuro concurso de los pueblos que vienen á sentarse en multitud al hogar argentino, reaparece todavía en el "Canto á la libertad de Lima":

> "Sí, que el día ha llegado
> en que, el antiguo déspota humillado
> en su rabia inhumana,
> los hombres todos de diversos climas
> den aumento á la gente americana".

¿No parece hoy, al oir esta voz del pasado, que el espíritu del poeta estuvo, con esa presciencia, misteriosa de los vates, presente en el futuro entonces ignorado que en estos días despliega su espectáculo á la faz del mundo que nos mira cumplir cien años?

Porque no se trata en este caso de una simple ficción poética, como lo es, por ejemplo, la visión de Ayacucho en el "Canto á Bolívar", de Olmedo, donde el poeta vaticina "á posteriori". Ni siquiera de la expresión de una idea generalizada en el ambiente de la época.

Por el contrario, ese futuro de la Argentina atrayendo á sí el mundo, era una noción bien difícil de concebir como hecho en época en que todavía actuaban los efectos y el espíritu del aislamiento de la reclusión colonial, y en que los movimientos migratorios se regían por la ley excepcional de la persecución ó de la conquista. El éxodo de los puritanos ó las expediciones militares á lejanas tierras no podían ser tomados como antecedentes de un fenómeno económico-social característico de nuestros días en su magnitud y naturaleza propias. Pudo estar el génesis de la idea en la libertad de comercio reclamada por Moreno, y el germen del hecho en la acción de Rivadavia; pero la visión concreta de ese hecho desarrollado y cumplido en su amplitud actual, es del poeta.

Las multitudes "del Volga y del Danubio helados", "los hombres todos de diversos climas" han venido y vienen siempre y vienen más que nunca ahora "á dar aumento á la gente americana", reproduciendo el cuadro de las grandes emigraciones que antiguamente llevaron con el éxodo de los pueblos y de las razas la historia y la vida á sitios lejanos de aquel en que se meció su cuna. Un nuevo mundo, más nuevo que el evocado de las olas por el genio de Colón, pues que en él viene á renovarse la humanidad, á crear un futuro que no es el futuro del resto del mundo, "se levanta á la faz de la tierra" abriendo más allá de su pórtico, por donde pasan cantando las naciones, horizontes infinitos de esperanza, de libertad, de bienestar; y el himno del progreso alza su clamor divino bajo el sol generoso de Mayo, en toda la extensión del "patrio suelo—donde benigno el cielo—la abundancia vertió con larga mano".

Que en estos días, pues, en que los grandes recuerdos del momento inicial de la epopeya van á llenar nuestros espíritus con el tumulto de la campaña homérica que sembró de victoria el continente; en estos días en que el relámpago del sable de San Martín va á cruzar incesante los cielos, iluminando el horizonte las sombras de los héroes de la guerra en formación de honor ante la América, haya también en ese cuadro del pasado, en el espíritu de las generaciones del presente que trabajan

cantando las victorias del trabajo y las glorias de la paz, un lugar para el recuerdo del humilde poeta que, iluminado un momento hasta la previsión genial por el certero instinto de su fe patriota, "trazó con el verso el camino por donde hemos andado hasta el día", y fué en el pasado obscuro el profeta de la grandeza de hoy.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Buenos Aires, Mayo de 1910.

El camino del sol

Cuentan antiguas leyendas que la infancia del hombre tuvo por cuna el oriente del Asia y por núcleo de sus fuerzas civilizadoras la India, la China y el Imperio del Sol Naciente. Dicen, que de ahí partieron hacia América las primitivas caravanas de pueblos nómades y que, detenidas acaso por el gran Océano, arrojaron las simientes del reino Azteca y del de los Incas, esparciendo sus vástagos el perfume del alma oriental por las selvas intrincadas y las vastas llanuras del continente. Pero dejemos esto para el sabio que deletrea el génesis en las cavernas milenarias y evoca ante el hueso petrificado la historia de una raza.

Sigamos el viejo camino del Sol, de Osiris, que con sus dos cuernos de luz, su bastón y su látigo, recorría los estados faraónicos; de Hélios cruzando el Olimpo de Grecia; del Sol cristiano y patriarcal que asomado en el cielo de Jehová alumbraba el mundo en su viaje constante de Oriente á Occidente, hasta que el genio de Galileo lo suspendió en el centro del espacio.

El enigma, que vela nuestro origen, cubre también con sus sombras la constitución de los grandes pueblos de Oriente; y la Historia y la Ciencia ceden aquí su puesto al imperio poético ligero de la fábula.

Como gérmenes exóticos, estas naciones crecieron en el fondo lejano de las estepas asiáticas, cuyos lindes apenas bordeaban el tártaro errante ó el beduino en su estoico dromedario. El tiempo, segando los lazos posi-

bles de un común origen, tendió entre Oriente y Occidente una inmensa sábana misteriosa cuyas tierras desiertas se estremecieron únicamente al paso de las falanges macedónicas ó á los clamores de las hordas de Atila y Gengis Kan.

La Gran Muralla, semejante á una inmensa cintura de hierro, mantuvo el secreto impenetrable de los mitos y de las ciencias del pueblo chino, vislumbrados ligeramente con el transcurso del tiempo á través de las fantásticas narraciones de Marco Polo. De la India llegaba tan sólo el perfume de las ricas maderas y gomas, el brillo opalescente de las perlas y el resplandor del oro que hacía soñar á Europa con los países mitológicos de Jauja y del Dorado. Pero era lo cierto que dentro del círculo de la Gran Muralla y en la espesura de las selvas indias se habían desarrollado las civilizaciones de toda una era histórica, ó, por mejor decir, se habían elaborado los cimientos de la civilización humana.

Afirman que de esos núcleos humanos se produjeron también emigraciones hacia Occidente, que dejando, entre otras, las simientes de Asiria, Persia y del pueblo de Judea, invadieron el Africa y la Europa.

El viejo Egipto, que duerme su sueño secular á orillas del Nilo, recibe el hálito vivificante de las brisas de Oriente y señala un peldaño más en la marcha ascendente de la humanidad. En él ya parece que fueran perfilándose las líneas definitivas de la perfección y sus monumentos, tan grandes y admirables como su historia, permanecen mudos pero imponentes indicando el límite alcanzado por los faraones en la obra de la civilización.

La Grecia misma, cuyos orígenes se pierden en esa época brumosa de la historia en que empieza el dominio de la fábula, la Grecia de los tiempos de Homero, á pesar de sus misterios de origen, nos muestra á cada instante en sus costumbres posteriores, instituciones y religión, múltiples puntos de contacto con los pueblos orientales y hasta en su famoso Olimpo no es difícil advertir alguna divinidad indiana.

Siguen las emigraciones como falanges civilizadoras, y Roma surge á la escena del mundo marcando un enor-

me paso ascendente pero descansando su gloria sobre el genio de Grecia. Más tarde los Arabes, España, al resplandor de cuyo poderío emerge del oceano la Atlántida soñada de Platon. Hoy en Francia, París, y el mundo ya descubierto lo reconoce como el cerebro universal, mientras que en el norte de América un coloso asoma su cabeza por encima de los mares, colocándose á la altura de las más grandes naciones, pero indicando con su andar gigantesco su próximo encumbramiento.

Detengámonos. Miremos hacia el sur de la América, más allá de donde llegan los resplandores de la gran república del Norte.

Allá, en una franja de tierra que va desde el trópico hasta el polo, una pequeña República se insinúa y llega hasta imponerse á veces. Hace apenas un siglo que surgió á la vida y ostenta ya un cerebro que en su raza latina, sólo supera París. Por una ley natural las emigraciones de los pueblos se dirigen hacia ella, como en otros tiempos á los países privilegiados de la tierra. Sólo es notable la diferencia de que en la edad contemporánea las naciones que envían sus hombres, sus artes y sus ciencias, se encuentran á mayor altura de civilización que en las épocas anteriores de la historia. De todas ellas fluyen á esta República Argentina los más altos y variados factores del progreso humano, y en el yunque del trabajo común van fundiendo paulatinamente la savia adquirida en miles de años de existencia para formar más tarde en un sólo cuerpo y en un sólo espíritu uno de los grandes exponentes de la civilización del mundo.

Hoy el trigo y el maíz cubren la Pampa fecunda; la caña de azúcar invade el jardín de los azahares; la viña trepa la falda abrupta de los Andes; pacen innúmeras haciendas en las praderas sin límites; millares de buques ostentan en las dársenas su bosque de mástiles y cordajes; rompe la dinamita la montaña y el silbido de la locomotora llevará pronto el saludo del ancho Plata al mar Pacífico; y toda la República, como un león joven y victorioso, extiende sus miembros robustos, clava la vista en su horizonte azul y sereno y se eleva majestuo-

samente sobre las naciones hermanas del continente como se eleva el Sol sobre los astros.

¡El camino del Sol!... La marcha de Oriente á Occidente emprendida por la humanidad desde los tiempos remotos, continúa. Osiris y Helios alumbran las pirámides solitarias y el Acrópolis en ruinas, pero el padre Sol, generador de la vida y de los mundos, lanza sus rayos sobre la tierra virgen de cuya entraña surgirán las ciudades como las flores de las selvas.

PABLO A. CÓRDOBA.

Buenos Aires, Mayo de 1910.

Los seguros sociales

en Inglaterra

El Estado hace un servicio de seguro obrero. Por intermedio de los comisarios para la reducción de la deuda pública, garante anualidades cuyo importe no puede pasar de 1250 francos, á toda persona, sea bajo forma de una anualidad inmediata sobre dos cabezas con el beneficio de supervivencia, sea bajo forma de renta vitalicia diferida sobre una sola cabeza, y efectúa contratos en vista del pago de un capital que no puede exceder de 2500 francos, en caso de muerte. Esos pagos y el servicio de rentas vitalicias diferidas, se efectúan por intermedio de la caja postal de ahorros. Según esos contratos, un joven de 17 años puede asegurarse 2500 francos en caso de muerte, mediante un pago mensual de 3 francos 90; mediante un pago anual de 62 francos 50 ó 1 franco 20 por semana, un niño de 10 años puede adquirir una pensión de 120 francos ó 24 francos por semana, debiendo regir la pensión á la edad de 60 años, y pueden asegurarse sumas y rentas más bajas mediante contribuciones proporcionalmente reducidas.

El servicio de anualidades data de 1853, y el seguro sobre la vida data de 1864. Los atrasados no tienen impuesto sobre la renta. Esos seguros no han prosperado entre los obreros y se ha nombrado una comisión con el fin de examinar los medios conducentes para vulgarizar el seguro por el Estado. El informe de esa co-

misión no se ha publicado aún. Parece extraño que la seguridad incontestable que los comisarios del gobierno para la deuda pública ofrecen á los asegurados, no sea más apreciada por éstos. Conforme á un informe presentado al Parlamento el 6 de abril de 1908, el gobierno ha recaudado 1.240.250 francos durante el año 1907, por los siguientes conceptos:

654.800 francos por anualidades.

585.450 íd. por capitales pagaderos en caso de muerte.

El fondo de las rentas sobre la vida ha producido un interés de 299.500 francos; el fondo de seguro sobre la vida un interés de 246.600 francos. Han sido abonados por el Estado á título de renta 513.575 francos, á título de reembolso de primas 124.450 francos, á título de capitales en caso de muerte 299.725 francos, á título de valores de rescate 94.100 francos. Los gastos de administración han sido de 10.150 francos para el fondo de las rentas, de 24.850 francos para el fondo de seguro sobre la vida, ó sea 1 o|o y 3 o|o de sus entradas ó 1 1|2 y 4 1|4 o|o de las primas.

Los nuevos seguros realizados durante aquel año han sido solamente en número de 169 para las rentas (89.825 francos, ó sea una media de 10 francos 22 por semana y por asegurado) y 492 para los seguros en caso de muerte (622.800 francos, ó sea una media de 1268 francos por asegurado).

El número total de contratos en curso al fin del año era de 2930 para las rentas (1.527.325 francos) y de 13.261 para el seguro en caso de muerte (19.146.525 francos). El capital del fondo de rentas alcanzaba á 12.167.700 francos y el capital del seguro en caso de muerte era de 10.169.825 francos. El interés producido por esos capitales era de 2.55 o|o. Son integralmente constituídos con fondos del Estado, y la tasa de interés adoptado para el cálculo de las primas no es, en uno y otro caso, más que de 2 ½ o|o. Resulta que no obstante la débil importancia de los gastos de administración, el margen admitido para lo imprevisto y para los beneficios es extremadamente débil y las condiciones en las cuales se formulan los contratos no son muy

halagadoras. Cada asegurado, según datos oficiales, debe pagar una prima media de 44 francos 15 para asegurarse un capital medio de 1444 francos solamente. El número de personas aseguradas en Inglaterra no es más que una por 3293.

SOCIEDAD DE SOCORROS MUTUOS

Entre todos los órganos del seguro libre, los más importantes son las Sociedades de Socorros Mutuos del tipo ordinario, ya sean secciones de una organización más compleja ó sociedades autónomas.

La última estadística concerniente á esas sociedades se refiere al año 1905; no se comprende en esa estadística sino las sociedades registradas.

Había en 1905 6773 sociedades aisladas y 20.144 secciones ó ramas de orden, es decir, federaciones, ó sea un total de 26.917, lo que representa un aumento de 486 en 6 años. Se han admitido en 1905 por las sociedades aisladas 255.053 miembros nuevos y las sociedades han tenido que rayar por causa de muerte 33.504 personas y por otros motivos 173.209, ó sea un aumento de 48.340. Para las secciones de federaciones ha habido 203.801 nuevos miembros, 31.204 muertos, 165.026 otras radiaciones, ó sea un progreso neto de 7751.

A fines de 1905 había, en la primera categoría, 3.226.672 miembros; en la segunda 2.673.246, ó sea en todo 5.899.918, es decir, un progreso de 682.657 miembros. El número de miembros de esas sociedades de socorros mutuos de las dos categorías representa, pues, casi 1|7 de la población. Las admisiones han aumentado por comparación, á 1899, de 24.153 y los fallecimientos han disminuído de 296, pero las otras radiaciones han aumentado de 72.760.

Esto permite decir que las sociedades sufren de un mal grave y creciente que es el punto de partida voluntario de sus miembros, é importa se tomen las más serias medidas para remediarlo. La pérdida de miembros en un sólo año representa 57 p. 1000, hecho grave

si se recuerda que los que dejan la Sociedad pierden todos los beneficios que tenían el derecho de esperar.

Es curioso hacer constar que la proporción de salidas voluntarias es más grande en los organismos federativos y más completamente organizados que en las sociedades aisladas (62 contra 53 por 1000). El examen de las edades á las cuales pertenecen los miembros confirma lo que acabamos de decir.

SOBRE 100.000 MIEMBROS EN

EDAD	Sociedades ordinarias	Sociedades con secciones	Conjunto al 31 Dbre. 1899	Conjunto al 31 Dbre. 1905	Diferencia
16	14.197	5.042	6.948	9.074	2.126.—
16—20	7.528	6.823	6.868	7.134	266 —
20—50	60.655	68.006	67.504	64.768	2.736.—
50—65	13.438	15.651	14.596	14.677	81.—
65	4 182	4.478	4.084	4.347	263.—

Este cuadro parece probar que el número de miembros comprendido entre 20 y 50 años ha disminuído. La proporción de miembros viejos de más de cincuenta años habría sufrido una aumentación muy sensible. Sobre todo ocurre el caso en las sociedades aisladas, donde la proporción de miembros de menos de 20 años pasa cerca de 10 por ciento la proporción de los jóvenes en las secciones de federaciones.

SOCIEDADES DE FUNERALES Y COMPAÑÍAS DE SEGUROS POPULARES

Las sociedades de funerales constituyen una categoría especial de sociedades de socorros mutuos, no comprendida en las estadísticas precedentes. En Diciembre de 1906, había 45 sociedades de ese tipo con 7.884.000 miem-

bros y 211.750.000 francos de capital. Su renta anual era de 84.925.000 francos. Los socorros pagados durante el año 1906, se han elevado á más de 40 por ciento de las entradas en bruto de las sociedades, y los gastos de administración han alcanzado la misma proporción. Varias de esas sociedades son muy importantes, por ejemplo, la "Liverpool Victoria Legal Friendly Society", que después de haberse establecido en Liverpool trasladó su asiento social á Londres. Esa sociedad en 1908 contaba con 2.102.000 miembros y tenía 68.427.300 francos de capital. La "Royal London Friendly Society" contaba 2.073.651 miembros y tenía más de 41 millones de capital. Se puede citar, también, la "Royal Liver Friendly Society".

Las dos primeras sociedades practican asambleas anuales en las cuales, en teoría, cada miembro tiene el derecho de asistir. La tercera sociedad provee la representación de sus miembros por delegados. Se puede decir, de una manera general, que esas socidades han pasado más allá de las disposiciones de la ley sobre las sociedades de socorros mutuos y se espera verlas transformarse francamente en compañías de seguros populares. Varias compañías de seguros populares (industrial assurance), funcionan en Inglaterra. La principal es la Prudential. El principal objeto de todas esas sociedades y compañías es el seguro de una suma pagadera al fallecimiento del asegurado. El método por el cual llegan á realizar una proporción enorme de negocios, es el empleo de agentes y colectores en todas las localidades del Reino, agentes que visitan las personas á domicilio para persuadirlas á asegurarse sobre la vida y que pasan cada semana por el domicilio de los asegurados para percibir su pequeña contribución. Procedimientos de esa naturaleza son necesariamente muy caros y los gastos de administración de esas sociedades absorben una suma igual á la totalidad de socorros pagados ó casi la mitad de las contribuciones de los miembros. La única persona que está en relaciones con la sociedad y que es conocida del miembro individual, es el colector ó agente que tiene actualmente una gran influencia sobre los

miembros, de manera que, aunque los estatutos prohiben á todo colector tomar personalmente parte en las asambleas de la sociedad, los colectores, en el hecho, hacen prevalecer sus opiniones y sus intereses. Este desperdicio en gastos generales tiene una causa moral: las personas aseguradas no quieren que se les cause molestias de ningún género. Son personas de escaso intelecto, como lo son muy á menudo los pobres, y que prefieren pagar dos veces más por un seguro, por intermedio del colector, que les evita toda inquietud, duplo que no pagarían si obraran por su iniciativa: son tan culpables de extravagancia como el hombre rico que hace hacer, por otro, lo que es capaz de hacer por sí mismo. Es sobre todo, en parte, por ese motivo psicológico que el servicio de seguros del Estado ha tenido tan poco éxito, pues no puede competir con las sociedades ó compañías privadas.

Se sabe que en 1897 el parlamento inglés ha adoptado un principio completamente nuevo en el dominio del seguro obrero. La ley sobre la reparación de accidentes del trabajo ha hecho, de todo patrón por ella comprendido, el asegurador de su obrero contra los perjuicios físicos que pueden resultar de los accidentes del trabajo, haya ó no culpa del patrón ó de sus agentes ó del herido mismo, á menos de falta seria y voluntaria de este último. Anteriormente á esta ley, el patrón no era responsable sino de sus propios actos ó negligencia, y si el obrero quería ser garantido más todavía contra el accidente, estaba obligado á asegurarse por sí acerca de un seguro accidente y pagar las primas. Bajo el nuevo régimen, el seguro se hará sin que el obrero tenga que pagar una prima cualquiera y la suma pagadera por el patrón, en caso de accidente, no la constituyen una suma fijada en el contrato, ó en el seguro ordinario, sino una indemnización conforme á la ley misma.

En 1898 las disposiciones de la ley de 1897 se hicieron extensivas á los trabajadores agrícolas, y en 1906 se extendieron á un gran número de personas ocupadas en otros empleos, particularmente á los sirvientes. En

resumen, es ahora para el legislador inglés un principio general que todo contrato de locación de servicios implica la obligación para el patrón de asegurar su asalariado contra el riesgo de herida ó de muerte resultante de un accidente del trabajo.

En ciertos casos, eso puede tener por consecuencia grandes cargas para el patrón y algunos se han precavido reasegurándose contra el riesgo. Eso ha procurado negocios considerables á las sociedades de seguros. Muchas compañías de seguros han extendido sus asuntos al seguro-accidente y nuevas compañías han sido creadas para ocuparse efectivamente de los accidentes de trabajo. La concurrencia ha sido excesiva y las primas han caído á un nivel verdaderamente bajo. Varias compañías han tenido pérdidas considerables y la gran mayoría de ellas ha acabado por entenderse sobre una tarifa y las primas han sido de una manera general aumentadas, pero pasando todavía algunos años antes que experiencias satisfactorias hayan sido tentadas y que se pueda administrar esa industria de seguro-accidentes con bastante seguridad.

La extensión de la legislación de accidentes á los sirvientes ha aumentado mucho el campo de acción de las compañías de seguros. Los dueños de casas están generalmente asustados con la perspectiva de padecer reivindicaciones súbitas de sus sirvientes, á consecuencia de accidentes que los dueños no pueden absolutamente controlar ni prever. Las sociedades de seguros no han exigido por otra parte primas muy elevadas por ese riesgo, y parece que hay mucho que pensar en la insuficiencia de esas primas. En todo caso, no se podrá formar sino más tarde una opinión definitiva á ese respecto. Las sociedades de socorros mutuos pueden, si desean evitar toda relación con el Estado, no hacerse registrar y así se evitan todo trámite. Es verdad que no pueden naturalmente valerse, en caso semejante, de privilegios que la legislación ha conferido á las sociedades registradas; si desean beneficiar de esos privilegios deben someter sus estatutos al *Registrar,* que si sus reglas están conformes á las exigencias de las leyes sobre la

mutualidad, acuerda á la sociedad un certificado que ella registra. La misma formalidad debe ser cumplida cuando los estatutos son modificados. Las sociedades deben tener al corriente continuamente al *Registrar* de las listas de sus administradores, á cuyos nombres los bienes de la sociedad se hallan puestos, por el sólo hecho de su nombramiento y sin que sea necesario hacer un traspaso en debida forma, cuando la administración pasa de un administrador á otro.

Todos los años las sociedades de socorros mutuos deben dirigir al Registrar un rapport sobre sus operaciones, en la forma que prescribe el *Registrar* jefe; es con la ayuda de esos rapports que son elaboradas las estadísticas. Cada cinco años las sociedades deben presentar además al Registrar una avaluación de sus bienes y de sus obligaciones, avaluación hecha por una persona competente para calcular el valor de los seguros en curso y de las cotizaciones ó primas á prever. El *Registrar* dispone de medios legales para perseguir la sociedad en caso de no observancia de esas reglas; tiene igualmente autoridad para proceder contra las personas que hacen empleo deshonesto de los fondos de la sociedad, y para retirar el beneficio del registramiento á una sociedad que, voluntariamente y á pesar de la advertencia dirigida por uno de los dos registradores, ha violado las prescripciones de la ley sobre la mutualidad. Por el hecho del retracto del registramiento, la sociedad vuelve á ser *Sociedad no registrada.*

Los miembros de una sociedad no contentos con la administración, pueden, presentando una solicitud pedir al jefe del *Registrar*:

1.° Nombramiento de un inspector que recoja testimonios bajo juramento, relativamente á los actos de la sociedad.

2.° Convocación de una asamblea especial de la sociedad.

3.° Si esos miembros estiman que la sociedad es insolvente, hacer una pesquisa sobre sus asuntos y ordenar, si ello fuere necesario, que la sociedad sea disuelta, á

menos que los estatutos no puedan ser mejorados y que se pueda dar otro remedio al mal.

A este respecto hay que hacer constar que el *Registrar* no tiene derecho de operar, á menos de ser llamado á intervenir por una cierta proporción de miembros, y se conocen casos en los que grandes daños se han causado á los mutualistas á causa de su apatía ó de su ignorancia, ó de la gran distancia del asiento de la sociedad, todo lo cual ha impedido que un número suficiente de miembros intervenga cerca del *Registrar*. Entre las proposiciones de reformas que serán movidas más tarde, hay precisamente una que permite al *Registrar* jefe operar espontáneamente en ciertos casos. Posee ya de otra parte ese poder en cuanto á las sociedades de construcción y se ha servido útilmente de él.

Entre los privilegios garantidos por la legislación á las sociedades de socorros mutuos registradas, puede notarse la exoneración del impuesto sobre la renta y derechos de timbres, la facultad acordada á los mutualistas de designar, sin los gastos habituales, la persona á la cual debe ser pagado el seguro que ha contratado, la purga de las hipotecas sin traspaso formal y el poder de reglar las contestaciones por un tribunal interno. Los tribunales superiores han sostenido, por otra parte, la jurisdicción, en el caso en que se ha trabado la cuestión de saber si una persona es ó no miembro de una sociedad.

Las sociedades de socorros se quejan de este estado de cosas, y una de sus reivindicaciones consiste en pedir que la competencia judiciaria sobre este punto sea suprimida. Bajo reservas la legislación no impone ninguna restricción á la libertad de las sociedades, en cuanto á las condiciones de contratos de seguros ó á su administración. Las sociedades operan bajo su plena responsabilidad: en efecto, ni el *Registrar* ni los tribunales pueden intervenir en sus asuntos.

VEJEZ Y CHOMAGE

Se cree que una exagerada intervención del Estado en favor de la vejez y en favor de la desocupación, ha debilitado el sentimiento de la responsabilidad y la actividad en ciertas categorías de nuestra población.

Un libro publicado en 1907, por M. John Murray, bajo el título de "Manufacture of paupers", editado por M. F. Lo Strachey on "Spectator", libro conteniendo trabajos del señor Arthur Clay, sir Willian Chance, de M. Bailward, de Mme. Ogiloy, etc., muestra muy claramente los daños que resultan de la intervención del Estado á ese respecto.

EL PROYECTO DE LEY SOBRE LAS SOCIEDADES DE SOCORROS MUTUOS (1908)

Un proyecto de ley está actualmente sometido al Parlamento en vista de modificar la legislación sobre la mutualidad. Contiene varias disposiciones que han sido ya reclamadas por las sociedades de socorros mutuos desde hace muchos años. El gobierno las ha hecho suyas hoy y se puede esperar que la adopción del bill sea cuestión de poco tiempo. Ese bill añade á los objetos por los cuales una sociedad de socorros mutuos puede ser instituída, la garantía del cumplimiento de sus deberes por los funcionarios ó empleados de la dicha sociedad. Esta disposición tiene en realidad un gran interés por las vastas federaciones en el sentido de permitir á tal federación ser su propio asegurador contra los fraudes que pueden cometer los empleados, riesgos que, repartidos en un gran número de empleados, será cubierto por una prima muy débil. Hasta aquí, los dichos funcionarios ó empleados debían asegurarse ellos mismos en una sociedad extranjera ó crear una pequeña mutualidad entre ellos.

El proyecto de ley permite, además, á una sociedad adoptar niños desde su nacimiento, y no, como actual-

mente, á partir de la expiración de su primer año. Como los niños están libremente asegurados desde su nacimiento, por las sociedades de seguros populares sobre la vida, esta modificación no hace más que beneficiar las sociedades de socorros mutuos en las mismas condiciones de las sociedades de seguros.

El proyecto autoriza también á las sociedades á colocar más libremente sus fondos que hoy. En cuanto al reglamento de las contestaciones por un tribunal interno, el proyecto de ley les somete también todo conflicto sobre la cuestión de saber si una persona debe ó no continuar como miembro de la sociedad ó readmitírsele de nuevo como tal.

OTRAS REFORMAS

Otras proposiciones de reformas han quedado fuera del proyecto de ley que acabamos de analizar y deberán probablemente esperar hasta que la opinión pública esté más convencida de su necesidad. Las sociedades de socorros mutuos son á justo título tan orgullosas de su dependencia y del gran progreso que han cumplido sin ninguna intervención del Estado, que no consentirán voluntariamente en soportar las medidas que limitaran su libertad. Los mutualistas piensan con razón que pueden, ellos que son gente práctica, reglar sus propios asuntos entre sí sin intervención de tercero.

Hay sociedades mal manejadas, que bajo el régimen actual pueden hacer mucho mal, antes que sea posible luchar contra sus abusos. Como remedio, se desea dar al jefe del *Registrar* el medio de intervenir, sin que fuese invitado por un cierto número de miembros. Lo mismo sería para asegurar la adopción de medidas reconocidas necesarias, después de la avaluación de los bienes y compromisos ó después de inspecciones sobre la solvencia ó sobre los asuntos de una sociedad. Actualmente nada obliga á una sociedad á modificar sus procedimientos.

JUAN G. BELTRÁN

Buenos Aires, Mayo de 1910.

Criolla

No sé qué de misterioso
Tienen sus ojos bravíos,
Profundidades de foso
Y claridades de ríos.

Lanza canciones de amor
Al compás de su guitarra
Y entonces cruza un dolor
Sobre su frente bizarra.

En su cabello trenzado
Lucen rosas encarnadas,
Como en altar enlutado
Banderas ensangrentadas.

Hay virtud y maleficio
Dentro de su corazón:
¡Es capaz del sacrificio
Y es capaz de la traición!

Aparenta á veces calma.
Es pérfida esa molicie:
¡Buzo que quiso ir á su alma
No volvió á la superficie!

Tiene la gracia y la ira;
Es esquiva y zalamera;
Se alza sobre una mentira
Como sobre una cimera.

Nadie la pilla en un yerro
Y el que en sus redes cayó
Con eslabones de hierro
A su destino amarró.

Cae de rodillas, postrada
Ante una imagen de cera.
¡Y está su sangre incendiada
De la pasión en la hoguera!

Crée... y no crée. ¡Ni ella lo sabe!
Reza y reza con fervor:
¡Dentro de su rezo cabe
El infierno y el amor!

Tiene un dios á su manera
Y ella con su dios se entiende...
Dios hace lo que ella quiera
Y por eso á Dios defiende...

Se ha de hacer su voluntad
O el mundo se viene abajo.
¡La cuerda de su bondad
La suele cortar de un tajo!

No hay más ley que su capricho
Y el que no acate esa ley
«Para siempre en entredicho
Ha quedado con el rey»...

Su pesar es su contento,
Vive siempre en plena vida
Y así, según sople el viento,
Ella es santa ó es bandida.

Sabe amar, sabe sufrir,
Tiene el culto del amor
Porque para ella vivir
Es cultivar una flor.

Pero una flor con espinas
Que hiere á la jardinera
Y á las manos peregrinas
Que fueron hasta su vera.

¡Vivir en paz no es vivir!
Vive en guerra por amar
Y es su placer seducir
Por el placer de engañar.

Lo trágico á lo travieso
Mezcla en su sangre adorada.
¡Y así tan pronto da un beso
Como da una puñalada!

Todo lo mira á su modo
Su pícara faz morena
¡Y por ser capaz de todo
Hasta es capaz de ser buena!

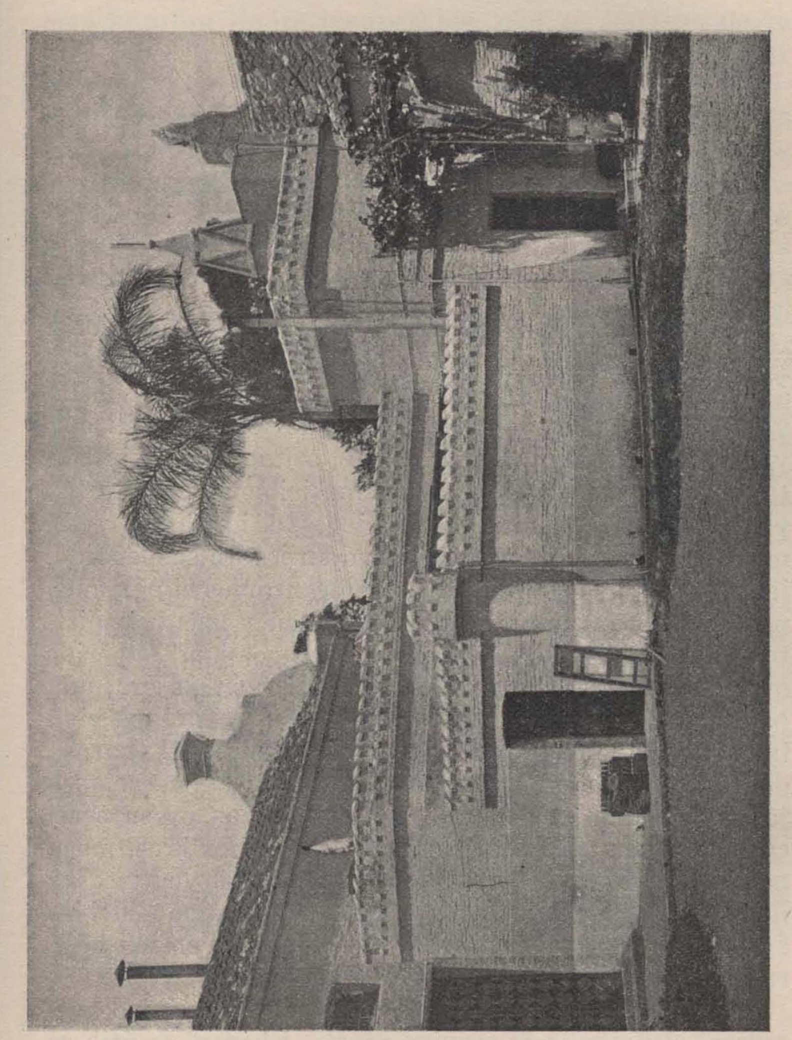
Si la consienten rechaza,
Llora y ruge á un tiempo mismo,
A quienes quiere amenaza
¡Que ella es luz y ella es abismo!

ALBERTO GHIRALDO

Buenos Aires, Mayo de 1910.



Una de las puertas de la casa conocida por del Virrey Cisneros, en Vicente López



Patio y construcciones de la casa del Virrey Cisneros, en Vicente López

alma y los hábitos

El hombre, empeñado en eso que se llama evolución y progreso, realiza en gran parte una labor semejante á la de Sísifo. Para coger una sombra de buena y bella verdad, ha trabajado montañas de vida inutilizada y grosera. Abarrotados como estamos de instinto, de ruda materialidad, de imposiciones hereditarias y violentas circunstancias exteriores, el ideal que reclama nuestra alma permanece como un jardín suspendido, inasequible, de cuyas flores solo alcanzamos el perfume, porque no acertamos á hacernos suficientemente espirituales para vivir en él como en una realidad superior que es. Viene á formar así una región extranjera, una patria que se esquivara de ser nuestra patria, una vida inmaterial que flota por cima y á la inversa del enorme, del monstruoso esfuerzo que acumulan las generaciones jadeantes, una en pos de otra, por etapas presurosas, cada una con su millar de millones de hombres, masa palpitante de vida larval é informe, donde los trechos iluminados, elevados hasta ese ideal, son como endebles agujas de una gran catedral que tiemblan en las alturas y á menudo se derrumban.

Será una fatalidad nuestra vida. Pero lo único avenido al espíritu es el esquivo ideal. El ideal es útil, es precisamente lo más útil para nosotros. Sin él, nada cobraría valor ante nuestros ojos. Y en la pequeña medida que llegamos á conquistarle, realizamos los hombres el objeto propio de nuestro ser inteligente.

Las hábiles investigaciones de los experimentalistas monistas no han mellado en un punto el concepto ingenuo y ático de la oposición entre nuestro espíritu, el yo, y los fenómenos sensibles. Todos sus análisis se detienen ante un límite insuperable, que es término de lo sensible. Se obstinan fatigosamente en ver continuar en el propio yo los procesos físicos que este yo está mirando fuera de sí. Pero hay imposibilidad absoluta para concebir sinceramente que formamos parte ó somos derivación inmediata de aquello que podemos representarnos en la razón. Las representaciones mentales conscientes, hijas de la razón, vendrían á ser origen de esta razón, es decir, madres de su madre. Tanto vale negar sencillamente la razón, negar lo que afirmamos, negarnos á nosotros mismos.

Pero cualesquiera sean los orígenes ó antecedentes de la conciencia razonadora, es indudable que el objeto de su propia exaltación se sobrepone á toda otra suerte de motivos éticos. Formada en cuna de materia orgánica—simple producto del cerebro—ó peregrina que se arrimó á los fenómenos vitales llegada de una realidad trascendental—noumeno aprisionado sobre la ilusión de los hechos—ella nunca podría con verdad aspirar á las utilidades relativas y positivas que solicitan imperiosamente los instintos ciegos de conservación comunes á toda vida inferior y orgánica, ella rompe la crisálida y su vuelo es libre como el arabesco aéreo que hacen las mariposas. Su aire y su vida son pensamiento y ensueño.

Pero, desgraciadamente, seducidos por el instinto, los hombres se sacrifican á él constantemente, lamentablemente, dejando devorar la expontaneidad de su conciencia razonadora por la maquinaria del hábito y la costumbre.

* * *

El hábito, admirable fundamento de la vida de relación, es un veneno cuando sube á las facultades superiores cuya finalidad es desde luego libertarse de la vida ciega y refleja.

Cuando el hábito ataca la personalidad íntima, esta no se transforma, no se educa, no entra en relaciones con ese intruso plebeyo, pero se vuelve á sepultar, lentamente, en la cuna biológica de donde se desprendía. Y así el hábito es una vegetación parásita; y cuando parece encarnarse en el yo, es que le oculta, le obstaculiza y se ostenta hacia el mundo exterior engalanada de oros falsos, haciendo creer en una realidad psíquica que no existe. Es una superposición que no despierta germen alguno en aquella delicada y noble vida interior, ni responde á ninguna aptitud natural del espíritu.

Pero en su vanidad desmesurada, los hombres trabajando en lo que llaman evolución y progreso, entienden colaborar con la naturaleza, corregirla y substituirla. Y lo que hacen es generalmente construir un andamiaje ficticio, inútil, sobre las líneas armoniosas y puras de las obras naturales. Así viven con los ojos apartados de las formas y bellezas reales, y trabajan fuera de su mundo, fuera de sí mismos.

Los pedagogos hablan de que la educación, cuya influencia es un punto en la historia biológica, hace al niño adquirir aptitudes ó que aniquila tendencias congénitas para reemplazarlas. Pero en tal tarea sólo consiguen darle hábitos, poner materia inerte sobre su alma inteligente.

Las aptitudes, fuente de los caracteres, sólo son susceptibles de ser incitadas, favorecidas, realizadas en la vida, lo que precisamente se consigue neutralizando el sedimiento original de costumbres que ponen la herencia biológica de instintos y las contingencias cotidianas. La mala educación adhiere el hábito á la vida intelectual de los niños, apelando á las facultades comunes, inferiores, de simulación y cobardía, como se hace con los monos destinados á los circos. Es una educación del sistema nervioso y se queda en los nervios. Los hábitos, ya sean de virtud ó de vicio, no son referentes al hombre sino á su médula espinal.

En sí, nada contiene el hábito de malo; es un fenómeno fisiológico. Pero cuando la educación crea en el individuo nuevas series de costumbres habituales, éstas

van reclamando una correlativa actividad del organismo y obstruyen energías para la vida del psiquismo consciente. La ley de las compensaciones impera con eficacia inflexible. La automatización predominando en los actos humanos, el descenso de la personalidad hacia la función medular, determinan la atrofia de la espiritualidad consciente. El sentimiento por sugestión y costumbre anula aquel que se inspiró sereno en la belleza moral. Las aptitudes psíquicas no pueden equivaler á los hábitos; por el contrario, éstos, enemigos naturales de toda aptitud de inteligencia, es decir, de toda razón y libertad, tiende á suprimirlas y con el peso de su inercia relegar el espíritu á la base inferior de carne y nervios. Es más hombre aquel cuyo espíritu vuela menos ligado al peso de los hábitos siendo por lo tanto más inteligente, más bueno y más bello. El hombre más inteligente es el más bueno y el más bello. Lo que tenemos de grosero, de inarmónico y de perverso es, conjuntamente con toda reducción de las facultades mentales, lo que nos falta de inteligencia, lo que coharta nuestra razón. En la bajeza de sentimientos es preciso considerar un sedimento de hábitos animales que ciega tanto el entendimiento como lo ciega el sedimento de costumbres que implican la pobreza de juicio, la falta de imaginación ó la obscuridad de las ideas. Un tonto jamás es bueno. Los pobres de espíritu que alababa Jesús, eran, en la intención irónica de su decir, los espíritus más sensatos, por cuanto eran capaces de entender la belleza del bien y gozarla. Eran los inteligentes. En cambio, los perversos, los maliciosos, los ricos, eran en la doctrina del galileo ignorantes é insensatos, por cuanto ligados más que aquellos á los instintos animales, á los deleites inferiores, á los hábitos, carecían de espíritu para comprender el ideal y amar el bien.

* * *

Puesto que en el individuo hay un fondo animal compuesto de costumbres vitales, y una florescencia de psiquismo donde canta el ''hombre'', la más torpe ne-

cedad imbuida en la educación moderna es la tendencia general de convertir en acto habitual el acto que fué consciente, es decir, mecanizar al individuo, matar en lo posible su alma, convertirle en una ruedita social. Aquella florescencia, de que deriva la personalidad íntima de cada uno, es lo que al hombre distingue inmediatamente del bruto. Coartarla es atacar al hombre á requisición del irracional. El hombre, la razón, el yo, pueden suponerse hijos de la carne, pero en este caso improbable debe explicarse que adoptaron alas con la idea. Cuando sobre el pensamiento y el carácter del niño se colocan hábitos mentales ó morales, en él se amplía la parte que tiene de bestia en perjuicio de la que tiene de hombre. Si el hábito invade por completo el mundo psíquico práctico, ya que el alma íntima es inexpugnable, el hombre deja de ser tal. Desaparece. Yo vi en el Hospicio de las Mercedes, en su espantoso patio de niños idiotas, algunos casos de este total retorno del hombre á la bestia. Fuera del manicomio, este retorno es parcial; se produce en la medida que los instintos y la cristalización de las costumbres obstruyen el libre vuelo espiritual.

En nuestras sociedades, la materia animal invade dominios enteros que pudieran pertenecer al hombre.

La razón asoma su bello semblante de libertad, en la historia de los seres vivos, sobre el mundo orgánico y ciego. Este puede ser la base originaria, indispensable para la vida humana y superior. Pero cuanto más amplia sea la intelectualidad espontánea y más descienda el nivel de lo animal, más alto será el exponente humano que se produzca, llámese Napoleón destructor ó Galileo creador.

* * *

Hábito es lo inferior, el apoyo físico sobre cuya rudeza aletea la creación subjetiva, la genialidad.

Pero los insensatos, los que juzgan y no quieren ser juzgados, los vanidosos que predican en la plaza pública, los que adoptan actitudes graves consigo mismos y refieren sentirse destinados á tender caminos para el

progreso y la evolución de la sociedad, éstos piensan que los hábitos son indispensables para el orden social.

No saben que sacrificar los individuos á la sociedad es sacrificar, sin saberlo, la sociedad misma, precisamente en lo que tiene de humano, con un criterio que vería colmado su ideal si la humanidad se hiciera una colonia de admirables y pacíficas hormigas.

Esta es una de las tendencias monstruosas de la moderna barbarie: la regresión del hombre á la vida mecanizada y regular de la bestia. Se va en pos de las apariencias, de los aspectos exteriores que hieren la nerviosidad de los sentidos y se ama estas apariencias por sí mismas. Y á los fines de los grandes efectismos sociales, la educación sistematizada sacrifica calculadamente la personalidad del niño, le obstruye en el cerebro mismo las maneras de asociación ideológica que pudieran llevarle á la conciencia y al equilibrio de sus gérmenes propios y forma, en cambio, una personalidad ficticia, contrahecha, un autómata destinado á una sociedad que no es para él y donde todos parecen alimentarse de fantasmas.

El mecanismo social excluye la sociedad humana. Las energías gastadas en materiales para las ruedas y palancas sociales, van quitadas al "hombre".

Nuestras sociedades son, en un orden moral, como una empresa que rindiera utilidades infinitamente menores al capital invertido en su subsistencia. Son mónstruos que devoran almas como el ídolo Moloch devoraba niños en Cartago. Apenas permite florecer una personalidad entre millares de individuos pseudoconscientes; y una manifestación espontánea, íntima, entre turbiones de ideas y acciones reflejas ó imitadas, que son, por lo tanto, notas supérfluas en el gran concierto humano. Predomina en los predicadores modernos la imagen espantable y enfermiza de la sociedad en peligro de derrumbamiento, cuando es lo cierto que la sociedad no se moverá de sus quicios naturales sino cuando todos los seres humanos hayan desparecido de sobre el haz terreno. Porque ella no es un organismo que nos-

otros, siendo parte de ella, podamos encaminar; ella es un sencillísimo agregado, una resultante fatal de la suma de sus componentes y no tiene cualidades características sino en sus individuos.

Solo en el alma de estos hay cosas dignas de ser consideradas. Nada más que para el mundo interior existen propósitos nobles en la tierra. Las cualidades colectivas son una ilusión cerebral.

El hecho de que cierto tipo característico predomina por su número en una agrupación social, no implica que ese tipo se sale de sus individuos y forma una personalidad colectiva. En todo caso, la valuación ética de una sociedad no podría ser sino en el miserable promedio aritmético de las cualidades buenas y malas recogidas y sumadas en el interior espiritual de cada uno de sus seres.

Y he aquí que las sociedades valen, no por el aspecto y la forma que adoptan, sino por las individualidades que las componen. La apariencia, el aspecto exterior, es un enorme cuño de moneda falsa que divierte ojos de filósofos y estadistas autoengañados por subjetivismos enfermos de instinto.

Desde un punto de vista *humano,* en el sentido absoluto y restringido del término, todo aquello que crea costumbres en perjuicio de la acción espontánea y siempre nueva del alma intelectiva es contradictorio con cualquier ideal ó tendencia superior; y la humanidad tiene objeto de vivir porque es consciente. Un hombre iluminado de serena razón es superior á una generación entera de hombres que hicieran vida puramente instintiva y práctica, porque esta generación, éticamente, sería nula. Y en cada uno de nuestros actos, toda aquella parte que no entra en el campo de lo intelectivo, pertenece á la bestia física. Así todo lo orgánico, todo lo maquinal. El acto común, haya sido ó no haya sido una vez consciente, está privado de ser ni bello, ni feo, ni bueno ni malo. Es un fenómeno fisiológico, ciego. Hacer el bien obedeciendo á un hábito no se puede, no es hacer el bien. Amar por hábito tampoco, no es amar. Los sentimientos humanos no pueden reducirse á hábitos,

sin que inmediatamente pierdan su carácter para dar lugar á un hecho físico. En este carácter predominan entre los hombres la virtud por vicio, los actos benevolentes por gracia de herencia habitual. Si se analiza el espíritu de los hombres públicos, se descubre que en gran parte llenan sus funciones, hacen leyes, juzgan ó actúan en los hechos políticos con esa misma semiinconsciencia, restituyendo groseramente las energías que les aporta la asimilación alimenticia, tal así como el trabajo habitual de los obreros y casi como realizan sus funciones las ciegas vísceras del cuerpo.

Los sentimientos de simpatía están constantemente expuestos á la conspiración del instinto que les impone su inercia. Y así ha llegado á ser monstruosamente común en las sociedades modernas el amor sexual por hábito. Los jóvenes aman por viciosa costumbre, no atraídos por afinidades espirituales ni concepciones idealistas; nada se rebela en ellos contra el ciego reclamo de sus cuerpos; la bestia elige y ellos se restituyen en el amor al nivel de los seres inferiores.

* * *

Encadenar al niño á los hábitos nerviosos que le harán *un individuo útil á la sociedad*, es una villanía, es poner cerco á su espíritu, cristalizarle; y todo el fátuo esplendor que puedan adquirir los conjuntos sociales, no valen para el individuo lo que uno solo de los tesoros personales que se le substrae. Y si acaso muestra un semblante satisfecho y habla con alegría de vivir, seguramente ya no es él quien así se manifiesta, ya no es su personalidad, precipitada en un limbo exento de toda visión interior, sino su carne y sus apetitos animales triunfantes sobre *él*.

Y he aquí que hay una ilogia absoluta en las razones por las que se educa al niño, no según su propia individualidad sino á fines de conveniencia y economía sociales.

Si el pedagogo moderno se interrogara íntimamente, hallaría que no es sensatez ni benevolencia lo que le ins-

pira cuando prestigia inculcar hábitos al niño en perjuicio de su alma libre. Descubriría en sí mismo un pequeño Nabucodonosor que dijera á Aspernaz, príncipe de sus eunucos, que le buscara "muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, y de buen parecer, y los criase tres años, y les diese ración de la comida del rey y del vino de su beber, para que al fin de los tres años le sirviesen".

Y los conjuntos sociales están desde luego desvalorizados por ausencia de almas donde ser comprendidos favorablemente. Porque si alguien llega á tener verdadera conciencia de ellos, es para comprobar en seguida la terrrible devastación que su existencia determina en los campos donde pudiera florecer la genuina y libre selva humana.

* * *

Es una utopía absurda imaginar que el embrutecimiento de las multitudes redunda en la exaltación intelectual de los elegidos. Lo que sucede con la bestia no acontece con el hombre. Si es verdad que la miseria de los unos enriquece á los otros, es un absoluto incierto que los idiotas dan lugar á la formación de los genios. El grande y bello edificio de Nietzche se derrumbaría por esta creencia inexacta si ella existiera realmente en su filosofía, según la interpretación general. Se puede acaparar oro, pan, tierra, vanidades, títulos y aún la salud, la vida y la fuerza física. Pero la mentalidad escapa como un fluido á todo receptáculo, á toda repartición miserable. Se suele aún burlar de las duras leyes de la herencia. Solo huye siempre de donde hay instinto, de donde funciona el reflejo y se forman cristalizaciones de hábitos.

Y considerando que á los niños se les mata en germen las tentativas de su *yo* á expandirse, á florecer sobre la piedra de la vida, á encontrar su propio mundo infinito; observando cómo el abogado ó el médico ó el ingeniero, es en general una substancia plasmada en el mismo patrón universitario; y que emplea, en recibiendo su título, los mismos recursos para iniciar su *carrera* y proseguir el

camino apisonado por millares y millares de antecesores y suponer su eternidad en una posición *desahogada,* ó seguir ascendiendo por los mismos tramos en la enorme factoría social, único idealismo que se ofrece á sus energías ya no personales porque su espíritu lo fueron dejando en los bancos de las aulas y lo desgarraron del todo en la lucha por el pan y por las vanidades; comprobando que los miembros de las clases directivas no son tampoco individuos que hayan realizado mejor su personalidad, sino factores casi abstractos, elementos plegados á una tradición ó á un régimen ajenos á su *yo,* siendo caso común que en el alma de un mísero bohemio suelen reflejarse las cosas del mundo y la vida con mucha más limpidez que en el cerebro de graves legisladores y venerables funcionarios; pensando que los obreros, los industriales, los políticos y todos los miembros de cada sociedad se concretan á llenar una misión y á esta misión convergen las energías de sus órganos y le son sacrificadas las tendencias propias; y reflexionando que esta misión es coadyuvar con el tributo de su sangre y de su alma á la estabilidad de una fórmula social insensible, que por lo tanto humanamente es nula, es una sombra, un fantasma; considerando esto, se llega al extraño descubrimiento de que á los niños se educa y se conforma no solamente para intereses extranjeros á su espíritu, sino tampoco para interés humano alguno.

* * *

Afortunadamente siempre aparece algún Daniel entre los niños que se enseñan para servir á Nabucodonosor; un Daniel que se niega á sustentarse con la ración de la comida del rey y del vino de su beber, alegando que no quiere abdicar de sí mismo. Y el hombre se salva de las ciegas conspiraciones sociales en los pocos temperamentos que resisten la prueba deprimente y no se incorporan á los rodajes inanimados de la maquinaria social.

El genio, en este sentido, es un espíritu más libre que los demás, menos trabado por los hábitos, menos sujeto

á esos procesos de cristalización que hallan su desarrollo completo en el idiota y que en los hombres llamados insensatamente normales son relativos.

Esos *normales* tienen su locura, su obscuridad mental, en común con la mayoría de los hombres, y tal circunstancia les deja vivir en pacífica concordancia social. Pero el genio no busca el equilibrio animal sino se conforma con la razón y en esta procura su equilibrio. El individuo más genial es el más equilibrado. Un genio supremo sería el *hombre realizado*, llegado á un absoluto equilibrio.

Los sabios de la barbarie moderna atribuyen la degeneración al genio y no á la bestia de la que precisamente se apartan en lo que tienen de genio y hacia la cual degenerarían si abdicaran de sí mismos. Desde el punto de vista de equilibrio del genio, la multitud está compuesta de seres en parte rudimentarios y en parte degenerados, seres que inútilmente han adoptado una exterioridad distinta á la del mono, larvas cuya personalidad humana, falta de potencia para alcanzar su propio equilibrio, ha sido reabsorbida por el organismo victorioso. En cambio, el florecimiento práctico del genio, del hombre plenamente dotado de razón, determina á menudo atrofias fisiológicas, atrofias donde localizan la genialidad nuestros sabios sin echar de ver que la luz no puede ser referida á las cenizas del fuego que la produce.

Cuando yo no había llegado aún á sospechar esa diferencia fundamental que existe entre una personalidad y su lecho de carne y nervios, entre las grandes alturas iluminadas de su sentimentalidad consciente y los abismos profundos que fatalmente formaba junto á ésta la reacción dolorosa de la materia exhausta, cuando la lectura de los sabios me mostraba como en una misma unidad degenerada la enfermedad de la víscera acompañando la elevación poderosa de la idea, é incapaz aún de análisis claros, me convencía de tan triste y rara verdad, llegué á pensar extrañamente, contradictoriamente, que lo que el hombre tenía de grande, de bueno, de bello, era solamente aquello que tenía de enfermo. Y

amé la neurastenia, los temperamentos tempranamente agotados por el desgaste de obsesiones ideales, y en el rostro de las mujeres las palideces reveladoras de ensueños infinitos.

Hoy, me parece evidente que cuando palpitan potencias intelectuales libradas del monótono ritmo de la vida habitual, se trata del hombre empeñado tenazmente en arrojarse á una vida mejor, en armonía con leyes ó modos desligados del curso de las humildes leyes físicas, como esas nubes más altas y lejanas que vemos andar en sentido contrario de las otras inmediatamente visibles.

Y en el hombre hay una perpetua tentativa. Los conceptos de perfección, de suprema bondad y de suprema belleza, no hicieron alba en su cráneo por una fortuita asociación de imágenes inertes. Hay en ellos la espiritual intuición de una realidad hacia la cual tiende el alma cuando piensa con generosidad y con valor; realidad presunta, tal vez destinada á jamás sonreir con claridad sobre la tierra, como esas horas de goce que nos hemos preparado á saborear pero que un acontecimiento importuno impidió que nos llegaran.

Y la personalidad íntima, que señala su ruta por sobre la faz cotidiana de virtud, de bien, de mal, de odio ó de cariño, es el hombre que pugna gallardamente hacia ese más allá, cuando se exalta á despecho del dolor y los quejidos de la carne. Ella no degenera jamás. El sólo hecho de existir implica un vuelo exento de todo achaque grosero. La invención de los cielos, tan maravillosos en el Malharabata, tan bienaventurados en la Biblia, se explica: el hombre, sintiéndose superior á su cuna terrena, se creyó desde luego con derecho á un mundo adaptado á la espiritualidad de su pensamiento invisible.

Los profetas que prometieron á sus hermanos ese mundo mejor, buscaban evidentemente reparar una deficiencia de la naturaleza, que dando vida sobre la tierra á una flor de hermosura inestimable, no la proporcionó el sol que reclamaba su estructura misteriosa y sutil.

La fe religiosa, que impuesta por el hábito y por la herencia es una cobarde sensualidad de los instintos de

conservación, fué por el contrario, en las almas fuertes y desinteresadas una rebeldía contra la naturaleza impotente, una protesta contra la tumba miserable, un deseo poderoso, casi creador, de que fuesen realidad visible las concepciones que el genio abarcaba y requería.

Carlos Alberto Leumann.

Buenos Aires, Mayo de 1910.

Estudio de la historia nacional

en la enseñanza primaria y secundaria

Los que hemos repudiado siempre ese prurito imitativo que ha distinguido á los hombres consagrados á la educación pública en nuestro país, de reproducir fielmente planes y programas de enseñanza de otros pueblos á título de ser de los más cultos—sin tener en cuenta el carácter, temperamento y condiciones especiales de la República,—vemos hoy con suma complacencia la variante fundamental operada al respecto en estos últimos tiempos.

Los aprovechamientos de la experiencia, el concepto cierto de una educación racional y conveniente, el ejemplo de otros países sensatos que han fijado ya normas invariables á sus planes, ha impulsado el espíritu patriótico que informa ó anima la moderna tendencia educativa de especialización en todo cuanto atañe é interesa directamente á nuestro país,—determinando al fin el criterio firme de establecer en la enseñanza, y particularmente en la secundaria, la mayor intensificación del estudio de los ramos nacionales, dándoles por ello á éstos preferencias en la distribución de los horarios de clases.

Sin embargo, nótanse aún en los programas de estudios secundarios que los de la historia nacional no se desarrollan con la amplitud debida, pues falta interpelar entre los tópicos principales de aquélla, nociones de la historia local de cada provincia, relacionándolas apro-

piadamente de modo á ofrecer así el conocimiento de las tradiciones del país, con el sabor y el interés que sólo pueden imprimir los antecedentes peculiares de cada estado ó lugar.

Para el logro de este propósito no se oponen dificultades insalvables, desde que en las mayorías de las provincias se ha escrito ya ó esbozado al menos la historia de las mismas, como sucede con Buenos Aires, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, Santiago, Tucumán, Salta, Jujuy, y San Juan.

Por otra parte, pienso que á la Historia Argentina debe estudiársela *in extenso,* sin economía de detalles que á veces suelen ser tan interesantes que bastan por sí solos para dar un concepto claro y definido de un suceso, de un hombre, ó de la magnitud y significación de un acontecimiento de época determinada.

Y si á la Aritmética, por ejemplo, se le destinan cinco horas semanales de clase, no veo la razón por qué no ha de ocuparse igual tiempo para la historia nacional, máxime si el profesor ha de amenizar sus lecciones con anécdotas, antecedentes originales, lecturas oportunas é interesantes, ofreciendo á la vista de sus discípulos retratos, cuadros y variadas ilustraciones;—y si á este ramo ha de considerársele importante, no sólo como elemento ilustrativo sino, lo que es más aún, como medio ó recurso de propaganda y de estímulo á fin de formar una juventud animosa por la patria, nutrida con las sabias y aleccionadoras experiencias del pasado, precursora brillante de los hombres públicos del porvenir, de los mandatarios de mañana.

No debe olvidarse tampoco que en la enseñanza de esta materia se ocupa necesariamente mucho tiempo con las lecciones prácticas de composición, en descripciones, retratos, paralelos de sucesos y de los hombres, lo mismo que con los trabajos cartográficos relacionando batallas y caminos seguidos por las expediciones libertadoras, etc., todo lo cual exige, como se comprende fácilmente, un aumento prudencial del horario.

Conviene igualmente, á mi modo de pensar, volver al viejo plan en cuanto al estudio filosófico de la historia

nacional, en las condiciones en que se hacia antes, con un programa de puntos fundamentales, en 5° año, que iba unido al de la Historia Contemporánea, pues colocada en 1° y 2° año la materia de que se trata, es evidente que debe estudiársela como historia narrativa ó descriptiva, puesto que los alumnos de estos cursos no tienen la edad, ni la reflexión, ni la preparación bastante para hacerla en otra forma ó extensión. Los bachilleres deben salir de los colegios nacionales dominando completamente este ramo con las íntimas necesarias relaciones con la geografía, el idioma y la literatura nacional.

Ahora bien, y siempre con el designio de extender, difundir é intensificar el estudio de la historia patria, conviene, desde luego, establecer como previo y preparatorio la enseñanza de la historia y de la geografía local, hasta el menor detalle, en orden creciente en los cursos 2°, 3° y 4° grado de las escuelas superiores de las provincias,—práctica utilísima que con resultados halagadores se introdujo en las escuelas de Santiago del Estero en el año 1902, á iniciativa del subscripto, en circunstancias que ocupaba la presidencia del Consejo General de Educación.

Estas ideas, brevemente expuestas, son las que de muchos años atrás vengo sosteniendo desde los distintos puestos que he ocupado y desempeño ahora, ante las autoridades respectivas de la Nación y de la provincia, sin lograr suficientemente el éxito que anhelo en bien de la patria y en provecho de la juventud estudiosa de mi país.

BALTASAR OLAECHEA Y ALCORTA.

Santiago del Estero (Rep. Argentina), Mayo de 1910.

De "Panoplia"

El sable plebeyo

Buen hierro plebeyo, en las armas patán.
Buen hierro que fuera un gran ástil de lanza;
forjado en la maestranza
de fray Luis Beltrán.
Tan tosco y adusto como un granadero
dócil al «degüello» del clarín
actuando de forzado caballero
en el fino sarao placentero
de doña Remedios de San Martín.
Ancha hoja, sonora como las proezas
ó como campanas de un templo de dios;
que evoca un gran brazo sableando cabezas
¡hendiéndolas en dos!
Buen hierro, plebeyo como un montonero
que entrara en pelea
venciendo el coraje de aquel granadero
Mariano Necochea.
El filo cruzado de agrias mellazones,
el puño reatado de alambres vulgares;
como un bravo jefe, de condecoraciones
trasuntas en tajos bajo los alamares.
Fuerte y viejo sable de la patria antigua,
feo y glorioso como un viejo coronel
que llevara en su talla de guerrera estantigua
el temple de gloria que pasara por él.

Gran sable republicano
de hierro villano
oliente á lomo bravío de hombruno batallador:
hubo médula de león americano
en el brazo asaz fornido de tu fuerte forjador.

Gran sable de guerrera democracia
tu decadencia bravía
derrota la aristocracia,
humilla la bastardía
de espadas y de puñales, sable de revolución!
Tu curva hoja ferrada, cruzada sobre el escudo
trasunta el gesto glorioso de un plebeyo bravo y rudo,
descollando el ancho torso entre un marqués y un matón!

VICTOR JUAN GUILLOT

Pródromo de la "Revolución de Mayo"

Y SEXTINAS AL

25 de Mayo de 1810

(Especial para *El Monitor*)

SUMARIO — Criterios históricos: Michelet, Buckle, Marx Taine, Ferrero y otros historiadores contemporáneos — Antecedentes sociológicos de la Revolución de 1810 — La familia y el trabajo en la época colonial — Instituciones diversas — Triunfos y fracasos de Belgrano en sus tentativas para mejorar intelectualmente al pueblo—Psicología de los nativos; generalizaciones aventuradas. Mitayos, Yanaconas, proletarios — Progreso material é intelectual — Las invasiones inglesas producen la conciencia de la personalidad del nuevo pueblo — Moreno y la representación de los hacendados — Peripecias y catástrofe.

Parece que en la aurora del siglo XX, la historia ha dejado de ser una crónica, una novela, una teoría filosófica. Preténdese instituirla como un conjunto de nociones coordinadas, susceptibles de aplicación práctica.

Los historiadores contemporáneos, fundados en los nuevos modos de ver, llevados al campo de la especulación por el adelanto de las ciencias naturales, investigan y escrutan en el arcano de los hechos para descubrir nuevas y poderosas leyes, á más de las enunciadas por los filósofos que los precedieron: leyes más positivas que las de Vico y de Bossuet, menos fatales que las del progreso, enunciadas por Condorcet y más completas que las de Montesquieu.

Las investigaciones históricas de Michelet y Buckle produjeron dos nuevas teorías de la historia: cree el primero haber hallado el origen y la causa de todo progreso de los pueblos, en *la lucha entre la necesidad tiránica que oprime y la libertad que trata de romper las cadenas de hierro impuestas por el predominio secular de la fuerza;* el segundo indaga el secreto del eterno *devenir* de los pueblos, en *la ley del progresivo mejoramiento intelectual.*

Ampliando Marx la teoría de Buckle, y otorgando á otros factores históricos su importancia característica, proporciona á estas *ideologías* una base real. Trata de evidenciar cómo las revoluciones antiguas y modernas, la evolución de la cultura, los cambios de las formas de gobierno, los progresos en el arte y en las letras, son todos igualmente debidos á una ley económica que rige el mundo: la *ley de mejoramiento material.*

En la primera década del siglo XX, nuevas escuelas históricas (1) se preparan á demostrar cómo, en el desenvolvimiento de los hechos de la historia, contribuyen no sólo factores ó elementos económicos sino también éticos—el deseo de libertad (Michelet)—intelectuales (Buckle), étnicos, religiosos, artísticos y literarios, puesto que de todos estos elementos está forjada la *psiquis* colectiva y todos cooperan al progreso moral y material del individuo antes y de la colectividad después, determinando sucesivamente los actos del individuo y los acontecimientos históricos.

"La historia, como todos los fenómenos de la vida, es la obra subconsciente de esfuerzos infinitamente pequeños llevados á cabo desordenadamente por individuos aislados ó por ciertos grupos de individuos aguijoneados casi siempre por motivos inmediatos, cuyo efecto definitivo ultrapasa continuamente la intención y las nociones de los contemporáneos, y, de vez en cuando, se revela á las generaciones siguientes.

"Comprender por cuáles motivos inmediatos, contingentes y transitorios los hombres de cierto momen-

(1) Bernheim, Taine, Pascual Villari, Altamira, Ferrero, etc.

to histórico han bregado; describir pintorescamente las vicisitudes, las ánsias, las alternativas y las ilusiones de esta lucha; investigar cómo y por qué actuando así, una generación, con frecuencia, no ha satisfecho las pasiones que la impulsaban, realizando en cambio durables innovaciones en la cultura general'' (1),—he ahí la misión deparada al que trate de escribir actualmente historias.

Dos de las principales columnas sobre que descansa este nuevo método, sistema ó interpretación de la historia, son los principios de *actualidad* y *de la acumulación de pequeños efectos,* ya formulados por Kant, del que los toma en préstamo la nueva escuela evolucionista.

Según el principio de *actualidad,* el *pasado debe ser explicado por causas que nos son conocidas por la experiencia presente;* de ahí que Ferrero, en una conferencia (2), en el teatro Odeón, exclamara: ''Miraba en torno mío para ver si en la realidad había algo que me ayudara á comprender la corrupción romana''...

Conforme al principio de la *acumulación de pequeños efectos, sumándose los hechos aparentemente pequeños, producen resultados considerables y lejanos;* de ahí que el mismo conferencista sostuviera en el curso de la misma exposición: ''Todo está enlazado en la vida de las naciones y nada es despreciable''... ''Entre los hechos inadvertidos hay un lazo invisible pero indestructible''... ''Nada es despreciable en el mundo: diversiones, lecturas, etc., que creemos haber olvidado y otras pequeñas cosas... han contribuído, sumándose, á los efectos que luego los historiadores admiran''. (De mis apuntes estenográficos. *La Nación* omitió estos importantes conceptos en sus extractos de las conferencias de Ferrero).

Desde este ángulo visual vamos á considerar la gran revolución de Mayo de 1810, aplicando los criterios históricos admitidos en la actualidad.

---

(1) Grandezza e decadenza di Roma—págs. IX y X del Prefacio—G. Ferrero—Edic. Treves.

(2) ''La corrupción de Roma y la vida moderna''.

Estudiaremos á la luz de la sociología los dos factores que determinan la forma, la estructura y la dinámica social: el ambiente natural y la complexión psíquica de los grupos sociales que actuaban en el período colonial y en los tiempos iniciales del movimiento revolucionario. Analizaremos las maneras de sentir y de pensar de las diversas clases: de los aristócratas ó propietarios territoriales y de esclavos; de los proletarios de raza blanca, de los indios, de los negros y mestizos. Trataremos de poner en claro los nuevos conceptos de la riqueza, de las relaciones sociales, de la religión y de la familia. Describiremos, á grandes líneas, la intensa labor de Belgrano, sus repetidas tentativas para elevar el nivel moral é intelectual del pueblo, contribuyendo eficazmente á la formación del espíritu revolucionario que debía dar en tierra con aquel gobierno ignorante y odioso... Veremos cómo los criollos forman agrupación económica al principio, cuyo programa era la libertad de comercio y de industria, la supresión de las innumerables trabas á su actividad, etc.; más tarde los intelectuales *argentinos* propagan un nuevo espíritu por la conciencia de sus compatriotas, difunden un nuevo concepto del hombre y de su dignidad, de sus derechos y de sus deberes, del estado y de su misión bien diferente á la del virreinato, etc.

MEDIO FÍSICO

Abarcaba el virreinato del Río de la Plata una cuarta parte de la América meridional. Extendíase desde los 55 grados á los 10 grados de latitud sur. La temperatura y las lluvias periódicas favorecían todas las producciones de la tierra y la fácil aclimatación del extranjero. Por el oriente, un extenso litoral marítimo facilitaba las comunicaciones con el resto del mundo; al poniente estaba limitado por la cordillera de los Andes; accidentes que modificaban favorablemente sus condiciones climatológicas. Gradualmente ascendían los terrenos desde las pampas horizontales de las cuencas

del Plata hasta la cumbre de las elevadas montañas del Alto Perú, que dividen los dos grandes sistemas hidrográficos de la América del Sur.

Un magnífico sistema fluvial ponía en comunicación á los países mediterráneos con el litoral marítimo; sus grandes ríos derramábanse en el imponente estuario del Plata, "al que podían traer por tributo, juntamente con el caudal de sus aguas, todos los productos de las zonas alternadas que atravesaban."

POBLACIÓN

La población, diseminada en esta vasta extensión de territorios, apenas sumaba un total de 600.000 almas al finalizar el siglo XVIII, correspondiendo un quinto de éstas á las provincias que hoy componen el país argentino, incluyendo en ellas las misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay, después despobladas, y la Banda Oriental, constituída posteriormente en nación independiente. Al estallar la revolución argentina, en la primera década del siglo XIX, la población de todo el virreinato apenas alcanzaba á 800.000 habitantes, pudiendo computarse en poco menos de la mitad el número de indígenas salvajes ó reducidos á vida civil, que contribuía á formar la suma total". (1)

COLONIZACIÓN

La característica de la colonización española en estas vastas regiones difería esencialmente de la implantada en el Perú, en Méjico y en Chile. La colonización peruana y mejicana explotaba el trabajo de una raza dominada, se imponía como el feudalismo europeo, distribuía entre los conquistadores el territorio y sus habitantes, teniendo exclusivamente en mira la explota-

---

(1) Historia de Belgrano—Gral. B. Mitre.

ción de los metales preciosos. La colonización chilena modificábase notablemente al choque en son de guerra con la varonil raza indígena, que defendía su suelo, teniendo que proveer por el trabajo á las primeras necesidades de la vida, y se hacía agrícola, á la vez que minera, constituyendo de hecho el núcleo de una sociabilidad más espontánea.

Los colonos del Río de la Plata ocupaban un país poblado por tribus nómades, sin cohesión social, sin metales preciosos y sin recursos para proveer á las exigencias de la vida civilizada. "Los indígenas ocupantes del suelo, obedeciendo á su índole nativa, se plegaban mansamente (1) bajo el yugo del conquistador, siendo reducido el número de los belicosos que intentara disputar el dominio de las costas. La colonización del Río de la Plata fué la única, en la América del Sur, que no debió su establecimiento, su formación y su desarrollo gradual al aliciente de los metales preciosos, aun cuando éste fuera el incentivo que la atraía. El capital de esta colonia estaba representado por llanuras cubiertas de malezas, montañas estériles, bosques vírgenes, poblados de animales feroces, terrenos caóticos ó pantanosos que matizaban el dilatado suelo, y, por todo recurso, los productos silvestres y una agricultura primitiva que apenas bastaba á las premiosas necesidades de los indígenas. Así nació y creció la colonización argentina, en medio del hambre y de la miseria, pidiendo á la madre patria su sustento, ofreciendo en Sud América el único ejemplo de una sociabilidad hija del trabajo productor".



La mente humana no puede estudiar con fruto varias cosas á un tiempo, debe considerar una después de otra; de ahí la necesidad absoluta de separar más ó menos arbitrariamente las diversas partes de un fenómeno para estudiarlas separadamente, y luego reunir

(1) Esta opinión del Gral. Mitre es muy controvertida.

todos aquellos estudios en un sólo haz para forjar un concepto sintético del mismo.

Hay en todos los fenómenos sociales un ritmo psicológico que actúa, además de las causas económicas y sociales; porque las acciones de los hombres vienen á ser determinadas más por el sentimiento que por la razón, no ocultándose á nadie que el ser humano está sometido á dos necesidades imperiosas: la alimentación y el amor; de la primera nacen las formas de la propiedad y del trabajo; de la segunda las formas del matrimonio y de la familia.

De ahí, pues, que asimilados los indígenas á los conquistadores, éstos elegían sus mujeres entre los naturales del país y constituían los nacientes hogares, formando los hijos de este consorcio una nueva y hermosa raza, (1) factor fundamental de la historia argentina Vástagos de razas distintas, cuya energía biológica era diferente, claro está que hubo de predominar el tipo de mayor potencia biológica, aunque llevara en su seno la nueva raza, los malos gérmenes de su doble origen. Los indígenas compartían con sus amos las ventajas y las penurias de la nueva vida civil, trabajando para ellos y con ellos, pero comiendo del mismo pan.

Sólo alcanzará la importancia de este hecho el sociólogo que admite la ley de que la energía biológica nace de la energía química de los alimentos y concluye en la energía térmica, asimismo el que acepta que todas las manifestaciones intelectuales, económicas, políticas, civiles, morales religiosas, etc., derivan de las bases fisiológicas de la vida (hambre y amor), no siendo éstas sino las atracciones de nuestros cuerpos sobre otros cuerpos animados ó inanimados. El principio termodinámico de la equivalencia de las fuerzas, permite clasificar las necesidades; y nadie ignora que toda necesidad puede llegar á ser la fuente del movimiento social y del trabajo.

La naturaleza misma de las cosas obligaba á los colo-

(1) Antropológicamente es inexacto que se formara una nueva raza, era una "variedad humana", término más aceptable hoy por hoy.

nizadores á una menor opresión de los indígenas en el Río de la Plata. Limitando la explotación del hombre por el hombre, producía una especie de igualdad primitiva que modificaba el sistema feudal de la colonia, neutralizaba el rozamiento de los intereses encontrados, hacía que la conquista fuese comparativamente más humana y se impusiera con menos violencia.

A los cuarenta años de ocupado el Río de la Plata, los hijos de los españoles y de las mujeres indígenas eran considerados como españoles de raza pura y constituían el nervio de la colonia. Ellos reemplazaban á los conquistadores envejecidos en la tarea, á ellos estaban encomendadas las expediciones más peligrosas, con ellos se fundaban las nuevas ciudades, como sucedió con Santa Fe, ellos tomaban parte en las agitaciones de la vida pública, inoculando á la sociedad un espíritu nuevo. De su seno nacían los historiadores de la colonia, los gobernantes destinados á regirla, los ciudadanos del embrionario municipio, y una individualidad marcada, con cierto sello de independencia selvática, que presagiaba el tipo de un pueblo nuevo, con todos sus defectos y cualidades.

No se conocía todavía la acción antagonista de las diferentes razas, ni la lucha de clases, dentro de los límites de aquel agregado social; pues los dones gratuitos de la naturaleza y los frutos del trabajo eran, poco más ó menos, el patrimonio de la comunidad; la vida civil era poco complicada y el roce de los intereses menos áspero. En realidad, no había pobres ni ricos, siendo todos, poco más ó menos, pobres. Resultaba de ésto una especie de igualdad ó equilibrio social que entrañaba, desde muy temprano, los gérmenes de una sociedad libre.

*
* *

La teoría económica de la época aconsejaba á las naciones conquistadoras el sistema de explotación de sus colonias mediante el monopolio comercial. De ahí que España é Inglaterra, habiendo calculado erróneamente

que, obligando á sus colonias á proveerse de productos europeos en sus respectivas metrópolis, conseguían acaparar las riquezas coloniales, en puridad, lograban mantener en la penuria á sus colonos y fomentar el más asiduo contrabando.

Portobelo y Panamá, únicos puertos autorizados por las leyes de Indias y por las cédulas reales, eran insuficientes para abastecer la América del Sur. De ahí que por la Colonia del Sacramento (Banda Oriental) y por el asiento de negros africanos que Inglaterra poseía en el Río de la Plata, se llevase á cabo el más abusivo contrabando.

Prohibióse toda comunicación de las colonias entre sí, de manera que todas ellas debían converger á un centro único; y para centralizar mejor el monopolio, se creó la famosa casa de "Contratación de Sevilla" (1503); declarando que era la única puerta de España por donde podían expedirse buques con mercaderías para América y entrar los productos coloniales de retorno.

Cuando las mercaderías introducidas por los dos únicos puertos autorizados para comerciar llegaban á las provincias del Río de la Plata, estaban recargadas en un 500 ó 600 por 100 sobre su costo primitivo. No teniendo estas provincias agrícolas y ganaderas ni oro, ni plata, ni productos preciosos de poco volumen que transportar por tierra al través de toda la América meridional, no les era posible acudir á las ferias de Panamá y Portobelo, ni aun á la del Callao, hasta donde sus cueros, sebos y cereales no podían llegar. No les era dado, por esa vía, realizar sus frutos, ni venirle las substancias alimenticias, como el vino y el aceite, ni las ropas mismas, pues el recargo las ponía fuera del alcance de su pobreza; carecían hasta de la materialidad de la moneda para comprar, en razón de que estaba prohibido que ella pasase de Potosí, ni que llegara al Río de la Plata el oro ó la plata, aunque fuese en forma de vajillas; ni se permitía á los pasajeros que transitaban de una provincia á otra llevar más cantidad de moneda que la indispensable para el viaje, previo permiso y re-

gistro en la aduana seca de Tucumán, la cual tenía orden hasta para no dejar pasar, en esa forma, ni el producto de la venta de mulas que los de Buenos Aires realizaban en Salta.

La sistematización de tales absurdos sugiere reflexiones múltiples: ¿era inconsciente buena fe, como opina el general Mitre y otros historiadores, ó una aplicación de la máxima: para dominar á un pueblo, arruinarle y mantenerle en las tinieblas de la ignorancia?...

El puerto de Buenos Aires, declarado puerta condenada aun para sus propios habitantes, vióse visitado, muy de tarde en tarde, por algún navío de registro con licencia expresa, hasta que el año 1587 tuvo sanción legal el tráfico por esta vía, que beneficiaba sólo á los peruanos que acudían á comprar mercaderías con oro y plata sonante, mientras los pobres pobladores del puerto de Buenos Aires, sin salida para sus frutos, carecían de moneda, tenían "que contentarse con recoger algunas migajas de este festín comercial".

En 1601, una real cédula fué expedida reforzando las antiguas prohibiciones de todo comercio por el puerto de Buenos Aires, "bajo pena de ejemplar castigo". La población de entonces no pasaba, en el puerto, de 500 vecinos, sin contar los indios repartidos y los negros esclavos. Fúndase en esta fecha la primera escuela para enseñar á leer y escribir, y se instala el primer molino de viento para moler sus trigos, primeros gérmenes del factor intelectual argentino y primera maquinaria importante de la técnica constructiva en Buenos Aires. Aun cuando la producción habíase acrecentado por el procreo de los ganados, y la agricultura había hecho algunos progresos, no obstante, como los frutos del país no tenían salida ni valor venal, su acción se limitaba á servir de moneda para las transacciones domésticas.

COMERCIO

Para los habitantes del Río de la Plata, el comercio directo era una condición de vida. Cuando España, alec-

cionada por la experiencia, quiso reaccionar contra su ruinoso sistema prohibitivo, ya era tarde: "estaba irremisiblemente perdida como metrópoli, y la América para ella como colonia. Ni el vínculo de la fuerza eficiente, ni el del amor, ni el del interés siquiera, ligaba á los hijos desheredados á la madre patria. Desde entonces, la separación fué un hecho y la independencia de las colonias americanas una simple cuestión de tiempo y de oportunidad.

*
* *

Comenzó luego España por hacer extensivo á todos los españoles el derecho de comerciar con América, que hasta entonces había sido exclusivo de los castellanos. Pero los mercaderes peninsulares siguieron el viejo sistema de escasear las mercaderías y retardar los envíos, para elevar los precios de manera que, en realidad, dejaban libre el campo al contrabando lo mismo que antes.

Daba España por motivo, para no extender todas las franquicias comerciales al Río de la Plata, la permanencia de los portugueses en la colonia del Sacramento, siendo así que era el sistema prohibitivo el que daba razón de ser al comercio ilícito. Removido este inconveniente por don Pedro de Zeballos, desalojando á los portugueses de la colonia, dictó el Cabildo de Buenos Aires un auto declarando libre el comercio del Río de la Plata con la península y *demás colonias.* "Como un río detenido, al que se rompen repentinamente los diques, el comercio se precipitó como raudal que busca su nivel, derramando á su paso la riqueza y la abundancia".

Aprobado y ampliado por la corte este auto memorable, pues eran liberales y más ilustrados los hombres que dirigían la política española de entonces (1778), verifícase en 1783 la paz de Versalles, en que quedó reconocida por Inglaterra la independencia de los Estados Unidos de América, bajo los auspicios de España; significando este hecho histórico la *proclamación, ante*

el mundo, del derecho que tenían las colonias americanas á insurreccionarse y emanciparse de la madre patria, constituyéndose en naciones independientes y libres.

Hubo de convertirse Buenos Aires en el más conveniente mercado de una gran parte de la América meridional. En 1792 los productores ganaderos piden, y obtienen al año siguiente, completa libertad de salida para sus frutos.

Durante los años de 1792 á 1795 llegaron al puerto de Buenos Aires 53 buques de la península y salieron 47, y despachándose, además, varios cargamentos que hacían el tráfico de la Habana, de Guay quil y del Callao. El valor de las importaciones y exportaciones ascendió en ese período á más de ocho millones, computando los productos de la compañía de las pescas, quedando á favor del comercio local más de un tercio de su totalidad. El comercio interior era activísimo: San Juan expendía en el mercado central más de tres mil barriles de aguardiente por año; Mendoza más de siete mil trescientos barriles de vino; Tucumán gran cantidad de sus cueros curtidos y sus tejidos.

La población de la provincia de Buenos Aires (incluso Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y la Banda Oriental) habíase triplilado en 22 años de comercio relativamente libre. De 37.000 almas, que eran antes, alcanzó la cifra de 170.000 al finalizar el siglo XVIII, según Azara.

El mejoramiento material generalizado, cambiaba las condiciones sociales de este núcleo robusto de una futura nacionalidad.

Asociación libre de estancieros y mercaderes, en que los agricultores no dejaban de figurar en segunda línea, constituía una democracia de hecho, que se organizaba en la vida civil y se desarrollaba espontánea y selvática en las campañas, con un temple de independencia genial.

Como cuerpo político y social era una masa incoherente, sin afinidades íntimas, sin articulaciones poderosas, sin esa unidad armónica que es el resultado del

equilibrio de la vida, que se distribuye igualmente en toda la economía.

La primera autoridad , el virrey, no tenía más corte que sus empleados, ni más apoyo real que el de los españoles peninsulares que habitaban el país.

Uno de los más profundos observadores de aquella época, describía á los criollos de la provincia de Buenos Aires, diciendo: "Tienen tal idea de su igualdad, que creo que, aun cuando el rey acordase título de nobles á algunos particulares, ninguno los consideraría como tales. El mismo virrey no podría conseguir un cochero ó un lacayo criollo".

El antagonismo de raza y el factor ético del deseo de libertad, fluyen de lo que el mismo autor añade en seguida: "Existe una especie de alejamiento, ó más bien dicho, aversión decidida de los criollos, ó hijos de españoles nacidos en América, hacia los europeos y hacia el gobierno español. Esta aversión es tal que la he visto reinar entre el padre y el hijo, entre el marido y la mujer, cuando los unos eran europeos y los otros americanos..." "Los abogados, especialmente, se distinguen por este sentimiento".

¿No sería consecuencia natural de ciertos fenómenos sociales anteriores?...

*
* *

El despotismo paternal de aquellos hogares mixtos, la poligamia desembozada y cierta innata indiferencia moral y religiosa, ¿no actuarían en la masa del pueblo, sobre todo en su parte indígena, como agentes subconscientes del odio al extranjero? En cuanto al grupo selecto de los letrados que, en las universidades de Chuquisaca (hoy Sucre), de Córdoba, de Santiago de Chile y aun de España, habíanse laureado y adquirido con los conceptos fundamentales de la justicia, amor invencible á la idea de la libertad, que es su esencia, ¿cómo no habían de experimentar la inmensa amargura y los odios concentrados del que se ve sometido y obligado á obedecer á un ser inferior?... ¿Qué representaban aquellas

legiones de mercaderes que venían á las playas americanas, impelidos generalmente por la más sórdida avaricia, dándoseles bien poco el nivel intelectual, moral y material de los hijos del país, siempre más avasallados y envilecidos? ¿Qué significaban aquellos mandatarios que, lejos de interesarse por el progreso de los naturales, mostraban tan sólo toda su energía goda, cuando en algo eran tocados ó rozados apenas, sus privilegios mercantiles?...

Las múltiples iniciativas progresistas del ilustre americano don Manuel Belgrano, secretario de una institución creada para fomentar el comercio, la industria y la agricultura, ¿no habían fracasado, generalmente, en el seno del Consulado, por la torpe y mortífera avidez de sus miembros, comerciantes monopolizadores?

Los proyectos económicos y educacionistas de Belgrano, cuando no eran mal comprendidos por aquellos burdos y zafios mercaderes, ¿no venían de retorno, con el sello del fracaso en lugar de la sanción generosa de la madre patria?...

¿Cabía la esperanza de algún movimiento noble, espontáneo, en favor del pueblo americano, procedente de la metrópoli, cuando aniquilaba, cuando hacía fracasar los más excelentes proyectos y las más elevadas instituciones (1), que Belgrano y otros solicitaban establecer?

Puesto que España, obcecada por sus erróneas convicciones políticas y aferrada á sus utopías económicas, negaba rotundamente á los pobladores del suelo americano todo aquello que pudiera contribuir á su mejoramiento económico é intelectual, ¿no era lógico y natural que los hijos más preclaros de América, apoyados en las más elementales nociones de la política, se valieran de todas las circunstancias favorables y utilizaran por el bien común todos los desaciertos y graves errores cometidos por los peninsulares, á fin de apresurar el advenimiento de la ansiada aurora de la emancipación argentina?

Circunstancias fortuitas, aprovechadas oportuna-

(1) Escuelas propuestas por Belgrano: de Comercio, de Náutica, etc.

mente por los americanos, espíritu de la época favorable á las revoluciones y emancipaciones coloniales; hijos del país ilustrados y representativos, cuya probidad, luces y valor, habíanle granjeado inmenso prestigio y decisivo influjo sobre las masas indígenas, sin dejar de infundir también el más profundo respeto á los mismos peninsulares, quienes veían con disgusto inclinarse el fiel de la balanza intelectual y moral del lado de los criollos, siempre altivos y generosos; he ahí lo que, en síntesis, viene á explicar en gran parte los acontecimientos históricos, desarrollados en el alba del siglo XIX: era natural efecto de la energía individual de los hijos de un siglo que alboraba entre el fragor de las batallas y el estallar de las desencadenadas pasiones.

INSTITUCIONES

La organización administrativa no respondía á un sistema político en sus partes componentes, y la misma constitución colonial carecía de armonía en su conjunto.

La Ordenanza de Intendentes, expedida en 1782, no logró dar sino una constitución administrativa de forma, una regularidad más aparente que real, y bosquejó en el mapa algunas de las futuras divisiones; pero sin radicar las nuevas autoridades creadas, en el espíritu municipal de las localidades.

Fiscalizaban y contrapesaban, dominando en lo alto, el Virrey y la Audiencia, en representación de la autoridad absoluta de la corona.

Los Cabildos representaban nominalmente el comercio del pueblo, autorizados con la ficción de una elección popular y con los atributos y formas externas de las corporaciones libres. Ejercían funciones de propio gobierno en cuanto á la gestión de los intereses comunes, y á la administración de la justicia popular. Eran en teoría los representantes del pueblo, tenían el derecho de convocarlo á son de campana, podían, á veces, levantarse como un poder independiente ante los representantes de la corona, y en ocasiones solemnes el pueblo reuni-

do en congreso era llamado á decidir de sus deliberaciones por el voto directo como en las democracias de la antigüedad''.

El Consulado de Buenos Aires fué instituído á petición del comercio de esta ciudad y fué instalado solemnemente y celebró su primera sesión el día 2 de Junio de 1794, fué instituído con doble carácter: á un tiempo concediósele jurisdicción mercantil y el carácter de junta económica. Debía fomentar la agricultura, la industria y el comercio, razón por la cual tomó el título de ''Junta de gobierno'', obrando con independencia en lo relativo al fomento de esos tres ramos. La introducción de nuevas máquinas, las mejoras de procedimientos industriales, la apertura de puertos, las ciencias, las artes, las nuevas culturas, todo fué protegido por el consulado bajo la inspiración de Belgrano, cuyo influjo en todos estos adelantos consta de documentos auténticos, reveladores de la titánica lucha sostenida por el gran secretario contra los miembros componentes de esta institución, así descriptos por él mismo: ''No puedo decir bastante mi sorpresa cuando conocí á los hombres nombrados por el rey, para la junta que había de tratar de agricultura, de industria y de comercio, y propender á la felicidad de las provincias que componían el virreinato de Buenos Aires: todos eran comerciantes españoles, y exceptuando uno que otro, nada sabían, más que de su comercio monopolista, á saber: comprar por cuatro para vender por ocho con toda seguridad''.

LA FAMILIA Y EL TRABAJO

Según la teoría economista de la historia, el móvil esencial y decisivo á que obedece la humanidad, es la producción y la reproducción de la vida inmediata. Estas, á su vez, son de dos clases. Por una parte la producción de los medios de existencia, de todo lo que sirve para alimento, vestido, domicilio y de los objetos que para ello se necesitan; y, por otra, la producción del hombre mismo, la propagación de la especie...

"Las instituciones sociales, á que se hallan sometidos los hombres de una época y un país dados, están íntimamente ligadas con estas dos especies de producción, por el grado de desarrollo del trabajo y por el de la familia. Cuanto menos desarrollado está el trabajo, más reducida es la cantidad de sus productos y, por lo tanto, la riqueza de la sociedad; y más subordinados el orden social á los vínculos consanguíneos" (1).

A los hombres y á los pueblos hemos de estudiarlos según la especie ó variedad humana á que pertenecen, si pretendemos arrancar á la esfinge de la vida el secreto del pasado, del presente y del futuro.

Blancos ó europeos, indios, negros y mestizos, he ahí los elementos en efervescencia, durante el coloniaje, en el crisol de la especie americana. El producto de tal mezcla todos lo conocemos: "la composición psíquica de estos ingredientes pudiera representarse así: los españoles nos dan arrogancia, indolencia, uniformidad teológica, decoro; los indios, fatalismo y ferocidad; los negros servilismo, maleabilidad y cuando entroncan con los blancos una cierta sobreexcitación de la facultad de aspirar que podría bien llamarse hiperestesia de la aspirabilidad... Los mestizos hispano-indios, hispano-negros, hispano-indígeno-negros, dan otras cualidades especiales, características de su hibridismo en sí..." (2).

No peca de optimismo la descripción precedente; mas, opinamos, con todo respeto, que es unilateral; pues las variedades americanas han sido analizadas á través de un cristal acaso empañado, y se generalizan cualidades que no fueron comunes á todas las naciones indígenas que poblaron nuestra América. Lo más curioso es que se generalizan tan sólo los defectos. Por ejemplo: los Diaguitas que poblaban las provincias andinas, los Tonocotes, las orillas del Salado y Bermejo, y ciertas subvariedades guaraníes, eran indios labradores, valientes y amigos de la paz. No todos los grupos quichuas, araucanos y

---

(1) Federico Engels—"El origen de la familia", págs. 6 y 7. Edic. Sempere y Cía.

(2) "Nuestra América", p. Carlos O. Bunge, págs. 102 y 103. Edic. de 1905.

guaranizados eran feroces y fatalistas, etc. Pudiéramos reunir masas de hechos para demostrar que se han generalizado con una base no siempre suficiente las malas cualidades, los más graves defectos de los indígenas y nos parece tiempo ya oportuno, con los datos arqueológicos existentes, de hacer pasar las generalizaciones sociológicas, de la fase de conjeturas á la de verdades positivas, sin *parti pris*, sin apasionamiento ni prejuicios, con la serenidad crítica de la ciencia.

Infinidad de matices, variaciones múltiples y diametralmente opuestas y contradictorias presentaban los caracteres antropológicos y psíquicos de los indígenas, á la llegada del conquistador europeo. Limitándonos á lo que es, hoy por hoy, nuestra República, las tribus guaranizadas del Este, las tribus quichuizadas del Oeste, las araucanizadas de Cuyo y de la Pampa, los Tehuelches del Sur, ni aun los arrinconamientos querandíes, ni los arrinconamientos de las sierras de Córdoba, Tucumán, etc., autorizan á ningún autor científicamente escrupuloso, para deducir una resultante, una generalización del todo pesimista, y sólo aplicable, en nuestro sentir, á la rama guaraní-tupí ó carios ó chiriguanos del Norte, estirpe caríbica, ó también á los terribles Guaycurúes del Chaco, etc., no formando de ningún modo la mayoría necesaria para caracterizar una proposición verdadera.

Las conclusiones deben sacarse de hechos bien fundados, si pretendemos que las inducciones tengan un gran alcance.



Por lo que respecta á la constitución de la antigua familia colonial, se infiere de la partida 3, título XVII, ley 7 que favorecía al padre, quien "disponía en absoluto de la persona de su hijo y podía empeñarlo y venderlo en caso de necesidad: "quexado seyendo el padre de grand fambre, e auiendo tan grand pobreza que no se pudiese acorrer dotra cosa: entonce puede vender ó empeñar sus fijos, porque haya de que comprar que coma. E la razón

porque puede esto fazer, es esta: porque pues el padre non ha otro consejo, porque pueda estoruer de muerte el, nin el fijo, guisada cosa es, quel pueda vender é acorrerse del precio''. Le corresponden los bienes adquiridos por el hijo con su peculio ó de sus parientes, el usufructo de los adquiridos con los recibidos de la madre, ó por su comercio ó industria durante toda su vida, porque, salvo casos especiales, la emancipación depende de la voluntad del padre. ''Constreñido, dice la partida mencionada, ley 17 del mismo título, non deue ser el padre para emancipar su fijo, bien assi como non deue apremiar al fijo para emanciparlo; ante deue ser fecha la emancipación con voluntad, también del uno como del otro, e sin ningún apremio que pueda ser''. La madre ocupa una situación inferior. De todas las prerrogativas enumeradas en la ley, sólo le compete, en defecto del padre, la de consentir en el matrimonio de sus hijos menores de veinticinco años (1). Sus bienes dotales están mejor garantizados que en la legislación moderna por un eficaz sistema hipotecario. Tiene una parte en las ganancias de la sociedad conyugal, pero no es heredera del marido, salvo en la llamada cuarta marital''.

Explícase la necesidad de tan vigorosa organización de la autoridad paterna, en la época colonial, si recordamos la anarquía de sentimientos é ideas perturbadoras del orden interno del hogar, evidenciadas por la cita de Azara, transcripta más arriba.

Sobre los vástagos de esta familia, D'Orbigny y Paw hicieron estudios psicológicos admirables: ''de las experiencias practicadas en los criollos, dice el segundo, resulta que, como los niños indígenas dan en su primera juventud algunas señales de penetración, que se apagan al salir de la adolescencia, llegan á ser entonces indolentes, desaplicados, obtusos; no obtienen la perfección en ninguna ciencia ni arte; así se dice en forma de proverbio que son ya ciegos cuando los otros hombres comienzan á ver, porque su entendimiento se abate y decrece á la época misma en que el de los europeos tiende á alcan-

(1) Alvarez—Derecho real de España.

zar su mayor vigor''. De ahí que un obispo de Méjico, según Solórzano, dudaba si podrían ser ordenados sacerdotes.

''Al niño, agrega el *Semanario,* se le abate y castiga en la escuela; se le oprime en el seno mismo de la casa paterna. Si deseoso de satisfacer su natural curiosidad, pregunta alguna cosa, se le desprecia y engaña''.

Desde el punto de vista social, componíase la antigua familia naturalmente por los parientes unidos por vínculos de sangre ó afinidad, luego de los criados, indios, siervos, proletarios libres, la clientela de los hacendados coloniales. Azara describe el papel, hace notar la influencia del negro esclavo en la familia, que la modifica perniciosamente: ''Apenas nacen los vástagos de esta familia—dice Azara—les entregan sus padres por precisión á negras ó pardas, que los cuidan seis ó más años, y después á mulatillos, á quienes no verán ni oirán cosa digna de imitarse, sino aquella falsa idea de que el dinero es para gastarlo y que el ser noble y generoso consiste en derrochar, destrozar y en no hacer nada; inclinándolos á esto último, la natural inercia, mayor en América que en otras partes.''

Las primeras impresiones del niño modelan su mente y corazón, forjan su carácter, que añade á la herencia ancestral lo que va adquiriendo en el ambiente moral en que se desarrolla; de ahí, que nos parezca exacta la observación siguiente: ''La noción del deber espontáneamente cumplido, base de todo orden social, se deforma en el alma criolla, coloreada por el negro, que sólo puede concebirla con arreglo á su experiencia: el mandato del amo, sancionado con el látigo, el insulto, la absoluta depresión moral. Su religión, impregnada de paganismo, llena de supersticiones equivalentes de los antiguos dioses, sin su gracia y poesía, se corrompe al contacto del fetichismo africano, y el mandinga negro comparte las infernales tareas con el demonio católico, usurpando su influencia... Es el trastorno de todas las ideas normales... Inculca su moral esclava, con su tabla especial de valores que coloca en primer término, todo lo contrario de lo que se estima en los pueblos

sanos y bien constituídos... El negro esclavo es fuente de renta... De su trabajo viven casi todas las familias... Monopoliza las industrias y oficios... La casa es un taller ó depósito de obreros que salen todos los días á vender su trabajo por cuenta del dueño... Desde que abre los ojos el niño ve el trabajo, como la cualidad propia del esclavo."

Efectivamente los cronistas de aquel momento histórico fustigaban acerbamente esa nueva forma de usura y esas costumbres corruptoras de la niñez.

Gervasoni indica á los negros como los únicos que labran los campos y trabajan en todos los otros menesteres. Habituada la juventud á ver la industria en manos viciosas y despreciadas, extendían á todo oficio la tacha deprimente del negro.

MITAYOS, YAMACONAS, PROLETARIOS

Generalmente entre los indios el amancebamiento era espontáneo, como asimismo la separación. Refieren los Ps. Bárcena y Techo (Du Toit) (1), que las mujeres de las tribus vencidas eran consideradas y recogidas como el mejor botín, siendo incorporadas al hogar de los indios. Estos podían poseer tantas mujeres cuantas les fuera posible sustentar. Los autores citados, Poly y otros, hacen notar cierta costumbre de matrimonio monogámico embrionario, en ciertas tribus algo más adelantadas: el varón solicitaba del padre la hija deseada por compañera; éste la consultaba á solas, antes de consentir en la unión; si el pretendiente era del agrado de la solicitada, el padre permitía que se la llevase á constituir el nuevo hogar.

*
* *

Hemos visto que los hidalgos, herederos de la ética precristiana que consideraba al trabajo indigno del

(1) **Cartas y relaciones.**

hombre libre, no educaban á sus hijos en ambiente propicio para modificar este erróneo concepto. Recurrían no sólo á los negros, sino también á los indios vencidos, á quienes obligaban á explotar las minas y cultivar la tierra.

Los indios sometidos en paz ó por capitulación, eran constreñidos por el jefe español á erigir sus casas y formar pueblo fijo, en el sitio que se les indicara: su cacique generalmente era nombrado corregidor para la justicia y policía de ese agregado social. Dos alcaldes y regidores eran designados entre los indios para formar el ayuntamiento. Estos indios así avasallados, llamábanse *mitayos,* y estaban obligados todos los varones de 18 á 50 años á prestar anualmente, como los siervos de la gleba, dos meses de servicios personales al patrón ó encomendero; pues estas colonias de indios eran constituídas en encomiendas y entregadas á los jefes más beneméritos.

"Los indios vencidos y aprisionados en abierta rebelión, se repartían entre los jefes y soldados vencedores, constituyéndose en criados de su propiedad ó *yanaconas*". Estos eran preferidos á los esclavos en el servicio doméstico.

Mitayos y yanaconas eran siempre naturales servidores del altivo godo: su triste situación difería poco.

El proletario vive de la protección de la familia, en contacto inmediato... prestando pequeños servicios... No es esclavo, en derecho conserva sus prerrogativas de hombre libre; pero, "en realidad, su estado social es análogo al del negro ó yanacona, y como consecuencia comparte su manera de pensar y de sentir".

"Para que subsista y desarrolle sus gérmenes fecundos la libertad, requiere como condición indispensable la autonomía que dan la fortuna ó el trabajo. Mientras su vida y la de los suyos dependa en absoluto del capricho caritativo de los demás, el hombre es siervo, máxime si no tiene educación moral, las dos ó tres ideas sólidamente implantadas que permiten, llegado el momento, encarar con serenidad la desgracia. El proletario lleva una vida miserable, en pobrísimos ranchos, edificados

en terrenos baldíos, simple ocupante de los huecos de la ciudad donde arma su choza. Come los restos del matadero, la limosna de la casa solariega."

El español, desde que pisa el suelo americano, "toma aire y tono de conquistador; las nuevas tierras son sus dominios; no ha corrido la peligrosa aventura de seis meses de carabela para continuar una vida miserable... Se procuran peluca y espada, desdeñando oficios y comercios..."

De ahí que una antigua cédula real de 1509, dijera textualmente: —"De las Indias ha sido avisado, que muchas personas que de acá pasan, puesto que en ésta solían trabajar é vivían é se mantenían con su trabajo, después que allá tienen algo, no quieren trabajar sino folgar el tiempo que tienen, de manera que hay muchos; de cuya causa yo envío á mandar que el gobernador apremie á los de esta calidad, para que trabajen en su facienda"...

Comprobaremos estas afirmaciones oficiales con algunos datos estadísticos y relaciones de cronistas de la época. De 1602 á 1622 la población de Buenos Aires osciló entre 800 y 1000 á 1200 habitantes, "la mayor parte muy pobres, otros de mediano estar y pocos los que tenían caudal". Trelles publica estos datos de 1586 á 1622: españoles, de 60 á 1200; negros esclavos importados, 9297. "En 1622 el gobernador Góngora realizó un viaje de inspección y contó 91 indios y 12 indias de servicio. Así se explica que en el decenio de 1616 á 1625 se importara con y sin licencia 4371 negros, 2173 y 315 en los dos subsiguientes".

Gervasoni, entre otros datos, suministra el siguiente: en 1729 un tercio de la población se componía de negros africanos esclavos; sólo los jesuítas tenían trescientos en sus varias posesiones, fábricas y otros servicios; calcula en 16.000 más la población de Buenos Aires, "entre los que habían 1000 españoles europeos, tres ó cuatro mil españoles del país, descendientes por línea directa de los que antiguamente establecieron aquí sus familias... todo el resto consiste en mulatos,

mestizos y negros'' (1). En 1744 Buenos Aires tenía 10.223 habitantes, de los que 1400 eran esclavos ó negros. (2)

Gervasoni agrega que los españoles no entienden jota de artes é industrias... sólo se preocupan de hacer buena bolsa... De los 10.000 habitantes en 1744, sólo 33 son agricultores... Prefieren el pastoreo, el modo de trabajar más de acuerdo con sus preocupaciones tradicionales y aristocráticas... la agricultura es oficio bajo en la madre patria, arar la tierra es tarea de villanos y siervos, en América de tontos...

Azara hace notar que los pastores consideraban ''mentecatos'' á los agricultores, pues si se hiciesen pastores vivirían sin trabajar y sin necesidad de comer pasto como los caballos, porque así llaman á las ensaladas, legumbres y hortalizas...

La base económica de la familia colonial es la explotación gratuita del trabajo ajeno.

''No sólo el sistema era malo porque perjudicaba la producción por su inmoralidad banal, sino que pervertía las más elementales nociones de una buena política... No se vive impunemente rodeado de siervos y miserables. Los conceptos sobre la vida, la moral, el deber, que inculca la servidumbre parasitaria al niño, con ese método decisivo del ejemplo forzosamente imitado, serán los motivos de la voluntad del adulto, las fuerzas ocultas que gobernarán su conducta''.

En resumen, la familia y el trabajo, durante el coloniaje, revisten formas semi-bárbaras y fatales para el porvenir de un pueblo.

***

Los gérmenes del progreso material é intelectual no tardaron en penetrar en América y modificar sus condiciones rudimentrias. En el Río de la Plata, la acción del contrabando modificó las condiciones fiscales

(1) Revista de Buenos Aires—vol. 8o, págs. 215-378.
(2) Datos publicados en el ''Registro Estadístico''.

impuestas por la corona y despertó en los colonos el anhelo de disponer libremente del fruto de su riqueza y sentar las bases de su prosperidad comercial. Introducíanse subrepticiamente las ideas políticas de otras naciones, y el sentimiento y la aspiración de independencia surgía por doquier.

Las victorias sobre los ingleses durante la reconquista y la defensa, infundieron en la vida colonial una agitación inusitada; empezando el elemento nativo á forjar conciencia de su fuerza y á preocuparse del papel que le correspondía en la gestión de la cosa pública, mientras el elemento reacionario dirigido por Alzaga se aferraba á la tradición colonial y á mantener incólume el respeto y el prestigio de la monarquía.

La guerra y los armamentos, en tan gran desproporción con los recursos del país, habían agotado las rentas públicas, y la situación económica del virreinato exigía un remedio eficaz. "Cisneros ensayó sin éxito la contratación de un empréstito y luego solicitó el consejo de las corporaciones sobre las medidas que era oportuno tomar. El cabildo y el consulado rechazaron el pensamiento de abrir los puertos á la bandera inglesa, en nombre de los intereses del monopolio á que estaban habituados y del contrabando que era su consecuencia inmediata.

La clase productora en cambio se puso de pie, y los hacendados, de común acuerdo, escogieron al doctor Moreno para que los representara ante el supremo mandatario del país, redactando entonces el fogoso revolucionario su renombrada *Representación de los hacendados,* clásico documento que, en sentir de Estrada, pulverizó los sofismas y subyugó el espíritu del virrey, rindiéndose á su argumentación vigorosa y elocuente, permitió el comercio inglés y dió á los liberales una victoria ampliamente justificada por sus efectos. Las rentas públicas se cuadruplicaron en seguida, y el virreinato adquirió una fuerza extraordinaria de adelanto y de riqueza.

El 14 de Mayo de 1810 llegaron á Buenos Aires las noticias de que España había sido conquistada por los

ejércitos franceses, que la ocupaban con doscientos setenta mil hombres. Caída Sevilla, Cádiz amenazada y la *junta central* huyendo de los franceses, podía darse por concluída la autoridad de la metrópoli. Estos acontecimientos venían á sancionar, en el hecho, los trabajos emprendidos por una sociedad secreta (1) que fomentaba el movimiento en favor de la independencia y que se apoyaba en el regimiento de patricios, cuyo jefe era Saavedra.

Mientras la población entera debatía la situación creada, la junta secreta encargaba á Belgrano y á Saavedra que pidieran al Cabildo la celebración de un congreso popular que "declarara la cesación del virrey y lo substituyera por otro gobierno que encarnara los ideales comunes".

A fin de evitar los desastres de una conmoción, Cisneros solicitó permiso del Cabildo para que el pueblo se reuniera. El día 22 de Mayo resolvió la mayoría de vecinos congregados, que la autoridad del virrey había caducado y que "el pueblo delegaba en el Cabildo la facultad de nombrar una junta de gobierno en el modo y forma que tuviese por conveniente; junta que debería convocar representantes de las provincias, para que, constituídos en congreso, determinasen la forma de gobierno que había de regir en adelante".

Durante los días 23 y 24 de Mayo se incuba la junta de gobierno, presidida por el virrey Cisneros, confiriéndole el mando superior de las fuerzas, arguyendo que si fuese absolutamente separado del mando, "podrían las demás provincias del virreinato resistirse á acatar la decisión ó discutir su legalidad".

A pesar de que entre los vocales de la junta figuraban Saavedra y Castelli, el descontento se manifestó en una forma amenazadora. Jefes de grupos populares provocaban á la acción. Oleadas de ciudadanos acudían al cuartel de patricios, pidiendo que se resolviera la

---

(1) Figuraban en sus filas: Belgrano, N. Rodríguez Peña, A. Donado, Paso, Alberti, Vieytes, Terrada, Chiclana, Darragueira, Castelli, Irigoyen, French, Berutti, Viamont, Guido y otros.

cuestión por las armas. Saavedra se presenta y entera de lo que pasa al virrey, quien, viéndose abandonado de todos, firma su renuncia, en compañía de sus colegas de junta.

Al día siguiente, 25 de Mayo de 1810, se reunió temprano el Cabildo para tomar en consideración la renuncia del virrey y la representación del vecindario. A pesar de una llovizna persistente, la plaza rebosaba de una inmensa muchedumbre que había adoptado como divisa de partido los colores blanco y celeste. Vencidas las resistencias del Cabildo, fué proclamada la *Junta Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata,* compuesta de Belgrano, Saavedra, Castelli, Paso, Alberti, Matheu, Azcuénaga, Larrea y Moreno.

Aquel movimiento no tuvo caudillo, observa Estrada... no fué obra de un partido: fué la obra de un pueblo, el engendro de un estado social y de una época histórica... Era el primer acto del drama revolucionario de que debía salir la futura República Argentina, después de una larga y dolorosa gestación...

CANTO ESCOLAR

25 DE MAYO DE 1810

CORO

Entre celaje gris el sol naciente,
contempló al imponente
pueblo de Mayo, que corría ansioso
á redimir la triseclar cautiva,

trocando la aflictiva
saya, por frigio manto esplendoroso...

I

¡Moreno y Passo, Azcuénaga y Larrea
profetas de la idea
santa de libertad! ¡Sombras gloriosas,
que el labio evoca trémulo y profano,
vuestro amor soberano
inspiró vuestras proezas luminosas!...

II

Castelli, French, Matheu ¡oh gran Belgrano!
Tu amor fiel y arcano
á la Patria Argentina ¿ya se ha muerto?...
La voraz llama que encendía tu alma
¿se extinguió? Aquella palma
de victorias sin cuento que tu experto

III

genio nos conquistó... ¿nunca veremos
reverdecer?... ¡Brindemos
guirnaldas de laureles, mirtos, rosas
al creador del lábaro platense
y á la estirpe leonense
que nos dió libertad y patria hermosas!...

IV

Nueva aurora fulgura en lontananza,
aurora de bonanza,
de paz, justicia, fraternidad, labor;
todo es luz, vigor, vida y anhelo
que un ara, un numen, cielo
escuchen solo un cántico de amor...
....

LUIS J. FRUMENTO.

Buenos Aires, Mayo de 1910.

Libre

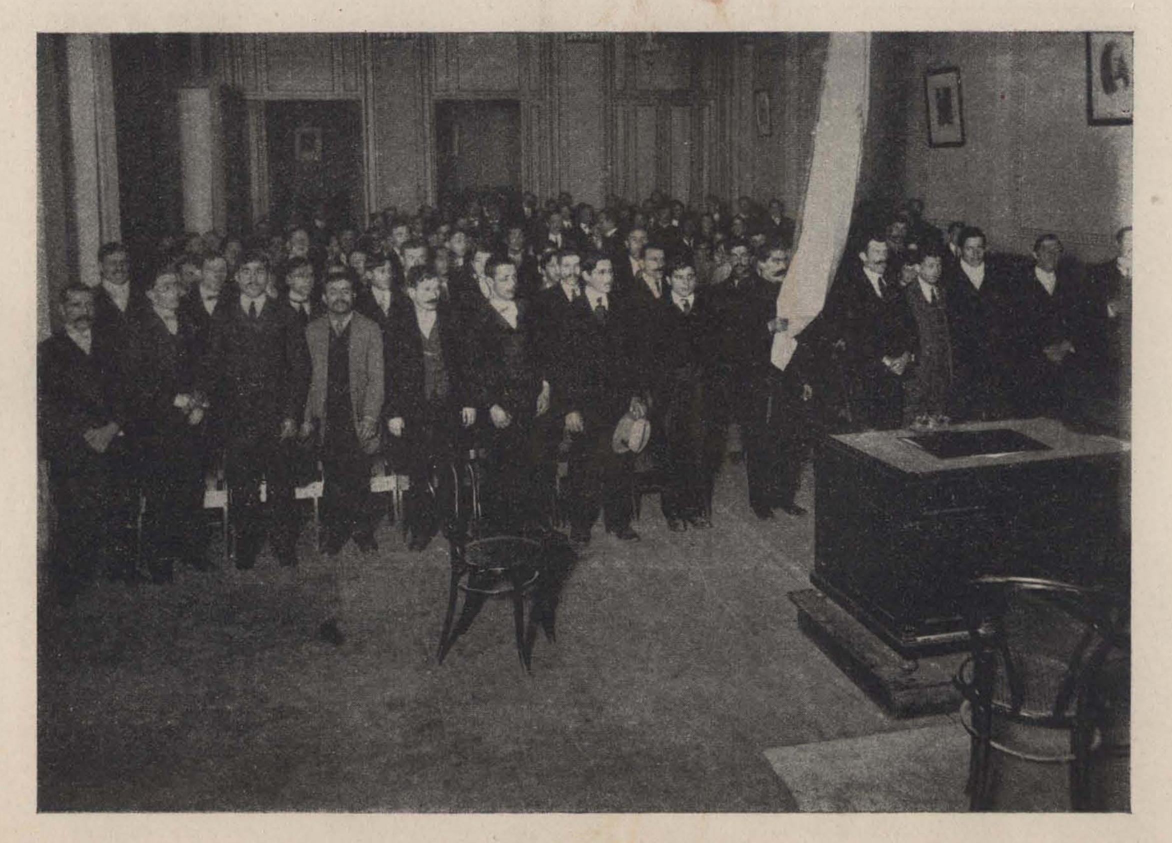
Envuelta por la cinta de sus ríos,
Ufana de su vida laboriosa,
En áureo trono asiéntase la diosa
De los pasados, indomables bríos.

En el verde ideal de sus plantíos
Y en la parva, sonriente y abundosa,
Toda su excelsa majestad reposa
Al sol de sus eclógicos estíos.

El Andes es su viejo centinela,
Inmutable león que altivo vela
La ciudad bulliciosa y la llanura;

Y consagrada á la labor y el arte
Desecha el lauro que le ofrenda Marte,
Realzando su escultórica hermosura.

NATALIO ABEL VADELL



Cantando el Himno

(Escuela A y B del Consejo Escolar 2º)

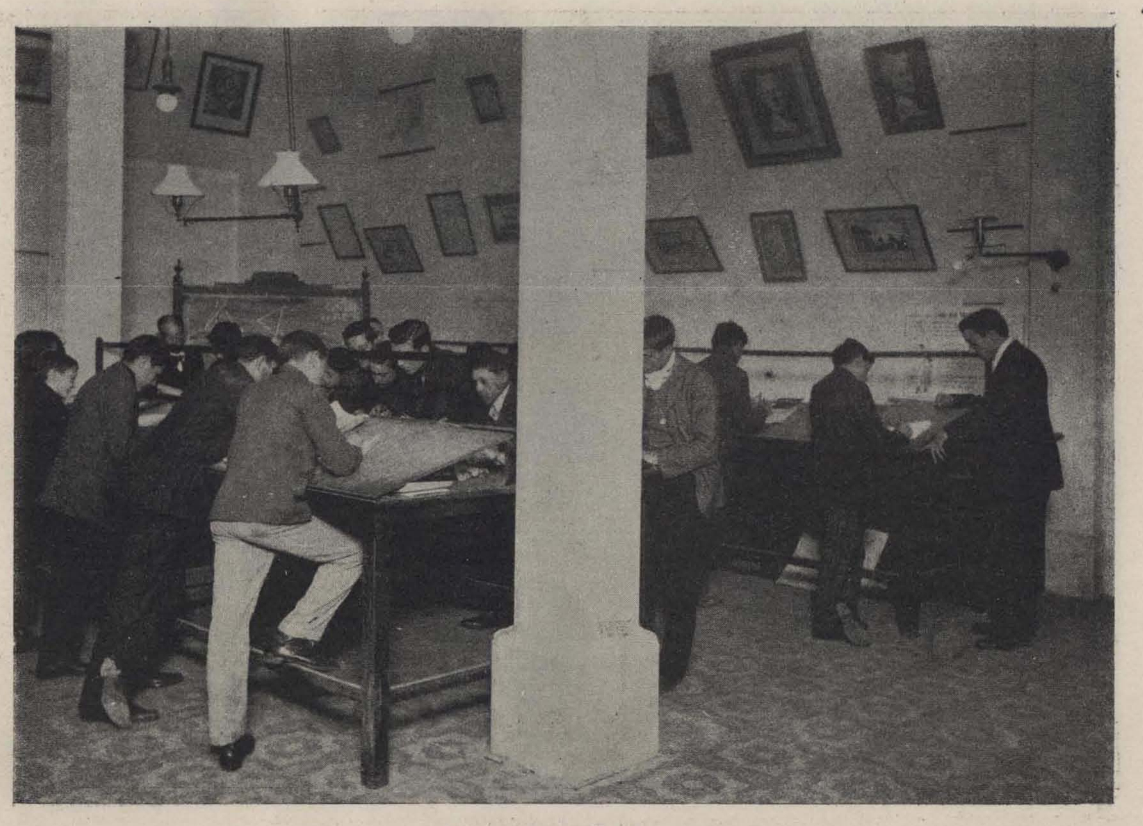


Clase de Historia Argentina
(Escuela C del Consejo Escolar 7°)



Clase de dibujo

(Escuela A del Consejo Escolar 5º)



Clase de dibujo industrial

(Escuela A del Consejo Escolar 5º)



Una conferencia
(Escuelas A y B del Consejo Escolar 2º)

Reunión de alumnos
(Escuela A del Consejo Escolar 3º)



En la biblioteca de la "Asociación de Vecinos"

(Alumnos de la escuela B del Consejo Escolar 4o)



Reunión de alumnas

(Escuela B del Consejo Escolar 7º)



Clase de lenguaje
(Escuela C del Consejo Escolar 1º)



Clase de Aritmética

(Escuela C del Consejo Escolar 1º)



Preparando la sala de conferencias

(Escuela C del Consejo Escolar 7º)

Concordancias dudosas

Ampliación gramatical

El castellano, nuestro incomparable medio de expresión impulsado, como todas las lenguas, por incesante movimiento evolutivo, sufre grandes cambios, realiza notorios progresos.

Se enriquece continuamente el vocabulario, como que se necesitan nuevos términos para designar las nuevas adquisiciones de las ciencias, artes é industrias, los cambios de usos y costumbres, etc. Las palabras, comportándose como otros tantos seres vivientes, nacen, crecen, se reproducen y mueren: la raíz es el germen de las voces; crecen y se reproducen por oposición de afijos, por yuxtaposición de las mismas raíces, por cambios desinenciales, por variantes y ampliaciones en el significado; y mueren cuando caen en completo desuso.

Y la evolución, mal que pese al P. Cejador—quien pretende negarla en "Los Gérmenes del Lenguaje", aun cuando él mismo, con sus valiosos estudios lingüísticos, contribuye á demostrarla con plena evidencia—no es sólo de orden filológico, sino también gramatical.

En la "Revista de la Universidad de Buenos Aires" (números de Septiembre á Diciembre de 1906 y de Julio de 1909) he mostrado la evolución que toca en suerte al acento y á la ortografía en general, y en otros artículos he tratado de las mutaciones que se operan en

algunos puntos de la analogía y prosodia, variaciones en el género y en el número gramatical, en la pronunciación de algunas voces, etc.

¿Escapará á este incesante movimiento la sintaxis, ó sea la ordenación y armonía que corresponde á los términos del lenguaje, vale decir, á la vida social de las palabras?

Sólo por la trivialidad de los superficiales, que hablan sin mirar bien, sin ahondar lo que estudian, ha podido sostenerse que la sintaxis se mantiene inconmutable en sus reglas.

Los mismos cambios analógicos obligan los cambios sintácticos. Si el relativo *quien*, por ejemplo, pudo, en tiempo de Cervantes, carecer del cambio de terminación con que hoy expresa el número plural, ¿puede, acaso, causar alguna extrañeza si encontramos en el Quijote frases que hoy resultarían intolerables discordancias, como ser éstas:"De esta orden soy yo, *hermanos cabreros,* á *quien* agradezco el agasajo y buen acogimiento" (1.ª parte, cap. XI); "estaban todos (los árboles) llenos de *luminarias,* á *quien* no ofendía el viento" (2.ª parte, cap. XIX); le cautivaron y rindieron el deseo *las ollas,* de *quien* él tomara de bonísima gana un mediano puchero" (2, XX); "nunca por él se descubriría *quien ellos* eran" (2, XXXI)?

No es raro, por tanto, que aun existan en la misma concordancia, la parte más fácil y clara de la sintaxis, puntos más ó menos dudosos que no han llegado á permitir la enunciación de una regla definitiva; y es de contar que á veces las discrepancias resultan aparentes, como que sólo dependen de los distintos modos de ver de los gramáticos.

Entraré á considerar algunos casos concretos de concordancias dudosas y trataré de dejarlos resueltos conciliando, en cuanto es posible, la apreciación de los gramáticos y la sanción que presta el uso de los escritores más autorizados.

* * *

Valbuena, ó sea don Miguel de Escalada, en su *Fe de Erratas* (tomo IV, pág. 43) critica esta construcción de la Academia: "*un paño ó tela*", preguntándose si se trata de *un tela.* P. de Mújica, otro de los impugnadores del *Léxico* académico, observa el siguiente pasaje de Galdós: "*no carecía de las redondeces y elegantes* (las?) *contornos y desigualdades* que distinguen á una mujer de un palo torneado".

¿Hay motivos para tales reparos? ¿Hay solecismo? Según Benot, *Arquitectura de las Lenguas,* (tomo III, pág. 481): "cada nombre debe llevar consigo el correspondiente artículo determinante". Y agrega este insigne autor: "Los clásicos no sabían atenerse á este rigor gramatical. Regularmente un sólo artículo les servía para muchos substantivos, aunque éstos fueran de género y número diferentes". Presenta á continuación, para comprobar este aserto, más de veinte ejemplos tomados á Cervantes, número éste que podría multiplicarse con poco que se rebuscara en el mismo Quijote; reconoce que "no era sólo Cervantes quien se tomaba tales licencias", que "todos los antiguos escritores hacían lo mismo"; y concluye asegurando que "de esta libertad usan ahora con parsimonia suma cuantos se precian de bien decir".

Para Bello (*Gramática,* cap. XXX) "el adjetivo (incluye, este autor, al artículo en los adjetivos) que especifica á varios substantivos precediéndoles, concuerda con el que inmediatamente le sigue, v. g., "*La conservación y aumento de la república*". Y encuentra "que es conveniente la repetición de los adjetivos siempre que los varios substantivos expresan ideas que no tienen afinidad entre sí, como: *el tiempo y el cuidado, el consejo y las armas*".

Considero que esta supresión de artículos, que es tan común en los escritores contemporáneos como pudo serlo en los clásicos, antes que solecismo será más bien licencia, muy tolerable por cierto, que aporta siempre concisión, sin perjuicio alguno para la claridad y pureza de la frase.

En este ejemplo de Cervantes: "*y cuanto á la entere-*

za y entendimiento del caso no hay más pedir ni que dudar (*Quijote,* 2a. parte, Cap. L), no es que quiera referirse el mismo artículo á los dos substantivos, sino que se omite y queda sobreentendido, en virtud de la figura de construcción llamada *elipsis,* el que correspondería á *entendimiento.*

Pécase, en los casos que dejo apuntados, por el plausible afán de ahorrar artículos; y, ¡cuidado!, que el prodigarlos trae también sus inconvenientes y á las veces muy graves, como que resultan un obstáculo para la mejor y más castiza expresión de nuestras ideas.

Los que van subrayados en las siguientes frases que entresaco de la Introducción y del primer capítulo de *"Facundo",* y que bien pudieron omitirse para mayor gloria de esta notabilísima obra del genial Sarmiento, serían tachados por Baralt como intolerables galicismos: "*La* Francia estuvo á punto de ceder"; "Entonces se hubiera podido aclarar un poco el problema de *la* España"; "Después de *la* Europa, ¿hay otro mundo cristiano civilizable y desierto que la América?" (con artículos, ó sin ellos, no resulta recomendable la sintaxis de esta frase); "Sería bueno proponer á *la* Inglaterra"...

En las *Obras* del mismo Sarmiento (tomo XXV, página 104), se lee: "Id á decirle á *la Francia,* á *la Inglaterra,* á *la España,* no hagáis matar á vuestros hijos"...

J. B. Alberdi (*Escritos póstumos,* tomo XIII, página 261), escribió: "No, no es á los americanos á quien *la Francia* llama bárbaros. Es á tí (á Rosas), y los como tú, á quien (para que no disonara la concordancia de esta cláusula, hubiera sido conveniente poner "y los como tú" entre paréntesis), no solamente *la Francia,* no solamente *Inglaterra* (esta vez no hay artículo), no solamente el mundo, sino tus vecinos, tu mismo pueblo, todos los pueblos americanos te llamamos bárbaro". Y en las dos páginas siguientes aparece ocho veces *"la Francia"*...

O se les pegó de veras el galicismo ó han querido evitar, estos insignes escritores, que se pueda suponer que

hablan del tirano paraguayo de tan famosa memoria.

Volviendo á las dudosas concordancias que vengo considerando, advertiré que ocurre también en los adjetivos determinantes la dificultad que hemos anotado á propósito de los artículos.

Benot, en la obra citada, dice al respecto: "Y la licencia no se limitaba á sólos los artículos: se extendía á los determinantes de análoga índole.

En vez de decir:

Se emboscó corriendo por entre *estos* jarales y *estas* malezas;

Eran conocidos por estos nombres y estas insignias, etc.; decían los antiguos (según se puede comprobar con las siguientes autoridades de Cervantes):

Se emboscó corriendo entre *estos* jarales y malezas;
Por estos nombres é insignias eran conocidos, etc.

Y me perdonen los manes del ilustrado filólogo si me atrevo á dejar estampado que me quedo con el decir de Cervantes, que no tengo á menos seguir usando la licencia que autoriza el insigne autor del Quijote y que autorizan á la vez muchos otros autores clásicos y modernos, y aun las mismas gramáticas desde que dan á la elipsis la ley del ahorro en materia de lenguaje, como figura de construcción, muy aceptable por cierto.

Para condenar estas construcciones, sería necesario poner reparos también á las que corresponden á casos en que un adjetivo calificativo se refiere á varios nombres á la vez.

Cuando se dice: "*la ciudad y sus arrabales eran populosos*" (ejemplo de la Acad.), ¿acaso están de acuerdo en su género y número *ciudad* y *populosos*

Bien es verdad que también estas concordancias, artificiales cuanto se quiera, pero puestas en uso por notables escritores y consentidas por todas las gramáticas, descontentan á Benot, quien en su misma celebérrima *Arquitectura* (tomo III, pág. 486), dice: "Hoy los buenos escritores evitan estas concordancias artificiales, ya usando adjetivos de una sola terminación, ya poniendo adjetivos adecuados á cada substantivo".

* * *

Ya que he venido siguiendo en las notas precedentes al muy ilustre Benot, séame dado traerlo también á colación para aclarar otros puntos de concordancia dudosa referentes á la correspondencia de accidentes que debe existir entre el verbo y las palabras que hacen de sujeto.

En la *Arquitectura de las Lenguas* (tomo III, página 493), se lee: ''Cuando dos ó más nominativos están unidos por conjunciones conexivas (v. g.: *como, así como, igualmente que, lo mismo que, más bien que, como tampoco...*), el verbo concierta con el primero: *su memoria, como su cuerpo, se mantiene vigorosa,* etc.''. Basta una simple trasposición en el orden de las palabras para que se demuestre palmariamente la razón de ser de la concordancia; digamos ''su memoria se mantiene vigorosa *como* su cuerpo'', y resaltará la inconveniencia que resultaría al cambiar el número del verbo; y otro tanto ocurrirá en las oraciones análogas que puedan formarse con las demás conjunciones.

Bello, en su *Gramática,* pide el verbo en plural para estas mismas construcciones y para los casos en que los nombres que constituyen el sujeto están relacionados por la partícula *con,* y da este ejemplo: *''la madre con el hijo fueron arrojados á las llamas''*. Lo cierto es que el uso es vario, y habrá que tolerar las dos concordancias; pero, desde que no podrá decirse: ''la madre *fueron arrojados* á las llamas con el hijo'' y sí ''la madre *fué* arrojada á las llamas con el hijo'', lógico paréceme que ha de merecer preferencia la concordancia que impone Benot.

En el Quijote (2a. parte, Cap. XI), se tiene este ejemplo: *la muerte con todo su escuadrón volante volvieron á su carreta'';* pero, Clemencin, con sus sabios comentarios se encarga de advertirnos que debió escribirse *''volvió''*. En las primeras ediciones de esta magna obra de Cervantes, se lee: *salió la ventera, su hija y Maritornes á despedirse de don Quijote, fingiendo que lloraran de dolor''* (1a. parte, Cap. XLVII); hay que reconocer que por más vueltas que se le den á esta construcción, no pasa el número del verbo; pues bien, en la

edición popular publicada por Calleja (Madrid, 1905), se ha tenido el buen tino de salvar el solecismo echando mano de la prep. *con*, se ha estampado "*salió la ventera con su hija y Maritornes*"... y debemos convenir en que no habrá objeción que oponer á tal concordancia.

Cuando entran las locuciones conjuntivas que quedan anotadas y va colocado entre ellas uno de los nominativos que forman el sujeto, forzoso será que concuerde el verbo en plural.

Su virtud, así como su saber, ha sido recompensada"; "*La ciencia, lo mismo que las artes continúa* siendo su estudio predilecto"; (ejemplos de Benot). Darían: "*Así su virtud como su saber han sido recompensados*"; "*Lo mismo la ciencia que las artes continúan* siendo su estudio predilecto".

Cuando las palabras que componen el sujeto están unidas por la conj. *o*, el verbo, según Benot, va en singular, v. g.: "*El ó ella lo sabe*". Es ésta, sin duda alguna, la concordancia más lógica puesto que *saben* indicaría dos personas y el sentido supone una; pero, como bien lo advierte Bello, el uso permite el verbo en plural en este caso, como en muchos otros que el autor de *Arquitectura de las Lenguas* sólo toleraría como silepsis.

Cuando el verbo se refiere á dos ó más palabras enlazadas por la conj. ni, va generalmente en plural: "*Ni la iglesia ni el convento* con su espaciosa huerta, que mide más de cien fanegadas, *ofrecen* gran cosa que admirar (R. Palma, *Tradiciones Peruanas,* tomo I, página 105).

Según el distinguido gramático mejicano don Angel de la Peña, si precede el adv. *no* al verbo, puede concertar éste con el nombre más próximo, como se ve en este pasaje del Quijote: "que *ni el interés, ni el miedo, ni el rencor, ni la afición no* les *haga* torcer el camino de la verdad".

Para Benot, sólo va el verbo en sing. cuando una de las palabras unidas por la conj. *ni* puede ser por sí sola nominativo del verbo, p. ej.: "*ni uno ni otro obtendrá*

el premio", "*no será* Presidente del Congreso *ni uno ni otro candidato*". Claro se deja ver que la regla dada por de la Peña viene á estar comprendida en la que formula Benot.

* * *

Más de uno ¿lo dice ó lo dicen? está en lo cierto *ó están* en lo cierto? *saldrá ó saldrán?...* Si se recurre al uso de los escritores para dilucidar el número que mejor conviene al verbo en estas oraciones que tiene por sujeto á "*más de uno*", poca luz se obtendrá; unos han empleado el sing.; otros el plural; pero si bien se considera, es preferible el plural, puesto que si ejecutan la acción *más de una* persona, dos han de ser el menos. El filólogo guatemalteco Batres Jáuregui, resuelve este caso optando por el plural (*El Castellano en América,* pág. 152), y aporta para mayor corroboración esta cita de Argensola: "*Más de uno quedaron* muertos en esta terrible noche" Rivodó (*Entretenimientos gramaticales,* tomo IV, pág. 40), concede preferencia al singular.

Menos de dos años han transcurrido"... En este ejemplo no tengo inconveniente en admitir el pl. que aconseja Rivodó, pues en *menos de dos años* cabe un año y medio, año y cuarto, y otras cantidades fraccionarias que requieren el verbo plural.

* * *

Cuando el sujeto está formado por un nombre colectivo en sing. el verbo concordará en el mismo número si el sujeto es incomplejo; si el colectivo está especificado, el verbo podrá ir en sing. ó plural, según se refiera al conjunto ó á los componentes. Se dirá, por tanto "*la bandada apresuró* el vuelo", y no habrá, en este caso, lugar á dudas; pero, podrá decirse "*la bandada de cisnes apresuró ó apresuraron* el vuelo", según se quiera referir el verbo al conjunto ó á sus componentes. Como bien lo establece Monner Sans, "para saber si el

verbo tiene que ir al sing. ó al plural, hay que atender al valor de la palabra dominante de la frase; se dirá: "*la mitad de las ovejas pasaron el puente*", porque son *las ovejas* las que *pasaron* el puente; "*la mitad de las langostas cayó* sobre el campo, *la otra continuó* volando", porque en esta frase la palabra *mitad* es la dominante". Inútil será aportar otros ejemplos y citas de autores, que el uso es vario y la concordancia dependerá siempre, según queda establecido, del significado que se quiera dar á la frase.

Como acertadamente lo confirma Bello, de la Peña y otros gramáticos, *parte, resto, mitad, tercio* y otros substantivos semejantes, tomados en sentido colectivo, pueden concertar con el verbo y con el adjetivo en plural, según se ve en estos ejemplos: "*parte fueron y el resto se quedaron*"; "*Sólo la mitad lo hicieron* y lo que es *un tercio,* ni paso *supieron* dar".

* * *

A los que dicen "*tú* (los que hablan con toda vulgaridad emplearán el arcaico *vos*) y *Pedro saldrán*" "ni *tú* (ó *vos*) *ni ellos conocen* este asunto", etc., hay que prevenirles que está hoy establecido por todas las gramáticas y por el uso de muy buenos autores, aun cuando la Academia haya podido pasarlo por alto, que cuando existen en el sujeto dos ó más personas, concierta el verbo en primera persona si ésta existe, en segunda á falta de la primera y en tercera si faltan primera y segunda; si existen segunda y tercera, como en los ejemplos citados, corresponde al verbo la segunda persona. Se dirá, por tanto *saldréis* donde está *saldrán; conocéis,* por *conocen.*

El P. Cejador, en el Cap. V de su interesante obra *La Lengua de Cervantes* (tomo I, pág. 370), dice: "Cuando concurren dos pronombres, la primera persona y la tercera, ó la segunda y la tercera, que se refieren al mismo individuo, el verbo puede ir en cualquiera de estas personas, y *no sólo en la tercera,* como dicen los gramáticos: Yo soy Merlín aquel que las his-

torias—Dizen que *tuve* por mi padre al diablo (II, 35, 236); pudo decirse también: *aquel... que tuvo*"... ¡vaya si pudo decirse *tuvo!* como que hoy todo buen escritor ó todo individuo bien hablado diría otro tanto, empleando en cada verbo la persona que conviene al correspondiente sujeto de acuerdo con las reglas generales de la concordancia (*soy* concuerda con *yo; tuvo* con *aquel;* y las *historias,* con *dicen*). Y aunque cabe salvedad semejante en las otras citas, no seré yo quien ponga tachas al Quijote; queden en buen hora autorizadas las dos concordancias ya que Cervantes las usó indistintamente, y hasta en un mismo párrafo, según se ve en este ejemplo, citado también por Cejador: "*Yo, Dorotea, soy el que me hallé* presente á los desposorios de don Fernando, y *el que aguardó á* oir el sí...; yo soy *el que no tuvo* ánimo para ver en qué paraba su desmayo" (primera parte, Cap. XXIX).

Olvidan lamentablemente la conformidad de persona que debe reinar entre los verbos y los nombres ó pronombre á que aquéllos se refieren, los que escriben: "El infrascrito *certifico, declaro,* etc., *El infrascrito;* tercera persona; *certifico,* primera: ¡bonita concordancia de sujeto y verbo! Nace tal solecismo de que es común poner "*yo,* el infrascrito, *certifico, declaro,* etc., que muy distinto cantar, pues existiendo el *yo,* corresponde al verbo la primera persona.

Muchos dan en estampar su nombre en el encabezamiento de sus tarjetas ó papel de esquelas, y, como se ha hecho costumbre, arranca de ahí la misiva, diciéndose: "*N. N. saluda, ó se complace en saludar, á su distinguido amigo X y le participa*"... y hasta este punto, ó poco más allá, se anda bien, porque se trata de fórmula muy trillada, es como si se anduviera sobre rieles; pero, lo malo es que algunos, al continuar, descarrilan diciendo, por ejemplo: "*que he resuelto*", "*que no he podido*", etc., sin ver que estos verbos en primera persona disuenan atrozmente, pues correspondía seguir hablando en tercera persona, siquiera hasta terminar el párrafo.

* * *

Ya que he hablado de algunas de las faltas de concordancia que son más comunes en nuestro decir, llamaré la atención sobre el siguiente parrafito, que acabo de leer en una desdichada novela: *"Marchad* sin temor, *mi* estimado amigo, pero *cúidate* y *toma tus* precauciones".

Como el tratamiento comenzó en plural, en plural debió seguir con las formas verbales que corresponden á los pronombres *vosotros, vos, os, vuestros, vuestras,* ó bien adoptar las formas del singular que se acompañan con los pronombres *tú, te, ti, tuyo, tuya.* Para hablar en castellano correcto, debióse decir *"Marcha* sin temor, *mi* estimado amigo, pero *cuídate y toma tus* precauciones", ó *"marchad* sin temor, estimado amigo, pero *cuidaos y tomad vuestras* precauciones". Muy contado ha de ser el argentino que adopte esta última construcción, antes dirá, si es que el amigo no es de confianza y le merece consideración: *"Marche usted* (1) sin temor, *mi* estimado amigo, pero *cuídese y tome sus* precauciones". Caso de tutearlo, se tendrá esta singular mezcla de vulgaridad y de arcaísmos: *marchá* sin temor, mi estimado amigo, pero *cuidate* y *tomá tus* precauciones".

Según se ve, bien les sentará á muchos pseudo-literatos un buen repaso de la conjugación de verbos y de la concordancia, antes de meterse á escribir para el público.

En una obra, de *cuyo nombre no quiero acordarme,* he leído lo siguiente:*"Voy á enseñarle á estos señores cómo se resuelve el problema";* y observar debo que quien tal escribió comienza por demostrar que no conoce su idioma. El pron. *le* se refiere á *señores* y está en su mismo caso (dativo); mal puede ir, por tanto, en singular; corresponde decir: *voy á enseñarles...* Solecismo es éste que mucho se muestra hasta en obras clásicas; ya es recurso, mal recurso por cierto, para obtener la me-

(1) Y este mismo Vd., que transporta el verbo á la 3ª persona, puesto en pl. con cuerda con verbos de la 2ª en substitución de *vosotros* ó *vosotras;* uso que no es exclusivamente americano, pues es común también en Andalucía.

dida del verso, ya simple gazapo escapado á los editores ó á los encargados de corregir. "*Le* dice *al padre*", "*les* dice *á los padres*", "*le* teme *á la penitencia*"..., "*les* teme *á las penitencias*"... estos ejemplos vienen á mostrar la conveniencia de número que debe existir en estos casos; y si se quiere tener presente alguna autoridad, apréndase este tan ocurrente como certísimo epigrama de don Juan de Iriarte (citado por Cuervo):

"Que con la leche de burra
Así la salud recobre!
Más *les* debo á *los borricos*
Que *les* debo á *los doctores*".

Rara será la gramática que no traiga el consabido ejemplo de silepsis "*nos el rey*" ó "*nos el obispo*". En esta tierra sin reyes y de muy contados obispos no faltan quienes hayan dado en la flor de citarse como muchos; como que la licencia existe, se aprovechan de ella.

Bien que los que escriben en diarios ó revistas, tanto más si no firman sus artículos, den en mentarse en plural, ya que hablan ellos á nombre de cuantos forman la redacción; pero, se me ocurre, y no es novedad mía, que quien pone su firma al pie de un escrito usará la debida precisión y exactitud si al hablar de su propia persona adopta el número singular que en rigor corresponde.

* * *

Celoso nuestro sin par idioma de su eufonía, ha preferido infringir la concordancia antes que menoscabar el buen sonido.

El artículo *el* se antepone hoy á los nombres femeninos que comienzan por *a* acentuada, salvo cuando se trata de nombres de mujer, pues se dirá *la Ana, la Angela,* etc. La Academia (y con ella la mayoría de los gramáticos), hace extensiva esta regla á los substantivos en que la *a* está precedida por *h* muda, aunque la ver-

dad es que en este caso el uso es variable; tan es así que el mismo *Diccionario* académico al definir las voces *"Haba" y "Habado"*, tan pronto dice *el haba*, como *la haba*. Cervantes, que evita cuidadosamente la colisión de aes acentuadas: "halláronse presentes á la plática la sobrina y *el ama"* (Quijote, segunda parte, Cap. I), etc., no se cuida de ellas cuando se interpone *h*, según prueban estos ejemplos: "le hace tan mala cara *la hambre"* (*Quijote*, primera parte Cap. XIX); "sin duda causa mayor pena que *la hambre* (Id. íd., capítulo XX); "toda *la hambre*, sed y cansancio que había pasado" (Ir., íd., Cap. XXIII).

En los albores del habla, allá por los siglos XIII ó XIV, parece que primó la concordancia sobre la eufonía, según puede colegirse por estos versos de Berceo:

"Puedes matar el cuerpo, la carne mal traer,
Mas non as en *la Alma*, Rey, ningún poder".

(Poema de Santo Domingo).

En cambio, en tiempo de Cervantes fué común, como bien lo advierte Bello (Gram., Cap. XIV), poner *el* por *la* hasta delante de nombres comenzados por *a* no acentuada, diciendo *el alegría, el arena, el acémila*, etc. He aquí algunos ejemplos:

"Como *el aurora* bella y refulgente,
Como la luna y como el sol luciente?"

(Hojeada, *La Cristíada*, Libro X);

La grita, *el algazara* y sobresalto
Fué la primera y la mayor matanza

(Balbuena, *El Bernardo*, Libro VIII);

Estremecióse el cetro y *el altura*
Y otro segundo caos temió natura.

(J. Rufo, *La Austríada*, Canto XXIII);

Y que así de los cielos soberanos
Los árboles midiesen *el altura*

(Ercilla, *La Araucana*, Canto XXXV).

Si bien en "La Araucana" misma se lee:

"Hierve y crece allí la agua detenida (C. XVIII), no hay duda que se puso *la* por *el* para obtener la medida del verso.

Los adjetivos, aun cuando se hallen haciendo oficio de nombres, no siguen la regla que he dejado enunciada; se dice, por ejemplo: "yo me quedo con *la ancha* y tú con *la alta*", sin parar mientes en el hiato resultante. Los clásicos han tenido, sin duda alguna, el oído más delicado que nosotros; así, Fray Luis de León, en la "*Profecía del Tajo*", dijo: Traspasa *el alta* sierra, ocupa el llano"; por más que hoy, por obra y gracia de retóricos y gramáticos, se haya dado en cambiar *el* por *la,* que tal viene publicándose ahora, cada vez que se transcribe esta hermosa poesía.

El artículo indefinido suele imitar al determinante; creo que el uso más acertado pide que se apocope, como puede verse en estos ejemplos;

"Tan sólo cantaba *un ave*"

(Andrade, *La vuelta al hogar*);

"Y como *un alma* tímida y errante"

(R. Gutiérrez, *La Oración*);

ó que se evite al menos la colisión de aes acentuadas.

Muy buenos escritores hasta se han permitido infringir la concordancia de adjetivo y nombre en mérito de la eufonía. Salvá (*Gram.*, pág. 350) cita varias autoridades en que se lee "*aquel agua*" y "*aquel alma*", y en ellas á Lista con los versos siguientes:

"*Aquel alma* noble y sabia"
"Y en *aquel alma* divina".

En las *Lecciones de Literatura* por doña Emilia Pardo Bazán (*Oro viejo y oro nuevo,* tomo X, pág. 61), se lee: "*En aquel agua* tan límpida y tan clara".

Y la Acad., aunque sin mantenerse consecuente con tal uso, dice en su *Diccionario* (ediciones últimas), al definir la voz *empavesado*": soldado que llevaba *este arma* defensiva. Y á fe que la frase no deja de chocar. En otra parte ha estampado: "*algún arte bella*", locución que aparece transcripta en la *Gram.* por de la Peña (pág. 28).

La verdad es que saliendo del artículo determinante, este uso se mantiene indiferente. En "*Reseñas y Críticas*", obra del distinguido académico señor E. Quesada, que es uno de nuestros escritores más correctos, hallo estos ejemplos: "Ni *una alma* se ve por ellas" (página 287), y "sería *una arma* terrible (página 178). "*Adiós*", inspirado poema del vate mejicano Manuel M. Flores, se inicia con esta conocida estrofa:

Adiós para siempre, mitad de mi vida,
Una alma tan sólo teníamos los dos;
Mas hoy es preciso que *esta alma* divida
La amarga palabra del último adiós".

donde pueden verse ejemplos del mismo tenor.

Conviene advertir que la transposición en el género de los artículos ó adjetivos determinantes no obliga cambio alguno en el género de la palabra determinada; y recupera su norma la concordancia desde que no tenga ocasión de producirse el encuentro de las *aes*: "Aquí estoy yo que cultivo *el arte dramática*"... (V. de la Vega, *La crítica del Sí de las niñas,* Esc. última).

Muchos no lo han entendido así, y dicen erróneamente: *el asma nervioso, el áscua enrojecido, el Africa cálido, el Asia extenso.* Y hasta ha caído en tan lamentable error nada menos que Lista, al escribir

"Mientras vuela *risueño*
El aura de la vida" (versos citados por Salvá),

que aun cuando hasta hoy sea común en poetas noveles el mentar *el aura perfumado, oloroso, tibio,* etc., *aura* (como *asma, áscua, Africa, Asia,* etc.) se mantiene como femenino; tal puede verse, si se quiere alguna cita, en "*Paz y Misterio*", del poeta mejicano J. J. Pesado:

"Lentas *las auras,* las silvestres ondas
Lentas murmuran..."

Quevedo desconoció la excelencia eufónica que aporta esta licencia gramatical, pues en el *Cuento de los Cuentos*", sostiene lo siguiente: "*El alma* decimos; y supuesto que *el alma bueno* no se puede decir, *el,* que es artículo masculino, ha de ser *la,* y pronunciarse *la alma*". Tanto más rara resulta esta aseveración si se considera la época en que fué escrita. ¡Y mal podría uno sorprenderse si llegara á tener noticias de que este festivo escritor era algo duro de oído!

La licencia, á pesar de cuanto pudo decir y hacer Quevedo en su contra, queda de hecho autorizada en cuanto concierne al artículo, especialmente al determinante. Tratándose de los adjetivos, será cuestión de andarse con parsimonia, y convendrá, según mi parecer, que se eviten, en cuanto es posible, tanto el hiato como la licencia, dando otro giro á la locución.

JUAN B. SELVA

Buenos Aires (Dolores), Abril de 1910.

Estudios filológicos

Origen y formación del idioma español

No hay idioma—entre los llamados vivos—por muy grandes que sean su grandiosidad, su eufonía y su riqueza, que pueda sufrir un parangón, al menos apreciable, con el que hablamos. Su estructura gramatical; su prodigalidad en reglas eufónicas—si es que en un idioma puede haberlas;— la variedad de sus disposiciones sintáxicas, sólo comparables á las del Sanscrito en sus inmortales cantos védicos; al griego, en sus magníficas lucubraciones clásicas, y al latín, en sus majestuosas decretales y catilinarias; su multiplicidad de sinonimías, homonimías, paronimías y homofonías, y, finalmente, la hermosura y la gracia con que puede, en diversas formas, y con diferente sintaxis, expresarse una misma idea, un determinado concepto, todo, todo esto, hace del idioma español uno de los más acabados y completos de cuantos se han hablado y se hablan hoy en el mundo. Y ¿por qué sucede esto? ¿Por qué esa variedad de estructura gramatical, de riqueza de formas y gallardía de expresión? ¿Por qué tan asombrosa escala de eufonías y de algo que podríamos llamar—perdón por la palabra—*ritmismo?* ¿Por qué esa superabundancia de homonimías, paronimías, sinonimías y homofonías? Pues, sencillamente, porque el antiguo idioma castellano, hoy llamado español por ser el oficial del país en que

se habla, tiene dos formaciones distintas, como las tuvo en un tiempo el latino, á saber: la popular y la científica ó clásica. Y, así como en la Edad Media, hubo pueblos que, como el romano, no se entendían entre sí por hablar las clases cultas y elevadas el clásico, y las bajas é incultas el bárbaro, y como en el mismo Indo hubo una época en que el sanscrito adquirió, como idioma, tres determinaciones distintas, cuales son: la popular, que seguía usando la monosilábica; la culta, que usaba la aglutinante, y la elevada ó clásica, que empleaba la de flexión; así también hubo otra en España en que predominó el llamado romance, lenguaje compuesto de heterogéneos elementos, como ahora veremos, pero eufonizado por los hombres encargados de velar por su conservación.

Es, desde cualquier punto de vista que se le considere, original y muy interesante el estudio y la formación de ese idioma que, si sufre un estancamiento inconcebible en las academias y centros docentes, en cambio se enriquece más y más cada día con los neologismos que en él introducen escritores que ni pueden ni quieren sujetarse á los moldes de un léxico que nos va resultando casi casi anacrónico. Y los escritores que así proceden, sin que les importe un ardite no ostentar bajo su popular nombre el título "De la Real Academia Española", lo hacen porque su buen criterio les dice que en la vida planetaria no existe nada que no esté sujeto á las irreparables leyes de la evolución. Sin ésta, la Naturaleza podría ya haber sancionado el *ne varietur* con que los antiguos pueblos del Lario sellaban todo documento.

* * *

Puede decirse sin temor de sufrir un rotundo *mentis,* que el hermoso idioma que hablamos no tuvo verdadera fisonomía propia hasta el siglo X de la presente era. Dialecto vulgar al principio, compuesto de idiomas que hablaron los pueblos que sucesivamente habitaron la península ibérica, y al cual se le dió el nombre de *romance,* adquiere cierta grandiosidad de idioma culto

y elevado en la época de don Alfonso X, denominado *el sabio,* cuando éste redactó sus famosas leyes de *Partida,* cuya originalidad y grandeza sólo tienen semejanza con los *pandectas* de Justiniano. Pero, es en la época de los monarcas castellanos don Juan II y doña Isabel la Católica, cuando comienza á adquirir la especie de majestuosidad, belleza y gallardía que actualmente advertimos en él, hasta que en los tiempos de Carlos I de España y V de Alemania y de su hijo Felipe II, se pule y se suaviza con sujeción á las reglas fonéticas y eufónicas que todavía rigen. Esto, no obstante, tal y como le contemplamos en la actualidad, no pasa de ser otra cosa que un lenguaje compuesto de elementos de otros idiomas, especialmente del latín y del griego y de otros anteriores á la dominación romana, y que tuvo necesariamente que sufrir influencias tales como la de palabras de origen fenicio, godo, galo, árabe y eúskaro.

Podemos, pues, afirmar en resumen, que el origen directo del idioma español es, por su orden, el siguiente: latín, griego y árabe, y que todas las demás derivaciones son completamente secundarias, es decir, meros afluentes de muy escaso y limitado caudal.

* * *

Tarea prolija sería la de estudiar la estructura de las palabras tomadas directamente del latín, por lo cual sólo nos limitaremos á decir que en tanto que unas lo fueron sin sufrir la menor conmutación, trasmutación ó supresión de letras, como *amor, dolor, concordia, honor, indemne, inopia, fórmula, planta, examen, doctrina,* etc., otras sufrieron leves alteraciones por motivos eufónicos, como, p. ej.: *envidia,* de invidia; *árbol,* de arbor; *mesa,* de mensa; *viuda,* de vidua; *luz,* de lux; *paz,* de pax, etc., etc. Tampoco debemos dejar de decir que algunas palabras sufrieron tales alteraciones eufónicas, que sería imposible encontrar en ellas la raíz de su verdadero origen. Sirvan de ejemplo los vocablos *bochorno* de vulturno, *cuidar* de curare y *esperanza* de spes.

De la invasión griega en España, que, como es sabido,

fué anterior á la romana, y durante la cual se supone que se habló el idioma llamado bajo griego, quedaron agregadas al español, sin transición de ninguna especie, algunas palabras como, p. ej.: *catira* (silla), *barrio, asomar, abrasar, cara, chimenea, fantasía, golfo, maladia, mozo, pandero; plancha, pringar, relámpago, tío, tragar, tragón, trébedes*, etc., etc.

A estas palabras, tomadas directamente, como queda indicado, del idioma de Demóstenes, hay que agregar las recibidas por intermedio del latín, tales como: *agonía, anfiteatro, ángulo, átomo, biblioteca, bigamia, categoría, crítica, diácono, economía, eufonía, filosofía, física, gramática, heregía, lituaria, idea, idiota, parábola, profeta, protagonista, trópico, tragedia, sintaxis*, etc., etc., y otras que empleamos en la actualidad para dar nombre á los descubrimientos de las artes y de las ciencias, como v. gr.: *acromático, barómetro, fotografía, neologismo, ortopedia*, etc., etc.

Por virtud de la invasión sarracena, el futuro lenguaje español también debía enriquecerse incorporándose á él varios millares de palabras completamente árabes é influyendo también en el frecuente uso de la *h* aspirada, de la *ch* fuerte, de la *q*, de la *ç* y de los sonidos guturales de la *g* y de la *j*. Sin embargo, si prescindiendo de la pronunciación, dirigiéramos una rápida ojeada á las palabras españolas de origen árabe, inmediatamente veríamos que, salvo un millar de las que empleamos usualmente, las demás han caído en desuso. También debemos observar que una gran parte de las desinencias que empleamos en el lenguaje, proceden del árabe, del cual se derivan también no pocos afijos, los artículos, debiéndose asimismo á este citado idioma la supresión de la declinación de los nombres.

De origen perfectamente árabe son: *alcaide, albacea, adalid, alacrán, alcoba, alcantarilla, algazara, almanaque, azafrán, badajo, bigornia, carcajada, lechuza, alcabala, ojalá, tabique, alcázar*, etc., etc., y otras muchas palabras que en la sucesión del tiempo perdieron la *a* privativa, como *atambor, anoria, atahona*, que hoy se dicen *tambor, noria y tahona*. Entre las principales re-

glas que los etimologistas han fijado para conocer cuáles son las palabras de origen arábigo, figuran las siguientes: Vocablos que comiencen en *al*, como *alharaca, alfombra, alhambra, alguacil.* Los que comienzan en *az*, *como azar, azafuya, azafate.* Los que comienzan en *co*, como, p. ej.: *cohecho, colcha, colgajo.* Los que empezaban antiguamente por *ça*, conmutadas hoy en *za*, como *zaherir, zanahoria, zafio, zquizami.* Los comenzados en *ha*, como *haragán, harén.* Los que comienzan en *cha, che, chi, cho* y *chu*, como *chapín, chinela, chocho, chuzo, chueco.* Los que comienzan en *en*, cual *endecha* y *enhiesto.* Los que empiezan en *gua*, como *guadalete, guardián* y, finalmente, los que comienzan en *xa, xe*, como *xaquina, xerga*, conmutados hoy algunos por *j*. No hay que olvidar que algunas de las voces que comienzan por *al*, artículo de anteposición de los árabes, ó mejor dicho prefijo, son palabras de origen latino alteradas por el mismo.

* * *

Además de los tres idiomas que quedan citados, *latín, griego* y *árabe*, son otros muchos los que también prestaron su contribución á la formación del español. Estos idiomas son el godo, el vascuence, el francés y el italiano, y algunos pocos de la familia etnográfica anglogermana.

En efecto, de origen godo son los siguientes nombres: Adela, Adolfo, Alarico, Alberto, Bertoldo, Bernardo, Ernesto, Federico, Carlos, Fernando, Guzmán, Luis, Manrique, arnés, bagaje, batalla, bruja, cama, daga, esgrima, heraldo, lacayo, tripa, traza, trompa, vasallo, etc., etc. También influyó el godo en la alteración de varias voces latinas, dejándolas como de doble origen. Otra cosa no es *perla*, de origen godo-latino, que proviene del diminutivo de *petra*, que es *petrula* (piedrezuela).

Del idioma *eúskaro* ó vascuence, que alguien dió en llamar (por razones que aquí no viene al caso exponer) autóctono, y que fué, sin duda, uno de los que principalmente se hablaron en la España primitiva, se encuentran

visibles restos en el español. Vascuences, son al parecer, las desinencias: *anza, anzua, asco, cría, era* ó *ía, es*, estando tomadas, también, las articulaciones fuertes de la *ch*, de la *ll*, de la *ñ*, de la *q* y de la *ç*, siendo también vascuence el uso del *contigo* y *conmigo*, aun cuando, al parecer, se crea que proceden del *tecum* y *mecun* latinos. De origen directamente vascuence son también los vocablos: aldea, anguila, asaz, espada, esqueleto, homenaje, jeringa, lagaña, mochila, mampara, ojear, ganzúa, vericueto etc., etc. Y esto sentado, permítasenos observar que son muchas las dudas que se abrigan acerca de los vocablos que el castellano ha tomado del vascuence, así como los que tomaron de éste las colonias griegas, vocablos que en el transcurso de los tiempos pasaron á su vez al español.

* * *

No existe fundamento alguno para negar que de la dominación que los españoles ejercieron en algunos pueblos italianos, como, p. ej., en Nápoles, Piamonte y las dos Sicilias, fueron muchos los vocablos genuinamente italianos que se agregaron al idioma español. Del italiano proceden: centinela (antes se decía *escucha*), *duelo* (desafío), *emboscada* (que antes se decía celada), foso (que se decía cava) y *hostería* (que antes, también, se decía mesón). De origen italiano son, asimismo: bagatela, bisoño, cúpula, banquete, marisco, soberano y las voces técnicas de ciertas artes, como: *aria, dueto, cantatríz, escorzo, soprano, piano, presto*, etc., etc.

El contacto que numerosos aventureros franceses tuvieron con el pueblo español, cuando aquéllos eran llamados por los monarcas para que les ayudaran en sus guerras civiles, tuvo necesariamente que influir en que también el idioma que más tarde debían embellecer Corneille, Moliére y Racine, contribuyera á la incorporación de vocablos franceses al idioma español. *Detalle* es un vocablo perfectamente francés, como del mismo origen son *edecán* (de *aide de camp*), *quitar* (por dejar ó abandonar), *meter* (por poner) y *bayoneta*.

De la familia etnográfica anglo-germana también tomó algunos vocablos—aunque pocos—el español. De origen germano son: coche, faetón, guante, jardín y algunos otros que se confunden con el godo por afinidad entre dichos idiomas, y del inglés podríamos citar algunos como *stock, esplin, bill,* etc., etc. Por último, de los idiomas genuinamente americanos también tomó el español algunos de los vocablos ya admitidos en su léxico, tales como maní, bejuco, butaca, hamaca, guayaba, caoba, maíz, cacique, petate, petaca, pita, etc., etc., y otros que se han incorporado al idioma á espaldas de la Academia, tales como: poncho, chiripá, gaucho, chacra, locro, mazamorra, chasqui, humita, etc., etc.

Resumiendo ahora lo que queda dicho, debemos dejar establecido que el idioma español es hijo del latín y sobrino del griego, siendo sus hermanos carnales el francés, el italiano y el portugués, puesto que en unión del nuestro no son otra cosa que cuatro dialectos del latín corrompidos casi casi en la misma época.

* * *

Incompleto quedaría este estudio si no dejáramos constancia en él de que á la formación vulgar de los vocablos, ó, lo que es igual, á la expresión ideográfica de algunos de ellos por personas poco expertas en materias lingüísticas, hay que agregar la formación científica, ó lo que es idéntico, la culta. De aquí que hayamos dicho que nuestro idioma tenga dos formaciones: una eminentemente popular y otra esencialmente científica.

La onomatopeya—del griego *onoma* (nombre) y de *poie* (yo hago, yo formo) fué, por decirlo así, el molde de los primeros vocablos, ó el factor y productor de las voces significativas. Pero, como las onomatopeyas fueron multiplicándose por similitud, por comparación, por analogía, por extensión, etc., etc., á esa formación, eminentemente popular debió seguir la científica. ¿Cómo se realizó ésta? En la siguiente forma:

Los sencillos elementos de la *derivación* y de la *composición* estaban al alcance de toda persona mediana-

mente culta. Apurado el catálogo de la expresión gráfica de los objetos concretos y materiales, los eruditos se encontraron en la necesidad de dar nombre á las cosas abstractas é inmateriales, entrando aquí—por segunda vez—la expresión traslaticia por significados. Ahora bien, de aquí que el nombre abstracto tomara el del concreto que más se le parecía, y así sucesivamente. Sin embargo, hay que tener en cuenta que mientras los objetos reciben el nombre por analogía, es decir, según el uso á que se les destine, en los nombres propios y en los apellidos no sucede lo mismo, puesto que tanto los unos como los otros no son otra cosa que adjetivos cualitativos ó calificativos. Así, pues, en tanto que los nombres geográficos están tomados de los apellidos de sus fundadores, por lo menos en su mayor parte, ó de algo que se destaque en ellos, cuando no de algún hecho histórico, los de objetos se han formado de los que llevaron, ó sus inventores ó del punto en que se verificó el invento, como, p. ej.: *guillotina* (de M. Guillotín), *daguerrotipo* (de M. Daguérre), *bayoneta* (de Bayona), *berlina* (de Berlín), *toledana* (de Toledo). Tampoco debe olvidarse que en español, como en los demás idiomas ya formados, se hallan vocablos creados por la casualidad, por el capricho ó por corrupción de otros. De estas causas y no de otras se forman los dialectos que, al enriquecerse, adquieren estructura gramatical, pueden convertirse en la sucesión de los tiempos en idiomas. La formación científica pudo, por consiguiente, realizarse de este modo:

Los substantivos se formaron del singular de la palabra latina, como de *amore, animo, arte,* amor, ánimo, arte.

El plural se formó, por lo general, del acusativo latino del mismo número, verbi gracia: *amores, ánimos, artes.* Como la declinación de los nombres no entraba en la índole del nuevo idioma, se desechó por inútil. Las modificaciones de las palabras, ó las ideas de relación que el latín expresa por medio de las terminaciones, llamadas *casos,* se fueron connotando en el romance por medio de preposiciones; esto es, en lugar de *ars, artis, artem,* se dijo: el arte, del arte, al arte ó para el arte. Los adje-

tivos se forman del ablativo, lo mismo que los substantivos, así de *bono, malo, forti,* se formaron las palabras bueno, malo, fuerte. Los superlativos fueron admitidos con mayor amplitud y siguiendo casi las mismas reglas latinas. Los verbos sufrieron importantes alteraciones por motivos fonéticos y eufónicos, y muy análogas á las que experimentaron los nombres, perdiendo, además, la voz pasiva que se suple por medio de un verbo auxiliar y el participio, adoptándose en las voces activas desinencias y pseudo desinencias muy parecidas á las latinas.

Puede decirse, en resumen, que el resultado de la doble formación es el de que en muchos casos una misma palabra latina ha dado origen á dos y, á veces, á tres vocablos castellanos, los unos populares y los otros científicos ó eruditos. Así de la palabra latina *acer*, tenemos agrio y acre, de *clavis* tenemos *llave* y *clave*, y de *porticus* tenemos *pórtico, soportal* y *porche*.

Mucho más podríamos extendernos sobre este vastísimo tema si no temiéramos fatigar la atención del lector. Creemos, pues, que con lo dicho es bastante para que los que ignoren cuál fué el origen y cómo se formó nuestro idioma, tengan, por lo menos, una noción de ello y puedan de este modo conocer cuál es la derivación de algunos vocablos que pudieran aparecer autóctonos dentro del nuestro.

DOCTOR MOORNE

Buenos Aires, Mayo de 1910.

Viajeros

La tierra es un barco gigante que cruza el espacio;
la mano de oculto piloto
dirige el timón.
Redondo es el casco, de hielo es la prora del viejo palacio
que ha tiempo navega en el éter,
que boga despacio
cargado de ensueños; su rumbo,
lo ignora la tripulación.

¡Magnífico barco!
Sus velas enormes, tendidas al viento,
son nubes de plata
que á veces de oro y de sangre se tiñen también!
La fuerza que oculta le imprime tenaz movimiento,
arroja humo y llamas por las chimeneas
de rudos volcanes de nevosa sien!

Fanal es la luna
del barco que cruza los mares ignotos;
en noches de sombras
interrogan dolientes viajeros
el brumoso tul;
y son las estrellas los faros de puertos remotos,
de puertos lejanos, de puertos perdidos,
quizá inalcanzables en el hondo azul.

Ha siglos de siglos navega en el éter profundo,
y nadie entre todos afirma de dónde zarpó;
gavieros audaces,
con sus catalejos en que cabe un mundo,
el cielo escudriñan ceñudos, tenaces,
y en pos de la ciencia,
afirman á veces que el barco su rumbo perdió.

A bordo hay escépticos
y pálidos locos que sueñan
con islas doradas donde las auroras
agrupan sus frescos rosales en flor;
y sobre el tumulto, que altivo desdeñan,
á veces deshojan, como margaritas,
pétalos de estrellas y versos de amor!

Cuando la tormenta
sacude con furia los mástiles rotos;
cuando los motores del barco trepidan
queriendo estallar;
cuando todo tiembla
con el calofrío de los terremotos,
los tristes viajeros
—rebaño mugiente que el rayo apedrea—
se agrupan, se juntan, y aterrados miran
el lóbrego mar!

Y en aquel tronante motín de tinieblas,
cuando á latigazos
encrespa las olas el dios huracán,
entre los relámpagos que incendian las nieblas,
con gritos sangrientos,
como si pudieran gritar las heridas,
claman los viajeros:
¿Dónde está el piloto, dónde el capitán?

Y nadie responde;
y el barco prosigue veloz su carrera,
en tanto que á bordo los desesperados
se arrojan al agua con mudo terror;
y sin que nadie comprenda el enigma,
no ven cómo un loco clavó su bandera
allá en lo más alto del palo mayor.

ALFREDO GÓMEZ JAIME

Las buenas ideas

CÓMO SUPLIR LA FALTA DE MAESTROS

En *La Nación* del 15 de Abril se inserta un artículo del eminente universitario doctor Rodolfo Rivarola, intitulado "Profesores universitarios".

Aprovecho la lección de ese sembrador de ideas y recojo una de ellas, fundamental y oportuna, para arrojarla en nuestro campo, la instrucción primaria, donde ha de germinar tarde ó temprano en virtud de la fuerza de su propia potencialidad y de las fecundas energías del ambiente. Me refiero á la formación de maestros, problema cuya solución no ha llegado todavía á un resultado favorable.

De unos años á esta parte se va produciendo en la enseñanza primaria un profundo desequilibrio entre el número de escuelas y alumnos y la proporción de maestros necesarios para dirigirlas. De año en año este desequilibrio se acentúa cada vez más, por causas conocidas: multiplicación de escuelas en la Capital, en los territorios y en las provincias, para satisfacer las necesidades del aumento progresivo y asombroso—que escapa á toda previsión—de la población escolar, determinada por crecimiento vegetativo y de inmigración.

Cierto es que se han creado nuevas escuelas normales; pero también es cierto que no se ha modificado la condición económica del maestro, sobre todo del maes-

tro varón, para quien el ejercicio del magisterio resulta un sacrificio efectivo, que de cumplirse exige verdadera vocación, una fe apostólica y un desprendimiento de todo goce espiritual y terreno, poco menos que absoluto. Es más. Las escuelas normales de reciente creación, son todas de mujeres. ¿Por qué? Tal vez porque la estadística, con sus cifras abstractas, ha demostrado que son pocos, muy pocos, los jóvenes que aspiran al título de maestro, en cambio muchas, muchísimas niñas que golpean las puertas en su busca. Quiere decir esto que el hombre no sirve para las tareas docentes ó que hay conveniencia nacional en que la mujer lo reemplace y los monopolice? Ni una ni otra cosa. Aún en las escuelas de varones, la maestra es insubstituible para la enseñanza en grados infantiles, porque en su condición de mujer está más cerca del niño, lo comprende mejor, lo atiende mejor y se verifica, por su intermedio, con menos violencia, el pase del hogar á la escuela. En los grados superiores la reemplaza con ventaja el maestro, no por superior capacidad ó preparación, sino por razones de estado, de moral social, de nacionalidad. La escuela debe contribuir á la formación del alma nacional con lo que ella puede y debe dar: salud física y mental, educación del carácter y de la voluntad. En las escuelas de niñas se forma á la mujer del hogar honesto, fuerte y sencillo, fundamento de las naciones grandes y prósperas. Las escuelas de varones reciben de aquel hogar al niño, para hacer de él el hombre y el ciudadano capaz de conservar y fortalecer el poder y grandeza de su patria. Tal es la misión paciente y laboriosa, y por igual, honrosa.

Esto no obstante, las maestras están en las escuelas de varones en enorme superioridad por su número respecto de los maestros. ¿Por qué? Sencillamente por la razón económica. Para la mujer, ser maestra es una hermosa aspiración, una digna profesión que representa un buen sueldo. Para el hombre resulta un penoso trabajo y un mezquino sueldo; es la abstención, el celibato, la sumisión y el vasallaje. Por eso, todo el que

puede desertar hacia otros campos de actividad, donde vislumbra un mejor bienestar ó una mayor consideración social, lo hace inmediatamente. ¿Cuántos y quiénes quedan en la brecha? No trato de establecer diferencias injustas. Planteo el problema y establezco el hecho.

La necesidad de luchar por la existencia, arrastra al hombre al desarrollo de la actividad económica, que aunque no es el ideal en el individuo, es la fuerza preponderante y fundamental que lo impulsa hacia el verdadero ideal, tras del cual corren todos, sin distinción de sexos, edades ni condición social.

Al verdadero ideal lo constituye algo que es siempre mejor que lo presente en cada momento ó en cada etapa de la vida. En el magisterio, cuyos componentes son hombres y no santos, hay, pues, que satisfacer aquella necesidad y esta aspiración.

Pero volvamos á nuestro asunto. Es evidente que faltan maestros diplomados para llenar las vacantes que es imprescindible suplirlas con personas sin título.

El doctor Rivarola sostiene que el aspirante á profesor universitario debe formarse al lado del titular, dar lecciones en su presencia, sometido á su crítica unas veces, observando y criticando *mentalmente,* otras.

Si esto es necesario en aquel ambiente donde los alumnos son jóvenes en la plenitud de su desarrollo mental ó muy cerca de él, con mayor razón lo será en la escuela primaria, en la cual, por sobre todas las cosas, es indispensable *saber enseñar;* donde ni siquiera es admisible *enseñar lo que se sabe,* porque hay que empezar por despertar, dirigir y desarrollar las aptitudes físicas y mentales del niño que están en germen ó en potencia, tarea fundamental y compleja que se resume en la palabra *educar.*

Para ello es necesario, ya que no un poco de psicología infantil, por lo menos un conocimiento intuitivo del niño, que permita distinguir las leyes que rigen su naturaleza.

De esto se desprende que la escuela primaria no pue-

de admitir, sin conspirar contra sus propios fines, á personas ajenas á la enseñanza, aunque *sepan mucho* de los conocimientos humanos. Para *saber* basta leer. preguntar, conversar ó escuchar á otro. Para *saber enseñar* es necesario practicar, vale decir, aprender á enseñar. Si esta práctica se hace bajo la dirección de un maestro, los resultados son, desde luego, más rápidos y satisfactorios; se ahorra tiempo, trabajo y posibles errores.

Conveniente y necesario es, entonces, establecer *cursos de práctica* para los aspirantes á suplentes de maestros, en dos ó tres escuelas de cada distrito, bajo la inmediata vigilancia y crítica de buenos maestros de grado y el contralor de directores é inspectores. Dicha práctica puede consistir en el ejercicio del cargo de maestro de grado en dos días por semana, á lo menos, durante un curso escolar, al terminar el cual obtendría el aspirante un *certificado de aptitud* que lo habilitaría para suplir—si su práctica hubiese resultado satisfactoria—la falta de maestros diplomados.

Bien organizados estos cursos, no obstaculizarían en lo más mínimo la marcha regular de las escuelas. Por el contrario, serían un motivo de estímulo para directores y maestros y prestarían oportunos servicios en los casos de inasistencia del personal docente. Formarían un excelente *cuerpo auxiliar de suplentes.*

¡Ojalá los alumnos-maestros de las escuelas normales pudieran hacer la práctica de su último año de estudios en las escuelas comunes! Se ahorrarían muchos dolores de cabeza, el interinato y hasta el fracaso á que están sometidos y se exponen actualmente los maestros recién nombrados.

REYES M. SALINAS.

Buenos Aires, Mayo de 1910.

Siluetas históricas

I. ESTEBAN ECHEVERRIA

El cantor de "La Cautiva" ha dejado rastros indelebles en la historia nacional. Aunque su vida fué corta, su acción fué vasta y múltiple. Caudillo y apóstol de una generación, fuerte por el carácter y la inteligencia, descolló entre todos sus coetáneos, con los nobles atributos que caracterizan á los hombres superiores. Al lado de Alberdi, de Gutiérrez y de otros menos representativos, inició y fundó la Asociación de Mayo, cuyo carácter y cuyas tendencias precisó en el "Dogma Socialista", que constituye el credo de la agrupación. De los expositores de las doctrinas de los filósofos racionalistas franceses —que tanta influencia han ejercido, desde los comienzos de la vida nacional—ninguno como Echeverría logró comprenderlos é interpretarlos mejor.

Fué, sin duda, el filósofo y el publicista que primero concibió los grandes ideales que sirvieron de bandera á todos los que se batieron contra los prejuicios del caudillismo y las aberraciones de una tiranía funesta y cruenta para las instituciones de la República.

Siendo muy joven le tocó emigrar del país, estableciéndose después de una fructífera permanencia en Europa, en Montevideo, donde desenvolvió su acción hasta el fin de sus días. No tuvo la suerte, como la mayor parte de los expatriados, de asistir á los luminosos días de la organización nacional. Murió un año antes de Ca-

seros, poco menos que olvidado y desconocido, al extremo de que no se haya logrado ni encontrar sus huesos.

Su vida es una lucha continua. Se desenvuelve y se agita en medio de la efervescencia revolucionaria. Era necesario convulsionar el país para lograr sacudir el marasmo que lo hundía en la inercia de la impotencia y del sensualismo. El ideal de los escogidos era la regeneración por la luz para triunfar de las tinieblas. Todos á uno querían la patria grande y hermosa, tal cual la concibieron.

Los Sarmiento, los López, los Mitre, los Mármol, los Varela, fueron los cultivadores de la obra del gran maestro Echeverría.

La fisonomía moral de Echeverría está dentro del grupo de los elegidos. Sus excepcionales condiciones de intelectual lo presentan á las nuevas generaciones como el más alto exponente de la cultura de su época. Si Alberdi y Sarmiento lo sobrepasan por la grandeza del conjunto en la obra realizada, fué indudablemente porque éstos tuvieron vida más larga y terreno más propicio para el cultivo de la semilla regeneradora. Echeverría vivió en plena gestación intelectual. Era un ambicioso de saber, de los que esperan con impaciencia la hora de la meditación y del estudio. Hizo de su existencia un noble sacerdocio, en el que no le faltó para congraciarse con el martirio los días tristes y amargos de una ''vía-crucis'' patriótica.

Sus versos, llenos de armonía, están impregnados de un sentimiento profundamente argentino. Canta la naturaleza americana con la fruición que producen en el alma las cosas caras al corazón. Las bellezas de la Pampa en su infinita monotonía lo entusiasman. Cree en la

poesía con el profundo convencimiento del visionario. Y su ideal y la seducción que ejerce en su espíritu tiene algo, sino mucho, del fanatismo del sectario.

Si quisiéramos contar su fúlgida existencia, tendríamos que llenar muchas páginas. Por ahora sólo nos basta decir que la obra por él realizada es grande y hermosa y su vida un modelo que estimula y dignifica.

II. MARMOL

Fué un militante. De los enemigos de Rosas, ninguno se batió con más brío y denuedo que el autor de "El Peregrino". Su pensamiento, si no brilló en las alturas en que campearon los de Sarmiento y Alberdi, encontró en la abundante vena de su numen el verso armonioso y rotundo con que azotar el rostro del tirano.

Enamorado del "terruño", le cantó sus desdichas en quejumbroso acento. No había otra visión, ni otro amor en su alma soñadora que la eterna y grande de la patria redimida de la tiranía. Su vida entera es de luchas y de agitaciones. Nacido en una época azarosa y febril, templó su alma para el combate en las gallardías de aquellos grandes días de la patria naciente. No conoció ni tuvo su musa otro acicate que los espasmos de la convulsión revolucionaria en sus formidables estallidos. Era de los poetas dirigentes, de los que caldeaban las almas transfundiéndoles el calor de las grandes pasiones. Sus versos fueron muchas veces proféticos. En sus sueños de romántico fué un apasionado y un vidente. Autor de una novela que también fué de combate, es el escritor—entre los de su tiempo—que ha logrado penetrar más en las masas por la misma concepción de su obra, que á manera de espejo reproduce con admirable fidelidad toda una época.

La "Amalia" tiene, á pesar de sus imperfecciones, páginas vívidas, de intenso colorido. La vida dolorosa y

agitada de aquellos días sombríos de la tiranía, revive como la pintura de un cuadro al calor de las escenas que describe. Sus personajes son de carne y hueso, han existido y han compartido los azares de veinte años de sangre y desolación. Asistimos en las páginas de aquel libro al resurgimiento de una época, con sus costumbres, con sus modalidades y con sus vicios.

Miembro conspicuo de la brillante constelación de intelectuales que irradió luz desde el destierro sobre las tinieblas de la patria, contribuyó como todos los de su generación á consolidar los destinos de la república, después del triunfo de Caseros.

Sin embargo, su acción posterior no tiene el brillo ni el prestigio de la que desenvolvió en la primera faz de su existencia. Mientras sus émulos y sus hermanos de infortunios adquieren la plena notoriedad, Mármol, más modesto y quizá menos ambicioso de renombre, se contenta con actuar en un segundo plano, sin dejar, por esto, de prestar servicios patrióticos y eficientes á su país.

Su vida de intelectual sino tiene grandes proyecciones luminosas para el futuro, conservará inalterable en la evocación de su recuerdo, el prestigio indiscutible de la unidad inquebrantable de su acción.

Murió como vivió, reconocido y respetado.

III. GENERAL TEODORO GARCIA

La figura del soldado que acaba de morir encierra en su cuño rasgos propios y originales.

Gallardamente se destaca desde temprano de las filas de sus camaradas, distinguiéndose entre todos ellos, por su elevación moral—en aquella época tan rica en caracteres—por su patriotismo exaltado y puro y por su intrépido valor, rayano á veces en la temeridad, y que tanto nombre y prestigio le dieron dentro y fuera del ejército.

El general García fué un soldado en toda la amplitud del concepto, al propio tiempo que era un ciudadano lle-

no de virtudes, cuyo carácter sin fallas no lograron debilitar, cuanto menos abatir, los contratiempos, las desilusiones y las amarguras, amontonadas en el largo recorrido de su esforzada vida militar, dedicada exclusivamente por patriótica vocación á cimentar en el ejército su ingénita nobleza, formando escuela, á semejanza de aquellos grandes capitanes de la independencia americana—sus predecesores y sus émulos—porque á decir verdad, nada tuvo que envidiar á ninguno de ellos, en las normas fundamentales de su acción inspirada siempre en los excelsos ideales de la nacionalidad que sirvió su vida entera.

Su existencia considerada en su doble faz militar y civil, es tan diáfana y limpia que seguramente y sin hipérbole hay pocas que la igualen.

Su bravura, puesta muchas veces á prueba, confina con el heroísmo, contando en su nutrida foja de servicios, hechos de armas brillantes, cuya enunciación sería ocioso hacer, dada su notoriedad y que preferimos callarlas en homenaje á la misma modestia del héroe, de que siempre blasonó, sin que jamás le oyéramos referir los pasajes de su azarosa vida, á no ser en los momentos de confidencia, que eran muy raros y fugaces en él.

Hubiera—á no dudarlo, porque tenía excepcionales cualidades—alcanzado más altas posiciones que las que ocupó, pero había algo en él que lo detenía, que le impedía subir, y era su carácter austero, el gesto enérgico é inflexible con que gobernó su conducta, extraña á las costumbres y contemporizaciones de la época, prefiriendo mil veces vivir sus últimos años en la obscuridad de un retiro glorioso y tranquilo, antes de desasirse de su vestidura moral inmaculada y blanca como la del armiño. *Quiero morir en mi ley*—me decía en cierta oportunidad, como recalcando la frase para que me diera cuenta de toda la energía que era capaz de desplegar su carácter, tan fuerte, tan coherente y tan homogéneo en su estructura, como será homogéneo, coherente y fuerte el trozo de piedra en que se ha de trabajar su estatua.

De corazón grande como su espíritu, se enternecía como un niño cuando la cuerda íntima de los afectos vi-

braba solicitada por algún cariño ó por algún recuerdo. Sus últimos días, los de la prueba final, son una revelación. Piensa en la patria y piensa en la familia; los dos grandes amores que han absorbido su existencia.

Era de la estirpe de los varones que más que cariño despiertan admiración. Tenía la contextura física y moral de los grandes; de los que piensan alto y sienten hondo. Sus rasgos fisonómicos revelaban la energía de su temperamento igual y ecuánime, trasuntado en la actitud, en la mirada, en el gesto y en la barba de estructura pronunciada y fuerte.

Cuando hablaba era tranquilo en la elocución; tan imperceptible á veces la voz que costaba trabajo seguirlo, sólo cuando el entusiasmo lo arrebataba ó la indignación lo hería, sólo entonces se erguía, de improviso, soberbio en su actitud militante, de aguerrido combatiente y con una palabra ó con un gesto en que ponía toda su heroica bravura, llenaba de sorpresa y temor hasta á los más impávidos.

Era esto indudablemente revelaciones de su temperamento de soldado batallador, formado en la pelea con todas las idiosincrasias y atavismos de la sangre hidalga que corría por sus venas y que puso más de una vez á prueba en los campos de batalla, cuando temerario rayaba con su corcel de guerra la arena enemiga ó salvaba con su arrojo la enseña de su cuerpo en medio de una lluvia de plomo que, valiente y sereno, arrostraba sin esfuerzo y sin alarde.

Vino al mundo en pleno año 40, año de terror para los argentinos, en que la tiranía de Rosas estaba en todo su apogeo.

Creció y se educó en medio de las asperezas de la época y de las repugnancias que en su hogar despertaban las atrocidades del tirano y los desmanes y ultrajes que en su nombre se cometían.

La libertad, supremo anhelo en aquellas horas negras de la historia argentina, conmovió, á no dudarlo, su alma de niño recién abierta á las primeras impresiones del mundo, jurando en sus adentros servirla, cuando estuviera en aptitud de hacerlo, con el nervio y la decisión con que se sirven las convicciones arraigadas.

Nunca desmintió en su larga carrera aquel juramento secreto. Sirvió la causa de la reconstrucción nacional, militando del lado de su provincia, á la que prestó el contingente de su brazo y de su espada en las memorables jornadas precursoras de la consolidación orgánica definitiva.

Formado al lado de Adolfo Alsina, tenía muchas de sus bellas prendas morales y un cariño entrañable por el jefe capaz de ofrecerle cualquier sacrificio en su holocausto, como él mismo en cierta memorable ocasión se lo declaró á otro militar que solicitaba el concurso de su espada para propósitos y ambiciones políticas inconfesables: "Ya ha muerto el hombre por quien yo me hubiera sacrificado."

Combatió en el Paraguay los cinco años que duró la guerra, sin abandonar siquiera un día la brega, contando en su haber de soldado pundonoroso y valiente episodios guerreros dignos de fijarse en el bronce. Hay más: en la campaña del desierto fué el brazo derecho del ministro Alsina—sin amenguar con esta afirmación, los grandes méritos, de este esclarecido caudillo, vibrante de energías y patriotismo, á cuya pertinacia se debe—con justicia—la solución del secular problema del indio y del desierto.

En las guerras civiles que ensangrentaron el país, sirvió á las instituciones y al orden basado en el imperio de la Constitución y en el respeto á la libertad.

El año 80, cuando un gobierno de provincia se alzaba en armas contra la autoridad nacional, cometiendo delito de rebelión—según sus propias palabras, al presidente Avellaneda, actuó decididamente con todas sus gallardías é intrepideces de soldado heroico desafiando el peligro y la muerte en días obscuros de incertidum-

bres y desgarramientos para la vida nacional. En el puesto de honor y responsabilidad que le cupo en suerte, no supo ahorrar abnegación ni sacrificios por su patria, cuya unidad peligraba.

En aquellos días, hay que recordarlos porque entrañan una profunda enseñanza cívica—días agitados y turbulentos en que las pasiones políticas llevadas á sus últimos límites, producían la catástrofe, fué el general García el soldado impertérrito de la causa nacional á la que siempre había consagrado de buena fe sus esfuerzos.

Su actuación de aquellas trágicas horas suscita la admiración de camaradas y adversarios. Decisivo y enérgico, resuelto y firme, comparte con el ministro de la guerra los azares y las responsabilidades de la cruenta jornada, que, á Dios gracias, culminó en aquel grande y luminoso mensaje del presidente Avellaneda, dando solución al problema por tanto tiempo debatido, de la capital de la República.

Años más tarde, conquistó por dos veces una banca en la Cámara de Diputados de la Nación, llevado primero por su provincia y después por la capital, su ciudad natal.

En las dos elecciones en que triunfó su nombre, militaba en los partidos de oposición.

En la cámara fué el más respetado de sus miembros.

Su labor legislativa no consta, desgraciadamente, en los diarios de sesiones; no era orador y sólo en señaladas ocasiones solicitó la atención de sus colegas con su palabra sincera y sobria de soldado.

Ocupó también otros destinos tan encumbrados y tan meritorios como los recordados.

Fué en el último decenio de su carrera, miembro del más alto tribunal militar de la nación.

Como vocal y como presidente de aquel augusto cuerpo, mostró sus eximias dotes de juez, aquilatadas en el desempeño de la noble y difícil labor por una rectitud á toda prueba.

Sus últimos servicios al ejército con que cierra el brillante ciclo de su actuación militar, se compenetran y confunden en su esencia con los primeros; tal era la lógica de su vida y la inquebrantable unidad de sus ideales.

Ha llenado por otra parte toda su existencia con las nobles enseñanzas que sugería su carácter honrado.

Siempre obtuvo la consideración y el respeto tanto de sus amigos como de sus adversarios.

Culto, con todos los gustos y refinamientos del hombre de mundo, no era en el hogar, ni en el salón, el militar formado en los campamentos y que tan mal predispone en la actualidad el espíritu de las gentes. No, su característica y sus modales eran los del caballero que, como el Bayardo de la leyenda lo era "*sin miedo y sin tacha.*" En una palabra, era un espíritu selecto, un corazón sensible, una alma grande y pura y un carácter cuya entereza admiraba por lo igual é irreductible.

JOSE MARIA MARTINEZ.

Buenos Aires, Mayo de 1910.

Romance

—Caballero, caballero,
dice la joven morena,
yo quiero un manto de oro
y un rico traje de seda.
El caballero era pobre;
pero la joven morena
los ojos tenía tan negros,
la cara tenía tan bella,
que prometió. En su caballo
partió para ignotas tierras.

Por campos y por ciudades,
disfrazado de artesano,
el caballero camina,
doquiera pide trabajo.
A fuerza de mil fatigas
mil doblones ha juntado
y compra el traje de seda
y de oro el rico manto.

Cuando volvió el caballero
junto á la joven morena,
la joven como dormida
estaba en su lecho muerta.
El caballero los ojos
cierra y las manos le tiemblan;

después se acerca á la joven,
la helada frente le besa,
á sus pies pone el regalo
y dice: He aquí mi promesa.

Cuentan añejas historias
que se pasó el caballero
velando inmóvil la muerta
días y días enteros.
Pasaron así semanas
y su racha marcó el tiempo:
un esqueleto sentado
quedó frente á otro esqueleto.

ERNESTO P. TURINI (HIJO)

Buenos Aires, Mayo de 1910.

La enseñanza de la música

en las escuelas comunes

Hace ya muchos años que se agregó á los programas de las escuelas primarias la enseñanza del canto y de la música, sin que este hecho haya producido hasta hoy los resultados naturales ó los beneficios que se esperaban. Fué por esto que algunos diputados, al discutirse últimamente la ley general de presupuesto, consideraron estos estudios completamente superfluos, y aconsejaron la supresión de la partida de quinientos mil pesos que se destinan por la Dirección general de escuelas al sostenimiento de la enseñanza musical.

Por fortuna, este pensamiento retrógrado no hizo camino, pero acusaba una conciencia demasiado general de los hondos vicios de esta parte de la enseñanza. La Dirección general de escuelas, haciéndose cargo de esas deficiencias, creyó subsanarlas imponiendo á los maestros especiales un examen de idoneidad, que no produjo otro efecto que herir la fácil susceptibilidad del cuerpo docente.

Es que el mal es más profundo y tiene causas más graves que la mala elección del cuerpo de maestros. Las deficiencias de la enseñanza musical no se circunscriben á lo que pasa en las escuelas del Estado, sino que viene de más lejos; y si esta enseñanza debe producir sobre el alma de nuestro pueblo los indiscutibles y múltiples beneficios que de ella se esperan, no será antes que

aquellos en cuyas manos está la dirección de la enseñanza pública, la encaucen en los límites que imponen con necesidad imprescindible la lógica y la razón de ser de estos estudios.

Porque á la falta de maestros perfectamente idóneos, hay que sumar que la Inspección técnica ha perdido de vista el fin primordial de esta enseñanza en la escuela primaria, cuando permite en silencio la aplicación de los métodos absurdos que imperan. Es que se tiene un concepto equivocado de las cosas.

El cuerpo de maestros especiales está formado, en su mayor parte, con ex alumnos de los conservatorios de la capital, y casi todos son personas muy pobres. Ingresaron en un instituto musical como pudieron hacerlo en una escuela de artes y oficios, para aprender un medio con que ganarse la vida. Pero la enseñanza de la música en los conservatorios de la capital es tan deficiente y tan absorbente que estos maestros carecen de instrucción general, y fuera de un conocimiento sumario y mnemónico de la teoría y del manejo mediocre de un instrumento que conquistaron en pesadas horas y largos años de práctica, están absolutamente desprovistos, no diremos ya de ideas generales y nociones de humanidades. pero hasta de los más necesarios conocimientos. Muchos de ellos debieran pasar por las escuelas en que son maestros, y hemos conocido algunos que apenas sabían firmar.

Estos factores perniciosos de la cultura, á cuyas manos está encomendada la rama más delicada é ideal de la enseñanza primaria, han transportado á la escuela el pésimo sistema didáctico de los conservatorios, agravado en sus defectos esenciales. Se olvida que lo que pudo ser útil en un instituto especial, no puede serlo en una escuela común, donde, por un artículo elemental de sus códigos, la enseñanza no debe ser nunca profesional ó especial, y tiene que circunscribirse, en todos los ramos, á los conocimientos generales indispensables á la existencia del pueblo.

En los conservatorios, de los que algo podría esperarse lógicamente si á su frente se hallaran no personas

competentes en el juego mecánico de algún instrumento sino profesores conscientes inspirados en las reglas de la sana pedagogía—reinan métodos completamente inocuos y arbitrarios. ¿Qué pueden entender de pedagogía, quienes en la enseñanza del piano, por ejemplo, por seguir fieles á una tradición que tomó su origen en los prejuicios y manías de ciertos pianistas, exigen de los alumnos, en las posiciones del antebrazo, del brazo, de la muñeca y de la mano, otras que van contra todas las leyes de la fisiología, asignando á los órganos funciones contrarias á sus destinos respectivos? ¿No vemos también que el ciclo de los "estudios de composición" lo constituyen con la armonía—¿qué armonía, desde que hay una armonía para cada autor?—el contrapunto y la fuga, que fueron dos bárbaras prácticas góticas y que son, hasta cierto punto, modos oculares de comprender el arte sonoro?

Pero dejemos á los conservatorios, con los que nada tenemos que hacer, convencidos de que si alguien quiere enterarse con alguna discreción y seriedad de la teoría general de la música, debe contentarse con ser un autodidacta.

Entre los muchos defectos que presenta la enseñanza musical en la escuela, y que derivan del transplante de la enseñanza de los institutos particulares, el mayor es que se ha perdido de vista, como decimos, su objeto primordial. Se enseña por equivocación teoría general de la música, inculcando á los niños falsas nociones de lo que puede ser "música", "signos musicales", "ritmos", "tiempo", "compás", etc., en una confusión nociva y total de los conceptos y de las ideas. Este aprendizaje de memoria importa simplemente una gran pérdida de tiempo y de fuerza, porque lo que se puede conseguir con él está condenado á olvidarse con otra cantidad de cosas y falsas nociones con que se ensucia nuestro cerebro desde la más tierna infancia. Va además contra el más elemental principio de pedagogía infantil, que enuncia que jamás debe empezarse en la escuela por definiciones ni llegar á las ideas generales antes de haber pasado por las particulares. Ir de lo co-

nocido á lo desconocido, de lo simple á lo complejo, tal es la simple enunciación del mejor método. Debe escribirse todavía una teoría pedagógica de la música para uso de las escuelas, y es de una necesidad cuya satisfacción no debe postergar más la Dirección general. Una teoría que abordara el estudio de la música con ejercicios prácticos de duración, de entonación, altura y medición de los sonidos, que enseñara á apreciar prácticamente las cualidades del sonido y cómo se modifican, por medio de comparaciones materiales y sencillas al alcance de las inteligencias infantiles, una teoría completamente empírica, permítasenos la unión de estas dos palabras, que dejara de lado todo lo que es definición, tal teoría salvaría la enseñanza de sus más graves inconvenientes.

Otro defecto, el más esencial quizá, es que se desconoce el objeto fundamental de esta enseñanza, cuando se hace aprender á los niños "de oídas" algunos cantos patrióticos ó no. Los niños se pasan el año escolar cantando el Himno patrio, ó el Himno á Rivadavia, ó aprendiendo para la fiesta del árbol ó para cualquiera otra fiesta un canto de circunstancias. En verdad que para alcanzar estos pobres resultados, más valiera ahorrarse ó destinar á mejor fin los quinientos mil pesos del presupuesto musical.

Pero la Dirección debe disponer que en la escuela el maestro no "enseñe cantos", sino que "enseñe á cantar", cosa muy diferente, como se enseña á leer y á escribir, no para leer en seguida tales ó cuales páginas más ó menos patrióticas, sino para que los alumnos se sirvan de sus conocimientos como la vida se lo demande.

La Dirección de escuelas podría salvar estos defectos encargando á una persona competente de la redacción de un método científico y pedagógico de la enseñanza del canto, destinado al uso de las escuelas primarias, que sería más provechoso.

Este método posible deber tender ante todo á buscar el desarrollo físico y á conservar la salud del niño. El canto pone en función órganos, desde los pulmones has-

ta el sistema fonador de la laringe, que sometidos á un ejercicio razonado y normal, se robustecerían, influyendo benéficamente sobre la salud general de los niños. Los primeros ejercicios de emisión de la voz, cosa completamente desconocida en la escuela, que es con lo que debe empezar el maestro, deberían realizarse en locales amplios y bien ventilados, ó si posible fuera al aire libre, para que esta gimnasia produjera todo su efecto. Se enseñaría por fórmulas empíricas é imitativas, —nada de explicaciones verbales ni de teorías—desde que es un ejercicio que tiende á mover con facilidad los pulmones. Una vez esto conseguido, habría que preocuparse de desarrollar lentamente y fortalecer los órganos vocales, no olvidando que por un fenómeno inexplicable la naturaleza hace cantar á la mujer justamente una octava más alto que el hombre. La clase se dividiría, según esta razón, cuando los ejercicios se complicasen y se hicieran superiores, tratando de no violentar los registros naturales.

Los ejercicios primeros deben ser múltiples é infinitas las experiencias de duración de los sonidos, para pasar luego con calma á los ejercicios de entonación, que deben ser igualmente variados y repetidos. Nada de teoría general de la música sino lo indispensable del alfabeto musical, enseñado también por el método empírico, para que los alumnos puedan deletrear estos ejercicios primeros de entonación y duración.

Es necesario, puesto que es el objeto de este estudio en la escuela, que el maestro enseñe á leer la música á los niños, porque la teoría fluirá sola paulatinamente; es necesario que el maestro desarrolle ó despierte aficiones ó facultades, pero que no se ponga á enseñar tales ó cuales cantos.

Una vez que por estos medios prácticos los niños han asimilado todo lo que se refiere á duración y entonación de los sonidos, podemos decir que saben toda la música, á lo menos lo que puede enseñarles la escuela primaria, que no puede convertirse en un conservatorio; primero, porque han adquirido una práctica que se ha hecho espontánea y desde que lo restante de la enseñanza de la

música se relaciona más ó menos directamente con las peculiaridades de la expresión, que no se enseña ni se aprende.

Sin duda alguna, esto es lo fundamental; pero la enseñanza de la música en la escuela no debe detenerse aquí. No solamente los niños han educado hasta ahora su laringe, si que también su oído. Han hecho innumerables ejercicios vocales, como se hacen ejercicios técnicos de piano, para adquirir soltura y agilidad, para hacer flexionar la laringe y el aparato fonador.

Conseguido esto puede llegar el momento en que los niños aprendan cantos, en los cursos superiores. Una dirección que comprendiera las verdaderas necesidades de la escuela, debiera ante todo proscribir, como una fundamentalísima medida de higiene, los cantos que con el título de "Cantos escolares" se han introducido para pervertir el gusto de los niños y hacerles perder el sentido general de la música. Estos cantos escolares —que hemos examinado—bajo el honrado deseo de inculcar á la infancia el amor á la patria, buscando por cálculo la simplicidad, no son más que un conjunto de inepcias poéticas y tonterías musicales. En lugar de hacer bien, perjudican por su total falta de armonía y de vuelo poético, por la ausencia de toda gracia natural y eficaz escritas como han sido por negociantes incapacitados totalmente para estas tareas ideales.

Somos de opinión, desde que la melodía y la armonía poseen un sentido universal, que se coleccionen como textos musicales de estos cantos necesarios, aquellas piezas de canto de los grandes clásicos de la música, que por la pureza y la simplicidad de su factura melódica, por su derivación del folklore popular y por su armonía espontánea, presenten más facilidades de comprensión y asimilación. Esta tarea sería más fácil de hacer que una teoría razonada del canto. Beethoven, Haydn, Mozart, Schubert, Schumann, Wolff, Corelli, Kreutzer y tantos otros, han recogido melodías populares que conservan en sus formas breves y espontáneas sentimientos eternos, que demuestran que en todas partes el sentido de la vida es el mismo, una mezcla delicada de alegría y de dolor.

Tal modo de proceder tendría sobre nosotros consecuencias incalculablemente beneficiosas. Este crisol de razas, como tantas veces se ha llamado á nuestro país, adquiriría poco á poco la floración musical de sus sentimientos. Porque un pueblo nunca canta una canción de la misma manera como la ha oído, la interpreta, agrega á ella las modalidades que impone su modo de sentir. Estas melodías puras y nobles, al transplantarse á nuestro medio, adquirirían diversas coloraciones y matices, se operaría en ellas una transfusión de nuestro virtual espíritu, llegando á ser con el tiempo el fondo de una posible música argentina que sería más bella que la que puede aportarnos el conjunto de antiguas canciones españolas, tangos negros y aires indios, cuya confusa mezcolanza ha producido hasta hoy lo que se ha llamado música criolla.

De acuerdo con estas ideas generales, debe darse una orientación á la enseñanza de la música en la escuela primaria, y se habrá hecho dentro de ella, mejor que por otro camino, obra patriótica y fecunda.

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA.

Buenos Aires, Mayo de 1910.

¡Mayo!

Drama histórico escolar en dos actos y un cuadro. 1810-1910, por Santiago Pianta y Alfredo Bayardi.

DOS PALABRAS Á GUISA DE PRÓLOGO

Al proponernos trasladar á la escena la síntesis de la semana histórica de Mayo, no hemos hecho otra cosa que hacer revivir por breves momentos la agitación febril de esos días que concluyó con deponer al Cabildo y establecer la Primera Junta popular de gobierno.

Si bien es cierto que los personajes históricos no encuentran en el drama su debida y fiel interpretación individual, sin embargo hemos tratado de reflejar el ambiente de entonces con sus caracteres generales; de manera, pues, que aun cuando las palabras de tal ó cual interlocutor no fueran en realidad las suyas propias, retratan la manera de pensar y de sentir de esos momentos.

Por otra parte, no pretendemos darle el carácter de una obra original en su fondo, reservándonos sólo el de la forma de presentación que con seguridad adolecerá de defectos de escena propios de quienes dan los primeros pasos por esa senda.

Por último, manifestamos que no nos guía ninguna pretensión literaria ni de nombre sino el sólo deseo de dar expansión al sentimiento patriótico y ofrecer á la patria un humilde homenaje de gratitud y cariño.

Buenos Aires, 5 Abril de 1910.

PERSONAJES

CISNEROS		Último virrey español.
SAAVEDRA	}	Miembros de la Primera Junta.
MORENO		
PASSO		
BELGRANO		
ALBERTI		
LARREA		
MATHEU		
AZCUÉNAGA		
CASTELLI		
LEZICA	}	Miembros del Cabildo
LEIVA		
VIEYTES	}	Patricios partidarios de la revolución
RODRÍGUEZ PEÑA.		
DARRAGUEIRA		
TAGLE		
ARZAC		
CHICLANA		
FRENCH		
BERUTTI		
RODRÍGUEZ	}	Comandantes de las fuerzas
ROMERO		
QUINTANA		
ORDUÑA		
LELOQ		
VENTURA		(Mulato sirviente de Vieytes) Esclavo.

Cabildantes, pueblo, dos soldados vizcaínos, cuatro soldados granaderos de San Martín, dos del cuerpo de Patricios, dos del ejército de Belgrano, dos del cuerpo de Húsares de Pueyrredón, dos del cuerpo de Arribeños y dos del cuerpo de Cazadores correntinos. La República, dos alegorías, la Justicia, la Libertad, San Martín y Belgrano.

ÉPOCA PERTENECIENTE Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

¡MAYO!

ACTO 1º

Sala en la época de la independencia. Puertas practicables derecha é izquierda. Puerta practicable al foro.

Decoración sencilla: una mesa, varias sillas, candelabros, cuadros.

Al frente un retrato de Murillo, primer martir de la emancipación americana.

ESCENA 1ª

VIEYTES Y UN MULATO SIRVIENTE

VIEYTES —(En su mesa de trabajo, hojeando un libro mientras el mulato le entrega el consabido mate criollo. Dirigiéndose al mulato).

¿Ventura, nadie ha venido á preguntar por mí, hoy?

VENTURA—Ninguno, señor, que yo sepa, á menos que Julián haya atendido á alguien mientras cumplía la diligencia por usted encargada en el Bar de los Catalanes.

VIEYTES —¿Había gente en el bar?

VENTURA—Lleno estaba, señor, casi me fué imposible apersonarme al señor Manuel. Parecían, perdóneme, unos locos. Vociferaban. Daban mueras al señor virrey. Algunos subían á las mesas y arengaban á los demás. Yo también seducido proferí algunos gritos. Y dígame, señor, ¿es cierto que usted y sus amigos van á echar al virrey y van á mandar ustedes?

VIEYTES —¿Quién te ha dicho semejante cosa?

VENTURA—Yo quisiera saberlo, porque el señor Manuel me dijo que, si así sucede, nosotros vamos á estar libres, no precisamente yo, porque usted me trata muy bien, pero sí mis pobres connacionales y sus hijos.

VIEYTES —Sí, Ventura, ese es nuestro deseo. Que aquí impere la libertad para todos: para nosotros y para ustedes.

VENTURA—¡Ay! señor, ¡cuánto me alegra esto! Si en algo puedo servirle, todo á sus órdenes y como yo mis amigos y todos, señor; porque deseamos ardientemente ser libres como ustedes.

VIEYTES —Bien Ventura. (Entregándole el mate.) Pregúntale á Julián lo que haya de cierto.

VENTURA—(Saliendo) Sí, señor.

VIEYTES —(Solo). En estos días de trabajos y sobresaltos, es casi imposible saber el itinerario de los amigos; tan pronto como uno supone encontrarlos en tal ó cual casa y se llega á ella, cuando ya no saben indicar el camino que han tomado. Un momento tan fuerte de nuestra vida política trae como consecuencia esta disgregación aparente de los amigos, pero en el fondo, creo, que como yo, los demás nativos, conocemos hasta en los menores detalles, el proceso evolutivo que se halla en gestación y que á más tardar tras breves días ha de aparecer á luz.

VENTURA—(Entrando y entregando el mate). Nada sabe Julián, señor. Nadie ha venido hoy.

VIEYTES —(Aparte). Casi me parece imposible, puesto que mi amigo Darragueira habíame prometido entrevistarse hoy conmigo para darme á conocer cosas de importancia. Con todo, aun no supongo que haya de faltar á su palabra (mirando el reloj y tomando unos sorbos de mate). No son más que las 8 y seguramente que algún encuentro demora su llegada. (Entrega el mate y el mulato sale). Siento un no sé qué en mí en estos días. Algo así como un entusiasmo encerrado dentro de mi corazón, algo así como una preparación progresiva de mi ánimo agitado al presentimiento de algún hecho glorioso. Experimento las mismas emociones que ciertas personas al vislumbrar momentos grandes. Creo que llegarán esos momentos, creo que próximos están esos instantes que mi alma recónditamente anhela.

ESCENA 2ª

VIEYTES, DARRAGUEIRA y VENTURA

VENTURA—(Entrando, y detrás de él Darragueira, algo agitado).

VIEYTES —(Viendo á Darragueira) ¡Hola, José! Ya temía porque no vinieras.

DARRAG. —¿Podías suponértelo? De ninguna manera. Sabes bien que en estos días nosotros proponemos y las circunstancias disponen. Fuíme á lo de Mariano, pero la entrevista duró mucho más de lo que me podía imaginar.

VIEYTES —¿Y qué hay de nuevo?

DARRAG. —Algo grave, amigo.

VIEYTES —(Interesándose) ¿Cómo? Cuenta.

DARRAG. —Llegué á lo de Mariano á las 7 y lo encontré paseándose muy agitado, presa de una crisis nerviosa; á pasos largos recorría la sala de pared á pared en su bufete y á puerta cerrada. Mi presencia no le mudó. Hube de permanecer algunos instantes de pie y observándole para que por fin me advirtiera. Apenas lo hizo exclamó: ¡Amigo, estamos perdidos!, continuando su monótona pero agitada marcha.

VIEYTES —¿Pero, cómo? ¿En qué sentido?

DARRAG. —Oye. Traté de investigar la causa de una salida que suponía tan extemporánea, cuando Mariano, percibiendo mi inquietud, prosiguió: «Si es cierto lo que me dicen, pronto vamos á la horca, porque el poder se afirma en manos de los europeos y lo primero que van á hacer como medida de seguridad para sostener su gobierno netamente ajeno á nuestras aspiraciones, es exterminarnos sin vueltas ni rodeos. A todos, amigo, entiéndame bien, á todos. Hemos errado el golpe, querido José. Si bien es cierto que el triunfo de ayer en el Cabildo Abierto podía darnos la ilusión de una regeneración radical, hoy ya nó. Hemos sido víctimas de nuestros mismos entusiasmos y no hemos reparado bien hasta dónde podía llegar la perfidia del sordo y la camarilla de faldonudos y granbonetes que lo circundan».

VIEYTES —¿Pero cómo puede ser esto? Bastante terminantes fueron las resoluciones que se tomaron y grande nuestro triunfo al conseguir por mayoría casi absoluta que el Virrey quedara separado del mando y que el Cabildo nombrara la Junta que debía gobernar en su lugar. De manera, pues, que no sé á qué atribuir las afirmaciones de Moreno.

DARRAG. —Hemos sido engañados. Debíamos haber comenzado nosotros: destituyendo á Cisneros y tomando definitivamente el gobierno, pues el que da primero, da dos veces.

Moreno se halla muy resentido, puesto que él había dicho, y ahora lo recuerda bien, que obráramos sin demora, que nos metiéramos en seguida y que jugáramos de una vez el todo por el todo. Yo, como te puedes suponer, permanecí tan estático como si se me hubiera arrojado una ducha helada. No me atreví á preguntar nada, mejor dicho, no pude reaccionar y formular una explicación algo más correcta, algo más clara.

VIEYTES —Bien me puedo suponer que eso te haya sucedido porque ahora, con lo que me dices, lo experimento en mí mismo. Sin embargo, hubiera sido del caso averiguarle dónde fundaba él tan funestos juicios.

DARRAG. —Lo hubiera hecho tal vez si Moreno mismo no tomara nuevamente la palabra, diciéndome: «Ya me supongo que Vd. no conoce bien lo que pasa y se lo voy á decir. Ya sabe que el Cabildo se ocupa en nombrar una Junta ¡y qué Junta! ¡Ya lo verá Vd.! Acaba de estar aquí Escalada á decirme que sabe de buena fuente que lo han seducido á Saavedra á que consienta que el sordo Cisneros quede de presidente del nuevo gobierno con el mando de las armas, entrando él y Castelli con Solá y un europeo cualquiera.

VIEYTES —Esto no puede ser, amigo. Esto es el mayor sarcasmo que nos podrían inferir. No comprendo cómo Saavedra no ha reparado en el gato encerrado. ¡Luchamos por conseguir nuestra libertad y nos salen con estas pamplinas! No puede ser, amigo José.

Lo creo á Saavedra hombre de agallas y no filibustero.

DARRAG. —Un momento. Ningún patricio supone lo contrario; pero, sin embargo, Mariano tiene sus razones para hablar en esa forma. Yo le observé que sabía de fuentes seguras que era cierto que Cornelio había sido llamado á la Junta, pero él se había negado rotundamente, añadiendo que tanto él como los demás comandantes habían declarado al Cabildo de una manera categórica que lo que el pueblo quiere y ordena es la absoluta separación del Virrey. Eso ha sido un mero juego, me contestó Mariano. Eso ha sido ni más ni menos que suponernos ignorantes, que creer que á nosotros se nos hacía callar con promesas, y como ellos mucho prometen y nada cumplen, nos han prometido libertad cuando llevaban la idea de remachar las cadenas con que nos tienen de mucho tiempo aprisionados.

Yo estoy al tanto de todo. Martín y los demás amigos han salido muy satisfechos de esa intimación que le han hecho al Cabildo y muy creídos de que éste va á separar al Virrey, pero no es así. El Cabildo, que ya está seguro de que Saavedra acepta la componenda, va á persistir y va á mandar que se publique el bando dejando á Cisneros en su puesto y con el mando en jefe de las armas.

VIEYTES —Esto es un sarcasmo, amigo. Es quitarle el epíteto de virrey para volverlo dictador.

Si así sucediera, las primeras medidas caerían sobre nosotros y ahora veo la agitación de Mariano. Tiene razón, hombre.

DARRAG. —Me previno que los viera á French y Berutti y los pusiera al tanto de lo que pasa, lo mismo que á Martín.

VIEYTES —Es necesario obrar pronto, muy pronto. Creo que no debemos escasear sacrificios para el bien de nosotros mismos y de los que vendrán.

DARRAG. —Hay algo más, querido Vieytes. Se va á convocar á congreso general del virreynato con el elemento europeo nombrado por los jefes del interior.

VIEYTES —¿Será posible?

DARRAG. —Sí, hombre. Ya verás lo que será este Congreso, formado exclusivamente por enemigos nuestros. Nuestras vidas, si eso sucede, estarán pendientes de un hilo. A la primera desaparecemos y tendremos que ahogar dentro del pecho todas cuantas aspiraciones de justa libertad anhelamos ver imperar en esta tierra que es nuestra, Vieytes, que nos pertenece, que adoramos con toda la devoción de nuestros ardientes deseos de patria. Queremos patria nuestra, no queremos ser hijos adoptivos cuando tenemos padres que pueden velar por nosotros. No quer mos permanecer más tiempo secuestrados en nuestras casas.

VIEYTES —Créeme que estamos como una mina: en cuanto se encienda la mecha, estalla formidablemente. ¿Pero quién le dijo á Mariano esas cosas?

DARRAG. —Investigué eso también. Fué Núñez quien lo dijo á Escalada.

VIEYTES —¿Cuál Núñez? ¿Justo José, el escribano del Cabildo?

DARRAG. —El mismo.

VIEYTES —Entonces la cosa es hecha.

DARRAG. —Me recomendó Mariano que no perdiéramos tiempo, él mismo lo verá esta noche á Planes para que vaya alborotando la muchachada. Es necesario atajar esto, me dijo, de cualquier modo y á costa de la misma vida, estamos formalmente comprometidos y no puede haber obstáculos que nos prescindan de cumplir el compromiso.

VIEYTES —No los puede haber, ni los debe haber. Somos ó no somos. Todos estamos dispuestos á ser y por consiguiente hay que obrar.

DARRAG. —Es indudable.

ESCENA 3ª

VIEYTES, DARRAGUEIRA, CASTELLI y TAGLE

CASTELLI—(Entrando con Tagle). ¿Como vá, amigo?

VIEYTES —Adelante Castelli. (Al notar á Tagle) ¡Hola Tagle! (Se darán la mano y tomarán asiento).

DARRAG. —¿Y cómo vá ese Cabildo?

CASTELLI—Nos han mandado llamar, pero como van ustedes, así voy yo. Vengo de lo de Peña. Les manda recuerdos Manuel.

VIEYTES —¿Pero si Saavedra acepta la componenda, y te reiteran el llamamiento á la Junta, irás?

CASTELLI—¿Yo? De ninguna manera.

DARRAG. Y VIEYTES—Muy bien.

TAGLE —Miren ustedes; Castelli debe aceptar. Si Cornelio ha hecho lo que se sospecha, habrá sido por debilidad ó inadvertencia. Ahora no se le debe dejar sólo. Nuestra única garantía es de que lo acompañe Juan José, mientras nos desenvolvemos y vamos preparando al pueblo. Por de pronto (á Castelli) puedes impedir cualquier medida peligrosa, asistirás al conciliábulo, le mostrarás á Cornelio el abismo á que nos lleva él, acompañando á los demás, le harás oir la voz del patriotismo y le explicarás cómo abusan de su ánimo moderado y de su rectitud para perdernos. Don Cornelio es hombre que desde que se dé cuenta de todo esto, ha de volver sobre sus pasos y ha de entregarse otra vez todo entero á nosotros. Yo tengo confianza en él, desde que tú estás á su lado y entres á la Junta del Virrey.

CASTELLI—Pero eso es en el caso que se les ocurriera nombrar á algún patricio, porque creo que para el caso cualquiera de ellos obraría mejor que yo.

VIEYTES —De ninguna manera, el más indicado eres tú que andas más íntimamente ligado con Cornelio.

CASTELLI—¿Y en caso que no se me nombrara?

DARRAG. —En ese caso nada más rápido que una revolución armada.

TAGLE y VIEYTES—Nada más justo.

ESCENA 4ª

PEÑA y DICHOS

PEÑA —Buenas noches. (Toma asiento).

TODOS —Buenas noches.

PEÑA —¿No conocen la novedad?

VIEYTES —Estamos todos los días de novedades.

PEÑA —Pero una reciente, tan reciente que apenas hace media hora se conoce.

DARRAG. —¿De qué se trata, Peña?

PEÑA —Pues de que el bando se ha promulgado. Acaba de asegurármelo Núñez. Mañana de mañana se va á mandar fijarlo en todas las esquinas.

TAGLE —¿Y quiénes entran en la Junta?

PEÑA —Cisneros, Saavedra, Castelli...

VIEYTES —¡Entonces Saavedra se ha dejado seducir!

TAGLE —¿También Castelli entra en la Junta?

PEÑA —También Castelli.

VIEYTES —Amigos míos, estamos perdidos. Castelli hará todo lo posible, ¿pero y si no resulta nada de su esfuerzo? ¿Y si Saavedra permanece empecinado en su nombramiento?

DARRAG. —Esto es grave, no podemos tolerarlo de ninguna manera.

CASTELLI—Yo haré cuanto humanamente me sea posible, pero no aseguro mi acción, tengo la mayoría en contra. Mi papel se reducirá á detener por horas algún paso pecipitado de los iberos. Mientras tanto alarmemos la gente. Esos bandos no han de aparecer. Desde la madrugada es necesario enviar personas para que los arranquen y si es el caso, arrebatarlos de las manos de los que los van fijando.

DARRAG. —Es lo único que nos queda. (Poniéndose de pie). Manos á la obra. Yo los dejo. Hasta luego. (Saluda á los presentes dando la mano).

ESCENA 5ª

DICHOS, MENOS DARRAGUEIRA

(El diálogo se reanudará aunque Darragueira vaya saludando á los presentes)

VIEYTES —La mina está ya á reventar y dentro de poco comenzará la jarana que andábamos buscando.

CASTELLI—El día de hoy ha sido grande y te aseguro que en mi vida he pasado horas más accidentadas que las actuales.

TAGLE —Ya me imagino verlo á Martín, en cuanto esto sepa, alborotando la mozada de los arrabales para tener pronta la gente.

PEÑA —El café de los «Catalanes» y la fonda de las «Naciones» serán dentro de pocos minutos un jubileo de los nuestros. Darragueira en menos de una hora esparce á los cuatro vientos la noticia.

TAGLE —Esto anda muy agitado, amigos. Para mí que el sordo estará como metido en un zapato, y los oidores también, á más de andar hace ya varios días sin sombra desde que se les tiene locos á pasquines y pedradas en las ventanas.

VIEYTES —Los tontos que nos han estado conteniendo hasta este tiempo se han de convencer de que no tienen más remedio que hacerle el gusto al pueblo.

CASTELLI—Este pueblo que es la fiera dormida hasta ayer y que despierta de su letargo, es el león aprisionado que sacude su melena para abarcar la libertad, es la visión de la patria que alienta frenética los corazones, formando de cada brazo un arma y de cada pecho un escudo.

ESCENA 6ª

ARZAC y DICHOS

ARZAC —¡Viva la patria!

TODOS —¡Viva! (Con entusiasmo).

ARZAC —Buenas noches. ¿Qué tal? ¿Cómo van esos pechos?

CAST. y VIEYTES—Leales á la patria.

TAGLE y PEÑA—Firmes como murallas.

ARZAC —Por más que lo querían ocultar, trayendo fuerzas de Córdoba y Montevideo, todo se sabe ya. La central ha caído, toda la España está perdida.

VIEYTES —Sabíamos ya la noticia.

ARZAC —Pero lo bueno del caso es que los del pueblito de Cádiz (con desprecio) se han propuesto darnos gobierno á los americanos, inventando una regencia y pretenden mandarnos virreyes y empleados para que nos gobiernen como si fuéramos sus esclavos.

CASTELLI—Hace tiempo que dejamos los biberones. ¿Pensarán acaso que aun permanecemos en la ignorancia y que no somos capaces de administrar lo nuestro?

TAGLE —¡Ja! ¡ja! ¡Pobre madre! ni para madrastra la queremos.

ARZAC —Acabo de dejarlo á Planes con otros amigos más. Siempre el mismo chistoso. Nos contó una porción de embustes sobre lo que el sordo había hecho en Trafalgar, de la paliza que le dieron á Nieto cuando lo echaron del ejército de Castaños, sosteniendo que debíamos ahorcar al virrey en medio de la plaza por los asesinatos de La Paz.

CASTELLI—Tenía muchísima razón. No se ahoga con sangre inútilmente derramada el justo grito de los hijos de este suelo. Esa sangre corre hoy por nuestras venas, esa misma sangre la sentimos hervir dentro de nosotros y ¡guay! de ellos.

ARZAC —La tea que dejó encendida Murillo nadie la apagará.

El entusiasmo es delirante. Por todas partes grupos de paisanos se las toman seriamente con los godos. Cada casa es un cuartel y cada habitante un soldado. Todas cuantas ocasiones se presentan para demostrar que ya estamos hartos de ellos, se aprovechan, ¡y de qué manera!

El domingo estuve en el teatro y allí se armó la gorda.

TAGLE —Creo que la compañía Morante estrenaba esa noche la tragedia «Roma salvada».

ARZAC —La misma. Pero resulta que á última hora el cartel varió cambiándose por «La Misantropía», debido, según se aseguraba, á repentina indisposición de Morante.

El pardito Viera quiso cerciorarse mejor y pudo comprobar que tal cosa no era más que un embuste á fin de ceder ante las imposiciones del regidor de policía Domínguez, que era quien había obligado á Morante, bajo penas severas, á cambiar la función.

VIEYTES —¡Qué badulaque!

ARZAC —Al saberlo nosotros corrimos al proscenio y obliga-

mos á Morante á representar «Roma salvada», bajo nuestra responsabilidad.

CASTELLI—Muy bien hecho.

ARZAC —Apenas comenzó la tragedia se vino abajo el teatro de vivas y aplausos y los oidores, Reyes y Caspe, que entraban en ese momento á sus palcos, se pusieron el sombrero como despreciando al pueblo. Más vale no lo hubieran hecho: á gritos de ¡abajo los sombreros! y de ¡afuera! ¡afuera! tuvieron que abandonar la sala

TODOS —(Ríen).

ARZAC —Estaba por terminarse el tercer acto cuando entraron con aire de matasiete y de chulos el capitán de veteranos Martín Ochoteco, Arteaga, el oficial mayor de la secretaría de guerra, unos cuantos marinos y algunos godos. No bien los vimos, pusimos el ceño fosco por si llegara el caso de irnos á las manos con los bastones ó con el diablo, pues no faltó quien nos alcanzara algunas pistolas.

A los pocos momentos Morante, que hacía el papel de Cicerón, declamó lleno de entusiasmo y brío aquellos hermosos versos que todos esperábamos para aplaudir como unos locos:

(Los declama con énfasis).

"Entre regir al mundo ó ser esclavos
Elegid, vencedores de la tierra!
Glorias de Roma, majestad herida!
De tu sepulcro al pie, patria, despierta!
César, Murena, Lúculo, escuchadme:
Roma exige un caudillo en sus querellas!
Guardemos la igualdad para otros tiempos:
El Galo ya está en Roma! vuestra empresa
Del gran Camilo necesita el hierro!
Un dictador, un vengador, un brazo!
Designad al más digno y yo lo sigo!"

Aquello fué delirante. Yo me paré sobre la butaca y grité con todas las fuerzas de mis pulmones: ¡Viva Buenos Aires libre!

TODOS —Muy bien.

ARZAC —Pero al mismo tiempo del palco de los godos salió un silbido.

Yo creí que Ochoteco se hubiera reído de mi entusiasmo y ciego me llegué á él y le tiré un bastonazo á la cabeza que le hizo volar el sombrero y le hirió la frente. Tras mío cayeron los otros y allí se armó la gresca. Ochoteco sacó su pistola y disparóme un tiro que felizmente no me hirió, pero su resistencia no pasó de allí porque tanto él como los otros abandonaron precipitadamente la sala al vernos fuertes por el número y por la ira.

Morante se reía desde el proscenio y una vez limpio el teatro se llenó de patricios sin entrada, terminando la función entre un diluvio de vivas y aplausos.

CASTELLI—¡Qué bueno habrá estado!

ARZAC —Esto tuvo su epílogo esta mañana en la cancha de pelota de Sotoca.

Se jugaba un partido de pelota entre los arribeños: Blandengue, Cabecitas y Falucho, y los vizcaínos Manopla, el Toro y Narigueta. Cuando el partido estaba dudoso y pendiente de un punto más, el diablo de Blandengue tomó la pelota y de una bolea la echó al otro extremo de la vereda de enfrente y como atravesó la pared de la cancha, Manopla se quedó mirando sin poder arrestarla, con lo que se armó una disputa acalorada sobre si el partido estaba ganado ó perdido por los paisanos. Los arribeños, los castas y muchos patricios del 3º que allí estaban, tomaron la cosa como suya y entraron á favor de los paisanos y de las disputas á los trompis no hubo gran trecho.

Martincho tomó las de Villadiego dejando una apuesta de veinte duros que había hecho. Hubo heridos y estropeados y los nuestros al grito de ¡viva la patria! se hicieron dueños de la cancha.

VIEYTES —Sí, amigos, el ánimo está en su máximum. Es inútil contenerlo, como es inútil contener las furias del huracán cuando se desata airado.

ESCENA 7ª

MORENO y DICHOS

MORENO —(Entrando) ¡Viva la patria!

TODOS —(De pie) ¡Viva la patria! (Se sientan á poco de haberlo hecho Moreno).

MORENO —¿Y, muchachos, estamos dispuestos?

VIEYTES —No debe preguntarse eso. Mientras existan patriotas siempre habrá hombres dispuestos á consumar la obra.

MORENO —Están al tanto de la farsa de Cisneros ¿no es cierto?

CASTELLI—Estamos informados.

MORENO —Bueno, pues, ¿qué pensamos? El tiempo urge. No estoy de acuerdo con Cornelio en tomar las cosas con dulzura. Creo que aquí debe obrarse pronto y enérgicamente. Nosotros peligramos. La causa que defendemos necesita de este golpe de audacia.

VIEYTES —Acaba de retirarse Darragueira para alborotar al pueblo.

MORENO —Mañana aparecerán los bandos.

CASTELLI—No han de aparecer.

MORENO —¿Cómo?

CASTELLI—Nos hemos propuesto arrancarlos todos esta madrugada y arrebatarlos si es el caso de manos de los pegadores.

MORENO —¿Confían en el resultado?

TAGLE —Sí, confiamos.

MORENO —¿Seguros?

CASTELLI—Seguros.

MORENO —Eso es algo, pero no todo. Hay más que hacer. No basta impedir la junta escrita, es necesario impedir la junta en realidad. Ya no queremos contemporizar y es preciso convocar al verdadero pueblo para deponer al Virrey y formar gobierno nuevo y propio, y esto es necesario hacerlo pronto para no dar tiempo á Cisneros á intrigar y á armarnos alguna traición.

VIEYTES —Sin embargo, con el nuevo Cabildo tendríamos una ayuda, entrando á formar parte de él Anchorena y Leiva.

MORENO —No creo en tal confianza; por Anchorena sí; pero no por Leiva. Leiva es un hombre de dos caras que nunca se atreve á manifestar claro si es patriota ó servil. No debemos esperar en ningún Cabildo. No debemos admitir ningún arreglo insidioso; no debemos satisfacer nuestros anhelos con esta farsa. Queremos más. No queremos levantar nuestro edificio con materiales arruinados del anterior, queremos presentar á la faz del mundo una nueva y gloriosa nación.

ESCENA 8ª

FRENCH y DICHOS

FRENCH —(entrando) ¡Muera la farsa!

MORENO —¿Qué hay? (de pie).

FRENCH —Acaba de firmarse el decreto de la nueva junta. Mañana á primera hora festejarán los godos el triunfo con salvas.

MORENO —Llegó el momento de consumar la obra. (Los demas de pie ocupando Moreno el centro).

Adelante patricios, el fuego ha comenzado, ni un segundo más. He aquí la bandera revolucionaria. (Saca una proclama que lee).

«Si dentro de las veinticuatro horas no se declara Cabildo abierto, el pueblo obrará por su cuenta sin consideración á nadie, porque esto no admite ya vacilaciones.»

«El pueblo quiere ser soberano y libre.»

Preparad á Martín y Manuel, hablad á todos, decidles que abran sus venas para arrojar á borbotones la sangre redentora en holocausto á la causa de este girón de tierra americana. *¡España tutelar, has fenecido!*

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO 2°

El Cabildo en la madrugada del 25 de Mayo de 1810. Puerta practicable al foro, defendida por vizcaínos armados. A la derecha balcón practicable suponiendo mire hacia la Plaza de la Victoria. En medio de la sala y á lo largo una mesa rodeada de sillas. Sobre la mesa libros, entre ellos el Evangelio; papeles y escribanía. A los costados de la sala, sillones formando círculo. En las paredes el retrato de Fernado VII, el escudo de España y banderas españolas.

En primer término, izquierda, Cisneros sentado en el primer sillón. Parece estar poseído de alguna idea desesperante pero sin perder su estado de ánimo. En segundo término, izquierda, Leiva, Lezica, Solá y varios cabildantes en actitud meditabunda.

Segundo término, derecha, Saavedra y Castelli dialogan acaloradamente. De tanto en tanto se oyen gritos del pueblo que dicen: ¡Viva la libertad! ¡Abajo el Virrey! ¡Queremos un gobierno propio! etc.

ESCENA 1ª

SAAVEDRA—(Dirigiéndose á Lezica y tratando de que no se entere Cisneros). La cosa es seria, amigo Lezica. Yo estoy sindicado de traidor porque contuve hasta hoy á los paisanos, aconsejándoles moderación hasta que ustedes llamaran al pueblo por los resortes legítimos. No tengo más remedio, pues, que ponerme á la cabeza y quién sabe lo que sucederá. Trate usted de convencer al señor Cisneros que esta resistencia no puede durar más tiempo.

LEZICA —¿Pero cómo quiere que su autoridad se someta á esta imperiosa solicitud del pueblo? Tratará por todos los medios de contener el alboroto.

SAAVEDRA—Es inútil tomar medidas. Yo les aconsejo no retener ni aumentar con la violencia este entusiasmo popular. Si persisten en ello, ustedes serán responsables de lo que suceda.

LEZICA —Señor Cisneros (á Cisneros); acábame de manifestar el señor Saavedra que el pueblo no dejará la plaza hasta tanto no se resuelva aceptar las imposiciones que presenta.

CISNEROS —(Con desprecio). ¿Y cuáles son esas imposiciones?

SAAVEDRA—(Tomando la palabra). El pueblo quiere que el señor Cisneros abdique de su mando.

CISNEROS —Pueblo insaciable. Solicitáronme Cabildo Abierto para el 22 y lo tuvieron, pretendieron el nombramiento de una junta y así se hizo. ¿Qué más puede pretender? Eso que usted me dice, Saavedra, no son más que vociferos de una turba sediciosa. Por ahora no estoy dispuesto á resolver nada. Cuento con la lealtad de los comandantes y he de mantener la fidelidad que todos debemos á Fernando VII, nuestro Augusto Soberano.

CASTELLI —Señor Cisneros. No es turba de sediciosos la que bulle en la plaza, es el pueblo todo de Buenos Aires que cree que Cádiz no tiene derecho de llamarse representante del Rey y por ende de gobernar á América.

CISNEROS —(Aparentando no dar importancia á lo oído). Creo, señor Saavedra, que puedo confiar en su apoyo de la misma manera que otrora secundara á Liniers.

SAAVEDRA—Las circunstancias han cambiado, el mismo pueblo que antes ayudara á Liniers es el que ahora quiere ver respetados sus derechos propios desde que ya no existe en España autoridad alguna que pueda gobernar á esta Colonia.

CASTELLI —(Enérgico). Desde este momento, señor Presidente de la Junta, dejamos de pertenecer á ella, Saavedra y yo. Nuestras renuncias están prontas. (Saca dos cartas que coloca sobre la mesa).

CISNEROS —Esperemos á mañana.

CASTELLI —Es inútil y es imposible. No hay tiempo. La borrasca está encima, revienta por momentos, como puede usted mismo comprobarla, y nosotros no podemos separarnos de la línea en que nos colocan nuestros compromisos y lo que debemos á la tierra en que hemos nacido.

CISNEROS —Yo, de mi parte, no admito tales renuncias. Este no es pueblo y no tiene derecho á influir en la menor innovación de lo que está resuelto y hecho. Tenemos el mando de las armas y estamos obligados á contener con ellas á los descontentos, sino la Junta se hará responsable de este delito.

SAAVEDRA—Si usted no la acepta, nosotros no la retiramos.

CASTELLI —No permanecemos un momento más en el seno de ella. (Tomando las cartas, las rompe y las arroja á los pies de Cisneros, saliendo luego con Savedra). Hemos concluido.

ESCENA 2ª

DICHOS menos SAAVEDRA y CASTELLI

CISNEROS —(Da un paso al frente en actitud ofensiva, luego reacciona, va resueltamente al balcón, observa durante un segundo y v uelve á sentarse apoyando la cabeza entre sus manos. Breve pausa.)

Hemos perdido las últimas esperanzas que nos quedaban para mantener nuestro puesto. Creía que con Saavedra tenía lo bastante para fusilar y dispersar al pueblo, hoy estoy convencido de que no era hombre capaz de volverse contra él.

LEZICA —(Que se le habrá ido acercando al balcón.)

La plaza está ocupada á pesar de la llovizna que cae; con todo noto poco á la juventud.

LEIVA —Ya podemos imaginar el rumbo que habrán tomado. Entre poco nos caerán en tropel armados y enceguecidos.

CISNEROS —¿Qué camino nos queda? ¿Atender cobardemente á las imposiciones del populacho ante su actitud enérgica y decidida?

LEZICA —No debemos transigir.

LEIVA —Antes la fidelidad al Rey que las imposiciones de esta plebe.

CISNEROS —Pero todo nuestro esfuerzo resultará estéril. Sucumbiremos sin obtener nuestro objeto. ¿Dónde apoyar nuestro brazo? No veo ningún comandante que se haya ofrecido al frente de su cuerpo para prestarnos su ayuda. Estamos completamente abandonados.

PUEBLO —(Gritando). ¡Al Cabildo! ¡Al Cabildo!

CISNEROS —(De pie). ¿Qué exigen, Lezica?

LEZICA —(Asomándose al balcón). Gente armada se dirige hacia aquí. Llevan una divisa blanca y celeste en el ojal. Dos jóvenes se encargan de repartirlas y el pueblo las solicita ávidamente para luego ostentarlas.

CISNEROS —¿Quién los guía?
LEZICA —Noto á Saavedra, Moreno, Belgrano, Castelli y varios otros nativos.
CISNEROS —Estamos perdidos.
LEZICA —(Volviendo del balcón).
Con la fuerza debemos impedir esta invasión.
(Saca su pistola).
CISNEROS —Guarde, amigo, eso. No abra usted la brecha. Oiremos lo que pretenden.

ESCENA 3ª (1)

Chiclana, French, Berutti y varios otros tratan de forzar la entrada del foro, pero serán retenidos por los guardias encargados de custodiarla.

CHICLANA—¡Permítasenos la entrada!
LEZICA —Orden, señores. ¿Qué es lo que ustedes quieren?
FRENCH —La deposición inmediata de Cisneros.
BERUTTI —Ahora mismo.
CISNEROS —(Acto de ira) ¡Infames!
LEZICA —Señores, para poder oirlos á ustedes con calma, necesitamos orden. Que se presente alguien que traiga la voz de ese gentío y entonces entrará para que hable por todos.
(En este momento se adelantarán Berutti, Chiclana y French, y al hacerlo otro cualquiera se interpondrá Lezica diciendo:)
Basta señores, con los presentes hay suficiente.
(Los guardias impedirán el estacionamiento en la puerta y el pueblo desaparecerá.)

CHICLANA—(Al pueblo de la puerta y al ver la actitud de los guardias).
Obedezcan, compañeros, y esperen abajo mientras tratemos las cosas.
(Cisneros ocupará el proscenio rodeado de los cabildantes. En segundo término la representación de los patricios.)

CISNEROS —¿Qué objeto os trae?

(1) De ahora en adelante, los patricios entrarán á escena con dos cintas en el ojal, una blanca y otra celeste, French y Berutti las llevan en los sombreros.

CHICLANA—Como es sabido, el cetro real español ha terminado su imperio en la metrópoli; estas colonias regidas hasta el presente por elemento emanado de aquel centro, han perdido también su autoridad. De manera, pues, que este pueblo haciendo uso de un legítimo derecho que le pertenece, desconoce la autenticidad de la Junta presente y desea reemplazarla por otra formada de su seno.

Lo que nos trae en este momento ante los miembros del Cabildo es pedir la dimisión de su mando y la instalación de una Junta popular cuyos componentes aquí traemos. (Sacará un pliego de papel, con los nombres de los miembros de la Primera Junta, que entregará á Cisneros, quien sin reparar en dicha lista arrojará el pliego sobre la mesa volviendo á tomarlo Chiclana.)

CISNEROS—(Contrariado). Esto, señores, no puede ser. Traería el cambio radical de todo el orden monárquico sin consultar la opinión de todos los demás pueblos del virreynato.

CHICLANA—De ninguna manera, porque si el señor Cisneros hubiera leído la representación que un momento ha puse en sus manos hubiera encontrado un proyecto de convocatoria á un Congreso formado por representaciones de esos pueblos, hechas con libertad.

CISNEROS—Pues citemos antes el Congreso y luego se hará lo que se resuelva.

CHICLANA—No, señor, eso no puede ser, porque si bien otros pueblos tienen el derecho que tiene el de Buenos Aires á pronunciarse, ellos no pueden negar el derecho que tiene el de Buenos Aires á pronunciar su voto primero, y exigir que el Congreso sea elegido con libertad y no como un cuerpo servil de los europeos que los gobiernan y que tienen allí fuerzas para sofocar su voto como sucedió el año anterior en Chiquisaca y La Paz.

CISNEROS—Podríamos citar nuevamente á otro Cabildo Abierto como el 22, y estar á la espectativa de lo que en él se trate y apruebe.

CHICLANA—El Cabildo ha excedido escandalosamente las facultades que se le dieron el 22 y ha intrigado para perdernos.

CISNEROS —(Irritado). Modere usted sus palabras, si no lo haré retirar de la sala.

CHICLANA—(Adelantando un paso). Ni me modero ni me salgo. Lo que digo es lo que le dice el pueblo, y usted no tardará en verlo tras breves momentos si persiste en sus razones.

CISNEROS —El Cabildo es una corporación honrada.

CHICLANA—No lo es. En el Cabildo Abierto del 22, que obró como soberano, como soberano también resolvió separar absolutamente del gobierno al señor Cisneros y retirarle el mando de las armas; y aunque es verdad que defirió en el ayuntamiento la elección de los miembros del nuevo gobierno, no se ha podido ni debido nombrar otros que aquellos que expresaron la mayoría como Saavedra, Peña, Rodríguez, Moreno, Castelli...

CISNEROS —El señor Saavedra y el señor Castelli entraron á formar parte de la Junta.

CHICLANA—Esta fué una intriga. Pretendieron convencernos con ese juego infeliz. La mayoría no podía competir con esta minoría. De manera, pues, que quedábamos como antes. Esta fué una treta que muy mala impresión causó en el pueblo. No fué otra cosa que un abuso de la facultad concedida.

CISNEROS —Bueno, señores, basta. Citaremos á los comandantes de la fuerza, que son vecinos aptos para opinar y votar. Los comandantes nos darán á conocer la disposición en que están y deliberaremos con ellos.

Ustedes pueden retirarse que mandaré llamar al momento á los comandantes.

CHICLANA—Vámonos compañeros. (Salen).

ESCENA 4ª

DICHOS, MENOS CHICLANA, BERUTTI Y FRENCH

CISNEROS —(Toma asiento y redacta una nota). Señor Lezica, usted se encargará de entregar esto á uno de los soldados que están custodiando los portales, para que la lleve al cuartel de enfrente y avise á los comandantes. (Firma y entrega la nota á Lezica que sale y á poco vuelve).

Es inútil toda oposición; obraremos conforme á los deseos que manifiestan y que parecen sostener con toda entereza. (Entra Lezica). (Aparte). ¡Si al menos contáramos con una ayuda en los comandantes!

LEZICA —Los portales están casi derribados, allí debajo hay una masa enorme que lucha á brazo partido con los guardias. Algunos de éstos están heridos. La excitación es enorme. Claman libertad á voz en cuello.

CISNEROS —Es el mismo pueblo terrible que expulsara en las memorables jornadas del 1806 y 1808 á los invasores ingleses. Debemos convencernos, señores, que ya cuenta en su seno con energía suficiente como para sacar de él la cabeza dirigente de sus actos.

Nuestra oposición debe ser relativa. Claro está que no debemos cejar á las primeras instancias, puesto que debemos mantener hasta el último momento la monarquía que representamos, que grande en otra época hoy casi ha desaparecido ante la ambición absurda de un conquistador fanático.

LEZICA —Señor Cisneros, nuestro puesto es éste y no debemos abandonarlo.

CISNEROS —¿A quién recurriremos para coronarnos en caso que sepamos mantener íntegra la dominación española en esta colonia? A nadie, pues no tenemos rey. Luego...

LEZICA —Luego, señor Cisneros, acaba por convencerme. Obremos según el dictamen de nuestras conciencias.

CISNEROS —Es lo único que cabe.

ESCENA 5ª

DICHOS y los comandantes: ROMERO, MARTIN RODRIGUEZ, QUINTANA, ORDUÑA, LECOCQ y otros.

Los comandantes tomarán asiento á derecha é izquierda del proscenio. Cisneros, sentado como en la anterior, los cabildantes en las sillas del fondo. Leiva estará á la derecha del señor Cisneros y Lezica á la izquierda.

CISNEROS—Os ha convocado el Cabildo para daros á conocer el momento crítico por que pasa, después de haber resuelto y enajenado las facultades que se le habían acordado el 22.

Invita á los jefes á que apoyen leal y honradamente á la autoridad legítima y prudente con que se ha satisfecho á las exigencias del pueblo. Permitir lo contrario es encender la guerra civil con el resto de los pueblos, y un delito de rebelión grave contra la Junta de Cádiz, depositaria en estos momentos de la autoridad real, abandonando en mano de los tumultuosos la parte más honorable y pudiente de los vecinos que son fieles súbditos del rey de España, á quienes hasta hoy amparan sabias leyes. Por otra parte, los jefes prestigiosos y leales que retienen el mando y las fuerzas en todo el resto del virreynato, no han de consentir en la violencia con que se les quiere dar una autoridad soberana intrusa sobre lo que ellos ejercen en nombre del monarca.

El Cabildo cree que en vista de todo esto ustedes no vacilarán en sostener la autoridad instalada y jurada, por lo cual espero que manifiesten francamente si se puede contar con las armas de su mando para sostener al gobierno establecido.

ROMERO —(De pie). Tomo la palabra en nombre de mis colegas y compañeros á quienes guía sobre el asunto una misma idea. Ante todo, debemos confesar al Cabildo que no es posible sostener la elección del Virrey como presidente de la Junta. Las tropas y el pueblo están indignados y nosotros no tenemos autoridad para darle apoyo al Cabildo, porque estamos convencidos de que no se nos obedecerá, tal es la efervescencia que reina en los cuarteles y entre los hijos del país. Si el Cabildo se obstina en lo que ha resuelto, nos será imposible evitar que la tropa se venga hoy á la plaza y cometa toda clase de excesos contra el Cabildo mismo y contra la persona del señor Cisneros (contracción en éste) hasta formar por sí sola un gobierno de su gusto. No debemos ilusionarnos. El pueblo ha consignado ya lo que quiere y también ha determinado á las personas que desea ver en el poder. (En este momento se oyen gritos de: ¡Basta de tregua! ¡Queremos que se resuelva pronto!

etc., y ruidos de luchas, que se acercan. Se suspende el diálogo y todos se ponen de pie.)

LEZICA —Contenga usted, señor Rodríguez, (dirigiéndose á éste) al pueblo; trate de apaciguar el tumulto.

RODRIG. —Lo haré si el Cabildo me autoriza á informar al pueblo que desiste de su empeño y que queda separado de todo mando el señor Cisneros. (Crecen los gritos.)

CISNEROS —No hay más remedio, señores, que consentir y creo que debemos hacerlo pronto y muy pronto. Yo, por mi parte, renuncio de mi cargo.

RODRIG. —(Tanto él como los demás darán muestras de satisfacción y los cabildantes de abatimiento.) ¿De manera que queda separado el Virrey Cisneros? Voy á dar la noticia. (Sale.)

ESCENA 6ª

DICHOS MENOS RODRIGUEZ

CISNEROS —He consumado mi obra. Yo me retiro. Haced vosotros. (Observa la sala, contempla un breve momento el retrato del rey y luego se retira al interior. Breve pausa.)

ESCENA 7ª

RODRIGUEZ, FRENCH, BERUTTI Y DICHOS

LEZICA —(En voz alta.) Orden, señores.

BERUTTI —(Dirigiéndose á los cabildantes.) Venimos en nombre del pueblo á retirar nuestra confianza de manos del Cabildo. El pueblo cree que el ayuntamiento ha faltado á sus deberes y que ha traicionado el encargo que se le hizo; ya no se contenta con la separación del virrey. Renunciando la Junta, el Cabildo ha perdido su prestigio y el pueblo asume la facultad de nombrar otra nueva Junta formada con elementos que él desea, con la condición de enviar una partida de 500 hombres al interior á fin de que libres de los que lo esclavizan puedan enviar sus Diputados que han de venir á resolver la nueva forma de gobierno que al país debe darse.

LEZICA —Ustedes no pueden pretender asumir la representación del pueblo.

BERUTTI —Para prueba basta lo siguiente: (marcando bien las palabras). Si ustedes no aceptan lo propuesto, se atendrán á los resultados fatales que van á producirse, porque de aquí vamos á marchar á los cuarteles á traer á la plaza la ira de las tropas que están reunidas en ellos y que ya no podemos ni debemos contener en el límite del respeto que hubiéramos deseado guardarle al Cabildo.

LEZICA — Ya que insisten en tal representación, ella debe constar por escrito.

BERUTTI —(Entregando unos pliegos que traerá de antemano.) Aquí está.

LEZICA —La formalidad de los actos y de las responsabilidades que vamos á tomar todos con este paso, nos exige que nosotros veamos y oigamos á ese pueblo en cuyo nombre nos hablan ustedes. (Hojeando los pliegos.) Vemos aquí por escrito un número considerable de comandantes, oficiales y religiosos que piden lo que ustedes han formulado de palabra; pero es necesario que de propia voz ratifiquen su pedido.

Congreguen á todo ese pueblo en la plaza, y el Cabildo saldrá al balcón á leerles este pedido y veremos si es eso lo mismo que pretenden.

BERUTTI —Hace tiempo ya que el pueblo está congregado en la plaza. (Dirigiéndose al balcón.) Pueden ustedes contemplarlo.

LEZICA —(Asomándose apenas.) ¿Y dónde está ese pueblo? Nosotros no vemos allí sino un número reducido de individuos.

BERUTTI —(Fuera de sí.) Esto, señores, ya pasa de juguete. El pueblo en cuyo nombre hablamos está armado en los cuarteles y una gran parte del vecindario espera en otros lugares para acudir con armas al primer llamado.

¿Quieren verlo? Toquen la campana ó nosotros generala y llegará ante ustedes la cara de ese pueblo cuya presencia echáis de menos.

Sí ó nó. Decididlo ahora mismo. Un «sí» os salva; un «no» os abisma.

LEZICA —Un momento. (Se asomará al balcón y leerá en alta voz.) Señores, el Cabildo se considera impotente ante la fuerza y los desastres con que se le amenaza.

PUEBLO —(Gritos.) ¡Abajo el Cabildo!

LEZICA —(Alzando la mano en ademán de solicitar silencio.) Señores... Cediendo al tumulto y á la violencia, cede á lo que se le impone. Los carteles del bando que se habían mandado fijar en las esquinas han sido arrancados y arrojados al lodo de las calles, y los mismos empleados que los llevaban han sido despojados y estropeados.

PUEBLO —(Gritos.) ¡Muy bien hecho!

LEZICA —Por desgracia vemos que ésta es una rebelión abierta; y, por consiguiente, antes de entregar el mando al nuevo gobierno, el Cabildo cesante establece las siguientes condiciones...

PUEBLO —(Gritos.) ¡Dígalas! ¡dígalas!

LEZICA —La primera es que la nueva Junta se responsabilice por el orden público y por la tranquilidad del pueblo. La segunda que no se impongan nuevas contribuciones. La tercera que la Junta llene las vacantes por elección de su seno...

PUEBLO —(Gritos.) ¡Sí! muy bien. ¡Aceptado!

LEZICA —Y por último que el Cabildo quede con autoridad suficiente para vigilar la conducta de la Junta.

PUEBLO —(Gritos.) ¡No! ¡De ninguna manera!

LEZICA —Pero, señores, el Cabildo no procederá en eso sino con justas razones.

PUEBLO —(Gritos.) ¡No, señor! ¡Fuera el Cabildo! ¡Pronto la Junta!

BERUTTI —¿Qué esperamos? ¿Han oído ustedes la voz popular? ¿Qué resuelven? ¿Sí ó nó?

LEZICA —Sí, señores, todo está concedido. Pero antes necesitamos unos breves momentos para dejar constancia de este acto y formar los bandos. Que suban los componentes de éste para firmarlos y prestar juramento. (French sale. Lezica se dirige á la mesa, toma un pliego y escribe. Los demás cabildantes en silencio siguen lo escrito con la mirada.)

Señor Leiva (le entrega lo escrito) ponga en conocimiento del pueblo lo redactado.

LEIVA —(Toma el pliego, se dirige al balcón y lee.) Atención, señores: quedan anuladas las resoluciones y las actas de los días 23 y 24; y hoy, 25 *de Mayo de* 1810, queda constituída la Primera Junta popular de gobierno formada por los señores: Cornelio Saavedra, Mariano Moreno, Juan J. Paso, Manuel Belgrano, Juan Larrea, Juan J. Castelli, Manuel Alberti, Domingo Matheu y Miguel Azcuénaga.

PUEBLO —(Gritos.) ¡Viva la Junta! ¡Viva el gobierno propio! (Estos gritos perdurarán por breves momentos mientras se oyen los ecos del redoble de campanas, disparos de bombas, etc. Mientras esto sucede van llegando á escena los miembros de la Primera Junta y se efectúa la trasmisión del mando y el juramento.)

ESCENA 8ª

DICHOS y SAAVEDRA, MORENO, BELGRANO, PASO, MATHEU, CASTELLI, LARREA, ALBERTI, AZCUENAGA y FRENCH.

LEZICA —(Dirigiéndose á los cabildantes.)

Ocupemos nuestros puestos.

(Lezica ocupará el centro de la mesa, Leiva su derecha y los demás por orden, á ambos lados, tomarán asiento. Los comandantes ocuparán simétricamente el primer término derecha y los miembros de la Junta el primer término izquierda. Todos quedarán de pie, formando cuadro.)

¿Están todos?

BERUTTI —Todos.

LEZICA —(De pie, los cabildantes harán otro tanto. Lezica apoyará una mano sobre el Evangelio.)

En nombre de Dios y el rey, por su santa gracia puesto en el trono de España, nuestro amado soberano el señor don Fernando VII, declaramos, nosotros, miembros del Cabildo de la ciudad de Buenos Aires, que compelidos por la imposición popular llevada hasta la amenaza de muerte, nos vemos obligados á deponer la autoridad depositada en nuestras manos por S. A. R. y permitir en su lugar una

Ahora, á regir los destinos de esta tierra que se levanta ante el mundo como una semilla que revienta el terreno para elevar sobre él su energía y su potencia.

(Se levanta el telón de fondo.)

CUADRO

"VISIÓN DE LA PATRIA"

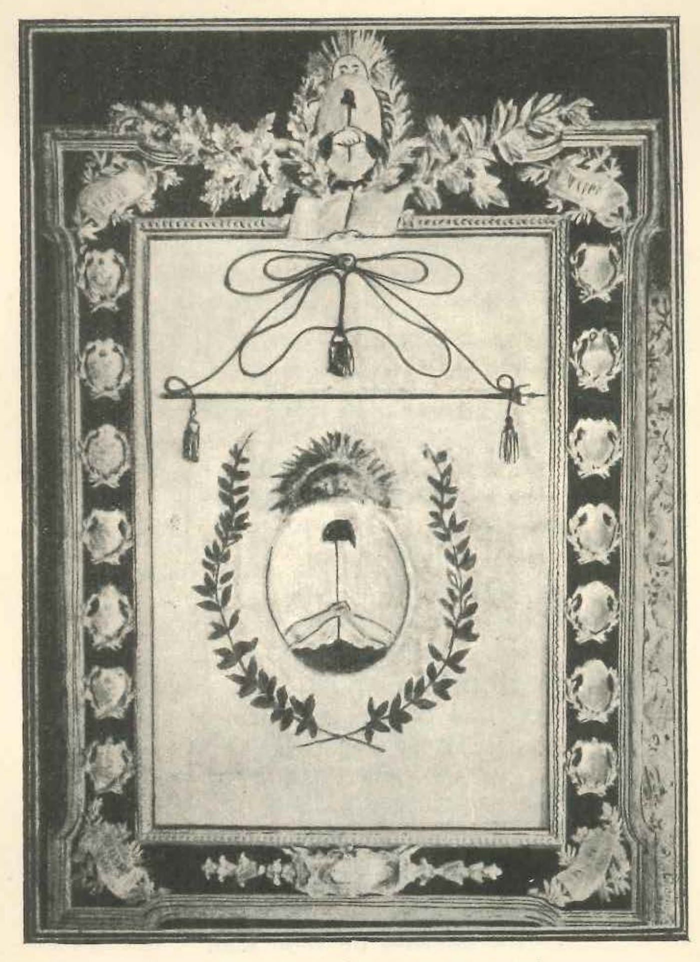
Los miembros de la Junta volverán á la actitud del Juramento, con las miradas dirigidas hacia el Evangelio. Los comandantes harán el saludo militar. El cuadro formado sobre una prominencia se compondrá de: un fondo celeste y sobre él representadas las cumbres nevadas de los Andes, destacándose en medio la República Argentina, teniendo entre sus manos un gajo de laurel. A ambos lados de ésta, alegorías en actitud de pregonar á derecha é izquierda por medio de largas trompetas la aparición de la nueva patria. En forma de declive á derecha é izquierda: la Libertad y la Justicia, San Martín señalando los Andes y Belgrano mostrando la bandera de la que fué creador; dos soldados del Regimiento de granaderos teniendo entre sus manos pliegos extendidos donde se lea Chacabuco en uno y Maipo en el otro; dos soldados del ejército de Belgrano que lleven también pliegos extendidos donde se lea Tucumán en uno y Salta en el otro. Guarneciendo el cuadro ocho soldados, cuatro á cada lado. Dos arribeños, dos patricios, dos cazadores correntinos y dos húsares de Pueyrredón.

A fin de que semeje aun más una visión, es necesario interponer entre el público y el cuadro un telón de gasa color blanco ó rosa muy pálido.

Durante la exposición del cuadro, la orquesta, banda ó piano dejará oir los acordes del Himno Nacional Argentino.

La duración del cuadro y su iluminación quedan librados á los directores de escena como así también la indumentaria de las alegorías.

FIN



LA BANDERA DEL EJÉRCITO DE SAN MARTÍN
(Con el marco en que existe en la Casa de Gobierno de Mendoza)

Romances

XII

Decían su libro de horas
las tres hijas de un abad,
al lado de un dulce fuego
que hacen tallos de arrayán.
Si una voz era de oro,
otra de plata será;
si una voz era de oro,
la tercera de cristal.
Así que el libro decían
la tarde de Navidad.
Entonces no hay golondrinas
que todas muertas están.
La voz de oro que dice,
—Rosa de virginidad.
La voz de plata la sigue,
—Luna nueva, vesperal.
Y ha dicho la voz hermana
—Nos guardes de todo mal.
Pasos oyeron arriba
en la cámara mortal
donde se murió la madre
de los cabellos sin par
que dió para doce reinas
y siempre luengos están.
Los pasos, esos que oían

no cesaban de vagar
y para allá y para aquí
y para aquí y para allá.
Al lebrel que está con ellas
lo vieron del suelo alzar
y erguir los ojos adonde
los pasos vienen y van.
Las tres voces, tres asombros:
—¡Nos guardes de todo mal!
Oyeron luego los ruidos
de dos que entran á luchar,
como en triste antaño, cuando
mató á la madre el abad...
Del techo todo labrado
según el arte oriental,
caen tres gotas de sangre
tres gotas sobre el misal.
Navidad era llegada,
¡Aleluya universal!
Sobre el hombro de la hermana
una y otra va á llorar.

XXI

Desde lo alto de un alféizar
¿qué hacen tres hijas, tres
de un rey de la luenga barba,
tres hijas blondas de un rey?
Desde lo alto de un alféizar
donde se inclina un ciprés,
tres hijas arrojan dardos,
tres hijas blondas de un rey.
Dardos ligeros de acero
vuelan cruzando el ciprés,
vuelan y vuelan los dardos
de las tres hijas de un rey.
—¡Oh, peregrino que al borde
del lago apagas la sed,
oh, peregrino inclinado!

¿qué sientes junto á tu sien?
—Siento un tumulto de alas
y alzo los ojos por ver,
siento un espanto de alas
agonizantes. No sé
si están matando á los cisnes
tres hijas blondas de un rey.
Desde lo alto de un alféizar
tres brazos, que bella sed
de amar por siempre perdieron,
arrojan el dardo cruel.
Están matando á las horas
que se han vivido, las tres
hijas más blondas y al lado
les gritan los ecos que
ya apoya en el alto pórtico
su báculo la Vejez.

XXVI

Vino un hombre á la ribera:
—Pásame, barquero amigo.
—A la barca arroja el sueldo;
vino y arrojó unos lirios.
—Te pasaré porque traes
la juventud de un mi hijo.
Vino un hombre á la ribera:
—Barquero, pásame el río.
—A ver los maravedises.
Vino y enseñóme un libro.
—Te pasaré porque traes
el gesto joven del hijo.
Vino un hombre á la ribera,
vino un hombre junto al río
y no dijo una palabra.
—Pasa amigo, pasa amigo,
tú que traes el dolor
bello y mudo de un mi hijo.
Se sentó dentro la barca

y de allí nunca se ha erguido;
tan pesado era su cuerpo
que mi brazo está sin brío,
que mi remo se ha quebrado
dulcemente, sin un ruido,
que mi barca está en las ondas
deslizando, sin un ruido,
y yo voy en el silencio
de mis años y del río
á arrojar al mar el duelo
bello y mudo de un mi hijo.

ENRIQUE BANCHS.

Buenos Aires, Mayo de 1910.

La mujer y su función social

La función que la mujer es llamada á ejercitar en la sociedad, ha sido siempre materia de ardientes polémicas, y todavía entre los escritores y los sociólogos no existe una doctrina uniforme sobre esta cuestión de tanta importancia.

El tema es siempre de actualidad y vale la pena de tratarlo aunque sea brevemente.

Hay quien considera justo atribuir á la mujer todos los derechos civiles y políticos que la ley confiere al hombre y poner á la mujer, por lo tanto, en una condición de perfecta igualdad con el hombre en la lucha por la vida; otros conceden á la mujer únicamente determinados derechos que le fueron siempre negados por el hombre; otros, en fin, desean mejorar la condición social de la mujer por medio de una gradual elevación moral de la misma.

Sin entrar á discutir todas estas doctrinas en particular, podemos afirmar que los espíritus iluminados y nobles, exentos de prejuicios y de sofismas tan fáciles en este campo, deben desear la regeneración moral y social de la mujer, que durante muchos siglos fué considerada tan sólo como instrumento de placer por el hombre, como un ser secundario de la naturaleza y excluída de todas las manifestaciones del pensamiento y de la acción.

El doctor Thulié, en su obra "La femme" (París. Bibliothéque antropologique, 1885) así describe el estado de la mujer entre los salvajes:

« La promiscuité existe partout, les formes seules diffèrent. L'idée de famille n'est pas encore née, on ne la pressent « même pas; quand la feme n'est pas exclusivement un objet « de plaisir, comme á Taïti, c'est un aide dans les durs tra- « vaux de la vie, un serviteur sur lequel on a tout droit et « envers lequel on n'a aucun devoir; c'est un esclave qui « fait les corvées plus dures, pour lequel on n'a ni estime, « ni égard, ni même compassion; c'est un être inférieur dont « on vent tirer tout le parti possible, c'est un animal do- « mestique á tout faire, et qui même, pour comble de for- « tune, sert de nourriture dans les moments difficiles. »

Y sigue:

« L'homme fossile n'avait pas de femme, mais des escla- « ves femelles, qui, en même temps qu'elles faisaient au « hasard des hommes pour la tribu, suivaient les mâles dans « les plus durs travaux, et étaient chargées du laboeur le « plus pénible. »

El hombre, una vez despojado de los hábitos y de los sentimientos de su estado salvaje, ha rendido siempre homenaje á la gracia y á la belleza de la mujer; ha hecho de ésta un ser divino, simbólico, y la cantó y la glorificó con el verso y con la música; pero nunca quiso admitir el ingenio y la fuerza de la mujer, la superioridad ó cuando menos la igualdad intelectual y física de su compañera. Siempre le fué pródigo de cuidados y de caricias, elevándola hasta los dioses con la pureza de su amor; pero nunca quiso reconocer en esa criatura divina y débil, en esa sirena llena de encanto y de seducciones, un ser igual, sino su esclava, su criada, su protegida, su idea luminosa, su amor, según las diferentes épocas.

El hombre la amó, pero su amor contenía la más grande y potente afirmación de su personalidad, de su superioridad; la demostración solemne de sus excelsas calidades espirituales y de su fuerza física irresistible. La inmortalizó con sus versos y por ella combatió, por ella se sacrificó y murió.

Sin embargo, á la mujer no bastaba ese poder que

ejercitaba sobre el hombre con su belleza y con su gı cia; ella quiso también contrastar al hombre en el te rreno del pensamiento y de la acción. He aquí precisamente la suprema sapiración de la mujer moderna.

Pero como todas las ideas demasiado grandes, también esta aspiración, este vivo deseo de fuerza y de luz contiene algo de irrealizable. Por eso las mujeres más inteligentes y menos fantásticas, conscientes de su verdadera función social y de los últimos resultados de la biología y de la fisiología, han proclamado la regeneración moral y social de la mujer, pero conteniéndola dentro de los límites asignados por la naturaleza, sin querer romper su equilibrio, sin querer modificar los hechos y las funciones de los órganos de la sociedad. Ellas estudiaron profundamente el complicado problema, lo examinaron en todos sus diferentes aspectos, se ocuparon de los casos colectivos sin considerar demasiado los casos individuales, establecieron la regla y notaron las excepciones, llegando así á resultados concretos y exactos.

Esta lucha, este contraste de opiniones y de sentimiento entre las mismas mujeres, ha sido saludable; pues de las exageraciones y de las discusiones nacen los axiomas, las verdades luminosas.

Hay que reconocer, ante todo, que si la mujer ha sido antes la esclava del hombre para llegar á ser, después de sucesivas transformaciones, la compañera del mismo, esta evolución de la condición social de la mujer es un hecho natural, debido al instinto y á la voluntad humana, la resultante de causas y de fuerzas naturales.

Es lógico el fenómeno de la lucha por la vida entre los hombres; sin embargo, en ningún otro campo como en este tuvieron una parte tan grande el artificio, el abuso, la violencia, la malicia, el engaño y el delito, en una palabra, todas las más tristes energías que se esconden en el corazón y en el cerebro del hombre. La mujer, así como es hoy, con sus virtudes y con sus defectos fisioló-

.cos y psíquicos, no es sino el producto de un trabajo ɘcular de selección humana, pues si la mujer tiene tales defectos que la hacen considerar bajo varios aspectos inferior al hombre, estos defectos no son inherentes á su naturaleza, sino son el resultado de la lenta y gradual acumulación de calidades y facultades adquiridas durante largos siglos de sujeción moral y social. Así que si el movimiento progresivo continúa, es dado creer que en un estado de cosas más sano, más justo, mejor ordenado, la diferencia social y mental entre los dos sexos será atenuada.

« Alors il y aura moins de femmes—joujoux et aussi moins « d'hommes brutaux jusqu'a la bestialité, ni l'homme, ni la « femme y perderont et certainement le corps social y gagnera « beaucoup. » (Letourneau—De la condition de la femme dans les diverses races et civilisations—Paris, 1903).

El estudio fisiológico de la mujer, la historia y las ciencias bio-socialógicas, demuestran que la función de la mujer es diferente de la del hombre, que ella no puede dedicarse á todos los trabajos á los que se dedica el hombre, que ella no posee un organismo que la haga capaz de imitar al hombre en los pesados trabajos materiales é intelectuales, que las fases de su vida fisiológica se lo impiden y requieren cuidados y atenciones especiales, que la mujer, en una palabra, no puede ser completamente igual al hombre en sus derechos y en sus atribuciones, por un conjunto de circunstancias y de factores fisiológicos y hereditarios.

Este es el resultado positivo de la ciencia; pero no debe entenderse con eso que la mujer sea moralmente inferior al hombre y que, por lo tanto, deba quedar sujeta al mismo. Sería un grave error.

Cada ser tiene su función social, según su estructura, según el grado de su adaptación al ambiente, según la naturaleza de sus órganos. Ahora bien, la misión de la mujer está en la familia.

Ilustres sabios sostienen, con el subsidio de datos

científicos y de experimentos muy profundos, que mujer de ingenio y que se dedica á labores intelectual es el resultado de una degeneración, una anomalía pato lógica. Es indudable la inferioridad mental de la mujer, en general, pero no creo que deba atribuírsele un carácter absoluto, pues ella es relativa al grado de desenvolvimiento social á que ha llegado la mujer, la cual es perfectible en el tiempo y no tiene límites á su perfeccionamiento.

Tanto el hombre como la mujer contribuyen al mejoramiento gradual de las condiciones de vida del cuerpo y del pensamiento, pero en una diversa forma, por la diferente conformación de sus cuerpos, por las diferentes aptitudes de sus espíritus y de sus órganos. Es esta una ley eterna de la naturaleza, y no es posible infringirla.

La mujer, pues, debe ser la compañera del hombre, integrar y completar las energías, los sentimientos, las pasiones de aquel, sin que exista alguna idea de superioridad moral, pues la mujer ha de ser moral é intelectualmente elevada, consciente de sus derechos y de los límites de los mismos, y progresar en el campo inmenso de la ciencia, luchando también por los más bellos y más puros ideales humanos. Pero no se comprende cómo haya quien, olvidando las calidades fisiológicas y la verdadera misión de la mujer, patrocine la igualdad absoluta con el hombre en la lucha por la vida, en la cual debería naturalmente sucumbir, en vez de cooperar con el hombre al progresivo mejoramiento del individuo y de la humanidad por medio de la ciencia, de la moral y de la educación.

No se obstruya á la mujer el camino de la ciencia y del progreso, no se le niegue ninguna explicación de sus multiformes energías; pero, por el bien supremo de todos, no olvidemos cuál es el puesto que cada uno de nosotros debe ocupar en la sociedad. La mujer en la familia y por la familia, y con la familia en la sociedad y por la humanidad: es esta la fórmula en la cual encierro mis profundas convicciones.

Se ha dicho que el orgullo y la prepotencia de los hom-

bres obstaculizarán el progreso material é intelectual de la mujer, hasta cuando no se concedan á ésta los derechos civiles y políticos que son ahora privilegio exclusivo de aquéllos. No es exacto. Por una larga serie de luchas y de acontecimientos, el hombre ha llegado á un estado de progreso no alcanzado todavía por la mujer, pero hacia el cual ésta se encamina llena de entusiasmo y de perseverancia; es lógico, pues, que al hombre se atribuyan determinados derechos de los cuales no puede gozar la mujer, debido precisamente á su menor evolución.

La mujer, por ejemplo, que privada del sostén de un padre, de un hermano, de un esposo, vive de su propio trabajo honesto y activo, la mujer que, aún siendo madre de familia, deja por algunas horas del día su casa y á sus hijos para ganarse la vida en un empleo, en la noble misión de la enseñanza ó en cualquier otro oficio lícito, no pierde esa poesía, ese atractivo, ese encanto que emana de su naturaleza, no disminuye la estima, el amor de quien le es compañero y amigo, sino al contrario, exalta mayormente su figura, ilumina con una aureola gloriosa la nobleza de su sacrificio y de sus privaciones.

Pero la mujer electora y elegible, la mujer que olvidando otros deberes más santos y más elevados, se deja arrastrar en el vértigo de las pasiones políticas, en la lucha de partidos, de personas y de ideas, en las discusiones y polémicas violentas con sus adversarios, esa mujer pierde toda la gracia, toda la gentileza que emana de ella como de una flor perfumada y delicada.

Indudablemente hay reformas que se imponen para la regeneración social de la mujer y cuya actuación es necesaria, pues las mujeres son las únicas personas á quienes las leyes modernas nieguen ciertas capacidades por razón de nacimiento. Como antiguamente los esclavos, las mujeres nacen con el signo indestructible de una inferioridad jurídica. Esas reformas no marcarán un obstáculo en el camino del progreso, sino al contrario, una luminosa ascensión de la humanidad hacia un porvenir de una más sana justicia. Es un deber del

hombre cooperar con la mujer y ayudarla en esta noble obra de elevación y de redención; pero es necesario proceder muy cautos y serenos, sin perder nunca de vista la función que la mujer ha de desempeñar en la sociedad.

Mejorar la condición social de la mujer, garantizarle el ejercicio de sus derechos, darle una educación completa y apropiada á sus funciones, ponerla por medio del matrimonio en condición de cumplir con sus deberes sociales y protegerla en el cumplimiento de los mismos, es no solamente hacer obra de justicia, sino también cuidar de la prosperidad nacional y al mismo tiempo de la felicidad colectiva, en una palabra, favorecer la evolución progresiva de la especie humana.

La desigualdad innegable entre los dos sexos, no significa inferioridad ú opresión, sino simplemente diferencia; la mujer y el hombre ocupan en el mundo puestos diferentes, y sus atribuciones, pues, sus funciones, deben ser diversas. Pero no se constituyan jerarquías, pues la mujer es el natural complemento del hombre.

Yo no creo en el "feminismo" espurio que bajo el nombre de lucha de sexo quiere mover guerra al hombre y hacer de la mujer un hombre: eso es contra la naturaleza, contra la belleza y el amor. Creo en cambio en el "feminismo" que eleva la mujer, que mira á la reivindicación de su personalidad, que le abre todos los caminos del progreso y de la cultura, pero que le deja intactos todos sus femeniles atractivos. No un "feminismo" que destruya lo que hay de más puro y de más sagrado en la mujer—el amor y la familia—sino que aumente y refuerce los vínculos espirituales entre los dos seres.

ALFREDO LOMBARDI

Buenos Aires, Mayo de 1910.

Lectura para niños

LA ULTIMA LECCIÓN DEL MAESTRO

I

Inusitado movimiento se nota en la escuela de la aldea. Hombres, mujeres y niños llegan silenciosos hasta la augusta casa en que el viejo maestro enseña desde hace tantos años, y de sus ojos brotan lágrimas, que arranca un profundo dolor. Es que el viejo apóstol del bien, el querido maestro, está enfermo, tan enfermo, que hasta la esperanza de salvarlo muere...

Tres generaciones han pasado por la modesta sala de su escuela, ávidas de inspirarse en su no desmentida virtud y de recibir sus lecciones sencillas y sus consejos siempre sanos, siempre sinceros, generosos siempre.

Todo el pueblo ha escuchado su palabra evangélica y ese pueblo agradecido, ante la triste realidad, solloza y ora, con el profundo pesar y la sinceridad profunda, de la madre que despide al hijo que se va para no volver jamás...

Por eso van y vienen, entran y salen, grandes y chicos, para no perder un detalle de aquella vida ejemplar que se extingue, entre afectos y lágrimas que endiosan...

¡Cuántas veces el maestro austero olvidó sus dolores para acudir en socorro del dolor ajeno! ¡Cuántas veces se le vió, como si fuera un pastor de almas, sacrificar

su descanso para consolar al triste, curar al enfermo y llevar pan al hambriento! Cada casa del pueblo es una página de sus recuerdos, cada hogar un episodio honroso de su vida.

Con poca ciencia, pero con un corazón grande, abierto á todos los sentimientos altruistas, siempre ha enseñado el alfabeto poniendo sobre cada letra una máxima de virtud cristiana, ejemplificada con su propia existencia.

¡Cuántas veces en estos últimos tiempos, en momentos que jugaba con sus chicuelos, escondía una lágrima, como si un pesar oculto le torturase el alma! Y era de notarse entonces que acariciaba de un modo singular á un niño deforme y jorobado, de nombre Antonio, como si hubiera querido arrancar con sus caricias los sedimentos de odio que naturalmente iban depositando en su alma dolorida la evidencia de su desgracia y las travesuras de sus compañeros, más felices que él y que á hurtadillas de su protector y amigo, lo hacían con frecuencia objeto de sus burlas.

Y Antonio reconocía la bondad del viejo maestro para con él: queríalo como si fuese su propio padre.

Antonio era huérfano y por caridad había sido recogido en casa de unos labradores, donde no sobraba pan para los extraños.

Gracias á los reiterados pedidos del viejo maestro, se le había dado asilo y se le enviaba á la escuela, aún á pesar de que aquellos humildes labriegos no alcanzaban á comprender qué beneficios obtendría de ella aquel niño infeliz y contrahecho.

Y el buen maestro quería al pobre Antonio, como quieren los padres á sus hijos. Su primer caricia era para él, como lo era la primera lección de cada día...

A fuerza de sacrificios había conseguido el noble maestro algunos ahorros que empleaba en obras de beneficencia y en comprar ropa y libros para sus alumnos más pobres.

Antonio era uno de los preferidos siempre: no le faltaba un buen trajecito dominguero, ni libros, ni cuadernos, ni algún juguete de tarde en tarde.

II

La triste nueva ha corrido por el pueblo con la celeridad del rayo.

El viejo maestro ha muerto.

Doblan tristemente las campanas de la vecina iglesia, y lloran los niños, las mujeres y los hombres.

Ha caído el apóstol y su caída ha clavado un dardo en cada corazón.

Y en incesante caravana, llegan á la casa mortuoria las sencillas gentes del pueblo, regando con sus lágrimas las flores de la gratitud que depositan sobre el féretro. Y entre los grandes, se deslizan los niños, los niños queridos del viejo maestro, que se acercan en puntillas de pie, para ver por última vez el rostro venerable de su viejo amigo, que parece sonreir, como si quisiera detener la ola de dolor que avanza, tristemente avasalladora.

Entre los niños, está Antonio, que se ha abierto paso, con las manos cargadas de flores de los campos.

Tiene el pobrecito los ojos hinchados de tanto llorar.

Junto al ataúd, solloza y reza, semejando á la luz de los cirios que oscilan tristemente, el ángel del dolor.

III

Terminadas las honras fúnebres, tan sencillas como solemnes, decretadas con rara unanimidad por aquel pueblo agradecido al viejo maestro, se hizo público el testamento de éste, que fué, podemos decirlo, su última lección.

El documento, escrito con mano temblorosa, decía:

"Es el momento de morir y á Dios entrego tranquilo mi alma. No tengo bienes de fortuna, ni me preocupé nunca de adquirirlos, convencido de que la felicidad no se compra con dinero. En medio de mi pobreza, me he considerado siempre feliz, y si algún dolor ha llevado sombras á mi alma, ese dolor no ha sido el propio.

"En esta hora de prueba, me acompaña el recuerdo de este pueblo, á quien debo los días más felices de mi existencia, y veo á mis niños, hechos hombres ya, abriéndose paso á través de la vida... Sólo una sombra, pone una nota triste en el cuadro: me acuerdo de mi pobre Antonio y pienso si encontrará en mi ausencia el apoyo que necesita en su desgracia... ¡Ah! sí, lo encontrará, porque para él es el anillo que recibí de mi madre, quien en el momento de morir me lo entregó diciendo:—Es talismán infalible: si á tu muerte lo hereda un ser desgraciado, las almas piadosas que por él se interesen recibirán del cielo bendiciones sin fin."

JOSÉ J. BERRUTTI.

Buenos Aires, Mayo de 1910.

El jubileo de León Tolstoy [1]

. . . .

Te aborrezco con toda mi alma, porque has humillado á la Francia. Te quiero porque soy más grande que tú. Te callaste cuando el reloj sonó los ochenta años de mi gloria: yo hablo cuando el péndulo robado y colocado hoy en tu despacho se niega á anunciarte la nueva de tus setenta años.—(Víctor Hugo á Otto Bismarck).

¿Por qué? ¿Qué os hizo el viejo? Acaso el ser viejo y el ser bueno y el ser santo, importe que le digáis tan pronto: Eh, hombre, he aquí tus centímetros, los centímetros que marcan la postura horizontal de tu cuerpo flaco y encorvado; eh, hombre, tu cara es como un pergamino antiguo; y tus ojos, están vidriosos y transparentes como una gelatina; y tu barba es larga y blanca, ¡ni que fuera una de esas sábanas que se utilizan para envolver muertos!...

¿Acaso te olvidaste de dar el beso reglamentario á tus camaradas de siempre: la vaca predilecta, el asno amigo, el arado de dientes cortantes y puntiagudos, el perro fiel que te sonríe meneando el rabo, y que te agradece, velando tu sueño, cuando dormido te quedas en el campo, y que de pronto, en lo mejor de la ruta, pára las

(1) Estas líneas se escribieron cuando Europa festejó como un acontecimiento los ochenta años de León Tolstoy.

Al sacarlas del olvido, lo hago: primero, porque permanecen inéditas, y, segundo, porque no obstante el tiempo transcurrido las ideas que encierran son actuales.—Buenos Aires, Mayo de 1910.

orejas, olfatea la tierra, llena el espacio con sus aullidos, y te clava, te clava hasta lo hondo sus ojazos como dagas, como si temiera perderse, como si presintiera quién sabe qué cosas, que lleva la noche consigo al alma de los perros...

—Pero, bah, nos habíamos equivocado, buen León; una confusión, total, no es un gran delito, no hay tampoco por qué enojarse. Al ir á recoger la leña, para atizar la hornalla, caía nieve, y claro, te puso blanca la cabeza, pero tú eres joven, ¿verdad? Ven, acércate al fuego, el calor concluirá por derretirte esa nieve, ven, acércate.

Hablaremos echando humo, cantaremos al incienso de las pipas renegridas. ¿Y por qué? Cantaremos á las pipas que se ponen negras como las chimeneas, á las pipas que hacen soñar á los marineros en sus buques sucios de carbón, á las pipas que se acompañan con sorbos de ajenjo en las hosterías, á las pipas de los poetas y de los ladrones, y á esas artísticas miniaturas, labradas con oro, encerradas en estuche, conservadas á tratamiento de farmacia, á esas minúsculas pipitas—lujo, y que como lujo pasean los grandes señores excéntricos por parques y jardines,—y cantaremos al humo, rey de la pipa, al humo denso y azul, que se extiende como las nubes, que se colora como las nubes, y que se esfuma como las nubes... pero ven. ¿Qué te pasa? ¿Palideces? ¿Y tu pan de cebada, no lo fabricas ya? Y esa nieve, ¿por qué no se va?

Ahora sí, de veras, buen León, nos habíamos equivocado. Eres joven y temblequeas; eres joven y cada día disminuyes de volumen: te vimos al través de tus páginas. Pero, ponte junto, van á hacer el jubileo de tus canas, la corneta te alegrará á los ochenta años. No en vano ha caído tu semilla, y al reventar y hacerse árbol, ha dado sombra, pero no frutos. Y la sombra es algo, en las travesías por los desiertos, es á donde convergen los viajeros que tienen sed y hambre. Y en

la travesía del gran desierto son demasiados, viejo, los que se han abrevado en tu agua, y los que se han dormido bajo tus ramas. Es que son muchos los viajeros y no hay más que un solo árbol. Y cuando el árbol se desplome, ¿qué será de los viajeros?

Arbol hermano, cuando el Otoño preludie la próxima frialdad de tus tendones, mis ojos han de tener una lágrima y mi memoria un recuerdo para tí.

Y después, la campana de la aldea, por una buena propina, saludará tu cajón de pino; á todos los que pasan les llora igual; y después te pondrán en tu cama, no te hará gran peso descansar sin colchones, porque en la granja lo hacías sobre la madera, que es más dura que la tierra.

Y como tus brazos la hicieron fértil y hermosa, las mejores hierbas crecerán en tu lecho, y tu camarada la vaca sentirá la nostalgia del beso que ahora le dabas, en cambio tú le regalarás el pasto de tu cuerpo, vendrá tu camarada el asno y fraternizará con tu amiga, vendrá tu camarada el perro y ladrará con una infinita tristeza en las noches de luna. Sólo el arado no tendrá en qué trabajar sus mandíbulas, y sus pobres dientes se cubrirán de moho. ¡Un arado en el medio del camino con los dientes mohosos! ¿Y te acordarás de tu madre antes de dar la gratificación al sacristán? Buen León, hazlo así. ¿Y te acordarás de tu casa paterna? Buen León, acuérdate, la casa paterna y la madre común, no se olvidan nunca.

—¿Y tus hijos, me interrogaste? ¡Ah!, tus hijos han de agradecerte el nombre que les legas, las estanterías, los libros que escribiste; y tus camaradas te han de llorar sin duda. Pero la buena ave, esa á la que un día le construíste el nido y la alimentaste con las migas de tu pan y el cariño de tu corazón, esa, ha de cantar en tu tumba. Y los mugiks, al pasar en sus caravanas, con las ropas á la espalda y sus cuerpos á Siberia, han de detenerse y han de rezar.

Oyelos, León, óyelos; es bueno escuchar á los mugiks que van á Siberia. ¡Oh Siberia! Tú ya la conoces; más de una vez recorriste ese inmenso trayecto de hielo perpetuo.

León Deuff te vió cierta vez, con tu larga levita de antiguo cortesano, en la cárcel de no sé qué villa perdida en camino á la ciudad del Invierno.

—El conde León Tolstoy—y el jefe de la guarnición, te atendió como conde, y como Tolstoy que eras. Clavaron en tí las miradas los penados; ya eras el autor de *Redención.*

Deuff iba á cumplir sus diez y seis años siberianos, á su vuelta á Europa te recordó; diez y seis años, no era tiempo suficiente, para relegar al olvido la venerable silueta del buen León.

Siguieron su camino los penados, y tú seguiste el tuyo...

Cruje en mi ventana el viento y no puedo seguir, viejo amigo.

Morirá la última vibración de la última corneta, morirá la frase galana del último poeta que te brinde su saludo, morirá tu carne cristiana y pecadora, arraigada como las plantas á la tierra, pero los niños han de decir lo que no dijeron ni el ruido de los cobres ni el laurel de la corona; han de decir que no son tres, sino cuatro, los Magos que de Oriente siguieron la luz de la clásica estrella: el rey indio, el rey blanco, el rey negro y el glorioso patriarca anciano, con la nieve inmaculada de su estepa querida, indicando con la vista, con su porte y su palabra, la Belén anunciada por los profetas, donde un niño-dios recibía la primer caricia de la estrella y del asno. Y no sabrán los niños que el cuarto mago que sigue la luz de la clásica estrella es él, el Cristo blanco de la biblia nueva, el Cristo nuevo de una leyenda vieja.

JORGE WALTER PERKINS.

Rosario, Marzo de 1908.

Carta de España

En España no es el gobierno el que inicia el avance pedagógico; no parten de él las iniciativas, las reformas ni el esfuerzo por organizar debidamente las escuelas; es el profesorado el que, con su organización, con su labor constante en revistas, congresos y plebiscitos va creando la escuela española, haciendo encarnar en leyes sus aspiraciones. Aquí el progreso pedagógico se realiza de abajo para arriba.

Buena prueba de ello dan los centenares de sociedades de maestros establecidas en la península, sin ningún género de apoyo oficial; la multitud de revistas profesionales, las conversas y congresos que á diario se realizan, etc., etc.; pequeño y pobre todo ello bajo el punto de vista externo, á causa de la excesiva pobreza del maestro, pero pletórico de ideas y entusiasmo que prueban, bien á las claras, que en España hay fuerte renacimiento pedagógico.

Una de las últimas iniciativas es la de las "Misiones Pedagógicas", que llevan á la práctica con gran éxito los maestros de Granada.

Los profesores granadinos, dirigidos por el joven y activo inspector provincial don Gabriel Pancorbo, realizan excursiones á los distintos pueblos de la provincia y á las limítrofes, y allí, en pueblos apegados á la rutina, hostiles á cuanto sea reformas é innovaciones, realizan una intensa labor de propaganda, comprometiendo á todas las clases sociales á prestar su apoyo á

la escuela, á crear obras circum-escolares, á fomentar la asistencia á clase y á hacer estudios agrícolas á fin de renovar los antiguos y groseros procedimientos de cultivo.

Esta labor es tanto más meritoria cuanto que es realizada á sus expensas por maestros que apenas cuentan con medios de atender á su subsistencia.

* * *

Recio conflicto ha provocado el gobierno portugués con el gravamen de fuerte contribución á las rentas producidas por las casas-escuelas. La mayor parte de las escuelas carece de edificios propios, no siendo fácil á los propietarios el cobro de los alquileres; de aquí que se encontraban dificultades para alquilar casas para escuelas.

Mas ahora, con la nueva medida, la casi totalidad de los propietarios se deciden á poner en la calle á los maestros, lo cual determinará un cierre total de escuelas si no varía de modo de pensar el gobierno.

¿Escuela religiosa ó neutral? "La batalla entre derechas é izquierdas ha de darse en España precisamente sobre este terreno de la enseñanza", han dicho los altos políticos del país; y estas palabras pintan de un todo el carácter del actual conflicto pedagógico. No son los amantes de la escuela, no son los pedagogos y profesionales los que plantean el problema del matiz religioso que debe tener la escuela; son las derechas é izquierdas que casualmente se encuentran en este terreno y en él combaten.

La escuela debe ser religiosa, dicen los clericales, y celebran mitines y manifestaciones que no son más que revistas de fuerzas reaccionarias. La escuela debe ser neutra, dicen los liberales, y sus reuniones y mitines no son más que manifestaciones anticlericales.

¿Qué hace entretanto el magisterio? Permanece inpasible presenciando la contienda sin tomar parte en

ella; no por falta de opinión y deseo, sino por que está temeroso de llevar á su seno gérmenes de discordia, hoy que tan necesitado está de fuerte unión para hacer comprender á esas derechas é izquierdas que tanto gritan que aquí lo que hace falta es formar la escuela pública, organizarla debidamente en calidad y número para combatir la terrible plaga del analfabetismo. Si ha de ser religiosa ó no, no es precisamente el problema del momento.

Poderosas razones alega uno y otro bando para demostrar la verdad de su opinión. Nosotros, á fuer de fieles cronistas, no vamos á hacer de jueces en el pleito; nos limitaremos á reseñar los principales argumentos que cada cual expone.

Con esa facilidad que caracteriza á los creyentes para dar como verdades incontrovertibles lo que no pasa de ser mera teoría, sientan premisas de las que deducen argumentos irrefutables sobre la necesidad de la religión en la escuela.

La ciencia, dicen, no es nada sin la moral; la moral no puede ser sólida sin la religión. Si la escuela tiende, más que á adornar inteligencias, á formar caracteres, debe cimentarse la educación sobre principios de moral y filosofía de un orden elevado, sobrenatural, filosofía que no puede hallarse más que en la religión cristiana, base de nuestra civilización. ¿Qué va á decir el maestro neutral sobre la existencia del hombre, sobre su fin y deberes en la tierra, sobre el orden sobrenatural y la armonía universal? ¿En qué va á fundar la necesidad del cumplimiento del deber, del sacrificio por el hermano y del amor á todos los hombres?

La escuela neutra, repiten, es un absurdo; ó se es religioso ó antireligioso. A los conocimientos científicos hay que darles vida, calor, sentimiento, idealidad, y todo esto ó se inspira en la religión ó va contra ella.

La escuela pública, dicen los liberales, es la escuela de todos. Creyentes de todas las religiones, indiferentes, ateos, cuantas tendencias se dibujan en este campo deben encontrar un terreno neutral en la escuela pú-

blica, que no es para este bando ni el otro, sino para todos.

Po rotra parte—y esto es muy importante—el estado, los padres y la escuela no tienen más que deberes para con el niño; todos los derechos están de parte del infante. Derecho á la alimentación, derecho á la protección, derecho á que se respete el libre desarrollo de su espíritu y de su personalidad. Ni el estado ni el padre ni el maestro tienen derecho á enseñar al niño más que verdades científicamente demostradas, dejando á los adolescentes la instrucción moral, religiosa, cívica, económica, etc.; todo lo que sea objeto de opinión y controversia. Otra cosa, es hacer violación de una virginidad, arraigar toda la maleza de nuestro espíritu en un terreno que debemos cuidar como jardín.

Y apartándonos un poco del terreno de las ideas, y examinando el conflicto actual en los hechos, veamos quiénes forman los dos bandos que así se apasionan por la escuela pública.

A la cabeza de los partidarios de la escuela neutra, está buen puñado de intelectuales que son honra y prez de la cultura española, pero que no es seguramente la prosperidad de la instrucción pública lo que más les apasiona; y coreando á éstos, la inmensa multitud de los anticlericales, que no se preocupan de la escuela, y que combaten por ser contra reaccionarios.

El movimiento contra la escuela neutra está dirigido principalmente por las congregaciones religiosas, auxiliado por los intelectuales á su servicio y secundado por el numeroso rebaño de los fanáticos de verdad ó de apariencia, más ó menos enemigos de la escuela pública.

El asunto, pues, no es más que una lucha política; el verdadero conflicto pedagógico está en otro lado; la lucha está planteada entre las congregaciones religiosas y el magisterio público. No por tratarse de escuela religiosa ó neutral, sino por la tendencia de aquéllas á acaparar la enseñanza del país.

Por eso en el Congreso de primera enseñanza de

Barcelona, cuando los clericales hacían obstrucción á la marcha de la asamblea, un maestro público estableció la verdadera divisoria exclamando con indignación: "Católicos, á un lado; maestros públicos, á otro."

ALFONSO BAREA.

La Carolina (Jaén, España), 1910.

Ciudades argentinas

CORDOBA

Ciudad del álamo y del sauce has aparecido como casa nueva donde vive un viejo. Estás indecisa como paloma entre dos vientos; no sabes todavía si subir al automóvil que con retemblor metálico te espera en la puerta, ó si quedarte en casa, en pereza provinciana, hojeando un libro de horas, debajo de un retrato de antepasado. Se diría que te gustan los pergaminos amarillentos pero impresos con letras de linotipo. Y todo eso, te hace un poco híbrida, como fruta que no llegó á sazón, ciudad del álamo y del sauce.

Las ciudades argentinas progresan tanto que dentro de poco no merecerán ser visitadas. Córdoba se mira en ese espejo del Rosario, pero tiene para su honor, más alma que aquella ciudad que está hecha toda de cosas que se pueden tocar. Por eso es más grande y serena que el Rosario, pese á las estadísticas.

Hay ciudades que parecen volantes, ciudades de paso, que uno visita y cree que ya las ha visto en otra parte, enteras ó en fragmento. Rosario es de esas, Santa Fe también. Córdoba en cambio está arraigada en la tierra, situada en el medio del país, de tal suerte que la imaginación, atrevida como es, no puede removerla. Cuanto más se vive con ella, más sabor se la siente, porque está en los hogares y no en las calles. Los hogares le son núcleo subjetivo, sobre el cual se asienta toda. Se

piensa en una liga de todos ellos, un pacto tácito para rechazar lo que venga á alterarles el carácter propio. Hay para la intrusión extranjera hostilidad de ambiente. El espíritu domina sobre las cosas, pero al fin cederá porque es la época poderosa invasora que invade con formas y líneas mientras el espíritu es como consejos de espectro, callado y fugitivo.

Se llega á Córdoba que empieza lejos, tendiendo sobre un terreno ceniciento los últimos caseríos de Alta Cór-



Margen del río Primero

doba, *hameaux* decididos á hacer perdurar una frescura eglógica al borde de los ferrocarriles y los predios industrializados encombrados de estibas y armazones.

La ciudad está tendida en un blanco liso que envuelven anillos de barrancas, desordenadas y agrestes, sembradas de rajaduras, y de casitas claras. No es verdad, como dice algún texto, que la ciudad está encajonada y hundida entre sierras, ni que éstas le quiten las incursiones del aire, sofocándola en estas límpidas tardes del verano. Las sierras están muy lejos, diseminadas en lo más hondo del horizonte como muselinas violetas, y tendiendo á sus pies hileras de árboles y serpentinos caminos rosados que van á la ciudad abriéndose entre las zarzas.

Se llega, y entre claros de sauces, aparecen los retazos de un plomizo brillante del Río Primero, un río que da vueltas y vueltas y se abre y se cierra, buscando á donde le den un poco de agua: un peregrino sediento como todos los ríos del Norte. En el cielo suben los campanarios y los barriletes.

Al este, de un verde selvático, está la belleza urbana en la humildad de la calle del suburbio. Son solitarias alamedas de álamos, coros de quintas, reino de las hojas. Umbrías como viejos parques, con las veredas que dibujaron los pasos, cinta rosa llena de hojas secas y de hormigas y al anochecer un garrular de ranas. Envueltas en un eterno perfume de hierba mojada, de apenas llovida lluvia de estío, son muy hermanas de las almas las calles solitarias del Este. Nadie pasa sino son las horas. El silencio es de sueño embriagado de sol; el sol que agujerea con sus espadas de plata las frondas.

No hay casas, sino es una que otra muy perdida, con su cerco de penca, el cerco hostil, y como la tarde se acaba, empieza á subir del techado un harapo de humo.

La calle polvorienta y ancha, con las zanjas que la siguen, se sobresalta de pronto por un clamor de corneta. Es el tranvía. Uno advierte que nada tiene que hacer aquí el tranvía, bajo estos árboles y este silencio. O, sacudiendo nubes de polvo se adelanta al trote, como saliendo del mismo horizonte, de la misma alma de la tarde obscurecida, una tropilla de vacas que pasa bravía, en un tumulto de manchas blancas, negras, bermejas. Calles muertas y plácidas como para paseos de convalecientes, al mediodía propicias á fraguar esperanzas cuando saltan de un árbol á otro los pájaros y á la tarde proclives á ahondar tristezas llenas de un suspirado ¡ay de mí!... A quien está triste y va por ellas le dan compadecimiento, pero á un cronista, como el que con toda modestia subscribe, le borran, acompañándole el pensamiento, los engaños que ya tienen edad de verdades. Entonces uno piensa, ¿por qué Córdoba la culta y la religiosa? La culta Córdoba nos dice que hay un adjetivo que ya hizo su tiempo, un adjetivo de museo, conócese su razón de ser cuando en medio de la indecisa

civilización de todo el país, fué Córdoba, en efecto, hogar de letras. Siempre la misma, leyendo los mismos libros, la ciudad no se apercibió de que afuera se crecía y aun hoy mismo apenas se apercibe del hervor intelectual de las otras hermanas argentinas. La fama se pone una túnica y cree que siempre le durará. Córdoba no mira qué es lo que tiene. La Universidad más que un libro es una vieja gloria. Cierto que vale mucho más que la Universidad de Santa Fe, que es casi *pour rire*. La cultura cordobesa no significa ilustración ó reservorio de conocimiento sino cultura de trato social. De igual suerte la mayor parte de su espíritu religioso consiste en ceremonias de culto, más que en sinceridad clavada en el espíritu. Jamás ha visto á Dios sino en los altares. Como toda ciudad católica, está más subyugada al dogma que á la propia conciencia, más á la letra impuesta que al dictado íntimo. El culto excesivo mata á la religión; el culto impone obligaciones y la religión sirve á una necesidad. Córdoba es católica, no religiosa. Ir á iglesias es en las viejas, costumbre y expediente para pasar las horas del día tan vácuo de ciudad provinciana; porque es hábito dulce hallar á las amigas en la iglesia y salir con ellas á hacer el paseo matutino de honesto palique: costumbre de entretenimiento. ¡Cuántas pudieran decir: no, no tomo rapé, pero voy á misa! El librepensamiento progresa pero es un librepensamiento cordobés, particular. No es, como pudiera creerse, de una corriente esta índole, un movimiento científico. La violencia en la expresión de ideas que le es común, le hermanan á una cuestioncilla de política local. En realidad no busca renovación de ideas, sino renovación de palabras y de aspectos, pues su liberalismo es tan estrecho como el catolicismo Además son muy particulares los liberales que obran en el seno penumbroso de las antipáticas logias masónicas, pues en cuanto oyen de una viejecita que ha visto una aureola en la cabeza de una imagen, llevan á sus hijos á que toquen las ropas de la feliz ilusa.

Córdoba, pagada de sí misma, aunque menos que Tucumán, que es todo un superhombre, piensa que nada

tiene que envidiar, en cuanto á su aspecto, á las primeras ciudades. Además, es acomodada como un hogar rico, y tiene destreza en todas las artes é industrias. Puede tener vida propia, aislada, sin comunicación con el resto del país. Su aspecto urbano tiene la gracia de las ciudades nuevas, corriendo á los lados de las moles de las iglesias y conventos, firmes en la integridad de sus años, pues es de ver cómo el tiempo no injuria á estos caserones, que, como árboles, cuanto más viven, más se arraigan. La avenida General Paz, ancha, con arboledas y palacetes, toda de casas flamantes, es la calle más bonaerense del interior. La de San Martín, arteria comercial, es rica en todo el lujo de sus grandes comercios. Más que en otras partes, los cafés tienen un esplendor extraordinario, y hay el que se presta para reuniones de familia todas las noches, en una animación de salón. El café, con su orquesta y vistas, es el teatro. De aquí que las ciudades del interior no tengan urgente necesidad de teatros, pues por su cultura artística mediocre, sólo busca en el teatro un punto de reunión social que encuentra en la confitería. Pero Córdoba tiene un hermoso teatro, permanentemente cerrado, pues su principal objeto es figurar en las tarjetas postales.

La sociedad cordobesa, observada en los salones ó en las populares *soirées* de la plaza, muestra una exquisita distinción. Partida de gajos consulares, conserva su modo, aunque no la fortuna. La rosa está fuera del vaso, pero le queda el perfume. Suerte es que no la dominen, como en otras partes, los adinerados, que dan vana envidia al delicado gesto patricio, con la ostentación de sus montanas. Toda Córdoba, en todas sus clases, manifiesta una cierta uniformidad, pues no la invade el elemento extranjero, ni existen tipos populares. Es, en el vestir, selecta; y en la elegancia, noble.

En otras calles, una tranquilidad familiar, de poco tránsito. Las alamedas de álamos en las suburbiales, son su mejor encanto. Las ramas, bajas, pasan susurrando sobre el techo de los tranvías, como muchas manos que hacen cariños, y dan una sombra de glorieta y hay un ambiente fresco de vestíbulo. En las cen-

trales se siembran casas coloniales, sin contar la inevitable iglesia, que son toda una reliquia. Unas, fueron casas religiosas que en *illo tempore* reunían arrodilladas, en las madrugadas, cuando aun entre la neblina punteaban en lo alto las últimas estrellas, pero ahora venidas á usos profanos, hay la que alberga un café con la monótona hilera de mesitas, y en el fondo el brillo moribundo de la cristalería; pero todavía de la cornisa surge una cruz de hierro de cementerio ó de capilla y tiene un balconcillo de madera labrada, más hecho para sostener colchas bordadas y damas con mantilla y peinado alto, que una guirnalda de globos eléctricos. Y hay la que fué casa de virrey, con tejas volcadas y puertas pequeñas en las paredes desnudas, la desnudez de tapia de las paredes coloniales. Y frente á la plaza principal (¡claro, ciudad española!) la catedral y la recoba. La recoba es un monumento cívico cuajado de glorias, como un viejo estandarte. Las recobas argentinas presenciaron los tumultos populares, los gritos que clamaron por derechos nuevos. Abovedada como un templo, la recoba resonó con el verbo de los oradores de la plebe, en sus pilares cuadrados y fuertes se pegaron los bandos y sus columnas sostuvieron las leyes, como los pórticos antiguos las tablas de bronce. Vieron desfilar los primeros ejércitos y las grandes procesiones religiosas con la pompa de oro y de luces del tiempo pasado. Fueron feria de las costumbres: bajo sus arcadas se instalaron todos los comercios humildes, con la abigarrada ostentación de la cosa popular, y desfiló en paseo, como bajo alamedas, la aristocracia. Bajo sus arcadas se vendieron esclavos y se consagraron libertades.

Se voltean las recobas y se levantan bancos. Todas las plazas provinciales tienen su banco en frente. Lo que hay es que la recoba representaba la institución del poder pasado, la ley, la pragmática, el bando; y el banco al poder actual, el dinero. ¿Hemos ganado? Hay más libertad y menos conciencia, eso es todo.

Es verdad que Córdoba tiene en su núcleo central, guardando una ligera proporción, el aspecto de la calle Callao; predomina la morada suntuosa y la tranquilidad

de donde se vive delicadamente. Córdoba es, en su sencillez, una ciudad que vive con refinamiento de maneras. Sus hogares son patriarcales. Su juventud es más virtuosa que la de Buenos Aires, la del Rosario y la de Tucumán, sin que esto signifique que pueda arrojar una primera piedra.

Al sur nace una pequeña montuosidad, de suerte que calles hay que suben y bajan, y una que tiene en el medio un largo altozano de piedra, como restos de una gran muralla que pudo ceñir la ciudad. Otras acaban cerradas por un paredón de piedra y del otro lado corre el río. Están literalmente cerradas, como con un cerco á la bocacalle. En algunas calles, detalle muy peculiar, hay fuentes públicas, gárgolas que proveen de agua al barrio, y á su alrededor las mujeres, con cántaros y baldes, inician charla mientras susurra el chorro llenando un balde. La escena tiene el sabor de un cromo ó de una poesía aldeana de cuando van las mujeres por agua á la fuente. Alguna debe parecer samaritana y otra Cenicienta. Sin duda, tiene el sabor de un cromo, el grupo de mujeres repartiendo su corazón popular en aladas frases, mientras la que se va siente que, al vaivén del paso, el agua del cántaro llevado en la cabeza rebosa y le cae en los hombros ó en el rostro que ilumina el sol matutino. Y se detiene en la esquina, aguardando á que pase el tranvía muy vecino, con sus cuarteadores de doce años, que hacen restallar el látigo sobre las cercas donde florecen las últimas glicinas ó aparecen los globos verdosos de las primeras naranjas.

Y si no es el tranvía, es la muy lenta carreta de sandías. Vuela la picana, y los desganados bueyes, con indiferencia burguesa, caminan sobre la tierra seca de la calle. La carreta, hasta muy alto, está cargada de sandías. ¡Calada, calada!, grita el hombre sentado en lo más alto de la carga verde. El grito resuena en los zaguanes de ladrillo húmedo y llega hasta los corredores donde cuelgan globos de vidrio dorado. En las esquinas, los muchachos se cotizan para comprar la sandía, que, rota contra el suelo, ofrece la generosidad de su pulpa roja y suavemente plateada.

Aquí y allá los puentes. Cada calle, sin duda, tiene un puente, cuando no sobre el río, sobre un canal angosto que corre con su obscuro lecho seco lleno de yuyos de desperdicios, de perros muertos, entre los paredones de dos hileras de casas. El canal que corta á la ciudad debe ser un brazo afluente del Primero, que cuando llueve recio venecia un poco, llevando al río una calle de agua. El mismo río, que viene del norte del país—creo que es el Juramento, y en Santa Fe el Carcarañá,—es amplio, deslizándose muy lentamente, como dinero de avaro, en una infinidad de nerviaciones insignificantes. Lecho calcáreo y pedregoso. Dentro de él suelen crecer árboles y hay caballos pastando como en fresca pradera. Así es de generoso. Aquí y allá, en todas partes, las lavanderas, con batea y mazo, y el pañuelo en la cabeza, como un casco ondulante. Están todo el día al sol, con los pies amoratados y arrugados en el agua clara. Flota la sábana en el agua indolente como la bandera de un navío que, desplegada, ha caído al mar. Con el poeta que me acompaña, estamos los ratos muertos mirando con una delectación inexplicable, caer en penachos de plata el agua de la lencería torcida en alto. Más lejos, una mujer lava á un caballo, y se ven, claras al sol, las piernas femeninas desnudas hasta el muslo. Junto al río hay calles amables de sauces, cuyos viales siguen sus curvas. Bajo los árboles, doblando las ramas, pasan majestuosos y ligeros como pájaros, los tranvías eléctricos de lujo yanquee. Por fin el río echa una bocanada de agua á un lado y se hace un pequeño lago, un charco, ceñido de espadañas, adonde entran á ser lavados los carros y los coches negros. Desde sus orillas vemos el tumulto de trenes de la gran estación cordobesa, vemos las cimas de los álamos más altos, y todavía, sobre ellos, las cúpulas azules de las iglesias cercanas. Y más lejos, humeantes y clavadas en la tierra rosa de una barranca, dos moles rojas, los hornos de cal. ¿La cal? Gran riqueza cordobesa, millones de libras. Blanca como harina candeal, ó ambárica, es la primera del país por su calidad; mármol molido.

Estamos otra vez en el suburbio. Por consiguiente,

tenemos en frente como espesas paredes hechas pedazos, las barrancas que siembran todo el alrededor de la ciudad, como limitándola. Allí, una muy alta, donde están las señales del ferrocarril y corren cabras. En ninguna un árbol, en todas casas de obreros, oteando la cenicienta llanura cordobesa, donde medran pequeños tabaquillos con su corteza esponjosa, donde se prenden líquenes, musgos y donde se destacan como ánforas sobre un altar, los esbeltos molles. Si se adelantan unas leguas al oeste, ó al norte, están las sierras, compendio y espejo de todas las bellezas naturales, país de los pájaros cantores, de las sorpresas del paisaje montañés, con sus quebradas y manantiales, orquesta pura y selva espesa. Paraíso de los convalecientes y los desalentados.

Estamos otra vez en el suburbio, y frente á una plaza desierta y triste. Caen continuamente las hojas secas sobre los bancos vacíos, sobre los senderos que invade el césped, sobre el quiosco de la música. Es una elegía. La plaza agoniza. Una elegía triste y profunda. En la calle vecina desfila una hilera de novicios mercedarios. Sienta mal la esclavina negra y el hábito blanco, cuando se tiene rostro criollo, vivaracho y suave. Pienso, por asociación de ideas, que es el clero argentino, inteligente y elegante, el llamado á renovar el prestigio de la iglesia nacional. Estos curas gallegos, de cabeza cuadrada, ¿no tienen manos demasiado vulgares para levantar el cáliz de oro?

Rica en plazas y parques, lo cual es un signo de carácter, una poesía, Córdoba tiene el paseo Sobremonte: un gran lago rodeado de una alameda circular propia para bogar en noches de luna y para los diálogos en la sombra. Su encanto es nocturno, cuando en el quiosco del medio del lago brilla un farol y todo lo demás es obscuridad poblada de figuras humanas. Entonces se siente la mansedumbre ensoñadora de la noche, junto al lago, que es una seda suavemente iluminada como un rostro por una sonrisa triste. Se siente el encanto del agua en una ciudad mediterránea. El paseo es casi una reliquia colonial: data, aunque tuvo al principio otra disposición, de fines del siglo XVIII. El parque Las He-

ras es como jardín privado, con grandes avenidas de plátanos tupidos, que son una alegría en las tardes de verano. Hay una humedad constante y un amable entrelazamiento de senderos. ¿Cómo no ir allí á leer novelas sentimentales, de una sencillez paradisíaca, como Bernardin de Saint Pierre, ó de una refinada brutalidad pasional como Steudhal? La plaza principal es antipática, rodeada de edificios públicos y casas de comercio que le quitan la tranquilidad de las plantas. A la noche, las retretas. Estaba en la terraza de una de las más bellas casas cordobesas, recogido en la contemplación de la nievecilla de los cúmulos estrellares, cuando llega flotando en el viento, como canción lejana, la prolongada clarinada de la banda. Junto á ella pasea lo granado de Córdoba, una ida y venida de cinturas delicadas y rostros de marfil, pálidos á la luz de los faroles. La plaza Colón tiene magnífica fuente, rodeada de estatuas, de jardines, y en las esquinas mástiles metálicos y ornamentados que recuerdan á los que se paran en las avenidas en las fiestas públicas, para que en sus puntas flameen gallardetes. El parque Crisol, el más importante, con bellos jardines, donde rebosan las púrpuras de las crestadegallos, el boj caro por el recuerdo virgiliano, los evónimos serenos y siempre vigorosos, y macizos de coníferas que se imponen con su majestad de bosque y sus frondas perennemente oscuras. Podría hacerse un jardín botánico, familiarizando á los espíritus estudiosos con la más hermosa de las ciencias, ciencia de una poesía inagotable. Sólo la flora cordobesa, la más nutrida del país, daría material para una extensa fundación. Con el ensanche de varias manzanas que se realiza actualmente, será el parque Crisol una especie de *Bois,* donde brillarán lagos y se enredarán, en confusión agreste, los álamos. Vago aspecto de floresta ya lo tiene, con sus caminos polvorientos, entre árboles, donde se deslizan carruajes, y uno espera que, de pronto, surja la cabalgata de una cacería y suene, en la tarde sembrada de hojas secas, *le son du cor le soir au fond des bois.*

Frente á frente, en el boulevard General Paz, á unas

siete cuadras una de otra, están las estatuas del General Paz y de Vélez Sarsfield, los hombres preclaros, las únicas, si se exceptúa la de Trejo y Sanabria, en el patio de la Universidad. La primera, ecuestre, sin un solo detalle que la haga resaltar de la hermandad mediocre de las estatuas ecuestres, se destaca en el medio de una explanada de piedra lisa de cuarenta metros cuadrados, rodeada de verjas de verde olvidado y de faroles rotos. Está en la soledad blanca del mediodía, como en medio del campo: todos los rumores se han muerto, y el gran táctico, en su eterna actitud de triunfador, deja mansamente que los gorriones retocen en sus hombros. La de Díaz Vélez es más atrevida y más rica de motivos. Arriba, como un estagirita, el hombre, de pie, con el inevitable rollo de los legisladores. A los cuatro costados, cuatro mujeres alegóricas, sentadas en actitudes majestuosas y cesáreas, porque representan grandes cosas, y deben, por consiguiente, adquirir actitud germánica: la ley, la justicia, etc. Alrededor se abre una rotonda rodeada de casas nuevas. El aspecto es imponente, sobre todo desde el medio de la avenida, cuando se ven, cerrando la lejanía y recortándose sobre el cielo violado, los bronces erguidos, con toda la fortaleza de los símbolos.

Cuando se habla de estatuas no se puede olvidar del pedestal de piedra embutido en el frente de la casa que un ciudadano previsor ha levantado para asiento de la suya. Centinelan al pedestal dos columnas donde se enlazan dos serpientes. Una quiere decir la envidia, y la otra no sé qué cosa, pero también quiere decir algo. Enfrente hay una casa del mismo origen en cuyo balconado superior, aparecen en medallones sucesivos, un rostro blanco, uno negro, otro amarillo, *et ainsi de suite*. Son las razas humanas en traje de saco.

En los dinteles de las casas se embuten plaquitas de esmalte con la figura del Salvador bendiciendo á los transeuntes. Es noble y es bello. Mucho más que hallar inevitablemente una iglesia cada dos cuadras, y tropezar al salir de cada casa con padres, domínicos, mercedarios.

En los mercados las mujeres en lugar de discutir del precio de las coliflores discuten de los méritos de un confesor. Me aseguran que cuando llueve es agua bendita. El diario más importante trae columnas enteras de novenarios y cuarenta horas. Las viejas saludan: ¡que la virgen te acompañe! Hasta en los escaparates de los almacenes, al lado del bacalao de estos días de semana de pasión hay un cartelito admonitor: ¡La salvación del pecado! Mirada desde una altura lejana la ciudad es



La Catedral

sólo un semillero de cúpulas y todas las casas á sus pies son como dependencias de iglesias, lo mismo que en las reducciones de indios. Y en todas las salas, en un rincón que ilumina moribunda mariposa, hay un nicho para imágenes.

En una ciudad de setenta y cinco mil habitantes hay una población religiosa que llega quizás á la mitad del total. Exceptúese el personal adscripto al servicio de las iglesias y se contarán *veinte* cofradías y no sé cuántas comunidades: menores observantes de San Francisco, Compañía, Orden de Predicadores, Orden Redentora, Escolapios, Carmelitas descalzos, Santa Catalina de Sena, Monjas de Santa Teresa, educandas de Santa Te-

resa, Hermanas del Huerto, Esclavas del Corazón de María, Terciarias domínicas, Terciarias mercedarias, Misioneras Franciscanas, Franciscanas de la caridad, Religiosas del Buen Pastor, Religiosas de la Inmaculada, etc. ¡Es preciso tener aliento!

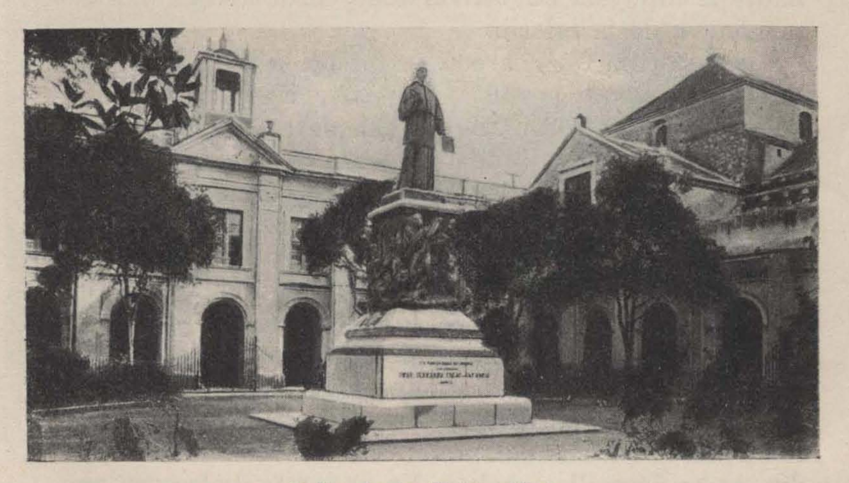
Aquí está la iglesia de la Compañía con sus muros exteriores de piedra y adobe y adentro una suntuosa riqueza: mármoles, dorado severo, orfebrería de plata, paños palatinos. Su capilla de Lourdes es toda de mármoles de Italia y las bóvedas del templo de cedro de Tucumán. La catedral levanta frente á la plaza sus moles macizas, como cerros; es de un estilo curioso, pesado pero imponente, la más imponente de las iglesias. Afuera, en lo alto, en las esquinas de las torres, ángeles que parecen caricaturas de caciques, iguales á las representaciones del arte primitivo en la piedra de las cavernas. Adentro, en una profunda obscuridad, sólo se ve en el fondo surgir el cuerpo esquelético de Jesucristo. Parece que llega como en el día de la resurrección suspenso en los aires con los brazos abiertos, solitario en la sombra purpúrea. Se comprende porqué existen visiones. Tiene, en efecto, toda la extraordinaria majestad de una aparición. En el atrio esta advertencia: "Se suplica á las señoras y señoritas no vengan al templo con transparentes, ni menos aproximarse á la santa comunión en forma tan poco edificante". Oid, brazos desnudos, íntimos y frescos bajo los encajes; pechos que bajo la redecilla de un velo de seda, muestran nidos de rosas y azucenas.

En el frente de las iglesias, como blasón de escudo, las manos cruzadas y los estigmas cuya sangre las lluvias borran. En una, un San Serapio descuartizado: los miembros sueltos y el vientre abierto. De gran efecto para las viejecitas que allí se hincan y dan cada suspirote que hace temblar de susto las llamas de los cirios. En otra, un Cristo que agonizaba; ya no funciona; ¡qué diablo! no se puede exigir mucho á un aparato de relojería. Una iglesia abandonada, una casuca vieja, siempre cerrada, donde uno espera hallar como en la puerta clausurada de las casas ruinosas la incógnita de flejes.

Otras de mediados del XVIII, capilla de monjas, tiene, como en el tiempo de la *sopa boba,* caridad de comida. Pone el menesteroso la ollita en el torno y la devuelven humeante de sopa. Llega muy suave, igual que de entre lejana floresta, un cántico piadoso:

Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa
Dios no se muda.

El viernes tendremos alguna vieja ceremonia de semana santa, la de la flajelación, por ejemplo. La iglesia



Patio de la Universidad

será una sola tiniebla, entonces las beatas sacarán de debajo del manto un fino latiguillo y con él se fustigarán las espaldas. Quizás encüentren cierta voluptuosidad.

Al lado de la Compañía está la Universitas Cordubensis Tucumanæ, de gran lustre en la historia. Dió muchos hombres preclaros pero tiene ahora las entrañas cansadas. Su principal misión, dar títulos á los aplazados en Buenos Aires. En la Facultad de Medicina casi no hay trabajos prácticos; los de disección son de cuando en cuando si consiguen arrancar á duras penas un cadá-

ver. Como poeta me regocijo, porque en verdad duele un poco ver tratar como á un felpudo á un hombre muerto, castillo de misterio. ¿Y los médicos? Morir entre médicos es vulgar, oficinesco. En la de derecho el funcionamiento es curioso: en el aula de derecho civil le dicen á uno que es legal el matrimonio civil, en la pieza de al lado, la de derecho eclesiástico, le dicen que sólo es legal el matrimonio celebrado por la iglesia. Sin embargo, ningún muchacho se queda con los ojos abiertos, pues no le preocupan de modo alguno las antinomias de ideas. La biblioteca de la Universidad es la más importante pero tiene un espantoso fondo de teología, que á nadie le interesa. La Universidad cordobesa es una dependencia de la iglesia.

La casa-cuna me parece desprendida de las páginas de los novelones españoles de hace cincuenta años, y hacen pensar en embozados que en una noche negra como boca de lobo (que tuviese la boca negra) dejan en el redondo torno, un anónimo hijo adulterino. Casa humilde y antigua, que saca á la calle, empotrado en la pared, el torno panzón como media bordalesa. En el zaguán dos estatuitas de mármol, dos querubines hincados con las manos en plegaria y los ojos fijos en las blancas vigas del techo; estatuitas funerarias de tumba de niño. En la pared cuelga una estampa manchada de humedad y telarañas: una hermana de caridad que besa á un niño. Los chicos, con sus delantales azules, retozan en el jardín, como fierecillas sueltas. En el frente de la casa una placa de mármol con esta leyenda:

Mi padre y mi madre
me echaron de sí,
la piedad divina
me recoge aquí.

Nuevamente calles suburbiales, con sus huecos y cercos de chumbera y tal vez en el fondo un rancho en cuyo techo de paja se acuesta una sacha-huasca-blanca. La enredadera corre por la techumbre, salta á los horcones de molle, se mete en la ventana.

Se echa como al voleo una mirada por una reja; tal

vez en la sala, bajo estampas del Carmen, ó de Nuestra Señora de Copacabana, brille una fila de tarros. Son las muy tradicionales y muy cordobesas dulcerías. De aquí salen las colaciones, los chatres, las capias, los alfajores. ¿Cuál de estas calles es la del degolladito? Era éste un arriero que vino de La Rioja tras su media docena de mulas cargadas de pipas de aguardiente, quizás, quizás susurrando entre dientes la copla unitaria: *Federación ó muerte esa es tu religión.* Paró en una de estas ca-



Escuela Alberdi

lles y á la mañana siguiente le encontraron degollado. Un crimen vulgar. Pero su ánima dió en aparecer. Como un *gobling* tunantuelo golpeaba en los vidrios un ruido de nieve, apagaba las velas, tiraba de la cola del perro dormido en el umbral que aullaba inquieto en la alta noche... Entonces las mujeres encendían velas á todo lo largo de la calle. Y la calle era un altar, pero terrorífico y maldito, tanto que para cruzarla en la noche se necesitaba la fibra valiente de un *vieux de la vieille.* Quizás la vieja que pasa ahora camino á sacristías, fué una de las que encendieron velas al Degolladito. Pasa apoyada en un bastón, vestida de seda y zapatillas de prunela.

Yo la hablo, porque eso es útil. Resulta que no sabe

nada; me habla de una estampa que sudaba lágrimas, como la de Salta; y me despide con un ¡adiós, hijito!

¡Ah! Pero estamos en elecciones. Me gustan estas elecciones cordobesas. Los escrutadores, entre las niñas que entran á misa, se sientan en sillitas de cervecería y bajo la mesa donde reposa la voluntad popular hay una botella de vermouth. Los escrutadores hacen tertulia como en las veredas anchas, á la noche, frente á los cafés, y se cuentan historietas de mejores días, hasta que á pesar de la advertencia previa viene el chinito descalzo á avisar que está el almuerzo... Es bastante entretenido. Debería haber todos los domingos.

Las aceras tienen todas cien centímetros, la cuadra cincuenta números, la ciudad cerca de cinco mil casas. Estoy fuerte en números.

Aquí también el fenómeno de Tucumán: grandes y modernos edificios para escuelas. La más reciente lleva el nombre de un gobernador y está frente á la estatua de Díaz Vélez. Es escuela normal para varones (1°, 2° y 3er. año). Vasto edificio con galerías cubiertas, patios enarenados con nueve aulas concurridas por cuatrocientos cincuenta alumnos del anexo de la escuela de aplicación. El mueblaje sobresale entre el de todas partes, norteamericano venido expresamente para el establecimiento, todo reluciente. Los bancos son individuales. Tiene talleres de carpintería y encuadernación. Digno de notar será el museo y el conjunto de material de enseñanza. Empieza á funcionar en el corriente año. La escuela Alberdi, normal de mujeres, tiene más importancia y es más concurrida. El tipo arquitectónico exterior presenta cierta analogía, aún en proporciones con el de la Escuela Presidente Roca, y si los trípodes que rematan las cornisas superiores no están armonizados con el conjunto y recuerdan á los plumeros del coche inevitable, también la escuela primero mencionada tiene en su frente una mujer roma y gruesa, matrona de cualquier casa y un niño cuyos brazos... El mal común es menos.

Todavía una visita á una casa muy pobre y humilde que realiza con un fervor y paciencia diamantina una

gran caridad. Allí tiene la beneficencia el rostro de una virtud. No es la que organiza kermesses y envía listas á los diarios. Cinco hermanas del Huerto, cinco mujeres sin más ayuda que su fe, cuidan de ciento veinte asilados, ochenta mujeres y cuarenta hombres, ¡qué gente!: locos, idiotas, lisiados, viejos; todo el desecho humano. Vienen de todas partes, de lejanas provincias, á esta pobre casa de Dios. Es toda esa gente como una informe masa de greñas, de suciedad, de babas, de miradas perdidas, de lentos movimientos animales, de harapos; sí, son un harapo. Existe hasta repulsión fisiológica, de acercarse á ella. Nunca se siente como entonces la perversidad y la torpeza estúpida de la Vida, y nunca como entonces se siente la fuerza sagrada del ideal que nos levanta á la lumbre de los astros la miseria de los cuerpos. Si hay Dios ¿por qué no están muertos? Y si en la naturaleza hay justicia ¿por qué somos nosotros felices y sanos y jóvenes? Siempre la indecisión de no saber si la vida vale la pena de ser vivida.

Recorremos los patios separados, los dormitorios, con sus viejas colchas sucias, y el cromo con el Angel de la Guarda velando á un niño que junto al abismo corta una flor. Las cieguitas tienden las camas, las cieguitas van de acá para allá, llevando el desayuno á las compañeras paralíticas ó á los viejitos que dormitan al sol, ó espían tras la verja, con la mirada llena de recuerdos, la mancha plateada que hace entre juncos un recodo del río. Aquí hay una celda obscura como una carbonera: reclusión de los dementes violentos; otra al lado: para los cadáveres. Hay una capillita, casi colonial, obscura, sola. Reina un dulcísimo olor de flores y las veo en penachos nevados rebosando de vasos sutiles; en obsequio á la hermanita que me acompaña me arrodillo dos veces ante una lumbrecilla. Luego me encuentro en una salita de espera. Es familiar; con el rostro de una niña que escucha un cuento, me mira ingenuamente una virgen en una estampa antigua. La imprenta francesa suele dar á *Notre Dame la Vierge* una aristocrática juventud: parece damita de salón envuelta en un rebozo azul. Salgo, y afuera hay viento y sol, vida sonriente, y sauces inclinados sobre el sendero.

Susurra el tranvía sobre los rieles y como una línea de horcas se pierde en el último macizo de árboles la procesión inmóvil de columnas de hierro. Hay sombra de altos álamos y estamos á la puerta de la Escuela de Agricultura. Institución nacional; una de las pocas escuelas profesionales del país. Sesenta alumnos, en su mayor parte becados, que aspiran al diploma de perito en agricultura y zootecnia para luego de tres años de estudios. De entrada, una delicadeza de jardines y bóvedas de tuya donde zumban su plegaria las abejas. Lo demás son sembrados, huerta, cereales, girasoles y árboles frutales que por este tiempo están desnudos. Todos los edificios del establecimiento, desparramados en las doscientas hectáreas que ocupa, son de primer orden. La enseñanza es demasiado teórica; el museo pobre, sin que haya semillas de árboles; el carácter de la escuela utilitario en exceso. Y sin embargo, no hay especialización; los alumnos aprenden de todo un poco, y creo que ninguno está en condiciones de ponerse al frente de una explotación privada. En la ciudad me dicen que la escuela es rica, y en ella que no hay plata para nada. Me uno á la opinión primera luego de visitar las instalaciones que son completas y modernas. La lechería, con sus grandes cuencos de latón, las desnatadoras y el quesillo fragante que blanquea en el secadero, me recuerda á lecturas donde se habla de granjas de Holanda, país de los cromos que tienen chicos con abultados pantalones azules y chicas coloradotas con grandes zuecos. Llega el olor campesino del establo. Llega un gruñido sordo como el de los propietarios de casas: los cerdos se revuelcan entre zapallos rotos en el fango negro. Hay un alto muro de álamos jóvenes, y en ellos tal algarabía, tal tumulto de cristales que el distraído vagabundo se detiene de pronto bajo la locura de millares de gorriones, ¡qué orquestado prodigioso! En verdad, aquí no se puede trabajar. En vez de estar arañando el suelo para descubrirle un grano tardío, es cosa de estarse con los ojos en el álamo y en el cielo, ocioso y quieto igual que una cigarra que quiere aprender á cantar como los pájaros. El galpón junto al dicho muro armonioso tiene

arados, emparvadoras, sembradoras, y olor á hierro, á tierra seca y á paja de trigo. Cerca está, bajo un tinglado el talud rubio de la paja de trigo y los bloques del forraje que el año pasado se juntó. ¡Chás! ¡chás! se oye decir allí dentro. Es el ruido del yantar de un potrillo joven interpelando á la parva con un apetito que denuncia la inocencia de su corazón. Ahora, la terraza al borde de una colina de cincuenta metros. Panorama infinito extendiéndose allá abajo; lejos las serranías, los caminos, el humo del tren que parece arrojado al aire á puñados; la ciudad, la ropa tendida en las azoteas, las cúpulas. Una no es de iglesia: todos sabemos cuantos servicios, que el vulgo no estima, da el Observatorio Nacional. Olvidé decir que la Escuela de Agricultura tiene además departamentos de sericicultura, colmenar, y gallinero.

El establecimiento podría cultivar, conexo con el jardín botánico que insinué en otro lugar, algunas plantas indígenas ó comunes de la provincia. Es de una riqueza inimaginable. Sólo de medicinales hay cerca de doscientas distintas, ¡y qué nombres!: flor de la patria, suspiro, flor de la oración, perlilla, flor de San José, pasionaria, mío-mío, que es pérfidamente venenosa, amor seco, ¡cómo si el amor fuera una rama florida! tomillo, que algunos usan para combatir la tisis, hortensia, (una suerte de crisantemo), jazmín de Jujuy, salvia de la hora, y el por qué de la hora lo saben las parturientas, yerba miona, (porque es diurética), cabello de ángel: mechón parásito que cuelga, matando las hojas, de los árboles de corteza blanda y húmeda, azahar del campo cuyas flores, un penachito blanco, tienen el delicado perfume de la vainilla, yerba de la golondrina, sánalotodo, que pese á la suficiencia de su nombre no tiene virtud curativa conocida; y ¡buenas tardes!... que también es una planta.

¡Oh!, la provincia no es sólo rica en plantas; tiene oro, plata, wolfran. Muchos yacimientos en explotación y si alguno no prosperó fué por haber sido iniciado sin previos catajes completos, pues el suelo es tornadizo y engañador; muestra una veta y resulta que está solitaria,

es un cabello suelto de la escondida cabellera de oro. De la cal hay mucho que decir. Es una industria que marcha alada, sobre todo ahora que empiezan á constituirse con hornos Hoffman, los viejos hornillos que exigían siete días para la cocción de la piedra.

En sus serranías hay cientos de asnos casi salvajes. Las cabras permiten la producción de un queso famoso. Sus mulas tienen una resistencia admirable, y hacen jornadas de muchas leguas con cargas que alcanzan á ciento ochenta kilogramos. Nunca se cansan pero también nunca se apuran. El caballo patrio hace olvidar su desgarbo y su flacura por la sobriedad y la fuerza de que da sorprendentes pruebas.

Tiene la maravilla del dique San Roque. Obra de arte justamente nombrada en el mundo: un muro de embalse de treinta y cinco metros de alto que ha llegado á represar doscientos sesenta millones de metros cúbicos.

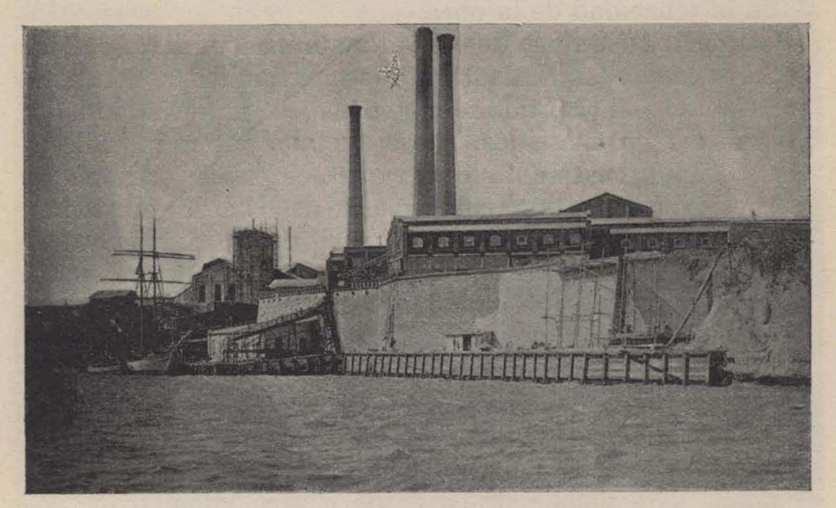
Pero Córdoba dormita. Está en un templo en la penumbra de colores tamizados por los ventanales. De cuando en cuando se restrega los ojos, mira á su alrededor, se arregla con grave decoro los pliegues de su vestido señorial, y dice quedo á su propio corazón la estrofilla claustral:

Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa
Dios no se muda.

ROSARIO

Primero, un caserío en una altura, cuadrados rosados y gris de techumbres. Más cerca, unas puntas hiriendo la seda de los cielos: son mástiles. Pero todavía, antes de que se definan los contornos de la ciudad presentida, nos acompaña el decorado de las márgenes del río, la visión verde de los árboles, húmedos del vecino frescor fluvial, el tumulto de las ramas mirándose en el agua, y en ella multiplicando la muralla verde. El sol enciende una franja temblorosa y esplén-

dida en el medio del río, y en el medio de esa franja, que es una sola, inmensa gema, adelanta la prora con su inmortal jadeo; recorre un camino, bello como el camino de oro puro de los príncipes que en el cuento de hadas van á buscar el Agua de Vida. Pero es un oro ilusorio, el oro del sol, el oro de todos los días; el de las cigarras. No importa; para un poeta todo lo que brilla es oro, y yo tiemblo, emocionado ante esta riqueza inaudita, cuyos bordes atraen, de muy lejos, el cabrilleo



La Refinería

marino, inmensidad de pétalos brillantes que vienen y vienen, sin parar, á fundirse en la gloria común fulgurante en el medio del río.

De pronto, una bandera sube al mástil, bandera roja, herida temblando en el aire. Y la sirena suena, dando un zarpazo en la rumorosa quietud meridiana. A la derecha, un islote con dorada bordadura de arena. Es el Espinillo, fértil como en los paisajes de los cromos á dos tintas: un tono verde, claro é igual para la tierra, un tono azul, claro é igual para el cielo. En frente, el puerto, con las moles de sus elevadores, las grúas centinelas, las estibas de tablas, pero, ante todo, el esta-

dio metálico del agua, donde duermen en hileras quietas los grandes buques colorados y negros, monstruos pacíficos. Ya estamos á los pies de la hija mayor de Buenos Aires. Pero toda oculta por la alta barranca que la protege junto al río, sólo muestra las torres hermanas de la catedral y las chimeneas de la Refinería, ennegrecidas en lo alto. Una iglesia y una fábrica son sus denunciadoras. La una dice del hombre que levanta los ojos al mutismo del cielo, en busca de los sentidos espirituales. La otra del que se inclina á la tierra en la tenacidad de la obra.

Puerto magnífico de ciudad magnífica y fuerte con la fortaleza de las ciudades nuevas y grandiosas, donde el esfuerzo del capital, sólo y único, la materialidad de la época, sin más ideal que el dictado por la inmediata necesidad, ha levantado una obra digna de los himnos, que, para los que comprenden la belleza en todas sus fases, es tan grande y noble como la primavera de una lira genial. Admiro el esfuerzo humano que pone una piedra sobre otra, tanto como el gesto gracioso que corta una rosa. Y no soy emoción muerta ante el espectáculo de una calle moderna, ni ante las caras estoicas de las fábricas.

A la ciudad provincial que ha demostrado en el menor tiempo la mayor potencialidad económica, corresponde este muelle de cerca de cuatro kilómetros que ahoga en el agua la firme muralla de piedra clara y los múltiples pies de vigas negras, á cuyo lado se extienden cien mil metros de calzada. Veo, en frente, en el canal dragado, treinta buques de ultramar, y de este lado, arrimados á los muelles, treinta buques de ultramar, que esperan, pacientes, con los enormes vientres abiertos, á que los violentos chorros de los elevadores se los aneguen, echándoles el fruto de las cosechas, la carga incesante, que parece continuada hasta donde ha sido segada, y que rueda sólo en el muelle, sobre treinta y siete mil metros de vías ferrocarrileras, á tres rieles. Más tarde, esa carga será almacenada en veinte galpones de ochenta metros de largo. ¿Se comprende la grandeza?

No está concluído el puerto. Empezado hace más de cinco años—recuerdo todavía la algazara de los diarios cuando se otorgó la concesión á la compañía francesa,—empezado hace más de cinco años, tiene aún para mucho, pero será para mayor engrandecimiento de sus instalaciones. Por una parte hay que desmontar barranca, labor penosa; y por aquí, por allá, se oyen,



El puerto

cargadas de tierra amarillenta, el rodar de las vagonetas, un poco sibilantes.

Entre el tumulto de la carga y descarga, la selva de los detalles: las cintas metálicas se deslizan, llevando la arena que cae, lloviendo en el sol, para formar conos perfectos, de diámetros iguales; lentamente, con sordo ruido, adelantan los vagones grises, se oye cantar el pregón isócrono de los vendedores de frituras y cigarrillos; los marineros, inclinados sobre los

pilones de amarre, tiran de los cables y como un riel negro bordan la palidez de la piedra las sucesivas manchas de aceite que caen de las grúas. Asomándose, se miran las balandras, repletas del producto de las huertas isleñas, la cargazón compacta de coles, sobre las cuales palpita inquieta la sombra de la bandera de la embarcación, y al lado el yacth de paseo, en cuya cubierta, una dama lee magazines, el *Strand*



Desmontando barrancas para las obras del puerto

ó el *Cosmopolitan,* como en la baranda de un hotelito de veraneo. Y en el medio la draga con los cangilones que todo el día se persiguen. A la noche, á veces, el trabajo no cesa, pero es más silencioso, como cosa clandestina, y las lámparas lívidas mienten una lumbre diurna, que hace aparecer más triste y cansado el ir y venir de los obreros. O sino, concediendo á las sombras su derecho al silencio, todo queda mudo y vacío, y el denso luto nocturno se muestra salpicado de los ojos verdes y colorados de los fanales y las boyas lúminosas. He aquí que se habla de la noche, y es el mediodía.

Es el mediodía, cálido, vidrioso. Se entra á la ciudad

por calles en pendiente, veladas al principio de nubes de polvo que dejan en los hombros una sutil pelusa rosada. Cuando se apaciguan, empiezan á verse los frentes de las primeras casas, descoloridos y pobres, en las calles muy solas. Entonces el cochero abre un paraguas. ¿Llueve? No, el mediodía es límpido como un diamante. Pero veo también sobre otros carruajes los paraguas extendidos. En seguida, la cortesía rosarina me da acabada respuesta: de un balcón arrojan un balde de agua. Es Carnaval. Se suceden, frecuentes, globos de agua, que me envían manos furtivas. A falta de impermeable, resuelvo envolverme en una grave resignación.

Sigue la visión de las calles. Al traqueo que despiertan las ruedas en el pavimento de piedra, un rumor de millares de palmadas, que persiste en los oídos como una obsesión, sucede el murmullo sereno sobre la madera uniforme, igual al ruido escondido en la oquedad de un caracol del mar. Veo entonces las casas nuevas en las calles estrechas, la sucesión de umbrales blancos, las multiplicadas chapas de los profesionales, los letreros que juegan con el vecino á cuál es más grande; y me encuentro en Buenos Aires. ¿Es ésta la calle Florida? No; es la calle Rioja; pero los grandes *pans* de cristales de las vidrieras, tras de las cuales hay una exuberante nieve de ajuares, ó muchas damas de cera, que con la floresta de peinados versallescos sonríen á todo el mundo, á todo el mundo, las pobrecitas, sin tener corazón. ¡El arte de la vidriera!: se sabría cuanto es eximio si se viera á los dependientes con qué sabio experimento de todos los efectos, con qué fineza y delicadeza cortesana ponen un guante en el fondo de felpa azul de la vidriera; pero es por todo eso, y por sus casas uniformes, que se asemeja esta calle á la princesa porteña. Y también por sus gentes en los desfiles de los anocheceres. Desfilan los hombres por el medio de las calles, acompañados de un revuelo de varitas y de las manchas claras de los sombreros de paja como grandes crisantemos, por el medio de la calle, sin subir á las veredas, por singular modestia: desdeñan las alturas.

A ambos lados, las señoritas, con los grandes sombreros echados sobre un hombro y la bolsita de cordón blanco golpeándoles la falda. Es, quieran creerlo, una calle Florida, que tiene ya la conciencia de su carácter propio, y ha perdido, por consiguiente, las pretensiones imitativas. A la noche, la manchan los cuadrados de luz de los cafés, donde corre y corre la delgada polea de cuero. Las mesas están en la calle, más afuera de la vereda,y probablemente debe tener su encanto para los rosarinos levantarse de ellas á cada dos minutos cuando se acerca un coche con veleidades aproximativas. O la manchan los cuadrados de luz del club, que con la biblioteca desierta al frente dice que no hay adentro una multitud febril y ansiosa, una multitud de empleados públicos, rodeando las mesas de pocker. Dice mal. Un club curioso: el armazón del bar se corre y aparece detrás, una puerta que ofrece salida furtiva. La sala de gimnasia con sus aparatos herrumbrosos... En el salón principal cuelgan los retratos de los presidentes, llenos de orgullo de haber presidido en esta casa. Ante esos retratos, medito un poco, pero con indulgente suavidad, en lo vano en que los hombres fundan sus honores. En el Japón, por ejemplo, ó en el Indostán, cuando á uno le dicen que es presidente de una casa donde se juega, el individuo se ruboriza un poco.

Se juega mucho. Llevan á uno á que admire la cuadra entera de ventanillas para vender boletos de sport. Son sobre el hipódromo de aquí y sobre el de Buenos Aires. Más de una cuadra de ventanillas: siento que no puedo felicitarles por tan enorme progreso. Hay el propósito de aumentar su número. Podrían ocupar con ese objeto la biblioteca pública, porque, ¿para qué la necesitan? Con sus cuatro mil volúmenes, su mayor parte de memorias oficiales, y libros viejos que estorbaban en las estanterías privadas, con sus tres ó cuatro muchachos que van á leer los diarios y su encargado que debe conocer algún secreto soporífero, la biblioteca lleva una vida mediocre. Está en los altos de un mercado, y mientras se lee llega como vecino vuelo de zumbones, un rumor de serruchos y de hachuelas.

Un bello mercado, limpio como una sala de operaciones. Hay en lo alto un semillero de lámparas blancas. Aquí abajo funcionan en la exigüidad de los puestos, fábricas de embutidos instantáneos. Y por la tarde, cuando se queda solitario, los carniceros se entretienen en la operación de embutir retacitos de grasa en la lamentable flacura de la carne, hasta darle lozanía codiciadera. Las pobres vacas criollas sonreirían benigna-



Una calle

mente si pensaran en el destino que les espera de engordar después de la muerte.

Como estamos en el hipódromo y el cementerio está cerca, vayamos al cementerio. En el fondo nichos mohosos, ruinosos, derruyéndose pedacito á pedacito; en los senderos coronas rotas, por todas partes yuyo invasor, nombres borrados. Se pierde, pues, el culto de los muertos, y ellos, los abandonados, se levantan á veces y van á llorar junto á los vivos, que viven como quien huella lodo, la vida vulgar, apoyan las cabezas en las puertas de sus habitaciones y á la mañana están los vidrios cuajados de sus lágrimas. ¡Abandonarlos! ¡des-

amprarlos! Es una ciudad progresista pero se olvida de sus muertos.

Esta es la calle San Martín y en verdad que el nombre le cuadra. Se presta á cada nombre una imagen la cosa, sin conocerla, y nos regocijamos íntimamente al encontrar identidad entre la concepción del espíritu y la realidad. Imaginaba la calle San Martín, mostrando en las esquinas los cafés que grandes cortinados pesados, cierran á la calle, y comercios por mayor, de enormes salones con estibas y un perfume profundo de madera; y tal vez un teatro, con un letrero luminoso cruzando la calle en lo alto, y un banco gris con ventanas altas, y puertas interiores que se abren á los lados sin golpearse, y quizás más lejos, al fin de la calle, las casas tranquilas, en cuyo patio de baldosas rojas un grupo de macetas levanta evónimos y helechos.

Así es: todo está como fué soñado, todo, hasta la casa del Banco, gris, con altas ventanas, y adentro el salón muy grande, las rejas niqueladas, las mangas de satín de los empleados, el humo de los cigarrillos...

Ya se comprende que el encanto de las calles ricas cesa á poco y empieza el suburbio polvoriento, pero sin casucas, sin ranchos, sin construcciones viejas. Son rosadas casitas, con su jardincillo al frente que un puñado de violetas lo florecería todo. A veces brilla, limpio, un patio de mosaico. Pero están desparramadas, sueltas, en medio de huecos grandes, como en Bahía Blanca.

Oigo un canto de cigarras. Están en los plátanos de la plaza principal. Debajo de ellos, en los bancos, muchos individuos duermen pacíficamente una siesta estival. El sol hace blanca la plaza; una blancura marmórea; y resaltan los caminos de portland con hojas secas, rotas. Fué siempre, de muy antaño, la plaza principal, y en seguimiento del modo español, á su alrededor se levantaron las casas de las autoridades. La plaza principal, en las ciudades viejas, resume á la ciudad; no hay más que mirar á sus cuatro lados, para encontrar el asiento urbano, el corazón, la ciudad fundada. Pero Rosario, ya crecida, ha apartado de ella algunas oficinas públicas en obsequio al extenso radio que sirven, aun-

que todavía están la catedral, la policía, la municipalidad.

Uno entra en la primera y ve por todas partes que armazones de andamios, ocultan con sus verjas groseras á los santos con las miradas en alto, y á las columnas doradas de los altares. Sobre una batea de mezcla brilla un arco de cirios; una llana entre las flores de seda de los floreros. Sin embargo, hay un silencio dulce, una sombra mística y todavía se puede soñar, aunque á ratos caiga una gota de pintura sobre el libro de misa de alguna mujer acurrucada.

La municipalidad... pero más vale que no hablemos de las oficinas públicas. Me parece que son como los empleados públicos: con corbatas de seda y espíritu de barro.

Y por fin, la policía, un caserón antiguo, con ventanas de reja y tres vigilantes con mauser á la puerta. En el medio de la calle un piquete de vigilantes hace evoluciones. Veo adelantarse, simétrico, el cuadrado de hombres vestidos de brin y me alegro un poco, como los chicos cuando pasan soldados. ¡Ah, si ahora, en este mediodía, sonasen músicas militares!

Parece que me he olvidado del monumento que se levanta en el medio de la plaza. No, no me he olvidado, y creo que me acordaré de él, en el Centenario, si veo en alguna confitería una alegoría patriótica, de azúcar blanco. Es una suerte de pirámide en cuyas esquinas, abajo, se paran cuatro hombrecillos de mármol: San Martín, Belgrano, Rivadavia y no sé qué otro. El tiempo no ha magnificado la figura de los próceres; al contrario. Son pequeñitos, regordetes y ligeramente cómicos. En lo alto, una República levanta el pie con la airada intención de golpear una cadena. Su actitud se parece á las de las niñas caprichosas en los cuentos de hadas. Oíd: "La princesa Roseta quería casarse con el rey de los papagayos.—Entonces, su hermano el rey y su hermano el príncipe le dijeron: hermanita, el rey de los papagayos es un pájaro que no canta y que se come. La princesa Roseta quería casarse con el rey de los papagayos y sus hermanos no. La bella niña cierra los pu-

ños con ira y su pequeño pie golpea muchas veces el blanco suelo..."

He dicho que esta plaza es muy antigua; tal vez se acuerde que hace sesenta años, tenía dos hermanas más, la de San Lorenzo y del Cuartel. Cada plaza tenía aplicaciones más extensas que las de "higiene y recreo del público", que les conceden los carteles. En la principal paseaban las familias. (Las mujeres: crinolinas, peinado



El centro de la plaza principal

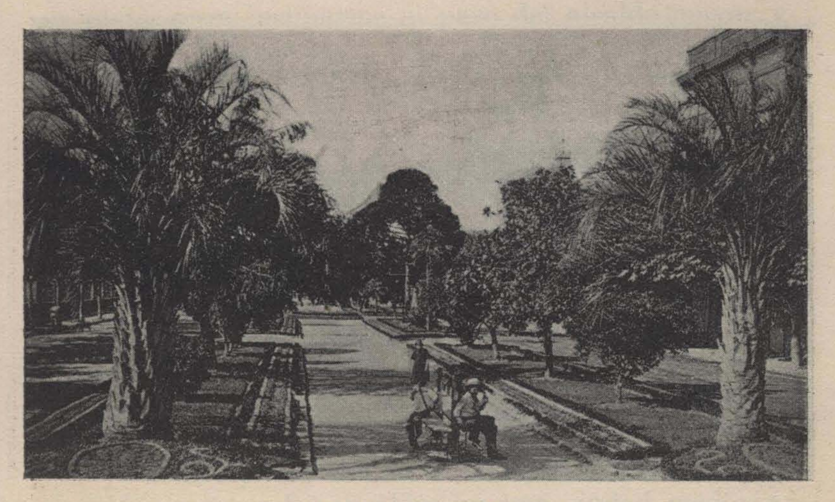
de gorro frigio; los hombres: pantalones acampanados, galera alta, corbata de plegado). En la de San Lorenzo paraban las carretas y se hacía mercado; la del Cuartel, se destinaba á ejercicios de los reclutas. Las dos últimas ya no existen: las plazas son también como las hojas.

Flecos de plazas son las calles arboladas cuya línea de incesarios verdes "pone en las aceras una sombra agradable", dice la Memoria municipal. La simple frase me desenvuelve ante los ojos el espectáculo de las veredas á las tardes, cuando sobre el suelo rosa tiemblan con el suave é infinito temblor del viento enjambres de

manchas de violeta suave y de blanco de sol, porque los árboles "ponen en las aceras una sombra agradable".

Todos saben que el 12 de Febrero de 1812, el señor Belgrano, levantó en el Rosario la bandera argentina. El sitio histórico está en la plaza Almirante Brown. Levantarán un monumento.

El mejor paseo, el Parque Independencia. Se inicia en la intersección del Boulevard Oroño y la Avenida



Boulevard Oroño

Pellegrini. Una especie de petit Palermo, con su avenida, donde se hace corso de carruajes, un zoo, cuyos escasos ejemplares necesitarían el pregón del hombre del bombo y la voz estentórea como en las barracas de feria; la ancha órbita rosada del hipódromo; los bretes y alambrados de la Sociedad Rural, ahora desierta; las canchas de los juegos al aire libre, y, para que no se acabe el carácter de petit Palermo que he dicho, hasta tiene su resturant nocturno, perdido entre arboledas, donde se pasan noches en blanco y adonde van algunas mujeres, no todas. Veo el agreste abandono de toda una parte del parque, la confusión de los yuyales amarillentos. Veo jardines correctos, de senderos no hollados, donde

pastan algunas vacas. Es bello verlas buenas y tranquilas á la sombra moribunda de las acacias. Veo, por fin, que el sol en el silencio lleno de trinos de la tarde, baja iluminando la cima de los eucaliptos. Oigo el susurro de los eucaliptos. Camino lento, y *low-spirited.* Aparece, apenas perceptible, el primer farol encendido en este momento final, momento de ceniza y de vidrio empañado. Dentro de un rato brillarán por decenas los faroles,



En el Parque

los arcos voltaicos y las inmóviles llamas de gas que tienen la forma de un nenúfar: todo un aderezo de las sombras y quizás me venga á la memoria la cosa leída, de las primeras luces en las noches de la aldea rosarina, cuando frente á una hornacina, en un hueco del muro, se encendía la mecha hundida en el cantarillo de aceite de potro; y quién sabe si no recuerdo el bando promulgado por el señor alcalde mayor: "Toda casa de trato de avasto deberá (devajo de la pena de seis pesos de multa por la primera ocasión y doce por la segunda) serrar las puertas de su casa todos los días de fiesta al tiempo de la misa mayor y vajo la misma multa se les aplica á los que no pongan farol ensendido á la ora se-

ñalada según costunvre." Quisiera por un momento haber vivido en la época para encender, por fórmula, el inócuo farol junto á la reja salediza de mi casa, á la hora en que en las calles sembradas de charcos, brillantes á la luz de la luna, sólo se oyera, saliendo por las ventanas, el zumbido de los rosarios familiares y alguna guitarra sonase una copla de amor. O para entornar el viejo portón á la hora de misa mayor y salir á la puerta con el pantalón corto, donde brillasen dos hebillas de plata, para inclinarme al paso del alcalde mayor y regalarle una gramática.

Pero no es posible. Todo se conjura para decirme que estoy en mi edad. Allá, el campanilleo nervioso de los tranvías eléctricos, aquí, la escalera neumática del cuerpo de bomberos que estoy mirando. Quiero hablar particularmente de esta institución porque es la mejor del país, exceptuando á Buenos Aires. Y aún de esto último me entra una duda. Poderosa institución. He aquí una alta torre; con ella se domina hasta muy lejos y perennemente en su altura vigila un centinela, esperando ver la alta llama, como el vigía en el palacio del Atrida, rey de los hombres. Dos cosas muy excelentes enorgullecen á esta institución, una es la escalera neumática que ya nombré, otra un servicio de buzones avisadores, de todo punto indispensables en una ciudad moderna. Buenos Aires no los tiene. Quien va al Rosario y ve ya en un farol, ya en una pared, distribuída en toda la ciudad, una caja pequeña de color bermellón, dice: ¿qué es eso? Bueno; eso son los buzones avisadores. Tienen sus llaves las casas de negocio y los agentes de policía. Cuando ocurre un incendio, se abre la caja, se levanta una manivela y seis minutos después desembocan en la calle los hombres al combate, precedidos del bronco vibrar del bronce. El aparato es simple como un juguete de niños; y los niños hallarían su delicia si tuvieran las llaves. Otra de sus utilidades se deriva de que contiene un manipulador telegráfico que permite desde el sitio de la acción pedir al cuerpo los materiales que lleguen á requerirse.

La escalera "Rosario", construída según modelo pro-

pio del cuerpo, se subdivide en tres partes principales: mecanismo para elevarlo, otro para el despliegue, y carro de hierro con pescante de apoyo. Se pone en movimiento por medio de aire comprimido que se obtiene por bomba á mano, ó por otros gases en presión como oxígeno ó gas de aceite. Es un encanto verla funcionar. Puede hacerse girar en cualquier dirección hasta 360 grados y se eleva á una altura de 25 metros, es decir, más alto que cualquier edificio del Rosario.

Para obtener de la tropa un concurso inteligente, el cuerpo ha iniciado la publicación de algunos folletos instructivos, que acentúen en ella los conocimientos profesionales. Otros datos: Rosario tiene cerca de setecientas llaves de incendio, treinta y cuatro compañías de seguros.

Existen tres teatros dignos de alojar á cualquier compañía, y en efecto, selectas compañías llegan á esta ciudad que tiene del arte cuatro nociones sumarias. Veo también en las vidrieras, los carteles en colorado y amarillo del domador de leones que está con grandes botas brillantes, sendos galonados en la pechera escarlata, bigotes emperadores: una actitud cesárea. Reclinado en el león, es digno del verso. Espectáculo popular. Esta noche iré á verlo. Iré á las graderías, y cuando el muchacho que esté á mi lado con palpitante asombro me diga—Trabaja bien, eh! yo contestaré, sí, trabaja bien, y al fin, mezclado á la turba que se atropella, saldré del circo con un ardiente deseo de ser domador de leones, poner en sus fauces abiertas, la mano hecha para la lira de las cosas íntimas... Al fin y al cabo, el circo me encanta más que el teatro serio. ¿A qué iré á él sino á ver la eterna historia de adulterio de las comedias francesas?

Hablamos del teatro; y bien. Tengo entre mis apuntes uno que dice sólo esto: La flor de un día, Las borrascas de un corazón, 1854. Esto quiere decir que un día del año 1854, paseaban por la ciudad con sus caras rapadas los cómicos de la primer compañía teatral que vió el Rosario. Paseaban entre la admiración de los jóvenes, parados en las esquinas, junto á los postes de atar

los parejeros. Esto quiere decir, que una noche del año 1854, en un pobre salón alumbrado por velas, se mintió la vida en el escenario, con un lleno inaudito, á pesar de los apercibimientos eclesiásticos. Quiere decir que en noches sucesivas, una muchacha picaruela empezaba á decir: *bello país debe ser...* y al fin las damas lloraban á moquillo suelto. O se daba "Las borrascas del corazón". Su título lo dice todo. Pobre teatro romántico con tus borrascas del corazón tan tremendas y tan pueriles. Descanza en paz.

El primer periodismo del interior, por la cultura, el número y la importancia de sus órganos, es el del Rosario. Revistando sus diez diarios se justiprecia la intensa moción espiritual de la ciudad que los sostiene, y el múltiple ejercicio de sus actividades; y limitando el pensamiento al diario mismo, se evoca á las rotativas, con los curvados clichés de plomo, y la ancha faja de papel, infinita, que surge de la bobina siempre ligero, se evoca las linotipos, con el deslizamiento ligero, por los casilleros, de las pequeñitas matrices de bronce, y el calor de su crisol; y también el largo taller de tipografía con la gente pálida y silenciosa envuelta en delantales, mucha gente, pues no se hace así no más un diario de ocho ó diez páginas. Todo eso representa potencia afirmada en riqueza. Y pueden, en realidad, los diarios rosarinos constituir una autoridad, como dicen que constituye la prensa. ¡Qué variedad de caracteres propios tienen estos diarios! Cada uno es un hombre, delineado, inconfundible. Se les podría calificar por temperamentos: el grave, que habla con reposo, alzando y bajando lentamente la mano donde el índice se une al pulgar; el combativo que cotidianamente dice que todo es igual al 90, y por fin el jovial, que pesca al vuelo la ocasión para la paradoja. Lo he dicho: son hombres.

Al hablar del puerto, convenía referirse á la aduana. Pero el trabajo no aspira, no puede conservar el orden de sucesión de los libros de texto; tendrá, á lo que se ve, heterogéneo aspecto de una casa de empeños. Tocaba decir de la aduana que da á las arcas fiscales una renta anual que pisa en el umbral de los cinco millo-

nes de pesos oro. Si adoptáramos, para representarla, la amena ilustración de las estadísticas que ponen las revistas francesas, tendríamos una página de *Je sais tout,* con una torre Eifel y al lado muchas columnitas de monedas de oro. Entonces, lector, dirías con codicioso asombro, ¡cuánta plata! con el mismo asombro que te toma cuando lees las estadísticas y te enseñan que de la moneda andante pertenecen á cada habitante doscientos pesos, y tú preguntas ¿dónde están mis doscientos pesos? En realidad, ¡cuánta plata! es como para matar á la poesía si no se supiera que hubo hadas que dormían en lechos de monedas de oro.

Entre las diez y seis mil casas de esta ciudad no hay ninguna pintada de blanco. El color de los lirios está proscripto. Y está proscripto por ley que vela que las casas no parezcan novias. De suerte que quien ama al inocente primario desterrado sólo se atreve á darles un blanco falso, un amarillento pálido como el de los espectros en los teatros.

Esta ciudad, que fundada en 1752, no tuvo más plantel que un grupo de indios calchaquíes reducidos á pleito y obediencia, ni más casa que una miserable capilla de paja, á cuya puerta, tras la miés de espaldas de cobre de los indios se hincaba el pioneer hispano, junto al arcabuz; esta ciudad es hoy una química activa de naciones en la cual el elemento nativo representa la quinta parte exacta. Y que se cuente que llega á ciento cincuenta y dos mil el número de la gente que en ella vive. Los argentinos, pues, confiesan la vencida, y si hurgara más, más se aminoran, ¿pues qué parte principal tienen ellos en el enorme impulso industrial que se marca en los últimos años de la vida rosarina? Proviene, casi solamente, de la inmigración que llega de centros manufactureros. Que esta confusión de encontradas costumbres de gentes diversas disocie el carácter uniforme de ese pueblo, es indudable, pero creo en la vanidad de la intención proclamada de disolver el fenómeno por el sentimiento patriótico basado en el culto á la tradición. La patria no está en el pasado; es toda futura, cosa que vendrá, esperanza. Cuando se mira bien el pasado, la

vaguedad de sus ideales, la disgregación de su espíritu rencoroso entre sus mismas partes, y hasta sus glorias, no bien acendradas, uno suspira y dice: felizmente todo ha pasado. ¿Y sobre eso se quiere fundar la nacionalidad? ¿no valdría mejor empezar á formarla con ideales nuevos?



Escuela Gobernador Freyre

La enseñanza pública, en relación poco difusa, en relación pobre. Las tres cuartas partes de los establecimientos de enseñanza son particulares. Y ya sabemos lo que eso significa: padrenuestros á cada campanada, ó en las laicas, no más fin que el lucro, como si la aritmética y la geografía fueran una marca de cigarrillos. Pobre, he dicho. Y sino, ¿cómo se explica que haya en esta ciudad treinta mil personas analfabetas? ¡Qué proporción enorme! ¡qué comprobación dolorosa! Alguien se asombraría, y con razón, si mañana se levantase aquí una de las escuelas previstas por la ley nacional, una

de las escuelas destinadas á las campañas casi desiertas.

Se envanece Rosario de poseer un bello edificio escolar. Un orgullo legítimo y ojalá encuentre fundamentos análogos para multiplicarse. Es el edficio que ven copiado en el grabado. Tiene el nombre de un gobernador, pero no importa. Está en una calle tranquila, familiar, ordenada y limpia como un vestíbulo. La vereda tiene jardines: unas orlas verdes donde pintan flores menudas, como puñaditos de besos; y donde sube armoniosa, la ramazón obscura de dos ó tres ligustros. Y en el medio la gran entrada, casi de arco, que cuatro columnas velan, y á los lados en los dos pisos, las repetidas ventanas y balcones que cierra una celosía fina, laminada, la celosía moderna que no pierde en fortaleza lo que gana en delicadeza. Se diría una casa de gobierno, si no se viera en las veredas el bullicioso tumulto claro de los niños, cuyas palabras saltan ligeras, como alas entumecidas que se agitan, después de la forzada reclusión del tiempo escolar. Si se entra, se entra en un vestíbulo que disiente absolutamente con la severidad amena de la arquitectura del frontispicio. Pintado al oleo, sembrado de ecusones, bandeletas y florones, es algo versallesco. Adentro, la cauda nevada de las escalinatas de mármol, las grandes aulas nuevas, claras, depositando en el espíritu una ráfaga de confianza enlazada á la luz meridiana que desparraman pródigas vidrieras. Tiene al lado el edificio de los tribunales con su torre de cúpula azulada, y su interminable techumbre de latón pizarra. Un poco ruinoso, tranquilo, el edificio parece con sueño. Y entrando en él, lateralmente, en los corredores la baraunda de los amanuenses, de la gente que espera y desespera, las maquinaciones habituales en los dominios del papel de oficio y unas oficinas pobrezucas, desnudas, y un patio que ganan los yuyos no hollados, el musgo que quieren ver los chinos en el umbral de sus tribunales. Me dicen que esta casa presta apreciables servicios en las revoluciones. En ese momento el viejo reloj de la torre deja caer las campanadas del medio día. Las horas caen como cosas y como de manos des-

alentadas. Todo el mundo entonces se marcha á su casa No sé si dije que en las oficinas públicas se trabaja sólo por la mañana.

Una ciudad, excelente en tantas cosas, no podía quedar atrás en el capítulo de los nacimientos. Rosario está apurado por crecer. De aquí, no sé cómo, le nacen muchos hijos, más que á las otras ciudades, pues marca un treinta y ocho su tanto por mil de nacimientos, en



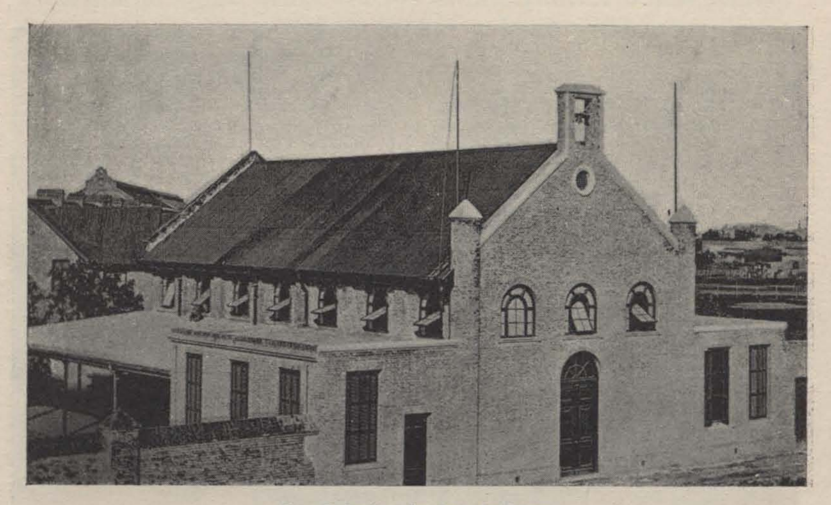
Los Tribunales

relación á la población total: más del doble que París. Es un buen síntoma, pues se observa que la natalidad aumenta particularmente en donde mejoran las condiciones de vida. Rosario la prolífica.

A la madrugada, la ciudad está orlada de una neblina violada, de olor penetrante, fuerte, inolvidable, como el del estiércol quemado. Es el humo de los hornos de ladrillo. Son innumerables, y acá y allá desmontan grandes extensiones de terreno, que quedan uniformemente llanas como un salón de patinaje; y acá y allá se elevan pirámides rojeñas y se multiplican hasta muy lejos, como un campamento, las sucesivas líneas de ladrillos

obscuros, palideciendo al sol. Son innumerables las fábricas, y, es claro, innumerable es también la cantidad de construcciones que un ansia cotidiana y constante levanta.

A la madrugada, hay también otro olor, que llega en hálitos tibios. Se vuelven las miradas y aparecen en los locales, aún un poco obscuros, los montones de pan dorado crujiendo todavía. ¡El olor de las panaderías!



La Iglesia de los talleres

O sino, es un olor selvático. Llega entre un ruido de maquinarias que recién empiezan á jadear hasta la vereda clara que una pelusa verde tonaliza. Allí se elabora la yerba mate.

Afuera del radio urbano, al noroeste, se levantan los talleres del Central Argentino, que representan un modo de las industrias rosarinas, dado que construye coches de ferrocarril, con renombre en todas partes, por la perfección y exquisita delicadeza de la obra. En medio de tantos galpones rosados, iguales, con la misma techumbre angular y los mismos ojos de buey para luz, no se distingue uno en el cual no suenan los martillazos de la forja ni el chirrido de la lima, sino muy le-

vemente, alas de pájaros, el rumor de la oración. Es una iglesia; una iglesia en los talleres.

Y ya estamos á los pies del coloso industrial: la Refinería Argentina. A su alrededor se ha constituído todo un barrio obrero, con sus casucas en desorden, tiradas aquí y allá, y al atardecer su mundo de trabajadores, envueltos los más en una lona corta ceñida á la cintura, y en la cabeza desgreñada la boina azul marino. Se oyen, en una confusión de sonidos que nada nos expresan, los idiomas más lejanos, los menos habituales, los eslavos, y metálico, el guaraní alado. Volviendo los ojos, hay aquí una fonda rumana, al lado una fonda búlgara, más allá, una fonda polaca ó turca. La calle de entrada tiene, de un lado, una línea de moreras con las hojas abarquilladas como manos que van á coger agua, y en el medio es rosada y negra, y entrega al viento un velo pálido de polvo y de limadura de carbón brillante al sol. Hay en los alrededores un olor peculiar persistente, fastidioso, como de cáñamo húmedo. En seguida, líneas enteras de convoyes ferrocarrileros, que sirven al solo establecimiento. Adentro, el primer ejército laborioso, los recipientes que giran y giran, el departamento de centrifugación del azúcar. Llega ésta, rubia y morena. Es de Tucumán, del Brasil, de Europa. Se centrifuga para librarla de las impurezas mayores, y pasa, corriente enorme, á tanques purificadores, donde hierve, se torna absolutamente líquida, pero vuelve á adquirir un granulado fino, más pálido, más uniforme, y es entonces que se la separa de la maleza y se suelta, hirviente, á conductores que la arrojan á nuevas turbinas, que giran y giran, y aquí también por el sistema de las cámaras de vacío, se enfría, toma consistencia, pasando gradualmente de un rubio de cabellos de oro, al verde pálido de los ojos femeninos, y, por fin, al blanco lilial. Se la saca en grandes bloques curvos de unos setenta centímetros de alto por quince de ancho, si es para ser apisonada, pero si se la quiere en cuadritos, basta disponer en el interior de la turbina una serie de finas hojas metálicas, entre cuyos espacios se solidifica el azúcar y sale en ta-

bletas que es fácil dividir cuadriculadamente por un sistema de guillotinas. Son, pues, tres operaciones principales y todo es sencillo, encantador, y es el azúcar tibia bocado delicado, como las ventanas y las tejas de la casita de azúcar que los niños perdidos, Hansel y Grettel, hallaron en el bosque De aquí, se alzan los ojos, y por las ventanas luce abajo, con brillo dormido, la serenidad del río. De pronto,



Alrededores del Rosario

en el suelo, uno halla, á sus pies, un agujero que descubre, una corriente subterránea, caliente, de un líquido betuminoso y rojeño. Es la melaza que corre por grandes canales cubiertos á tanques, donde fermenta y se transforma en alcohol, pasando por la tubería de los alambiques. Porque este establecimiento no es sólo una gran refinería, sino también una gran destilería. Suele haber en los tanques una existencia de más de doscientos mil litros de alcohol, del alcohol incoloro y puro, vivificante, que compra la gente á un peso y setenta y que la refinería rosarina vende á diez y seis centavos, y las de Tucumán á doce y catorce.

Queda todavía que hablar de las instituciones sanitarias, que excelentemente organizadas sirven á esta ciudad: la asistencia pública, el dispensario, el laboratorio de bacteriología, el de vacuna, el instituto antirrábico, la casa de aislamiento y los hospitales sostenidos por instituciones privadas. Pero ya estamos á la sombra de un mástil, con el corazón á nuevos rumbos, y frente á la ciudad que se aleja, que se empequeñece á la distancia, con sus casas y sus vanidades, estamos á punto de decir: ¡Con más virtud, qué grande serías! Pero pensando que lo mismo se puede decir de todo el país, y como en ese momento un vuelo de palomas se alzara de un tejado, la voz sólo atina en un saludo casi de resignación, que me enseña el buen Azorín: "Salud, palomas; felices vosotras"...

JUJUY

Para mayor tristeza, ahondada por la lejanía y la sucesión de los paisajes que pasaron rapidísimos, como cosas del pasado, ¡igual que del pasado! esta primera tarde en la aldea recogida en su vida sencilla, casi sin latido, esta primera tarde llueve incesantemente y todo está lleno de la plegaria de la lluvia, de un infinito rumor de pasos de espectros, acercándose desde muy lejos en la claridad del día pálido y vago como en los sueños. Afuera, las masas obscuras y pilónicas de los cerros vecinos, esfuminan los contornos en la bruma total, y de sus flancos se tienden flotando inmóviles, girones nebulosos.

A sus pies se alargan las calles en soledad funeral, las casas lavadas de agua, las veredas brillantes, y junto á ellas corriendo impetuosa el agua turbia, recibiendo en un remolineo de espuma, los arcos de agua que caen de los tejados, dando á creer que de las frentes de las casas saltan manantiales.

Adentro, desde el claroobscuro de mi cuarto, que huele á lencería y á hierba silvestre, se mira surgiendo en el patio un naranjo pesado de frutas bermejas, bello,

simétrico y gracioso, como los naranjos, los laureles y los olivos, de las alegorías inglesas que imitan al prerrafaelismo, en las tapicerías y en los libros. Lo raya la lluvia al modo de un descolorido. Al nacer del tronco en el patio que nadie huella, entre matojo de yuyos, espían los sapos palpitantes. Hay la soledad muy honda de una casa solariega, donde el último vástago, venido á santo retiro, sueña con los saraos fastuosos de los días mejores. La ciudad toda entera ¿no es como una casa de blasón, un poco abandonada? ¿No hay casas cuyos patios son rincones de corredores claustrales, en los cuales un rosal primaveriza para dar engaño de la ruina que furtiva hiere? Tarde lluviosa... Domina una sensación de frío y de recogimiento como la que quizás sienten las palomas cuando al amago de la tempestad se acogen al abrigo de los aleros. Sentir vago que al fin se concreta con la punción de un dolor, que invade irremediable y obsesora la nostalgia de Buenos Aires. Es, clara imagen, un impulso de alas á un llamamiento insistente y lejano. Por primera vez, no siento estar en la patria. Y entre la multitud de emociones que se suscitan en el silencio, renace el eco de un *triste* santiagueño "...que es mayor dolor". Sé bien que Buenos Aires es la Feria de las Vanidades, el real de los sibaritismos groseros, y sin embargo, ¡qué dulce en la ausencia! ¡qué delicadeza de jardín la envuelve! También el presidiario llega á amar su celda.

Jujuy es la Cenicienta de las ciudades argentinas, porque es la más pobre y la más bella. Es ciudad vieja, y tiene una frescura que no se aparenta á la luz del sol: lozanía escondida. Como no tiene el tráfago de casa en construcción de las poblaciones nuevas, ni la convulsiona la fiebre del comercio, es apacible y aseada á la manera de una mujer bendita del recato. Como es pequeña, es virtuosa. Quien tenga ojos para sentir, vea que es bella. La ciñe, apretándola un poco, un anillo de cerros, juvenilmente verdes, con todos los secretos montañeses: los manantiales, la selva densa, el hato, las casucas, los sombríos recodos. Más atrás se vislumbran destacándose en la limpidez del día, la orla accidentada

de montes calvos; y empiezan á su orilla las quebradas uniformes y llanas como cintas, entre la angustia de paredes líticas, ó en campo abierto que decide al viaje; pero la ciñen con más apremio todavía, dos anchos ríos que se juntan al este en un mismo cauce, como dos vidas en un hogar. Cuando crecidos, los ríos hermanos, levantan un rumor que ocupa los ámbitos, y pues están tan cerca, que pasan lamiendo las últimas casas urbanas, la ciudad con sus siete cuadras de ancho, la ciudad casi isleña, es como una membrana donde percute la sonoridad de las aguas violentas.

Está en un valle pero en una altura, de tal suerte que idos un trecho á sus afueras, la ven toda y graciosa, en sus características más altas: la alameda en su paz de eucaliptos, los galpones blancos, la estación de ferrocarril, donde entra un tren venido de no se sabe donde, por cual resquicio serrano, un tren adelantándose sereno y que entrega al sol para que se lo pula todo el hierro de su locomotora; más lejos, la cúpula pomposa del cementerio. La ciudad es humilde en la grandiosidad del paisaje. Es Cenicienta en el palacio.

A la madrugada, húmeda de rocío, la ciudad tiene el campesino olor de las quemazones de rastrojos, y en los zaguanes, flota un humo azul, porque se encienden todos los hogares, y arde en ellos abundante la leña serrana. Por las calles, vagan, innumerables, los perros husmeadores y van á mercado las muchachas descalzas y con sombreros hongos, y las mujeres de caderas flojas, mostrando en el vestido y en la cabellera el abandono de un *así no más,* negligé matutino, de *entrecasa,* como dicen. Y no tiene el mercado ninguna característica regional, un detalle propio junto á la línea de puestos con mármoles y rojos harapos de carne. Por que Jujuy, en este, como en otros rasgos está más al sur que Salta y Santiago del Estero. Desengañando para mejor, porque quien no la ha visto, la imagina una aldehuela cuyas calles son polvorientos caminos de campo afuera, con desordenados rancheríos junto á los cuales se amontonan recuas de mulas, bajo el sol de los trópicos. Y nada hay de eso; las casas están apretadas, sin huecos, y unifor-

mes, y todo parece un barrio tranquilo y limpio de una gran ciudad.

Es tan pequeña, que un anciano, haciendo su paseo matutino alrededor de ella, la da vuelta en media hora. Y pasa entonces por calles yuyosas, casi meridianas por la soledad, calles por donde apenas se insinúa la línea rosada del camino, venciendo matas, y donde se agitan las aves de corral y levantan la testa las vacas lentas, y se siente el olor del estiércol bajo la encogida corva de los caballos. Aquí hay casas de adobe, que aparentan triste miseria. Tienen á los pies una randa de matas llovidas de flores amarillas, y al anochecer están envueltas en un canto de ramas y en un fugitivo perlerío de cocuyos. No, son todo enteras de adobe: sus paredes se asientan en un metro de piedras toscas como el granito de pavimento, que les dan una ligera apariencia de la fortaleza del pedestal, y tienen tejados rojos y verdes entre racimos de yuyos, entre los cuales pican palomas y corren lagartijas. Las palomas mansas que casi siguen al transeunte.

Es domingo, aquí y allí flotan banderas. Las casas, todas bajas, tienen á pocas excepciones, tejado saledizo, cuyas goteras dejan líneas de hoyuelos en las veredas de ladrillos. Como son todas, más ó menos parecidas, tienen en parte el aspecto de una sola gran casa antigua á lo largo de la calle. Hay allí una media ruina que tiene su siglo metido en el mortero. Debió ser cuando su juventud palacio de mucha loa, y en el pueblo incipiente, timbre de honor, y fausto de mostrar. Ahora tiene una traza de muladar, pero aún no le entró la vejez desmenuzadora al pesado dintel que enseña una piadosa leyenda: "Avemaría sin pecado consebida" Los patios tienen una belleza americana. Se entra al correo y hacen olvidar el olor del lacre, un rosal, un limonero, y un parral. Igual en la casa del gobierno, una casona umbría, callada y olorosa á primavera; donde grandes inmensos rosales, ocultan el cielo y echan hojas secas y pétalos frágiles, á las oficinas propicias á los dormitares, á las oficinas con rejas al patio. Y en las casas, con anchas rejas carceleras á la calle, se miran las salas,

suavemente obscuras, bajo la blancura de sábanas de las vigas, con el mueblaje y el ornamento un poco *snobbish;* la cómoda, cargada de chucherías, como un mostrador de feria, las flores de papel, los almanaques, donde sonríen alemanitas con su eterno rubor de manzana, y el sillón, que no sé por qué, hace pensar en la Habana. Pero en las puertas de todas las casas—ligero anacronismo—se ven retorcerse y entrar los cables negros de la luz eléctrica. Es excelente y único este servicio urbano. Y cuando uno llega de noche á Jujuy, y ve extenderse ante sí la siembra de luces blancas, piensa en una ciudad reposada de secreta grandeza. Los edificios públicos no se distinguen de los familiares, sobre todo en esta ciudad donde apenas hay quehaceres de papel de oficio, por una parte; y por la otra, donde no hay chicos. Como las casas, el mismo carácter de la gente del norte es silencioso, callado, pausado. Alguien se acuerda de la lentitud de las vacas. Y los pregones en la calle recuerdan á las esquilas.

Pero hay edificios con pretensiones de surgir, soberbios, sobre el viejo Jujuy, y tal es el nuevo palacio de gobierno, un poco Renacimiento (ningún edificio del interior de la República tiene carácter arquitectónico puro). Está en construcción desde hace mucho tiempo, y en una indecisión de si se continúa, pues, dicen, la provincia es muy pobre. Los altos están hechos, y veo en su frente amarillo, un gran escudo provincial, donde aparece el sol redondo, rollizo, risueño, como diciendo: "Yo vendí al contado".

Y no sé de otro cimiento imponente, ni en las calles bien veladas, de orgullo civil, son tres: Belgrano, San Martín y Alvear. Ni en esotras que no tiene más vereda que una angosta franja de piedra arrimada á los muros, y que acaban en una bajada al río, lujuriante de ondas verdes y erguidas cañas. A no ser las dos iglesias con sus viejas torres solemnes atalayando honduras y llamando palomas. Son, como los campanarios de los pueblos pequeños, cuya sombra es para todo el pueblo, lo mismo que la exultante alegría de sus bronces que riman con los corazones sencillos; como los campa-

narios en los pueblos pequeños son amados por las gentes que á su arrimo llevan vida plácida, á modo de quien lleva una esposa sonriente. Y los ven desde lejos con igual devoción con que el sutil Odiseo miraba temblar el humo sobre la casa. La iglesia catedral es de una pobreza que sencilla recata, pero como á veces queda en las casas, de la antigua riqueza, un mueble labrado, así tiene su púlpito que talló un artífice sembrándolo de rostros de ángeles y florones de oro, con profusión celeste, con una profusión de rosados y dorados que son un amanecer. Y frente á él, viejucas pobres como la pobreza, se arrodillan en un confesionario, que hace un siglo y medio debió servir para los gobernantes de espadín y peluca, que se allegaban á él, con un lloroso arrepentimiento de haber leído á Voltaire. La otra iglesia, que en un flanco exterior tiene en su arquitectura como el aspecto de quieta y mansa abadía, deja que en el atrio medren á su sabor los yuyos, y que entre ellos los pies piadosos hagan camino, ondulante y serpentino. En su interior, reducido como una sala, hay en la madrugada una tibieza voluptuosa, y los ojos aún no desperezados, se placen en vagar las miradas, en una suerte de inconsciencia igual á la de las oraciones, desde las llamitas indecisas de los cirios hasta los rebozos blancos de las mujeres que llevan hábito. En Jujuy, son pocas las mujeres que no lo llevan el domingo á la hora de la misa.

El pueblo, en su parte mayor, no va á misa. Ni va á misa ni trabaja. Ni trabaja el domingo, lo que es santo, y corriente, ni trabaja el lunes. Hacen San Lunes. Si fueran sólo dos días en blanco, puede pasar, aunque con rezongo. Pero no es así. Han hallado el modo de multiplicar los días vacuos, ya que no los panes, con la multiplicación de las fiestas patronales. ¡Socorrido pretexto! Cada distrito y caserío tiene un santo y virgen, que llegado á su día, subido es en andas y traído en procesión popular á rigor de tambor á la iglesia de la ciudad. Allí le arrojan una cruz de hisopo sobre la blancura de su manto de seda—á estas vírgenes que tienen ojos tan artificiales y mejillas de color de naranja y

cabelleras negras, tejidas de *chimbas* de niños y manos tendidas con los dedos rotos... Y siempre en andas, sobre hombros infatigables, sentada la imagen en la silla que prestan á todos los santos del norte, la vuelven á su lugar, donde se inician en un delirio de multitud, bailes que duran las horas que duran la noche y el día y la noche. Bailes monótonos, jadeantes, sudorosos, brutales, y se bebe enormemente, chicha, vino,



Procesión religiosa

cerveza, todo lo que sea fuerte ó llene hasta la regurgitación, hasta que caen de ebriedad y de ganas de caerse para que el cuerpo goce en arrastrarse en la tierra. Entonces todo es como una epilepsia, y el sonido del violín, del tambor ó del quencho, un maullido que nunca acaba, como si en el secreto musical estuviese la magia cruel é inflexible que imperativamente mueve los cuerpos. Claro, después de esto, que suele alcanzar á durar tres días, la gente se echa á dormir, hasta que la buena gana le venga al cuerpo de ayuntarse al trabajo. Y como el pretexto es valedero, también cada casa tiene su santo, y cada casa junta periódicamente á los vecinos en este apogeo de orgía. Esta es la clave de

la piedad de los semiindígenas del norte: se allegan á los santos cuando no tienen qué comer y cuando tienen con qué emborracharse. Pueblo hidrópico. ¿Qué remedio para reducirlo al trabajo? Si un día le da pan para tres días, es fijo que tres días no trabaja. Y quien quiera estrechar á estas gentes dándoles no más que lo que necesitan para el día de hoy, también se engaña, pues viven de nada, de un puñado de coca y un trago de aguardiente, cosas ambas de fácil obtención, y que llenan con mucho el reino de sus deseos. Así se va embruteciendo la raza, embruteciéndose y amenguándose. Es cosa de coger un látigo...

En ninguna parte como en el norte, se encuentran más idiotas. Los pobrecitos lampiños, con sus trajes de desecho que les quedan grandes, con la baba que rebrillándoles en la solapa, les cuelga de la boca torcida, y que pasan arrastrando los pies y tendiendo la mano muerta, la mano floja en el muñón como un harapo.

Quiero hablar de una especie de gente que en la ciudad, donde hay pocos, y la mayor parte accidentalmente, llaman indios, y en el campo puñenos y nosotros tal vez coyas. Casi todos son arrieros. Van descalzos ó con ojotas, llevan poncho de lana, bolivianos, anchos pantalones que recuerdan á los zaragüelles y blancos sombreros, producto indígena, que hacen de la fuerte lana de ovejas montañesas, puesta á macerar y luego comprimida, para darle forma, en moldes de madera. Tienen como toda la labor de vestimenta de los naturales, una resistencia admirable, hecha para la hostilidad del clima, y la agreste hurañez de la selva espinosa. Cuando uno ve á esos hombres, así apareados, exclama sin quererlo, por el dictado de innúmeras evocaciones: ¡Ah, estamos en América!

Suelen hacer el viaje á Bolivia por la quebrada de Humahuaca, ó á otros puntos, atravesando montes, la inhospitalaria región de la puna á donde no ruedan vehículos.

La actividad comercial está reducida al intercambio de productos—coca y mulas—con el país vecino, y ellos son los únicos agentes. Proverbial es el aguante de eso

coyas, que van siempre á pie, y hacen como si tal cosa sus quince leguas diarias, en terreno casi negado á plantas humanas; y en un clima que sólo ellos resisten sin que se les melle la salud. Es de decir que cuando el coya agacha la cabeza é inicia el trotecito mecánico, uniforme é inquebrantable que le es peculiar, nadie lo alcanza ni le sigue. Mastican durante el trayecto un puñadito de coca, y ese bocado, el *acullico*, lo arrojan sólo en determinados puntos, en determinadas peñas al borde del camino, que aparecen verdes, como envueltas en una nata de pantano.

Es de buen augurio que el bolo masticado quede pegado á la piedra, pues la costumbre deriva de un rito religioso, que como tal, tiene sus prácticas consagradas. A la coca que llevan á la boca suelen agregarle un carboncito, la *yita*, producto, creo, de la combustión de una planta común en la región, la *tola*. Para los que no están habituados á ella, la yita irrita la boca probablemente á causa de las sales de potasa. Su comida más general es un charque de oveja ó de cabra, la chalona, que mezclada y cocida con harina de maíz, se llama tulpa.

El coya, no muestra ser el hijo directo de la raza autóctana, en la cual fulgieron en tiempos que ya son legendarios *(Où sont les neiges d'antan?)*, arraigadas facultades intelectuales. Se diría que las tiene adormecidas en una pereza de topo. Es de carácter manso, y considerado con un criterio de código, es honrado. Bebe mucho y no tiene muy metido el concepto de la indisolubidad del matrimonio.

Veo á sus mujeres, desgreñadas, descalzas, pacientes y no un diamante precisamente en cuanto á claridad de limpieza; las carnes duras fuerzan la bata-camisa; les cae en los hombros la sombra redonda del sombrero hombruno; y llevan polleras cortas, verdes, azules, purpúreas, de un color vibrante de fuerte, que hace resaltar sus figuras pequeñas sobre el pardo monótono de la tierra. Son supersticiosas, mezclando en un heteroclismo bien trabado la hez—que no la blanca espuma—de dos religiones.

De esto tornaré á hablar al tocar á Salta, en cuyas

campañas persisten sus costumbres con ligeras modificaciones. Su baile más común consiste en una rueda tomados de las manos que gira lenta, marcada de un compás monorrítmico, alrededor del músico que está en el centro sonando el quencho plañidero, cuerno de buey, ó la quejumbrosa y dulce quena, caña hueca. En la noche, oídos en la sombra, tienen los ruidos de su baile un invencible imperio religioso, un ahincamiento de temor y de tristeza insondable que al propio tiempo turba y serena, agarrando las almas en las uñas del encanto. Deben ser así, los gritos unánimes de los indios inmóviles que suenan en la densa noche de la soledad del bosque chaqueño.

Creo haber dicho que la provincia es pobre, y en esta ciudad adormecida, á mil doscientos metros sobre el litoral del país, lo que existe de más grande, en el sentido material, es obra de los fondos nacionales: edificios públicos, que con su corrección arquitectónica disienten en el rostro de la ciudad, como cosa prematura, aguas corrientes, caminos, como el que empieza lo mismo que una pista, en la quebrada de Humahuaca, puentes, como ese que tiene de arco triunfal y de glorieta, bulevar de hierro tendido sobre el río Grande, que corre, allá abajo, atropellando aguas rojizas en la red de sus cimientos de alveolillos, donde arrastra el canto rodado y riega tierra de cultivos, maizales que en perfectos cuadrados como escuadrones se adelantan á que la niebla del río les ciña las orlas de un velo de humo, manchones cuadrados de un verde claro, de un verde paradisíaco, cultivos pujantes que casan primavera y juventud. Y todo esto se ve desde el puente gracioso y fuerte, en cuyo lomo liso y arenoso corren las ruedas rezando quedo, y al paso muerto van los transeuntes subyugadas las miradas en cumbres lejanas tras las cuales el sol se desvanece tornando las nubes blancas en plata viva, fuego de plata, vellocinos de cristal... Lazo tendido entre la ciudad y la sierra, el puente se clava en la piedra ascendente del cerro, rico en árboles con opulencia derrochada en desorden en un tumulto de ramas y muelles bloques de arbustos que sin fin todo

lo envuelven como gran nube verde recostada en los declives montañeses. Estamos en lo recóndito del reino de las hojas, prodigiosamente inmenso. Aquí de una gruta imperceptible surge un manantial clarísimo, en un temblor ondeado, un manantial no más grande que un regazo, murmurando en la umbría, y denunciado porque de allí y de allá bajan pájaros á bañarse en él, agitando las alas. Aquí hay un achaparrado de flores amarillas, que hacen pensar en ¿quién dejó su manto, su manto de oro? Zigzaguean las manchas vinosas de las campanillas; hay un olor silvestre, como de salvia, y una frescura sedativa como de baño. Las enredaderas se tiran y palpitan entre los algarrobos. A un lado sube la marejada de árboles, al otro baja y la corta el lecho estéril del río. En seguida hay una hondura tremenda, arroyo profundísimo, de cuyas paredes surgen ramas pesadas de ornamento, helechos vigorosos y muy al fondo girones de agua, que brillan entre la ramazón, con el brillo negro del azabache. Se deslizan sin sentirse, escoltadas por la música batracia. Más adelante, la termitencia entre dos cerros, forma la quebrada de la Banda, desnuda, clara y pedregosa como el lecho seco de un gran río.

La plaza Urquiza está desierta. Hace, como un perro, su siesta al sol. Florecen los malvones. Pero á la tarde vienen los soldados del regimiento y hacen música en la plaza. El día está un poco nublado y un airecillo otoñal tamiza en la primavera. Entonces viene la gente, y camina por los senderos de la plaza conversando en una dulzura de corazón. Pasan las niñitas de blanco, con una rosa en la mano.

El parque Roca, no más grande que una plaza, ofrece la desproporción ingenua de los grandes árboles boscales, señoriales, graves en la tarde, y la improvisación de los arbolitos nuevos, endebles y raquíticos. Tiene senderos para carruajes, sedosos de sombra, y una charca mansa, el lago, á cuyas márgenes arrastran su andar de verduleras los gansos, que si tienen una prosapia ilustre que llega desde las gradas del Capitolio, no son menos vulgares bajo los sauces de simbólico

dolor. Siempre me pregunto porqué no tendrán cisnes, rosas de aurora y rosas de noche, flotando en la metálica quietud de esta agua represada.

Se sale del parque y hay una gran explanada, como para un galope de centauros. Es la Tablada. Periódicamente se celebran ferias que tienen el encanto de las fiestas patronales y de las romerías. Vienen de todos puntos y pueblan carpas, lo mismo que en las ferias andaluzas. El motivo originario es el del trueque de animales y productos; mulas resistentes como hierro que fuera flexible y nervioso, tejidos de colores, frutos del tiempo, sin que se salga de esta rusticidad. Pero el ambiente es muy distinto del de los mercados al aire libre. Flota un manoteo de gallardetes, saltan canciones y danzan músicas entre el regocijo universal. Hay tiendas de refrescamiento: limones y nieve, alcohol: fuego de cristal; aloja y chicha. Y se inician los bailes populares hermanados á la febril orgía. Si es carnaval, los bailarines tienen las caras blancas, cubiertas de harina, como si se les hubiese pegado un sudario. Y si coincide con festividad de iglesia, entre las mulas y el olor de las frituras y las varas en alto de las carretas, pasa envuelta en un cántico largo y gimiente, la Virgen en andas.

En una salita roja, cuyos cortinados caen como vestidos femeninos, y en olor de cerrado y en sombra de iglesia, en el salón de Recepciones de la Casa de Gobierno, está la primera bandera de Belgrano, tesoro espiritual de Jujuy: Un paño descolorido en una caja de cristales, casi cuadrada, con un gran escudo pintado al aceite, que llena la franja blanca y en el escudo un gorro frigio, largo, muy federal. El celeste se desvanece como el cielo que la aurora toca, y el blanco se obscurece en una tonalidad de manos enfermizas. Creed que la bandera, la Patria, se seca como las rosas, y día llegará en que en el fondo de la caja se amontonen hilachas cenicientas como en los viejos cofrecillos sentimentales, donde ha habido rizos y flores. Un siglo... Esta es la misión nobilísima del Tiempo: borrar cosas, borrar ideas, si, sobre todo, que no se cristalicen las

ideas ni los símbolos. A las banderas viejas suceden banderas nuevas y es bueno y es justo, porque son jóvenes las manos que las pueden levantar. ¿A quiénes sirve ahora la bandera de Belgrano, sino á los oradores de los veinticinco de mayo?

Junto al cuadro de la bandera está disintiendo sobre la tapicería, porque es para coronar la cima de un dintel, el escudo impuesto al frente de la primera escuela—fué en Jujuy—levantada con parte de aquellos cuarenta mil pesos nunca más santamente empleados, que dió el gobierno al general Belgrano. El escudo, igual á los nuestros de ahora, lleva, ciñendo los laureles, esta leyenda: "Venid que de gracia se os da el néctar agradable y el licor divino de la sabiduría". Es un versículo de Isaías.

En relación á los demás, es extraordinario el edificio de la escuela primaria Belgrano. Una casa nueva, vasta, digna de Buenos Aires. Se ha implantado el sistema mixto. Los primeros grados son extremadamente frecuentados. En cambio, los superiores ofrecen claros de vacío. El quinto, por ejemplo, tenía cuatro alumnos. En estos últimos grados predominan las niñas. Es de advertir que funcionan aquí las clases de aplicación de la escuela normal, lo cual ha estrechado tanto la holgura del local que obliga á habilitar en aulas patios cubiertos. No se había pensado, antes de visitar la escuela, que en Jujuy hubiese tantos niños: en una ciudad que se la domina en dos vistazos, ¡cuánta renovación, cuánta primavera! Los de primer grado están haciendo ejercicios militares, marchas, contramarchas, sucesivo rumor de los pies, rumor de lluvia y por fin un alto unánime, como un venablo que se clava. Alineados, parecen soldaditos de plomo, inmóviles, con la mirada hipnotizada en el occipucio del compañero de adelante. Veo á algunos descalzos, y en los pies morenos, como un semillero de lunares, las motitas de barro....

Hay en la escuela un salón de actos públicos, el mejor, dicen, de Jujuy. Se prestará para conferencias y reuniones de cultura.

Otro edificio notable, además del de la escuela, es el

de la Biblioteca. Es significativo y halaga comprobar que mientras el ejecutivo y la municipalidad disponen de casas mediocres, la biblioteca y la escuela tengan habitación muy noble. Un digno local, y una instalación rica tiene la biblioteca, pero su fondo de libros es franciscanamente exiguo. Hay una salita anexa para señoras, y, aunque sea para hojear revistas de figurines, es concurrida, cosa de atender, si se mira que las mujeres no van á ninguna biblioteca, y que no tienen ninguna veleidad de salir de las cuatro operaciones y de las novelitas de Braemé.

La instrucción primaria en la provincia adelanta perezosamente. Sin embargo tiene altísima privanza en la mente de los llamados á dirigirla y en el pueblo mismo. Lo da á decir la reciente inauguración de la escuela nacional en la Quiaca, cuyo acto asumió las proyecciones de una fiesta popular aun fuera de la localidad. Como característica de la región es la escuela de la Candelaria, situada casi en un desierto, á cuarenta leguas de la Capital. Sirve á un radio muy extenso, lo que ha dado lugar á que los niños que viven muy lejos de ella, en puntos que piden, á veces, cerca de un día de viaje, levantaran alrededor de la escuela un poblado de carpas, donde viven en el *self governement* todo el año escolar formando una especie de república infantil, única tal vez, bajo la vigilancia del maestro. Los mismos alumnos, entre los cuales hay niñas, pues la escuela es mixta, se preparan la comida y se avían por propio criterio, para todas las necesidades de la vida. Los padres los visitan semanalmente. Todo esto denuncia una sed de aprender dominadora con rara energía, de todos los obstáculos naturales.

Frente al correo, en la ciudad, hay un caserón de gran portón. Está enlazado en la tradición. Aquí murió Lavalle, de la manera tan fatal, tan locura del destino, que todos conocen: perseguido, se refugia con su gente en esta casa. Más tarde resuena en la calle un ruido de cascos y de gente armada. Lavalle se acerca á la puerta á escrutar por el ojo de la llave, pero una descarga en la cerradura, desde afuera, lo tiende en el silencio expectante del zaguán.

Del comercio. No hay ninguno. Creo que aquí no se conocen las vidrieras. Los negocios no se distinguen aparentemente de las viviendas de familia con puerta á la calle: es una pieza obscura en cuya vieja estantería dormitan las cosas en una quietud imperturbada. No existen industrias de ninguna especie, á no ser la de los tejidos indígenas que provienen de la campaña.

Y cosa de más atención aun, es la de la moneda corriente. El papel nacional está substituído por los bonos de tesorería, *banknote* provincial, que todo lo invade con la audacia de lo clandestino. Además, corre profusamente, como adoptada, la moneda boliviana, los quintos y chirolas, que aprovechan los plateros para la orfebrería criolla: los cabos de rebenque, el chapeado de los rendajes y los mates repujados con escudos.

A pesar de su minoría, los obreros se presentan organizados, aunque no haya aquí nada que les inquiete de lo que habitualmente se refiere á la hostilidad entre el capital y el trabajo, pues los artesanos son pedidos con solicitud y bien pagados. El obrero nativo, que predomina, no sabe de oficios; carece de cultura.

¿Y ahora?... Ahora veo unos manchones claros y simétricos llagando el verde del llano, como la mantelería que las lavanderas tienden sobre el césped. Son las casas de Jujuy, que se queda con su alma tranquila en el fondo del paisaje, mientras al sur se tiende el campo abierto como un flujo de sembrados, de selvas, de ríos, de cerros: todo, todo, bajo un cielo serenísimo: como un mar sin una ola, habría dicho Wordsworth.

BAHIA BLANCA

¿Qué hay en este fenómeno de las ciudades de grandezas improvisadas? Algo enfermizo, pienso, ó por lo menos algo que se asienta en cimientos inconsistentes porque fuerza los períodos progresivos de la vida natural. Es su grandeza imponente como los pabellones de las exposiciones, un armazón de madera que fingiendo la fortaleza de un monumento está hecho para

algunos meses y viene á tierra pasada su razón de ser. La razón de ser de Bahía Blanca reside en la riqueza agrícola de la zona sur de la provincia de Buenos Aires, pero que vengan malas cosechas sucesivas y la ciudad se muere irremisiblemente con todo su aparato de *parvenu*. Ahora mismo, en este año, resentida la cosecha como lo está, ¿no hay en Bahía Blanca una sombra de desolación y su puerto no es como una casa vacía?

Es vano y erróneo marcar la importancia de una ciudad por sus balances. La riqueza verdadera tiene trono en las virtudes del espíritu y en la cultura. Todas cosas que no tiene Bahía Blanca. El bufón no será príncipe porque apriete sus sienes una corona ó un armiño le baje de los hombros. Tanto más conviene hacer comprender esto ahora cuando la ocasión del Centenario decanta fervorosos himnos á la Patria porque es rica y es grande. Nosotros sonreímos tristemente ante ese engrandecimiento de las cosas y achicamiento de las almas porque más la queremos pobre que no sin virtud; y bien sabemos lo poco que nos vale esta ostentación de carnaval y lo poco que nos importan los capitales extranjeros, la inmigración y la *réclame* y la misma civilización industrial que nos deforma las manos hechas para mejores cosas; bien sabemos que Grecia no tenía bueyes. Porque la Patria no es como las imágenes muertas de los altares: ¿para qué ponerle dentro un armazón de madera si necesita la médula invisible de las cosas espirituales? Es de niños juzgar de la grandeza de una casa por el paramento, por la cosa concreta que se puede tocar y no por su significado que pide intérpretes más aguzados que los ojos. En suma, lo que hay en esto es una torpeza de tacto, ineducado á la delicadeza de la finura escondida.

Hay ciudades que parecen un rosal humilde, como Jujuy y Santiago, otras casas familiares que habitan ancianos, como San Juan y San Luis, ú hogares nuevos donde vaga una canción, como Mendoza. Rosario es como un mostrador lleno de comida y se diría que en sus

alrededores hay un olor de fritura. Bahía Blanca es así, que no en vano es la hermana del Rosario y la hija menor del Buenos Aires suburbial.

Pero falta saber todavía si aun considerada en la faz económica que tanto la pregona, es Bahía gran ciudad. En cuanto á su aspecto urbano, que parece que aun no se ha desprendido de los andamios, es inferior al de casi todas las ciudades argentinas; nómbrese al azar: Córdoba, Tucumán, Santa Fe, Mendoza. No tiene ninguno de esos encantos virtuales que apenas concretan las palabras y que se derivan de un detalle ínfimo, de una tonalidad del ambiente, de un rasgo muy propio, de la tradición. Perfectamente antipática, Bahía Blanca está sumando bolsas en la puerta de una barraca.

Su desenvolvimiento rápido, con pujos de coloso y sorpresas de inagotable, obedece en primer término á la excelencia de su situación geográfica y á la riqueza majestuosa de la zona inmensa que la circunda. Con un magnífico puerto que sería aún más grande si fuese trabajado, es punto obligado para el embarque de la exportación á ultramar. El movimiento de su puerto es la matriz de todas las demás operaciones relacionadas con el capital. Pues donde se vende se compra; es decir, que el agricultor que hace una operación en Bahía Blanca, allí mismo se provee de los útiles de labranza y vestuario que lleva á los puntos más lejanos de la provincia. De aquí que sus casas de comercio sirvan, más que á la ciudad que por sí es pobre, á una extensa campaña. La ciudad es un vertedero de dinero extraño y por sí misma es incapaz de producirlo, no teniendo, como tiene el Rosario, por ejemplo, industrias urbanas. Es exclusivamente comercial, mercado y no fábrica. Por eso mismo, porque su vida depende casi solamente del gran territorio adyacente, es difícil se produzca en ella la aglomeración y al propio tiempo expansión de las grandes ciudades. Es, en segundo término una estación de ferrocariles. Su crecimiento, si lo siguen rigiendo las condiciones actuales, tendrá pronto límite ó á lo más la ciudad extenderá una línea de casas hasta unirse con la población de Ingeniero

White, es decir, con su puerto, del cual la separa cerca de una legua. Su porvenir está en llegar á ser capital de provincia, de una nueva provincia que, según el viejo proyecto, dividiría en dos á la de Buenos Aires. Con asiento de autoridades y jurisdicción fuera de sí, adquiriría un incalculable impulso esta ciudad que ahora mismo tiene más fuerza que La Plata. Pero ésta, ya se sabe, es una ciudad muerta.

En Bahía Blanca, se encuentra en embrión, pero definida perfectamente, la nueva característica nacional, es decir, la de no tener ninguna, lo cual constituye una. Se muestra en sus casas, en su espíritu y en sus gentes. Las primeras no obedecen á ningún tipo propio, ni nacional ni extranjero: un hibridismo arquitectónico perfecto, no presidiendo más razón ni criterio que el de hacer la casa cómoda y barata y como ese criterio es general, todas las casas son iguales, no habiendo más diferencias que las que origina el capital invertido en ellas: son grandes y chicas. De igual modo, como todas son nuevas y de una misma época, no tienen el encanto de las casas donde la vida se detuvo mucho.

He dicho que se parece al Rosario, pero el Rosario está sembrado de trasuntos del pasado, como un alma de recuerdos, y tiene un núcleo urbano apretado que ofrece una remebranza de colmena. Bahía Blanca, en cambio, con sus calles muy anchas, sin un árbol, bordeadas de casas bajas y de tráfico limitado, tiene un especie de vacío que nada atenúa. La ausencia de árboles, desoladora, duele á los que están educados en su amor, ó gustan simplemente de su gracia infinita. Tal vez esta prescripción de santos huéspedes contribuya á quitar alma á la ciudad.

De su espíritu no sé qué diga, si no es que palpita de una sola ánsia: la de vender y comprar, desligándose de todas las solicitaciones que inquietan, perfeccionándola, la vanidad de la vida. Seguramente no conoce la caridad y tampoco se da tiempo á practicarla; seguramente no tiene más sacudimiento patriótico que el que le lleva á izar una bandera en los aniversarios, un patriotismo de casa de comercio; ninguna pasión regio-

nal, mala ó buena, la exalta y quizá el humo de las máquinas y la tierra que el viento levanta en las calles le oculta las lumbrecillas de las estrellas. Claro que así casi no se vive y puede llegar un momento en que la ciudad, lo mismo que un hombre, mire á los años pasados y se pregunte: ¿he vivido? Bahía no es amada por sus propios habitantes: el amor civil que constituye una de las columnas de la ciudad. Se diría que todos sus habitantes están de paso; que nadie reposará en ella sus últimos años.

Hay una igual relación en sus gentes como en sus casas. Producto, la población, la de arraigo y la de paso, de las más heterogéneas venidas; el ambiente le ha limado los rasgos extraños, hasta darle una suerte de parecido, desde que no hay nada que nivele más que el interés. Dominando un democratismo absoluto, no hay aquí, como en otras ciudades, clases sociales definidas, y estas divisiones, cuando no son establecidas racionalmente, es decir, por méritos personales, no son más que el derecho de unos y otros á mayor y menor holganza. No puede suceder en Bahía, porque todos trabajan; es eminentemente trabajadora, en un grado comparable al de Buenos Aires, más aun.

Se extiende mucho, pero en campo raso, con caseríos dispersos; se extiende, pero es un tumulto de rieles, de vagones, de depósitos, pues está cercada por el cinturón de hierro, de múltiple trabazón, de los ferrocarriles. Lo que se empieza á ver son estibas de maderas surgiendo entre los yuyales de flores amarillas, estibas metálicas, de vigas, durmientes y rollos de alambre pálidos, como pirámides de ceniza. O en el recinto de catedral de los galpones de zinc, las murallas de bolsas rubias, el olaje espumante de las lanas.

Y entrando más, los barrios obreros polvorientos y desiertos, de casitas de dos ó tres piezas con su buena intención de jardín al frente y la pared á la calle, con reja, donde una mimada enredadera nunca se resuelve á crecer. Es obra excelente, obra de cultura, aunque este carácter no salte á la vista, la de las casas obreras independientes, en lugar de la vivienda común á mu-

chos que, por otra parte, aquí no existe. Reliquias del pueblo viejo ya no quedan si no es alguna que otra pared que se desmorona y eso es todo. En todas partes la sensación de ciudad nueva é improvisada. Empiezan las calles pobladas distinguiéndose con el gris de tormenta de su granito nuevo. A los lados más depósitos, roperías, lomillerías, casas de arados... Y destacándose como torres, ó como fragmentos de colosales murallas, las casas de tres y cuatro pisos que, tomadas aisladamente, son trasuntos de las grandes ciudades, sin que nada les falte de lo que otorga la magnificencia de la civilización rica. Pero entre ellas, por un tipo perfecto y armonioso que subyugue los ojos con la serenidad de un paisaje, ¡cuántas que no tienen más que la pretensión ridícula de ser grandes y son grandes deformemente, como el sapo de la fábula! ¡Qué desatinada ornamentación, recargada y confusa! Cornucopias que parecen panes, cariátides con pómulos mongoles y senos reventando como sacos demasiado llenos, atlas de débiles piernas hundidas en el muro y desproporcionadas espaldas de talud. Creed que no es para poner en vitrinas el sentido estético de estos constructores italianos. Siempre he pensado que una cosa tan delicada como el rostro de la ciudad debería ser velado por un comité de artistas.

La municipalidad levanta sobre el tumulto urbano una gran torre capitolina, como erguido cuello de cisne que se ve desde el mar. Domina á todo y la casa con su frente rayado de líneas de bombitas eléctricas como vestigios de andamios y su escalinata y su interior todo blanco—foyer de nieve—es una de las más nobles construcciones. Bien puede tener un palacio comuna tan rica, que más rica sería con otros comuneros. Pero se entra en él y hay un silencio de templo y soledad y quietud en las oficinas muertas, como si sirvieran á uno de esos pueblos de vida mediocre.

Y en seguida los bancos. ¡Diez bancos! ¡Qué potencia! ¿No dice este solo dato más que muchas páginas? ¿Cuántas ciudades argentinas tienen diez bancos? Como siempre, son sus edificios los mejores, flamantes,

y recios, majestuosos en la conciencia de su riqueza, de su importancia. Y como Bahía es en parte una prolongación de Buenos Aires, todas las casas de allí, cuyo nombre vuela en el mundo infinito de los letreros desparramados en todo el país, tienen sucursal digna de la madre, y es claro, alojadas en muy altas casas de orgullo urbano que valen infinitamente más que lo que tienen. El comercio de Buenos Aires ha hecho la faz moderna de Bahía Blanca. Un caso más, palpitante, de la descentralización de Buenos Aires, porque es descentralizarse arrojar un pedazo de sí al medio de la pampa. Pero el mismo fenómeno puede interpretarse inversamente, como centralización, ya que la gran urbe argentina somete á su dominio á las hermanas menores, imprimiéndoles los rasgos de su modalidad. ¿Urbe argentina? Es un error: Buenos Aires no es una ciudad argentina.

Dos grandes calles congregan la médula de Bahía: O'Higgins y San Martín. En ellas los negocios opulentos de un rico bulevar, las vidrieras rebosantes de cristalería, el lujo interno que nadie creería hallar pasando cierta latitud; el café como un salón de plata y roble labrado; y rayando la franja de cielo, franja de bendición y de serenidad que dejan ver las dos filas de casas, los letreros luminosos. Dan á entender los carteles que llenan asombrosamente las paredes en una decoración de teatro ó de feria por la danza alocada de colores de un duelo de vecino á vecino por quien pone más grandes, quien tapa á quien, como en los manifiestos políticos. En otro sentido, se piensa que los letreros cuando son tantos tienen un significado que penetrado bien no es despreciable é ilustraría más que cualquier otro detalle sobre el carácter de una ciudad. Representan hervor de vida, ansia de ganar... y mentira. En otras ciudades hay árboles, cosa plácida y de soñadores, en otras, calles y casonas umbrías: pergamino de antigua tradición, aquí letreros. Exceptuando estas dos calles y alguna que otra que sólo en el espacio de una cuadra se inspira en sus huellas, con ostentación de riqueza de vidrieras, las demás son de una sequedad

austera de riqueza que quiere parecer pobre y están sumidas en un manto de silencio y vida sin ruido, sin más ruido que el alborotador de las llantas en el granito, que es bastante para una calle y poco para una casa, si no tiene para acompañarlo voces de niño. Bahía Blanca es casi triste como un obrero. Y sin embargo, con sus calles anchas y sus casas nuevas, es clara y el sol la lava toda con una prodigalidad que la hace sufrir. Que la hace sufrir, digo, pues á pesar de tan al sur, es en el verano de un clima desproporcionadamente caluroso, á cuya molestia se junta, en infeliz maridaje, un viento fuerte, ¿oceánico?, que levanta en sus calles torbellinos de tierra arenosa.

La tierra de Bahía es triste de recordar. La tierra y el agua. Esto último acentúa uno de los principales inconvenientes de la ciudad. No existe agua potable á profundidad asequible, aunque á un poco más de un metro, en ciertos sitios se halla primera napa apenas utilizable. En la estación del ferrocarril se perforó hasta doscientos cuarenta metros para llegar al agua buena. En esa perforación el agua surge con una fuerza ascendente que depasa los seis metros del suelo. Contiene 10.5 de residuo alcalino por litro. Es común, pues, utilizar el agua de lluvia, la que de las cañerías de los tejados, atropellándose en rezongos espumantes, salta á la obscuridad de los aljibes ó al tinajón panzudo y fresco que cuando vacío suena como un piano. Pero como el cielo no es todos los días generoso, y como los cinifes con sus espadines hacen sus correrías y su esgrima á flor del agua quieta...

El centro de la ciudad lo marca la plaza Rivadavia, tal vez la única. Nuevamente, igual que en otras ciudades, aparece la plaza como el corazón de la ciudad. Esta se extiende, raleada, más de quince cuadras, en todo sentido, menos al este. Bahía no tiene paseos, no ha tenido aún tiempo de hacerlos, quizá no tiene tiempo para pasear. Carece, pues, de otro de los encantos desinteresados, encanto culto, en cuanto substrae á la gente de recreos menos dignos, ofreciéndoles la visión serena de los árboles. Es cierto que hay un descampado seña-

lado para parque, un parque en veremos, que se realizará cuando haya ratos de ocio. Y esta plaza tiene un aspecto de aridez, de raquitismo, como las plazas de los barrios fabriles. Con sus arbolitos cenicientos, sus cuadros donde amarillea el césped y ese carácter de improvisado y reciente que hay aquí en una y otra parte, no es por cierto una invitación al esparcimiento, sino más bien un atajo para gente apurada que corta camino. Al frente está la iglesia, la única. Una iglesia aun para los más liberales tiene un significado espiritual honroso. Dice, como todo culto, de un vuelo de almas á esferas mejores, dice de íntima inquietud y de recogimiento. En Bahía hay un absoluto indiferentismo en el terreno religioso. La iglesia está como trasplantada á un medio que no le es propio, á un medio incómodo, al cual por fin vendrá á adaptarse, perdiendo el fervor de su simbolismo. Será una casa más, no un templo. Estoy en ella y la veo desierta en días que conmemoran la tragedia del Gólgota. Tiene un olor á nuevo, á pintura, á madera. El púlpito parece un cáliz, asentado en un pie central como un cáliz ó una copa y los crucifijos envueltos en sedas violetas tienen la forma de los corazones; hay demasiada claridad, una claridad profana.

Imagínense unos tranvías con locomotoras. Así son: delante del coche hay una máquina de vapor tan grande como él, que progresa con un repetido ruido de herrajes y derrama en el ambiente jirones de humo y rocío de hollín, todo entre un gritar de campana alarmada. El viaje no es precisamente delicioso. ¡Qué idea se ha tenido! Los caballos sonríen al ver pasar jadeante y trabada, importante y complicada, á esta enorme máquina negra.

Apenas es creíble, dado que no se percibe desde el primer instante la importancia cuantitativa de la población, el hecho de que funcionen aquí, ó en la jurisdicción veintiséis escuelas primarias. Probablemente con tanta avanzada de primera cultura el porcentaje de analfabetos debe ser de lo más reducido del país. Esos establecimientos tendrán pronto una parte de su personal con diploma local, pues funciona una escuela nor-

mal mixta. En verdad es una escuela que se la siente, pues en la hora del recreo toda la manzana vibra con una gritería de las que se respetan.

El elemento obrero es una potencia como en ninguna otra parte. Están fuertemente organizados, como un bloque, y tienen una cultura bastante acentuada, al menos en el conocimiento de sus derechos. Mucho han hecho en este sentido la propaganda socialista y avanzada, las conferencias periódicas y el mismo espíritu de asociación. Hay cinco sociedades de resistencia, importantes. Su acción se extiende quizá en todas las clases en lo que se refiere á las ideas liberales, ó mejor dicho antirreligiosas, lo cual está muy lejos de ser liberal.

Pero más vale, sin duda, pasar afectando un poco de delicadeza, del terreno de las ideas de religión, que la democracia ha hecho vulgar como un asiento de tranvía, á la contemplación del paisaje que aun en el más nimio detalle tiene una belleza recóndita, y en todas partes la serenidad de las cosas naturales. Los alrededores de Bahía por el lado hacia al océano, son de un encanto manso, un encanto tímido: una sucesión de colinas verdes, apenas pronunciadas en la llanura pampeana. Sin un árbol, sin un detalle brusco, tiene la quietud ondulada de un mar sereno y los muros blancos de las casitas parecen blancas velas que no palpitan en este ambiente muerto de día de verano, blancas velas tendidas hacia el vacío del azul lejano... Al otro lado, la pampa bonaerense, la monotonía de los yuyos amarillos, los bueyes color ladrillo, los alfalfares lisos como tapices y los penachos nevados de las cortaderas... de cuando en cuando el silbido desgarrador del tren, el tren, como dice un verso, anapesto de hierro golpeando en la unánime paz de los campos.

El puerto de Bahía Blanca, se dice; pero no es de Bahía Blanca. Absolutamente independiente, está desprendido de la ciudad, que es mediterránea. La separa una legua que no logran hacer continuación de pueblo los depósitos de materiales que se levantan en su línea. Nuevamente las estibas de madera, los galpones donde alargan á más no poder su largo cuellos las trilladoras

y los bancos de azabache de los montones de carbón. En seguida el puerto de Ingeniero White, una calle negra y al fondo los mástiles. Precisa todavía caminar unas cuadras en terreno agreste que barre la violencia de los vientos marinos y se llega al pie de dos grandes catedrales grises, imponentes, mirando la inmensidad con los párpados levantados de sus cien ventanas. Tragan trenes; y á su lado los grandes colosos prorados tiran las anclas y descansan. Son los elevadores. Adentro, en una suave obscuridad, hay una labor silenciosa: un tajo nervioso corta los vientres grávidos de las bolsas y cae sobre las rejillas del subterráneo un vómito dorado de trigo susurrante. Afuera, las moles inmensas empequeñecen á los hombres. Y cuatro hileras de buques, de calado de ultramar que aguardan inmóviles el manantial que les caiga de una ventana abierta de los elevadores para tornarse satisfechos y lentos á la bruma del Thames ó al calor generoso del Mediterráneo. Sin embargo, domina en el puerto una soledad de día de fiesta. Todos saben, y se lo dicen con secreta angustia, que la cosecha no ha tenido ni con mucho la prodigalidad de los mejores días. Por eso el puerto, como la ciudad, está un poco triste. Y esa tristeza se acentúa en la tarde moribunda cuando se echa las miradas á vagar por el fondo del puerto y aparecen pedazos de playa á flor de agua, del agua de un verde cristalino, absintio. Están los retazos de tierra seca entre las aguas infinitamente móviles y sobre ellos se posan bandadas de gaviotas. Se levantan y cortan el espacio con la ligereza de un tijeretazo. Sus gritos son de riña.

De lo más original que se ve en el país es esta población de Ingeniero White. Un pueblo de ribera, pero de ribera inglesa. Veo los letreros en las paredes, aquí y allá, *shipchandler, bootshop, smokeroom*... Sobre estacas que las levantan del suelo se alinean las casas todas iguales, de madera y de zinc, coloradas, verdes y azules, verdes, azules y coloradas. Y todas son cervecerías, billares, botellerías, casas de comida. Un poco Boca y un poco Paseo de Julio, pero más limpio, más quieto, más extranjero. ¿Quién sabe aquí el español?

La concurrencia es toda de marineros unidos sólo por la comunidad de la vida idéntica, por la fraternidad del mar, y divorciados por el lenguaje, que va en todas las gradaciones del eslavo al sajón. En verdad que no se sospecha estar en la República Argentina.

Esto, las cuadras enteras de cafés, es lo más ribereño; mas aquí hay calles como senderos de parque y en ellas los chalets ingleses. Nota de primaveral delicadeza, nota aristocrática y selecta entre galpones á un lado, y á otro el puerto de carga. Se ve á lo lejos la torre de la municipalidad envuelta en la bruma de una lluvia imprevista. Se alumbran los primeros faroles.

Y aquí, á la entrada del chalet, junto á un evónimo, la miss toda de blanco, delicada como una *mince* estatuita, con el volumen de Marion Crafford bajo el brazo. Si hablase me llegaría su voz de plata, las sílabas inglesas ligeras y finas, como colibríes que se persiguen. Veo la torre de la municipalidad desvaneciéndose en las primeras sombras.

SAN JUAN

Por fin me asomo á la calle empalidecida por el ala cenicienta de la madrugada. La brisa mañanera, brisa serrana, estira la piel del rostro y seca los labios dejando en ellos el gusto sagrado de la tierra con lluvia. El sol empieza á dorar con delicada timidez la cima temblorosa de los álamos. A lo lejos, desperezando el sueño de las calles, pobrezuelas que con tres ó cuatro casas jóvenes y altas en una punta tratan de ocultar la cola harapienta del suburbio, aparece una y otra carreta cargada con los frutos de las huertas extraurbanas. Rebosan los melones y las coliflores como cabezas rubias y como cabezas blancas.

Tendiendo la mirada en todo su vuelo, como el varillaje de un abanico, se ve á la ciudad recogida en la curva irregular de una herradura de cerros. Ni una sola casuca de esas blancas que se suelen ver tiradas en los declives montañeses como un dado ó un pañue-

lo, alterna y marca la desnudez estéril de los cerros. Terrosos, obscurecidos apenas por matas mediocres que los pintan como un musgo sutil, aparecen surcados por desordenadas nerviaciones amarillas y delgados relieves del color de la herrumbe. Las cimas combadas muerden el azul del cielo, tan claro, tan puro como la mirada de los ángeles.

Y descendiendo en espíritu de la lejana altura, aquí están las calles claras y correctas, con su pavimento de piedra pequeña como ripio, sus casas más ó menos uniformes—las ricas, de tipo antiguo, de gran portón gemidor, con dos columnas centinelas empotradas á los lados—con los árboles que sobre las tapias sacan á la calle la enorme confusión de sus ramas para acariciar el hombro de la gente que pasa; y con los grandiosos paredones de las iglesias, pero tan desnudos y ásperos á los ojos, que se diría que son de cárcel, si no llegase á veces un fugitivo olor de incienso.

La ilusión de una ciudad tal dura cinco cuadras á cada lado si uno está en el medio. Después empiezan cuadras enteras de casas de adobe, con su color de luto viejo, negro grisáceo. No sostiene el enjabelgado que cae á cada minuto, como blancos pájaros que abandonan los nidos bajo las vigas y se hace pedazos, dejando sobre las veredas de ladrillo manchones y regueros de margaritas. Pero los frentes que ha vestido esa efímera y frágil túnica blanca, se quedan salpicados de lacras oscuras como si el Tiempo anduviese molestando por ahí. Cobran así una figura ruinosa que se prolonga y se acentúa cuando se llega á las casas humildes y más apartadas. San Juan tiene entonces un aspecto de ciudad indígena, un impresionante aspecto, en verdad. Todo es de barro crudo. Las habitaciones parecen nidos de horneros. En el oscuro zaguán enlodado, sobre un anafrillo, echa el violento aliento, haciendo bailar la tapa, la famosa pavita negra. En el patio, patio corralero, junto al cerco derruído, se levanta el cóncavo caparazón del horno del pan. Lamentables gallinas picotean el desnudo suelo; de una vasija rota sale para arrastrarse una raquítica

enredadera que no sabe dónde apoyar sus bracitos esqueléticos; del alero cuelga una jaula de cañas que á ratos deja caer un trino como una monedita; el zorzal se acuerda del árbol lejano con millares de aderezos de rocíos, de la alegre mañana que parece un arpa, de la aurora que con labios rosados una á una devora las estrellas. Pero á pesar del pájaro, la casa es una miseria.

Por aquí también las calles son rectas y se cortan en iguales cuadrados, con la correcta rectitud de un regimiento alemán. Pero la serpentina huella de las carretas deshace la verdad y les presta el engaño de un pintoresco culebreo. Tener calles derechas es, en las ciudades argentinas, un orgullo de los funcionarios municipales. Y sin embargo, cuánto lo sienten, por la agonía de lo pintoresco, los vagabundos que escriben crónicas.

¿Y las acequias? Las acequias se extienden al margen de las veredas, á la sombra de los árboles, que dejan caer manchas de sol sobre su lecho de piedras rosadas y azuladas. Corre el agua que baja de los cerros; que baja de los cerros lamiendo tanto granito brillante, mirando tanto cielo. Así se distribuye por todo el pueblo con inútil generosidad, pues no se sabe á qué sirva, dado que San Juan tiene aguas corrientes desde hace veinte años. Pero es de todo modo un escape, vastamente ramificado, para la exuberante agua que llega de la altura. Hay también una gran acequia natural que atraviesa á la ciudad de parte á parte. Es un riacho y tiene regular violencia. Polutas de arcilla, sus aguas parecen de ámbar y leche. Cruza las calles, deteniendo á las mulas que á su borde se paran de pronto y luego, poco á poco, hunden el vaso para saber si se puede pasar, mientras sus ojos, reflejando el agua lechosa, se ponen blanquecinos como si estuviesen ciegos. Cruza las calles, se mete en las casas, en una riega un huertecillo; en otra da de beber á las cabras, y más allá, en el aserradero, mueve la sierra circular que chilla todo el día.

San Juan, rica en árboles. ¿Qué casa no tiene el suyo—su higuera de Sarmiento—á donde conversar

por las noches, á donde trabajar por las tardes, ó poner á su sombra para descanso de un bienvenido, un antiguo sillón de asiento escarlata y pesada, férrea armazón de caoba negra?

Amo sus calles, donde nobles hileras de álamos se alzan, agitando con un susurro de palabra dichas al oído, las miriadas y miriadas de hojas de un lado obscuras, del otro plateadas de un vello sutil. Las miriadas de hojas que, cuando secas, caen mansamente sobre el agua de las acequias que las lleva lejos, al cementerio de las hojas.

Sale á trechos de los dinteles de las casas dorada caña en cuyo extremo flota una banderilla colorada no más grande que un pañuelo. Son carnicerías. Y para saberlo desde lejos, no hay más que ver en las puertas, junto á las cestas de donde rebosan las colas de un azul de acero de las cebollas, los grupos de muchachos descalzos jugando á los carozos. Llegan sus voces: *hoyo, chantada, soy mano*...

Más allá, sobre un umbral, algunas sandías. Son los almacenes, quién sabe si más grandes que un confesionario. A un lado, el montón de sandías que se desparraman llenando todo el suelo, manchadas por el blodo que traen las polleras y picadas por las espuelas de los que entran. Las legumbres, lo molido, la sal con manchas de herrumbe, todo eso, en barricas amarillas. Y en una caja de vidrio las tortas dulzadas y los alfeñiques, dulce nudo.

Sí, hay en las calles cosas típicas. La mujer que trae la verdura sobre lamentable caballo, soñoliento de viejo, en dos árganas cilíndricas forradas de albo cuero de cabra y á veces de llama, de suerte que parecen dos grandes estuches de terciopelo blanco. El burrito cargado de mercería y llevado al cabestro, se desliza con suave balanceo en medio de la franja morada de la calle. La pieza de bramante, rematando la carga, resalta á lo lejos como la blanca mortaja de un niño.

De cuando en cuando alguna pulpería, que echa un alero sobre la vereda, haciéndola fresca y sombreada. Y junto á ella, pasando por los ojos de los postes cabe-

zones, la cadena para atar las caballerías—la cadena que tiene la cadencia de una guirnalda y en la cual se hamacan los chicos con una tenacidad á toda prueba.

No puede pedirse, y quién sabe si desearse, que San Juan sea una ciudad tumultuosa, con el trajín y atareamiento de las urbes que muestran en cada hijo de vecino el sudor por el pan cotidiano; las urbes comerciales y laboriosas con sus calles llenas de cajones, de cuyos abiertos vientres sale la paja dorada, y sus gentes con derecho á tropezar con todo el mundo porque llevan la valija bancaria; las urbes colmenas. Tiene un vivir manso, una paz provinciana, una escondida vida de descanso; y es un delicado placer vagar en la mañana por sus calles silenciosas, donde las mujeres charlan á la puerta de las casas, y se oye, cuando se pasa junto á una escuela, cuyas ventanas abiertas dan á la vereda, á la calle apacible, el coro claro y vibrante de los niños que cantan el abecedario.

He aquí, que sin sentirlo, llevado por el dictado de los ojos, llego á la puerta de otra escuela, frente á la plaza. El sol intruso marca sobre los bancos dos grandes rombos rubios. Salen á la calle las palabras del maestro, vigorosas y cálidas. Y está explicando: "á requisición de las autoridades quiere decir á pedido de las autoridades". Al oirle un explicable contento, un contento porque sí, se entra al corazón y uno se aleja musitando repetidamente "á requisición de las autoridades". Tienen los niños sobrados motivos para no enterarse de las lecciones, pues, tentadora perspectiva, las dos ventanas abiertas, les ofrecen la calle en día primaveral, las avenidas sombrías de la plaza, el enarenado donde se bañan los gorriones, la fuente, el monumento de Sarmiento y cuantas muchas cosas que los niños ven... Al lado está la catedral, cuya gradería invade la vereda. Esta vez no entraremos en ella, sabiendo lo que habrá en estos días: los grandes paños violetas cubriendo con impenetrable noche los altares, los crucifijos envueltos que no dejan ver más que los pies llagados, las mujeres acurrucadas en la penumbra y una quietud de panteón: el culto inmóvil y subterráneo. Y

afuera el mismo paredón desnudo, como de fortaleza ó muy poderoso convento. Una placa metida en el muro indica la altura de la ciudad. Estamos á 704 metros.

En conjunto, adoptando un término medio, se dice que la edificación sanjuanina no está en el tiempo y sólo de muy en largos trechos se distingue la forma elegante y un poco frágil de la casa moderna. Pero, en cambio, en el fondo viejo: ¡cuánto caserón con galerías claustrales que en eterno abrazo sostienen rosales arbóreos y circundan los cúmulos de palmas y helechos medrando en amor familiar, frente al portón! Y éste, fortísimo, con la imponencia de sus tres metros de alto, con su puerta pequeña que á su vez se parte en el medio horizontalmente, de suerte que viene á acabar en cuatro batientes...

No sé que tenga la ciudad más paseos que una *Quinta Agronómica* situada fuera del perímetro urbano. Es una suerte de parque que reune, en cuanto lo permite su carácter novel, la cuidada corrección del jardín á la rusticidad campesina. Las alamedas, los senderos polvorientos, el quisco, las cigarras... y á veces turba su soledad, su tranquilidad de mediodía de verano, la nota clara de la familia que hace, como rito obligatorio, el paseo dominical.

Pero como toda ciudad mediterránea tiene su bella costumbre, un poco familiar, y sin embargo, ceremoniosa. Es la retreta. Como una diadema de sombra circunda á la plaza su alameda, bajo la cual hay á la noche un lento, armonioso desfile de pálidas formas de mujeres, enlazando una charla confidencial que se propaga como una plegaria, y todo es una brisa suave, un arrullo quedo, más quedo que los ruidos de las hojas secas que huellan los pies. La sombra, bondadosa cómplice, vela miradas furtivas, extingue gestos, desvanece saludos. Pero de pronto el murmullo se apaga como luz al viento ante la violenta intrusión de la banda municipal, cuyo victorioso trompeterío—es la marcha triunfal de *Aida*—suena delirante en la alta noche. ¡Es tan súbito el contraste! Por un claro del ramaje se divisan los músicos con sus chaquetillas militares, los difusos galonados y las mejillas rosadas é hinchadas como las de los

bambinos de los plafones. Es propiamente un rincón de circo. El centro de la plaza, ceniciento y violado á la luz de los voltaicos, está solitario como casa de ánimas. Y cuando la música cesa, se oyen caer en el silencio, una á una, musicales y claras, las gotas que rebosan de la rosa más alta de la fuente. Es una gran fuente de hierro, de noble figura, en cuyo borde uno se apoya á contemplar la quietud del agua, la serenidad del agua muerta.

A pocos pasos el bronce de Sarmiento. Está en la actitud que todos conocemos, la actitud del maestro, en un grupo que representa al gran viejo con su rostro vagamente de dogo, las cejas gruesas, la calva donde el bronce se oxida, añadiendo al verde del tiempo el verde artificial de las fundiciones, las mejillas un tanto flácidas y su holgado traje de saco, su traje burgués.. Sentado, con un libro en la mano, en sus rodillas se apoya un niño que sigue con las miradas el temblor de los labios del maestro. Los demás monumentos pertenecen á tres sanjuaninos: Santa María de Oro, del Carril y Laprida, que presidió el Congreso de Tucumán. Están todos de pie, con corrección estatuaria, y permitido es decir que no se distinguen sus monumentos por rasgo alguno de los de tanta gente que ha sido parada sobre la piedra más que para ser inmortalizada, para adorno de paseos, pues es hermoso ver surgir de una oscura cascada de ramas la dominadora figura de un héroe inmóvil, como antes la tutelar de un hermes en cuya boca abierta entraban las abejas. San Juan, como se ve, no se ha olvidado de sus hijos, y pues los tiene grandes y nacionales, el homenaje fué merecido

Cuando se mira á tanto andamio como recién se están levantando por aquí, estos característicos andamios de provincias, hechos con troncos enteros de árboles, se observa que no decrece la arquitectura de adobe. Y hay una razón para emplear esa clase de material, pues parece que se adapta á las condiciones físicas del territorio siempre expuesto á fenómenos sísmicos. Entre los terremotos recientes tuvo singular importancia el de 1894, que afectó especialmente al departamento de Angaco. Se

manifestó por ondulaciones de treinta segundos, acompañadas de ruido sordo. La sensación como si se hundiera el suelo y luego se levantara. Las aguas que surgen naturales se suprimieron momentáneamente para reaparecer con extraordinaria violencia y á veces con un caudal diez veces superior al del volumen anterior. La profundidad del centro de conmoción, apreciado según el método de Mallet, se calcula en 2345 metros. El movimiento de 1897 no adquirió proporciones notables y cuadra que le llamen el terremoto de las cornisas, ya que fué sólo en la parte volada de los edificios donde hizo estragos.

La ciudad empieza á dormirse. La noche con sus invisibles manos de tiniebla insensiblemente le cierra los ojos y ahoga los latidos de sus múltiples corazones. Pero antes del sueño total se oirá como un canto de gallo. Es la música del circo que suena en la calle evocando en lo íntimo de todos los hogares una visión de grímpolas y banderolas, de la amazona de zapatitos rosados unidos al tobillo por una cinta de sandalia; del amaestrador con su frac, su peinado brillante, su látigo en la mano; del tony que al desenvolver las alfombras cien veces se cae de espaldas sin que se arrugue la monstruosa mariposa blanca de su corbata... Luego, las calles solitarias, pobres y tristes, enriquecidas suntuosamente por los diamantes de los faroles. Y si cae un poco de neblina, todo es como una pesadilla.

De camino á la casa de Sarmiento, esta mañana, nos aparece al frente, en el fondo de la calle el cuadro rosado de la estación agujereado de ventanas. Parece recostada en la falda verde del cerro y aunque está muy aquí, se diría clavada en la montaña. Se tropieza con una multitud de mujeres, humildes, con el vuelo del rebozo al hombro sentadas en la vereda junto á máquinas de coser de mano y pequeños atados que muestran ropa, zapatos, trenzados de cuero, mates de plata, Están esperando que se abra la casa de empeños. Ya ha sido amargado mi día.

Una casa gris, baja, con tres ventanas, es la de Sarmiento. Hay una placa que lo dice. Es una casa igual

á las otras, modesta, como de empleado, sin que tenga aspecto de antigüedad á pesar de que sobre algunas de sus habitaciones pesa el espíritu de un siglo. Pero tienen estas casas antiguas una fibra de quebracho y los incesantes pies de las horas no les dejan más huella que la que dejarían las mariposas. No parece que aquí haya nacido alguien. Pero es preciso entrar como yo con la religiosidad en el corazón y se siente entonces un hálito de alma que envuelve todo, hasta á la higuera que se levanta frente á la puerta en el medio del patio. La higuera de fruto muy temprano, de que habla el escritor en sus "Recuerdos de Provincia". No es la misma, me dicen: ha sido plantada en el mismo sitio donde extendía la histórica sus ramas cenicientas y raquíticas; pero para mi ilusión es la misma. Por fin, entramos en la pieza donde nació, construída después de quien sabe cuanto esfuerzo y cuanta penuria familiar. Es una habitación enorme de diez metros de largo y la división que la corta no oculta su primitivo aspecto. La contigua fué agregada más tarde y el conjunto se conserva con todos sus rasgos, excepto ligeras modificaciones á que el tiempo obligó. Así por ejemplo, donde había cerrada ventana española á la calle, se miran balcones. Porque todas las familias de distinción se asoman á ellos por las tardes y ante tan poderosa razón hubo que quebrar las ventanas. La señora sobrina de Sarmiento que nos acompaña con delicada cortesía propia de Buenos Aires, dice en aladas palabras:—Usted sabe que el patrimonio de nuestra familia fué siempre la pobreza. Bajo aquella higuera trabajaba fervorosamente la madre de Sarmiento. Ella fué la mujer fuerte cuyas solas manos levantaron la casa: allí está su retrato. Es una viejecita con las mejillas sumidas, un pobre cabello que casi no altera la forma del cráneo, los ojuelos finos y vivos. Se parece á doña Magdalena Güemes de Tejada. Es la mujer bíblica, dice Sarmiento, que sin ella no hubiera sido Sarmiento.

En cuanto á edificación escolar primaria tiene esta ciudad el propósito de unirse al movimiento progresor iniciado en todas las provincias: asunto de que se ha-

blará en otra parte, pues es lo más notable que se ve actualmente en las ciudades del interior: la excelente y muy moderna instalación de la escuela. Algo ha hecho en su escuela "Sarmiento" que tiene agregados laboratorios de física y una crecida biblioteca que se hará pública. Una particularidad de esta escuela: de afuera parece fábrica, porque en su fondo se alza altísima chimenea roja de las que se utilizan para tirar el humo de las calderas. Es que en ese terreno hubo antes una fábrica de cerveza y en realidad no es de lamentar la invasora suplantación. Pero hay las escuelas provinciales, las viejas, las deliciosamente humildes, á las cuales el severo barniz de la casa fiscal no empaña todavía su aire familiar, maternal é ingénuo. El primer patio de piso de tierra rodeado de galerías en donde se multiplican el musgo y las goteras, el parral, el rosal, la caña índica; y luego el segundo donde picotean aves de corral; y las piezas bajas, pequeñas, umbrías, con la ventana á la calle, que hacen llegar, isócronos, los pasos transeuntes, con el piso de ladrillo tan insurrecto que á menudo el que debe estar en su encaje del húmedo rincón aparece en el umbral lo más sí señor. Las paredes están enteramente cubiertas de rostros de próceres, de recortes de almanaques, de estrellitas de papel glacé; y sobre todo, de una colección de dibujos de los alumnos profusamente invasora: la infaltable banderita clavada en una cumbre, los escudos cuyas manos siempre salen mal y los dibujos del natural: la naranja con sombra negra, que parece una vaca bermeja echada en un prado de carbón. ¿No es cierto que todo esto es delicioso? Hasta la compostura y el rubor de la maestra.

Distinto es el departamento de aplicación de la escuela normal que en su casa amplísima y clara, sus aulas modernas, sus patios palestras de sol y en la constante unión del cemento y el mosáico, muestra la vigorosa alegría de la casa nueva. Media ala la destinan á jardín de infantes. Es un encanto ver á todos aquellos chiquitos de frentes anchas y grandes ojos, sentados en sillitas de madera pequeñas como de muñecas,

frente á mesitas de gnomos. Por supuesto que tenerlos quietos... En cuanto á aprender, mucho más que los carteles del alfa les interesa un pedazo de botella con el cual arrimándolo á los ojos ven todas las cosas de un verde claro como en una unánime primavera. Tienen la primavera en el bolsillo. Las demás clases son muy numerosos y se anota que existen dos sextos grados como fenómeno pues disminuyen los alumnos á medida que se progresa en la jerarquía escolar. Tomados en conjunto, existe entre estos alumnos un tipo de belleza casi uniforme, faltando en absoluto el rasgo acusador del tipo degenerado. No se puede decir lo mismo de todas partes. Tienen un salón para canto y juegos ordenados. Nos llega la alegría del piano y el ruido seco y regular de las palmadas con que las niñas acompañan la aventura armoniosa de los pies en una danza lenta, en una joven guirnalda de figuras humanas. Ninguna escuela tiene gimnasio y en ésta la dotación de útiles de enseñanza es muy mediocre, casi nada.

¿Cómo se podría hablar de esta ciudad sin mencionar á la escuela de fructicultura? Establecimiento único en su género en el país, ya ha empezado á hacer valorar la razón de su existencia. Nos prepara gente capaz de emprender explotaciones fructícolas y sus derivados de elaboración del producto, industria como casi todas las argentinas todavía en capullo pero indicada á crear una California de determinadas regiones del país. Es un deber incitar á los padres á que envíen sus hijos á las escuelas profesionales, donde, en esta, por ejemplo, adquieren lo esencial de una cultura aprovechable en todos los momentos; y se dice que es un deber con la intención de contribuir á desviar tanta energía joven y rica como la que ahora se cristaliza vanamente en el empleo público. El establecimiento funciona bajo el mismo pie de una explotación privada. La instrucción es exclusivamente práctica, pues la teórica se limita á explicaciones razonadas de los trabajos en el mismo momento en que se ejecutan. El curso que otorga certificado de competencia dura tres años. Durante ese tiempo los alumnos—todos son internos—reciben ins-

trucción, alimento y vestido absolutamente gratis y perciben además una asignación diaria acordada al trabajo que realizan. De los 25 alumnos que componen cada sección, quince se admiten entre hijos de agricultores, industriales y jornaleros y los diez restantes de diversas profesiones.

El programa de estudios es lo más completo sin que se haya filtrado el menor renglón de los que integran la educación especializada de un hombre preparado para ponerse al frente de un cultivo. Pero la escuela carece de útiles y maquinarias para realizarlo en todas sus partes y aun en algunas rudimentarias. Entre esos útiles los que sirven para elaboraciones enológicas, elaboración del aceite de oliva y desecación de la fruta. Puede decirse entonces que los trabajos se limitan á la formación de la huerta frutal, que ya es bastante, sobre todo si se continúa con el criterio actual. Fuera oportuno instalar un museo de patología vegetal. La escuela posee muchas hectáreas de cultivo que se inicia por un jardín que llagan las falsas rosas de las dalias con sus púrpuras vinosas y las frondas luctuosas de los ligustros, siempre bellos y cortesanos. En segunida se extiende una inmensa viña, tumultuosa marejada verde casi diáfana al sol, recorrida en desorden por las nervaduras rojeñas de los sarmientos. Están vendimiando y acá y allá aparecen puntualizando en la ola verde los chambergos de alas caídas de los muchachos y se oye un tintineo de tijeras; las podaderas en el trabajo hablan como los pájaros y saludan con un trino suave cada vez que cae el racimo en la mano tendida. Los alumnos vendimian y va el fruto abundante en la cubas de trasporte, las rojizas con aros plateados que en pesados carros agrícolas, carros de los ingenios y de los viñedos, arrastrados por cinco y seis mulas, lo llevan á la bodega privada que lo ha adquirido. Pero al final del viñedo, discontinuando la obsesionante tonalidad vegetal, reluce una mancha metálica. Es un lago ahondado por los mismos alumnos. Tiene en el medio una isla tan grande, que la raya en toda su longitud la sombra que el sol nos separa del cuerpo. En este estanque, que provee el des-

vío de una acequia, se ha hecho como ensayo una siembra de anguilas, pero como la anguila en sus dos secreciones anuales deja un reguero de millares de simientes, hay motivo á esperar que en un par de años la siembra dará producto suficiente para distribuir en cuanto charco y laguna brilla en el país de Cuyo.

En el corazón de este terreno hay matorral espeso que si se desbrozara dejaría habilitado nuevo espacio para cultivo. A la derecha, un plantel de olivos cuyas frondas pálidas nos envían el súbito recuerdo de las mañanas del domingo de ramos cuando las chicas vuelven de la iglesia con el libro de oraciones, el tul blanco que se anuda al final del óvalo del rostro y el pacífico gajo de olivo en la mano que el frío amorata. Enfrentan avenidas de naranjos que me evocan á la perfumada cintura que ciñe la plaza de Tucumán en las noches cálidas cuando la gente pasa y escondidos violines... Por una puerta, las miradas alcanzan un brillo de cristalería. Este departamento, para preparar las frutas al natural, tiene su importancia. Se comprueba que las preparaciones se han hecho con óptimos resultados. Las cerezas, las olivas, las nueces en su cárcel de cristal, tan íntegras como recién desprendidas de la alta rama y los jarabes espesos, las jaleas y las compotas alumbran en las miradas una codiciosa predelectación que dura todavía ante la vitrina de los seiscientos minerales de la colección regional de la Escuela de Industrias Químicas.

Es una nobilísima institución universitaria la de Industrias Químicas que funciona en San Juan, sucesora de la Escuela Nacional de Minas. Sóla de su clase en Sud América, en una región cuya riqueza que ha de venir se funda en sus entrañas compactas de múltiple mineral, el establecimiento trae beneficios nacionales, pues con la nueva faz que ha adquirido especializándose en industrias químicas, viene á cumplir el intento de formar personal apto para dirigir la transformación del enorme fondo de materias primas que dispone el país, manteniéndolas todavía en inútil virginidad. Hago seguir para provecho de los lectores un párrafo cuya convincente elocuencia concreta en cada línea los be-

neficios que en el sentido mencionado puede producir esta escuela que cuenta con un cuerpo docente inmejorable pero no con el merecido apoyo y atención oficiales. Léase:

"No sabemos limitar la formación de melaza en la fabricación del azúcar; conservamos la cerveza agregándole sustancias nocivas; no sabemos hacer buenos vinos ni aprovechamos los resíduos de su elaboración (ácido tartárico, tanino de uva, aceite, colorante, gases, etcétera); importamos el ácido cítrico y tenemos los naranjales silvestres en todo el norte de la república; con etiqueta de aceite de oliva importamos aceite de semillas de algodón, cáñamo, amapola, maní, colza, nabo, sésamo, girasol, etc., cuyas plantas son de fácil cultivo en el país; exportamos la semilla del lino y quemamos su fibra, á la vez que importamos el aceite de linaza, los tejidos y las cuerdas; importamos dextrina y glucosa y no sabemos qué hacer con los trigos averiados; importamos becerros, charoles, guantes, etc., etc., y exportamos cueros y rollizos de quebracho, cuando deberíamos retener aquí esa madera para traviesas, revestimientos, pilotes, machones, postes, etc., y curtir los cueros en el país, con semilla de retortuño, pacará, guayacán, algarrobillo, molle dulce, etc., corteza de cabil, de lapacho, piquillín, albarcoquillo, etc., y con raíces de pata, saucesillo, quebrachillo, duraznillo, mistol, etc.; pagamos flete por la mugre de la lana para que en Europa nos descuenten el lavado y nos vendan la potasa, el aceite de acetona y la grasa de curtiembres (lanolina y lanesina); exportamos el sebo y los huesos de los saladeros é importamos velas, glicerina, cola, fósforos y negro animal; desestimamos el suero en las fábricas de queso é importamos lactosa y ácido láctico; dejamos que la sangre de los mataderos se corrompa infectando la atmósfera, en vez de preparar con ella el pan de Liebig para alimento de aves, cerdos, etcétera; tenemos los cultivos hostilizados por el abrojo y la mostaza, cuando la semilla de ambos pueden darnos aceites industriales; compramos papel y cartón y quemamos los trapos viejos y hacemos caso omiso de los numerosos vegetales propios para la preparación de la

celulosa; importamos goma teniendo la jarilla y compramos barnices teniendo una infinidad de plantas cuyas hojas, semillas, raíces y papas pueden darnos todos los compuestos resinosos que sirven para barnizar; la chilca, tan abundante en los terrenos húmedos, de una resina que reemplaza la cera en muchas de sus aplicaciones; importamos lubrificantes de máquinas, creciendo el tártago expontáneamente, cuyas semillas producen hasta el 50 por 100 de su peso en aceite bueno para fabricar lubrificante de cojinetes, ejes, émbolos, engranajes, etc.; importamos colorantes vegetales y tenemos plantas que pueden darnos todos los colores; somos asíduos consumidores de perfumes extranjeros y difícilmente podrá encontrarse otro país en donde abunden tanto las flores y hojas, las cortezas, rizomos y raíces aromáticas que pueden darnos los perfumes actuales y muchos otros no conocidos todavía en Europa.''

Se comprende que si la escuela iniciase cualquiera de las industrias consignadas tácitamente en las líneas antedichas, ya estaría justificada su creación. Por eso duele un poco verla metida en este caserón incómodo donde uno no puede darse vuelta sin tropezar con un volante, con una mesa. Tiene primero su rica biblioteca, particularizada á las materias de enseñanza; luego un departamento de modelos de máquinas, muy elegantes modelos reducidos que parecen juguetes y no lo son, de frágil madera trabajada con arte delicado; y todos los útiles, pero estos *de veras,* necesarios al montaje de un taller de encuadernación, ¿para qué en una escuela de industrias químicas? No lo sé, pero si se enseña á encuadernar, bien está. Digamos como las viejas: el saber no ocupa lugar. En seguida hay una habitación hermética, envuelta en cortinados que le dan la indecisa luz pálida de las iglesias. En este cuarto cerrado, oscuro y solitario, una *sancta sanctorum,* están en repetidas filas las cajas lechosas de los acumuladores que, naturalmente, comunican con los dinamos, de cilindros color de fuego y anillados cordones negros iguales á los bucles. Además de los indispensables laboratorios hay dos departamentos especiales, el de los hornos, donde el

refractario crisol se multiplica, manchando las mesas negras con su claridad de rosa té, y el museo, que no está circunscripto á las especies minerales, como es dado creer, sino que funda también su riqueza en un abundante material de aves y mamíferos menores. Allí el jilguero, el verdón, el violinista, la viudita y el pitojuan, la urraca y el corcol, la catita y el coperote. ¡Qué prodigiosa orquesta si en lugar de algodón esterilizado tuvieran todavía corazón! Pero no hay que hacerse ilusiones. Pesa sobre esta feria de brillantes plumas y esta locura de elegantes formas, la paz de los museos, más dura, sí señor, que la paz de los cementerios. Y entre los mamíferos menores regionales, el pichiciego, armadillo de la conformación de la mulita, pero—en el caparazón—de un amarillento color de mazorca, y mucho más pequeño, tanto que en el bolsillo se puede llevar á casa para dar un susto á los chicos. Este animalito tiene, sin embargo, una respetable ascendencia, más antigua que la de los que apoyan la punta de su raza en Godofredo de Bouillón; es quizás el último sobreviviente de los grandes edentados, el magatherium, el milodonte, etc. El ratón de viña, que ¡claro! siendo de viña debe ser cuyano. El llamado gato azul, por el gris celeste de su terciopelo; por lo demás no es distinto del europeo; no quiere vivir lejos de su suelo nativo y muere llevado al litoral. Todas estas colecciones representan el fondo primario que podría servir y dar al provecho público un museo de historia natural—institución de que carece esta provincia como todas las demás. En cuanto á museos, si hay en San Juan una colección de objetos históricos y documentos, cuantitativamente muy importante, es de propiedad privada. Una sala inmensa, cuya techumbre y luz le dan aspecto de barraca, es el recinto principal de ese museo particular. Bajo una fina é impalpable pelusa de polvo que uniforma el tono de las cosas, aparecen las armas viejas: las lanzas manchadas aun por la huella rosada de la insignia federal, las flechas, cuya caña tan fina es como el alfiler dorado de un sombrero de mujer, el trabuco de boca de bronce, de boca de trompeta, y los pesados, formidables espadones

"que no levantarían dos hombres de hoy", habría dicho Homero. Los célebres *recortados,* carabinas recortadas por el caño y el apoyo de madera, pues se sustraían al arsenal de la nación y una vez reducidas á su mínima expresión por el audaz raboneo de sus extremos, era fácil al gaucho montonero ocultarlas bajo el recado para sacarlas á relucir en el encuentro, haciendo fuego apoyándolas en la montura. Como fuente muy ilustrativa está también aquí toda la aparatería de una bodega de cien años pasados. Los alambiques que ahora la herrumbre come y empaña, sembrando la tierra de hollín rojizo; las pailas monumentales y los tinajones de barro, altos como un hombre, que se enterraron en la tierra, cerradas sus bocas por un cuero fresco y colmados del perfumado jugo que bebieron los que están muertos. Todavía, ahondadas en la superficie de estas tinajas, trazadas con tembloroso punzón, se leen leyendas piadosas, votivas á los santos locales. Una: "A las ánimas del purgatorio, para que no me raje". El cobre abunda en esta provincia; de aquí que trabajado con más perfección que otros metales en épocas pasadas, se conserve exuberante muestrario de labores forjadas, como cantarillos, botijos y cuencos. ¿Y qué decir de los braseros tan característicos, cóncavo bronce de tres pulgadas de alto, metido en un asiento de madera que le hace ancha guarda? En esta guarda se apoyaban los pies de los locutores y los viejos friolentos en otras épocas, cuando el invierno, en las noches de los coloquios familiares, donde rodaban las especies lejanas que traían las *esquelas* agregadas á las cartas, con las últimas noticias, haciendo oficios de periódico; y rodaba también la nueva oral de las hazañas de la montonera; y la leyenda terrorífica de aparecidos que hacían creer, cuando se alzaban los ojos, que junto á las pencas vagaban siluetas pálidas de luz de luna... Tiene su tradición amada el brasero, como el llar en Europa. En la misma colección hay petacas de cuero basto, escritorios volantes con el hueco para la imagen santa y la mariposa iluminante puesta para temor de atrevido ladrón; una lluvia de cintillos federales que gritan todavía por la nitidez de sus carac-

teres el odioso mote del asesinato político, y, entre los instrumentos de cultura, la palmeta, terrible mazo de madera dura trabajado con todas las reglas del arte del suplicio, según lo dice la espumadera de agujeritos cuya misión era suprimir en el golpe el sedativo aire entre la palmeta y la mano, produciendo por este refinado procedimiento un singular escozor no muy agradable. Y como útil de cultura, también, pero más noble, el banco usado en algunas escuelas argentinas en 1840, modelo inglés: un pie de hierro, un asiento giratorio de madera y respaldo de hierro en forma de herradura. Total: un admirable progreso de 1840. Lo más notable es la serie de periódicos nacionales de casi todo el siglo pasado. Los diarios sanjuaninos están por cierto mejor escritos y mejor intencionados que los de ahora.

El espíritu de asociación—gremial, recreativa, de cultura—no se desarrolla en ciudades en que, como ésta, predomina el elemento nativo. Aquello es un producto extranjero, y cuando no hay afinidades de nacionalidad en país extraño que motiven el surgimiento de una asociación, ó no hay intereses comerciales de por medio, es inútil buscar terreno para la asociación solidaria. Ahora bien, la última causa no existe en San Juan, que apenas tiene comercio y apenas industria, á no ser que se quiera llamar así á las transacciones en vino y su elaboración que se mueven en cierta época del año. Pero no puede olvidarse, considerándolo como un feliz intento de vinculación profesional á la "Asociación de Maestros de la Provincia de San Juan", que en 1905 adquirió personería jurídica. Son, entre otros, sus propósitos: hacer sentir la acción del magisterio en la confección de leyes escolares; asumir la defensa del maestro en caso de arbitrariedades de las autoridades; establecer el socorro mutuo; organizar conferencias y bibliotecas, propender á la educación del pueblo y al fomento de la enseñanza, sobre todo haciendo porque permanezcan los niños en la escuela hasta la edad requerida por la ley.

Duele decir que no existe labor intelectual, que para mayor dolor sólo se escribe en los diarios que andan continuamente con el rostro colorado de decirse cosas

por sus cuestioncillas de campanario, como dos propietarios por una pared medianera.

El obrero criollo es, para los intereses del patrón, que son los que con justicia deciden en este punto, inferior al extranjero. Le falta educación profesional y no se adapta al aprendizaje de los oficios complicados. Huérfano además de virtudes apreciables, como la laboriosidad—basta decir que no trabaja los lunes—y sin que pueda presentar limpio de mancha un certificado de sobriedad en el beber, se comprende que en la adjudicación de los altos jornales figure siempre en proporción desfavorable.

No sé en qué se esparce la riqueza espiritual de esta ciudad si el sentimiento religioso se le apaga dulcemente como la brasa bajo la ceniza y no tiene para el vuelo de la cosa íntima más alto que el afuera cotidiano, impulsos de arte ó esparcimientos en el arte, ni siquiera en el fresco manantial de la canción popular. No podrá decir que el ánfora de las cosas aladas le ha hecho áspera la piel de los hombros.

Su espíritu es como sus calles urbanas, inexpresivo, pobre, sin imprevistos, un poco mezquino. Como sus calles al atardecer, cuando la gente se levanta de la siesta y se asoma con el rostro perezoso á mirar la calle donde hay un poco de lodo...

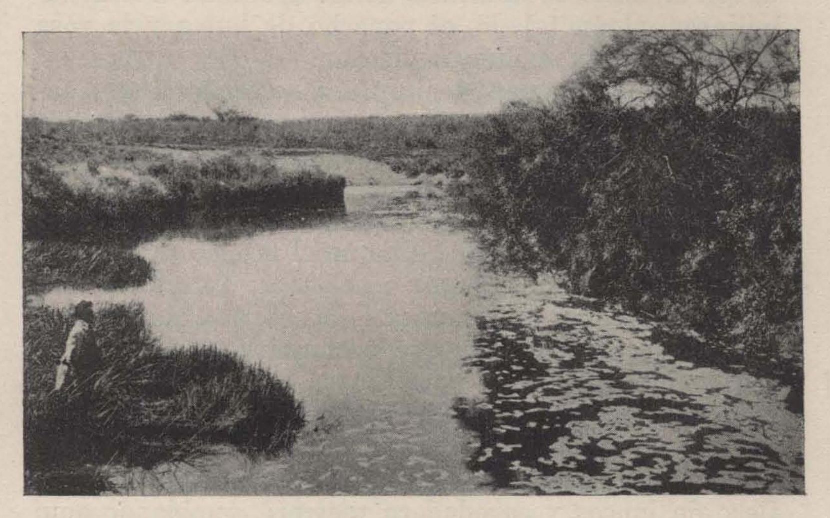
PARANA

Media noche. ¿Qué diadema de estrellas viejas ha descendido y en arco de armoniosa continuidad ciñe la masa negra de la tierra? Como estrella alfa de esta singular constelación, brilla en una altura el globo blanco de un voltaico. Es la ciudad de Paraná y á sus pies canoas y chalanas, balandras y patachos, le vigilan el sueño con sus centenares de encendidos faroles que nos dan la ilusión de la diadema.

En seguida el rumor del muelle en cuyo maderamen el agua incesantes palmadas rompe; y en seguida, con ribetes de aventura fantástica, el cruzar de la ciudad

perseguido por el grito de las llantas que sobresaltan la mortal tranquilidad nocturna de las calles pálidas, como de huesos desmenuzados, por el polvo color de luna que dan las vecinas caleras.

Los ojos que están doloridos de tanto haber visto, no han de ceder al sueño, lo sé, y mirarán, fijos, en la tiniebla, donde vagan luciérnagas ilusorias. Entonces ahincado en una febricente tensión nerviosa, vendrá



Paisaje del Paraná

el recuerdo con la alforja de los panoramas que se vieron en el día de hoy. Primero es el Paraná, que aguas arriba del Rosario, serpentea la mansedumbre de su caudal en un inimaginable eslabonamiento de curvas, tan imprevistas á ratos, que ya lo asalta, invadiéndole hasta el medio, una entrada de tierra coronada de graves sauces, que amparan una casuca blanca, indecisa y pequeña como un pañuelo en una despedida, bajo las alas caídas de las ramas. O ya se ensancha y se ensancha y las orillas abren un abrazo entre el cual es el río un lago enorme, que raya el vapor con su ruido de plegaria. Entonces en el cóncavo cielo pasaba una golon-

drina, con su gracia de saeta, sola en el cielo, encantando la vacuidad azul por la virtud de sus humildes alas.

De este lado de tierra se mira una línea de altas barrancas, vivamente rosadas, á la luz de la mañana, con rajaduras que cortan desde la cresta hasta el tumulto de la espuma fluvial. Es una franja de desierto rosado donde por misericordia asoma, pero no mucho, de cuando en cuando, una mata; una banda muerta que contrasta con el borde de la altura, donde aparecen árboles familiares, algún tejado, el penacho de humo y la rosa plateada de un molino á viento.

Costa barranqueña de hurañez montañesa, que tapa el horizonte y amenaza á cada momento dejar caer sus moles en formidable fracaso. Es, á las miradas, cercana por la ilusión del agua, pero denuncia el engaño un buey en la costa que por dos veces levanta la cabeza en la actitud del mugido, sin que el bronco sonido. volando en los vientos, llegue á nosotros. Territorio santafecino, que, por la desnudez de los bordes, quiere mentir la cargada riqueza que sin intervalo adentro se sucede.

Pero enfrente, una recia y compacta oleada de arbustos se echa al río, un generoso esfuerzo de la tierra que se cubre toda entera de muelle manto verde con flexible fleco de juncos y enredadera rastrera, temblando aquí y allá, al atravesarlo la amante persecución de dos jilgueros. Claro: fragmentos del delta.

Ahora el río, como las convergentes combas del ánfora que se acercan en el cuello, arrima á la una la otra margen y por angosta garganta pasa. Pero no se encuentra todavía hermandad de naturaleza en ambos lados: sigue abrupto el occidental, prolífico el entrerriano, del cual se pueden violar detalles. La tumultuosa estela del vapor se abre y golpea en las orillas, donde acuesta los juncos manchados de huevecillos color de coral y hace saltar la vieja canoa que hasta entonces dormitaba mansamente en umbroso abrigo. Aquello claro, que las fronda recatan, es apacible hogar, con su techo de esponjosa totora menos alto que las piras de leña, cuyo comercio, muy propio de aquí, permite lle-

var con holgura esta vida escondida en el seno del monte ribereño. Monte ribereño, húmedo y espeso, donde medra el sauce, de asombrosa vitalidad, y el álamo fusiforme, árbol el más bello, cuando se le ha visto destacándose recto y solitario en la serenidad de un cielo azul.

Y á todo esto, como no para la laboriosa progresión del barco, se pasan á las entradas de una red de brazos fluviales, raíces del Paraná, cuya fertilizante incursión muere muy adentro del territorio, y el voluble curso muestra entonces nuevamente las amplias aguas, claro estadio, y sin transición tanto acerca las orillas que las plantas acuáticas de flores amarillas como menudos cucuruchos de oro parecen mezclarse al uniforme golpe de la hélice; estando casi á la mano las cintas de dorada arena que se acumula lenta é incesantemente alrededor de los islotes de tierra, falsa para el pie y para el cimiento.

Empieza á descender el humo sutil de la noche. Junto á la orilla, la vegetación que en irregulares cúmulos se amuralla, mancha la sedeña tranquilidad del agua, con reflejos de un verde de musgo, y se diría que esas falsas sombras, son las caudas de un gran manto que sacan á arastrar, sobre la onda, un gran manto cuyos tornasolados se suceden suavemente. Y como los contornos se van desvaneciendo en esfuminos perdidos, la forma de las cosas adquiere la actitud que sueña la imaginación del contemplador. Y así surgen ramas desnudas, brazos al cielo, y así los sauces son ancianos inclinados á mirar una huella.

Un silbato súbito desgarra de un manotón el peplo silencioso de la tarde. Se llega á la ciudad del Diamante, que nadie la ve, escondida como lo está, al abrigo de altísima barranca. Y, bella como las de los cromos, es ésta que muestra cuatro casitas sembradas al azar del terreno, como si rodando de lo alto, hubieran quedado allí donde las detuvo una planura, y enseña también unas carpas grises y un camino ahondado entre paredes que bajan en largas eses desde la altura al río, y que sólo de rato en rato deja ver al jinete que lo corre en

esféricas nubes de polvo, ó el tembloroso charolado de las volantas que van al pueblo. En estas barrancas de Punta Gorda, muere en su parte occidental, un sistema de cuchillas que se pronuncian principalmente en el centro de la provincia, constituyendo el único rasgo orográfico relevante que la recorre.

En el medio del río se copia el cielo de maravillas fugitivas: bastones y rodelas de azul de acero, de verde fosfórico, del rojo orgánico de la carne y las llagas lívidas... Un rato después cierra la noche, y se insinúan como puñaditos de temprana nieve, las manchas lácteas, y un poco más abajo se abre la pupila de Sirio, allá la de Canopo y todavía más allá la temblorosa de Proción—atalayas de la alta tiniebla. Vuela una brisa húmeda. No se ve sobre el río más que dos aletas de luz surgiendo de los flancos del vapor, que reproduce en el silencio un flameo de banderas abrazado al borboritmo de las máquinas. Pasean en la cubierta, de aquí para allá sombras plácidas, sombras de sueño, y brilla en algunas manos la punta roja del cigarro, como ardiente anillo sigilario... Vuela una brisa húmeda que abullona detrás de las nucas de las mujeres las capelinas de ligera seda.

Y en el fondo, el arco de estrellas viejas á los pies del Paraná.

*
* *

Un poco familiar, con su aspecto de una gran casa, fresca, limpia y clara, Paraná. Veo extenderse, húmedas de sereno, sus veredas de baldosas rojas, junto á las bajas casas amarillentas, ya con hileras de repetidas ventanas, ó con habitaciones, un poco sombrías, abiertas á la calle. Se siente ese perfume tan propio que los muchos años dejan en las casas. Pero en el corazón de la ciudad manda la casa nueva de tipo, con su barnizada puerta estrecha, su balcón bajo con barra de bronce... Porque casi todas las capitales argentinas empiezan por aquí á mostrar que soportan ó estimulan el ascendiente reformador de Buenos Aires, que indiferente y egoísta, no

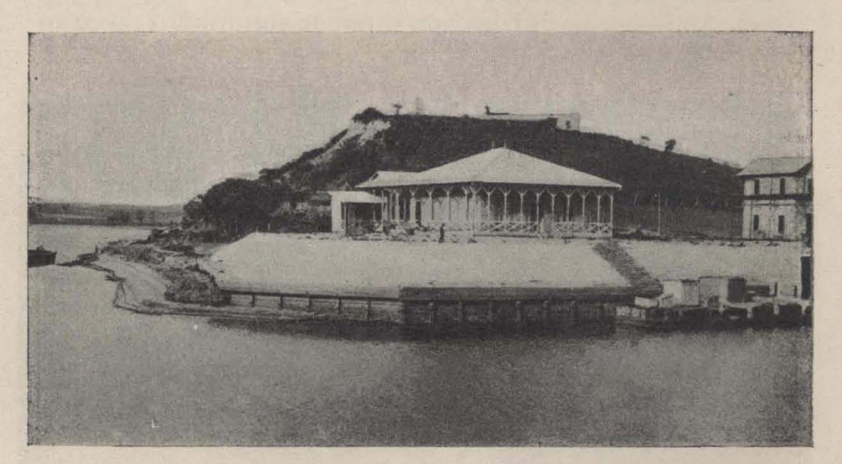
piensa cuánto avasalla y domina fuera de sí, y cuánto trabaja en la integración de la nación homogeneizando su carácter externo. Sin embargo, si esta asimilación no es natural, cabe sospechar que más de una ciudad se condenará á vivir una pura vida de reflejo, que osifique su impulso propio. Reconócese por lo demás, que hay cierta callada resistencia entre el elemento nativo á la influencia de la Capital Federal, que posiblemente se observa en el barrio sur de Paraná, y más aún en Santa Fe, donde persiste con noble juventud el espíritu de la región, al arrimo del hogar de las tradiciones. Pero, elemento menos activo que el extranjero, ó por su posición, menos poderoso, tiene que ceder á diario á los amagos de la corriente.

Las calles. La de San Martín concentra, en las tres cuadras en que muestra el apogeo de su honor, á lo más preminente de la cotidiana actividad. En ella, la casa antigua, al pie de los altos de la estrecha ventana de reja, rematada por un circunflejo de tejas, se envanece del lujo de la casa de comercio filial de Buenos Aires, ostentando la gallardía de sus niquelados y cristalerías. Y la casa antigua es como una reina con corona de hierro y faldas de plata. En ella, el café, hipertrofia del cuerpo urbano, por su desmedida extensión; hay en la terraza de marmóreo pedregullo una inmensa floresta de mesitas amarillas; y á la noche es resonante colmena de agitadas charlas bajo una neblina de humo; pues ¿quién no viene al café? Aquí está el hogar, el club y el teatro. Por lo demás, los cafés tienen también su teatrillo y allí en el fondo se divisa con su telón rojo sembrado de pintadas borlas de oro, el escenario, donde inevitablemente, fregoliza alguno, que en cinco minutos es marquesa, caporal, Napoleón y vendedora de violetas. Todo el mundo viene al café á engañarse que se divierte hasta que á media noche, por las calles húmedas torna á la amada casa, con la garganta ardida de fumar y en el alma un poco de remordimiento. Es esa hora el momento de los buenos propósitos. Y también en esta calle, el diario, la biblioteca, la usina. Pero todas las arterias de la ciudad, que en correcto cuadriculado se redifican, mantienen ca-

racterísticas propias sólo en su núcleo: una por dos ó tres caserones ó palacetes de oficinas públicas, otra por su línea de tarcos, que engarza puñados de florescencia violeta, aquella por sus casas donde el mármol que impera, forra escalinata y zaguanes tan estrechos, que hacen pensar en el interior de las bóvedas de los cementerios. Luego se inicia la medianía común á todas ellas que les da parecido fraternal, interrumpido sólo en los extremos en que se disuelven, ya en la entraña gris de una barranca, ya en el brillante temblor del río, ó en el lejano camino rosado que viborea en la falda de suavísima colina.

Además de la calle Andrade, donde se levanta el monumento á Andrade, pues Paraná ha honrado con alteza al noble poeta; encanta la *promenade,* la avenida Rivadavia, cuya alameda de pinos deja caer incesantemente en las alas del viento las agujitas de sus hojas, que luego, molidas sobre la vereda escabrosa, son como muelle musgo á los pasos vagabundos; pero al anochecer las manos de la brisa fluvial las arrincona, tristes sedimentos, sobre los blancos umbrales de las casas, como invasora mata en olvidadas lápidas tumbales. Rayando el centro de la avenida se prolonga, de extremo á extremo, un franja de jardín, donde suben vigorosos y lozanos, el evónimo de hojas de album y el evónimo de hojas de oro, la cyca, firme, igual, y armoniosa como talladura en roble, la palma carandá, que deshilacha cabellos rubios, y la yuca, con su erguido manojo de puñales. Cuando la gente pasa por aquí, ya se sabe, va al parque. Asomado al río, el parque está en una altura; á sus pies, una bahía reposada y suavemente brillante como una seda clara. Es un amor que nunca acaba, ver los infinitos tornasolados de la luz en las aguas, que se complacen en vestirse de rosas y violados brumosos. Al frente, cierra el arco del río una larga isla, banco arenoso, pródigo en plantas, imponente con aguas normales, pero, á medida que éstas crecen, se empequeñece poco á poco, hasta que sólo queda á las miradas una sucesión de jorobas obscuras, apenas insinuadas, como se insinúan apenas las vértebras en el

dorso. En el extremo norte se levanta una punta donde han instalado la toma de las aguas urbanas, y más adentro otra elevada saliente, el Morro, donde empieza el Puerto Nuevo, con la franja gris de la obra de piedra, que se encierra en las ondas, resaltando junto al verde ascendente de una colina. Hay casi al nacimiento del morro, una suerte de *cottage*, con gallarda entrada de árboles. Son las oficinas del puerto que miran al des-



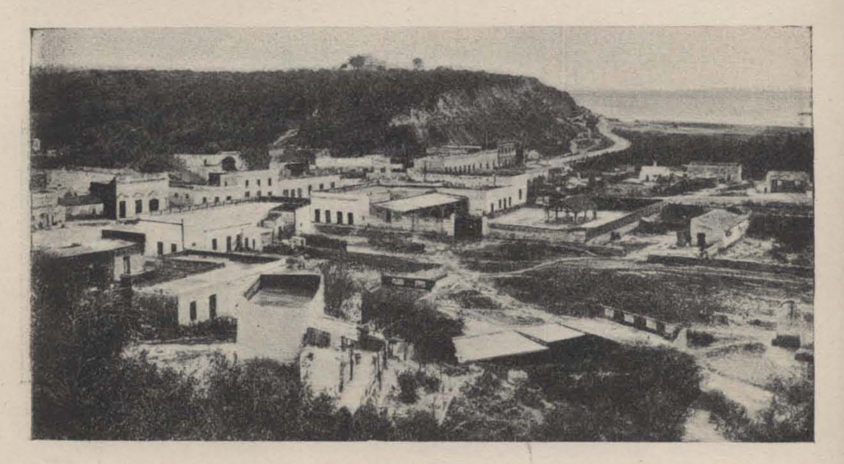
Entrada al Puerto Nuevo

embarcadero de enfrente. Son muy tranquilas y muy simples estas oficinas públicas; desde aquí estoy viendo el marinero de guardia, sentado en el pálido suelo, descortezando una rama.

He hablado del desembarcadero. No paran en él embarcaciones de profundo calado. Se prefiere para sus anclas el puerto de Bajada Grande, á una legua del primero. En ese puerto—Bajada Grande—donde se concentra el movimiento comercial de importancia, muere sin transición la línea de barrancas que circundan á Paraná, y se diría que allí se extrema y embota el gran arco del río, mirado desde el alto parque.

Es de advertir que existe también un llamado Puerto Viejo, pero cerrado hoy á toda quilla, tal vez porque el voluble curso del río ha arrastrado bancos hasta la en-

trada obstruída de camalotes, ó porque riega sin cesar sus vecindades, ocasionando continuos derrumbes. Se afirma que por esta causa, unida á la de las crecientes inundantes, está condenada á desaparecer la población que medra en las proximidades del Puerto Viejo. Es, en efecto, un pueblo muerto, casi abandonado, que muestra en cada una de sus casas como un estigma de desolación. Las paredes ulceradas de ruina, las calles pantanosas donde vagan perros merodeadores, las ventanas, cuyos huecos sin vidrios son tapados con fondos de cajo-



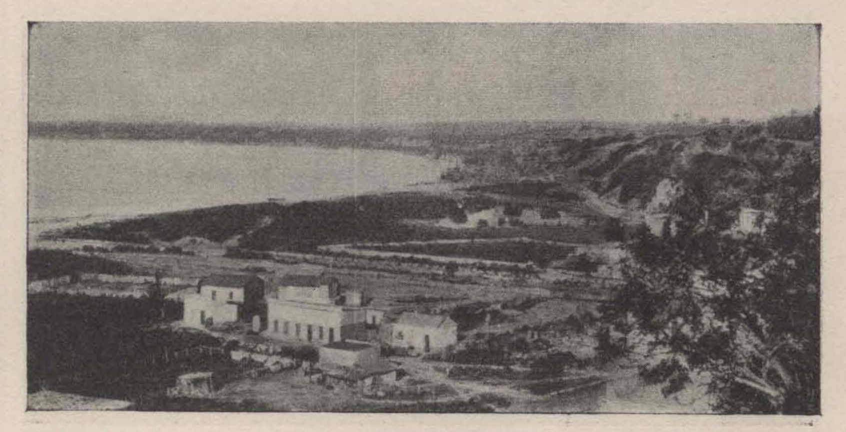
Puerto Viejo

nes, cerrando la bienaventurada irrupción del sol, y, sobre todo, una triste soledad.

Del Parque se gobierna la extensión del río. Se ven con las alas blancas los veleros, y los buques que aran el río merced á las infatigables hélices, con sus ondeantes melenas oscuras. En el medio, inmóviles, las pequeñas canoas pescadoras, y á la orilla las otras, las repletas de cal, ligeramente verde, ó con la sabrosa carga de sandías que traen de territorio santafecino, donde, dicen, maduran más temprano. Las mejillas morochas de los chicos, salpicada de la carne rosada y de los ojuelos negros de la sandía...

Y en la misma playa, que no parece de ciudad sino de

pobre y escondida población ribereña, vense aquí y allá las lavanderas, hundidas en la tosca, las más con el cigarro de mechón azul á un lado de la boca, y el pescador de caña, el impasible, el paciente pescador de caña, con las piernas en el reflujo sembrado de rumores. A menudo sube, surgiendo del río, con los jadeantes bueyes, la carreta, que hace todo el oficio del carro de transporte, pues el declive de las calles de la ciudad ha inducido á abandonar el caballo, preciando más, para el caso, la acompasada lentitud del buey que la inteligente fogosi-



Barrancas de Paraná

dad del animal crinudo. No lo conducen con la ágil picana que, blandida, en largos círculos corta el aire, y que pareciera arma guerrera si remontara un guiñapo colorado. No, no es la conductora la gentil tacuara amarilla, sino débiles cuerdas que envuelven las orejas de los bueyes y se portan á oficio de rendaje. Su continuo roce deja en la raíz de las orejas dos aros callosos, y quién sabe si al fin no alteran el natural arqueo de los órganos, dándoles la centrípeta forma de un caracol marino. Cada vez, pues, que se quiere que los bueyes tuerzan, es como si se les diera un familiar tirón de orejas. Se quedan pacientes, inmóviles dentro del río, las horas muertas como negras piedras que amenazan en sus ex-

tremos, por la media luna de sus cuernos, donde se enredan y ondean los *hilos de la virgen.*

Franja llanada próxima á la costa, se mira desde esta altura: es tierra de bañados con matas de arbustos, altas como las agrupaciones de bambusas; más lejos el pueblo de Puerto Viejo, con sus enrevesadas calles ganadas de yuyos, las zanjas de agua quieta y las casas que se dirían desiertas si no temblara en las cuerdas la ropa multicolor puesta á secar.

Y si todavía se retraen más las miradas tropiezan



Las carretas

con el espectáculo de las barrancas muy anfractuosas, muy agrestes, carcomidas por los empellones de los vientos y la acción secreta de los flujos y reflujos que ocasionan derrumbes parciales tratándose de tierra floja y movediza hasta muy adentro. A la derecha, brusca quebrada. Es en parte hondura artificial practicada en la barranca para extraer la piedra caliza y todo otro material que ha servido para el levantamiento del Parque. Pero por raro caso la mano inteligente no ha embastecido la belleza original, y así tiene esta colosal rajadura el encanto puro de la desordenada naturaleza. Cuando uno se aproxima á sus bordes con amago de vértigo palpita en las palmas de las manos

un ligero temblor, pero le detienen en la actitud del asomado, ya el espectáculo de despedazadas moles graníticas á punto siempre de rodar, ya un árbol de opulento ramaje que arraiga en la piedra, ó el serpenteo de accidentada escalera, que llaman salto de agua, y el porqué, allá se lo sabrán, que ni siquiera una lágrima se aventura en la ejemplar sequía del escabroso salto de agua. Esta grieta es nada, si se compara con la menor de un cerro del norte del país, y es mucho para los ojos porteños que no han visto más hondura que la de los pajonales en los terrenos ganados al río.



Una barranca

Lo demás de barranca es pared estéril que á diario se desmorona, tanto que ha llegado la caída hasta por debajo de una línea de tranvías que la costea, de suerte que tiembla el riel sobre el abismo. Su diamantina línea serviría para el hombre del circo que camina sobre el alambre. Sin embargo, para evitar el continuo peligro de ese tránsito, no se ha cambiado el lugar de la vía, como pudiera creerse, sino que se ha ofrecido el admirable arbitrio de hacer descender á los viajeros pocos metros antes de la temible rajadura y toman ellos del otro lado un nuevo tranvía. Persiste el peligro para las personas, pero por lo menos hay la seguridad absoluta

de que no se perderá un coche. Estos coches que crujen como leña seca aun bajo el peso lilial de un niño y que se oyen desde lejos por el unánime trote de sus tres caballos y el ruido de herrajes restregados. Sí, se sienten en la mañana los alegres quiquiriquíes de sus cornetas de asta, y, claro, se me despierta un retacito del Buenos Aires un poco antiguo, cuando los cocheros del tranvía entretenían la monotonía del viaje tejiendo en el aire un arabesco sonoro, que más que á aviso sonaba á décima.

Esta barranca tiene, como todas las originadas por derrumbe, un desolador aspecto de esterilidad, que aumentan, si es posible, las aisladas manchas de la vegetación de la tierra seca y pobre: la penca, temida del ganado, el pasto puna, y uno que otro arbusto achaparrado.

El mismo Parque gana en encanto con la desigualdad de su terreno, cortado en el medio de un canal, en cuyo lecho corre un tranvía que lo hace florecer de ecos. De ambas paredes surgen el duro agave, la menuda mirtácea ó el multicolor jacarandá que echan humilde sombra sobre la cenicienta piedra del canal y sueñan, los más, en acariciar para la próxima primavera con sus ramas las ramas del opuesto lado, abovedando el paso, para que se haga tímido el sol, ignorada la lluvia.

Como toda plaza celosa de sus fueros, tiene su terraza, amable para el ir y venir de los conversadores banales, en los anocheceres, cuando va suspirando lánguidamente sobre la arena el vuelo de los vestidos claros y cuando, después de largas pausas, viola la noche estival la aguda retreta de la banda del cuartel. Pero hace tiempo, dicen, no congregan á las familias los bronces musicales, y por cosa de no sé qué cuento de aparecidos, éste á la noche queda desierto. Circunstancia que fué aprovechada con maligna intención, por alguna banda de gozadores, y así, hubo medias noches en que amparó el ramaje desnudos brazos de hembras, y asustaban la quietud del paisaje la atrevida canción y las gárgaras del vino que se vuelca. Todo ha pasado— como murmuran los novios que rompen.

Y no faltó la nota trágica porque alguno, huyendo de los cuervos de la vida, en oportuna rama se ahorcó. Entonces, por la noche, temblorosas movíanse en el Parque las siluetas negras de humildes mujeres que con piadosa voluntad encendían una vela al pie del árbol manchado por la desgracia, pues es notorio que quien ruega por impenitente é inconfesada alma, la salva y acumula méritos para la gloria de la suya propia.

El material de la obra del Parque, escaleras, rebordes y antepechos, proviene todo de canteras que pueden decirse están en el mismo. Se advierten en esas construcciones formas vegetales petrificadas, valvas y caracoles que tienen todavía irisadas tonalidades y limpias cristalizaciones que son como esfuerzo de la tierra por hacerse gema.

Sin límite divisorio la obra artística se une á la fisonomía agreste de la naturaleza vecina: un encanto más de este Parque que ha halagado dulcemente el viejo porteñismo arraigado en mi carácter, tanto como el latido en mi corazón, porque me he acordado de mis mañanas en el Jardín Botánico, de mis delectaciones, junto al obscuro laurel de Apolo, al pasar los momentos leyendo las páginas ingenuas y fanáticas del Progreso del Peregrino.

Allí, en un claro, frente al río, sobre la histórica galería y mirando á la Avenida Rivadavia, se levantará la estatua de Urquiza. La tierra, que defrauda á toda confianza por muy movediza, pide una respetable fundación de cimientos de piedra menuda, donde encajan muy hondo pilotes de quebracho, y sobre ellos, todavía, tirados paralelamente, se asientan tirantes metálicos. Y así con todo, quién sabe si algún día no vemos al Entrerriano, que en lugar de mantenerse en la vertical actitud del hombre inmortalizado, queda, por habérsele hundido un extremo del pedestal, reclinado sobre la oblícua mirando el sol de las diez.

Paraná, ciudad de las plazas, en proporción tiene más que Buenos Aires, donde la gente del oeste, por ejemplo, no sabe á donde mandar los chicos, por la tarde, para que hagan rodar el arco levísimo. Aquí hay una,

toda de lozanas coníferas, que levantan la obscura fronda puntiaguda, pintando en el cielo azul una remembranza de los paisajes de la tierra fría. A tres pasos, otra un poco rala. Es esta calcinada de sol, con su fuente de hierro que nunca tiene agua, y ni por capricho entrega al viento el penacho lleno de luciérnagas. Un poco solitaria, la frecuentan más, la gente apresurada, para cortar camino. La central con su corona de laureles blancos y laureles rosas que floreciendo están y á cuya graciosa vecindad por la noche la gente grave hace tertulia: un banco para éste y sus amigos, otro para él y sus amigos. Están predestinados por la costumbre invariable de que aquellos que llegan á la misma hora y al mismo sitio á entrelazar un malaberío de palabras, las inevitables, sobre el precio de la vara de terreno, y los antecedentes del candidato á gobernador. ¡Y pensar que yo he tenido que oir eso durante una hora! Afortunadamente el cielo estaba nublado y entretuve los ojos en la cosa fútil de espiar si de pronto en la túnica de una nube aparecía el diamante de una estrella, y luego, recogiendo los oídos á un solo rumor, me puse á escuchar si en las sombras de la noche se hablaban los laureles, rosas y los laureles blancos... Me quedé—¡dolorosa pérdida!—sin saber si el candidato era mediocre ó no.

Y á propósito os diré que visité al candidato. Era un hombre ceñudo, grave y parsimonioso, que hablaba como los sacerdotes en el confesionario. Tenía la mesa llena de libros, muy grandes, así que parecía un sabio. Pero detrás de una puerta, encantador detalle, una jofaina llena de bombitas. No se había olvidado que era carnaval, y seguramente al anochecer arrojaría las bombitas con un grave y parsimonioso gesto de gobernante.

A la tarde, alrededor de la plaza, se hace corso de carruajes, y éstos dan vueltas y vueltas pausada y silenciosamente, como cumpliendo un austero deber, mientras en actitudes selectas y gentiles, ó premeditadamente distraídos, los muchachos aguzan las miradas en la florida juventud que pasa. Son las damas, en su figura media, mórbidas, pálidas, con ligera sombra morena, y de óvalo suave y afinado: un poco linfáticas. No hay,

creo, tipo femenino marcadamente extranjero. A éste, es más difícil hallarlo cuanto más se entra al norte del país.

¿Y qué otro paseo? No sé si acostumbran rodar coches en las afueras urbanas ó admiran desde el corazón de la ciudad la sucesión de pequeñas colinas apenas subidas en el horizonte, extendiéndose al naciente y al sur. Son, en su verde desnudez, con los caminos violetas y los manchones de arbustos cenicientos, teatro de saludable esparcimiento para los ojos, que cuanto más



Frente á la plaza principal

los miran, más se esclavizan. El éxodo sereno de las nubes los viste de sutiles sombras que les prestan colores fugitivos; y cuando sobre ellas tranquila vaca muge, ó por la falda lenta carreta asciende de la hondonada recóndita, tienen la placidez de lo arcádico.

La arquitectura de la catedral es en el medio de pórtico griego, pero á los lados de él se levantan dos torres agudas, como largas orejas de asno. En el atrio una monumental estatua de San Pedro, que por singular anacronismo aparece con el recurvo báculo, dalmática y estola, y la mitra con tres arcos de gemas. ¡Ay! Tan

distinto el santo del hombre aquel descalzo y desgreñado, de túnica remendada, de la cual un harapo le lamía los talones, sobre quien puso el Nazareno la mano y dijo: "tú eres Pedro, y sobre esta *piedra* edificaré mi iglesia". La ira celeste no ha ahorrado á la efigie, que muestra la caricia de un rayo en huella que la vetea como la raya parduzca que deja en el mármol un fósforo, y no le faltó la burla tampoco, según la opinión de los ojos fieles que le vieron alguna mañana envuelto en largo poncho, que nacionalizaba al celestial llavero, dándole un aspecto de puestero mitrado.

Es amable esta cuadra de la catedral, sombreada de jacarandás, árbol que, si el recuerdo no me ilusiona, tiene una subdenominación científica de *quelonia,* tal vez por la forma de pequeña tortuga que adquiere su fruto. A su sombra pasan todo el día, yendo al templo, las mujeres envueltas en el hábito del Carmen.

A la media cuadra la Escuela Normal, que no tiene, ni con mucho, en qué fundar la nombradía que opiniones sueltas abultan por ahí. Es una construcción con títulos históricos que todavía salen á lucir desde el balcón, donde un pequeño escudo que forma cuerpo con la herrería total, nos enseña: "Justo José de Urquiza, presidente de la República", y entrando, sobre una puerta, con letra hundida en el mármol, se lee: "*Tesorería*", pues fué aquí la casa de gobierno de la confederación. Y no hace mucho embutieron en su frente una placa conmemorativa que declara á Urquiza autor exclusivo de la organización nacional. Esto es, por otra parte, el sentimiento común entrerriano. Son dos detalles del exterior del edificio, cuyo frente, de gris al aceite, une, no sé porqué, color y fisonomía, al carácter de escuela. En su interior conserva todavía los antiguos salones columnados: el aula de historia natural con viejos escudos de todas las provincias, que recuerdan que tal vez en este salón se sentaron congresales; pero ahora, quizás, con más provecho sólo se encuentra una colección de modelos de botánica aumentados, en cartón prensado, producto alemán. Al lado el gabinete de física, cuyos aparatos, recibidos últimamente, son

inferiores á los de igual modelo que ya existían en el establecimiento; tales el péndulo, la bobina, la cámara de vacío, la fuente de Herón, etc. Le faltan aparatos modernos. En un obscuro zaguán, que para mayor carácter no ha ahuyentado las telarañas, tienen la colección de mineralogía. Deplorable. Es una vitrina rota, llena de polvo, llorando de abandono, donde unas cuantas piedras están echadas por ahí, á la de Dios es grande. Pero es al entrar al Museo Natural anexo á la Escuela Normal, cuando el alma se cae á los pies. Tuvo este Museo su cierta reputación, afirmada quizás en su colección de fósiles. Pero ahora no puede con derecho reclamar viejos títulos á quien le visita y se aventura en esos departamentos con olor á humedad, como los cuartuchos que el fondo de las casas se destinan á guardar trastos viejos. Esos escaparates y aquellas cajas, cuyo plácido sueño no sobresalta por nunca jamás el turbulento penacho del plumero, guardan en inextricable confusión, huesos y mariposas, plumajes y acerados escarabajos que las horas aliadas al bonachón descuido, liman incesantemente, hasta que no quede en el fondo blanquecino de las cajas nada más que montoncitos de ceniza, resto ¡ay! baladí de la brillante gloria que fué. Cuando se sale del museo, se diría que se traspasa, hacia el día, el umbral de antigua tumba y gime la llave en la cerradura, cuya herrumbre confiesa de su soledad. De vuelta á la escuela, llevado á las aulas, sólo veo piezas grandes, grises, encombradas de bancos; y no me deja averiguar si existe la misma monotonía de los cientos y cientos de clases, mi secreta hermandad con los árboles que me incita á volver las miradas y reposarlas en la esbelta casuarina que surge del patio derramando en lo alto la serenidad de sus ramas. Es bello verla de lejos, agitándose, pero poco, sobre la línea del tejado. Y los patios, los dos, son grandes, con pavimento de pesadas piedras irregulares, un poco aterciopeladas de musgo leve. Y los salones de las clases, vacíos de juventud, son como los libros no leídos: todos iguales.

No sabría decir porqué se distingue esta escuela.

Preguntaría cuál de sus profesores ha conquistado el título de sabio ó tiene al menos una reputación de especialista, en este país, donde tan fácil es adquirir una reputación. Se dice, en cambio, que es un modelo de disciplina, tanto más preciable cuanto se considera que es difícil mantenerla íntegra y severa en una escuela mixta. Puede decirse, pues, que su título de consideración reside en el hecho de no haber fracasado la enseñanza para ambos sexos, el sistema mixto, que—un ejemplo—está echando á perder á la Facultad de Filosofía de Buenos Aires. Me interesaría saber, también, si en este establecimiento, á ejemplo de lo que ocurre en los análogos, se ha conseguido excluir las influencias políticas en el nombramiento del personal docente.

Pensaba Paraná fundar un orgullo en el nuevo edificio del Colegio Nacional que todavía no ha sido habilitado, pero ¡caso doloroso! tiene el nuevo edificio, visibles desde la cornisa para abajo, grietas hasta de un metro. Falta firmeza en la tierra. El cimiento, de medio millón de ladrillos, ha sido cosa vana para la estabilidad de ese cuerpo, y en vano también se colocan llaves en las grietas. Es inhabitable para los que aman la vida. Por la misma razón de la tierra movediza se combate el proyecto de levantar allí cerca una llamada escuela monumental. Sin embargo, hay probabilidades de que el gobierno se entestarudezca y la funde allí. Porque es de observar que no todo el terreno es condenable, y ejemplo lo da la iglesia frente al Colegio Nacional: un delicioso aspecto antiguo, agudas torres pecosas de humedad, y adentro, en tranquila soledad, donde los pasos resuenan alto, y aunque nacen de dos plantas solas, parecen de ilusoria multitud. Los pobres santos de madera tienen rostros enjutos y de sufrimiento, ojos con veladuras que los extinguen, manos esqueléticas y hombros que hacen punta en los hábitos severos. Es un arte uniforme, en todas las imágenes, seco y agrio, arte de sacristía, y por eso complace la nota solitaria de una virgen, sentada sobre las llamas del infierno con el rostro redondo, blanco y rosado, como rosa nueva que al sendero se asoma. Y todavía más, algo que en la hu-

mildad del ambiente resalta con la actitud gloriosa de la victoria. Es el arcángel sobre el dragón tricéfalo, y alegra con sus grandes alas blancas, de mármol, los miembros jóvenes, la cabellera fértil, la ondulada espada en alto.

Por la natural influencia de todo ambiente urbano, existe en las gentes cierta cultura, pero no propiamente ilustración. Pueden decir, como el sabio, que la literatura, ó el arte, no pertenecen á su vitrina. Y pasando á las cosas espirituales, me pregunto, si temo á esta ciudad en conjunto con todas sus hermanas, en qué ideales se engarzan sus alas. Y no hallo, sino aquí y allí, más que el culto á un caudillo local, que es la más baja de las formas del patriotismo.

A propósito. A Paraná la conmueve todo lo que toque á Urquiza. No hay libro, diario ó papel que no mencione á don Justo José. Los paranenses descuidan la propia personalidad por cultivar la de Urquiza. Me asombré cuando un distinguido entrerriano me preguntó si yo era urquizista, pero mayor fué su asombro cuando le respondí que el caudillo había muerto felizmente. Se indignan y se sobresaltan como por picazones urticurios si alguien insinúa la idea de que Urquiza era un poco pícaro. Calumnias de los mitristas, dicen. Creo que han hecho cortar los ombúes donde ese mandatario hacía ahorcar. Naturalmente, abrigan en lo íntimo cierto rencor á Buenos Aires, y por eso mismo, complace, pero muy cortésmente, como quien desenvuelve un manto de púrpura, en hablarles de la gloria de la ciudad madre y de la superioridad indiscutible de sus hijos.

La biblioteca, organizada, como todas las del interior, por asociaciones de vecinos, tiene sus cinco mil volúmenes en frecuente movimiento. Se mira como signo de gran progreso el hecho de que pasará á ocupar dentro de muy poco, un edificio espléndido. En realidad, el progreso de una biblioteca, consiste sólo en aumentar, con un criterio muy sabio, su fondo de libros. Si el local es incómodo, mejor. Así no irán á pasar el rato los triviales que, recostados en sillones de marroquí,

hojean revistas de caricaturas. He dicho de un criterio muy sabio, y en verdad ¡es tan difícil encontrar una persona capaz de indicar qué libros conviene adquirir!; ¡y es tan desolador leer los catálogos! La literatura de mérito, ó las obras de ciencia, no se han atrevido á entrar ante la invasión de Ponson du Terrail, de Montepin, de Gutiérrez... Y sólo quedan, abultando inconsultos, con sus grandes letras de anagnosia, sus hojas amarillentas, donde palidecen firmas de alumnos recostadas sobre las rúbricas; algunos tratados de ciencia que allá por el setenta fueron textos de escuela católica.

De esta biblioteca, fundada en 1873, debo decir que está animada de santos propósitos en todo lo que significa propensión de la cultura. Así ha creado en su nueva casa un salón de actos destinado á conferencias, que probablemente se darán con determinada periodicidad y tiene también instituídos dos premios anuales que se dispensan, uno á trabajos literarios y científicos, y otro á los estudiantes secundarios que reciban su título con las más altas notas. Buena obra; obra de biblioteca.

Las estadísticas han venido á demostrar que la ciudad en que se publican es la más sana de la República. Pero por solo un momento vamos á dar crédito á estas publicaciones y fundemos, bajo su palabra, la afirmación de que esta provincia es la segunda en cuanto á difusión de la enseñanza. Escuelas por aquí y escuelas por allí; incesante prurito de fundar nuevas. No precisamente en la capital, sino en departamentos del interior funcionan—instituciones muy particulares—las escuelas alemanas y judías, que si en verdad no son una maravilla, no merecen tampoco los rudos ataques que les llevaron. ¿Habrían mediado en esto último cuestiones personales? No era posible crear una escuela argentina neta en el seno de una sociedad tan extraña á nuestras costumbres, como la que constituyen esos judíos llegados de remotísimas comarcas de la Siberia oriental, con el agudo gorro de piel de carnero, las altas y pesadas botas granaderas, el viejo casacón con los bolsillos llenos de semilla de girasol y sonándoles sobre el pecho los amuletos de asta de reno. Era realmente un

pueblo semisalvaje, que en parte ni siquiera vivía en la superficie de la tierra, sino en habitaciones subterráneas, especie de cuevas que también ahondaron aquí á su primera llegada, hace quince años. Infructuosa hubiera sido la acción de la escuela que de un golpe tratara de reformar y adoptar á la característica nacional á esas gentes que mantienen incólumes, como íconos de oro, tradiciones arraigadas en siglos. El hogar forzosamente tenía que dominar á la escuela, y cada vez que ésta quiso imponerse, su energía se embotaba en la inaccesible integridad del credo familiar. Lo que se debió hacerse para enganchar esa gente á la tierra, era disociar sus núcleos injertándoles elemento nativo, de modo que el contacto con la civilización argentina, en lugar de empezar por los niños empezase por los adultos. Felizmente ahora, merced á discretas concesiones, la escuela del país se vincula más y más á estos grupos de inmigrantes, cuyos hijos reciben, sin excepción, el mínimo legal de instrucción cívica, idioma nacional y geografía é historia argentina.

Volviendo á Paraná. No hay asociaciones profesionales, ó de estudios. Los socialistas están organizados, pero de tal suerte, que no constituyen agrupación política, sino sociedad gremial. Su núcleo lo componen los estibadores de Bajada Grande, elemento criollo en su mayoría. Tienen un local de reuniones, una casa vieja en cuyo frente se pegan los manifiestos colorados, y su biblioteca, toda en un armario. Una centena de libros por lo mucho. Pero algo es algo; además es de fácil transporte. Otro gremio, el de los tipógrafos, tiene periódicamente sus veleidades impositivas. Como en todas partes. Y se comprende : pasa por sus manos tanta carilla, que les queda pegado á los dedos un poco de excrecencia de cerebro ajeno. Con eso adquieren un barniz intelectual que les aumenta las pretensiones. Y no las discuto: son justas.

Paraná podría ser ciudad de un movimiento comercial más activo, pero quizás lo empobrece la división departamental que forma una especie de conglomerado de pequeñas provincias.

¿Sus industrias? La de la cal es la primera. El producto es inferior al de Córdoba y hasta el color varía, substituyendo al blanco ambárico de las caleras cordobesas, un glauco mate, color marino, color de arcilla. Embutidos en la barranca veo los hornos, triangulares, primitivos, y su tejado de totora. Todo alrededor el suelo tiene un mantel nevado. Las carretas, una, dos, tres, aguardan en la puerta; el obrero tiene el rostro blanco del polvo pálido que se levanta suavizando la luz del sol; el obrero tiene el rostro blanco: *pierrot* junto á los bueyes. Allí, lejos, corre un hombre. Es la explotación de la cantera; acaba de encender la mecha y se resguarda de algún guijarro volador, arrimado al tronco de un árbol majestuoso. En seguida, sobresaltando á los caballos, suenan las detonaciones como los cohetes aldeanos en las fiestas patronales. Hornos modernos los hay, y sin embargo abandonados. Dominados por una alta chimenea roja, la vasta construcción de éstos, empieza á arruinarse y sus obscuras bocas se llenan de matorral menudo, entre el cual espían los ojuelos de azabache de las lagartijas. Entretanto los hornos viejos, los primitivos, crepitan laboriosos.

Se ha hablado mucho del empleo de la fibra de caranday para la fabricación del hilo sisal. Aquí se instaló, con todo el montaje necesario, un establecimiento para elaborarlo; y lo elaboró, por cierto, de excelente calidad. Pero ocurrió que el hilo, á consecuencia—tal vez—de haberse humedecido, perdió su resistencia, de tal suerte, que se rompía al menor esfuerzo. El iniciador, que no tenía el temple de un Palissy, en vista de este primer fracaso, dió dos vueltas de llave á la puerta de la fábrica y todo quedó como antes. Lo cual no significa que no puedan tener éxito otros ensayos.

Periodismo—Hay tres diarios y los llenan dos secciones: la social, interminable, amenizada con versos lánguidos y pensamientos para postales; y la política, en la cual los diarios opositores promulgan que está mancillada la pureza de las instituciones; y el oficial, por el contrario, saca á relucir la integridad y limpieza de esas

damas inocentes. Siempre es lo mismo, como en los cinematógrafos pobres.

Las señoritas estudian todas el piano, y es una dulce nota melancólica, dulce y romántica, ir por las calles pacíficas en las noches de verano, y oir á lo lejos la canción aguda de los pianos, aquí, allá, más allá, sonando como las viejas espinetas.

Dice que existe cierta rivalidad social entre Paraná y Santa Fe. A veces, en excursiones poéticas, llegan grupos de familias, de la vecina orilla, y aquí se les hace un poco de vacío. Anoto la afirmación sin comprobarla, y lo que es más, sin creerla, pues se trata de dos sociedades igualmente cultas.

En los suburbios, sentadas en sillas en la puerta de las casas, ó en el amable frescor de los zaguanes, se ve á veces alguna mujer torciendo las hojas rojeñas del tabaco. Son las cigarreras, que en los momentos desocupados, se rodean de tres ó cuatro chicos y les enseñan las primeras letras.

Ante esos niños descalzos, sentados en la tierra á lo árabe, se evoca á los humildes comienzos de la enseñanza. ¿No es algo colonial? Uno espera verlos con la anagnosia de los padres jesuítas, tirada en prensas á torniquete y letras de madera.

Y también en los suburbios, ojeando las habitaciones de los trabajadores, se miran en las paredes, además de la imagen de la Virgen del Carmen, tras la cual se seca su gajo de olivo, el retrato de Alem ó de Garibaldi. Unico signo decorativo.

No tienen, propiamente, un arte popular, representante en canciones. A la guitarra patria, empieza á substituir el acordeón. Al anochecer, cuando los obreros vuelven del trabajo, se oye á alguno de ellos que canta en la obscuridad de su habitación, unos versos populares. Son los de Acuña: *Pues bien yo necesito*... y las cadencias vuelan, cansadas, heridas, en la hora gris.

Pero, es sólo uno que otro, que al rato va, con los más, á apoyarse en el mostrador de la cantina mal alumbrada, donde las horas pasan como las hojas secas. Bebe mucho y alterna la caña del Paraguay, con la bebida fina, el

wisky, y suele rematar el todo con un *ojo de gallo*, temible mixtura.

Y sino se va á la *crujía*. Se llama así á los garitos con fines electorales. Ya está dicha, en dos líneas, una cosa dolorosa de decir.

Si se quiere saber cosas viejas, los viejos que ya se apoyan en báculos ó no se mueven del sillón con ruedas, rememorando de mitad del siglo pasado, cuando era esta ciudad Capital de la Confederación, dirán: que había aquí cuatro ministros extranjeros y hasta un nuncio apostólico; que en el fondo de la Casa de Gobierno se instaló el museo; que en el juzgado de 1ª instancia leían esta sabia advertencia, revoleteo homérico entre considerandos y otrosíes:

¡Profundo silencio,
hablar lo preciso;
pertenece el tiempo
al público servicio!

Y recordarán también que en los largos ranchos de paja, frente á la plaza, donde es hoy club de gimnasia, funcionaba la escuela de varones con setecientos niños, que á la salida, iban á sus casas en grupos formados por barrios, dirigidos por un monitor. La apertura del Congreso y la lectura del mensaje del Ejecutivo se efectuaba en la iglesia. Si el viejo conserva todavía como á ideal esposa, la compañía de la memoria, hablará de los candombes, que fueron entonces multiplicados y la fiesta del pueblo más concurrida: la rueda de negros, el siempre igual tantán de los tamboriles, el palmoteo de las manos y el canto sin variante, en lenguaje africano, que parecía á los profanos, una fastidiosa repetición de gritos desordenados. Traducido por ellos mismos, decía la canción:

El yacaré está en la laguna,
en la laguna está el yacaré,
el yacaré está en la laguna,
¡cuidado con el yacaré!

Como ven, el yacaré no sale de la laguna.

Por fin, algunos extractos demográficos: es la ciudad

que presenta menos nupcialidad inscripta; los nacimientos ilegítimos suben á las dos partes del total. Dato que enseña mucho del carácter local. De cien defunciones por enfermedades infecto contagiosas, sesenta se deben á tuberculosis pulmonar. Cerca del setenta por ciento del presupuesto figura para pago de empleados públicos. En las ventas de propiedades los argentinos aparecen en mayor proporción, desprendiéndose de ellas; los que más bienes raíces adquieren son los italianos... A todo esto uno siente que el laberinto estadístico de porcentaje y totales, le entorpece la ligereza de los miembros, y como el pájaro encerrado que constante en el secreto anhelo de las alas abiertas, abre al fin la puerta,—como el pájaro, al fin, abre la puerta.

SALTA

"... Y estando su señoría el gobernador en este dicho auto y haciendo las ceremonias acostumbradas, dió tajos y reveses y dijo en alta voz: si había alguna persona que contradijese el dicho asiento é fundación? E no hubo contradicción.

Y como no hubo contradicción se funda la ciudad de Salta en 16 de Abril de 1582 en el valle de Lerma, según el apellido del gobernador y "en nombre de la Santísima Trinidad, padre, hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero e la gloriosísima Vírgen, su bendita madre e del apóstol Santiago, luz y espejo de las Españas...".

Como primer testimonio de ciudad fundada, se manda levantar el rollo ó picota, en el sitio donde el rocío del hisopo y el centellear de la espada hirieron el aire. Todo pelotón de conquistadores llevaba consigo la horca, "que nadie fuera osado á mudarla", para dejarla de insignia del dominio del muy sombrío rey don Felipe Segundo. Horca clavada, ciudad fundada.

Nombre de Salta que le viene según unos, porque estando el nuevo pueblo rodeado de *tagaretes,* ó charcos, cada vez que idos los soldados españoles á las afueras

y asomaban los indios, aquellos volvían precipitadamente á la ciudad, y al tropezar y detenerse con los charcos, gritábanles, en son de aliento, los de este lado: ¡salta!, compañero, ¡salta! Según otros, porque yendo Almagro y algunos indios peruanos en viaje á Chile, al llegar á las alturas del Angosto de Arias, contemplando el valle que se extendía á sus pies, como un mantel de selvas llenas de flores y de pájaros, exclamaban ¡sagta! ¡sagta!, que en aimará es tanto como decir ¡muy hermoso! ¡muy hermoso! Opinión quebrantable si se piensa que mal pudieron tales indios hablar en aimará, no siendo su idioma.

Este don Diego de Almagro fué valeroso capitán. Cincuenta años después de la conquista realiza, frente á mayores dificultades y en mayor proporción, la hazaña de San Martín, tan ponderada en los anales. Atraviesa, yendo á Chile, la cordillera de los Andes, con un ejército de quince mil hombres, en su casi totalidad indígenas. Ser glorificado en la historia es una cuestión de carambola, se piensa ante la vida de este olvidado señor de Almagro.

Salta más que ninguna debió sufrir de la vecindad temible de los nativos, no sólo en sí misma sino en el extenso territorio de su dominio político y religioso. Con tan tremenda hostilidad de ambiente, es milagro que nos haya llegado al siglo nuestro. La rodeaban razas bravas, aguerridas é inteligentes. En parte los calchaquíes, la más temible de las gentes, que por mucho tiempo mantuvieron fluctuando el éxito de la conquista. Tenían como apoyo básico de su aliento un credo religioso tan bien trabado como el de los osados extranjeros, de suerte que la lucha pudo tomar en ciertas ocasiones el carácter tenaz de una guerra de religión. Al evangelio podían oponer un armazón de tradiciones tan poderoso como el gentilismo de los pueblos antiguos del mediodía de Europa, con el cual tiene muchas analogías: lares y penates son como el *conopa*, Dios individual, ó el *huasicamayoc,* dueño de casa, iluminado por el resplandor del hogar, el *mamasara,* ¿no es un Hermes? Como éste, era piedra labrada levantada en los sembrados, y ofren-

dado de los frutos de la tierra; ¡Hermes, Dios de los jardines, de las abejas, del riego que se vuelca sobre las violetas de un cántaro que sostienen manos de doncellas, Dios del pan casero, del pan de *farro* de los primeros romanos! Y Pachamama es Pan ó es Maya. Raza inteligente, también, que podía burlar los recursos del ingenio enemigo con recursos de su ingenio. De la obra de sus manos para darnos ligera idea de sus artes nos quedan todavía cerámicas perfectas: el *vilqui,* tinaja grande, ó un cántaro pequeño, la *puruña,* ó uno más chico todavía, el *pucu.*

Cuando amansaba la ira enemiga, Salta sufría de la naturaleza, como en aquella ocasión del formidable temblor de tierra, que si no es, dicen, por la protección manifiesta de santas imágenes, la lleva á fin y hubiera perecido como aquella ciudad de Esteco que con sus iniquidades hizo rebosar el cáliz de la paciencia divina, y conjuró sobre sí el terremoto del 13 de Septiembre de 1692 que la desarraigó como á rosal y para siempre borró su nombre del nombre de los pueblos. Trono de impudencias, alcoba de pecados, villa de vanidad, sus contemporáneos la llamaron jardín de Venus, y es dicho que parecía una cortesana embriagada, abriéndose la túnica al borde del camino. Sobre su vientre tibio y perfumado crecen las zarzas.

Esta Salta es la más católica de las ciudades y más lo fué en los años que murieron. Merece ser vista como humilde sierva del señor hincada en la ceniza y puestos los ojos en la majestuosa mansedumbre del pontífice romano que el primero la declara ciudad. Aquí, como en ninguna otra parte, se adoró al más bello de los mitos cristianos, el de la Virgen Madre. Es la ciudad mariana por excelencia, y está bendita de milagros. Veneró y extendió el culto de la Virgen del Milagro, de la Viña, del Incendio, de Lágrimas, de Nieva. Tal vez ella enseñó á los naturales á decir en su lengua los loores de María, loores de dulce lumbre, como estrellas, loores de poesía íntima y de un perfume delicado, como violetas y azucenas: *chasca,* lucero del alba, *mana chancasca,* pura ó *inviolata, jurac amancay,* azucena blanca, *nusta,* prin-

cesa... En 1658, el pueblo entero labra acta "de sentir y defender, dando la sangre y la vida, si necesario fuere, que la Virgen María, fué preservada de la culpa original". Hace mucho tiempo, pues, que la vida de los hombres se ofrece por cosas triviales.



La Virgen del Milagro

Todavía está la ciudad consagrada en cuerpo y alma á Nuestra Señora del Milagro. La venida de esta señora á tierra americana está rodeada de misterio, y es razón que el misterio se perpetúe, pues de otra suerte se amenguaría su prestigio y la devoción de la comarca. No seré yo quien levante velo alguno, pues, fiel cronista, sólo me cabe la tarea humilde de consignar los hechos en su es-

tricta desnudez. Dicen la autoridad de gente anciana y los papeles que recatan augustos archivos, que una mañana de verano de 1592, vieron la gente del Callao, flotar en la brumosidad del mar y avanzar á modo de pequeñas carabelas. mas como bien gobernadas, dos arcas no mayores que petacas de viajero. Se adelantaban dulcemente, y tal como si timón y ojos expertos las guiaran, recalaron en un abrigaño de la costa. Abiertas las arcas con noble ceremonial, pues tratábase de ocurren-

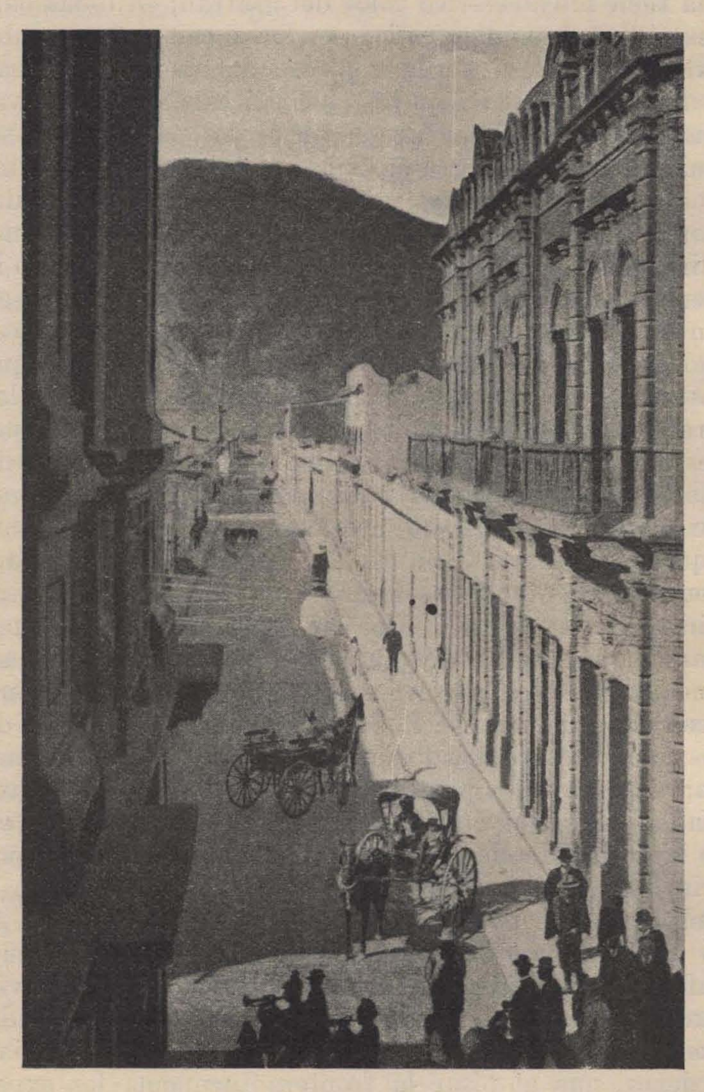


Campanario

cia inusitada, resultó contenían dos imágenes, enviadas por el obispo Victoria, de Madrid, para la iglesia de Salta, decía en una, la de la Virgen, para la catedral de Córdoba, en la otra, la de Cristo. ¿Cómo llegaron? Todos lo tuvieron á prodigio. Y días después cincuenta caballeros de lustre y nobleza cargan la imagen sobre sus hombros y á pie la traen á la iglesia salteña. Un siglo después, cuando el terremoto, encontraron que la imagen mudaba los colores del rostro, tal vez por la gran desesperación porque atravesaba la villa amada, y tenía la virgen en los ojos cambiadas las miradas y di-

rigidas á un crucifijo cercano en actitud suplicante. Las damas afirmaron además que se habían separado los dedos de la mano, pues antes era imposible ponerle anillos y ahora era posible. Todo lo cual pareció maravilla, y nombrada patrona, cada mes de Septiembre la ciudad se pone gallardetes, y hay ferias, bailes, y música, y en la plaza mayor procesiones de pompa imperial, y en la paz del día alborotan los cohetes, que hacen ladrar de susto á los perros en la puerta de las casas.

Ciudad serrana, está á la mañana, á la sombra del San Bernardo. Todo verde, el cerro se recorta sobre la aurora. Su forma es la cónica del cerro, como se la imaginan los niños. Sus pendientes son suaves y la pasean los ancianos, que van por una suerte de gradería natural de piedra hasta la cumbre donde una cruz de madera mira dos valles. Cubierto de maraña espesa, de selva baja é impenetrable. Hay una perenne humedad, un rocío continuo. Allá, la mancha rosada de una cantera movediza; de cuando en cuando cae un pedazo de granito y rueda, llevándose muchos, en avalancha, hasta que una hoquedad para el fracaso en un ruido de trueno. Los últimos granitos serranos llegan hasta los umbrales de las primeras casas, las casas con cerco de pirca y claros sembrados de maíz. Hay entonces calles lisas como senderos de parque. Más afuera, por el otro lado de la ciudad, tiene todavía charcos y zanjones naturales. Al fin de algunas calles, se yergue, cerrándolas, muro enorme, la falda del cerro. Se diría que las casas están en él. Al costado opuesto, lejanas, se ven ligeras colinas de un amarillo de rastrojo, pero tan suaves y accesibles las colinas que se diría campo abierto, si no asomasen detrás y más lejos cimas más altas, cuyos obscuros contornos se diluyen en la niebla, como en una seda clara un violeta acuarelado. De cualquier altura se mira á la ciudad frondosa de árboles, que ponen grandes vellones verdinegros sobre el rojo uniforme de los tejados. Los colores son netos, las manchas del paisaje recias á pesar de la vaporosidad del día que envuelve lo muy lejano, lo más lejano de todo, en una vaguedad de ensueño y de ojos entornados.



Calle España

Las afueras urbanas son deliciosas. En todas partes los aguaribayes, estos falsos sauces olorosos, cuya savia tiene el cadavérico color del azafrán; en todas partes calles desnudas, calles senderos campesinos, culebreando entre el verde vigoroso del pasto chisporroteando de flores. Pasan los chicos á caballo, vienen vacas trotando, pero graves, porque las sobresaltan, siguiéndolas con pícara insistencia, los perros tunantes que saltan entre matas de margaritas. En todo alrededor la línea de un horizonte ondulado fugándose en neblinas y reformado por la refracción del sol, que todo lo llena y parece un cántaro vertiendo nubes de oro. Llega un aire fresco, sutil, perfumado, en ondas suaves, como de lago manso. Pasan carretas tardías igual que las vacas, recrujiendo en las calles que sombrean los grandes árboles. Lejos, bajando del cerro, llegan jinetes con anchos sombreros blancos, como broqueles de marfil en alto. A los lados del caballo brillan dos cargas de plata. Se diría que son las brillantes knemidas aqueas. Se acerca y la ilusión homérica se desvanece como el aliento de un hombre en una mañana de invierno. Es un lechero, pero los tarros de estaño siguen pareciendo barras de plata, y hasta parecen aladas, pues detrás de ellas surgen los guardamontes del hombre como alas negras. Los guardamontes, caparazón de los miembros contra la hosquedad de la selva espinosa; oímos de ellos por primera vez al leer de las correrías de un salteño, aquel Güemes de tanto prestigio en la historia. Hombre éste que si mucho hizo por la patria, más hizo para sí; agraviando en toda ocasión á Belgrano, que con otro carácter habría hecho con él lo que hizo con Borges en Santiago. Cuando la muy sufrida expedición de Lamadrid al Alto Perú, volvía para unirse al ejército de Tucumán, fué tan hostilizada por los lugartenientes de Güemes y por sus propias órdenes, que al pisar la frontera tucumana los expedicionarios se dan vuelta y maldicen la tierra de Salta.

¿Pero no estábamos en las afueras de la ciudad? Claro; estábamos en las afueras de la ciudad, y he aquí que se acerca bajando del cerro una recua de burritos

cargados de leña. Son cenicientos y parecen palomas. La leña va en cargas simétricas, es verde, húmeda y pequeña como la que recogen las viejitas en los bosques de hadas. Los burritos se detienen en las puertas de las casas, el indio arriero golpea, suena el martillazo del llamador de los corredores, y los burritos entran sin que nadie los guíe hasta el fondo de la casa, donde saben que está la leñera. Encantadoramente mansos, los veo ir por la calle, con el pasito tembloroso de los pies menudos y pestañeando al sol. Como me acercara á uno para acariciarlo, el hombre, con el sombrero en la mano, y con un humilde respeto propio de los naturales, viene á ofrecerme la carga. Le advierto que no cocino; y veo perderse á los burritos en el recodo que hace una capilla colonial. El hombre lleva ojotas y poncho de anchas listas vinosas; es lampiño como los indios y tiene los ojos rasgados. La inhabilidad de sus gestos, más bien que campesina, es como de quien se gobierna y reserva. A su bolsillo asoma una orla que parece de seco laurel de una corona rota. Son hojas de coca, su principal alimento y entretenimiento de ocio, pues apenas se fuma. Aquí está la coca en todos los almacenes, y en tinajas ó en alforjas. En los cafés, salones antiguos en cuyo fondo aparece la blanca pantalla del cinematógrafo, la dan en te. Sabe á un intermediario entre la casia y el te verde de la China. He dicho que entre el pueblo apenas se fuma, pero se consume principalmente el tabaco salteño de color peculiar amarillo con vetas rojeñas; es flojo, pajizo y mal elaborado. Como otros productos salteños, el vino de Cafayate me parece mediocre. En cambio, se bebe buen café, que procede del departamento de San Lorenzo, ó del sur de Bolivia, de Santa Cruz. Poco, relativamente, llega otro café boliviano, el de Yungas, ó café del cementerio, pues una parte de esos cafetales, la que da producto más excelente, medra en un terreno que fué cementerio de indios. Tienen algunos de estos indios costumbre de enterrar á sus muertos muy á flor de tierra, como á hoyo de arado, y á veces entierran con ellos un perro degollado y con alforjas, para que ayude al alma del

difunto á pasar cierto río subterráneo de que habla la religión, ¿el Cocito? Talvez otra semejanza con la mitología griega.

No son los mencionados los únicos productos propios. Tienen los alfeñiques, los célebres nudos blancos, que hacen familias consagradas á la dulcería casera y que al atardecer reparte en una bandeja á las casas que las encargan una chinita descalza. Y si uno se allega al mercado, en cuyos alrededores clarean con la oleada de géneros en el dintel las tiendas de turcos, encuentra la divina chirimoya, la cidra, un limón esponjoso, la achocha, especie de zapallito que se invierte en iguales usos que éste, y que por pura intuición creo que es el fruto de una enredadera; y en mostradores, los vasos de aloja con sedimento de grano terroso. Pasan las muchachas arrastrando el vuelo de las polleras en el agua verdosa del mercado, riendo tumultuosamente cuando manos frecuentes palpan la macitud de sus caderas.

Junto á las calles de capital con la lisura limpia del afirmado de madera y los globos nevados de la luz eléctrica, lluvia suelta de astros, se levantan los muros de las casas antiguas, el muro fortaleza, de medio metro, y los balconados de hierro bajo aleros. Pocas las casas nuevas, se permite á la imaginación trastocar los tiempos hasta los perfumados de católico incienso y miedo á la montonera. Lo cual da un regocijo triste, pues todo tiempo pasado... También nuestra época tiene su belleza que sentirán los que aún no han nacido. La modalidad de una época es obra inconsciente y no la vemos en nuestras manos.

En otras calles, casas todas iguales, siguiendo la ese ligera de la calle; y angulando horizontalmente con la línea de los tejados, salen los caños de desagüe, sacando á medio metro sus bocas de serpiente. Se diría el aditamento de un cuerno. No es bello, pero como es salteño debe quedar. Además de esta suerte el agua cae al medio de la calle donde se estanca y da un melancólico aspecto lacustre. Cuando llueve, los caños parecen cien fuentes, y los transeuntes van por la vereda como bajo una sucesión de arcos de cristal. O bien son calles que



San Francisco

tienen un encanto aldeano, de aldea española, con sus casucas grises y las mujeres sentadas en el umbral hablándose de enfermos, de vereda á vereda. En el medio corre la huella serpentina de los carros y las escamas de las herraduras. En los tejados crecen herbajos, y en el medio de la calle, con indiferencia filosófica, de aquí para allá, viene y va una vaca, una de esas vacas criollas cuyas astas tienen un metro. En el fondo está el cerro, y más aquí una capilla antiquísima. Es la de San Bernardo, con el atrio agreste, una horcacina en lo alto y un silencio de casa abandonada. Sí, tal vez están abandonados estos paredones conventuales que tornasola como á pana el musgo y que visitan las palomas. En la puerta, cuyo marco tiene el anillado de la columna salomónica, y una cifra que da fe de mil setecientos y tantos, llaman mendigos y hay, con su sombrero hombruno y su camisona blanca, una mujer á caballo. El tipo común de belleza de la mujer salteña, es inferior al de Tucumán: menos dulcedumbre y expresión en los ojos, pómulos más bastos, rostros menos femeniles y abotargamiento en los gestos.

Los campanarios de las iglesias opulentas, altos é imponentes, cual cumple á villa de mucho lustre, miran sobre los tejados los patios terrosos de todas las casas. San Francisco parece una decoración de teatro en su frente; es de un colorido infantil, blanco, celeste y rosa; los colores de las niñas de quince años, los colores de las cintas pasadas en el encaje de la camisa femenina. San Francisco, rosa, verbena y jazmín, tiene en el atrio una gran cruz. Por cada beso que se le dé, noventa días de perdón. Ya ven ustedes qué dulce pena. Con mucho menos de un centenar de besos, quedaré limpio como un diamante.

En cambio, el frente de la catedral, aportillado y manchado de años tiene en lo alto un largo triángulo como pórtico griego donde se abre radiante el ojo de Dios, mirando los negocios de la recoba de enfrente, y más arriba un coronamiento de adorno de sacristía española, donde se entrelazan la hoja de acanto y la cola de zorro, cayendo como cabelleras á los lados de

un escudo donde se relievan las insignias obispales. Todo lo cual sostienen dos ángeles, pero el tiempo perverso los tornó tan negros, que en efecto parecen dos negritos muy empeñados en voltear un tabique. En el interior, la luz de los vidrios rojos pone en los altares y en los mosaicos manchas sangrientas. A la entrada, en humilde fanal, donde pierde los pétales un ramo de hojas secas, se conserva la cruz de la batalla de Salta,



La cruz á los vencedores y vencidos como estuvo en el campo de batalla

con letras á fuego: "A los vencedores y vencidos en Salta el 20 de Febrero de 1813." Se atraviesa y está la plaza 9 de Julio, húmeda en esta mañana de neblina; y velando con sus macizos de plantas obscuras una pirámide de mampostería, especie de mirador, donde se abraza un conato de arabesco con las líneas de la ojiva gótica. Se atraviesa una vez más, y se entra en la galería, ahora comercial y sembrada de vidrieras, del edificio del antiguo cabildo. Tiene aún, cubierto de yuyos de los caminos, un campanario donde quizás en los días heroicos se tocó la alarma. Tres cuadras de reco-

ba, alrededor de la plaza y centro comercial, peluquerías, loterías, con todas las emisiones clandestinas y los bonos de tesorería, y tiendas de tejidos locales, rebenques con mangos de plata, estribos de madera tallada, mates de orfebrería.

En la casa de gobierno, frente á un descampado, y cintura de jardines, hay una soledad de catacumba. Voy por corredores, por escaleras, nadie, nadie. Parece que la casa hubiera estado por derrumbarse y la han



La recoba

abandonado. Por fin, en el hueco de una escalera, hallo á una vieja con un mate y el inevitable trapito manchado de verde. Es una vieja de una desesperante pachorra provinciana. Es locuaz, pero me deja más á obscuras que un oráculo de la encina sibilina. Me resigno á restituirme á la calle, donde, después de tirar una ojeada á esta casa de gobierno, que con sus dos pisos y su arquitectura apalacetada se diría el mejor edificio de Salta, veo la casa clara de la Escuela Normal. En realidad, es este el mejor edificio. Se comprueba diciendo que es, salvo pequeños detalles, gemelo del Colegio Nacional de Santiago: una manzana entera de

conjunto; los materiales del edificio son más sólidos que los de aquél, y si la luz es la misma, la ventilación está mejor dispuesta. Otra vez los grandes patios blancos de sol, los gimnasios amplios como palestras, y la casa toda en su sentido espiritual, foco de alta cultura por la representación de su cuerpo docente. La escuela primaria de aplicación se compone de tres aulas modernas. Tanta es la concurrencia de alumnos, que á falta de bancos, ellos mismos trajeron donde sentarse. Así las clases tienen un retacito de pintoresco, con mesillas de café y asientos de lo más heterogéneo. El jardín de infantes es delicioso, con sus banquitos como de muñecas.

La enseñanza se da á conciencia y parece que salen maestras con distinguida preparación. Sin embargo, hay mucho que hacer con estos maestros provinciales, sobre todo con los de la campaña, que en parte principal carecen de diploma. Veo las planillas de una maestra correspondientes al sexto cuatrimestre del año pasado. Llego á la Escuela Normal lo más inoportunamente, en momentos en que el cuerpo docente celebra una reunión técnica. Como ustedes comprenden, á mí me dejan frío las cuestiones educacionales. Así que entretengo los minutos vagando las miradas en una profesora. Es nerviosa y pequeña, tiene las cejas finas como trozos ligeros de esfumino, y la piel lechosa manchada de una palidez de rosa te, los labios florentinos. Habla y se ruboriza.

Nuevamente en la calle. Muchos curas de aquí para allá. En la limpieza de las calles se emplean chicos de unos doce años, como en Mendoza. Con la escoba al hombro, serios como trabajadores, tienen un carácter curioso los chicos barrenderos. Empeñados en quitar el lodo de las calles, tienen para rato labor de Sísifo, pues hay veredas tan cubiertas de él, que para caminar por ellas se necesita una destreza de batracio. Los pasos hacen *glu, glu.* Sin embargo, dicen que cuidan mucho de las calles. Las hay importantes y arboladas, como ese boulevard Belgrano de veintitrés cuadras. En otras, el arbolado y el nombre de avenida, es tan tímido que

no pasa de una cuadra. Afirmado común es el enripiado que nivela y asienta el rodillo. Tienen el paseo de los Lagos, que dicen muy bello, al pie del cerro, con variedad cuidada de árboles gentiles, intrincamiento de jardines, puentes rústicos y lagos. Mi honradez no me permite decir más, pues no lo he visto.

La penitenciaría tiene la fisonomía propia de su destino: paredones, torreones, almenados y puertas de barrotes de hierro. En frente, una plazuela medio aban-



Paseo de los Lagos

donada, desnuda, secándose. Está allí la estatua de Belgrano, del mismo molde que la de Tucumán. Es inexpresiva y un poco vulgar, como los productos de Birmighan. Una mano empuña el socorrido pliego de papel, la otra se apoya en el puño de la espada. Se comprende que al escultor no se le ocurría otra cosa. En Salta es la única estatua.

Todavía entramos en una casita decadente y antigua, con sus patios verdosos y olor á humedad y á rosas. La Intendencia Municipal se parece á una vieja comisaría de campaña. Aquí la tesorería; tiene un enrejado de alambre, como el que utilizan en el fondo de las casas

para los gallineros. En una oficina silenciosa reunión; se oye el fermentar de la reflexión. Los jefes se han reunido para tratar de cambiar el yute á tres sillas del despacho. La cosa es ardua y se resuelve postergarla para el día siguiente.

Es digna de estudio la población semiindígena de la campaña salteña por la persistencia de las costumbres primitivas. La predicación cristiana, en lugar de levantarse como columna de marfil, se ha insinuado en las creencias nativas, formando amalgama análoga tal vez en su espíritu, á la del paganismo en los tiempos apostólicos del cristianismo.

Se rinde culto á la Pachamama, la madre tierra. Al beber, antes de llevarse la copa á los labios, se vierte un poco de ella, en ofrenda á Pachamama. Al iniciarse un trabajo agrícola, y sobre todo si el suelo se cultiva por vez primera, es indispensable cavar un hoyo donde se vuelcan algunas hojas de coca ó alimento diario. Se supone que la tierra duerme, y en verdad, ¿la tierra virgen no está como dormida? Es preciso, pues, despertarla, según el rito antiguo, acompañándolo de estas palabras: "Jesús, Pachamama, no me vayas á comer", ó estas otras: "Pachamama, kusiya, kusiya", que vale decir: "Madre tierra no te *enojís*." El Coquena, otra divinidad, es el señor y monarca de los animales silvestres. Por lo tanto, habita en lo más desierto é íntimo de los bosques y serranías, donde nacen sus vasallos las abejas, la corzuela, el guanaco. Aparece, á veces, en la figura humana, y su traje es del color de la vicuña, y aunque entonces su traza es humilde, en ella se presienten los rasgos divinos. Viaja de un punto á otro de las altas cordilleras arreando recuas de guanacos y vicuñas cargados de plata y de oro.

El carácter de estos campesinos denuncia una timidez extrema y al propio tiempo una desconfianza singular. No hablan á un extraño sin quitarse el sombrero ni se sientan en su presencia. Entre ellos mismos, aun ebrios, se tratan de señor. Pacíficos, son incapaces de levantar la mano criminal y tal vez sólo lo forzaría á ello una burla muy hiriente de sus creencias religio-

sas, que guardan con más respeto y devoción que la vida misma. Son un conjunto de supersticiones y agüerías, pero para ellos tienen la pureza del credo más blanco, del dogma más noble.

No sienten las inquietudes del progreso y la alta civilización, y, en suma, ¿para qué?, si no los necesitan para vivir. Basta y sobra que tengan su tierruca, á la cual se apegan como la zarza, y sus hojas de coca y un poco de lana para hacerse ellos mismos la ropa.

Las fiestas religiosas tienen, más ó menos, el carácter orgíaco á que me referí ligeramente al hablar de Jujuy. Bailes monorrítmicos y febriles, alternados por gritos bestiales, sobre todo, bramidos de tigre, el *uturunco,* y haciendo gasto de la inevitable chicha y la aloja que se conserva en botijos de cuero de buey, los *noques.*

Ya se sabe que cada caserío tiene su santo y tal vez cada casa. Después de la misa de verdad, se sigue una fiesta profana en casa del dueño del santo, el *misachico.*

En algunos valles lejanos se parodia el misterio del bautismo al menos en el nombre, por medio de *huahuas,* figuras de pan común que se envían á una persona del sexo contrario, aunque no se la conozca. El huahua, siendo aceptada, establece un parentesco. Se me ocurre que este nombre viene del verbo *huachay,* cuyo significado más propio es el de parir.

El culto á los muertos, que es muy intenso, lo que significa riqueza espiritual, suele tener aberraciones como la que llega á mi noticia por ocurrida en una aldehuela salteña. Tienen los muertos prestigio en la fortuna de los sembrados. Por esto, un individuo desenterró un cadáver de varios meses y lo condujo á su casa donde lo ha velado semanas enteras, y donde tal vez lo tenga todavía, pues el hecho no causa protesta.

La desconfianza es la característica más pronunciada, siendo obra de romanos conseguirles una firma, aun para un acta de fundación de escuela, pues piensan que servirá para perjudicarlos, y la prevención llega á tal punto que no hay casa que no posea un código que

se lee como una biblia, aguzando aún más la predisposición nativa para la cosa jurídica. Es proverbial que no se pierde pleito por abollado que esté, si se confía á la sutileza de un abogado coya. Para los actos más nimios exigen documento y contrato escrito. Y se advierte este espíritu en las relaciones conyugales: la mujer no dispone de los bienes del marido, y viceversa. Si uno necesita algo del otro, lo pide en calidad de préstamo, á condición expresa de devolvérselo ó abonárselo, como si se tratara de un vecino.

Fiesta principal después de las de la patria y el carnaval que dura quince días, es la de la yerra de cabras y ovejas que congregan á la población de varias leguas á la redonda, y que dura tanto como dura la chicha. Todo el mundo tiene derecho de incorporarse á ella sin que se le pida ó se le conozca, teniendo el del festejo á honor regalarlo bien, pues es la hospitalidad cosa sagrada como ceremonia religiosa. Si la chicha que entonces beben la hierven con alcohol y azúcar, tienen el brebaje favorito, la *pata de cabra*.

Suelen hacerse humo con la cosa ajena; sobre todo si es menuda, con la frecuencia de un hábito general. Mas si es hallazgo y aparece el dueño, no la entregan sin exigir un derecho de *albricias* ó *hallazgo*.

Perezosos como toda la gente norteña—debí advertir al principio que todos estos datos se refieren á los naturales de lo más al norte de la provincia de Salta—no se deciden á contratarse para trabajo que dure más de una semana, y cuando lo hacen por cualquier ocupación, estipulan primero detalladamente las condiciones, cortando la propuesta cuando es desventajosa, con un: *no hay ser, señor,* más tenaz que el empacamiento de una mula.

La dedicación principal es la ganadería y en particular la cría del ganado cabrío. Viven con sus majadas en lo perdido de las serranías, días y días, echados en el suelo mirando las nubes en las cimas lejanas, y se levantan sólo cuando llega el día de acercarse al pueblo. Los trabajos agrícolas se extienden á sembrados de maíz y de papas; estas últimas, que expor-

tan á Orán y Humahuaca. La manzana es tan exquisita como la de Tílcara, que tiene renombre y la uva es la muy apreciada de los valles calchaquíes. Como en las comarcas pobres y como en los tiempos primitivos, es común que la mujer gobierne el arado de palo, pero aquí, en ciertos puntos, lo arrastran otras dos mujeres. La mujer va á veces arreando ó vigilando el pastoreo con el huso en la mano, la *puisca,* y el gran montón de lana bajo el brazo, hilando el hilo fino con que han de tejer sus polleras y los *pullos* que llaman á esos ponchos gruesos y fuertemente teñidos que vemos en los hombros de los coyas sufridos. Ya hablé de la resistencia admirable de éstos para las marchas: atraviesan punas de zarzal y ripio, ríos y desfiladeros, durante leguas y leguas, con el *quepí* á la espalda. A veces se detienen para cazar un águila.

La indumentaria es absolutamente regional. La mujer usa pollera corta, generalmente de azul obscuro; son de picote, como en la época de la conquista. La camisa, sola prenda que usan en el busto, es sin teñir, igual para ambos sexos. Llevan una faja encarnada con dibujos de animales, guanacos, llamas y vicuñas y nunca llevan botines. El hombre se envuelve en el *pullo,* la mujer en el rebozo.

Gente prudente, á las fiestas nunca lleva sus cuchillos.

Y en muchos puntos sólo comen carne cuando algún animal del rebaño se despeña.

En el día de Todos los Santos reciben las casas la visita de los muertos. Las pobres almas vienen á la querencia á comer y á beber como cuando la dulce vida les iluminaba el rostro. La primera vez que vienen son *almas nuevas.* Los deudos preparan entonces una habitación en cuyos tres costados cuelgan telas negras y paran una mesa con la vitualla que fué preferida del muerto: frutas de las que primero maduran, miel, naranjas, cigarros y todo otro alimento con prodigalidad que sobrepasa á los medios. Es la mesa de las *ofrendas* y debe estar preparada antes de las doce de la noche, rodeada de cirios y salpicada de agua bendi-

ta. A la mañana siguiente los deudos acompañados de los vecinos rezan las últimas oraciones é inmediatamente distribuyen las viandas y frutas entre los presentes y en justa proporción, y si queda algo se envía á las casas vecinas ó al pueblo entero y aun más allá. Este acto es el *despacho de las almas*, y remata, como era de esperar, en un baile.

Suelen guiar sus acciones por el canto y el vuelo de las aves, lo mismo que los augures; y no carnean sino en ciertos días de la semana, sólo por la mañana, luego de salido el sol, con intención de que el animal que va al sacrificio mire al brillante oriente.

Días aciagos—otra vez una reminiscencia de Roma: días nefastos y faustos—son los martes, viernes y domingo, de suerte que en ellos no inician viaje, pero se valen de un expediente, saliendo la víspera del día del viaje y parando á algunas cuadras de la casa, donde pernoctan y en seguida continúan.

Pasar misa, es mandar decir una ante una imagen determinada que de casa de su dueño llevan en andas á la iglesia con un ceremonial majestuoso, y de vuelta, una vez puesta en su nicho habitual, el *trono,* empieza una fiesta que dura uno ó más días, según las circunstancias pecuniarias del *alférez* que la paga y que se ha *promesado* con la imagen. Esta queda en la habitación rodeada de cuartos ó medias reses de cabra que se reparten en el baile. El baile es circular, formando rueda tomados de la mano, y al compás de la quena, el tambor y el *erque,* que es hecho de un cuerno de cabra. La música está en el medio del anillo de danzantes que giran dando pequeños saltitos. Uno de ellos agita en el aire al terminarse una copla, un pañuelo claro y gira la rueda en sentido opuesto, la rueda de muchachas: las *imillas,* y de mozos: los *teques*, junto con la gente mayor y reposada, los *tatas* y las *mamas*, y á veces la mujer con un hijo al *quepi.* En estos bailes suena también la *corneta,* caña que tiene hasta cuatro metros y en un extremo el cuero de una cola de vaca, donde repercute la insuflación

La *marquiada* ó yerra del ganado, da lugar además

de la fiesta de que antes se habló, á algunas ceremonias que tienen tal vez un antecedente de práctica religiosa. Se marca primeramente un macho y una hembra de cada especie. Son *los novios*. Una mujer pone sobre ellos su pañuelo y un hombre su poncho. Los animales miran al naciente y están cargados de adornos. Luego se acerca la mujer del dueño, los besa y los suelta con la marca reciente chorreando chicha que se acaba de verter en ella.

Al hablar de los bailes correspondía congregar algunas canciones. Salta es de ellas fertilísima y da tronco y núcleo para las de las demás comarcas vecinas. Las que siguen se cantan en la región á que se limitan estos datos y en todos los demás departamentos de la provincia. El asunto único es el amor, que se manifiesta con una asombrosa versatilidad desde la vulgaridad cotidiana hasta la delicadeza de un lirio y la brutalidad criminal. No falta la nota picaresca. He aquí la amenaza y el reproche acerbo:

En la punta de aquel cerro
tengo un puñal escondido
para matar á la *vida*
si no se casa conmigo.

Río abajo van mis ansias
por el vado más corriente
á trancarse en el deshecho
de la traición que me has hecho.

Aquí hay una chilena delicada:

Escribirte quisiera,
papel no tengo, papel no tengo;
escribirte en la esquina
de mi pañuelo, de mi pañuelo.
Escribirte quisiera
con letras verdes, con letras verdes,
para que cuando muera
de mí te acuerdes, de mí te acuerdes.

Una política que se cantaba en el noventa y tres:

Viva Alem, el patriota,
viva Irigoyen,
viva Domingo Güemes
viva Latorre.
Viva Latorre, sí,
viva Torino
vivan los radicales
nuestros amigos!

A veces llevaba este estribillo:

Debajo un pino y flor de laurel
viva don Leandro y don Martín Miguel!

Las que siguen son vidalitas que se cantan acompañadas de caja, pues apenas es conocida la guitarra. Algunas indicaciones: frontera se llama á los departamentos limítrofes con Tucumán, Santiago y Chaco; chilera es hilera; Aibal, un lugar próximo á la capital.

No me llames de mi nombre,
que mi nombre se acabó:
llamame la flor marchita
que del árbol se cayó.

Florcita de sachapera,
Salta se ha vuelto frontera.

Esta cajita que toco
tiene chileras de alambre,
¿á cuál quiere, compañero?
¿á la chica ó á la grande?

Florcita de sachapera,
Salta se ha vuelto frontera.

Vámonos, pues, mi negrita,
vámonos pronto al Aibal,
porque allá tintos son brunos
pues que no saben celar.

Florcita de sachapera,
Salta se ha vuelto frontera.

Alguien les dirá á ustedes, entera, que yo no la sé, la chilena *del puente de palo, ó del puente de Saa,* según una variante de ella. El puente de Saa estaba hace poco en la calle Mitre de la ciudad de Salta:

En el puente de palo
un penitente
se robaba una niña
de quince á veinte.
Y así ha de ser usted.

Ni sé tampoco cómo concluyen aquellas dos que empiezan:

Una monja soñaba
que se iba al cielo.

———

Me ofrecieron cien pesos...

Otras chilenas y canciones varias son las siguientes:

Todos viven amando
yo sólo muero
de ver que todos aman
lo que yo quiero.

———

Dicen que las heladas
Secan los yuyos;
así me van secando
quereres suyos.

———

Para Huanchaca me fuera
de buena gana,
si hubiera una huanchaqueña
que me llevara.

———

Santa Rosa de Lima
¿por qué permites
que los enamorados
se encuentren tristes?

———

La niña lloraba
pero decía:
este es el penitente
que yo quería

Que yo quería, sí,
¡Ay, que me fundo!
Como soy inocente
no sé qué es mundo.

¡Corazón duro
como una peña,
había tenido
la guachipeña.

Guachipeña: del departamento de Guachipas.

De tus hermosos ojos
no tengo quejas:
ellos quieren matarme
tú no los dejas.

Esa niña que baila,
baila en ayunas,
maten una gallina
y denle las plumas.

Esa niña que baila
merece un beso
y el que baila con ella
que muerda un hueso.

Arbolito deshojado
¿por qué estás tan enojado?
A la larga ó á la corta,
enojate, no me importa.

Amores y dinero
quitan el sueño;
yo, como no los tengo,
muy bien que duermo.

Ayer canté en la frontera,
hoy canto en el Sauzalito.
Así me gusta cantar
en cada pago un poquito.

Cuando sepas que he muerto,
flor de azucena,
cubre tu cama de flores,
por mí no llores
ni tengas penas.

Después de ésta tan exquisita, las dos que siguen són atrevidamente terminantes:

Vidita, si tú quisieras
aliviar mi corazón,
quisiera que me señales
tiempo, lugar y ocasión.

Vidita, si tú quisieras
á mis penas dar alivio,
buscarías la ocasión
de verte á solas conmigo.

Si te quise no me acuerdo,
si te amé yo no lo sé:
el amor que yo te tuve
conforme vino se fué.

La naranja nació verde
y el tiempo la maduró,
mi corazón nació libre
el tuyo lo cautivo.

La naranja es naranjada
el limón es color caña.
¿Cómo quieres que te quiera
si tu corazón me engaña?

Dice que no me quiere
y eso es mentira.
¿Cómo, si no me quiere,
no se retira?

Dice que no me quiere...
ya me ha querido.
¡Váyase lo ganado
por lo perdido!

La sotana del cura
se deshilacha...
por los ojitos
de una muchacha.

No las quiero á las viejas
por consejeras
que aconsejan sus hijas
que no me quieran.

De tu casa á la mía
no dista un paso,
date alguna vueltita
y dame un abrazo.

No me tires con piedritas
que me vas á lastimar.
Tirame con tus ojitos
y me vas á enamorar.

Las estrellas en el cielo
forman corona imperial
para coronar la reina
que mis ojos ven bailar.

A esa moza que baila
con tanto garbo,
¿por qué no te le animas
y le hablas algo?

En el mar de tu pelo
navega un peine
y en las onditas que hace
mi amor se duerme.

Quisiera ser aritos
en tus orejas,
para de cuando en cuando,
darte mis quejas.

DESPEDIDA

Salta, flor de buendía
tu quena suena
como las despedidas
á larga ausencia.

Porque ya no te veo
ciego me dicen.
¡Vuelva á verte y mis ojos
serán jazmines!

Florcita de sachapera
Salta dormía.
Ya viene á despertarla
Santa María:

Le echa nieve serrana
sobre la cama.

SANTIAGO DEL ESTERO

Santiago, pradera santiagueña, boscaje santiagueño, infinito, laberíntico, proteiforme. Todo el día he estado en tu extraña, prodigioso monte, latiendo como un árbol, sereno como un árbol. Mientras los aguaribayes echaban sobre mis hombros el manto susurrante de sus frondas lánguidas llenas de heridas rojas, he soñado en la ciudad sufrida, triste y pobre, que forja en el silencio de su resignación el aliento para alzarse otra vez sobre las ciudades argentinas como una torre de virtud. Era cuando delante de mí, en un cúmulo todo de oro oleaban las flores amarillas de la kellucisa, como ideal tesoro de monedas y medallas iguales á la anémona—la anémona, dicen los griegos, que nace de las lágrimas. A sus pies, agazapados y ligeros con un millar de pasitos corren los cuises, ó las lagartijas de ondeante cola metálica espían junto á la mancha vinosa y lozana de una *flor de porcelana.* Vuela del chañar pequeño al gran algarrobo, como cenicienta hoja seca en un viento violen-

to, la *urpilita mía* de las vidalitas. Pero una hoja seca no tiene un arrullo, ni le tiembla, como á la torcaza, un cuello sedeño donde las plumas se acarician. Soñado de leyendas, uno espera escuchar allí en lo más profundo del boscaje el prolongado y resonante aydemí del quejumbroso *cacuy* y, en cambio, saltando de jarilla á jarilla, le sigue el grito burlón del *ketuví*. Y sino es el ronquido agorero de la rubiala ó el violín solitario del cardenal. Soñado de leyendas uno espera que de pronto de algún malezal obscuro le llegue desenfrenada y seductora la música satánica de una *salamanca*, porque también el bosque tiene sus sirenas, no ya de cabelleras de algas y hombros rosados, sino escuálidas brujas delirantes. Pero tampoco existe la insidia de la cueva temible; lo que pareciera desafinado acorde es el graznido de un chumuco junto á un charco y lo que fingiera tenebrosa entrada es un entrelazamiento de buenos mistoles, y los ojos espiando nada más que las bolitas de sus menudas frutas rojizas; y lo que fuera harapos de endriagos, nada más que espinosos matujales de cepacaballo. En frente se retuerce blanco de sol el camino en la vida sofocada del verano. Y á los lados asoma el kimil, penca de flores rojas y frutos morados.

Entramos por fin en la ciudad, cuya tristeza ha acentuado todavía una reciente inundación que le asoló uno de los costados, dejando en la calle á cientos de familias humildes. Fundóla varias veces á las márgenes del río Dulce gente guerrera venida del norte, pero mudóse su asiento primitivo á dos tiros de arcabuz, en el sitio actual, por hostilidades de los nativos y de la naturaleza. Los episodios del comienzo revelan en su gente una tenacidad inquebrantable que á todo esfuerzo se sostiene en el intento de clavar en ese territorio todo enemigo la ciudad del Barco de Avila, más tarde titulada el nuevo maestrazgo de Santiago. Parte principal en esa valerosa insistencia cabe á los discípulos del seráfico pobrecito de Assiz, que levantaron adentro el aliento, afuera la misión civilizadora. De tal época existe todavía un cuadro de edificio en el convento de San Francisco. "De esta santa morada, dice un antiguo cronis-

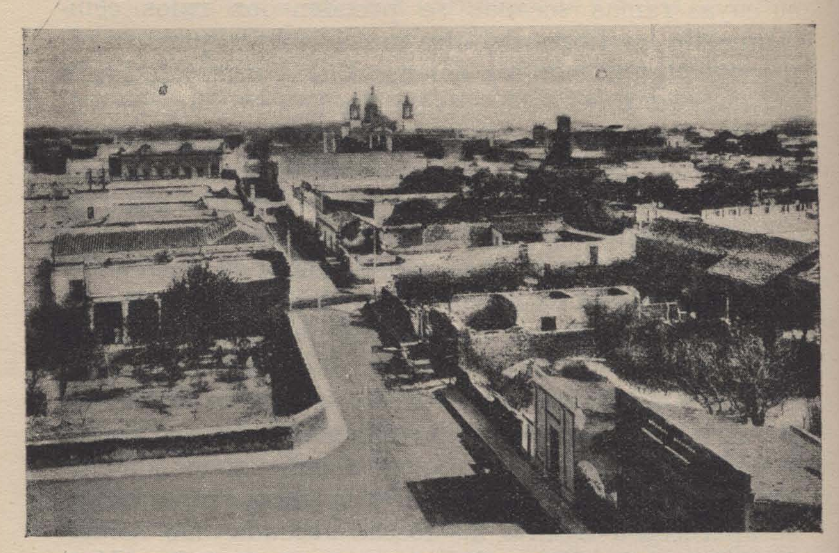
ta del Perú, como de castillo fuerte y roquero (que tanta guerra hizo al demonio y tanto servicio á la iglesia), salían por aquellas bárbaras naciones los pocos frailes que en él había como soldados de Cristo á correr los campos del enemigo y quitarle la presa de las manos, siendo innumerables las almas que fueron libres del cautiverio de Satanás, mediante la doctrina evangélica que les predicaban''.

Esos son los comienzos heroicos que á ratos se reproducen en el tiempo en explosiones súbitas, como para dar testimonio de la sangre. Y sin embargo, ¡cuánto sufrió! No merecía el estado que el primero envía la flor de su juventud á los campos de Tucumán y á la insignia de Belgrano; el que ni momento dejó de estar en pie, opuesto á la invasión de los bárbaros y que luego es muralla de diamante contra la efervescencia de las montoneras de Catamarca, de La Rioja, de Tucumán, ó sacrifica lo más lozano de sus vástagos en sucesivos levantamientos contra el desmande de los tiranos, ocultando siempre la poquedad de los brazos tras la grandeza del aliento. No merecía que lo engrillaran generaciones de nepotismos impúdicos que ahogaron en esterilidad todos los brotes de su vida, y las tiranías como la vergonzosa de treinta y un años, cuyo sistema de gobierno se afirmaba en el retobo y en las flagelaciones de hombres atados en los naranjos de Culosaca y Bracho. Ni que la burlaran en lo más sagrado de su dignidad, imponiéndoles mandatarios de la estirpe de aquel Simu-negro, que tres horas después de estar en el poder lo vende por un mazo de tabaco y una botella de caña. Siempre, como un manto leproso, la corruptela gubernamental. De sus últimos tiempos, dice uno de sus hijos: ''esa politiquería que nos devora, engendradora de innobles pasiones y de escepticismos aterradores'', y todavía: ''en Santiago todo se ha hecho menos formar el carácter del pueblo''. Todo ésto la ha empobrecido, alejándole sus hijos que en éxodos de familias enteras fueron á descollar en Tucumán, en Córdoba y en el litoral.

En lo físico, la ciudad está unida á la línea principal

del ferrocarril por un ramal que arranca de la Banda, una poblacionzuela, cuyo rasgo atractivo es el mercado de productos huertanos que celebran las mujeres en el medio de la calle. Y si tiene otro encanto es el común á todos los puntos santiagueños: los caminos arbolados. De aquí sale el tren y continúa con una lentitud de góndola, en rieles levantados sobre la opulenta forestalidad circundante. A ambos lados se miran macizos verdes, quebrachales y agarrobales, en cuyas ramas secanas se prenden los rulos cenicientos de las flores del aire que á lo lejos parecen nidos. Se llega al calmo y extenso Dulce, superado hasta poco por un formidable puente que ha roto una creciente más formidable con la fuerza invencible de los enlames arrastrados. Más de la mitad de la colosal construcción de hierro ha desaparecido llevada por las aguas y surge ahora uno de sus extremos, manchando la pureza del día con su aspecto de ruina de incendio. Y todo el mundo de pasajeros tiene que pasar en botes. Es una bandada de botes, cargada de maletas color ladrillo, y negros cúmulos de gente silenciosa mirando la grandiosidad de las aguas abiertas entre los taludes de selvas lejanas. Los remeros indígenas jadean al cortar la piel ondeada, y en sus rostros al sol el sudor pone un sueño de plata. El desembarco en la tierra arenosa, donde aparecen á trechos las toscas huesudas me recuerda á las viejas litografías que muestran á San Martín y Alvear, con los brazos cruzados y en pie sobre la canoa que los trae al puerto. En seguida los pregones de las vendedoras de sandías, fumando su chalita, y el vigilante que obliga al mandadero á dejar las valijas en tierra con un imperativo: "vos no tenís lata". La autoridad tiene razón: el hombre no ha sacado patente; más allá una tropilla de caballos bañándose en el río, y sobresaltando al paisaje con el estridor de un relincho, ó los muchachos revolcándose desnudos, en la arena, en un retozo de fierecillas. Hay también retorcidos trípodes de troncos, de lugar en lugar, hasta muy lejos, son pies-de-gallo serviciales en las crecientes: detienen los ramajes que las aguas arrastran y forman murallas

opuestas al avance sucesivo. Nuevamente en el tren quelonio, se divisa el galpón del matadero, y el corral con media docena de vaquillonas, y todo el suelo alrededor de la ciudad, nervado de cardón rastrero. Ya en la ciudad, empiezan unas casas choceras con veredas terrosas, en la puerta la mujer y el perro acurrucados en fraternal dormitar. Pasa alguien, alza la mujer los párpados, sin moverse, y los vuelve á bajar sumergiéndose



Vista parcial de la ciudad

en la misma quietud, mientras el sol le relumbra en la negrura de los cabellos. Luego es una avenida de álamos con la gracia serena de su sombra, con la gracia de sus agolpados perfiles sobre el cielo y en seguida la ciudad solitaria en el mediodía, muerta, blanca.

Algunos horas más, y se oirán, alegrando la tarde, las esquilas de las vacas.

Entonces, uno sale, y en las veredas altas, de ladrillos grandes y cuadrados, con cordones de madera, halla los hombres con el cobrizo pie desnudo pisando la ojota *¡ushuta,* sandalia incásica! ¡qué graciosa te en-

lazarías al andar de las doncellas! ¿El andar? Tiene en las mujeres santiagueñas la cadencia morosa de sus palabras, se piensa que caminan con tonada. Como al modo andaluz es un suave abandono en las caderas y un ligero atrás y adelante de los hombros. O halla la vendedora, impasible, sentada en una esquina sombreada del alero, con la tipa rebosante de granadas—las granadas rosadas de rubor. O pasa una mujer, con los rasgos del rostro acentuados como en las acuñaciones, y con el rebozo negro que le envuelve la cabeza y vuela á dormirse sobre un hombro, llevando montado en la cintura al chico que una rollidez groseruela torna muelle, y cuyos ojos vivísimos se recogen sobre las jorobitas de los blandos pómulos.

Y por la calle los burritos cenicientos, las mujeres á caballo, golpeando la montura con un gajo flexible; y los jinetes, cuyos estribos son de dura madera blanca, donde asoman ingenuos tallados. También la carreta con leña, ó cal de Choya.

Las casas duermen en la silenciosa fortaleza de medio siglo. Tienen puertas con postigo, hileras de ventanas, alma recogida. Sobre algunos tejados crecen cardones, en las grietas de las paredes palampalam con sus mechones de cucuruchos amarillos. En el patio, desde el zaguán, corren los manojos de fronda de jazmineros con su estrellerío blanco, con su perfume que sigue como un saludo fiel, como una caricia delicadamente fresca. Y en el fondo de las casas, donde un *quiscalloro* levanta sus brazos segados de manos, fructifican los granados, y las granadas con sus coronitas condales, se parten de maduras y dejan ver el grano apretujado, ó un árbol carga el áspero membrillo, que los chicos, con singular ahinco, golpean en las paredes, dejándolo lleno de moretones y luego entierran por algunas horas para que cobre delicado sabor, mientras ellos sobre la tierra removida hacen zumbar el trompo *mocoseado*, trompo *persuco*...

Callejuelas que movediza tierra encombra, callejuelas que visita la música de un mandolín, saliendo de una ventana, callejuelas limpias, porque nadie pasa, acci-

dentadas ó con una tapia derruída, ó con la línea de ladrillos en perfecta rebelión contra la naturalidad del nivel, ó una higuera que, atrevida, crece ante los pasos de la gente; callejuelas que no se sabe si están en los suburbios ó en el centro, pero tienen todas una muda ó insistente invitación al goce de su encanto cuando á las tardes, se sientan en las aceras en los sillones de mimbre las damas con vaporosos vestidos blancos y hojean las revistas de actualidades, ó cuando junto á los paredones del convento de los domínicos, mientras llega de adentro la voz de los loores y del órgano, un fraile, con la recurva pipa en la boca, demoradamente barre la acera.

Hay las calles tristes y es por la inundación. Las casas son de adobe, tienen los patios pantanosos, los corrales vacíos, las puertas desquiciadas, y en algunas partes, hundidas las frágiles vigas, se miran en las piezas obscuras harapos de cielo plomizo. Cerca están las carpas donde se refugiaron las víctimas de aquella ola obscura, del lago que subía lentamente, impasible, frente á la terrorífica sorpresa de los hombres, y no suele faltar junto á las carpas el árbol corpulento, casi parte esencial de las casas, á cuya sombra la madre lava en las bateas y se cuelgan en él los arreos de las caballerías.

Hay las calles de parque, como la avenida Belgrano, amplísimas, con una acequia en el medio, y á los lados la doble hilera de álamos, que la hacen un poco umbría como en una perenne madrugada. Nota provinciana que nunca se olvida, la de los ejercicios que hacen en ella los reclutas. Allá suena la banda, lejana y gloriosa, más acá en cuadro cerrado, cuyos lados no disienten de la recta, marchan los soldados hollando un algodonado de polvo fino, y todas las cabezas son una sola por la igual inmovilidad. Aquí se hace práctica individual. Camina el soldado al frente del cuadro golpeando la acera húmeda con los zapatones que anima una heroica energía. Uno, dos, tres, *firm, deré,* una, dos, tres. Admiro la exactitud del resorte, y, sin embargo, oigo la familiar admonición del cabo instructor: *"no sabís nada, estás*

machado! Llamaron en otras partes á los conscriptos santiagueños, el regimiento cantor. Suelen entrar á la ciudad ó al cuartel, obscuros de polvo, muertos los miembros de cansancio y con la copla en los labios.

Se ven, por fin, sin salir de la ciudad, calles que mueren, ó se prolongan, en callejones de cañaverales y de enredaderas, callejones infinitos y retorcidos, que parecen hundidos en una selva joven, amurallados como están de una clara y espesa exuberancia vegetal. Hay en ellos un silencio lleno de pájaros. Son poéticamente tropicales, y hacen acordar de Pablo y Virginia. De cuando en cuando, una casa con el potrero delante, y alguien que se asoma para su asombro de que pase un soñador meditabundo en la soledad del paso, haciendo crujir las cañas secas bajo los tardos pies. Invade, dominando al olor fuerte de los herbajos aromáticos, un olor de humo: están quemando la leñuela inútil, la zarza seca, y sobre la pared de matas asciende la columna de humo como un gran floripón negro. De repente, porque íbamos sin sentirlo, se abre ante los ojos la lisa desnudez de una explanada. Es el Campo de las Carreras, pero no el histórico, que está en Tucumán. Aquí—¡no podía faltar!—se organizan carreras de caballos. No se busquen graderías ó valladares, nada del aparato inglés, campo abierto y sobra.

En el fondo, casi enclavado en el horizonte, divísase un torreón. Bajo la fiebre de vinos y de rosas que convoca el crepúsculo en los cielos, la lejana figura parece torre de vigía de la tenebrosa y galante edad media, oteando la larga llanura donde voy, romero. ¡Y pensar que eso es sólo un chalet de veraneo donde tal vez algunos hombres hablan de política provincial, del partido *cenizo*. Convenid que el tramonto, como dicen los dannunzianos, hiperboliza un poco.

Volvemos. Oigo nuevamente un tímido afinar de mandolines, en la sombra de casas humildes, donde la lumbre de la hornilla recién encendida dora, junto á ella, á la mujer hincada. Empiezan á resplandecer los globos eléctricos, agujereando la noche. Suenan pianos. Estamos en la calle General Mitre, sencilla, uniforme. Es—

detalle de Santiago—la calle de los maestros. Acá vive una maestra, al lado otra, al lado un maestro y así toda la calle, la calle entera. Formaron barrio, comunidad de república platónica. A las cuatro, cuando terminan las clases, todas las maestras van, solas ó en grupos, en la misma dirección...

Esta noche hay retreta en la plaza, habrá orquestas en los cafés y sonará la banda del regimiento. La ciudad



Casas de autoridades

será como un arpa. En la música converge los pensamientos de todos. No sé si es por temperamento ó porque en realidad no hay aquí otras distracciones. Pero puedo afirmar que en la banda municipal se gasta más que en toda la administración de justicia. ¿No es sugerente?

Por fin la noche se ha hecho. Vivo á los pies de un campanario y la luna vuelca hasta mi umbral la sombra de una torre. Repetidos, suenan los chillidos de los murciélagos, como alambres tendidos que el viento golpea. No más ruido que, alejándose, los cascos sobre las piedras.

El mercado, á la mañana, se denuncia á lo lejos, por la tropa de treinta, cuarenta, cincuenta caballos detenidos en la puerta. Vienen en ellos las mujeres de los alrededores, trayendo en alforjas rojas ó en arganillas de mimbre, los pocos frutos que medran á dos pasos de la choza, porque Dios quiere, y no por su cultivo. Ellas constituyen, propiamente, el mercado, sentadas en los patios, toda la mañana, junto al montoncito esperando al comprador con pacífica dejadez. Luego, lo que obtengan, será para carne y vicios. Venden una asombrosa variedad de productos, que testifica de los recursos naturales de esta provincia, múltiplemente rica. Allí acervos de ceniza, el jume, potasa sin purificar, que se obtiene por la combustión del jume (salicornia), un arbusto que crece espontáneo y abundante en terrenos salitrosos. Se lo emplea en todos los usos de la potasa. Allí la españita, amarilla, rayada de rojo, melón de olor que, como el espliego, perfuma la lencería en la intimidad de los armarios; el ají cumbarí, del tamaño de una legumbre, los chumbos, grandes y pulposos, que dan el arrope, los mistoles, pequeños como la simiente del paraíso; la chalita, para armar, luego de humedecida entre los labios, los largos cigarrillos que humean continuamente en los labios de las mujeres; el almidón de trigo; las cantarillas, vasijuelas de barro con doble asa; las tipas, un tejido cóncavo de laminado mimbre, que equilibra, cargado de granadas, en la cabeza inmóvil de las mujeres; y los quesillos, blancos, delgados y redondos como el babero de un niño. ¿Qué no hay? Suelen venir las mujeres con el alba, las muchachas descalzas, sacudidas por el uniforme trote del caballo gracioso y nervioso, trayendo á la venta no más que dos litros de leche ó media docena de huevos ó dos puñados de fréjoles. Se saludan en quichúa; se sientan junto á un anafrillo que fríe empanadas y contemplan con los ojos entornados el ir y venir de los vestidos claros que llegan de la calle. Vienen las muchachas con la cabeza envuelta en una toalla á guisa de rebozo. Y se hacen las transacciones con parsimonia, con cachaza, con palabras de pies de plomo.

Saliendo, irrumpen de algunos dinteles brazadas de colores vivos. Son tiendas que venden tejidos del país, industria casera, que entretiene á muchas mujeres campesinas. Es labor pesada, dura, de hilambre habilísima, y no se gasta á dos por tres. Las tiñen con tintas vegetales que preparan las mismas tejedoras, y es de notar la firmeza y variedad de las tintas. Se fabrican alforjas, ponchos, jerguillas y frazadas. Suelen éstas pesar más de veinte quilógramos. Vense, como dije, en las cercanías del mercado, al lado de las tiendas de los árabes, que aquí, como en Tucumán, forman barrio, inundando á todo, con su mercería despreciable, desecho de fábrica.

Si uno se allega á la mañana por los alrededores, ve que la gente, por común costumbre, duerme afuera, bajo un árbol, bajo la felpa celeste. Como las casas no tienen pared frontera y son sus patios una ilimitable continuidad de la calle, aparecen casi tropezando con los pasos, las camas de tijera con la inevitable colcha roja, bajo la cual se modelan cuerpos. Ya el sol está alto, ya todo lo dora, y bañados de él á la suavidad del viento, la gente se viste, ó más allá una mujer, sentada en el lecho, peina tranquilamente la flotante cabellera, mientras sobre la almohada canta un gallo.

¿Por qué lo hacen? Tal vez obliga la hostilidad del clima, que suele marcar en verano, ordinariamente, cuarenta grados: una temperatura que en otro ambiente, el de Buenos Aires, por ejemplo, produciría una tremenda racha de insolaciones. Aquí no sé qué particularidad del clima suprime esa clase de accidentes. Se habla de una sequedad benigna. Y sin embargo, Santiago no es una ciudad sana. Basta, para demostrarlo, el hecho de que la mortalidad se equilibra cuantitativamente con la natalidad; caso tal vez sólo en las ciudades argentinas. Puede que contribuyan á tal, las precarias condiciones de vida que tocan á los santiagueños, sobre todo entre las clases pobres y, no por egoísmo del suelo, que es, sobre todos, diversamente proficuo, y no por angustia de sistema impositivo opresor, pues el santiagueño paga una contribución menor que en otras partes; sino por el carácter dejado de la población, que qui-

siera que el mediodía fuera á las siete de la mañana para hacer una siesta más larga. Carácter indolente, que no se borra tampoco en las clases más cultas, donde nadie quiere dedicarse al comercio, á las industrias inéditas, que están levantando nombre y fortuna á la buena gente trabajadora, al extranjero. Ellos, mirando este último fenómeno tan natural, ¡pero tan natural!, murmuran resignadamente: ¡qué suerte tienen los gringos!, y cruzando una pierna sobre la otra se ponen á mirar soñolientamente el humo del cigarrillo. Pero no enriquecerán, por cierto, mientras cerquen los empleos públicos, porque la provincia es pobre y su presupuesto de gastos es mayor que la suma de sus rentas. Sí, la provincia es pobre, y creed que si rechazó la subvención nacional para atender la enseñanza, lo hizo por puro orgullo, por un rasgo de presunción, como el de aquel que gasta los últimos centavos en comprarse un alfiler de corbata.

Después de este tono de filípica, es justo que nos paseemos á la sombra apacible y apaciguadora de una alameda. Vayamos al parque, que circunda con su altura imponente y su olor sano un vial de eucaliptus. Se hacen bajo ellos corsos de flores. Este parque es el orgullo urbano y tiene una belleza extraordinaria; con su lago, que un velo de luna aterciopela, su glorieta propicia á las confidencias, hasta donde llegan agonizando los suspiros musicales, *les sanglots des violons,* de la orquesta del quiosco rústico, y con las desnudeces de bronce surgiendo entre macizos de jardines—las estatuas más delicadas que he visto en plazas públicas,—es realmente una delicia incesante. Amplísimo es, y lo será más, llevando sus jardines hasta el río. ¡El río!, un infinito feudo de belleza que tienen muchas ciudades, y que Buenos Aires, no ha sabido aprovechar, cerrando las calles al río, con cerco de ferrocarriles. Aquí, llegarse al río es un goce profundo para espíritus profundos. En la noche fulguran en el río melenas encendidas iluminando torsos obscuros. No hay luna y brillan como fuegos fatuos las manchas rojizas temblorosas en la negrura del agua que ondea imperceptiblemen-

te. Son las antorchas de los pescadores, que provistos de ligera punta de caña, en cuyo extremo se afirma afilado alambre, ciegan á los peces con el resplandor de la tea de suncho, y los cazan arrojándoles la flecha que atraviesa con habilísima certeza. En todo el extremo de la ciudad, que toca al río, se extiende, muralla verde, un plantel de sauces. Serán, cuando crecidos, una defensa para los avances del río.

En pocas ciudades hay un sentimiento religioso tan arraigado como en ésta; ni en Córdoba, que es puro beatismo. Tiene la pureza de las cosas íntimas. No es una creencia, sino un sentimiento. ¿Y cómo no había de ser entrañablemente religioso un pueblo que tiene, como un florero dos rosas, dos santos, cuyo olor de santidad impregna los hogares y las cunas? Está en camino de ser cierta la santificación de la beata Antula, sor María Antonia de la Paz de Figueroa, la flor de Silípica, mujer extraordinaria, dicen las crónicas. Será la primera santa argentina. ¿Y no presenció Santiago los milagrosos milagros y el ejemplar y diamantino vivir de Francisco Solano? Mírense los libros, léanse las historias y se sepa que en el siglo que recién muere no hubo hogar de abolengo, familia consular que no diese á los hábitos un hijo, algunos tan notables, como aquel Neirot de loable memoria, porque se unía en su boca la frondosidad suntuosa de la palabra sabia, á la fortaleza de la buena intención. Léanse otra vez los anales y se aprenderá que muchos santos patronos velan por la vida de esta ciudad sufrida: San Fabián y Sebastián contra la peste, San Gregorio Taumaturgo contra las inundaciones, Santa Lucía contra la ceguera y San Juan Evangelista contra la langosta. Su persistencia—el sentimiento religioso—es viva en los núcleos familiares muy antiguos, en esta villa retraída donde no hay nombre descollante á principios del siglo pasado, que no se encuentre nuevamente en estos días, lo que favorece la integridad del credo, trasmitiéndolo de padres á hijos, como sagrado cáliz, y en el mismo sentido obran las leyendas piadosas, tesoro de cotidiana edificación, no por ingenuas desmentidas: Francisco Solano dirigía la

construcción de una iglesia en el lugar donde ahora se levantan los claustros silenciosos del convento de San Francisco. He aquí que una de las vigas es corta. Un hombre de entendimientos vulgares habría mandado por otra. El santo, en cambio, inclina sobre el pecho la cabeza, junta las manos pálidas, siente en lo secreto un ruido de alas, como el del viento en la floresta, y el milagro se hace: la viga se alarga de tres metros. ¿No es bello y útil ser santo? Además debe ser un goce inefable, una emoción voluptuosa, la de saberse en potencia de milagro, y la de esquivar la inflexibilidad de las leyes naturales por el burladero de una plegaria.

El mismo dulce apóstol de los tucumanos, beatísimo andaluz, atraviesa una tarde el río Hondo, á lomo de mula. El cielo era nublado, los pájaros cantaban. Al llegar á mitad de la corriente, caballero y montura se detienen sobre un pedestal agreste de granito que sobresalía del agua mansa. Descansan y piensan en continuar. Al descender de la piedra, he aquí que quedan marcadas, como labradas á cincel que comiera más de un centímetro, las huellas de las sandalias franciscanas y las huellas de las herraduras. El cielo era de plata, los pájaros cantaban.

Es también por piadosa devoción que ponen á los lados de los caminos, donde alguien murió violentamente, una pobre cruz, y junto á ella, entre cuatro ladrillos, como un hogar pobre, el huequecito para las limosnas, ó una calabaza, colgada de la cruz, en el sitio donde debiera estar un corazón de crucificado. Pasa un hombre, se descubre, y arroja una moneda "para descanso de su alma." Esa limosna, que quien no tenga derecho no toca, por miedo de que su vida se le haga negra, la recogen los deudos del muerto, y los lunes, á los pies de la cruz, encienden velas. Así se ven, en los campos desiertos, brillar las lucecitas amarillentas que piden por un alma; las plegarias anónimas que brillan en la oscuridad de los caminos desiertos.

Hubo hace años una mujer huída, que habitaba en las selvas y llegaba de cuando en cuando á los poblados, á los casales; entraba en ellos cuando desiertos y apode-

rándose de un pedazo de pan, huía en silencio. Pronto su fugitiva figura fué cobrando prestigio en las mentes populares, y dieron en creer que vaticinaba del tiempo y tenía tal vez potencia para conjurarlo. La vieron la vez postrera salvando en carrera loca caminos y grupos de árboles, brillante como el sol, cirio viviente, aureola fugitiva. Lo que hubo pasado fué que al salir la pobre loca de una casa, tal vez se engarzaron á su traje las chispas de un brasero, y con las ropas encendidas, hecha una llamarada, echó á correr internándose en la selva donde murió abrasada.

Pero en la muerte de la Telesita vieron los ojos ingenuos una luminosa ascensión al cielo, y desde entonces se venera su recuerdo, y en algunas chozas, recortan una figura de almanaque, la clavan en la pared y le encienden una vela. Es la Telesita. Y esto también es culto religioso, aunque bastardo é impuro. Para el pueblo no es santo el santo sino el milagrero.

El 24 de Diciembre del 61 regresaba de Culosaca un grupo de presos enviados por la tiranía á aquel lugar de martirio. Era la noche. Venían soñando en sus casas muy amadas y tanto abandonadas. Tenían el espíritu muy lejos; pero súbitamente un algo les levanta las cabezas: allí, delante de ellos, había un árbol todo iluminado, un árbol de lumbre con frutos de estrellas y fronda de arco iris. A sus pies ¡maravilla mejor!, vieron, casi vívido, el misterio del nacimiento del niño Jesús: la Virgen, recogida en sí, como pensando: ¡ya se hizo, Señor, tu voluntad! José, con el asombro de un viejo que rejuvenece, y el buey volviendo á ratos la cabeza para lamerse el flanco. Pero como era una cosa bella no podía durar. Todo desapareció, y nuevamente, las tinieblas presidieron los pasos tristes.

Después de ese capítulo de *Légénde Dorée,* fuerza es tornar á Santiago, para no extraviar los pasos en la senda nevada de la maravilla. Allí está la Catedral. Su vida es sueño. Callada y vetusta, metida entre casas bulliciosas, con su torre en que anidan los murciélagos y su olor á humedad, realmente duerme. La vela, entretanto, erguido enormemente en el atrio, un aguaribay, y arri-

ba, en el frente que la lluvia lava, el escudo de su dignidad, alado de orlas de oro. ¡Pobre templo! como la ciudad, como la gente, también sufrió. Cinco veces se levantó en este sitio. Primero lo destruyó un incendio, luego una inundación y así siempre. Es bella á media noche: sus negras torres al claro de luna.

Me conmueve la serena belleza interior de la nueva iglesia de San Francisco. Tiene un altar mayor de ojival puro, y todo el templo es de una severa desnudez, una parquedad de dorados y sencillez de formas, que me traen el recuerdo querido de una iglesia protestante, donde el anciano *clergman,* de rostro patriarcal, levanta el dedo al cielo. Pero pienso en seguida con disgusto en lo que vendrá. Las *misias* enviarán un florerito, unas flores de papel, un corazón de plata para suspender junto al santo, y para la virgen un vestido cargado de puntillería. Se colgarán cuadritos de indulgencias, se traerán reclinatorios de todos los gustos y estados; y por fin, en esta casa austera entrará la vulgaridad y el relumbrón grosero de las iglesias católicas. De aquí se pasa al patio del convento, donde crecen raquíticas y como por favor, unas cañas índicas, un agave, tal vez un jazminero que enredado á los claustros deja caer una á una las florecillas blancas sobre los hombros de los frailes peripatéticos, cuyas sandalias no hacen más ruido que un vuelo de abeja. Atravesando un hueco, si se entra por el convento, se llega al santuario-celda de San Francisco, una casita antigua, de dos habitaciones: en la primera hay algunas tumbas, tres ó cuatro, cuyas lápidas de letras negras, en el suelo y en la pared, disienten en la vacuidad de la habitación. Al lado, lugar que ocupaba la celda del fraile, hay un pequeño oratorio, unas hileras de banco, frente á un altar, donde tras los vidrios aparece una estatua de ceibo, la del santo, con su rostro "de monje español ó senador veneciano". Tiene en las manos un violín, distintivo particular, como tiene San Roque sobre el hombro los nácares del peregrino. En una vitrina queda un trozo de la viga paciente del milagro. Como hubo tiempo en que daban á los romeros un trocito de ella, una viruta

de rojo quebracho, la viga ha quedado notablemente mermada, reducida á una de sus menores expresiones, contrariando la devoción la obra del santo. Junto á ella, cuelga la dalmática de Solano, con hilado de oro y cordón de seda español, pero obra de mano de los indios, que enriquecieron la labor de toda suerte de alegorías ingenuas y pájaros y violines.

Este santuario, cuyo exterior aspecto es de una casa de arrabal, ó de las que hay en las granjas para guardar los útiles de labranza, será cubierto según se afirma con un templete, de la disposición del que encierra á la casa histórica de Tucumán, y será declarado monumento nacional. Dentro de él, además, levantarán una estatua al santo: será para Julio próximo. Y entonces ya se habrán empezado al lado los cimientos del gran edificio para escuela de artes y oficios, cuya acción puede impulsar, en vías mejores, el porvenir de los nuevos hijos de Santiago.

Erguido, un poco más alto que un hombre, aparece á la salida del convento, el busto en bronce del coronel Lugones. Es de tamaño natural y no tiene particularidad que lo distinga de los que vemos en las vidrieras de las casas de fundición. Creo que es el único que se tiene aquí levantado á memoria de un hombre; y no porque en los anales de Santiago falten hombres cuyas prendas equivalgan y relumbren tanto como las del coronel Lugones.

Es cierto, sin embargo, que fuera difícil acendrar uno, desprendiéndole de toda la herrumbre que le pegara el tumulto de pasioncillas locales, en que todos se mezclaron. No importa; para la gente valen lo mismo las estatuas desparramadas en el Parque; ¿no son bellas?, ¿y qué más se puede exigir de la piedra y el bronce? Olvidaba decir que hay en la plaza un monumento á las Estaciones: es un obelisco de material, y á sus pies, en las esquinas tres doncellas, en cuya juventud las horas siembran lacras, y un viejo, el invierno, con su traza de orador romano arropándose en la túnica. Pero ya nadie mira á este monumento que se descascara y aportilla entre la indiferencia universal y las estaciones pierden

sus encantos poco á poco, como novias que se olvidan. Sin embargo, yo evoco aquel día hace quien sabe cuántos años de su inauguración, cuando blanco y joven se alzaba al cielo y todo Santiago á sus pies abria ojos orgullosos, y el orador oficial proclamaba con una certidumbre abrumadora que la primavera era la estación de las flores.

Se está volteando—todavía queda en pie alguna pared de adobe—los restos de la muy noble y muy célebre iglesia y colegio de Belén. Viendo lo que queda se piensa en las afueras de una ciudad bombardeada y entre las gentes,—¡ siempre la brasa religiosa!—es un común decir "la piqueta brutal é irreverente de los obreros municipales". Fundado por la voluntad inquebrantable de una pobre monja, el colegio y la capilla de Belén atrajo vocaciones de lejanos puntos, y educó, naturalmente vistiendo á sus almas de ropajes místicos, á lo más granado de las chicas del Santiago pasado. Tenía un detalle digno del escrito y era un retablo de ceibo, tallado todo entero por las mismas monjitas, con sus columnas salomónicas, sus florones y sus ángeles guardianes de alas cerradas, y los pequeños espíritus celestiales, cabezas de niño que abulta el ensortijado de los rizos y con alas de paloma, naciendo junto á las orejas.

De tan pío y devoto lugar como esta casa que tanta loa hubo, se pide permiso para pasar sin transición tal del mundanal entretenimiento. Será el teatro, por supuesto uno solo, el mejor edificio local, dentro de poco, pues tiene todavía, como andadores, los andamios.

Abriga altos propósitos, y seguramente los cumplirá, con la academia de música y de bellas artes que le será anexa, al menos, en edificio. Por lo demás, su construcción es moderna y uno de tantos detalles en este sentido es el de la platea corrediza, que lo transforma en un minuto en un salón abierto á la danza. Claro que el árbol grande empezó por ser pequeño; y antes hubo un teatruelo que para alegría de su insignificancia, superando á la turba de las comedias de poco arreo, llevó á las tablas á *Ollantay,* ese drama en quichua por la lengua y en hispano por el armazón sentimental. No pare-

cía que este teatro negase su hermandad con el primitivo de las farsas de aldea y de los *corrales* de representación, por la ingenuidad de los expedientes escénicos, y lo humilde de su sede. Sin embargo, á falta de mejor, congregaba á gente granada, y muchos en él, presintieron en la buena voluntad artística, las ráfagas mayores que soplan en los suelos propicios al bello fingimiento de la vida que en la escena hace ondear los siete velos de las pasiones.

Se puede afirmar honrosamente para todos que en Santiago la instrucción pública, que permaneció largo tiempo como represada por la indiferencia, adquiere ahora—y está en buenas vías—un impulso difusivo que nunca tuvo. Hay en toda la provincia, sin embargo, gran cosa que hacer, frente á cerca de treinta mil niños que no reciben enseñanza—un número que desalienta puesto al lado de la cifra total de población. El terreno que clama por más activa intervención de la obra de cultura está sin duda en las regiones más solas y retiradas, casi en las entrañas selváticas, en poblados que no pueden decirse en armoniosa sociedad con la civilización. Una sola frase bastará para demostrarlo: hay lugares donde no se sabe cómo es la bandera argentina, donde nunca la han visto. Aisladas en absoluto, algunas de esas poblaciones tienen, como el primer camino que las une á la ciudad, la ruta que siguieron las carretas que llevaron los primeros materiales para la escuela allí implantada por ley nacional. En esas regiones, la escuela no sirve sólo para enseñar á leer á los niños: viene á representar un símbolo concreto de la cultura, de toda la que florece más allá de esos límites que nadie traspasa; viene á representar los sentimientos ambientes afuera, un orden moral, la patria.

En la ciudad es otra cosa. Sus doce mil habitantes proporcionan un porcentaje insignificante de analfabetos. Sus locales escolares figuran entre los mejores de la ciudad. Tiene escuela normal, en edificio pobre y en espíritu rica. Se da enseñanza en establecimientos religiosos. Tiene colegio nacional, pero para éste, punto y aparte.

Palacio urbano, el Colegio Nacional ocupa una manzana, y su frente claro, su apostura serena, lo hacen percibir de muy lejos, insinuando la idea de que se está en una gran ciudad. Su disposición arquitectural lo asemeja á la Escuela Normal de Salta. Como algunos árboles se van en ramas, su frente se va en ventanas; agujerean todo el edificio, inundándolo de día, levantándolo en la luz. Se entra, y entrar es una alegría, por los corredores larguísimos y claros, los salones que tienen el brillo de la cosa nueva, los objetos que parecen cuidados como alhajas, y sobre todo por los inmensos patios, los mayores que ví, con sus cuadros de jardines. Tiene salón de actos públicos, que un delicado ornamentado decora; talleres para trabajos manuales, profesionales y biblioteca. Santiago es la primera ciudad que inauguró un edificio para colegio nacional el 12 de octubre de 1908, día de pompa, y hay que agregar que fué también la última en que se fundó la institución, en el año 1869.

Título honroso le cabe también porque en ella abrió sus puertas el primer colegio que tuvieron los pueblos argentinos. Las abrió el 25 de julio de 1609 fray Fernando Trejo y Sanabria, con recursos de su patrimonio personal—el nunca bastante alabado Trejo y Sanabria.

Las escuelas públicas realizan la fiesta del árbol con toda solemnidad, y aunque plantar árboles en Santiago es como llevar lechuzas á Atenas, siempre es loable en todas partes la iniciativa de Jorge Marsh, el yanki de sano corazón. Su personal docente se reune en conferencias escolares, que tienen, á mi ver, un significado mayor que el de mutua enseñanza, en cuanto favorecen las reuniones del personal, apretando la hilambre de la solidaridad. Por los alumnos se ha hecho también algo más, con la creación de una cancha de ejercicios gimnásticos, tocando al parque, de suerte que los niños corren en un olor de rosas frescas. ¿Quién se acuerda ya de nuestra Plaza Eúskara?

No debía faltar la nota ingrata. Allí hay algunos soldados echados en la vereda, frente á una casa de elegancia familiar. Es la escuela Sarmiento, y de ella

han hecho un cuartel. Me imagino á un salón de clase en el cual los soldados juegan á la taba. Es una invasión injusta y todo el mundo la protesta.

El periodismo tiene tres representantes. Como casi todos los diarios de provincias, se publican por espíritu de imitación, por tener prensa igual que en otras partes, ya que la política menuda, que es su pan cotidiano, no merece subir las gradas de la imprenta. Hay uno que me evoca un mundo de primitivismo periodístico, impreso á presión de rodillo, como las pruebas, y entintando los tipos con cilindro de mano. Naturalmente, para un tiraje de cien ejemplares, tiraje de día de fiesta, se pide una mañana.

El carácter del santiagueño, en el niño y en el hombre, es de una docilidad admirable; y corre la especie de que no se altera por pereza de enojarse.

El pueblo suele tener un amor ciego por el caudillo. Así se explica en cierto modo la persistencia de pasados nepotismos odiosos á la cultura, pero afirmados en simiente tan seguro como el corazón popular.

No lo agitan aires nuevos que quieran levantársele en el espíritu. De aquí que el socialismo no tenga campo, que se le mire con aspereza, y más aún, que se le repulse. El pueblo se recoge en su viejo modo de ser, como en impenetrable capullo; pero pienso que aunque no quiera confesarlo, debe sentir un poco de calor molesto dentro del viejo capullo.

Queda en Santiago el quichua como en el florero queda el perfume de las rosas. En el campo es lengua de hogar, y por tanto, la lengua de las cosas íntimas; entonces permanece robusta é íntegra tal un árbol nuevo, sin empañamientos ni turbideces. El pueblo la ama y se abaluarta en ella. Llega hasta la ciudad, pero allí las clases letradas, en lugar de cultivarla y flexibilizarla por diario trato, la abandonan con un poco de desdén, igual al que siente el joven que entra en la universidad por las costumbres rústicas de la tierra nativa. Todo nos dice que esta lengua tiene la contextura de los idiomas formados y pletóricos de vida propia. Para mayor testimonio nos queda Ollantay, escrito en la lengua de

Manco Kjapac. De autor desconocido, plantea dudas de si existía ya antes de la conquista ó si, á pesar de su forma indígena, tiene un origen español. Fué representado por primera vez en tiempos de Tupac-Amarú, y también subió á la escena en un teatro de Santiago. Tenemos de él una excelente traducción del filólogo padre Mossi. Su argumento, extractado por un escritor santiagueño, es el que sigue:

Ollantay, que quiere decir natural de Ollanta (lugar de arriba), es un joven general de origen plebeyo, del tiempo de Inca Pachacutic (temblor de tierra); se encuentra enamorado de la hija del Inca, la princesa Cusi qoillur (que quiere decir alegre estrella ó estrella brillante), con quien ha tenido sus amores con conocimiento de la reina madre (Mama-Coya)y la solicita del Inca invocando los innumerables servicios prestados al imperio y á la familia real.

Ante semejante pretensión, contraria á las leyes del Imperio, el Inca lo rechaza, haciéndole presente su condición vulgar y que aspira demasiado, queriendo subir tan arriba. Desesperado Ollantay por la negativa, pues ya había seducido á Cusi-qoillur, sale del Cuzco y se dirige á su provincia, Ollanta, en donde levanta un ejército y se hace conocer Inca, declarándose enemigo del Cuzco y del gobierno del Inca Pachacutic, á quienes amenaza destruir. Reduce varios jefes del Imperio, fomenta la rebelión en otras provincias y derrota las fuerzas incásicas al mando del primer general del Imperio Rumiñawi (Ojo de Piedra). Transcurren diez años. En este intervalo muere el Inca Pachacutic y le sucede su hijo Tupac-Yupanki. Rumiñawi se compromete de nuevo ante éste á apoderarse de Ollantay y conducirlo á su presencia, y lo consigue valiéndose de la siguiente estratagema: se finge herido por el Inca, y todo maltratado y dolorido se presenta á la fortaleza de Ollantay, implorando su clemencia. Ollantay le recibe con benevolencia y le brinda hospitalidad. Mientras se realizan unas fiestas en honor del Sol y cuando todos están entregados á los placeres y en completa orgía, las fuerzas de Rumiñawi, que están al cabo de lo que ocurre, dan el golpe

y toman prisionero á Ollantay y demás jefes, quienes son conducidos ante Tupac Yupanki. Este no sólo perdona la falta cometida por Ollantay, sino que teniendo conocimiento de la existencia de Cusi-quoillur, la busca y la une con Ollantay. Aquélla había sido arrojada por su padre el Inca Pachacutic y encerrada en su subterráneo para expiar su falta, pues de sus relaciones con Ollantay tuvo una hija, Ima-zumac (qué bella!), quien la salvó de una muerte segura en el palacio de las Vírgenes. Durante los diez años que Cusi-quoillur pasó encerrada en el subterráneo fué atendida por Salla, quien hizo reconocer á su hija Ima-zumac, que ignoraba de la existencia de su madre, como ésta de la de su hija. La escena final es sumamente patética y concluye con el reconocimiento de la hija, que es casi simultáneo con la llegada de Ollantay y del Inca-Tupac-Yupanki á la cueva para realizar el enlace con Cusi-qoillur, que se halla moribunda. Ollantay es colmado de honores y coronado virrey y sucesor del Inca.

Rumiñawi, que tanto se había sacrificado para salvar la dignidad de su soberano, no recibe premio alguno. La moral del drama es el triunfo real de la rebelión, la humillación de la autoridad incásica y la violación de las leyes divinas del imperio.

El santiagueño de origen quíchua es por naturaleza imaginativo. Desciende de una raza que poseía una rica cultura intelectual contrariamente á lo que sucedía á los grupos indígenas del litoral. Tiene, á manera de tesoro espiritual siempre refrescado y siempre nuevamente tornasolado, un ciclo de leyendas que expresan la honda delicadeza del alma de la patria de la vidalita. Poseyendo dos idiomas como dos liras, en uno y otro gustó verterse, palpitar igualmente soñadora en uno y otro.

Muchas son en quíchua sus canciones. En "Amor triste" revela la angustia sin esperanza, la melancolía infinita é implacable de quien evoca la fugitiva visión de la amada que la muerte apagó como á una estrella, desvaneció como á un arco iris; la amada que vaga ahora en la mansión de los muertos, la selva seca y pálida, silenciosa y eterna.

AMOR TRISTE

¿Maytacc chay sumac uyaiqui?
¡Tica gina panchimusca!
¿Maytacc chay sumac ñahuiqui?
¡Iscay chasca gina cahuahuacniqui!

¿Maytacc chay sumac simiqui?
¡Coral gina muchahuacniqui!
¿Maytacc chacc sumac quirniqui?
¡Huallki gina canihuacniqui!

¿Maymi chay sumac maquiqui?
¡Pichka yurac tica gina llankahuacniqui!
¿Maytacc chay sumay sinturaiqui?
¡Palmac gina munachuacniqui!

¿Maytacc chay sumac sinturaiqui?
¡Palmac gína munachuacniqui!
¿Maytacc chay llapac sumac? May tacc chay?
¿Maypitac canki aumac urpi?

¡Mañana kanquichu huillacunaipa!
Huacacuscaita llaquicuscaita.
¡Huillacunaipa pacha ucumpi canqui!
¡Huinay! ¡¡Huynaypa!!

Existe de esta canción una traducción igualmente hermosa que tiene sin embargo el defecto de no ser literal en absoluto, enriqueciéndose de ligeras variantes influidas evidentemente por la poesía castellana. Creo que es de Mossi. Es ésta:

¿Dónde está tu hermoso rostro
que las rosas envidiaban?
¿Dónde están tus bellos ojos,
luceros que me alumbraban?

¿Dónde tu boca divina
que al coral avergonzaba?
y que en besos deliciosos
mis tristezas encantaba?

¿Dónde tus dientes cual perlas
que la risa iluminaban?
¿Dónde están las azucenas
que amantes me acariciaban?

¿En dónde tu blanco seno
que turgente palpitaba?
¿Dónde tus largos cabellos
que en sus ondas me ocultaban?

¿Y tu hechicera cintura
que cual palma se cimbraba?

¿Do las gracias misteriosas
que á mi alma contentaban?
¿Dónde estás, urpila hermosa?
¿Dónde estás, vidita amada?

Mas ¡ay! que aún cuando te llamo
no oyes mis quejas amargas,
porque duermes, para siempre,
en la mansión de las almas!

La titulada *Leyenda* que aparece enseguida tiene un carácter religioso; nos habla de una divinidad, doncella con el cántaro de quien derivan los fenómenos celestes. Viracocha es sin duda deificado el inca Huiracocha, poderoso señor que recibió pleito de los calchaquíes en un mensaje en que esta raza pedía como beneficio perder su libertad y ser recibida por vasalla de los Incas.

LEYENDA

Zumac Nusta
Torrallay quim
Puyñuy quita
Paquir cayan
Hina mantara
Cunuñunum
Illa pantac
Camri Nusta
Unuy quita
Para munqui
May ñimpiri
Chichi munqui
Riti munqui
Pachac rutac
Pachacamac
Viracocha
Cay hinapac
Churasunqui
Camasunqui.

Hermosa doncella
aquese tu hermano
el tu cantarillo
lo está quebrantando
y por eso á veces
hay truenos, hay rayos.
Tú, real criatura
envías al llano
las tranquilas aguas,
granizo y nevado
El creador del mundo
Viracocha amado
para que ese oficio
te puso en lo alto
y un cántaro hermoso
y una alma te ha dado.

Y, difundidas como lo están en todo el país, ¿quién no conoce las vidalitas? Lloran penas de amor y su eco prolongado es de reproche y de llamado. *Palomita blanca. pecho colorado*... Como también los tristes:

No hay planta en el campo
que florida esté;
todos son despojos
desde que se fué.

Unos lloran penas
otros el amor.
¡Yo lloro la ausencia
que es mayor dolor!

O la *chacarera* burlona y picaresca, ó el *cantar* con todo el sabor de la copla andaluza ó zaragozana:

Yo no pienso vestir luto
porque de quererme dejas:
me pondré vestido blanco
y repicaré en la iglesia.

Todas seguidas, como los pies femeninos por la cauda, por la música que derraman un violín, una guitarra, un bombo y el clarinete agudo y el arpa susurradora en los bailes populares de gato, cueca, pericón, zamba y chacarera.

Y ¡cuántas leyendas como la del Cacuy y la de la Salamanca!

En la alta noche, en la tiniebla sembrada de malas pasiones, en la apretada selva donde las ramas aletean y donde mortal no se aventura si no le empuja más fuerte que él el imperio de un negro destino, porque el hombre es débil, hoja al viento, y la naturaleza insidioso misterio siempre final vencedor; en la alta noche surge horadando sombras el grito quejumbroso del cacuy. Es casi un lamento humano, un grito de madre. Porque el cacuy también fué humano, tuvo un corazón como nosotros, durmió bajo techumbre, burlando la inquisición de las pupilas estrellares, encendió el fuego y se hincó frente al hogar que le iluminaba, miró la aurora y se regocijó. Ahora grita su dolor, su terrible dolor de

abandonado, espantando adormeceres, suscitando plegarias. Salta, pero siempre invisible, de rama en rama, y quien sabe si árbol donde se posa, no se seca, y en un súbito otoño se acaba en una lluvia de hojas muertas. Quienes dicen que fué prolija esposa, señora de su amor puesta en noble deseo, pero al fin, tornada tanto por tentación perversa, que abandonó al marido moribundo, entretenida en danzas y malos devaneos. Vuelta á la casa, frente á un cadáver querido, la visión súbita de su perversidad la humilla hasta la locura, y clama su pecado y llama por un nombre siempre el mismo, que ¡ay! no le responde ni le responderá. Transformada en pájaro, sigue clamando y sigue llamando en las profundidades selváticas. Quienes dicen... Pero esto lo diré en la palabra llana de los cuentos:

Era un matrimonio de indios, que trabajaban mucho al sol y á la sombra. Eran tan pobres, pero tan pobres, que no tenían de vestir, y pensando en el invierno á veces se quedaban en silencio mirando el suelo, lleno de ramillas secas, ó alzando los ojos, hasta la ventana, miraban un charco donde estaba la luna. Más cerca había luciérnagas.

Tenían dos hijos. Cacuy era el hijo bueno, diligente: él iba por agua al romper del día, trayendo sobre el hombro joven el cántaro sudado; él velaba por el fuego de la casa cuando á la madre aun la entorpecía el sueño, y cuando encontraba á alguno le brotaban en los labios con la naturalidad de una mirada, la salutación de los quichuas: sé bueno, no robes, ama á tus padres. Y él mismo era tan bueno, como el sándalo de la fábula, que perfuma al hacha que lo golpea. Por eso la madre lo besaba en la frente, levantándole con la mano los mechones de cabello negro que le sombreaban los ojos, y por la noche en el lecho lo arropaba bien, apretándole la manta alrededor del cuello. Al hermano malo de Cacuy ni lo besaba ni lo arropaba.

El hermano malo de Cacuy se pasaba el día entero tendido en el suelo haciendo ruidos en una caña hueca.

Dijo un día la madre:—Hijitos, vayan á la selva, y

caminen y caminen hasta donde encuentren nidos con huevos de ayer, ó algún pájaro entumecido.

Fueron á la selva y caminaron y caminaron hasta que el hermano malo, que iba adelante apedreando flores, gritó: ¡Cacuy, Cacuy! ¡qué lindo nido hay allí arriba, en lo más alto! Había un lindo nido en lo muy alto de un algarrobo, perfumado y obscuro. Entonces Cacuy subió, y el hermano que le malquería, henchido de negra envidia, subió trás él, y cuando Cacuy estaba con las manos tendidas al nido, él, con una hachuela que no le abandonaba, empezó á cortar las ramas de arriba á abajo, y cuando estuvo en el suelo, saltando de alegría, como un pequeño fauno sobre las hojas secas, gritaba á su hermano desolado:—¡Ya no puedes bajar! ¡nunca más bajarás!

Cacuy estuvo muchos días en el árbol, y los pies, prendidos en la rama, se hicieron curvos como las garras de los pájaros, y tanto enflaqueció que la nariz y la barbilla se afinaron y prolongaron hasta juntarse y hacerse pico. Le nacieron plumas y fué pájaro. Pero no puede descender de las cimas de los árboles, hasta que alguien le vaya á buscar con manos desencantadoras y por eso grita su nombre para que lo sientan y vengan, al través del terror nocturno. Y su grito de humana agonía hace temblar la floresta, como un arpa en cuyo cordaje tiraran puñaladas.

Más tétrica, venenoso fruto del alma sacudida por terrores preternaturales, horripilante pesadilla, donde con la turbulencia de un remolino, se confunde lo grotesco y lo bárbaro, la blasfemia y el rito infernal, es la leyenda, ó mejor, el credo de la *Salamanca*. Su núcleo original es evidentemente de naturaleza europea, por la similitud con las historias de aquelarres y sabats de que tan fértil es todo el período medioeval, proclive al maléfico extraordinario. En suma, no es más que la misma vieja leyenda del antro de brujas, con las ligeras modificaciones que le imprime el medio.

En las noches obscuras, en las que sean como almas roídas de remordimiento, se juntan en cuevas subterráneas, cuya boca echa una turbadora luz roja, las brujas que en la protección del Demonio se asilan. Están des-

nudas y sus pálidos miembros sarmentosos brillan al fuego. Tienen silbante voz viperina, largas uñas manchadas en sangre de corazones, cabelleras que gotean, mamas secas que le golpean el cuerpo como láminas flojas. En bacanal espantosa, beben y danzan, saltan, se abrazan ó se revuelcan en el suelo de ilusoria arenilla de oro, sacudidas de fiebres. Todo es en honor y pleito del gran señor maldito. Y hay una orquesta oculta, una orquesta sensual y poderosa, toda de violines, y es tan subyugadora, tan amantísima insinuante, que atrae á los perdidos caminantes: enredados en la magia de la música, muerta la voluntad van tras su llamado, llegan á la salamanca y poseídos de una inconsciencia invencible, entran en ella para siempre.

La idea matriz de la leyenda no denuncia riqueza imaginativa, es la concepción popular de una entrada del infierno y nada más; pero si es escueta en resúmen, cobra sorprendentes tonalidades y la enriquecen variedad de detalles ingénuos y de fina observación, en la boca de los hombres del campo cuando entre ellos la narran, pues es de advertir que á quien no conocen le dirán, con el tono de quien trata de disfrazar lo recóndito de su alma con el traje elegante y oportuno del escepticismo:—algunos dicen, pero yo no lo creo... Sin embargo, sí que lo creen, y si al anochecer, un trino de pájaro violiniza, súbitos é inconscientes dicen ¡cruz diablo! A mayores instancias responden con evasivas. Tienen el pudor de los secretos de la casa. Son como los panales escondidos en el hueco de un árbol. Hay que hacer uso de una habilidad exquisita para encontrar á sus evasivas un hilito que conduzca á tornarle paladino el pensamiento, ó tomarlos de naturalidad como tal me ocurrió con un viejo criollo que me acompañaba al Canal de la Cuarteada. Yo insistía en que pasáramos costeando un bosquecillo de aguaribayes.—No, no, me decía, es el ingenio de X.—¿Y de hay?—¿Que no sabe que es peligroso? —¡qué ha de serlo!, yo bajo allí.—No lo haga, niño, ¿no sabe que allí todos los años muere un cristiano? Y empezó á contar. En cierta época del año desaparecía un hombre del establecimiento. Nadie mudaba de lugar, no

había peleas, ¿cómo era posible que tal sucediese? Y lo peor que nunca se encontraban restos humanos. Por la valentía de un paisano se vino á saber todo. El patrón tenía un *bicho* horrible como una lampalagua. Este *bicho* se alimentaba de cristianos y todos los años, en día fijo, salía de su sopor, desperezaba su negro cuerpo, y se adelantaba amenazante hasta que le echaban un hombre vivo. Cuando lo tocó el turno á uno de los peo-

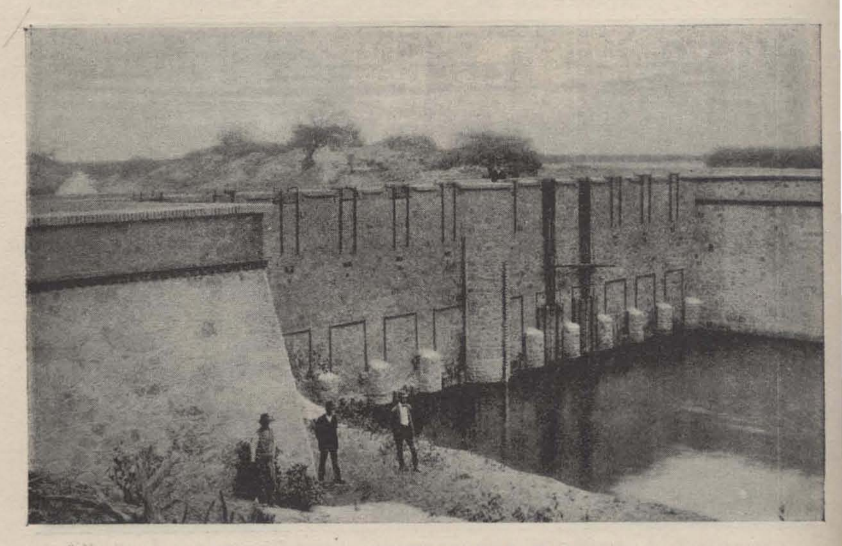


El Canal Grande

nes recién venidos, el individuo no se amedrentó: sacó su cuchillo y se echó sobre la bestia que, espantada, se perdió en las selvas para siempre. Aquí no acaba el cuento: el patrón le dió al peón cuatrocientos pesos para que no dijera nada...

A todo esto llegamos á un puente de cemento, y antes de él se dobla y se entra por un camino manso donde hay multitud de obreros, montones de piedra, maquinarias; son las obras del Canal de la Cuarteada, una de las primeras en su género. Se tira desde la margen izquierda del Dulce, en un recodo que hace el río, que llega, ensanchándose, de un horizonte de selvas. Se ven las márge-

nes del otro como unas avalanchas de ramaje echándose sobre el cabrilleo de la superficie ondulada del río, donde flotan enlames, y surgen como manchas rojas los bancos de tierra. En este punto de la márgen izquierda la boca de toma tiene diez compuertas. Es probable que esté muy á la orilla, pues si el río varía su cauce actual que está en un costado de su lecho, el caudal de agua que llegue á la compuerta será mediocre, y habría que echarlo so-



Boca de toma del Canal de la Cuarteada

bre ella tendiendo un murallón hasta la mitad del río. El canal principal tiene un ancho de diez y siete á veinte metros, y sus principales taludes de cinco á seis de altura. Corriendo suave, casi en la penumbra de alamedas, llega á la dársena de distribución de donde salen canales menores para Clodomira, la Aurora y Fernández. De éstos á su vez parten centenares de acequias, ya obra particular, pues irrigan, ramificándose cada vez más, propiedades privadas de millares de hectáreas. Esta obra vendrá á alterar la fisonomía de una parte de la provincia, dándole igual fecundidad que la de los buenos predios tucumanos, y volteará la alta maleza de los que-

brachales, con sus flores del aire y sus enredaderas, para extender la marejada espesa de los maizales. Lo cual, aunque no es tan bello, es mejor.

SANTA FE

El desembarco es primitivo: planchas tiradas desde la borda á la costa nodulosa y sin una sola obra artificial, un barro capaz de hacer caer á los pies al coraje más legítimo, gritos de hombres descalzos, cercanías con casas campesinas, medio chozas, más aquí montones de piedra del puerto en construcción y esqueletos agudos de los martinetes. Venidos por agua, nos palpita todavía en la sensación, la riqueza feérica de las islas verdes surgiendo infinitas en el río terroso sembrado de lampos, de rebrillar metálico y de los grandes girones de reflejo solar temblando en la movilidad de las aguas. Tres cuadras más entre casas antiguas y pobres, como cosas arrumbadas y se pisa la madera y la piedra de las calles nuevas y ricas de esta ciudad de Santa Fe que se está remozando con un vigor primaveral; pero esta juventud de las calles no se liga á otra íntima en el espíritu. Este la hace vulgar, cuando puede ser foco de alta tradición, y plasmable á todo interés, cuando tuvo la fibra más altiva, y tiene todavía en la abandonada intimidad de algunos hogares, reliquias de un fausto de noble, hoy polvorientas y depreciadas entre manos venidas á menos si se comparan á las genitoras.

Su ambiente incomoda y ahoga. Dicen sin embargo que hay aquí más cultura y más trabajo intelectual que en algunas otras capitales. Puede ser; pero lo que milita y figura en los diarios es mediocre. Prueba eso que los perfiles de valer están retraídos por falta de ambiente que los saque á la luz. Se decir que la politiquería es comida de todo el mundo. En ninguna parte como aquí, la intriga por el empleo público, los círculos de maledicencia y maquinación política. Lo que pesa más es observar que los que la dirigen son hombres de escasa cultura. Los oigo hablar á mi lado cuando pasan con sus

vanidosos empaques de próceres, y me apena que en los hombres haya tanto zarzal de necedad. Para mí que son caudillejos campesinos que por acaso llegan á la ciudad y se envuelven en levitones. Se toma la planilla del presupuesto, y todos los nombres son de dos ó tres familias, que han abarrotado por el sistema del favoritismo y de la protección al pariente, los destinos de la provincia, excluyendo á la gente con mejores títulos. La esperanza de uno y de otro no está posada en el trabajo propio sino en la posibilidad de que el tío ó el cuñado sea tal cosa. Todos saben que no vale nada valer algo. Es de ilusos creer que puede haber remedio porque el sistema está tan arraigado que se ha hecho naturaleza; ya no es una anormalidad. Se toma los diarios, que no son órganos públicos, sino servidores de este y aquel fulano, y se encuentran columnas enteras de menudencias y rumores políticos que van hasta la insolencia procaz. Y esto también parece natural, pues la gente está habituada á oirlos. Sin embargo, de cuando en cuando como para no perder la vieja costumbre, alguien se extralimita y se empastela una imprenta y en los diarios de la Capital se habla de resabios de barbarie y la víctima aparece como inocente lirio.

Más grande pero más impotente que en el Rosario, tiene este pueblo el ansia de la fortuna rápida, y como no existen industrias, ni artes, el ansia es malsana. Lo que más da á pensar es que domina á la juventud y en más ó en menos á la juventud de todo el país. Podemos tener de ella la opinión menos halagadora: es gozadora, banal é ignorante; nada la conmueve, y nada respeta porque nada comprende. No sé porqué se ríe de todo cuando vivir es una cosa muy difícil que hace estar siempre grave y pensativo. Alguien piensa que va á corregirla hablándole de la bandera y de San Martín. Son ilusiones: el patriotismo activo es ser honrado.

Tienen los santafecinos una infusión enorme de catolicismo, pero de la manera como ellos lo entienden: una especie de malhumorada testarrudez; lo que casi no se comprende pensando que viven á orillas del Paraná, y á trato diario con multitud de gente extranje-

ra. Todavía saldrían en procesiones coloniales. En cierta parte del clero el catolicismo tiene una forma más noble, en la población no. En el trato con gente extraña rehuyen toda ocasión de hablar de materia religiosa, con esquivamiento cortés; ¿por qué tienen las creencias ocultas y entre algodones como figulinas de cristal? El clericalismo es recóndito como agua subterránea pero todo lo domina desde su trono en la penumbra. Hace algunos meses, con otro gobierno, una persona sindicada de sentimientos liberales debía pasar ratos incómodos y se veía excluída de toda actuación. Era una masonería clerical, una liga ofensiva.

No comprendo cómo arraigado el sistema gubernamental en ese sentimiento público, necesitara de la imposición del despliegue de fuerza militar. Todavía á cada momento se ven pasar por las calles piquetes de vigilantes, armados á mauser y organizados militarmente. Calles hay, como las que rodean al cuartel, con centinelas en todas las esquinas. En ciertos barrios la ciudad resuena de dianas. Uno de los pabellones de la Escuela Industrial está destinado á acuartelar una compañía de soldados. Y hay militares que días como éstos de cambio de gobierno, dan pruebas evidentes de depender exclusivamente del gobernador provincial. Sí, estamos en días de cambio de gobierno y la ciudad presenta un movimiento inusitado y una efervescencia general. A todo momento las bandas de música recorren las calles, y revienta en el sordo rumor urbano el estruendo de los cohetes. Ha venido un mundo de gente de toda la provincia; rebosa de ella como una copa llena. Se trata de rendir la pleitesía de práctica y asegurar el puesto. Todo esto es un poco ridículo y lamentable.

La opinión santafecina está conmovida por la preponderancia del Rosario. Es una malquerencia acentuada todavía más porque están obligados á quererse como hermanos. Por un lado quizás tenga razón: la importancia de Santa Fe está sostenida por el hecho de ser asiento de autoridades. Ahora bien; Rosario le constituye una amenaza en ese sentido, porque su progreso creciente traerá como consecuencia el traslado del go-

bierno. La prensa rosarina lleva con tal objeto una campaña metódica.

Esta ciudad de Santa Fe es noble, no porque la haya llamado así algún escritor, sino porque tiene sus títulos escritos, quizás sólo ella, y emanados de la primera autoridad argentina. La junta de 1810, de que formaban parte Saavedra, Passo y Moreno, con fecha 8 de Octubre, resuelve otorgarle el título de noble en mérito á la preeminente voluntad y patriotismo con que auxilió al ejército expedicionario el general Belgrano.

Pero antes merece el nombre de heroica, porque es un milagro la existencia de esta ciudad. En los comienzos de la conquista, fué baluarte avanzado, estribo de expediciones y fundación sacudida por todas las desgracias que vienen de la guerra. Todos los días de su período colonial se marcan por un asalto de indios: son más de dos siglos en que continuamente se combate en las calles. También por su posición la ciudad estaba en desamparo: encajonada en un pantanoso lecho de arena. Mucho antes que estuviese definitivamente fundada Buenos Aires, ya era pueblo arraigado Santa Fe. La funda don Juan de Garay, espejo de todo valor. Capitán en malhora olvidado por la posteridad argentina que tiene todavía contra el hombre español de la Conquista la negra malquerencia de los tiempos de la independencia, condenando en globo, sin cuidarse de si entre el grupo hay perfiles inmortales. Niega una estatua á don Juan de Garay á quien mucho le debe, y la levanta á un revoltoso por el hecho de haber vivido después de confirmada la independencia. La segunda fundación de Buenos Aires, fué en parte obra del esfuerzo nativo. Garay mismo lo dice: ''la ciudad de Trinidad fundé con sesenta compañeros, los diez españoles, los demás nacidos en esta tierra''. Fué hombre de suma confianza en sí mismo y de despreocupado valor, como lo atestiguan las circunstancias de su muerte, narradas por un antiguo cronista: ''El general Juan de Garay en un bergantín se suvía á la ciudad de Santa Fe y quarenta leguas de aquy quiso entrar con el navio por una laguna pareciéndole que atajaba camino y roxando toda la laguna alrrede-

dor no halló salida; volvió por donde había entrado y era ya puesta de sol; acordó de rranchear á la boca á donde los estavan mirando como hasta quarenta indios que abitaban por ally y como los vieron entrar por aquella laguna entendieron ser chapetones venidos despaña y como los vieron parar ally y todos en tierra durmiendo y muy descuydados y desnudos porque abían dicho al general soldados que yban ally de los de chile que hiciese centinela, respondió: estos yndios téngolos muy sujetos y me temen, pueden estar tan seguros aquí como en Madrid, a donde al primer sueño dan en ellos y matan al primero al general sin poder decir dios válgame, con una macana, de que murieron ally quarenta personas y un frayle franciscano y los tuvieron ganado el bergantín. Sonose luego la muerte del general Joan de Garay''.

Aquí explota la más seria tentativa de independencia con aquella tan malograda revolución de los siete jefes, en 1580, y es ésta la fecha que figura en lo alto de los laureles de su escudo. Las otras cinco rememoran convenciones habidas en el Cabildo: 1828, aprobación del tratado con el Brasil; 1831, tratado entre las cuatro provincias litorales; 1853, el Congreso Constituyente de trascendencia cada vez más grande en la historia; 1860, reforma á la Constitución Nacional y 1866, reforma de los derechos á la exportación.

Quizás en tiempo pasado cuando era pobre de su propia pobreza sacaba la virtud y el espíritu heroico como los romanos de Fabricio y ahora que es rica... Porque es cierto que fué muy pobre á principios del otro siglo, cuando hubo días en que fué regocijo público carnear una res en la plaza, pues estaba desierta la campaña desolada de indios. Así más tarde en los tratados de paz con Buenos Aires, lo primero que se piensa es en pedir vacas. Entonces se suscitaban graves cuestiones entre cabildantes y eclesiásticos por derecho á media docena de reales, y el Cabildo para obtener fondos abría y monopolizaba, encargándose de la venta, las quince pulperías de la ciudad. En ellas, junto á las limetas se sentaba la justicia, pues sin local determinado, los jueces públicos juzgaban y fallaban allí.

Pero ostentaban el resabio fogoso de la pompa española, toda de borlas rojas y de cordones de oro, en las festividades de pascua, cuando la juventud de la población subía á los caballos enjaezados con cintas de colores y envuelta en música la cabalgata exaltaba su majestad en la ciudad de los techos de paja.

Era entonces, fuerte como una vid, el tiempo español, ceremonioso, compungido, austero, tirano, pero puro. El hogar era un templo. Luego se barbarizó. Y empezó á asolar los pueblos la horda desmandada, el montonero santafecino que ha dado tanto que hacer y que temer á las provincias limítrofes. Así lo pinta un historiador: "Casi desnudo, con guardamontes de cuero en las piernas, poncho de todos colores, cintas en la cabeza y adornos de plumas, armado de lanza, de cuchillo, de boleadoras, de lazo fuerte, enérgico, sucio, mezclado con los indios amigos, llevando la carne para el alimento medio cruda bajo el recado, comiendo sin detenerse y al costado el cuerno para el agua".

Todo ha pasado y no ha dejado huella.

En esta ciudad moderna, su crecimiento y su extranjerización han borrado las cicatrices de angustias todavía cercanas. La ha lavado la oleada de trabajo que rebosa de toda la provincia y converge, por el puerto, en la capital. Pues aquí se repite el fenómeno de la ciudad rica exclusivamente por la campaña. Es afuera de ella donde se forja su grandeza. Cuando su puerto esté habilitado en toda la extensión proyectada, será salida cómoda para la producción exportable de todo el norte y oeste de Santa Fe, de todo el centro y este de Córdoba y hasta de las provincias andinas. Entonces se levantará rápidamente la ciudad que ahora mismo es potencia económica porque no sin mucho provecho se vive en la tierra más productora en un país agrícola, en una provincia excelentemente agrícola, donde se conjuran en una obra unánime seiscientas colonias, formando una de las más extensas y organizadas explotaciones del mundo. Las colonias son la característica de Santa Fe, y hace un poco más de cincuenta años todo

era un desierto. Pero afortunadamente desde el principio se favoreció la pequeña propiedad privada con aquellas concesiones de treinta y tres hectáreas y los *cuadrados* de ciento treinta y dos. Las colonias son en igual parte obra del gobierno y de los colonos. Nombre grato de recordar es el de don Aarón Castellanos, por cuya iniciativa llegaron al país doscientas familias suizo-alemanas, plantel de la grandiosa Colonia Esperanza.

El proletariado agrícola tiene en las colonias santafecinas peculiaridades dignas de nota. Existe, por ejemplo, el *medianero,* que contribuye con su trabajo y el de su familia y recibe en cambio del propietario de la chacra la mitad del producto del área que cultiva; obtiene además casa, útiles, semilla y crédito. El *tercianero* se emplea en las mismas condiciones, pero se le reconoce sólo la tercera parte del producto. Ambos tiene limitada intervención, que se reduce sólo á proporcionar la mano de obra. El *peón á la rendita* trabaja durante todo el año y no recibe, excepto la casa, nada más que la cosecha de una parte del sembrado, que suele ser de cinco á diez hectáreas. El *lingera* es el peón italiano que llega todos los años y tres meses después se vuelve á su país. Por lo general habla castellano y viene en compañía de otros, formando cuadrillas. Se acogen á los beneficios de la ley de inmigración y obtienen pasajes gratis. Son diestros en todas estas andanzas, y suelen contar cada vez con una ganancia líquida de seiscientas liras. El cultivo casi único es el de trigo, sobre todo en sus variedades de tiernos: barletta, ruso, rieti y bertón. Ciertamente que vistos desde lejos los trigales parecen lagos de ámbar, lagos inmóviles que van á desbordarse á los horizontes. ¡Campaña santafecina, bajo la opalinidad profunda de los cielos!... el lento y majestuoso vuelo de las aves mayores, el novillo color de herrumbre que se enreda en los alambrados y al acercarse el tren, con un pujante arranque, los rompe, y echa á correr bramando entre los cardos y las cortaderas; paraísos, los paraísos que de sus propios pies renacen múltiples, y en alamedas van hasta las ca-

sas, en cuyo patio humea la tortuga gris de los rústicos hornos de pan; los alfalfares cubiertos por la neblina violeta de sus flores y los millares de maripositas amarillas como fútiles hojas secas al azar del viento... Te comprendo, campaña santafecina, con tus pastos secos que tienen el gris de la ceniza y el moreno de lo marchito; con tus tropillas de caballos corriendo en la lejanía de la llanura con la crin tendida; y en el atardecer, con tus caminos violados donde pasan las lentas carretas de pasto y la primera brisa fría que agita la melga colorado en un extremo del barbecho desierto.

Enlazado está el territorio santafecino por las retorcidas franjas de los ríos, en cuyas márgenes hace muralla el pastizal alto y el juncal lleno de sorpresas por la fauna alada que lo habita. Un río, el Salado, que pertenece á la cuenca del Paraná como todos estos, pasa tan cerca de la ciudad que la roza en uno de sus extremos, y cuando llega cargado, fuerza su lecho ancho como tres caminos reales y se echa sobre las calles de la ciudad, entrándose á los patios coloniales donde florecen los tarcos, y á las salas obscuras y bajas, con la naturalidad de una visita. La ciudad está habituada á este importuno visitante y al otro más audaz y formidable, el Paraná, que vino muchas veces, cargado de camalotes y nenúfares silvestres. Entonces, como en la inundación tremenda de hace cinco años, una parte de la ciudad se vuelve completamente lacustre; en los ranchos el agua llega hasta los nidos bajo el alero; y las copas de los árboles surgiendo en la extensión plateada, hacen pensar en jardines marinos. Por la calle van los botes, y donde volaban las mariposas golpean los remos. Hay continuidad desde un palacio hasta el medio del Paraná, pasando sobre el puerto.

El puerto fué hasta hace poco de lo más natural y agreste, sin más abrigo que el de algunas islas de formación continua frente á la ciudad. Ahora se enorgullece de ser pasivo de una grandiosa transformación que le dará títulos para figurar entre las más renombradas obras de su índole. Esta obra sólo sirvió para dar respetabilidad y nombre al gobierno que la inició. Sin embargo, va lentamente, para darse más importancia, y

no por falta de fondos, porque este Estado lleno de deudas es generoso. Tras las pilas de barricas y vigas de madera, se levantan los montones de granito, como cerrillos blancos, y se oye el jadeo de las dragas y se ve el hormigueo ínfimo de los obreros. El puerto, que será de ultramar, tendrá dos diques. Al lado del primero correrán mil seiscientos metros de muelle. Tendrá un canal de salida que



La inundación

desde su principio ahondará en línea recta al noroeste cuatro mil setecientos setenta y siete metros, empezando entonces una curva de un radio de mil quinientos metros. La profundidad media será de veinte pies de aguas bajas. Habilitados los dos diques, se podrá manejar un millón y medio de toneladas de carga, y quizás el doble, si al dique número dos se le agregan muelles. Santa Fe será la provincia de los grandes puertos, teniendo al del Rosario, á éste y al muy próximo de Colastiné, que

desde aquí se divisa con su arbolado de mástiles y más cerca con las proas rojas y negras y sus airones de humo. Toca al puerto por el norte la laguna Stubal, donde amarran, entre una decoración de jardines, las balandras cargadas de sandías y los serenos veleros de los pescadores, bamboleando en el agua rizada. He dicho decoración de jardines porque aquí se acaban, abriéndose en abanico, los últimos del Bulevar Gálvez, el mejor paseo de la ciudad, que es, en fin, una calle muy ancha, desierta, improvisada, con propiedades cercadas de alambrado. Pero tiene en el medio una franja de jardín culto, un sendero encerrado en laureles, cicas y pinos, frondoso y oloroso, hecho para los largos y tranquilos paseos de las noches de verano, hasta llegar á la laguna brillante bajo el claro de luna.

Un lado del bulevar está macadanizado; en el otro la tierra rojiza y las interminables rayas de la línea de tranvía salpicadas de hojas blancas de los laureles floridos. Cintas de geranios llovidas de vellones rojos hay al margen de algunas calles arboladas, entre un árbol y otro. Son exquisitos detalles y complace ver que el vecino los cuida con delicada atención. En otras, muy largas hileras de altos pinos que dan, aun al suburbio, perenne majestad. Pinos hay á dos lados de la plaza España; hay pinos arrimados á viejas paredes, y contornos de pinos cuando se mira al cielo.

La proximidad del puerto es en gran parte terreno hueco, irregular, antipático, como esos bajos donde los carros descargan tierra. Seguramente allí se levantarán barracones. En una esquina hay una pirámide lisa de tres metros, que remata en una bola. Es tal vez un monumento al globo terráqueo. Es pobre, porque al fin y al cabo, no le debemos mucho á nuestro planeta. En cambio muy digna y muy noble es la estatua de San Martín, en una plaza central. El bronce es igual al que existe en Mendoza, pero lo relevante está en el pedestal, donde en piedra basta surgen las efigies pesadas y cuadradas de la República y de Minerva. Tienen sus rostros la dureza y firmeza de rasgos de la colosal estatuaria germánica. En la actitud imperativa, severa y serena

de la República se copia su grandeza, y con el gesto de apretar una espada antigua, nace su mano robusta de la piedra, empuñando un recto laurel. La sabia y guerrera diosa, la diosa del peplo pesado, del casco dorado y la lanza, la virgen en cuyo broquel se labra un rostro de terror y dolor sobre la cabellera de serpientes, tiene la majestad divina de los símbolos. Lástima es que estas dos figuras surjan como de un montón de cemento. En



Casa de Gobierno

frente está el palacio de gobierno, hoy azulado de banderas argentinas y de multitud aclamando frente á una línea de soldados. Fué hasta hace poco palacio del consejo de educación, pero como la casa es una de las mejores de la ciudad, con toda naturalidad se le dió el pasaporte al consejo. Ahora éste está á la vuelta, y yo estoy en uno de los salones sumergido en la molicie de un sillón ministerial. El presidente, como es de práctica y orden, me dice que la educación progresa mucho en la provincia. Lo cual me deja eminentemente indiferente. Desde el balcón veo el globo blanco del farol en las rejas de la casa de la Biblioteca. La sostiene, además de la

subvención habitual, la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos. Es bien entender el socorro mutuo protegiendo una biblioteca pública. No es muy importante: tres mil ochocientos volúmenes, pero presta servicios á cerca de sesenta lectores, diariamente.

Es de advertir que la ciudad se integra en dos modalidades definidas con bastante certeza: el barrio norte y el barrio sur. Este último es el viejo Santa Fe, el Santa Fe criollo, donde aun retoña á ratos la cepa colonial. Se vela como á paladium la entereza y claridad de la tradición, que suele repercutir con la pasión de antaño, con el fervor de antaño. Todavía existe el perfume de los viejos naranjos en flor. A la noche suenan las vidalitas y de cuando en cuando la serenata. La población toda nativa alimenta, inconscientemente, una secreta hostilidad al extranjero, cuya evidencia más inmediata reside en el hecho de no adoptar sus costumbres. Hay caserones donde vástagos ancianos de los troncos consulares, ahogan su despecho á lo nuevo y entretienen sus ocios, tal vez forzados ocios de vencido, revolviendo roídos papelones donde habló el rey y hablaron los cabildos, luego de ponerse al amparo de la Virgen. Se habla con ellos y dicen: aquí había esto, allá pasó aquéllo, y allí vivió tal: para ellos todo es pasado. El barrio es pobre como sus gentes. En partes paredes de adobe desmoronándose sobre la angosta vereda de ladrillos, sobre las paredes se asoman cácteas, y también en los tejados inclinados; en alguna esquina las dos puertas de negocio, una á una calle, otra á otra, que sólo una viga divide; altas las rejas, pequeñas como un pañuelo; tal vez la pulpería con el poste para los caballos; higueras muy viejas en el fondo de las casas de anchos zaguanes húmedos; y atrios mohosos de los conventos, campanarios mohosos de los conventos:

Viejo convento dormido
sin un ruido;
y junto á claustros desiertos
los muertos.

Madera, mármol y piedra
centenarios
y manchas negras de hiedra
royendo los campanarios.

Jardín del convento umbrío
donde florecen cerezos
y se siente el piopío
de algunos canarios presos.

Pasan,—está atardeciendo—
sombras humanas tan lentas
que es como el irse muriendo
de las horas cenicientas.

Aquí la Vida se ha hecho
remanso y humillación
y se oye que dentro el pecho
se ha dormido el corazón.

Entrese, por ejemplo, en esta iglesia del convento de San Francisco. En todas partes, en el suelo, piedras funerales, de tal modo que la beata se arrodilla siempre sobre un cadáver de medio siglo y parece que el cáliz se levanta en el fondo de un panteón. Alcense los ojos: el techo es de vigas labradas; vuélvanse los ojos: la puerta es como de fortaleza reforzada con cabezones de madera, y el atrio es de grandes piedras verdosas. A ratos por allí pasea un fraile pacífico meditando en la nada de las cosas porque este barrio desierto es propio para meditaciones dulces pero desconsoladoras.

Mismo aspecto de vetustez y más de cárcel conventual en el colegio de los jesuitas. Entráis y son jardines antiguos pero floridos primaveralmente, y largos claustros oscuros donde vienen y van los padres hojeando un libro. Aquí siquiera se estudia en el silencio y hay hombres de valer. La Compañía abriga siempre su tradición de profundo recogimiento intelectual. Aquí se educan en aulas viejas por la edad y por el espíritu, cerca de cuatrocientos alumnos que reciben enseñanza secundaria. Pero si se entra en la parte reciente del edificio, tan distinta de la otra que tiene patios amplísimos sombreados de altos árboles, se encuentra todo moderno, é impresionan gra-

tamente, dando idea de una universidad europea, tres magníficos laboratorios, quizás los mejor montados del interior. Este departamento de historia natural tiene una colección de mineralogía de mil ejemplares distintos, levantada, en la parte de muestras argentinas, con tesón de jesuita; y veo en la sección de física la más rica provisión de aparatos y entre ellos la muy moderna máquina de vacío de Gaede, y cuadros de distribución eléc-



San Francisco

trica, cuadros de dinamos; y en los laboratorios de química mesas de mosaico de Valencia.

Todavía impregnado de esta atmósfera de quietud y de estudio sereno, atravieso la plaza y entro en la Universidad Nacional de Santa Fe. Tiene una traza de pequeña casa de escritorios deshabitada. Todo es en ella como nuevo é inconsistente, simple y quizás un poco trivial. Esto es por dentro, porque su fachada engaña. Las aulas parecen salitas de espera, pequeñas, alfombradas y con una hilera de sillas alrededor arrimadas á la pared. La secretaría es oficinesca. En realidad toda la Universidad parece una oficina.

En cambio vean qué majestuosa arquitectura levanta sobre toda la ciudad la Escuela Industrial. Parece el pabellón de entrada de una gran exposición. Levantada casi en desierto, á las afueras de la ciudad, se diseñan sobre un fondo del cielo entero sus perfiles monumentales. ¿Y adentro? Adentro está vacía. La construcción interna corresponde al frente; nobles escalinatas, salones como palestras, claridad del mármol y brillo del bronce, pero



Universidad

en los talleres no hay útiles, una cosa ú otra impide cumplir el programa, la inscripción de alumnos es mediocre. Toda una ala del edificio está ocupada por oficinas del gobierno provincial, y una de las construcciones laterales por un destacamento de soldados. Pues es la escuela industrial.

El Santa Fe del sud cada día más se resiente en sus características de vieja ciudad. Inevitable le es el flujo moderno, y puede decirse que de tres años aquí le hace renunciar á sí misma el avance de la casa nueva y alta que ya la siembra en todas partes como

rosas claras en un mantón descolorido. Pronto será recuerdo la casa con quinta, la estación del tranvía que es como una casa como las otras, solamente que tiene portón y gallinas y corderos, y quizás también lleguen á ser recuerdo los macizos y las hileras de jacarandá que es el árbol de la ciudad santafecina.

El barrio del norte es otra cosa. Calles enmaderadas y casas altas; todo el comercio, que aquí no tiene es-

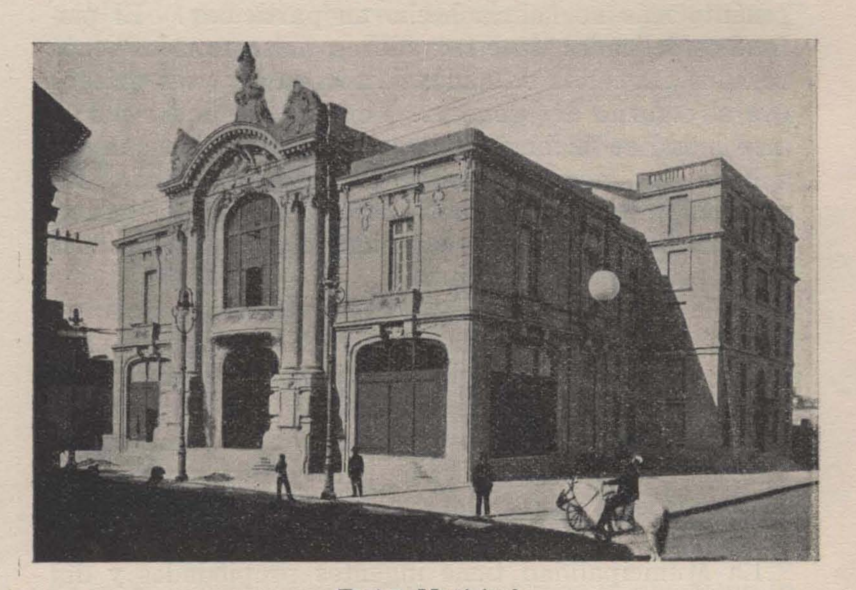


Escuela Industrial

plendor exterior, lujo á las miradas, sin embargo de que es rico y extenso como pocos. Considerado en este sentido es mucho más importante que la ciudad de enfrente—á tres horas de vapor—Paraná. No tiene en propiedad, calle comercial. Los negocios están diseminados y alternando regularmente con las casas de familia de elegante apostura. Estas son en este barrio todas acomodadas, mostrando pasable holgura, desde los vestíbulos donde brillan muebles nuevos; pero ninguna tiene aspecto de palacio. Sin embargo hay fortuna pero distribuída. La gente de dinero lo es porque le viene de ex-

plotación de estancias. Los estancieros, á pesar de que pocos tienen sus propiedades agrícolas montadas con todos los recursos modernos, ganan lo que quieren. Pero su casa no se diferencia de la de los empleados públicos, por ejemplo. ¡Y hay aquí tanto empleado! Basta ir á cualquiera de los clubs para verlos, como formando la primera corporación.

Toda esta parte de la ciudad es, por su espíritu, sin



Teatro Municipal

arraigo y por su carácter transitorio que á diario acepta nueva reforma de afuera, completamente extranjerizada. Puede decirse que, salvo las diferencias de proporción, un porteño llega á ella casi sin notar transición. Se hace más vida nocturna que en el radio sud. Es menos intenso el sentimiento religioso, más despreocupada, pero también más activa la gente. La moda tiene una elegancia más nueva y tornadiza; el trato social es más asequible y desenvuelto.

Es cierto que aquí está todo el progreso urbano; la prodigalidad de la luz eléctrica que da la usina munici-

pal. Pues en este servicio como en otros públicos se ha intentado con éxito la municipalización. Y digo con éxito porque es bien atendido, no porque no crea peligroso esta extralimitación de las funciones de la comuna, que se presta al favoritismo y á los arbitrios de las autoridades. La Municipalidad ha construído un teatro cuyo edificio honraría al ornato de cualquier ciudad. También costó 400.000 pesos. Con esa suma ¿cuánto más no habría hecho un particular? El plafond es delicado: tiene trovadores, musas con los senos rosados envueltos en bandas vaporosas y pies griegos con el coturno de bronce... Pero no hay amor por el arte puro; se le considera como una diversión análoga á la de las kermeses donde se puede galantear. En realidad, el arte puro no divierte: conmueve. Recuerdo cómo deja pálido, y la opresión dolorosa que produce una representación de Hamlet.

El de la Asistencia Pública es tal vez el mejor edificio después del citado de la Escuela Industrial; ¿pero para qué hablar de ladrillos si lo que importa es el espíritu que llena la casa? La apariencia que tanto nos encanta es á veces como la de las asociaciones de beneficencia: puro mármol y piso encerado, pero para tener derecho á un pedazo de pan, el pobre tiene que ser católico. Con lo cual es dos veces pobre.

La Municipalidad tiene ingentes propiedades y día á día las acrecienta. ¡Claro, si no paga sus deudas! Así cualquiera se hace rico; y granero que no da al molino, pronto está lleno. Debe cerca de un millón y medio de pesos. Pero como no existe prisión por deudas, se queda tranquila como un superhombre.

Más de la mitad de las propiedades inmuebles pertenecen á la población argentina, y las más antiguas en terrenos tuvieron por origen la donación oficial. Como en todo el país, los nativos aparecen desprendiéndose de sus propiedades, y creo que los que la adquieren son, en su mayoría, los italianos.

De la instrucción pública basta decir que hay un término medio de nueve mil ochocientos analfabetos. Queda, pues, mucho terreno virgen á la acción oficial.

Y de las creencias religiosas, la estadística dice que el noventa y cinco por ciento de la población es católica. Los demás son israelitas y protestantes. Todo el mundo tiene derecho á dudar de lo que dice la estadística, en la cual no figura nadie sin religión, cuando en nuestro tiempo la mitad no la tienen, y no cuentan con momentos para preocuparse de ella: la religión es como la literatura burguesa, cosa de ratos de ocio. Además, publicado por un gobierno de beatos, como se le llamó, el dato es sospechoso. Habría que ir á comprobarlo en los centros obreros de resistencia.

Santa Fe es aún antagónica entre sus mismas partes, pero está en un período activo de modificación, de reforma, de cambio, que le dará pronto, pero muy pronto, un carácter uniforme de ciudad nueva, distinto del actual. Aprovechen, pues, los espectadores, porque la *troupe* se va mañana.

TUCUMAN

Blanco techo de vigas, pared celeste, reja negra. Es una tarde suave de estío tucumano; pasa un olor de selvas; hay como un runruneo de siesta. Y yo estoy de pie, con la cabeza inclinada en la actitud meditabunda, en esta soledad de cementerio abandonado que tiene la Casa Histórica, obsesionado por el blanco profundo del techo y el celeste venoso de las paredes; y en este silencio, y en esta soledad, se oyen latir, á un tiempo, la historia y mi corazón.

Emoción. Aquella declaratoria es para una patria como el juramento de Estrasburgo para un idioma, como la máquina de Fulton para el progreso. Piedra angular y piedra columnaria de todo lo que han hecho los hombres libres en la tierra argentina. 1816 y 1853; una fecha da la libertad, la otra la encauza, tan grande una como la otra, porque la libertad sin las limitaciones de la ley, es desorden. La declaratoria debía ser, aquí ó allá, más tarde ó más temprano. Fué temprano

y fué en Tucumán. Y bien, ¡que Tucumán, ciudad inspiratriz, sea bendita!

Y, sin embargo, ¡qué pocos comprenden con el alma, el significado del acto sellado en la Casa Histórica, en este país donde el patriotismo ha dado lugar á tanta retórica tropical, y á tan poca serenidad de sentimiento íntimo! Lo que falta es eso, sentimiento íntimo, motor de la virtud; lo que sobra es eso: palabras, palabras, palabras; bambalina de frases para ocultar la ausencia de la obra. Porque en la paz de este principio de siglo, nuestra Nación es un problema más formidable que en 1816. Y sino que cualquiera se pregunte, ¿qué quieren los argentinos?

Emoción pura y exaltadora ante estos rostros de antepasados que en las paredes de la casa histórica te miran con la fijeza muerta de esas miradas picturales que son casi un reproche. Cada uno de ellos representa un pueblo; y sus efigies perduran casi vívidas como perdura un pueblo, que se acaba en generaciones y nunca en ideales. Allí está Santa María de Oro, con su rostro de abuela enferma, ó de anciana que se recoge á pasar el fin de su vida en la inmovilidad y la indiferencia; una golilla de encaje nieva en su cuello cetrino y su busto se pierde en esa penumbra de los fondos de retrato, tan llena de misterio que se diría que los artistas ponen detrás del hombre su alma. Laprida tiene la barba angular, los labios finos; y son rastros hispanos, hidalgos, de señores montañeses, á los cuales iluminaría con justo decoro la hoguera de los autos de fe, el de Colombres y el de Uriarte. Belgrano tiene echado sobre la frente el peinado roto en pequeños rizos. Por el peinado copioso, exuberante y revuelto con arte y el cuello alto, los hombres de la independencia parecen todos mariscales napoleónicos y tienen la arrogancia de los oradores impetuosos.

Este humilde salón, arca de santo tesoro, en su sencillez es noble. Más que este gran edificio de piedra y cristales, que á manera de fanal la envuelve. El viejo salón es símbolo, la casa nueva es arquitectura sin alma. En las paredes de ésta hay placas nativas de escue-

las, de sirios, de italianos, de todo el mundo, placas insignificantes, con el inevitable laurel y el rollo de pergamino que parecen remiendos de bronce; patriotismo alineado y frío. En el fondo hay una como gran tribuna, donde todos los nueves de julio se derrama una abrumadora marea de elocuencia de gente que viene de todo el país á decir que Tucumán es el jardín de la República. De entrada tiene esta casa, que casi casi ha dado más nombre á Tucumán que la obra de sus hijos, un patio donde se alzan palmas, las palmas glorificadoras y á los lados dos monumentales bajorrelieves murales: aquel acto del ¡Sí, lo juramos!, y el pueblo de Buenos Aires frente al Cabildo, bajo aquella garúa que inmortalizan las crónicas. Este último, sobre todo, vale poca cosa. Se diría la obra de un alfarero incipiente. Revela una trasgresión casi infantil de las leyes de la perspectiva.

No se ha querido insinuar nada que no sea de una blancura inocente, al hacer referencia á la obra de los tucumanos. Porque es su provincia la que ha dado manos á todas las actividades del país, estadistas como aquel Alberdi, soldados como aquel Lamadrid, y artistas como aquel pintor Bas. A Tucumán la libre le reconocemos una claridad de pensamientos nunca extinguida en ninguna época, como si tuviese en alto una antorcha. Como Buenos Aires—y esto es lo que más la hermana á ella—se distingue por el vigor y el dominio de la clase ilustrada, que la hicieron resaltar como foco de verdadera intelectualidad en tiempos deprimentes. En Córdoba se mantenía la cultura eclesiástica, en Tucumán la cultura humana; en una se comprendían los derechos del católico, en otra los derechos del hombre.

El tucumano tiene además una característica y es la de ser inteligente, de una inteligencia fácil y natural, pero desgraciadamente muy poco aplicable. Es vivacidad y brillantez de ideas, pero poco profundas; comprensión inmediata, y gentil ligereza de las frases que son como miembros jóvenes; inteligencia latina, en fin, propensa á los entusiasmos momentáneos. Suele ser

de imaginación poética, en lo cual tal vez se someta al imperio del clima siempre suave como serenas noches estivales, lo mismo que en su languidez moruna. Y he dicho moruna, porque, en efecto, hasta en su aspecto físico, se parece á los melancólicos hijos de los califas. Sus mujeres deberían llamarse Zaidas y Moraimas, con nombres que dan á entender de un perezoso deslizarse de surtidores en lechos de mármol, bajo jazmines y estrellas fijas, y muy brillantes como sus ojos. ¿Quién no ha hablado de los ojos de las mujeres tucumanas y no ha dicho de esa felpa encendida que subyuga con una elocuencia de profundísimo amor? Hay quienes creen que son trasuntos de constelaciones y por eso en las largas contemplaciones panteistas del carácter tropical, presienten en el cielo un brillo de miradas.

La ciudad es en la provincia la única parte que no es jardín. Es bella porque es correcta y nueva, con el encanto que da la proporción. Se piensa que nunca hubo aquí rancherías; y todas las casas antiguas son ricas moradas, con ancha puerta y patios columnados, y en el frente rejas muy altas y salidas, que tienen hasta tres metros de alto, tocando sus pies en la vereda y rematando casi á la sombra sutil de la cornisa. Son particulares estas grandes rejas, donde la forja antigua entrelazó laberínticas varillas de hierro con todas las contorsiones de las víboras medusinas. Y son sólo de Tucumán. Es una ciudad que tiene una admirable potencia de crecimiento y esto de muy antaño, que ya hace un siglo era prez, corte y señora de la comarca del norte, cuando treinta años antes, según testimonio de aquel peregrino andariego Concolorcorvo, se limitaba á cinco cuadras perfectas. Era su ocupación principal la cría de bueyes para las carretas que hacían el tráfico de Jujuy á las provincias de abajo. Por eso dice aquel historiador que los tucumanos son todos fletadores, vale decir, que se ocupaban en el transporte de pasajeros y mercaderías. Era, pues, ciudad de tránsito más que otra cosa. Entonces, y hasta muy tarde, toda la gente de respeto, la de voto apreciable en el destino público, era comerciante de *efectos de Castilla,* como llamaron á

los productos y géneros de ultramar. Gravitaba en la ciudad el espíritu respetuoso y austero de la añeja cepa hispana, malgrado el carácter jovial del latino en América. Así, ¡ay! de aquel que hiciera perdurar un baile más allá de las diez, cuando la campanada de apagafuego decretaba la tiniebla absoluta, mandando dormir... bailes que á poco fueron prohibidos por pecaminosos, según la opinión del ilustre cabildo.

Cierto que muy otra es esta ciudad con sus cientos de cuadras de adoquinado de madera y en la parte espiritual con su blando indiferentismo religioso, de aquella villa que en mil ochocientos mandaba penar á quien en las fiestas mayores no pusiera en ventanas toda su riqueza de paños y bordados para honrar el paso de tan alto monarca como el Crucificado.

Por lo tanto, con ramas verdes, con los dorados penachos pulverulentos de los aromos y con azahar del campo, para Corpus, los sastres adornaban dos cuadras, los zapateros dos, y dos los carpinteros, quedando el resto para los trabajadores del cuero y de la plata. Fiesta de los artesanos.

Ahora no parece ciudad mediterránea; y en una comarca que tiene su carácter, es extranjera. Se evoca á aquellas marítimas en las que se presentan todas las gentes y todos los comercios. Con razón, en cierto sentido, dicen algunos, ¿para qué necesitamos ir á Buenos Aires? Si es para ver calles limpias y anchas, casas nuevas, vidrieras, luces y tranvías, todo en fin lo que es aspecto urbano, todas esas cosas de que hablan con orgullo las memorias municipales, en verdad, no necesitan ir. Aquí tienen una calle Las Heras, por ejemplo. Y aquí compran todo lo que necesitan, sin temer de que les ofrezcan cosas *buenas, como para la campaña.*

Pero necesitan ir á la Federal para desprovinciars eun poco. Porque algunos que son los más, tienen tucumanismo, es decir, convicción de que la ciudad se basta á sí misma, y que nada tiene que envidiar á la casa del vecino; hablan á modo de protesta de la "absorción de Buenos Aires", que la domina y le impone su gusto. Precisamente es Tucumán que tiene los ojos

puestos en el Plata y por eso es como es. Ahora no tiene para qué declararse víctima, cuando están empañadas ó desvanecidas sus costumbres regionales y no tiene ideales comunes y fuertes que sustentar. Toda es banal é indiferente á todo lo que no sea gozar. Por la noche está metida en sus cuatro clubs de juego y todo el día habla de política, de cosas del ministerio, de la cámara, de la intendencia, de elecciones. Si fuera por civismo, menos mal, aunque también un exceso de civismo es desdeñable, porque malgasta energía en una elocuencia de café madrileño, en la discusión inútil. No es pura: voy á ver bailes populares: es un prostíbulo; voy al cinematógrafo: es un prostíbulo. Es una especie de corrupción, ésta, la sexual que es preciso combatir por esta sola causa: son siempre un signo de las decadencias. Así creo que Tucumán y el centro de Buenos Aires, son envejecidos. La virtud es una juventud. Y es de esta juventud lo que necesita el país. Los mismos hombres inteligentes no nos sirven para nada si no enlazan, en deliciosa armonía, á la inteligencia la buena intención.

Se procura, como en convenio tácito, no hablar de religión. Señal que está como mástil débil, temblando, y nadie quiere apoyarse en él por temor de que caiga. En los que no creen, talvez sea esta práctica un rasgo de delicadeza. Sin embargo, fué en el pasado muy católica ciudad. Ella puso un bastón de marfil en las manos abiertas de Nuestra Señora de las Mercedes. Clérigos fueron los que siempre tuvieron mayores regalías y frailes los que otrora fueron dueños de cerca de la mitad de la superficie urbana. Veo las dos primeras iglesias frente á la plaza, las dos pintadas de blanco y celeste. Ignoro si es por patriotismo, pero lo cierto es que esos colores claros les prestan no sé qué frescura, no sé qué alegría. Sus azuladas torres en el cielo azulado... Este cielo que por el norte no toca el campo como en los horizontes pampeanos, sino que se corta tras las moles olivinas de montes lejanos. Son las serranías del Aconquija que desde las calles de Tucumán se divisan, al amanecer envueltas en sutiles brumas, son

violetas como la flor de la glicina, con retazos luminosos, porque el sol que nace se anuncia en las más altas cumbres que están en el poniente, del otro lado.

Es aquí, en estas serranías, donde se yergue, opulenta y magnífica, la riqueza pomposa del suelo tucumano, no en la ciudad que es recta, fría y arquitectónica, sin árboles, sin ninguno de aquellos resquicios de lo pintoresco como asoman, por ejemplo, en Salta. Pero es allí, en aquellos montes, que de muy lejos tienen un celeste opalino y dan á pensar en un mar que se levanta y se queda inmóvil, coronado de nubes, sin echarse en la llanura de cañaverales susurrantes. Son faldas montañesas de bosque espeso como un zarzal colosal; ramazones que tienen la imponente grandeza de lo prehistórico; parecen escombros de selvas y selvas echadas unas sobre otras; y de esos brazos arbóreos penden sobre el abismo las barbas nevadas de las lianas con sus regueros de flores y los copos de los claveles del aire; y abajo crecen vigorosamente los helechos, el olivino y arqueado como una cica, ó el culantrillo de capilares venas negras, todos con su delicada figura de invernáculo; ó se yerguen, sonoras al viento, las cañas índicas floridas de granate. Revolotean, lentas, grandes mariposas de un bermejo vivo como leves girones de carne flotante en el sol. Murmura, igual que un arroyo, la fronda entera de algunos árboles, con el runrún que embriaga los oídos, de enjambres de abejas silvestres y aquí y allá, en el hueco de dos ramas, los puñados de miel.

El camino, hendido en la roca ó en tierra pantanosa, serpentea al borde de una tremenda rajadura, cubierta de una maravilla de árboles. Hay bayas blancas y azuladas retorcidas como orquídeas y de un fuerte perfume que adormece los sentidos. Todo el perfume del bosque, el olor de savia, de germen, de hongos, de humedad, extravía los sentidos, como un opio diluido en el aire, y es tan profundo que se diría palpable. Tiene tan inmediato efecto fisiológico, que invade á los miembros una laxitud voluptuosa. Todo está envuelto en una frescura de vecindad de manantial, como si perenne surgiere de la tierra ese sereno de las madrugadas. A

menudo uno está envuelto en una neblina dorada, y los contornos se indecisan en la vaguedad de las cosas vistas al través de muselinas. Es que se ha entrado en una nube prendida en la montaña. Y un eco retumba muchedumbre de ecos que suben de una hondura recóndita: un arroyo baja, persiguiéndose á sí mismo, de la cumbre á los pies de la cumbre, cercana á lo lejos, tan cercana que al atardecer su sombra violeta tiende una franja hasta el valle, como manto que cae de los hombros. El arroyo salta de la roca herida, golpeándose en troncos osados á su encuentro, arrastrando las hojas secas y los pájaros muertos, cristalino como en las églogas, fresco como en los oasis. Corre sobre un lecho de pedrezuelas azuladas, que es una vena de vida, de tumulto, de juventud, en la inmovilidad de los follajes, y sacude una interminable nota de gran órgano ronco, hasta que se pierde en los primeros plantíos del llano con la gracia y el ruido quedo de un abanico que se abre. Desde lo alto, donde una concesión de la naturaleza hizo un claro á un lado del camino, se ve, allí muy lejos, la ciudad. Insignificante, son sus casas, sus campanarios, sus galpones, nada más que un puñadito de guijarros cenicientos tirados en el campo, el campo inmenso. ¡Si todas las cosas se vieran desde tan lejos!

Este es, en verdad, el carmen argentino, uniforme y correcto como un jardín noble, cuando se extiende en los manteles cuadrados de los cañaverales. Y media provincia es cañaveral, desde lejos tan lisa, que no parece infinita sucesión de plantas, sino más bien paño tendido, é igual al otro: el cielo. Es un cielo verde y son sus astros los charcos que relumbran en los claros de luna. Y en la lejanía, cuando la zafra, es en ese cielo verde un vuelo inmóvil de golondrinas, la hilera de carretas, único descanso para las miradas.

Si entramos otra vez á la ciudad, fundada por esa humilde cruz de madera que está ahora en la catedral, nos repetimos en esa opinión de ciudad rica que ya enunciamos. En efecto, lo que para muchos es una hermosura, todas sus calles están bordeadas de moradas doc-

torales. Predomina la casa nueva que denuncia al habitante culto y pudiente, en tal proporción, que casi asombra un frente ruinoso tanto como un hombre desarrapado. Y, sin embargo, debe haber miseria, pero la gente que la sufre está fuera de la ciudad, en la campaña. Debe haber miseria, porque es propio del criollo pobre, sentirse á veces vencido, y renuncia entonces al trabajo y muerta la voluntad, se echa á la puerta del rancho viejo, á arrastrar para siempre su cuerpo, con esa dejadez é indiferencia de las chinas viejas. Pero aquí la ciudad se ha renovado totalmente en hombres y casas. Todos son balcones con barandas de bronce; cortinas de encaje detrás de las ventanas vidriadas y en los vestíbulos obscuros, el helecho mimoso surgiendo de un copenhague. Y, trabajo lento pero seguro, también la raza pierde sus perfiles en ese avance insidioso de la gente extranjera. Va por barrios: en el centro, por ejemplo, es más frecuente la tez blanca. Cuatro cuadras, y ya se encuentra aquí también un barrio de árabes; esta raza achicada, sórdida y sucia, y que, sin embargo, al poco tiempo de estar en el país es la que más se confunde con el elemento nativo, en sus hábitos y hasta en la tonada de la palabra.

En las mujeres se mantiene mejor el tipo tucumano. Es en las clases altas menos ilustrada que el hombre; en la clase media y pobre ocurre lo contrario, y mejor que así sea, porque la mujer entre los trabajadores está en condiciones de conservar más sereno el pensamiento director del hogar, ya que como el marido no se lo empaña la bebida ni se le embota en el esfuerzo de un trabajo basto. Hay que ver á la gente del pueblo en días de elecciones, como son éstos, y en un local de club político, esas pulperías con una bandera y un escudo al frente. Toda esa gente está embriagada y se amontona, vocifera y esputa en los corredores donde se gesta el destino civil. Obsequioso y farsante, el candidato va de grupo en grupo con una bandeja de empanadas, las célebres empanadas electorales, pues parece que sólo cuando la comida les regurgita esa gente se siente con

bríos para la magna obra cívica. Una vez más, el sistema representativo es una cuestión de estómago.

Los alrededores urbanos tienen cierta gracia virginal, tal vez porque todavía perpetúan el sabor del Tucumán pobre de antaño, con sus casas choceras medio derruídas y los grandes huecos de pastizal, y las calles que son senderos del campo mismo, con la vaca suelta, la esquila, y la familia bajo un árbol magnánimo y ma-



Campaña tucumana

jestuoso, á cuya sombra las viejas todo el día sentadas, fuman su chalita, mirando caer las hojas y pasar los seres como hojas. Los chicos son por ahí extremadamente gárrulos y lo que es más notable, echan á correr la frase ligera y sabrosa por el carril de las cosas que entretienen la fabla de las personas mayores: hablan de música, de carreras y ¡hasta del receso de las cámaras! Si estos hombrecitos fueran labrados con la proligidad laboriosa del estatuario... Un acelerado rumor de máquinas de coser sale de todos los rancheríos y se mezcla, como plegaria á plegaria, al suspiro sibilante de las alamedas, pues mueren en los suburbios los bulevares, entregando al campo raso la cauda de sus hileras

de casuarinas y jacarandás, hileras muy apartadas, siguiendo el ejemplo de todas las calles que son muy anchas, y adquiriendo así cierto aire de libertad y de juventud; y campo raso, muy blanco de sol, donde á espacios se yerguen edificios, más grandes en su soledad, como los hospitales, la cárcel, ó el retazo florido y selecto de una plaza. Para hospitales, está ese extenso de Nuestra Señora de las Mercedes, virgen muy predilecta; hospital que en un año sirve á cerca de diez y seis mil enfermos. Y esa cárcel con jardines, en cuya puerta se reunen anhelantes y llenas de penas, las mujeres envueltas en mantones negros, con sus chicos en los brazos y el atadito del auxilio muy esperado para el esposo preso. Escena de dolor y de fidelidad. Dentro de un rato se abrirán las puertas y entrarán las mujeres, llevando los hijos, como una bendición al beso de los prisioneros. Esa plaza cercana es histórica. Sus follajes salpicados por los puñados de rosas de la China, y los senderos de arena vidriosa están en el que fué territorio bendito de la batalla del Campo de las Carreras. Era justo que allí estuviese, como lo está, la estatua de Belgrano, una humilde, por cierto, y muy modesta estatua, cuyo bronce se calienta al sol en esta plaza siempre desierta, tal vez en el mismo sitio donde hace un siglo, el indeciso, pero santamente intencionado capitán, paraba su caballo por un clamor de vencido, mientras más allá de las fortalezas, las campanas predicaban la victoria. ¡Son tan hermosas estas plazas de Tucumán! Y tal vez porque no pueden ser de otro modo, aquí, donde todo lo que es naturaleza es hermoso. La central está traspasada de un hálito de azahares como un corazón por una alegría y la ciñen toda los naranjos. Es como cosa tradicional, un poco íntima, recatada, porque en medio del fervor de las calles que la circundan, ha podido mantener la señoría de un parque castellano, con sus altos árboles muy juntos, su frescura umbrosa y sus avenidas de baldosa roja, de baldosa vieja, donde pone el musgo su nata de sutil terciopelo. En el centro una estatua de la República, toda blanca, blanca. La República es muy sana, de una belleza holandesa, regordeta

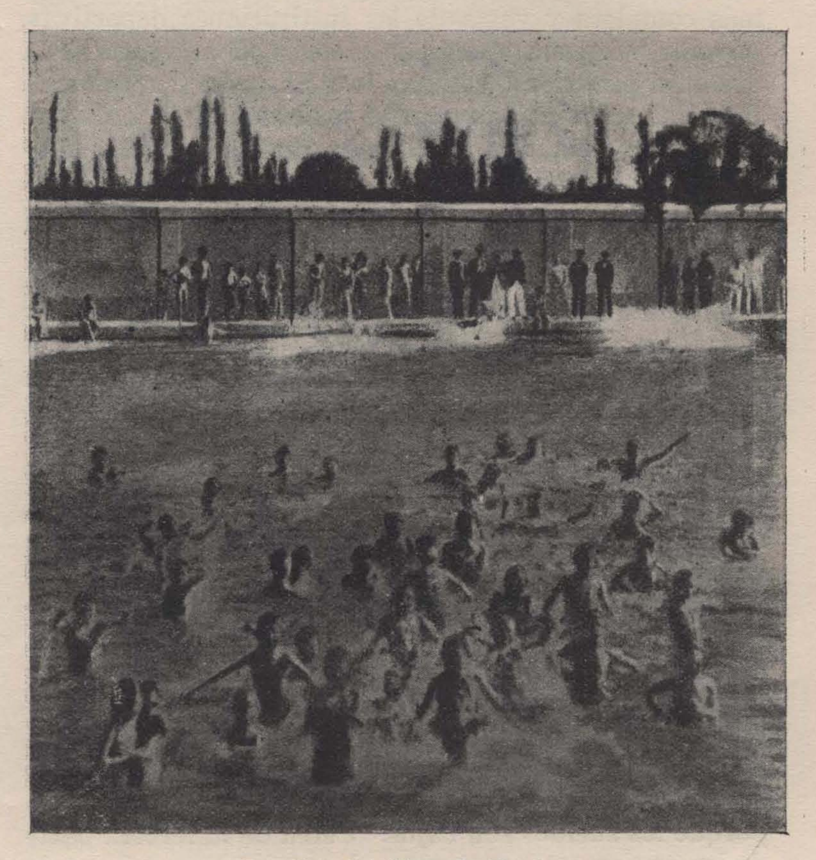
y alegre. El sol aclara sus exuberantes senos de mármol. No tiene la austeridad marcial de una Minerva, ni la gracia ligera y finamente sonriente de esa estatuaria francesa que parece alivianar el mármol de tan refinado que es su arte. Esta República es como una honrada madre de familia, y en verdad, no desmerece en tal carácter. En esta plaza, al atardecer y á la noche, se inician, opulentos de distinción y de delicadeza, los desfiles femeninos, ¿mujeres que pasan? Me acuerdo de *El Libro de los Elogios*:

> ¿Las estrellas se han puesto á caminar?
> Y ese ruido...
> ¿Las cítaras se han puesto á sollozar?
> Y ese ir y venir tierno y rendido...
> ¿Se ha puesto acaso á caminar el mar?...

Es en la noche, y en frente, en ángulo, hay dos cuadras de luces y cristales: son confiterías y cafés, temblando del tumulto de gente. En cambio, al otro lado sombrío, está la majestad de la alta iglesia cerrada, y junto á ella la luz, que denuncia labor callada, de la biblioteca pública; á la vuelta hay otra biblioteca, y ¡qué salones!, tal vez la más importante del interior, con sus veinte mil volúmenes. La auspicia la Sociedad Literaria Sarmiento, que á pesar de ser una institución de cultura, tiene, cabalmente, ochocientos socios. Sin duda aquí se lee mucho, aquí hay mucha cultura, y más libre, más personal, más artística que en otra parte. Veo en los tranvías á los muchachos con libros franceses. En los tranvías que en lugar de la ruedecilla de contacto, tienen en lo alto, rozando el cable, un gran arco. Y la Sociedad Sarmiento no es única, en cuanto puede significar de espíritu de asociación. Hay como treinta y cinco asociaciones de toda índole, pero predominan muy mucho los centros sociales, de puro recreo, mientras que—detalle para comparar con Córdoba—los centros religiosos, los católicos, son tan poquitos que apenas hacen bulto.

Estaba en principios hablando de una parte de los alrededores; en la otra veo levantarse solitaria, en el cielo

de acero, el cielo tormentoso, la torre aguda del asilo de las Terciarias Dominicas. Como el fondo del paisaje está vacío, se piensa en una abadía parada en el desierto. Pero más aquí hay un campo limpio, explanada; es



La pileta del Gimnasio Escolar

uno de los terrenos preparados para cancha de ejercicios de las escuelas. No se ha trabajado poco en favor de los ejercicios físicos, y se ha hecho todo con tanto tesón que consiguieron entregar á los jóvenes y á todo el pueblo esa admirable institución del Gimnasio Escolar, única en el país. ¿Qué es? Un recinto donde hay una

gran pileta de natación, y una pista para bicicletas y una provisión de bicicletas que el establecimiento provee gratuitamente á todo el mundo; un salón de gimnasia con los clásicos aparatos: barras, argollas, hamacas; un salón de esgrima, patios para criqué y bolos: la más completa y vasta de las instituciones deportivas, popular y amena que tiene además el aliciente de la absoluta gratuidad. Acertada anduvo la Dirección de Escuelas cuando se le ocurrió levantarla. Se nota que aquí nada falta, que todo se ha realizado para atraer á la gente, con la insistencia de un empresario. Y esto, unido al auspicio general, es un motivo de significado, en cuanto expresa una tendencia pública muy pronunciada. No está mal que los enjutos miembros criollos se helenicen un poco, ahora también que se modelan en los troqueles que trae la inmigración. El Sport Club y el Gimnasio tienen una cifra que fluctúa en los cincuenta mil asistentes anuales, y hay *treinta* sociedades deportivas.

Como dicen que Tucumán se enorgullece de ser tal vez la primera provincia argentina en materia de educación y funda particularmente esta preeminencia en lo excelente de sus programas, regístrase, sin comentarlos, algunos datos al respecto. Ante todo, conviene decir que los mejores edificios de la ciudad pertenecen á escuelas; ocurre quizás lo mismo que en San Luis. La escuela Avellaneda, dispuesta en tres grandes pabellones, es un testimonio. Hay en toda la provincia insuficiencia de maestros, en parte porque se ha empezado á adoptar un criterio de selección del personal y luego porque los sueldos son bajos. Cerca de la tercera parte de los que en estos momentos dan enseñanza carecen de diploma. Se ha tratado de remediar las faltas del cuerpo docente con la creación de una "Escuela Profesional de Maestros de Enseñanza Primaria", con la cual se aumenta el número escaso de los que egresan de las escuelas normales. Los programas son más simples que en estas últimas y menor el período de los cursos. En esta Escuela Profesional se tiende á eliminar del plan de estudios el exceso de materia científica, cuyo conoci-

miento no es indispensable para maestros de escuela primaria, dando más lugar á los trabajos manuales y á la enseñanza regional.

Del total de la población escolar quedan cerca de dos tercios que no concurren á la escuela, y todavía de los niños inscriptos, una cantidad respetable se marca por su inasistencia, que se hace regular. En épocas de las cosechas hay alumnos que faltan hasta cuatro meses seguidos, dedicados por sus padres á los trabajos agrícolas. En las escuelas de la capital se ha suprimido desde hace tiempo el horario alterno; y en todos los puntos posibles se elimina el sistema de la coeducación de sexos, en mérito "de una justa aspiración de los vecindarios".

Una institución pública como cualquier otra es el *reñidero*. De un dintel salta á la calle un letrero verde donde dos gallos se miran con intenciones que no son precisamente muy cordiales. En las tardes del domingo hay riñas de gallos que son candentemente comentadas en los *boliches*, como llaman á los almacenes en esta peregrina comarca. Entro y aprendo que de Pascua á Diciembre las falanges guerreras descansan porque mudan las plumas. Pero puede venir lo mismo, me dice el hombre con un cinismo de la mejor pasta, tenemos taba y guitarrita todos los domingos. De aquí al mercado hay un paso: desde el portón un olor de frituras, de guisado salpicón que sobre braseritos revuelven las mujeres; las más se juntan en corro, con los cestos en las manos, escuchan leer un conato de "Sucesos Ilustrados", y las láminas con asesinatos pasan de mano en mano, y en la emoción de la figura los comentadores se atropellan pisando la carne glutinosa de las anguilas negras tiradas sobre el cemento húmedo. La larga charla en los puestos de verdura debe ser de un paladeo de compota, la charla que se mueve con la dejadez de una seda pesada. En cuanto llega una sindicada compradora, la verdulera ofrece el cimarrón chorreando, y trabado el palique como juncos flexibles, saca al rato el atado de cigarrillos y el corro entero fuma con varonil ardor.

Ya tocando el perímetro urbano, se desliza hasta cual-

quier horizonte el mar inmóvil de los cañaverales, llaga de esmeralda en el cálido hombro de la patria. Esto es Tucumán puro y es pura riqueza, con sus cien pesos de ganancia limpia que da cada hectárea. Son como las factorias: la casa grande, rojiza, las hileras interminables de carretas cargadas y los hombres con anchos sombreros. Todo tiene el aspecto de las explotaciones en la virginidad de las tierras tropicales: Guayana, Cuba, Senegal. Hasta esa calle única, muy ancha, con su alta alameda, á cuyos bordes se alinean los centenares de casitas blancas, el caserío de los obreros cuyos corazones se alegran, como dioses ante la ofrenda, cuando oyen caer el espumoso chorro entre los incansables dientes de los trapiches.

ENRIQUE BANCHS.

Sección de educación [1]

Memoria de la Dirección de Escuelas Municipales correspondiente al año de 1872

LA ENSEÑANZA

La instrucción popular en Buenos Aires atraviesa hoy un interesante momento de transición. Es la desaparición de la vieja educación colonial que cede su puesto á la influencia de la escuela moderna.

Pero no es entre nosotros tan sólo, puede decirse, que la misma cuestión se debate; el mundo entero se ocupa de ella; y casi toda Europa, imitando á Estados Unidos, trata de modelar sus escuelas según el sistema alemán.

Aquí el problema está librado hace tiempo á una Convención Constituyente, que con la reforma de nuestra Constitución local, debe darnos la ley fundamental de educación.

---

(1) El presente informe pertenece á Carlos Encina, que en esa época 1872, fué encargado por la Municipalidad de la dirección de las escuelas comunales. Ahora que la escuela entre nosotros pasa por un desenvolvimiento concorde con la civilización, nada más grato para los que la siguen en su historia, que repasar las líneas del brillante escrito de Encina, donde con serena visión enuncia una serie de reformas que sin duda afectaron el rumbo de la instrucción pública. Recuérdese que él trabajó más que nadie para que se implantara la enseñanza de las ciencias naturales y los ejercicios físicos. Pero, aparte de la actuación que tuvo como funcionario público, y como estudioso de las ciencias exactas, su nombre enaltece singularmente al medio en que figuró, considerándolo como poeta. De él es aquel ''Canto al Arte'', del cual pudo decir don Lucio V. López que fijaba nuevos rumbos á la poesía, y que era, seguramente, el canto más notable de un poeta americano.

Vemos venir esta reforma con entera fe, de una manera necesaria, como el momento futuro de nuestra historia fundado en el momento precedente, y á cuya realización fuera insensatez oponerse.

Así, pues, al presentar ideas de reforma en este escrito, lo hacemos sin pretensiones y como simples instrumentos de la evolución social que apuntamos, realizando aquella evolución en la humilde esfera de nuestro deber.

Conocido es el atraso lamentable de nuestras escuelas. Voces más autorizadas que la nuestra se han levantado mil veces para condenarlo.

Desde la revolución de Mayo hasta la fecha, tres generaciones han pasado perfeccionándose. Particularmente en los últimos diez años transcurridos, Buenos Aires ha progresado con asombrosa rapidez; en la ciudad el pensamiento se desenvuelve día por día, y en la campaña el comercio invasor ha transpuesto las fronteras; la bota de potro no se encuentra ya ni en los toldos. Todo se ha transformado; pero la escuela de la antigua colonia ha permanecido embotada y estacionaria; es la vida petrificada en su propia fuente.

Funcionan en la ciudad, á cargo de la Municipalidad de Buenos Aires, cuarenta y seis escuelas, repartidas del modo siguiente:

Escuelas municipales

De varones	15
De ambos sexos	17
Escuelas municipales	32

Escuelas subvencionadas

Nocturnas de adultos	2
De niños	2
De ambos sexos	10
Escuelas subvencionadas	14
Total de escuelas	46

Las escuelas subvencionadas lo son á razón de 30 pesos mensuales por cada alumno que educan gratis, contrayendo además el compromiso de sujetarse al Reglamento de Escuelas Municipales.

Según el mismo Reglamento la enseñanza consiste en:

1. Catecismo de Astete
2. Lectura
3. Escritura
4. Ortografía
5. Gramática
6. Nociones de higiene.

} Todo aprendido de memoria.

Pudiendo agregarse con *autorización especial* Geografía, Dibujo y Canto.—¿Y si el maestro quisiera enseñar Historia Natural, Geometría y Astronomía?—Esto le está prohibido.

Nuestra primera diligencia ha sido pedir á la Municipalidad estableciese en las escuelas una hora diaria de recreo; esto en calidad de provisorio, mientras no se instituyese formalmente la gimnástica.

Nos apresuramos también á autorizar é indicar á los maestros la enseñanza de la Geografía, y tratamos de estimularlos insinuándoles el aumento de ramos, bajo nuestra responsabilidad.

Solicitamos por último autorización para ensayar algunas modificaciones en los métodos existentes; y concedida que nos fué, dejamos á cada maestro en libertad. Porque creemos que los maestros son en general superiores al reglamento que les esclavizaba, y que espontáneamente podían dar mejores frutos que anulados como estaban por la sistematización reglamentaria.

Los resultados pueden apreciarse por medio de las planillas adjuntas núms. 1, 2 y 3, que manifiestan las dos primeras el estado de la instrucción y la tercera el resultado obtenido en el último examen anual.

He aquí el resumen de esos datos considerando la instrucción:

1.° Según las Escuelas.
2.° Según los alumnos.

Instrucción según las Escuelas

Extracto de las planillas núms. 1 y 2

Enseñan Geometría, Dibujo, Historia Natural, Fisiología, é Historia Argentina.

Dibujo, Geometría é Historia Argentina:	
Escuelas núms. 3, 4, 11, 14 y 15 varones	5
Dibujo, Geometría é Historia Natural:	
Escuelas núm. 4 (ambos sexos)......	1
Fisiología—Escuela núm. 13 (varones)	1
Geometría—Escuela núm. 14 (íd)....	1
	8

Enseñan Geografía:	
Escuelas de varones: todas menos las números 2 y 7....................	13
Id de ambos sexos: todas menos las números 5, 7, 9, 11 y 17............	12
Subvencionadas de varones núm. 4...	1
Id de ambos sexos núms. 2, 3, 4 y 7...	4
	30

Según el examen anual último, han resultado distinguidas en los ramos que se expresan las escuelas que van á continuación:

Extracto de la planilla núm. 3

Escuelas distinguidas	Ramos de enseñanza
No. 1 de varones	Aritmética Comercial, Higiene
» 3 » »	Dibujo, Geometría, Geografía
» 4 » »	Geometría y Geografía
» 5 » »	Higiene y Geografía
» 5 » »	Geografía
» 6 » »	Geografía
» 10 » »	Geografía
» 11 » »	Dibujo, Geom. é Hist. Argentina
» 12 » »	Geografía
» 13 » »	Geografía, Fisiología é Higiene
» 14 » »	Aritmética, Geometría y Dibujo
» 2 » ambos sexos	Geografía
» 3 » »	Geografía y Dibujo
» 4 » »	Geometría é Historia Natural
» 6 » »	Geografía
» 9 » »	Aritmética y Dictado
» 14 » »	Geometría y Geografía
» 15 » »	Geografía y Dibujo

Instrucción según los alumnos

Escuelas Municipales

	Niños	Niñas	Total
Alumnos inscriptos	2130	1219	3349
Aprenden lectura	2130	1219	3349
» escritura	2130	1219	3349
» Doctrina cristiana ...	2130	1219	3349
» Aritmética	2130	1219	3349
» Idioma Nacional	2130	1219	3349
» Dictado	488	291	779
» Geografía............	345	172	517
» Geometría y Dibujo ..	83	81	169
» Higiene	29	0	29
» Historia Argentina ..	140	53	193
» Historia Sagrada	337	246	583
» Historia Natural	0	36	36
» Fisiología	12	0	12
» Labores		703	703

Escuelas subvencionadas

	Niños	Niñas	Total
Alumnos inscriptos	421	334	755
Alumnos subvencionados á razón de 30 $ mensuales cada uno..			390
Aprenden lectura, escritura, aritmética é idioma nacional.....	421	334	755
Aprenden Doctrina Cristiana ..	331	334	665
» Dictado	96	63	159
» Geografía	53	8	61
» Historia Sagrada	21	52	73
Labores de aguja		69	69

Resultado general de los exámenes

Planilla núm. 3

Total de escuelas	46
Alumnos inscriptos	3739
» examinados	1963
» premiados	264

El nuevo programa

Progreso es el desenvolvimiento gradual de la vida en el universo. Y la educación considerada como fundamento del progreso humano, consiste únicamente en el desarrollo armónico de todas las facultades del individuo.

De aquí:

1.o Educación física.
2.o Educación de la inteligencia.
3.o Educación de la sensibilidad.
4.o Educación de la voluntad.

De modo que el problema de la educación ofrece naturalmente cuatro términos que iremos examinando por su orden:

1.° *Educación física*—Un físico robusto es la base sobre que debe elevarse nuestra sólida construcción. *(Mens sana in corpore sano).*

La gimnástica y la pureza de costumbres han sido en todo tiempo las solas causas de la grandeza de los pueblos. En Alemania este arte se extiende hasta la mujer, y es considerado á la par del más alto ramo de educación.

Buenos Aires debe sobre esto reformar su tradición y modo de ser. Las familias no aman, ni conocen siquiera la poderosa influencia de un sistema que puede en pocos años cambiar una generación. Es necesario combatir la inercia de la materia que nos esteriliza, y la vida muelle de ciudad que incesantemente conspira contra nuestra dignidad.

La gimnástica ennoblece las formas físicas, aumenta la salud y las fuerzas, desarrolla el valor y la energía, y modera las pasiones.

En el programa que hemos formulado se establecen tres clases de ejercicios:

1.° Ejercicios físicos (marchas, movimientos de miembros) de tres á cinco minutos cada hora, para los niños de ambos sexos que no lleguen á diez años.

2.° Gimnástica elemental una vez al día para los varones entre diez y doce años.

3.° Gimnástica sobre aparatos una vez al día para los varones mayores de doce años.

2.° *Educación de la inteligencia.*—La inteligencia es el principio de nuestro ser moral; es la segunda categoría según el orden de las metamórfosis humanas; porque el hombre ha sido primitivamente físico, después inteligente, más tarde sensible ó moral, y por último libre ó dotado de voluntad. Y así como la aparición de la inteligencia sobre la tierra es el primer término de la evolución moral de nuestra especie, la voluntad es el último, el más elevado con el cual se cierra el respectivo período de creación.

El problema de la educación intelectual debe abordarse de dos maneras: primero, en cuanto á los métodos; segundo, en cuanto á los programas.

Por lo que hace á los métodos, el sistema graduado es el único que puede hoy servir de base á un programa serio. En el nuestro hemos adoptado la enseñanza en ocho grados por varias razones.

1.ª Con arreglo al estado de nuestras escuelas, ellas pueden poner en práctica inmediatamente los cinco primeros grados, sin aumento de personal, ó cuando más agregando un maestro á cada escuela.

2.ª Los grados restantes deben funcionar sucesivamente por su orden en los tres años subsiguientes, y si se quisiese aumentar los grados extendiendo la enseñanza, sería muy fácil y no alteraría el fondo del programa.

Creemos que la división adoptada satisface á las actuales condiciones de nuestra enseñanza y á su progreso futuro, y consideramos la cuestión del número de grados como puramente accesoria.

El excelente Manual de Lecciones de objetos de Calkins, dividido en cuatro grados, recientemente adoptado por la

Municipalidad para estudio de los maestros, nos ha servido de guía bajo el doble aspecto de las materias y de la graduación. Pudiendo nuestro trabajo ser considerado como la prolongación de aquél. Conforme á esta base, cada grado de estudio representa un año escolar.

En cuanto á los programas, nuestras ideas son radicales. Pensamos que el niño debe saber, en materia de conocimientos, todo cuanto su espíritu es capaz de percibir y no se opone á su estado moral.

La ciencia es una. Si para estudiarla hacemos en ella divisiones, éstas son puramente subjetivas y transitorias; y su mismo estudio nos acerca á la unidad. La física y química, no se diferencian en su filosofía; y la fisiología es la físico-química de los seres vivos. Las matemáticas están ya tocando su perfecta unidad; y así la geometría como la mecánica y la ciencia de los números, todo lo concentran en una misma y simple fórmula: el álgebra.

La verdad es una. Ella se refracta en el entendimiento como el rayo luminoso á través del prisma; pero con los varios colores del espectro, recomponemos la luz.

Por otra parte, la experiencia está hecha; la educación científica del pueblo no es ya un problema á resolver; es la realidad más grande de nuestro siglo, y constituye hoy la felicidad de las naciones que. como Alemania y Estados Unidos, nos precedieron en la tarea.

Véase el extracto del programa de New-Bedford (Massachusets), uno de los mejores de la República Americana y que presenta con el nuestro grandes analogías:

Escuela Infantil

Tres años.—Tres grados

Primer grado

Cuerpo humano, sus partes principales y usos, objetos usuales, forma, extensión, colores, propiedades más aparentes:

Lectura y escritura simultáneas.

Cantos, ejercicios físicos, recitación de versos y máximas.

Segundo grado

Animales salvajes, árboles, flores, colores secundarios, división del tiempo, repaso.

Lectura y escritura, cuestiones sobre las lecturas, dibujo sobre pizarra.

Dibujo sobre pizarra.

Ejercicios sobre los números, versos y máximas, moral y buenas maneras, música y gimnástica.

Tercer grado

Clasificación general de los animales, calidades, propiedades características de los objetos, relaciones y contrastes, sombras y colores, líneas y ángulos, etc.

Lectura y deletreo.

Dibujo y escritura.

Principios de aritmética mental, continuación de los ejercicios de música, moral y buenas maneras, versos y máximas.

Escuela Primaria

Cinco años.—Cinco grados

Primer grado

Repaso, mercaderías, instrumentos materiales, objetos de consumo, figuras planas, el círculo y sus partes.

Dibujo, copias de modelos progresivos, lectura, ortografía.

Dibujo de cartas.

Escritura. Uso de la pluma y el papel.

Aritmética. Sistema métrico decimal, números enteros y decimales, problemas prácticos, cálculo de memoria.

Geografía elemental hasta la América del Sur.

Cantos, moral y buenas maneras, ejercicios físicos.

Segundo grado

Sólidos rectangulares y esféricos, propiedades de los cuerpos; leyes del movimiento; noticias históricas (Cristóbal Colón, Felipe II, Samuel Adams, Washington, Franklin).

Lectura. Ortografía, principios de gramática (enseñanza oral).

Dibujo natural y de cartas.

Escritura.

Aritmética, las fracciones, el máximo común divisor, cálculo de memoria.

Geografía; continuación.

Composición, declamación, recitación.

Música, etc.

Tercer grado

Metales y minerales, el aire y el agua, respiración, circulación, digestión.

Gobierno de los Estados Unidos.

Lectura, ortografía.

Historia.

Gramática, nombres y adjetivos.

Aritmética, operaciones sobre los números complejos, ejercicios de cálculo rápido.

Historia de la Revolución de los Estados Unidos.

Biografías: Lincoln, Grant, Sherman, Sheridan.

Geografía; continuación.

Dibujo, composiciones, ejercicios vocales como anteriormente.

Cuarto grado

Mecánica, electricidad, magnetismo, acústica, luz, calor.

Biografías.

Fisiología.

Gramática hasta los verbos.

Aritmética: continuación; cálculo mental.

Geografía, dibujo de cartas hechas de memoria.

Escritura, fórmulas comerciales.

Historia de la Constitución de los Estados Unidos composición, declamación, etc.

Quinto grado

Geología, meteorología, astronomía.

Noticias históricas, composiciones, recitaciones.

Lectura, ortografía.

Análisis gramatical.

Geografía física; uso de las esferas.

Historia; continuación.

Aritmética; proporciones simples y compuestas, combinaciones de números por series, cálculo de memoria, escritura comercial.

La Escuela Superior de San Luis (Missouri), comprende cuatro grados (cuatro años), y el último abarca las siguientes materias:

Geometría analítica, cálculo infinitesimal, latín ó alemán, francés, filosofía, lengua y literatura inglesa.

En la parte matemática este programa alcanza hasta nuestro *primer año de ingenieros.*

3.° *Educación de la sensibilidad*—La sensibilidad puede ser considerada como el fundamento del principio religioso.

Si la sensibilidad es extraviada, el hombre decae y se degrada.

Una inteligencia sin sensibilidad es atea.

Además del principio religioso (Dios é inmortalidad), cooperan al cultivo de la sensibilidad la música, la poesía sublime y aún la biografía, presentando cuadros de grandeza humana que despiertan nuestra admiración.

Los alemanes enseñan la música, no como una distracción ó un mero adorno, sino como medio de elevar el sentimiento predisponiendo el ánimo á las grandes ideas.

Tal es nuestra tendencia al introducir en el nuevo programa ese noble instrumento de moralización.

4.° *Educación de la voluntad*—La voluntad es la facultad más preciosa de la especie humana, y puede asegurarse que es el atributo que la caracteriza.

El hombre sin voluntad es, simplemente, un animal sometido á las fuerzas ciegas de la naturaleza.

La voluntad se cultiva:

1.° Por medio de la sensibilidad, que nos hace percibir un orden de fenómenos superior á la animalidad humana.

2.° Por el ejercicio, habituándonos á vencer las pasiones.

3.° También por medio de la biografía, que nos enseña los grandes hombres elevándose en razón directa del dominio que ejercen sobre sí mismos.

Educar la voluntad es la conquista más alta y difícil que sobre la naturaleza puede el hombre alcanzar. El cultivo del físico es una necesidad; el del entendimiento una conveniencia; el de la sensibilidad un placer; el cultivo de la voluntad es una virtud.

El artículo moral religiosa, de nuestro programa, ha sido complementado indicándose la educación de la voluntad.

Tal es el resumen de las ideas que nos han servido de cuadro para desenvolver nuestro proyecto, cuyo bosquejo se ve á continuación:

BOSQUEJO DE UN PROGRAMA GRADUADO DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, PARA LAS ESCUELAS MUNICIPALES DE BUENOS AIRES

		1er GRADO	2º GRADO	3er GRADO	4º GRADO	5º GRADO	6º GRADO	7º GRADO	8º GRADO
	FILOSOFÍA NATURAL Y ARTES INDUSTRIALES								
Educación de la inteligencia......	1—Cuerpo humano............	Primeras	nociones	Prims. noc.	Principios de	Anatomía	Nociones de	Fisiología	Higiene
	2—Animales	1	2	3	4	Principios	de	Zoología	Repaso
	3—Plantas	1	2	3	4	id	de	Botánica	id
	4—Minerales.................	1	2	3	4	id	de	Geología	id
	5—Propiedades de los cuerpos	1	2	3	4	id	de	Física	Leyes generales
	6—Constitución de la materia.	—	—	—	Primeras nociones	id	de Química	Orgánica	é inorgánica
	7—Objetos	1	2	3	Manufacturas	Tecnología	y visitas	á los	talleres
	ENSEÑANZA ELEMENTAL								
	8—Lectura..................	1	2	3	Lectura corriente	Lectura	y	narraciones	—
	9—Escritura.................	En	pi	zarra	Uso de la	pluma—Ense	ñanza simultánea	con	la lectura
	10—Ortografía...............	—	—	Mayúsculas	y punto	Letras y	puntuación	gramatical	al dictado
	CIENCIAS EXACTAS								
	11—Números..................	1	2	3	Cálculo mental	Aritmética	teórica y aplicada	Nociones de álgeb.	y tened. de librs
	12—Extension................	1	2	3	Nociones de	Geometría	plana y	del espacio	Geom. práctica
	13—Lugar....................	1	2	3	Geografía	elemental y	astronómica	Nociones de	astronomía
	14—Movimiento y fuerza.......	1	2	3	4	Nociones	de	Mecánica	Repaso
	CIENCIAS MORALES								
Educación de la sensibilidad	15—Moral religiosa............	1	2	3	Lectura	del	Evangelio	Lectura del	Evangelio
	16—Historia..................	—	—	—	Rasgos Hist. Arg.	Historia Antigua	Edad media	Edad Moderna	Historia Argen.
	17—Biografía.................	—	—	—	—	Biografías	en relación	con la historia	y las ciencias
	18—Instrucción cívica..........	—	—	—	—	Principios gene.	Const. Prov. y	Nacional	Repaso
	BELLAS ARTES								
Educación de la voluntad.........	19—Lenguaje y composición...	1	2	3	4	Ejercicio	y estudio	progresivo	Análisis gramat.
	20—Recitación...............	Recitación	de	Versos	y máximas	—	—	—	—
	21—Dibujo...................	En	pi	zarra	Uso del	papel	Dibujo	Lineal y	Natural
	22—Colorido.................	1	3	3	Ejercicio	simul	táneamente	con el	Dibujo
	23—Música...................	Can	tos	Cantos	Música	Vocal	Enseñanza	y	Cantos
Educación fisic	24—Gimnástica...............	Ejer	ci	cios	físicos	Ejer	cicios	gimnás	ticos

COSTO DE ESCUELAS

El gasto general de las escuelas proviene:

De alquileres de casas para 30 escuelas municipales, porque las 2 restantes están en propiedades de la corporación.

De sueldos de maestros.

De importe de textos y útiles que se dan á los niños de familias pobres.

De gastos varios que consisten en impresiones, traslación de escuelas, reparaciones, etc., y además 20.000 pesos asignados para el último examen anual.

Finalmente de subvenciones que se pasan á diversos establecimientos de educación, con la condición de admitir ellos cierto número de alumnos gratis, á razón de 30 pesos mensuales, por cada alumno, comprometiéndose también la escuela subvencionada á sujetarse á los reglamentos municipales que rigen en la materia.

Las planillas núms. 1 y 2 dan cuenta detallada de los diversos gastos de escuelas. Deduciéndose de ellas los datos que siguen:

Escuelas Municipales

Alquileres

	Al mes	Al año
30 Escuelas que pagan alquiler....	62.700	752.400

Sueldos

32 Preceptores á 2000 $ mensual uno	64.000	768.000
32 Subpreceptores á 1000 $ id id....	32.000	384.000
1 Ayudante á 500 $ id id.........	500	6.000

Textos y útiles

El gasto en 1872 se calcula en.........	3.540	42.480

Gastos varios

Han importado en el año 1872		3.792	45.500
Gasto total en las 32 escuelas		166.532	1.998.380
Alumnos inscriptos	3349		
Término medio de alumnos que resulta para cada escuela	105		
Costo medio de cada niño		49.7	596.7

Costo medio de una escuela municipal

		Al mes	Al año
Alquiler de casa		2.000	24.000
Sueldo del preceptor		2.000	24.000
Id. del subpreceptor................		1.000	12.000
Textos y útiles		111	1.328
Gastos varios		118	1.422
Total		5.229	62.750
Número de alumnos.............	105		
Costo medio de cada alumno		50	600

Escuelas subvencionadas

Las 14 escuelas subvencionadas, á razón de 30 $ mensuales por cada alumno que educan gratis		11.700	140.400
Textos y útiles		791	9.494
Gastos varios		357	4.283
Total		12.848	154.177
Alumnos subvencionados	390		
Costo medio de cada alumno		33	395

RESUMEN

Escuelas Municipales

Alumnos inscriptos	3349		
Total de gastos		166.532	1.998.380

Escuelas subvencionadas

Alumnos subvencionados	390	12.848	154.177
Sumas	3739	179.380	2.152.557

Necesidad de ensanchar las escuelas

Si se comparan los precedentes datos con los que suministra el censo de 1869, se ve que el beneficio de la educación alcanza sólo á poco más de una *tercera parte* de los niños que lo necesitan.

En efecto, tenemos:

	Varones	Mujeres	Total
Niños entre 7 y 12 años (según censo)	10.630	10.955	21.585
Van á la escuela	7.671	7.374	15.055
Quedan sin educación	2.949	3.581	6.530
Educados por cuenta de la Municipalidad	2.130	1.219	3.739
Niños á educar, entre 7 y 12 años..	5.079	4.800	10.269

Los 10.269 niños repartidos entre las 32 escuelas municipales, producen un cuociente de 321 alumnos. Por consiguiente, colocando nuestras escuelas en casas convenientes, podemos responder á esta necesidad con una erogación relativamente menor.

El presupuesto de gastos debería calcularse con arreglo á la siguiente fórmula:

Costo de una escuela, según el tipo 300 niños

	Al mes	Al año
Alquiler de casa	3.000	
Sueldos del preceptor	2.000	
Id. de 2 subpreceptores	2.000	
Id. de 3 ayudantes	1.500	
Textos, útiles, etc.	600	
	9.100	
Costo medio de un alumno	30	360

Presupuesto general

Las 32 escuelas á 9.100 $ una	291.200	3.494.400
Gasto actual		2.152.557
Aumento		1.341.843
Nota—Se debe observar que según las actuales escuelas el costo medio de un alumno es de 600 $ anuales, y los 10.269 niños costarían		6.161.400
Lo que produce una economía anual de..		2.667.000

Por todo esto y otras razones relativas á dotación, inspección, etc., preferimos el tipo de escuela de trescientos niños como el más económico y ventajoso bajo todos aspectos.

Finalmente, el ensanche de las escuelas debe sujetarse en general á los siguientes principios:

1.° Para cada escuela un preceptor.

2.° Para cada 50 niños un maestro.

3.° La mitad, ó la mitad del personal más uno, debe ser formado por el preceptor y los subpreceptores, y el resto por los ayudantes.

4.° El mínimum para cada escuela, según su asistencia media, conviene sea de 150 niños, y el máximum de 300.

Buenos Aires, Enero de 1873.

Carlos Encina.

NOTA—Escrita esta Memoria, la Municipalidad ha tenido á bien sancionar nuestro programa en sesión de 28 de Enero, aceptando asimismo el preámbulo reglamentario con que lo acompañamos, por el cual se estatuye:

1.° La enseñanza oral como base, y los textos como auxiliares.

2.° Planteación inmediata de los cinco primeros grados, debiendo los otros funcionar en los tres años subsiguientes al actual.

3.° Prohibición absoluta de la enseñanza literal de memoria, menos en el ramo de recitación.

4.° Asignación de doscientos mil pesos para compra de bufetes, útiles de escuelas, libros, mapas, instrumentos, etc.

5.° Conferencias de maestros.

Al tiempo de la sanción del programa, fué modificado el artículo 6.°, Moral religiosa, agregándose la enseñanza del Catecismo de Astete.

C. E.

ANEXO NÚM. 4

PROYECTO DE RESOLUCIÓN

La Corporación Municipal, etc.

Artículo 1.° Adóptase el programa de enseñanza presentado en la fecha por el Director de Escuelas, según el cual la instrucción primaria queda dividida en ocho grados y comprende los ramos siguientes:

Filosofía natural y Artes individuales.........	1. Cuerpo humano (anatomía, fisiología, higiene).	
	2. Animales	Historia natural.
	3. Plantas	
	4. Minerales	
	5. Propiedades de los cuerpos (física).	
	6. Constitución de la materia (química).	
	7. Objetos.	
Enseñanza elemental....	8. Lectura.	
	9. Escritura.	
	10. Ortografía.	
Ciencias exactas........	11. Números (aritmética, nociones de álgebra, teneduría de libros).	
	12. Extensión (geometría).	
	13. Lugar (geografía y astronomía popular).	
	14. Movimiento y fuerza (nociones de mecánica).	

Ciencias morales	15. Moral religiosa. 16. Historia. 17. Biografía. 18. Instrucción cívica.
Bellas Artes	19. Lenguaje y composición. 20. Recitación. 21. Dibujo. 22. Colorido. 23. Música.
Educación física	24. Gimnástica.

Art. 2.° La enseñanza se dará oralmente en las divisiones de filosofía natural y artes industriales, ciencias exactas y ciencias morales (excepto la historia y la biografía), y así también en el ramo de lenguaje y composición.

Esto sin perjuicio de los libros especiales que el alumno debe principiar á estudiar desde el 4.° grado.

Art. 3.° El estudio literal de los textos, como se ha hecho hasta ahora, queda absolutamente prohibido; menos en el ramo de recitación, destinado por su naturaleza á cultivar la memoria del niño.

Art. 4.° Durante el año escolar que principia, se pondrán en ejecución simultánea los cinco primeros grados; y los tres últimos lo serán por su orden en los tres años subsiguientes.

Art. 5.° Quedan establecidas las conferencias de maestros, y declaradas obligatorias, al menos una vez por semana.

Art. 6.° Se asigna la suma de doscientos mil pesos moneda corriente á la disposición de la Sección de Educación con destino á compra de bufetes, útiles de escuelas, calculados para un año, libros, mapas, cuadros de ciencias naturales, instrumentos, aparatos y demás que requiera la inmediata y conveniente planteación del programa adoptado.

Art. 7.° Queda derogada toda disposición que se oponga á la presente.

Sancionado en sesión de 28 de Enero de 1873.

C. E.

Primer grado

1—Cuerpo humano: sus partes principales.

2—Animales domésticos: sus diferentes partes, formas y colores.

3—Plantas: sus partes y formas.
4—Minerales: distinción y uso de los minerales y metales comunes.
5—Propiedades físicas de los cuerpos: primeras ideas.
6—Suprimido.
7—Lecciones sobre objetos comunes.
8—Lectura por objetos y en carteles. Uso del libro primario al fin del año.
9—Escritura en pizarra, enseñada simultáneamente con la lectura.
10—Suprimido.
11—Números: contar hasta cincuenta; adición y substracción por objetos.
12—Distinción de las formas: superficies, líneas, ángulos; medidas de las distancias.
13—Desarrollo de las ideas de lugar: los cuatro puntos cardinales.
14—Idea del movimiento, por objetos; diversas clases de movimientos.
15—Moral religiosa: introducción al Catecismo de Astete (enseñanza oral).
16—Suprimido.
17—Suprimido.
18—Suprimido.
19—Lenguaje: nombrar los objetos y sus calidades, formar frases sencillas.
20—Recitación de versos y máximas.
21—Dibujo en pizarra relacionado con la lectura y la escritura.
22—Colorido: colores primarios y secundarios; colores familiares.
23—Desarrollo de la idea de sonido, clasificación de los sonidos; cantos.
24—Ejercicios físicos de tres á cinco minutos cada hora.

Segundo grado

1—Cuerpo humano: uso de los diversos miembros.
2—Animales domésticos (continuación): sus costumbres, analogías, principios de clasificación.

3—Plantas: caracteres y funciones de sus diversas partes; analogías y diferencias.
4—Minerales (continuación).
5—Propiedades físicas de los cuerpos (continuación).
6—Suprimido.
7—Objetos comunes: comparación y analogías; clasificación.
8—Lectura: continuación.
9—Escritura en pizarra (continuación).
10—Suprimido.
11—Números (continuación): contar hasta cien; multiplicación y división por objetos.
12—Extensión (continuación): grados del círculo.
13—Definiciones geográficas: idea y uso de los mapas.
14—Idea del movimiento (continuación).
15—Moral religiosa: introducción al Catecismo de Astete (enseñanza oral).
16—Suprimido.
17—Suprimido.
18—Suprimido.
19—Lenguaje: descripción de objetos familiares.
20—Recitación de versos y máximas.
21—Dibujo en pizarra: continuación.
22—Colorido: sombras, armonías de los colores.
23—Desarrollo de la idea de sonido (continuación): cantos.
24—Ejercicios físicos como anteriormente.

Tercer grado

1—Cuerpo humano: los cinco sentidos.
2—Animales domésticos: continuación de la comparación, analogías y principios de clasificación.
3—Plantas: su distinción del animal y el mineral.
4—Minerales (continuación): arenas y rocas.
5—Propiedades físicas de los cuerpos (continuación).
6—Suprimido.
7—Objetos comunes (continuación): ejercicios de observación.
8—Lectura (continuación).
9—Escritura en pizarra (continuación).
10—Suprimido.
11—Números: continuación del grado anterior.

12—Extensión: el círculo y las líneas rectas; los sólidos.
13—Levantar el plano de la sala de la escuela: uso de la escalgráfica.
14—Comparación de los movimientos: velocidad.
15—Moral religiosa: introducción al Catecismo de Astete (enseñanza oral).
16—Suprimido.
17—Suprimido.
18—Suprimido.
19—Lenguaje: continuación y amplificación.
20—Recitación de versos y máximas.
21—Dibujo en pizarra (continuación).
22—Colorido: clasificación de los colores; experimentos del prisma.
23—Sonido (continuación): desarrollo de la idea de tiempos musical; cantos.
24—Ejercicios físicos.

Cuarto grado

1—Cuerpo humano: repaso de los 3 grados precedentes; principales caracteres anatómicos; los tres reinos de la historia natural; razas humanas.
2—Animales: repaso de los 3 grados precedentes é introducción al quinto grado.
3—Plantas: repaso é introducción al quinto grado.
4—Nociones de geología: minerales y metales industriales.
5—Física: primeras nociones.
6—Ideas sobre los caracteres químicos de las substancias de uso común; combinaciones y mezclas.
7—Manufacturas.
8—Lectura corriente: narraciones hechas por el niño, de sus propias lecturas.
9—Escritura: uso de la pluma y el papel.
10—Uso de las letras mayúsculas y el punto final.
11—Números: las cifras; las fracciones y la tabla por objetos; aritmética mental.
12—Extensión (repaso): geometría, líneas y planos; igualdad de las figuras.
13—Geografía elemental: República Argentina; figura de la tierra.

14—Comparación de las velocidades: movimiento uniforme y movimiento variado.
15—Moral religiosa: enseñanza del Catecismo; lectura del Evangelio; educación de la voluntad.
16—Rasgos principales de la Historia Argentina.
17—Suprimido.
18—Suprimido.
19—Lenguaje: continuación y amplificación; ejercicios de composición; gramática; primeras nociones, enseñadas oralmente.
20—Recitación de versos y máximas.
21—Dibujo lineal y natural sobre papel; copia de modelos progresivos.
22—Colores (repaso): colorido de paisajes.
23—Música vocal.
24—Ejercicios físicos: gimnástica elemental para los niños entre diez y doce años, una vez al día.

Quinto grado

1—Cuerpo humano: organización, respiración, digestión, circulación; continuación de la historia natural.
2—Animales: clasificación; mamíferos.
3—Botánica: generalidades; respiración y nutrición de las plantas.
4—Geología (continuación): formaciones geológicas.
5—Física: nociones generales; atmósfera; acústica.
6—Química: nociones generales; cuerpos simples y cuerpos compuestos; sus principales caracteres y propiedades.
7—Tecnología y visita á las fábricas y talleres.
8—Lectura y narraciones como en el grado anterior; lectura de manuscritos.
9—Escritura (continuación).
10—Ortografía: uso de las letras.
11—Aritmética: las cuatro operaciones con enteros; los quebrados decimales; aplicaciones; cálculo por raciocinio.
12—Geometría plana: equivalencia de las figuras; problemas gráficos y numérico-geográficos.
13—Geografía: el continente americano; latitudes y longitudes geográficas.

14—Repaso: nociones generales sobre las fuerzas, el movimiento y la velocidad.
15—Moral religiosa: lectura del Evangelio; educación de la voluntad.
16—Historia antigua.
17—Biografías: Pitágoras, Arquímedes.
18—Instrucción cívica: principios generales.
19—Lenguaje: ejercicios oratorios sobre temas dados: composición escrita; definiciones; análisis de estilo sobre los libros de lectura; gramática; continuación de la enseñanza oral.
20—Suprimido.
21—Dibujo lineal y natural (continuación).
22—Colorido de paisajes y lavado de planos.
23—Música vocal.
24—Ejercicios físicos: gimnástica en aparatos para los niños mayores de 12 años, una vez al día.

Sexto grado

1—Cuerpo humano: los movimientos y la voz; los cinco sentidos.
2—Animales (continuación): aves, reptiles, peces.
3—Botánica (continuación): dicotiledóneas.
4—Los fósiles.
5—Calórico: luz; motores á vapor.
6—Substancias químicas usuales: sus propiedades, distinciones y modo de preparación; cristalización.
7—Tecnología y visita á las fábricas y talleres.
8—Lectura y narraciones: lectura de manuscritos (continuación).
9—Escritura: modelos de cartas familiares.
10—Ortografía: letras y puntuación.
11—Aritmética: quebrados comunes; proporciones; pesas y medidas; aplicaciones usuales; cálculo por raciocinio.
12—Geometría plana: semejanza de las figuras; problemas gráficos y numéricos.
13—Geografía: Europa y el antiguo continente; geografía astronómica.
14—Composición de las fuerzas: composición de los movimientos.

15—Moral religiosa: lectura del Evangelio; educación de la voluntad.
16—Historia de la Edad Media y el Renacimiento.
17—Biografías: Guttenberg, Copérnico.
18—Instrucción cívica: Constitución Provincial.
19—Lenguaje: ejercicios oratorios; descripciones; composición escrita y análisis de estilo (continuación y ampliación); gramática; el nombre.
20—Suprimido.
21—Dibujo: continuación; construcción de planos topográficos.
22—Continuación del colorido simultáneamente con el dibujo.
23—Música vocal.
24—Ejercicios físicos: gimnástica como anteriormente.

Séptimo grado

1—Cuerpo humano: el sistema nervioso.
2—Animales: articulados, moluscos y radiados.
3—Botánica: monocotiledóneas.
4—Los períodos geológicos.
5—Electricidad: magnetismo; telegrafía; meteorología.
6—Materia orgánica: generalidades; análisis y clasificación.
7—Tecnología y visita á las fábricas y talleres.
8—Lectura y narraciones: lectura de manuscrito; ejercicios.
9—Escritura: modelos de cartas familiares y fórmulas de comercio.
10—Ortografía corriente.
11—Algebra: las cuatro operaciones; las fracciones; ecuaciones de primer grado; aplicaciones; cálculo abreviado; cálculo por raciocinio.
12—Geometría del espacio: igualdad, equivalencia y semejanza de los volúmenes.
13—Cosmografía: el sol y la luna; movimientos propios y aparentes; eclipses.
14—Condiciones de equilibrios en algunas máquinas simples.
15—Moral religiosa: lectura del Evangelio; educación de la voluntad.
16—Historia moderna: historia americana.
17—Biografías: Kepler, Newton, Colón, Washington, Franklin.
18—Instrucción cívica: Constitución Nacional.

19—Lenguaje: Ejercicios oratorios sobre notas escritas; composición escrita y análisis de estilo; continuación; gramática; el verbo.
20—Suprimido.
21—Dibujo: continuación; construcción de cartas geográficas.
22—Continuación del colorido.
23—Música vocal.
24—Ejercicios físicos: gimnástica.

Octavo grado

1—Cuerpo humano: repaso de los 3 grados precedentes; higiene.
2—Animales: repaso; la fisiología en el reino animal.
3—Botánica: acotiledóneas; repaso.
4—Manifestación y progreso de la vida orgánica sobre la tierra.
5—Repaso: leyes generales de la materia.
6—Substancias orgánicas usuales, sus propiedades y preparación; repaso.
7—Tecnología y visita á las fábricas y talleres.
8—Suprimido.
9—Escritura: documentos, estados y libros de comercio.
10—Ortografía corriente.
11—Algebra: aplicaciones á la aritmética comercial; cálculo abreviado; cálculo por raciocinio; teneduría de libros por partida simple.
12—Geometría: repaso y problemas.
13—Cosmografía: planetas y cometas; medida del tiempo; calendario; astronomía sideral.
14—Repaso general.
15—Moral religiosa: lectura del Evangelio; educación de la voluntad.
16—Historia argentina: revista de la historia.
17—Biografías: San Martín, Bolívar.
18—Lenguaje: ejercicios oratorios sin el auxilio de las notas escritas; composición escrita y principios de literatura; análisis gramatical.
19—Instrucción cívica: repaso.
20—Suprimido.

21—Dibujo: continuación; construcción de planos y cartas geográficas.
22—Continuación del colorido.
23—Música vocal.
24—Ejercicios físicos: gimnástica.

Variantes para las escuelas de mujeres

6—Este ramo se aplicará especialmente á la economía doméstica.
7—Suprimido desde el 5° grado y substituído por trabajos de aguja, costura blanca, corte y arreglo de la ropa, economía doméstica.
12—Geometría práctica: suprimido.
18—Nociones abreviadas.
24—Gimnástica: suprimida.

Buenos Aires, Enero 29 de 1873.

CARLOS ENCINA.

NOTA—Este programa fué sancionado por la Municipalidad en sesión de 28 de Enero del presente año, agregándose á la Moral religiosa la enseñanza del Catecismo de Astete.

RESULTADO DEL EXAMEN ANUAL

PRACTICADO EN LA ESCUELAS Á CARGO DE LA MUNICIPALIDAD EN DICIEMBRE DE 1872

ESCUELAS MUNICIPALES DE VARONES							
ALUMNOS			PREMIADOS				Escuelas distinguidas en los ramos de
Escuelas	Inscriptos	Examinados	1er premio	2º premio	3er premio	TOTAL	
Núm. 1	100	39	1	2	7	10	Aritmética comercial—Higiene.
2	94	59	1	1	3	5	
3	128	85	1	3	8	12	Dibujo—Geometría—Geografía.
4	140	93	1	3	8	12	Geometría—Geografía.
5	101	71	1	2	3	6	Higiene—Geografía.
6	143	57	1	3	5	9	Geografía.
7	70	43	1	1	2	4	
8	137	83	1	2	3	6	
9	118	96	1	3	5	9	Geografía.
10	116	68	1	3	8	12	Geografía.
11	112	62	1	1	3	5	Dibujo—Geomet.—Hist. Argentina
12	130	86	1	3	4	8	Geografía
13	71	33	1	4	5	10	Geografía—Fisiología—Higiene.
14	100	70	1	2	4	7	Aritmética—Geometría—Dibujo.
15	145	76	1	4	5	10	
ESCUELA DE AMBOS SEXOS							
1	119	45	1	2	3	6	
2	104	41	1	1	2	4	Geografía.
3	75	30	1	1	3	5	Geografía—Dibujo.
4	145	66	1	3	5	9	Geometría—Historia Natural.
5	94	18	1	1	3	5	
6	92	34	1	1	2	5	Geografía.
7	81	42	1	1	2	4	
8	90	30	1	1	2	4	
9	104	57	1	1	8	10	Aritmética—Dictado.
10	90	30	1	1	2	4	
11	78	28	1	1	4	6	
12	99	44	1	1	3	5	
13	65	22	1	1	0	2	
14	137	38	1	1	8	10	Geometría—Geografía.
15	86	27	1	1	3	5	Geografía—Dibujo.
16	119	40	1	2	7	10	
17	76	26	1	1	2	4	
SUBVENCIONADAS DE VARONES							
Adult. 1	70	6					
2	20	6					
3	66	28	1	1	2	4	
4	90	34	1	1	3	5	
SUBVENCIONADAS DE AMBOS SEXOS							
1	50	40	1	1	1	3	
2	50	44	1	1	1	3	
3	67	24	1	1	2	4	
4	98	12	1	1	2	4	
5	56	32	1	1	1	3	
6	33	10	1	1	1	3	
7	35	30	0	1	2	3	
8	65	26	1	1	1	3	
9	25	18	0	1	2	3	
10	30	15	1	1	1	3	
46	4104	1963	42	70	152	264	

NOTA—Bájanse.... 365 alumnos de las escuelas subvencionadas que figuran entre los inscriptos como un excedente de los que les corresponde educar á razón de 30 $ uno.

RESUMEN

Total de Escuelas.................................. 46
Alumnos inscriptos...... 3739
Id examinados.... 2963
Id premiados 264

Buenos Aires, Diciembre 31 de 1872

CARLOS ENCINA.



ESCUELAS MUNICIPALES

ESTADO DE LA ENSEÑANZA Y GASTOS DE ESCUELAS DURANTE EL AÑO DE 1872

Número de Escuelas	Nombres de los preceptores	Alumnos inscriptos	Asistencia media	Doctrina cristiana		Lectura		Escritura		Aritmética		Idioma nacional		Dictado		Geografía		Geometría y Dibujo		Higiene		Historia Argentina		Historia Sagrada		Historia Natural		Fisiología		Labores		Alquileres	S
				NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS		
				ESCUELA DE VARONES																															
Varones número 1	Federico Espinosa	100	68	100		100		100		100		100		48		16		—		9		—		16		—		—		—		$ 27600	$
,, ,, 2	Jerónimo Montero	94	72	94		94		94		94		94		24		—		—		—		—		8		—		—		—		» 13200	»
,, ,, 3	Rafael Amato	128	99	128		128		128		128		128		60		41		41		—		41		41		—		—		—		» 33000	»
,, ,, 4	Rafael A. Valiente	140	114	140		140		140		140		140		25		25		—		—		12		25		—		—		—		» 30000	»
,, ,, 5	Domingo Orlandini	101	80	101		101		101		101		101		31		11		—		8		—		31		—		—		—		» 26400	»
,, ,, 6	Modesto Barañao	143	123	143		143		143		143		143		32		42		—		—		—		40		—		—		—		» 30000	»
,, ,, 7	Fernando Romero	70	53	70		70		70		70		70		10		—		—		—		—		10		—		—		—		» 24000	»
,, ,, 8	Juan Villeneuve	137	96	137		137		137		137		137		15		6		—		—		—		23		—		—		—		» 21600	»
,, ,, 9	Joaquín Alarcón	118	97	118		118		118		118		118		21		20		—		—		--		21		—		—		—		» 36000	»
,, ,, 10	Juan R. Castex	116	94	116		116		116		116		116		14		33		—		—		—		15		—		—		--		» 21600	»
,, ,, 11	José Piccioli	102	90	102		102		102		102		102		62		23		18		—		23		23		—		—		—		» 24000	»
,, ,, 12	Domingo Bertora	130	122	130		130		130		130		130		40		16		—		—		—		19		—		—		—		Propiedad munic.	»
,, ,, 13	Nicomedes Antelo	71	62	71		71		71		71		71		35		35		—		12		—		12		—		12		—		$ 18000	»
,, ,, 14	Sandalio López	100	84	100		100		100		100		100		22		20		7		—		27		20		—		—		—		» 16800	»
,, ,, 15	Francisco Gordillo	145	110	145		145		145		145		145		33		56		—		-		37		33		—		—		—		» 36000	»
	Total	1695	1364	1695		1695		1695		1695		1695		472		344		66		29		140		337		—		12		—		$ 358200	» 5
				ESCUELA DE AMBOS SEXOS																															
Ambos sexos núm. 1	Matilde Lafuente	119	90	33	86	33	86	33	86	33	86	33	86	—	13	—	20	—	—	—	—	—	—	—	20	—	—	.	—	—	90	$ 18000	$
,, ,, 2	Pastora A. de Venzano	104	86	35	69	35	69	35	69	35	69	35	69	—	16	—	8	—	—	—	—	—	—	—	12	—	—	—	—	—	32	» 18000	»
,, ,, 3	Adelaida Quiroga	75	60	22	53	22	53	22	53	22	53	22	53	—	10	—	12	—	—	—	—	—	12	—	5	—	—	—	—	—	53	» 27600	»
,, ,, 4	Hermenegilda Vetre	145	108	28	117	28	117	28	107	28	127	28	117	5	75	—	36	—	36	—	—	—	—	—	36	—	36	—	—	—	57	» 30000	»
,, ,, 5	Manuela Sánchez	94	59	23	71	23	71	23	71	23	71	23	71	--	6	1	20	—	—	—	—	—	—	—	8	—	—	—	—	—	31	» 19200	»
,, ,, 6	María C. Gramondo	92	79	27	65	27	65	27	65	27	65	27	65	2	7	—	5	—	—	—	—	—	—	—	5	—	—	—	—	—	44	» 30000	»
,, ,, 7	Aurora P. de Olascoaga	81	66	18	63	18	63	18	63	18	63	18	63	—	5	—	—	—	—	—	—	—	—	—	8	—	—	—	—	—	37	» 24000	»
,, ,, 8	Dionisia Barragán	90	63	34	56	34	56	34	56	34	56	34	56	—	25	—	25	.	—	—	—	—	—	—	13	—	—	—	—	—	30	» 19200	»
,, ,, 9	Andrea R. de Bosch	104	67	26	78	26	78	26	78	26	78	26	78	1	30	—	—	—	—	—	—	—	—	—	27	—	—	—	—	—	65	» 36000	»
,, ,, 10	Vicenta R. de Sierra	90	68	27	63	27	63	27	63	27	63	27	63	8	14	—	—	—	—	—	—	—	—	—	9	—	—	—	—	—	11	» 24000	»
,, ,, 11	Arminda Santillán	78	79	15	63	15	63	15	63	15	63	15	63	—	7	—	—	—	—	—	—	—	—	—	8	—	—	—	—	—	35	Edificio municip.	»
,, ,, 12	Eufemia R. de Ramos	99	75	25	74	25	74	25	74	25	74	25	74	—	21	—	—	2	18	—	—	—	—	—	22	--	—	—	—	—	60	$ 24000	»
,, ,, 13	Arminda Rivas de Coca	65	41	14	51	14	51	14	51	14	51	14	51	—	7	—	—	—	—	—	—	—	—	—	16	—	—	—	—	—	25	» 12000	»
,, ,, 14	Elisa B. de Amato	137	113	27	110	27	110	27	110	27	110	27	110	—	27	—	28	—	15	-	—	—	31	—	25	—	—	—	—	—	45	» 33000	»
,, ,, 15	Teodora G. de Speratti	86	68	20	66	20	66	20	66	20	66	20	66	—	10	—	12	15	12	—	—	—	—	—	10	—	—	—	—	—	28	» 20400	»
,, ,, 16	Adelaida D. de Dozo	119	87	38	81	38	81	38	81	38	81	38	81	—	12	—	—	-	—	—	—	—	—	—	12	—	—	—	—	—	25	» 30000	»
,, ,, 17	Margarita Fronteras	76	59	23	53	23	53	23	53	23	53	23	53	--	7	—	6		—	—	—	-	10	—	10	—		—	—	-	35	» 28800	»
	Total de alumnos de ambos sexos	1654	1268	435	1219	435	1219	435	1219	435	1219	435	1219	16	291	1	172	17	81	—	—	—	53	—	246	—	36	—	—	—	703	$ 394200	$ 6
	Total de alumnos varones	1695	1364	1695		1695		1695		1695		1695		472		344		66		29		140		337				12		—		» 358200	» 5
	Por varios gastos para traslación de escuelas y reparación de edificios. Gastos de impresiones, gastos menores y gastos de exámenes																																
	Suma total	3349	2632	2130	1219	2130	1219	2130	1219	2130	1219	2130	1219	488	291	345	172	83	81	29	—	140	53	337	246	—	36	12	—	—	703	» 752400	» 11

Buenos Aires, Diciembre de 1872.

CARLOS ENCIN

ESCUELAS MUNICIPALES

ESTADO DE LA ENSEÑANZA Y GASTOS DE ESCUELAS DURANTE EL AÑO DE 1872

...s preceptores	Alumnos inscriptos	Asistencia media	Doctrina cristiana		Lectura		Escritura		Aritmética		Idioma nacional		Dictado		Geografía		Geometría y Dibujo		Higiene		Historia Argentina		Historia Sagrada		Historia Natural		Fisiología		Labores		Alquileres	Sueldos	Textos y útiles	TOTALES	OBSERVACIONES
			NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS					
			ESCUELA DE VARONES																																
...pinosa	100	68	100		100		100		100		100		48		16		—		9		—		16		—		—		—		$ 27600	$ 36000	$ 1250	$ 64850	
...ontero	94	72	94		94		94		94		94		24		—		—		—		—		8		—		—		—		» 13200	» 36000	» 1169	» 50369	El edificio de esta escuela es propiedad municipal, pero el maestro recibe 1100 pesos mensuales para alquiler de casa.
...to	128	99	128		128		128		128		128		60		41		41		—		41		41		—		—		—		» 33000	» 36000	» 1628	» 70628	
...Valiente	140	114	140		140		140		140		140		25		25		—		—		12		25		—		—		—		» 30000	» 36000	» 1791	» 67791	
...landini	101	80	101		101		101		101		101		31		11		—		8		—		31		—		—		—		» 26400	» 36000	» 1263	» 63663	
...añao	143	123	143		143		143		143		143		32		42		—		—		—		40		—		—		—		» 30000	» 42000	» 1830	» 73830	
...mero	70	53	70		70		70		70		70		10		—		—		—		—		10		—		—		—		» 24000	» 36000	» 945	» 60945	
...uve	137	96	137		137		137		137		137		15		6		—		—		—		23		—		—		—		» 21600	» 36000	» 1749	» 59349	
...rcón	118	97	118		118		118		118		118		21		20		—		—		--		21		—		—		—		» 36000	» 36000	» 1483	» 73483	
...tex	116	94	116		116		116		116		116		14		33		—		—		—		15		—		—		—		» 21600	» 36000	» 1511	» 59111	
...	102	90	102		102		102		102		102		62		23		18		—		23		23		—		—		—		» 24000	» 36000	» 1277	» 61277	
...rtora	130	122	130		130		130		130		130		40		16		—		—		—		19		—		—		—		Propiedad munic.	» 36000	» 1655	» 37655	
...ntelo	71	62	71		71		71		71		71		35		35		—		12		—		12		—		12		—		$ 18000	» 36000	» 958	» 54958	
...pez	100	84	100		100		100		100		100		22		20		7		—		27		20		—		—		—		» 16800	» 36000	» 1251	» 54051	
...rdillo	145	110	145		145		145		145		145		33		56		—		—		37		33		—		—		—		» 36000	» 36000	» 1857	» 73857	
...al	1695	1364	1695		1695		1695		1695		1695		472		344		66		29		140		337		—		12		—		$ 358200	» 546000	» 21617	» 925817	
			ESCUELA DE AMBOS SEXOS																																
...ente	119	90	33	86	33	86	33	86	33	86	33	86	—	13	—	20	—	—	—	—	—	—	—	20	—	—	—	—	—	90	$ 18000	$ 36000	$ 1546	$ 55546	
...e Venzano	104	86	35	69	35	69	35	69	35	69	35	69	—	16	—	8	—	—	—	—	—	—	—	12	—	—	—	—	—	32	» 18000	» 36000	» 1345	» 55345	
...roga	75	60	22	53	22	53	22	53	22	53	22	53	—	10	—	12	—	—	—	—	—	12	—	5	—	—	—	—	—	58	» 27600	» 36000	» 912	» 65512	
... Vetre	145	108	28	117	28	117	28	107	28	127	28	117	5	75	—	36	—	36	—	—	—	—	—	36	—	36	—	—	—	57	» 30000	» 36000	» 1857	» 67857	
...chez	94	59	23	71	23	71	23	71	23	71	23	71	--	6	1	20	—	—	—	—	—	—	—	8	—	—	—	—	—	31	» 19200	» 36000	» 1169	» 56369	
...mondo	92	79	27	65	27	65	27	65	27	65	27	65	2	7	—	5	—	—	—	—	—	—	—	5	—	—	—	—	—	44	» 30000	» 36000	» 1143	» 67143	
... Olascoaga	81	66	18	63	18	63	18	63	18	63	18	63	—	5	—	—	—	—	—	—	—	—	—	8	—	—	—	—	—	37	» 24000	» 36000	» 993	» 60993	
...agán	90	63	34	56	34	56	34	56	34	56	34	56	—	25	—	25	.	—	—	—	—	—	—	13	—	—	—	—	—	30	» 19200	» 36000	» 1115	» 56315	
... Bosch	104	67	26	78	26	78	26	78	26	78	26	78	1	30	—	—	—	—	—	—	—	—	—	27	—	—	—	—	—	65	» 36000	» 36000	» 1304	» 73304	
... Sierra	90	68	27	63	27	63	27	63	27	63	27	63	8	14	—	—	—	—	—	—	—	—	—	9	—	—	—	—	—	11	» 24000	» 36000	» 1115	» 61115	
...tillán	78	79	15	63	15	63	15	63	15	63	15	63	—	7	—	—	—	—	—	—	—	—		8	—	—	—	—	—	35	Edificio municip.	» 36000	» 954	» 36954	
...le Ramos	99	75	25	74	25	74	25	74	25	74	25	74	—	21	—	—	2	18	—	—	—	—	—	22	--	—	—	—	—	60	$ 24000	» 36000	» 1236	» 61236	
...s de Coca	65	41	14	51	14	51	14	51	14	51	14	51	—	7	—	—	—	—	—	—	—	—	—	16	—	—	—	—	—	25	» 12000	» 36000	» 877	» 48877	
...mato	137	113	27	110	27	110	27	110	27	110	27	110	—	27	—	28	—	15	-	—	—	31	—	25	—	—	—	—	—	45	» 33000	» 36000	» 1749	» 70749	
... Speratti	86	68	20	66	20	66	20	66	20	66	20	66	—	10	—	12	15	12	—	—	—	—	—	10	—	—	—	—	—	28	» 20400	» 36000	» 1052	» 56462	
...e Dozo	119	87	38	81	38	81	38	81	38	81	38	81	—	12	—	—	-	—	—	—	—	—	—	12	—	—	—	—	—	25	» 30000	» 36000	» 1496	» 67496	
...nteras	76	59	23	53	23	53	23	53	23	53	23	53	--	7	—	6		—	—	—	-	10	—	10	—		—	—	—	35	» 28800	» 36000	» 990	» 65790	
...exos	1654	1268	435	1219	435	1219	435	1219	435	1219	435	1219	16	291	1	172	17	81	—	—	—	53	—	246	—	36	—	—	—	703	$ 394200	$ 612000	$ 20863	» 1027063	
...	1695	1364	1695		1695		1695		1695		1695		472		344		66		29		140		337				12		—		» 358200	» 546000	» 21617	» 925817	
... escuelas y ...mpresiones, ...nes	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	» 45500	
...tal	3349	2632	2130	1219	2130	1219	2130	1219	2130	1219	2130	1219	488	291	345	172	83	81	29	—	140	53	337	246	—	36	12	—	—	703	» 752400	» 1158000	» 42480	» 1998380	

...Diciembre de 1872.

CARLOS ENCINA.



ESCUELAS SUBVENCIONADAS POR LA MUNICIPALIDAD

ESTADO DE LA ENSEÑANZA Y GASTOS DE ESCUELAS DURANTE EL AÑO 1872

Número de Escuelas	Nombres de los preceptores	Alumnos inscriptos	Asistencia media	Doctrina cristiana		Lectura		Escritura		Aritmética		Idioma nacional		Dictado		Geografía		Geometría y Dibujo		Higiene		Historia Argentina		Historia Sagrada		Historia Natural		Fisiología		Labores		Alquileres	Subvenciones	Te… y…
				NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS			
				ESCUELA DE VARONES																														
Nocturna de adultos N.o 1	Carlos Sontag......	70	36	—	—	70	—	70	—	70	—	70	—	48	—	39	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	$ 12.00	$
,, ,, 2	Guillermo Froggatt.	20	11	—	—	20	—	20	—	20	—	20	—	10	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	» 12.00	»
Varones ,, 3	Julián E. Silveira..	66	57	66	--	66	—	66	—	66	—	66	—	21	—	-	—	—	—	—	—	—	—	14	—	—	—	—	—	—	—	—	» 12.00	»
,, ,, 4	Carlos Palomar.....	90	67	90	—	90	—	90	—	90	—	90	—	12	—	12	—	—	—	—	—	—	—	7	—	—	—	—	—	—	—	—	» 18.00	»
	Total......	246	171	156	—	246	—	246	—	246	—	246	—	91	—	51	—	—	—	—	—	—	—	21	—	—	—	—	—	—	—	—	$ 54.00	$
				ESCUELA DE AMBOS SEXOS																														
Ambos sexos número 1	Mercedes Navarro..	50	40	13	37	13	37	13	37	13	37	13	37	—	9	—	2	—	—	—	—	—	—	—	8	—	—	—	—	—	14	—	$ 9.00	$
,, ,, 2	María M. de Pividal	50	30	20	40	20	30	20	30	20	30	20	30	—	—	2	4	—	—	—	—	—	—	—	5	—	—	—	—	—	12	—	» 6.00	»
,, ,, 3	Delfina B. de Macías	67	55	20	47	20	47	20	47	20	47	20	47	—	18	—	—	—	—	—	—	—	—	—	4	—	—	—	—	—	7	—	» 9.00	»
,, ,, 4	Dolores Acosta.....	98	87	44	54	44	54	44	54	44	54	44	54	—	4	—	2	—	—	—	—	—	—	—	5	—	—	—	—	—	—	—	» 9.00	»
,, ,, 5	Rosa E. da Costa...	56	43	20	36	20	36	20	36	20	36	20	36	4	11	—	—	—	—	—	—	—	—		7	—	—	—	—	—	—	—	» 00	»
,, ,, 6	Mercedes Lagos....	33	27	7	26	7	26	7	26	7	26	7	26	1	3	—	—	—	—	-	—	—	—		2	—	—	—	—	—	—	—	» 12,00	»
,, ,, 7	Florentina Lupo....	35	32	5	30	5	30	5	30	5	30	5	30	—	--	—	—	—	—	—	—	—	—	—	4	—	—	—	—	—	10	—	» 12.00	»
,, ,, 8	Trinidad Campillo..	65	52	21	44	21	44	21	44	21	44	21	44	—	18	—	—	—	—	—	—	—	—	—	14	—	—	—	—	—	14	—	» 9,00	»
,, ,, 9	Juliana G. de Pereda	25	17	12	13	12	13	12	13	12	13	12	13	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	3	—	—	—	—	—	—	—	» 6,00	»
,, ,, 10	Jerónima Balmaceda	30	26	13	17	13	17	13	17	13	17	13	17	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	12	—	» 6,00	»
Total de alumnos de ambos sexos.......		509	409	175	334	175	334	175	334	175	334	175	334	5	63	2	8	—	—	—	—	—	—	—	52	—	—	—	—	—	60	—	$ 86 00	$
Total de alumnos varones............		246	171	156	—	246	—	246	—	246	—	246	—	91	—	51	—	—	—	—	—	—	—	21	—	—	—	—	—	—	—	—	» 54 00	»
Por gastos de impresiones, gastos menores y gastos de exámenes....................		—	—	—	—	—	—	—	--	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	--	—	—	—	—	—	–	
Suma total......		755	580	332	331	421	334	421	334	421	334	421	334	96	63	53	8	—	—	—	—	—	—	21	52	—	—	—	—	—	69	—	$ 140 400	$
NOTA—Bájanse: alumnos que es el exceso que resulta con arreglo al total de subvenciones que se paga, y á razón de 30 pesos mensuales por cada alumno, resultando un número de:		365																																
Alumnos subvencionados..............		390																																

Buenos Aires, Diciembre 31 de 1872.

CARLOS ENCINA.

Anexo Núm. 2

ESCUELAS SUBVENCIONADAS POR LA MUNICIPALIDAD

ESTADO DE LA ENSEÑANZA Y GASTOS DE ESCUELAS DURANTE EL AÑO 1872

s	Alumnos inscriptos	Asistencia media	Doctrina cristiana		Lectura		Escritura		Aritmética		Idioma nacional		Dictado		Geografía		Geometría y Dibujo		Higiene		Historia Argentina		Historia Sagrada		Historia Natural		Fisiología		Labores		Alquileres	Subvenciones	Textos y útiles	TOTALES	OBSERVACIONES
			NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS	NIÑOS	NIÑAS					
			ESCUELA DE VARONES																																
..	70	36	—	—	70	—	70	—	70	—	70	—	48	—	39	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	$ 12.000	$ 845	$ 12.845	
tt.	20	11	—	—	20	—	20	—	20	—	20	—	10	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	» 12.000	» 373	» 12.373	
..	66	57	66	--	66	—	66	—	66	—	66	—	21	—	.	—	—	—	—	—	—	-	14	—	—	—	—	—	—	—	—	» 12.000	» 791	» 12.791	
..	90	67	90	—	90	—	90	—	90	—	90	—	12	—	12	—	—	—	—	—	—	—	7	—	—	—	—	—	—	—	—	» 18.000	» 1.115	» 19.115	
...	246	171	156	—	246	—	246	—	246	—	246	—	91	—	51	—	—	—	—	—	—	—	21	—	—	—	—	—	—	—	—	$ 54.000	$ 2.124	$ 56.124	
			ESCUELA DE AMBOS SEXOS																																
)..	50	40	13	37	13	37	13	37	13	37	13	37	—	9	—	2	—	—	—	—	—	—	—	8	—	—	—	—	—	14	—	$ 9.600	$ 675	$ 10.275	
dal	50	30	20	40	20	30	20	30	20	30	20	30	—	—	2	4	—	—	—	—	—	—	—	5	—	—	—	—	—	12	—	» 6.000	» 675	» 6.675	
ías	67	55	20	47	20	47	20	47	20	47	20	47	—	18	—	—	—	—	—	—	—	—	—	4	—	—	—	—	—	7	—	» 9.600	» 804	» 10.404	
..	98	87	44	54	44	54	44	54	44	54	44	54	—	4	—	2	—	—	—	—	—	—	—	5	—	—	—	—	—	—	—	» 9.600	» 1.224	» 10.824	
..	56	43	20	36	20	36	20	36	20	36	20	36	4	11	—	—	—	—	—	—	—	—		7	—	—	—	—	—	—	—	» [illegible]00	» 656	» 6.656	
..	33	27	7	26	7	26	7	26	7	26	7	26	1	3	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2	—	—	—	—	—	—	—	» 12.000	» 445	» 12.445	
..	35	32	5	30	5	30	5	30	5	30	5	30	—	--	—	—	—	—	—	—	—	—	—	4	—	—	—	—	—	10	—	» 12.000	» 472	» 12.472	
'..	65	52	21	44	21	44	21	44	21	44	21	44	—	18	—	—	—	—	—	—	—	—	—	14	—	—	—	—	—	14	—	» 9.600	» 777	» 10.377	
da	25	17	12	13	12	13	12	13	12	13	12	13	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	3	—	—	—	—	—	—	—	» 6.000	» 237	» 6.237	
da	30	26	13	17	13	17	13	17	13	17	13	17	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	12	—	» 6.000	» 405	» 6.405	
..	509	409	175	334	175	334	175	334	175	334	175	334	5	63	2	8	—	—	—	—	—	—	—	52	—	—	—	—	—	60	—	$ 86.400	$ 7.370	$ 93.770	
..	246	171	156	—	246	—	246	—	246	—	246	—	91	—	51	—	—	—	—	—	—	—	21	—	—	—	—	—	—	—	—	» 54.000	» 2.124	» 56.124	
y ..	—	—	—	—	—	—	—	--	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	--	—	—	—	—	—	—	—	—	» 4.283	
..	755	580	332	331	421	334	421	334	421	334	421	334	96	63	53	8	—	—	—	—	—	—	21	52	—	—	—	—	—	69	—	$ 140.400	$ 9.494	$ 154.177	
ue ıes ıa- e:	365																																		
..	390																																		

31 de 1872.

CARLOS ENCINA.

Páginas olvidadas

Lucía de Miranda [1]

De la muerte del capitán don Nuño de Lara, la de su gente, con lo demás sucedido por traición de indios amigos

Partido Sebastián Gaboto para España, con mucho sentimiento de los que quedaban por ser un hombre afable, de gran valor y prudencia, muy experto y práctico en la cosmografía, como de él se cuenta: luego el capitán don Nuño procuró conservar la paz que tenía con los naturales circunvecinos, en es-

(1) Esta crónica, extractada de *La Argentina*, de Ruy Díaz de Guzmán, viene á reavivar el clásico episodio de Lucía de Miranda.

En la novela de Eduarda García Mansilla, la heroína aparece ante los ojos del lector con una trágica aureola de sacrificio, con la serena majestad de las santas, eternizadas en los martirologios y prez de las almas devotas y sencillas, ó como una Juana de Arco, invocando mentalmente el nombre Dios, cuando ya no le era posible musitarlo en un rezo, porque las llamas le tostaban la lengua.

Como las santas y como Juana de Arco, Lucía de Miranda, pagó en la hoguera el incendio de amor que sus ojos hicieran en el pecho de Siripó, el cacique de los bosques sombríos de América. Ruy Díaz de Guzmán, el cronista que después de Uldérico Schmidel, dejó su espada de combate, para narrar la sangre que destilaron sus compañeras en la conquista de una parte del Nuevo Mundo, tal vez no meditara, que las generaciones sucesivas harían del ingenuo episodio de su crónica, uno de esos temas que nunca se agotan y que siempre se renuevan, porque el sentimentalismo de las almas, ha de conmoverse ante una de las más hermosas y tristes historias de amor.

pecial con los indios Timbúes, gente de buena marca y voluntad, con cuyos dos principales caciques siempre la conservó, y ellos acudiendo de buena correspondencia, de ordinario proveían á los españoles de comida, que como gente labradora nunca les faltaba. Estos dos caciques eran hermanos, el uno llamado Mangoré y el otro Siripó, ambos mancebos como de treinta á cuarenta años, valientes y expertos en la guerra, y así de todos muy temidos y respetados, y en particular el Mangoré, el cual en esta ocasión se aficionó de una mujer española, que estaba en la fortaleza, llamada Lucía de Miranda, casada con un Sebastián Hurtado, naturales de Ecija.

A esta señora hacía el cacique muchos regalos y socorros de comida, y en agradecimiento ella le daba amoroso tratamiento, con que vino el bárbaro á aficionársele tanto, y con tan desordenado amor, que intentó hurtarla por los medios á él posibles. Convidando á su marido que se fuese algún día á entretener á su pueblo, y á recibir de él buen hospedaje y amistad, con buenas razones se le negó Hurtado; y visto que por aquella vía no podía salir con su intento por la compostura y honestidad de la mujer, y recato del marido, vino á perder la paciencia con grande indignación y mortal pasión, con la cual ordenó contra los españoles (de bajo de amistad) una alevosa traición, pareciéndole que por este medio sucedería el negocio de manera que la pobre señora viniese á su poder, para cuyo efecto persuadió al otro cacique su hermano, que no les convenía dar la obediencia al español tan de repente con tal subordinación, pues con estar en sus tierras eran tan señores y absolutos en sus cosas, que en pocos días los supeditarían todo como las muestras lo decían, y si con tiempo no se prevenía este inconveniente después cuando quisiesen no lo podrían hacer, con que quedarían sujetos á perpetua servidumbre, para cuyo efecto su parecer era que el español fuese destruído y muerto, y asolado el Fuerte, no perdonando la ocasión y coyuntura que el tiempo ofreciese: á lo cual el hermano respondió que ¿cómo era posible tratase él cosa semejante contra los españoles, habiendo profesado siempre su amistad, y siendo tan aficionado á Lucía? que él de su parte no tenía intento ninguno para hacerlo, porque á más de no haber recibido del español ningún agravio, antes todo buen tratamiento y amistad, no hallaba causa para tomar las armas contra él; á lo cual Mangoré replicó con in-

dignación, diciendo que así convenía se hiciese por el bien común, y porque era gusto suyo, á lo que como buen hermano debía condescender.

De tal suerte supo persuadir á su hermano, que vino á condescender con él, dejando el negocio tratado entre sí para tiempo más oportuno, el cual no mucho después le ofreció la fortuna á colmo de su deseo; y fué que habiendo necesidad de comida en el fuerte, despachó el capitán don Nuño cuarenta soldados en un bergantín en compañía del capitán Rui García, para que fuesen por aquellas islas á buscarla, llevando orden de volver con toda brevedad con lo que pudiesen recoger.

Salido, pues, el bergantín, tuvo Mangoré por buena esta ocasión, y mucho más por haberse ido con los demás Sebastián de Hurtado, marido de Lucía, y así luego se juntaron por orden de sus caciques más de cuatro mil indios, los cuales se pusieron de emboscada en un sauzal que estaba media legua del Fuerte en la orilla del río, y para con más facilidad conseguir su intento, y fuese más fácil la entrada en la fortaleza, salió Mangoré con treinta mancebos muy robustos cargados con comida de pescado, carne, miel, manteca y maíz, con lo cual se fué al Fuerte, donde con muestras de amistad lo repartió, dando la mayor parte al capitán y oficiales, y lo restante á los soldados, de quien fué muy bien recibido y agasajado de todos, aposentándose, dentro del fuerte aquella noche, en la cual reconociendo el traidor que todos dormían, excepto los que estaban de posta en las puertas, y aprovechándose de la ocasión hicieron señas á los de la emboscada, los cuales con todo silencio se llegaron al muro de la fortaleza, y á un tiempo los de dentro y los de fuera cerraron con las guardias, y pegaron fuego á la casa de las municiones, con que un momento se ganaron las puertas, y á su salvo mataron á los centinelas, y á los que encontraban de los españoles, que despavoridos salían de sus aposentos á la plaza de armas, sin poderse incorporar unos con otros, porque como era tan grande la fuerza del enemigo, cuando despertaron, ya unos por una parte, otros por otra, y otros en sus mismas camas los degollaban y mataban sin ninguna resistencia. Algunos, pocos peleaban valerosamente, en especial don Nuño de Lara, que salió á la plaza con su espada y rodela por entre aquella gran turba de enemigos, hiriendo y matando muchos de ellos, acobardándolos de tal manera, que no había ninguno que osase

llegar á él, viendo que por sus manos eran muertos; lo cual visto por los caciques é indios valientes, haciéndose afuera, comenzaron á tirarles con dardos y lanzas, con que le maltrataron de manera que todo su cuerpo estaba harpado y bañado en sangre; y en esta ocasión el sargento mayor con una alabarda, cota y celada se fué á la puerta de la fortaleza, rompiendo por los escuadrones, entendiendo poderse señorear de ella, ganó hasta el umbral, donde hiriendo á muchos de los que la tenían ocupada, y él así mismo recibiendo muchos golpes, aunque hizo gran destrozo, matando á muchos de los que le cercaban, de tal manera fué apretado de ellos que tirándole gran número de flechería, con que fué atravesado, cayó muerto. En esta misma ocasión el alférez Oviedo y algunos soldados de su compañía salieron bien armados, y cerraron contra una gran fuerza de enemigos que estaban en la casa de las municiones, (por ver si la podían socorrer) y apretándolos con mucho valor, fueron mortalmente heridos y despedazados sin mostrar flaqueza hasta ser muertos, vendiendo sus vidas en tal cruel batalla á costa de infinita gente bárbara.

A este mismo tiempo el capitán don Nuño procuraba acudir á todas partes, y herido por muchas, y desangrando sin poder remediar nada, con valeroso ánimo, se metió en la mayor fuerza de enemigos donde encontrando con él Mangoré le dió una gran cuchillada, y asegurándole con otros dos golpes, le derribó muerto en tierra, y continuando con grande esfuerzo y valor, fué matando otros muchos caciques é indios, con que ya muy desangrado con las muchas heridas cayó en el suelo, donde los indios le acabaron de matar, con gran contento de gozar de la buena suerte en que consistía el buen efecto de su intento; y así con la muerte de este capitán fué luego ganada la fortaleza, y toda ella destruída sin dejar hombre á vida, excepto cinco mujeres, que allí habían, con la muy cara Lucía de Miranda, y algunos tres ó cuatro muchachos que por ser niños no los mataron, y fueron presos y cautivos, haciendo montón de todo el despojo para repartirlo contra la gente de guerra, aunque esto más se hace para aventajar á los valientes; y para que los caciques y principales escojan y tomen para sí lo que mejor le pareciere. Lo cual hecho, y visto por Siripó la muerte de su hermano, y la dama que tan cara le costaba, no dejó de derramar muchas lágrimas, considerando que el ardiente amor que le había tenido

y el que en su pecho iba sintiendo tener á esa española, y así de todos los despojos que aquí se ganaron, no quiso por su parte tomar otra cosa que por su esclava á la que por otra parte era señora de su albedrío, la cual puesta en su poder no podía disimular el sentimiento de su gran miseria con lágrimas de sus ojos, y aunque era bien tratada y servida de los criados de Siripó, no era eso parte para dejar de vivir con mucho desconsuelo por verse poseída de un bárbaro, el cual viéndola tan afligida un día, por consolarla la habló con muestras de gran amor, y le dijo, de hoy en adelante, cara Lucía, no te tengas por mi esclava, sino por mi querida mujer, y como tal puedes ser señora de todo cuanto tengo, y hacer á tu voluntad uso de ello de hoy para siempre, y junto con esto te doy lo más principal que es mi corazón. Las cuales razones afligieron sumamente á la triste cautiva, y pocos días después se le acrecentó más el sentimiento con la ocasión que de nuevo se le ofreció, y fué que en este tiempo trajeron los indios corredores preso ante Siripó á Sebastián Hurtado, el cual habiendo vuelto con los demás del bergantín al puerto de la Fortaleza, saltando en tierra, la vió asolada y destruída con todos los cuerpos de los que allí murieron, y no hallando entre ellos al de su querida mujer, y considerando el caso, se resolvió de entrarse entre aquellos bárbaros y quedarse cautivo con su mujer; estimando eso en menos, y aun dar la vida que vivir ausente de ella. Y sin dar á nadie parte de su determinación, se metió por aquella vega adentro, donde al otro día fué preso por los indios, y presentado con las manos atadas á su cacique el principal de todos, el cual como lo conoció, le mandó quitar de su presencia, dando orden que le matasen, la que oída por su triste mujer, inmediatamente con innumerables lágrimas rogó á su nuevo marido no se ejecutase, antes le suplicaba le otorgase la vida, para que ambos se empleasen en su servicio como verdaderos esclavos, de que siempre estarían muy agradecidos; á lo que Siripó condescendió por la gran instancia con que se lo pedía aquella á quien él tanto deseaba agradar; pero con un precepto muy riguroso, que fué que so pena de su indignación, y de que le costaría la vida, si por algún camino alcanzaba que se comunicaban; y que él daría á Hurtado otra mujer con quien viviese con mucho gusto, y le sirviese; y junto con eso le daría él tan buen tratamiento como si fuera no un esclavo, sino verdadero vasallo y amigo.

Los dos prometieron de cumplir lo que se les mandaba, y así se estuvieron por algún tiempo sin dar ninguna nota; mas como quiera que para los amantes no hay leyes que les obliguen á dejar de seguir el rumbo donde los lleva la violencia del amor, no perdían la ocasión, siempre que había oportunidad, porque de ordinario tenía Hurtado los ojos puestos en su Lucía, y ésta en su verdadero consorte, de manera que fueron notados por algunos de la casa, y en especial de una india, mujer que había sido muy estimada de Siripó, y repudiada por la española, esta india, movida de rabiosos celos, le dijo á Siripó: muy contento estáis con vuestra nueva mujer, mas ella no lo está con vos, porque estima más al de su nación y antiguo marido, que á cuanto tenéis y poseéis; por cierto lo habéis muy bien merecido, pues dejásteis á la que por naturaleza y amor estabais obligado y tomásteis la extranjera y adúltera por mujer. Siripó se alteró, oyendo estas razones, y sin duda ninguna ejecutara su saña con los dos amantes un castigo atroz, mas dejólo de hacer hasta certificarse de la verdad de lo que se le decía, disimulándolo; de allí en adelante andaba con mucho cuidado, por ver si podía pillarlos juntos, ó como dicen, con el hurto en la mano. Al fin se le cumplió su deseo, y cogidos, con infernal rabia mandó hacer una grande hoguera para quemar á la buena Lucía, y puesta en ejecución la sentencia, ella la aceptó con gran valor, sufriendo aquel incendio donde acabó su vida como verdadera cristiana, pidiendo á Dios Nuestro Señor hubiese misericordia de ella y perdonado sus grandes pecados; y en seguida el bárbaro cruel mandó asaetar á Sebastián Hurtado y así lo entregó á muchos mancebos, que le ataron de pies y manos, y amarraron á un algarrobo, donde fué flechado por aquella bárbara gente, hasta que acabó su vida, arpado todo el cuerpo, y puesto los ojos en el cielo, suplicaba á Nuestro Señor le perdonase sus pecados, de cuya misericordia es de creer que marido y mujer estarán gozando de su santa gloria. Todo lo cual sucedió el año de 1532.

RUY DIAZ DE GUZMÁN

Notas

El Centenario

Más que nadie, esta Revista siente, con solemne emoción, la grandeza del momento que pasa. Y puesta la mano sobre el corazón, en el umbral de oro del nuevo siglo patrio se hinca, con el presagio de las grandes cosas que hará la mano y la frente de esta Nación, que por todos los siglos viva, para honor del mundo.

El internado del Colegio Nacional de La Plata

Un folleto recién publicado nos informa del internado del Colegio Nacional que ha empezado á funcionar en La Plata, institución de carácter oficial, primera en su género entre nosotros y doblemente interesante por estar levantada en espíritu sobre el plan del *Tutorial System*, de merecido prestigio en los Estados Unidos é Inglaterra. La descripción que sigue dará una idea acabada del nuevo establecimiento que depende de la Universidad Nacional de La Plata:

En un terreno de 180.000 metros cuadrados, ubicado en el extremo N. E. de la ciudad, en su parte más pintoresca, se alzan los siguientes edificios y construcciones del Colegio Nacional, que participa así del carácter mixto-urbano y campestre:

a) El Pabellón Central, de tres pisos, 135 metros de extensión sobre la calle 1, contiene el departamento administrativo, bibliotecas, laboratorios, aulas para las clases de internos y ex-

ternos, en número suficiente para contener setecientos alumnos agrupados en divisiones de 30 estudiantes. Un gran salón de actos, de 30 metros por 12, circundado por una amplia galería interna, ocupa el primero y segundo piso en la parte central. Las aulas, con grandes ventanas al parque y banderolas que permiten la renovación conveniente del aire, tienen capacidad para 30 alumnos; cada alumno tiene su pupitre independiente con tapa de cristal que asegura un aseo é higiene perfecta.

Sala de profesores, oficina, biblioteca especial para alumnos dotada de las obras de consultas necesarias y convenientemente dispuesta y amueblada para hacer agradable la permanencia en ella; sala de proyecciones luminosas, con un stock de 5.000 dispositivos é innumerables láminas, etc., etc., ocupan el resto de este amplio departamento.

b) Conexo á éste, pero independiente, el Pabellón de Física y Química, un edificio de estilo griego, tiene 65 metros; varias salas de trabajo, depósitos de aparatos; un anfiteatro central para conferencias, con capacidad para 800 personas, biblioteca y salas de profesores. Contiene las instalaciones necesarias para el objeto de su destino.

c) Las residencias de los internos comprenden dos grandes departamentos independientes ubicados en medio del parque y en comunicación entre sí con las demás secciones del establecimiento por amplias avenidas de árboles.

Cada departamento de éste es de dos pisos y cada piso constituye un internado independiente, con capacidad para 25 pupilos y el tutor y su familia.

Como el gobierno propio y la reproducción de la vida del hogar es el rasgo característico del sistema, las residencias de los estudiantes han sido construídas á semejanza de una moderna y amplia casa de familia; un espacioso patio interno dotado de aparatos de gimnasia y de juegos para los días que el tiempo no permita la concurrencia al gimnasio ni á los fields, galerías cubiertas y hall; sala de recibo, biblioteca, comedor, baños y demás dependencias de una casa cómoda y confortable. Como ya hemos dicho, se han suprimido los grandes dormitorios que caracterizan á los viejos internados; cada pupilo tiene su habitación propia é independiente, una amplia ventana al parque le asegura la renovación del aire y la llena de luz y alegría, severa y elegantemente amueblada, pintada de blanco, se ha

procurado que no se diferencie de aquella que el pupilo ocupara en la casa paterna sino por su mayor confort é higiene.

El mobiliario de la habitación se compone: de un ropero de roble con espejo, en su interior un barrote de bronce y la necesaria dotación de perchas para ropa; un bureau de roble que sirve de escritorio y pequeña biblioteca para los libros de uso diario, es plegadizo para facilitar así la limpieza de la habitación; una cama de hierro pintada de blanco, colchón higiénico de cobre; un mueble botinero, también de roble; un lavatorio fino de mármol con instalación de agua fría y caliente.

A pocos pasos de cada cuarto de estudiante hay baños. Completa este servicio la pileta de natación anexa á la sección de enseñanza física y juegos, la más amplia del país, de 60 metros por 20 metros en plano inclinado, siendo su mayor profundidad de 2,58 metros, dividida en dos secciones para nadadores y no nadadores, y además 40 baños de lluvia en el subsuelo del gimnasio.

Las comidas se hacen en común, y cada internado tiene su amplio salón-comedor. Los pupilos comen con su tutor, con sus catedráticos invitados frecuentemente, con el presidente de la Universidad, con el rector, con las demás autoridades superiores; y son evidentes las ventajas que para la educación del alumno procura este trato.

Cada internado dispone también de un vasto salón-biblioteca donde el director tiene sus libros y proporciona á sus pupilos los datos que le fueren sugeridos, dirige las lecciones especiales de repetición y prepara con ellos los temas y trabajos que deben desarrollarse al día siguiente en las clases generales del Colegio.

d) La sección de gimnasia y juegos físicos ocupa 20.000 metros de terreno donde se han hecho las construcciones necesarias de manera que la enseñanza física pueda ser atendida como los otros ramos científicos, disponiéndose desde ya que ella es obligatoria para todos los estudiantes.

Se ha construído un gimnasio que es un hermoso pabellón de estilo griego, de 45 metros por 20 metros, circundado por una amplia galería sobre la que se abre una serie de puertas que permiten convertirlo en gimnasio abierto. En el subsuelo baños de lluvia y vestuario.

Entre el gimnasio y los edificios antes mencionados, se ex-

tienden los fields en los que se han hecho las instalaciones necesarias para los siguientes juegos: football, tennis, carreras, etcétera.

La proximidad del dique permite el rowing, y el colegio ha encargado ya los elementos necesarios para ese deporte.

A poca distancia del colegio se encuentra el stand del Tiro Federal, adonde concurrirán los alumnos; esto no obstante, se construye dentro del establecimiento uno de tiro reducido.

Hay, además, siete canchas abiertas de pelota, y entre ellas una de 70 metros para el juego de cesta.

Todas las canchas de juego están separadas y rodeadas por avenidas de árboles, lo que da á esta sección aspecto agradable y pintoresco.

A fin de garantir la mejor calidad é higiene de ciertos artículos de consumo para los internos, la Universidad ha dado comienzo á la explotación de una chacra de 60 hectáreas que posee en los alrededores de la ciudad, donde ha planteado una granja modelo que al mismo tiempo que sirva de experimentación para la enseñanza de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, suministre al Colegio Nacional sus mejores productos.

Para ser admitido como alumno interno del Colegio Nacional de La Plata, se requiere: *a)* tener á lo menos 12 años de edad y no más de 16; *b)* ser aprobado en el examen de ingreso; *c)* que la junta de tutores, teniendo en cuenta los antecedentes del alumno y el informe médico, resuelva su admisión. Sólo se admiten alumnos para cursar primero ó segundo año de enseñanza secundaria. El examen de ingreso será rendido ante la junta de tutores. El programa de este examen es el de ingreso á los colegios nacionales de la República. Cada alumno interno abonará una pensión mensual de $ 80.

Las conferencias escolares

La amplitud con que se está practicando la idea de las conferencias semanales en las escuelas nocturnas, da margen á consideraciones honrosas para el personal docente. En efecto, la interpretación de esta cláusula del reglamento, ha encontrado tan buena y espontánea voluntad de parte de los maestros, que puede de-

cirse que la institución de las conferencias realiza, en las proporciones que le permite su carácter, el programa de la universidad popular. Naturalmente no se puede exigir un curso sistematizado sobre ninguna materia, pero esta misma variedad favorece la intensidad de cada tema tratado y al propio tiempo la originalidad, desde que lo deja á elección del maestro que está así en condiciones de adoptar el que esté más de acuerdo con su temperamento y preferencias.

En punto á originalidad, queremos insinuar que se trate de distraer la general reseña de acontecimientos que forman por lo común las conferencias, con observaciones personales. Esto es precisamente lo que se hace en escasa proporción, limitándose los más de los conferencistas á extractar capítulos de un libro, lo cual no es suficiente, pues la conferencia debe tener un encanto mayor que el de la lectura. Es la comprensión personal de ésta.

No hay duda de que en un asunto de pedagogía, por ejemplo, cada maestro tiene algo propio que exponer, alguna delicada observación sobre su clase. Es eso lo que se debe consignar, uniendo así la enseñanza del libro con la enseñanza en el terreno de la práctica.

Examinando una reseña de las conferencias efectuadas últimamente, se perciben dos preferencias en la elección de los temas. La primera es casi una especialización, y, erróneamente, el objeto principal de las conferencias. En efecto, cerca de la mitad han versado sobre las escuelas nocturnas y su importancia; no es precisamente un tema para conferencias, si se le considera bajo el punto de su amenidad y de su mayor rendimiento de fruto moral ó instructivo. Denuncia, además, en los maestros un exceso de ciencia pedagógica en perjuicio de materias de carácter más práctico, ó de ciencias que interesan por fuerza á todo el mundo y en las cuales se encuentra mayor material instructivo, como las ciencias naturales. En este terreno, día á día se producen novedades. No tenemos revistas que las registren metódicamente, aunque aparecen continuamente libros que se pierden en el vacío

que se hace en nuestro país á la librería seria. ¿No podrían los maestros hacerse eco, y sus aulas de conferencias, cátedras de difusión de ese movimiento en ciencias tan íntimamente relacionadas á todos los hombres?

La segunda tendencia es la de los temas históricos. Eso está, sin duda, en los propósitos de la enseñanza actual. Pero lo que hay que hacer no es la mera reseña de hechos, sino extraer de ellos un sentido moral ó una interpretación filosófica, descubrir el significado recóndito bajo la avasalladora realidad. Los acontecimientos históricos deben ser sólo un pretexto, no el objeto de la conferencia.

Comprendemos que la nueva institución viene á ampliar la misión del maestro que la encare como un deber. Y hacemos constar que es un signo sugerente el de que se extienda la misión del maestro á medida que la sociedad progresa.

Donaciones de edificios para escuelas

En otro lugar se consigna el feliz resultado de una iniciativa propiciada por un grupo de vecinos de una localidad cordobesa, y que acaba de sellarse por la cesión de una casa-escuela á las autoridades educacionales. El hecho se presta á consideraciones generales, ya que es innecesario añadir un aplauso al que le concede la opinión pública. Revela que se ha modificado en el concepto popular la significación de la escuela. En otra época, su implantación hallaba indiferencia y hasta resistencia, como si el vecindario estuviese prevenido contra toda obra del Estado. Hoy se constituyen espontáneamente en cooperadores de esa obra, y por propia iniciativa como en este caso, hacen un paréntesis á las ocupaciones cotidianas para consagrarse á dedicaciones más nobles que las que proporcionan provecho personal, y no sólo contribuyen á facilitar la misión de las autoridades sino que se apresuran á adelantarse á ella. Es novedad que las kermeses y los festivales

que se organizaron para arbitrar fondos en esta ocasión hayan tenido tan alto origen: años anteriores se habrían efectuado para recibir á un personaje político.

La mayoría de los iniciadores son extranjeros. Esto demuestra que es elemento que se nos ha asimilado en realidad y tal como lo queremos, porque no consiste la connaturalización en adoptar nuestras costumbres, no todas acendradas, sino en trabajar por la prosperidad general de la comarca que se habita. Reunirse para levantar una escuela, es al fin y al cabo un acto más cívico que llevar un voto al atrio.

Aunque es un ejemplo nuevo, no será el último; éste ó aquél debía ser el primero; y lo que ahora es caso aislado, se sucederá y se hará práctico, porque tiene que ser forzosamente un producto de las ideas de hoy. Va penetrando, sin que se lea, sino más bien deducida de los hechos diarios, la idea de que enseñar no es el privilegio de una entidad determinada, sino obra social, de unos unidos á otros, y que el vecindario tiene también su misión, aunque distinta de la del maestro, por la ley que se llama de distribución del trabajo.

Exposición Escolar

Entre las muchas y plausibles iniciativas tomadas por el Consejo Nacional de Educación para asociarse á los festejos del centenario, se distingue por su significado representativo la de la Exposición Escolar recientemente inaugurada en el edificio de la escuela "Sarmiento". Llamará la atención pública no sólo por la labor y el esfuerzo que representa su fundación é instalación, sino también por los beneficios incalculables que reportará á la instrucción en general, difundiendo en forma plástica y agradable conocimientos que no están al alcance de todos y cuya difusión se hace de suyo difícil, dada la índole y circunstancias que generalmente los acompañan.

"Reflejar los progresos alcanzados por la escuela

primaria en todas sus fases, durante el último siglo de nuestra vida de nación'', es el propósito capital de la exposición, cuya crónica vamos á hacer tratando de bosquejar con toda amplitud y detalles posibles los objetos que la constituyen y por los que están representados casi la totalidad de las distintas regiones de la República.

Con el objeto de hacer más precisa y metódica la enumeración de estos objetos, seguiremos las divisiones adoptadas por la comisión organizadora de la exposición y que es la siguiente:

1.ª sección—Escuelas públicas de la Capital.

a) Escuelas nocturnas de adultos.
b) Escuelas militares.

2.ª sección—Provincias.

3.ª '' Territorios.
4.ª '' Escuelas particulares.
5.ª '' Sociedades populares de educación.

1ª. Seccion—Escuelas Publicas de la Capital

Las escuelas públicas de la capital son las que mayor contingente han aportado á la exposición. Esta sección está dividida en 5 salas, estando la 5.ª á su vez subdividida en 2.

Haremos por orden la anotación de cada una de ellas:

Sala. núm. 1—Aritmética, geometría y dibujo.

150 carpetas de aritmética, conteniendo cada una 10 cuadernos de 1.º á 6.º grados.

60 carpetas de dibujo, de 10 cuadernos cada carpeta, de los mismos grados arriba mencionados.

En 2 vitrinas está desarrollado el programa de dibujo de 1.º y 6.º grado, con trabajos seleccionados de todas las escuelas de esta sección.

Hay espléndidas colecciones de postales, siluetas y dibujos libres de alumnos de 1.º y 2.º grado.

Una de las vitrinas de la sala está destinada á traba-

jos prácticos de aritmética, ejercicios para la comprensión del número y cálculo mental.

Es notable una serie de cuadros dando idea acabada de la unidad, decena y de las cuatro operaciones fundamentales.

En geometría hay un programa prolijamente detallado: dibujos de sólidos en color y variedad de trabajos elegidos entre los mejores que tienen las escuelas de la Capital.

Sala núm. 2—Historia, geografía é instrucción cívica.

Ha sido tan grande el número de ilustraciones que se ha enviado, que no ha sido posible darles colocación á causa del reducido espacio de que se dispone.

Hay una cantidad enorme de planos, mapas, vistas de la República en relieve, alegorías, lecciones patrióticas, álbumes, representaciones gráficas de la fundación de Buenos Aires, Plaza de Mayo, entrega de las joyas á San Martín, baile en la casa de Escalada, vías de comunicación, trajes, tipos populares, costumbres nacionales, como el baile del pericón y el juego de taba, etc., etc.; la casa donde sesionó el Congreso de Tucumán, en relieve.

Además, hay mapas de los Estados Unidos, Méjico, Brasil, Perú, Chile y otras naciones americanas.

Por último, carteles con el estudio de la flora de algunas regiones de la República.

Sala núm. 3—Ciencias físico-naturales.

Es también enorme la cantidad de ilustraciones que se exponen sobre geología, botánica, mineralogía é higiene.

Primorosas ilustraciones sobre vidrio, plomo, zinc, hierro; industrias varias; cuadros para ejercicios de los sentidos; anatomía, fisiología é higiene.

Ilustraciones sobre el algodón, lino, cáñamo, trigo, caña de azúcar, yerba mate, herbarios, maderas, pieles, cuadros zoológicos, etc., etc.

Sala núm. 4—Ejercicios de lenguaje é intuitivos.

Cuadros de costumbres nacionales, lectura patriótica, descripciones de láminas, cuentos infantiles, análisis de pensamientos de nuestros prohombres, ilustra-

ciones gráficas para conversaciones, explicación de fábulas, una serie innumerable de cuadros para ejercicios intuitivos y miles de cuadernos conteniendo composiciones y trabajos varios.

Sala núm. 5—a) Labores de niñas—Un programa completamente desarrollado, conteniendo todos los puntos de costura, especializándose en zurcidos y remiendos.

Piezas de ropa blanca, hábilmente confeccionadas, y una hermosa y grande colección de tejidos y modelos para corte y confección.

b) Trabajo manual para varones—Una colección completa de modelos hechos por los alumnos de las escuelas de la Capital.

2.ª SECCION—PROVINCIAS

Santa Fe—Son dignos de mención los trabajos manuales que exhibe, hechos en papel acordoneado, destacándose principalmente un juego de te. Expone, además de algunos cuadritos históricos, un modelo en pequeño de un aparato destinado á la enseñanza práctica de la aritmética en 1.º y 2.º grados.

Entre Ríos—Esta provincia presenta carteles de ilustraciones, trabajos manuales en paja, labores y cuadernos.

Corrientes—Se distingue por la enorme cantidad de labores y notables trabajos de macramé de piola (cinchas, guarniciones y látigos). Ha enviado además una sombrilla de encaje inglés con el escudo argentino.

Córdoba—La escuela de Sampacho ha enviado trabajos escritos que tienen bastante mérito.

San Luis—Colecciones nutridas de mineralogía, botánica, labores, trabajos escritos y dibujos.

San Juan—Es una de las provincias que mejor se presenta con sus ricas muestras de uvas, maderas, alcohol, vino, chicha, vinagre, etc.

Expone pieles de puma, gato montés, conejo, zorrino, víbora y un herbario bastante completo.

Mendoza—Colección de maderas, de cereales, de frutas, principalmente uvas.

La Rioja—De esta provincia se expone un cajoncito de Aminga con los siguientes productos: pasas de higos y uvas, pera de azúcar, manzanas, vinos, pelones, nueces y una papa de gran tamaño.

Como todas las demás provincias, presenta ésta también labores y cuadernos escritos.

Santiago del Estero—Lo que más distingue á esta provincia son los espléndidos tejidos de lana que expone, notándose entre éstos una manta en colores verde, rosa, violeta y granate. El dibujo es el de un trébol.

Muestra á la vez cuadros é ilustraciones de botánica, muchas pieles, alforjas de varios tamaños, colección de maderas y un biombo de moaré bordado.

Jujuy—Tiene en exposición plantas medicinales, herbarios y trabajos manuales en profusión.

Expone también lápices rústicos de pizarra, ollitas de barro y tejidos de lana.

3.ª Seccion—Territorios

Esta sección está bien representada por la casi totalidad de las escuelas de las gobernaciones que han enviado productos de los distintos reinos, sobresaliendo entre los cereales el trigo de Río Negro, Pampa Central y Neuquen.

De esta última gobernación también hay maíz, arroz y yerba mate.

Formosa ha enviado caña de azúcar, y el Chaco algodón.

Además hay herbarios muy completos de la Pampa Central, Chaco y vegetación de las sierras.

En cuanto á maderas, hay excelentes muestrarios del Chaco, Chubut, Río Negro, Formosa, Pampa Central y Neuquen.

De San Antonio de los Cobres (gobernación de los Andes) se exponen tejidos de vicuña, medias, guantes, chulos y flecos.

Hay tejidos de lana hilada de oveja, casimires (tipo inglés), y además alforjas, chupas y medias.

Entre los minerales enviados, está el carbón de piedra

de la gobernación del Neuquen, de reciente descubrimiento; sal marina, fósiles, materias petrificadas, mármol, cuarzo, oro, cobre, piedra pómez, petróleo, etc.

De la gobernación de los Andes: oro, plata, bórax, arenas auríferas, aguas minerales, plomo, sulfato de cobre, etc.

Del Chubut, petróleo.

Además, de los territorios del Sud hay pedernales para flechas, aros, collares y rastra indígena de plata.

La gobernación de Tierra del Fuego presenta un notable herbario de plantas de la región, conjuntamente con canastos tejidos, y un sostén para niños de pecho, con su faja.

La parte referente á Misiones es la más nutrida en la exposición de productos, predominando lo vegetal, entre el que se encuentra algodón, caña de azúcar, maní, mandioca, tabaco, arroz, yerba mate, maíz y trigo.

Abundan las plantas textiles silvestres, viéndose carteles con muestras de corteza, fibra y cuerda de Cururutí, Ibyrá, Guembé y Obarana.

Plantas medicinales y maderas de todas clases, como lapacho, cedro, laurel negro, timbó, palo de rosa, pacurí, curupay, cerezo, etc.

De Posadas se expone un notable plano y un mapa en relieve del mismo territorio, hecho por la escuela superior núm. 1.

También se exhibe el facsímil de un rancho con su correspondiente mobiliario usado en la región, el de una estancia moderna y de una carreta.

Para terminar con esta sección, anotaremos que los maestros de las escuelas de los territorios han mandado una interesante colección de modelos de trabajo manual, obra de ellos mismos.

Escuelas Particulares de la Capital

Las Escuelas Evangélicas, que dirige Mr. William Morris, están muy bien representadas con una sección de mueblería, en la que figuran un juego de dormitorio y muebles de fantasía, todos pintados al laqué. Expone, además, ilustraciones y trabajos en mimbre.

El Colegio Internacional Politécnico presenta un notable mapa, pizarra y dibujos hechos al natural con lápiz Rafael.

Los Colegios de la Misericordia, de *La Providencia*, de las *Siervas de Jesús*, el *Asilo del Pino* y las *Irlandesas* se señalan á la atención de los visitantes por la delicadeza y prodigalidad en las labores.

La Escuela Mater Misericordiae expone excelentes dibujos al natural.

Las Adoratrices también se hacen notar por las labores y por un cuadro con una hermosa cabeza de viejo.

La escuela y el Centenario

En el próximo número de la revista se registrarán, en crónica ilustrada, los actos públicos con que se asociaron las escuelas de la Capital á la conmemoración del siglo de vida libre.

Bibliografía

"Triunfos Nuevos"
Por Alberto Ghiraldo

Tiene Anatolio France en *El pozo de Santa Clara*, un cuento, titulado: *Los panes negros*. Llegaba á su casa, el florentino avaro y repleto de oro, y en la puerta, una legión de pobres lo tomaron como por asalto, demandando á grandes voces, la caridad de sus monedas. Entonces, viendo que alguno de sus sirvientes conducía una cesta de panes negros destinados á los animales de la cuadra, ordenó que fueran arrojados á la multitud.

Yá en sus aposentos, como era natural, echó en olvido este incidente, bien vulgar por cierto, desde que no entraba en su vida múltiple de negociante y especulador de valores.

Pero una noche soñó que la puerta que divide la tierra del cielo se abría para él, y que en los umbrales, el arcángel Gabriel con una balanza en la mano le mandaba enumerar sus obras para optar á la bienaventuranza eterna.

Entonces, ufano, empezó á enumerar sus obras pías, sus donativos á las iglesias, los altares construídos con su dinero; y todo esto, colocado en la balanza que debía pesar sus acciones daba el triunfo al platillo donde estaban las malas. Sin asustarse el florentino, empezó nuevamente á narrar sus obras pías por si el arcángel se había olvidado, y los miles y miles de dineros que costaron las pinturas hechas por su encargo, representando á la Virgen y al Niño Jesús. Pero los platillos ni siquiera se juntaban. Su avaricia pesaba mucho más que las piedras de todas las iglesias que mandó construir.

El florentino comenzó á sudar. Irremediablemente se iba á perder.

Sin esperanza recordó que un día aplacó el hambre de los miserables con el pan que despreciaba el más vil de sus sirvientes.

Y puesta esta acción en el platillo, se le vió subir, subir, acabando por vencer á su rival. Este solo acto pesaba ante los ojos del arcángel mucho más que toda la farsa de su vida por alcanzar el cielo.

Del último libro de Alberto Ghiraldo surge la misma serena y profunda filosofía que el cuento de France deja en los espíritus. Páginas, páginas y páginas; el autor de tantos versos buenos parece como esfumado; de repente un madrigal, gran madrigal:

Tú te alejas y mi noche
me parece más obscura.
No te veo, y tu figura
se agiganta en mi dolor.
¡Oh, alma mía, cómo extraño
en mis incontables penas
las inmortales cadenas
con que se forjó este amor!

Y otra vez páginas, páginas, páginas; el poeta se ha ido; se llega al *Brindis,* y como las caravanas ante el oásis, se descansa en la mesa donde el lírico hace de anfitrión:

Como aquellos que van por el mundo
sembrando esperanzas
y aplacando dolores, á ejemplo
del loco que puso su labio en la llaga,
Tú también has tenido esa altiva
Sonrisa que irradia
Rompiendo el nublado
En la noche triste de la caravana.

. . . .

¿Somos sólo viandantes inquietos
De trenes que no andan?
¿Es también ilusión que forjamos
Esa, de la marcha?
La voz pesimista,
La ruda palabra,
Le dice ¡quién sabe!

Al pájaro libre que mueve las alas.

. . . .

Sofocando dolores, á ejemplo
Del loco que puso su labio en la llaga;
Salvando el plumaje
Sobre las miserias y sobre las lacras,
Tú has cruzado, sereno, la vida
Como esa ave blanca
Ideal del poeta
que cruza pantanos y que no se mancha

Y llegamos á la última parte: *Fatum.*

Bajo este solo título están comprendidas cuatro composiciones: *La sangre, El beso, Soledad, La luz.*

Las cuatro evocan algo que ha sido tragedia y ahora recuerdo, tristeza que no es la elegía Heineana ni el lloro triste y eternamente lánguido de Verlaine.

No, éste es un hércules que siempre ha luchado de pie, en la arena de todos los circos, y que de repente, una herida que no mana sangre, una herida que nadie, más que sus ojos ven, le hace rodar el escudo, callar los endecasílabos de combate y silenciosamente, decir como el poeta indio, su canción de amargura á la nube que pasa:

Como está perdido el polo,
Hoy mi espíritu está solo
Sin calor y sin virtud.

. . . .

Yo soy un fantasma
Que sigue en la noche la luz de una estrella.

El amor que yo siento es sagrado,
Es algo que tiene de unción y de pena.
Este amor, no es amor, es locura:
Mi amor insensato lo tiene una muerta.

Y surge la tragedia:

Dolor en la frente,
Firmeza en los labios,
Palidez de trajedia en el rostro,
En los ojos, la noche y el rayo.

. . . .

Pasión que enloquece,
Violencia que ultraja,

Luz que no ilumina:
Que incendia y que mata;
Eso fué tu cariño sin nombre,
Que nombre no tiene lo que nadie abarca.
Tu cariño inmortal que no supo
De tiempo, de olvido, de ley ó distancia.

. . . .

¿Así se hace la noche, así ruedan
De abismo en abismo
Los grandes cerebros
Que iban por el mundo marcando caminos,
Brillantes de gloria,
Cubiertos de lirios?
¿Así se hace la noche, así todo
Se pudre y se pierde cual fruto maldito?

. . . .

¡Siniestra, terrible,
Visión pavorosa que no evocó nadie,
En la lúgubre puerta te anuncias
Destilando sangre.
A tus plantas, partida la frente
Por plomo implacable,
La bella figura que muere sonriendo:
¡Sonriendo á la vida que tú le quitaste!

¿Cómo pudo tu mano querida,
Tu mano tan blanca,
Teñirse de sangre,
De sangre inocente, de sangre sagrada,
De sangre de virgen,
Sin culpa, sin mácula;
Esa sangre que en mar convertida,
A todos ahoga, y á todos nos mancha?

¿Quién te puso careta de luto?
¿Quién apaga la luz? ¿con qué fines?
¿Cómo pudo el amor despeñarte
En las sombras del antro del crimen?

. . . .

¿Qué nube de fuego, te prendió en sus pliegues,
Te alzó hasta una cumbre, flotó en un abismo,
Dentro su vientre convirtióte en rayo
Y echóte á la tierra tronchando destinos?
¿Quién el odio sembró en tu cerebro?
¿Quién de rojo marcó tu camino?
¡El silencio anonade mis ansias!
¡La locura responda á mis gritos!

Puesta la balanza donde el arcángel va á dictar su sentencia para colocar á *Triunfos nuevos*, en la capilla ante la que han de rezar los peregrinos de las cosas fugaces é imposibles, Alberto Ghiraldo ha puesto mucho más de la mitad de sus versos, todo su libro casi, pero como el platillo no sube, se acuerda que una noche de fiebre pagó en versos, en versos escritos con sangre y fe, una deuda de cariño á unas cenizas que en vida fueron los ojos y el pelo y la figura de lo que no se verá sino en forma de visión ó de sueño.

Y ahora el platillo sube, sube, sube. Y por esta sencilla ofrenda, «Triunfos nuevos» es un gran libro y su autor, un poeta.

"Catecismo Elemental de Instrucción Cívica"

Don R. Ancízar ha escrito un catecismo de instrucción cívica. Se distingue el librito por el inmejorable criterio que ha presidido su preparación, logrando concretar en la extensión del folleto la variedad de temas de una materia tan delicada y sobre todo tan poco infantil como la instrucción cívica, tratada hasta ahora en los textos escolares con un grave lenguaje de código. Bien denuncia la obrita que el señor Ancízar comprende el temperamento de los niños y el juego de sus facultades intelectuales.

El autor ha empleado el sistema de las preguntas y respuestas, el del catecismo, que tiene algunas veces el defecto de imponer demasiado la autoridad de la letra, por la invariabilidad de las frases de preguntas y contestaciones, que no deja sitio á la iniciativa del niño en cuanto toca á la expresión con palabras propias. Como ejemplo de las páginas del «Catecismo Elemental de Instrucción Cívica», reproducimos su primer capítulo: «Nociones generales».

1

Maestro—¿Quién eres tú?
Discípulo—Soy un niño.

2

M.—¿Qué quieres decir con eso?
D.—Que soy una persona pequeña, muy joven, sin la experiencia ni la fuerza de los grandes, casi ignorante de todo.

3

M.—¿Qué te sucedería estando solo en el mundo?
D.—No tardaría mucho en morir.

4

M.—¿Por qué así?
D.—Porque no sé conseguir ni preparar mis alimentos, ni hacer telas para abrigarme, ni edificar casas, ni defenderme de los animales feroces, ni de los grandes fríos, ni de los fuertes calores.

5

M.—¿Cómo puedes, entonces, vivir y crecer, y cómo podrás llegar á grande?
D.—Porque mis padres, mis hermanos mis parientes cuidan de mí.

6

M.—Así es: Todo niño ha tenido ó tiene una familia. ¿Quiénes componen la familia?
D.—El padre, la madre, los hermanos.

7

M.—Y si en el mundo hubiera sólo una familia, ¿podría ella procurarse todo cuanto necesitase para vivir?
D.—Muy pocas cosas; pero no sucede así, pues hay también amigos y los demás vecinos del lugar.

8

M.—Sí; alrededor de tu casa hay otras, y más lejos otras, y en todas ellas hay hombres que tienen que vivir y que, reuniendo sus esfuerzos, pueden satisfacer sus necesidades. ¿Cómo las satisfacen?
D.—Utilizando las cosas que nos rodean y para ello es necesario trabajar; aplicar nuestra fuerza ó nuestra inteligencia para transformar los objetos en cosas útiles.

9

M.—¿En un sólo lugar se encuentra todo lo que los habitantes necesitan para la satisfacción de sus necesidades?

D.—No: Hay muchas cosas que tienen que venir de lejos, porque no se pueden producir ó encontrar en el lugar.

10

M.—Los habitantes de cada pueblo usan y consumen todos los días cosas que producen los de otros pueblos cercanos ó lejanos de la misma provincia ó nación. Y, á su vez, cada nación necesita de los productos de todas las demás naciones.

Y puesto que un niño usa y consume cosas que vienen de todas partes del mundo, dime: ¿de cuántas personas dependes tú?

D.—De mis padres, de mis parientes, de mis amigos, de los vecinos y habitantes del barrio y del pueblo, y de los que viven más allá, en toda la nación, y de todos los hombres que llenan la tierra.

"Clima de la República Argentina"
Por Gualterio G. Davis

El jefe de la Oficina Meteorológica Nacional, don Gualterio G. Davis, acaba de publicar, bajo los auspicios del Ministerio de Agricultura de la Nación, la obra titulada «Clima de la República Argentina», si mal no recordamos ya inserta en el último censo nacional.

El libro de que nos ocupamos es una obra llena de méritos, que representa una labor digna de elogio, no sólo por su método, sino también por el acopio abundantísimo de datos, mapas, cuadros y láminas demostrativas de las altas cuestiones científicas que trata.

En lo que podríamos llamar la introducción del libro, hace un estudio completo del clima y de los factores que contribuyen á su producción en las distintas zonas del globo terráqueo.

Demás está decir que después de estudiar estas generali-

dades indispensables para entrar de lleno en materia, dedica su preferente atención á hacer el estudio del clima de la República, relacionándolo con su producción, conocimiento que por su índole de carácter inminentemente práctico, es de positiva utilidad.

Otro de los temas importantes que aborda es el de la *Distribución de la lluvia,* tratando de sistematizar su estudio, al dividir el año en dos estaciones *la lluviosa,* que corresponde al período de Octubre á Marzo, y la *seca,* al de Abril á Septiembre.

Señala también las zonas más favorecidas, comparándolas con las vecinas, de la misma latitud; así dice el Oeste del Territorio del Neuquen es de 1.800 m.m., mientras en la costa chilena es de 2.500 m.m.

La región que la sigue es la Norte del Litoral, con el promedio anual de 1.600 m. m. de lluvia.

En esta forma sigue tratando su tesis, con toda la minuciosidad é interés posibles en cuestiones de suyo tan árduas y poco generalizadas.

"Resumen histórico de la Independencia de la América Española".

Por Rafael Altamira

Esta obra comprende un estudio en conjunto de los preliminares revolucionarios, de su estallido y de la situación posterior de las antiguas colonias españolas de América que hoy constituyen pueblos libres, siguiendo el método, partiendo de las mismas bases y arribando á las conclusiones establecidas por los que han tratado en los últimos tiempos el asunto.

Deteniéndose en observaciones acerca de los que se empeñan en atribuir á los fenómenos históricos una causa única, diciendo: «Probablemente la verdad de este hecho, como de otros análogos, no está en una explicación simplista, sino, al contrario, en el reconocimiento de un concurso de causas variadas.»

Haciendo notar las razones por las cuales las naciones de América no celebran en la misma fecha su centenario, debido á la falta de coincidencia de los movimientos en pro de la independencia y el retardamiento en el logro de sus aspiraciones.

Celebrando el acto en la elección de fechas con el fin de poder conmemorar los aniversarios gloriosos, ya que es imposible marcarlos como reveladores de un fenómeno que no se puede precisar ni en la vida de los pueblos ni en la vida de los individuos.

Marcando con empeño la actuación de don Juan Martín de Pueyrredón en un movimiento que debió estallar en 1809, y que perseguía los mismos ideales que la de Mayo de 1810, según testimonios documentados y recientemente conocidos.

Comprende el estudio tres partes titulados: I. Antecedentes, Causas, Primeros chispazos, II. El año 1810, III. El logro de la Independencia, con un estilo fácil, la serenidad de juicio y la imparcialidad que caracteriza al distinguido historiador español ya consagrado por la crítica contemporánea á raíz de publicaciones de gran esfuerzo como es su Historia de España.

El juicio histórico viene en el momento más oportuno, para dar á la República la sensación de sus noblezas, acreditadas imparcialmente por una de las más altas intelectualidades de la España moderna, en la hora gloriosa de su Centenario, y permitirle abrir con orgullo sus brazos, para estrechar como hermanos leales á los hijos de la madre patria, que sobre todos sus errores del coloniaje destaca la virtud y la gloria de sus heroísmos en la conquista y la civilización de medio mundo. Esta obra ha sido editada por la librería de Menendez y Galli.

"La copa de leche escolar" Hay el propósito de implantar en Santa Fe la meritoria iniciativa que la Sociedad Amigos de la Educación ha establecido en algunas escuelas de la capital, á semejanza de las cantinas escolares europeas, aunque en la proporción á que obligan todos los comienzos. Don Luis Borruat, director de la escuela de varones número 8 del Rosario de Santa Fe, ha adoptado en ese establecimiento, con general aplauso, la copa de leche. Esto le ha dado motivo para publicar un opúsculo con el título de este suelto, donde aparece una serie de opiniones de maestros, favorables á la idea, y preceden unas

páginas de consideraciones que culminan por buena intención de educacionista.

"Rayos de Luz"
Lectura para hogar por Daniel Hall

El señor Daniel Hall se presenta al público intelectual de Buenos Aires con esta nueva obra, continuación, como él mismo lo declara en el prólogo de una anterior, que llamó «Cosas de mi tintero».

Libro esencialmente de propaganda, llena con éxito su misión, dada su estructura y la forma fácil y ligera en que se desenvuelve en todas sus páginas. En general, sus capítulos, impregnados de un sentimiento moral puro y delicado, tienden de antemano á la defensa de la doctrina evangélica que profesa su autor.

Como dijimos más arriba, dada su forma—dialogada—la lectura se hace fácil y corriente, presentando algunos capítulos interesantes por el elevado criterio con que se orienta en cuestiones de verdadero interés social y educativo.

En resumen, es un buen ensayo y un excelente libro, lo volvemos á repetir, de propaganda evangélica.

———

Provincias y territorios

DONACIÓN DE UN EDIFICIO ESCOLAR

Vecinos de Corral de Bustos, en la provincia de Córdoba, han pasado al honorable Consejo Nacional de Educación una nota por la cual le hacen entrega de un hermoso edificio escolar construído en esa localidad. Es el suyo un acto digno de ser conocido por lo que en sí mismo implica y por el estímulo que puede llegar á producir en las demás poblaciones del país.

Fueron los iniciadores de la construcción los señores Giusto Lucini y Carlos Pinolini. La recolección de los fondos se hizo por subscripción, la cual, á muy poco tiempo de iniciarse, ascendió á $ 1500. El Superior Gobierno de la Nación votó también con este objeto una suma de $ 2000, que agregada á la anterior permitió comenzar la construcción del edificio. Pero muy pronto se pudo comprobar la insuficiencia de los fondos obtenidos. En consecuencia, hubo necesidad de apelar á otros recursos. La comisión de vecinos proyectó fiestas, rifas, bazares, espectáculos públicos, etc., interesando el concurso de grandes casas de comercio de Buenos Aires y de Rosario para que remitieran artículos que sirvieran para la formación de los festivales mencionados. El resultado fué ampliamente satisfactorio, llegándose á conseguir así una nueva suma de $ 4316.85, con la cual se terminó completamente la construcción de la casa-escuela.

El valor total de lo gastado ascendió á $ 10.500; pero como sólo se ha conseguido reunir $ 7816.85, la comisión tiene un déficit de $ 2683.15, que espera cubrir á la brevedad posible por medio de nuevas subscripciones populares y de festivales.



Casa donada para escuela por los vecinos de Corral de Bustos

Los materiales empleados en la construcción son de primera clase. Es de ladrillo enteramente, habiéndose usado en la mezcla cal y arena. Los cielo-rasos son de pino tea machihembrado, lo mismo que los pisos; las puertas y ventanas son de cedro; los comedores de mosaico. En el frente hay una verja de hierro sobre una pared y pilares de ladrillo; los otros tres lados han sido cerrados con alambre tejido, de dos metros de alto, con postes de quebracho. Todo el edificio, por dentro y por fuera, está revocado con cal, arena y portland. Consta de un gran salón de 12 metros de largo por 7 de ancho, con cinco ventanas; una pieza para Dirección de 5 por 4 1|2, y un dormitorio para el maestro, de iguales dimensiones; tiene además un pasadizo, una cocina y dos w. c. El terreno es de 40 metros por 50 de fondo. Fué donado por el señor Juan Godguen para edificios públicos; después, cuando toda la parte urbana de Corral de Bustos pasó á ser propiedad de la Sociedad Pobladora Argentina, ésta transfirió á su vez su posesión á los señores Ronchetti y Pomatta, quienes formalizaron la escritura de donación al Consejo Nacional de Educación. El valor de este terreno en la actualidad puede calcularse en $ 2500 á 3000.

La comisión actual que dirige el edificio hasta su entrega definitiva al Consejo Nacional, está constituída así: Presidente, señor Giusto Lucini; tesorero, señor Carlos Pinolini; secretario, señor Pedro Luzuriaga; vocales, señores Enrique Pellegrini, Alfredo Beglione, Alfredo Scarafia, Santiago Morandi, José Boiero; revisadores de cuentas, señores Eusebio Ferreyra Roca y Aquiles Rincelli.

La vista adjunta demuestra la importancia de la donación efectuada por la comisión que en ella figura.

El Consejo Nacional de Educación ha agradecido debidamente el acto generoso llevado á cabo por los vecinos de Corral de Bustos. Si su ejemplo fuera imitado por los vecindarios de la República que pueden hacerlo, y que son los más interesados en la difusión de la cultura popular, se facilitaría la fundación de las nuevas escuelas que reclama imperiosamente el alto porcentaje de analfabetismo que ofrece todavía el país.

Actualidades

Estadística municipal.—La habilidad del conferencista.—Exposición internacional de higiene escolar.—La tuberculosis en las escuelas norteamericanas.—En el Tibet.—La tribu de los Mossos.—La lucha contra la mala literatura en Alemania.—El tratamiento de la pereza.—La instrucción primaria en Europa.—Congreso de educación popular.—Las escuelas para anormales en Suiza.—Cómo consideran los alumnos á sus maestros.—Formación de las nieblas.—La instrucción obligatoria en Italia.—Enseñanza preparatoria técnica en Inglaterra.

Estadística municipal

El último boletín de estadística municipal, correspondiente á Marzo, registra los siguientes datos referentes todos al mencionado mes y á la ciudad de Buenos Aires: presión barométrica media 760.43; temperatura media 17.99; velocidad media del viento por hora, kilómetros 14.4; lluvia, milímetros 60.8; población del 31 de Marzo 1.262.847 habitantes; pasajeros é inmigrantes entrados por el puerto, descontando los salidos, 5.571; nacimientos, 3.862; defunciones, 1.467; la estadística policial da un total de 969 delitos. El mismo boletín publica el cuadro que sigue referente á la instrucción pública con exclusión de la que se imparte en las universidades:

	Alumnos inscriptos	**Asistencia media**
Instrucción primaria		
Escuelas fiscales	108.142	94.136
,, particulares	—	—
Instrucción secundaria, normal y comercial		
Colegio Nacional (Central)	919	811
,, ,, (Oeste)	602	522
,, ,, (Sud)	593	535
,, ,, (Norte)	429	343
,, ,, (Noroeste)	478	436
Escuela Superior de Comercio (central) Peritos Mercantiles	438	432

	Alumnos inscriptos	Asistencia media
Escuela Superior de Comercio (central) Dependientes Idóneos	336	308
Escuela Superior (Sud) Peritos Mercantiles	243	234
,, ,, ,, Dependientes Idóneos	191	176
Liceo Nacional de Señoritas	277	255
Escuela Normal de Profesores (Colegio Normal)	—	—
(Departamento Aplicación)	—	—
,, ,, Profesoras N.° 1 (Colegio Normal)	333	282
Colegio Normal (Departamento Aplicación)	698	605
,, ,, (Jardín de Infantes)	49	28
,, ,, Profesores en lenguas vivas	572	522
Instituto Libre de Segunda Enseñanza	163	147
Instituto del Profesorado Secundario	—	—
Escuela Comercial de Mujeres	199	184
,, Industrial de la Nación	—	—
,, Profesoras de Mujeres N.° 1	357	306
,, ,, ,, ,, ,, 2	—	—
,, ,, ,, ,, ,, 3	381	357
Academia Nacional de Bellas Artes (varones)	253	—
,, ,, ,, ,, ,, (mujeres)	240	—
Instituto Nacional de Sordomudas	98	—
,, ,, ,, Sordomudos	102	62
,, ,, ,, Niños ciegos	57	47

La habilidad del conferencista

¿Por qué tantas conferencias fracasan? se pregunta una revista alemana. Y en seguida trata de aclarar las causas é indicar algunos remedios. Primero, dice el articulista, porque muchos oradores eligen temas demasiado ingratos, demasiado conocidos ó demasiado difíciles; hablan para ellos mismos y no para el público de la sala; su voz es muy débil ó muy confusa, les falta *la educación del orador*. Otro defecto: divagan, acumulan detalles inútiles, insisten sobre ideas secundarias, se pierden en consideraciones sin relación alguna con la materia que desarrollan, ó bien suponen al auditorio al corriente de una multitud de conocimientos, y no proceden sino por alusiones, comparaciones, etc. Nadie los comprende.

Cuando se trata de una conferencia con proyecciones, esos inconvenientes pueden tomar proporciones desmesuradas. Un conferencista se lamenta de que no pueda hacer desfilar más que cien proyecciones en una hora; otro peca por el defecto contrario: promete mucho para cebar al público y sólo da pocas fotografías insignificantes. Otro todavía, habla largamente, trata su tema y luego, como para recompensar á las buenas gentes que han tenido la paciencia de oirle, deja ver algunas imágenes, lo que le da ocasión para tramar un segundo discurso sobre el primero. Alguno, á falta de proyecciones hace circular grabados, estampas y cuadros: desparrama la atención general, provoca comentarios, no es comprendido de nadie y termina en medio de un embobamiento universal.

Lo que falta también á muchos conferencistas es el arte difícil de saber agotar su tema, de no consagrar á las proyecciones más que el tiempo indispensable; y la ciencia y el arte necesarios para no contentarse con una vaga conferencia de *cliché* y animar el conjunto con un alma personal, siendo ellos mismos y no los repetidores de lo que ha escrito un ilustre anónimo.

Cada conferencista deberá hacer un serio examen de conciencia; y el mismo que goza del favor incontestado del público, necesita vigilarse, progresar continuamente, y sobre todo, variar.

Exposición internacional de higiene escolar

Con motivo del 3er. Congreso internacional de higiene escolar, que se celebrará en París del 2 al 7 de Agosto próximo, se hará una exposición para despertar—particularmente en los competentes—el interés por la higiene escolar y su aplicación. La exposición permanecerá abierta hasta el 26 de dicho mes.

El Comité hará un catálogo de los objetos expuestos, entre tanto publica una lista de los que pueden mostrarse en la exposición, y que están comprendidos dentro de las siguientes categorías:

Construcción escolar, plano y diseños; materiales de construcción y su uso; distribución del agua (tubos, robinetes, filtros, etc.), aparatos de higiene, tocador, baños, etc.); aparatos contra incendio, calefacción y ventilación; decoración; mo-

biliario y materiales escolares; objetos de recreo y gimnasia; alimentación, instalaciones de cocinas, cantina, etc.; mobiliarios para dormitorios; vestidos para escolares; remedios para enfermedades escolares; servicios sanitarios para la escuela; enseñanza de la higiene en la escuela; libros, cuadros, etc.); higiene de la enseñanza; obras subsidiarias y después del curso escolar; escuela y clases de atrasados y anormales; higiene moral; higiene del personal docente; propaganda.

El Comité no conferirá ni medalla, ni diploma, y sólo indicará, como una especial distinción, á los que merezcan especial mención.

Para mayores detalles dirigirse al secretario general U. V. H. Friedel, rue Gay Lussac 41, París.

La tuberculosis en las escuelas norteamericanas

Aunque la tuberculosis no causa tantos estragos entre los niños de las escuelas como entre los trabajadores y los niños menores de cinco años de edad, una reciente publicación de la Asociación Nacional contra la Tuberculosis, demuestra la importancia del mal en la clase escolar. Calcula que cien mil niños de los que actualmente cursan la escuela, morirán tuberculosos antes de los diez y ocho años de edad, es decir, morirán anualmente seis mil cuatrocientos niños. Considerando que cada uno de estos niños tiene seis años de escuela, se hace ascender á 1.152.000 pesos oro la suma que gasta el Estado en una educación que no aprovecharán.

La Asociación declara que hay dos medios para disminuir los estragos de la tuberculosis entre la población escolar. El primero consiste en instruir á cada niño sobre los peligros de la enfermedad y de las medidas preventivas que se pueden adoptar en su propia casa.

El segundo, establecer escuelas al aire libre para todos los niños enfermos y segregarlos de los sanos.

En el Tibet—La tribu de los Mossos

No hace mucho se hizo público que en la región limítrofe entre China y el Tibet habían perecido asesinados dos exploradores alemanes, y una semana después dos viajeros americanos. La región en cuestión está habitada por la tribu de los mossos, de procedencia tibetanabirmánica, que de nombre se hallan bajo la dominación china, pero de hecho son casi independientes.

Las noticias más verídicas sobre esta tribu las debemos al príncipe Enrique de Orleans, quien en el año 1896 recorrió esta región.

Antes el reino de los Mossos llegaba hasta el corazón del Tibet; hoy por hoy, se halla reducido al terreno entre el Yang-Tse y el Mekou. Los hombres visten al modo chino, y también el traje de las mujeres ofrece cierto parecido con el de las chinas. Muy original es el peinado de las mujeres, que con su cabello forman una especie de cuerno en lo alto de la cabeza, adornado con un botón de plata. Detrás del cuerno corre una ancha cinta sembrada de tachuelas de plata y de la cual penden dos cadenitas y gruesas bolas del mismo metal, que bajan más de las orejas. Pero solamente las mujeres casadas llevan las bolas: es regalo del marido después de haber nacido el primer hijo. Son estas alhajas de algún valor y suelen pasar de padres á hijos. Mucho más rico es el traje que usa la esposa de un mokus ó sea rey de los mossos. Esta lleva una falda verde y un saco de seda con botones de plata; de la espalda le cuelga una piel de oveja negra, adornada de una franja bordada, y del cinturón pequeños objetos de plata, en tanta abundancia, que llegan á pesar una ó dos libras. El peinado es igual al de las demás mujeres, pero todos los adornos son de oro.

Sus creencias están entremezcladas de las más groseras supersticiones; así es que los hechiceros gozan del mayor prestigio entre los mossos. Estos tienen la costumbre de quemar sus difuntos, pero la cremación no puede tener lugar en la época de la siega: durante ese tiempo suelen conservar sus cadáveres mediante el empleo de la sal.

Los mossos conocen una especie de escritura, de la que se sirven con preferencia los hechiceros para sus apuntes. Los sig-

nos están mezclados con figuras, y el hechicero les da una interpretación bastante libre.

Vecinas de los mossos y afines por su raza, son las tribus de los lolos y de los lissus. El príncipe Enrique de Orleans contrajo amistad con el mokua de Yetche de las tribus de los lolos y logró que el gobierno chino le reconociese el título de rey; en cambio de este favor quedaron exentos de toda clase de impuestos los cristianos que habitan el reino y que en su inmensa mayoría son misioneros franceses.

Los lissus, que habitan la región más al sur del Mekou, son tributarios de los mossos, pagan el tributo en oro, cera y pieles de animales. Su fiesta principal es la llamada de la «purificación», que dura varios días.

La lucha contra la mala literatura en Alemania

Es conocida ya de nuestros lectores la vigorosa campaña emprendida en Alemania por las asociaciones escolares contra los peligros de la mala literatura, ó como allí la llaman empleando una expresión algo ambigua, la *Schund litteratur*, por la que entienden, la novela licenciosa, la narración de crímenes ruidosos ó de hazañas de los policianos más ó menos imaginarios, todo burdamente ilustrado y publicado en los periódicos cuotidianos ó semanales. A lo que ya hemos dicho en otras ocasiones respecto á los medios de propaganda de que se valen esas asociaciones, agregamos el llamamiento dirigido á las familias por los ocho directores de las escuelas superiores de niños de la ciudad de Hannover.

«Incidentes lamentables, que se han producido, nos obligan á dirigirnos á los padres de nuestros alumnos, rogándoles se preocupen de un peligro que amenaza el desarrollo moral de los niños y sobre el cual la escuela tiene muy poca acción.

«Nos referimos á esa literatura de pacotilla que se propaga sin escrúpulo alguno entre la juventud, mediante escritos que pueden parecer atrayentes, en que no se habla sino de historias de detectives norteamericanos á lo Sherlock Holmes, á lo Nick Carter, etc. Esas obras, impresas en mal papel, son vendidas muy baratas y hechas accesibles á los niños. Hay en ello un peligro para el corazón y el alma de nuestros alumnos. A menudo

se lee en la prensa la relación de crímenes sugeridos por la lectura de tales publicaciones.

«En nuestra ciudad, una escuela superior ha hecho hace poco tiempo una experiencia bien triste: uno de los alumnos fué arrastrado por sus lecturas á un orgullo enfermizo y, en un estado de desequilibrio mental, se suicidó.

«La lucha contra la mala literatura comienza naturalmente en la escuela; pero ella no tendrá más que un débil poder sin el concurso de la policía y de la familia.

«Con su enseñanza, trata de dar á los niños el desprecio y aversión hacia las publicaciones malsanas. Con las bibliotecas escolares, les procura buenos libros.

«Pero los principales medios de defensa están entre las manos de los padres. Sólo la familia puede ejercer una eficaz vigilancia sobre los alumnos, impedir las malas lecturas.

«Es por esto que los directores de las escuelas populares superiores de Hannover, invitan á las familias á dirigir su atención muy seriamente sobre la lucha contra la literatura perniciosa, y á ponerse en relación con la escuela para la elección de las medidas á adoptarse contra el peligro indicado.»

Además los directores indican los abusos que existen en al gunos teatros de cinematógrafos. Si es cierto que la representación animada de ciertos hechos puede ser interesante, se reproducen otros muy peligrosos para la imaginación infantil. Los directores piden que fuera de los asuntos que tengan un carácter artístico, científico ó patriótico, los padres prohiban á sus hijos asistir á las representaciones cinematográficas.

La circular de los directores de Hannover á las familias, no es única en Alemania. Su conducta valerosa ha sido imitada en muchos puntos.

En Pankow, cerca de Berlín, por ejemplo, acaba de lanzarse un grito de alarma que obtuvo grande resonancia, y el ministerio de instrucción pública y culto de Prusia ha apoyado oficialmente á los maestros que lo han lanzado.

En Hamburgo, otra importante asociación pedagógica ha publicado un folleto previniendo á los padres contra el peligro de la lectura de las novelas de Buffalo Bill y de Nick Carter, y del cual se han repartido 150.000 ejemplares. Se ha acudido también á un recurso ingenioso para impedir dichas lecturas. Dedícase una clase entera á leer alguna obra atrac-

tiva bien escogida, reservándose una parte para casa, y después se discute acerca de su mérito, lo cual suscita gran interés.

Por su parte, el Consejo de la ciudad de Leipzig ha prohibido, á instancias de *Sittlichkeitsverein,* la venta en los kioskos públicos de 12 novelas de Nick Carter.

El tratamiento de la pereza

Puede parecer demasiado absoluta la afirmación de que todos los niños perezosos son enfermos; sin embargo, es preciso reconocer que la pereza es á menudo consecuencia de un temperamento débil, «como un medio de defensa del organismo contra lsa excitaciones demasiado fuertes, á las cuales no puede responder», dice el Dr. Lanmonnier en un trabajo que firma en una revista parisina. Es preciso, pues, *respetarla,* reducir en todo lo posible las solicitaciones ordinarias que agotan, y disponer que el perezoso permanezca en reposo físico y psíquico. Se modificará la alimentación; las comidas serán más numerosas pero poco copiosas, reduciendo á lo mínimo el trabajo de elaboración. Los elementos principales de la comida serán la harina de cereales, las frutas, las papas, los huevos, los productos de lechería. Conviene emplear fricciones y adoptar ejercicios físicos graduados. El tratamiento será completado por una metódica reeducación de la atención y de la voluntad.

La instrucción primaria en Europa

La revista *Bazerische Lehrerzeitung,* publica una estadística que registra el número de los maestros y alumnos de las escuelas europeas. Hay, según ella, cerca de cincuenta millones de alumnos educados por un millón de maestros de ambos sexos.

De estos maestros, 195.000 enseñan en Rusia, 177.500 en Inglaterra, 168.000 en Alemania, 159.000 en Francia. Los analfabetos de los principales países están distribuídos así: 5 por mil en Alemania, 10 en Inglaterra, 40 en Francia, 102 en Bélgica, 257 en Austria, 315 en Italia y 617 en Rusia.

Congreso de educación popular

En Bruselas se realizará este año el tercer congreso internacional de educación popular organizado por la Liga Belga de la Enseñanza. Se dividirá en cuatro secciones:

1.ª—Preparación de la mujer para su función educativa.

2.ª—Enseñanza primaria superior. Escuela para adultos. Enseñanza profesional.

3.ª—Instituciones post-escolares. Universidades populares. Bibliotecas populares. Oficina internacional de las instituciones de enseñanza popular.

4.ª—Medios complementarios de la educación popular. Diarios y revistas, teatros, museos, cinematógrafos.

La sede del comité directivo funciona en Bruselas, Boulevard Hainaut 110.

Las escuelas para anormales en Suiza

Las últimas estadísticas relativas á la educación de los anormales en Suiza, registran las siguientes cifras: los asilos especiales para anormales son 30, con 1.366 alumnos; las clases para retardados son 80, con 1.708 alumnos educados por 26 maestros y 56 maestras.

Cómo consideran los alumnos á sus maestros

En el boletín de la Sociedad para el estudio psicológico del niño, de París, Roger Cousinet escribe sobre lo que piensan los alumnos de sus maestros. Sus observaciones están basadas en los mismos juegos de los niños, su actividad imitativa y sus juguetes. Ha observado al niño cuando juega *á la escuela* y cuando se le confían las funciones de monitor: es evidente que el maestro es para él ante todo, «el que impone una regla, el que traba su libre actividad, el que representa, en una palabra, una *autoridad*». Ha notado que es el hombre que impone una disciplina y no el hombre que da una enseñanza.

Formación de las nieblas

Indiquemos rápidamente cómo se forman las nieblas, que tanta analogía tienen con las nubes.

De Saussure, observando con una lente los glóbulos acuosos de las nieblas, descubrió que eran huecos á la manera que las burbujas de jabón, y por esta razón les llamó vapores vesiculares. Este fenómeno se produce cuantas veces sufre un enfriamiento el aire saturado de humedad ó cuando el suelo húmedo está más caliente que las capas de aire que le cubren.

Las circunstancias que presiden para la formación de la niebla, son muy distintas de las que acompañan el rocío. Cuando éste se deposita, el suelo resulta más frío que el aire, esto es, lo contrario de lo que ocurre con la niebla, en cuyo caso el suelo húmedo está más caliente que el aire, y los vapores que de él se desprenden se hacen visibles como los que se elevan del agua hirviendo. En los países como Inglaterra, donde el suelo es húmedo y cálido y cuyas costas están bañadas por un mar de temperatura elevada en relación á la latitud del país, las nieblas son frecuentes y de una densidad á veces extraordinaria.

En Londres aquéllas son tan espesas, que en pleno día resulta imposible distinguir los objetos más cercanos y anualmente, no pocas veces, durante el día han de estar encendidos los faroles de las calles y las luces de las casas.

La instrucción obligatoria en Italia

La difusión de la instrucción elemental obligatoria en Italia, á pesar del gran paso dado en los últimos treinta años, es todavía muy deficiente, tropezando con numerosos obstáculos para llegar á ser efectiva. La asistencia, en muchas escuelas del reino, es inferior al cincuenta por ciento de los inscriptos, alcanzando á más de cuatro millones el número de niños de ambos sexos que cuentan la edad escolar. Así nos lo hace saber una circular del Ministro de Instrucción Pública del citado país, dirigida á las autoridades escolares locales del mismo, en la cual se encarece la necesidad de velar por el exacto cumplimiento de

los últimos reglamentos vigentes, cuyas disposiciones establecen, entre otras, la constitución de las «Comisiones de vigilancia» que deben reunirse mensualmente.

A la referida circular se agrega una serie de prospectos y formularios de estadística, en los que deben consignarse por las autoridades locales los datos pertinentes al cumplimiento de la obligación escolar, y dar cuenta de la gestión por ellas desenvuelta en su respectivo campo de acción.

Enseñanza preparatoria técnica en Inglaterra

Según leemos en el *Journal of Education* del Comité de Educación de Londres, ha decidido la creación de un nuevo tipo de escuelas secundarias, denominadas «centrales» cuyos cursos de tendencia industrial ó comercial, servirían de preparación para los alumnos que, aprobados los estudios elementales, desearen dedicarse á una profesión manual ó técnica.

Páginas infantiles

Fábulas en prosa de Lessing (1)

La musaraña y las hormigas.—Zeus y el caballo.—El mono y el zorro.—El ruiseñor y el pavo real.—El lobo y el pastor.—El corcel y el toro.—El grillo y el ruiseñor.—El lobo belicoso.—El fénix.—El ganso.

LA MUSARAÑA Y LAS HORMIGAS

¡Pobres hormigas! decía una musaraña, ¿acaso vale la pena que trabajéis todo el verano para juntar tan poca cosa? ¡si vieseis mis provisiones!

—Oye, le contestó una hormiga, si tus provisiones son más grandes que tus necesidades, tiene razón el hombre para perseguirte, vaciar tus graneros y hacerte pagar con la vida tu avaricia rapaz.

---

(1) El poeta alemán Lessing murió en 1781. Ejerció gran autoridad en la literatura de su tiempo y sus Fábulas en prosa, particularmente, le dieron renombre porque con ellas trató de divulgar su filosofía, sobre todo en materia de arte. Estas fábulas no han perdido su lozanía, y nos induce á iniciar su publicación en EL MONITOR la creencia de que no existe traducción castellana. Algunas se refieren á sucesos de su época y á ideas discutidas entonces, pero la enseñanza que se deriva de ellas permanece íntegra, aunque ocasionadas por hechos accidentales.

Tienen el mérito de ser sumamente breves y de educar el pensamiento, pues todas dejan ancho campo á la deducción; la mente del niño puede habituarse á ellas aunque tengan alguna profundidad filosófica.

EL LEON Y LA LIEBRE

Un león se dignaba honrar con su familiaridad á una liebre graciosa. ¿Es cierto, le preguntó un día la liebre que el canto de un gallo vulgar os hace huir, á vosotros, los leones?

—Es cierto; y es común observar que nosotros los grandes animales tenemos todos cierta pequeña debilidad. Así, por ejemplo, habrás oído decir que el elefante se extremece como aterrorizado si oye el gruñido de un cerdo.

—¿Sí?, le interrumpió la liebre, ¡ahora comprendo por qué tenemos las liebres tanto miedo de los perros!

EL ASNO Y EL CABALLO DE CARRERA

Un asno tuvo la audacia de apostar una carrera con un caballo. La prueba le fué lo más ingrata y fué por ello perseguido con burlas.

—Recién ahora me explico mi fracaso, dijo el asno: hace algunos meses me clavé una espina en el pie y sufro todavía.

—Perdonadme, decía el predicador Piderhold, si mi sermón de hoy no ha sido tan edificante y conmovedor como se habría esperado del feliz imitador de un Mosheim: como ustedes ven, tengo la garganta ronca desde hace ocho días.

ZEUS Y EL CABALLO

—Padre de los animales y de los hombres, dijo el caballo, acercándose al trono de Zeus, se dice que soy una de las más bellas obras con que tú has ornado al mundo, y mi amor propio me obliga á creerlo. Sin embargo, ¿no habría en mí algunas cosas qué corregir?

—¿Qué crees que se puede mejorar en tí? habla, dijo el Dios bondadoso sonriendo, yo acepto tu lección.

—Quizás tuviera más ligereza en la carrera si fueran mis piernas más altas y delgadas; un largo cuello de cisne no me vendría mal, un pecho más ancho aumentaría mi fuerza, y puesto que me has destinado á llevar á tu favorito, el hombre,

la naturaleza podría bien proporcionarme la silla, que ahora me pone el jinete bienhechor.

—Bien, dijo Zeus, ten un instante de paciencia.

Y con gravedad divina pronunció la palabra de la creación. Entonces la vida se levantó del polvo, la materia organizada se unió y de pronto se irguió delante del tronco el deforme camello.

EL MONO Y EL ZORRO

—Nómbrame un animal al cual yo no pueda imitar, decía el mono vanidosamente hablando al zorro.

—Y tú nómbrame un animal de tan poco valor que tenga la ocurrencia de imitarte.

Escritores de mi país ¿debo explicarme más claramente?

EL RUISEÑOR Y EL PAVO REAL

Un ruiseñor de espíritu sociable, hallaba entre los cantores del bosque muchos envidiosos y ningún amigo.

—Tal vez encuentre alguno entre las aves de otra especie, pensó, y descendió á hacer compañía á un pavo real.—¡Bello pavo real te admiro!

—También te admiro, ruiseñor. Seámos, pues, amigos, dijo el ruiseñor. Entre nosotros no puede haber envidia: tú encantas los ojos, yo los oídos. El ruiseñor y el pavo real se hicieron amigos.

Kueller y Pope eran mejores amigos que Pope y Addison.

EL LOBO Y EL PASTOR

Una cruel epidemia había matado todo el rebaño de un pastor. El lobo lo supo y se apresuró á venir á presentar sus condolencias.

—¿Es cierto, pastor, que te ha ocurrido una desgracia tan cruel? ¿Has perdido todo tu rebaño? ¡Ese querido, dulce y rozagante rebaño! Tu pérdida me aflige y me hace verter muy amargas lágrimas.

—Muchas gracias, Mesire Lobo, contestó el pastor. Veo que tienes un corazón muy compasivo.

—Muy compasivo, en efecto, dijo el perro del pastor, siempre que sufre en sí mismo la desgracia del prójimo.

EL CORCEL Y EL TORO

Montando un fogoso corcel pasaba gallardamente un atrevido niño.

—¡Qué vergüenza! gritó al corcel un toro salvaje; yo no me dejaría gobernar por un niño.

—Yo sí, replicó el corcel, pues en verdad, ¿sería honroso para mí voltear al suelo un niño?

EL GRILLO Y EL RUISEÑOR

—Te aseguro, decía el grillo al ruiseñor, que no faltan admiradores á mi canto.

—¿Cuáles son?—los laboriosos segadores me escuchan con gran placer, y no negarás que son las gentes más útiles en la república de los hombres.

—No pretendo negarlo, pero eso no es una razón para enorgullecerte de sus sufragios. Esas buenas personas, consagradas por entero á su trabajo, no pueden tener el gusto muy delicado. No halles motivo para imaginar nada sobre tu canto hasta el momento en que el desocupado pastor que tan agradablemente toca la flauta no te escuche con atenta admiración.

EL LOBO BELICOSO

—Mi padre, de gloriosa memoria, decía un joven lobo á un zorro, era un verdadero héroe; ¡qué temible se hizo en toda la comarca! Triunfó sucesivamente de más de doscientos enemigos, y envió sus negras almas al reino de la muerte. ¿Qué extraño, pues, que al fin haya debido sucumbir al ataque de uno de ellos?

—Así se expresaría un panegirista, dijo el zorro, pero el historiador, en su estilo seco, agregaría: «los doscientos enemigos de que triunfó sucesivamente eran corderos y asnillos, y el enemigo que le dió la muerte era el primer toro á que se atrevió á atacar».

EL FENIX

Después de un intervalo de varios siglos se le ocurrió al Fénix volverse á mostrar. Apareció, y todos los animales, todos los pájaros, se juntaron á su alrededor.

Llenos de asombro y de admiración, levantaron un coro de alabanzas. Pero pronto los mejores de entre ellos y los más sociables, se apartaron por piedad. ¡Desgraciado Fénix, el cruel destino no ha querido que tenga compañera ni amigo, pues es el único de su especie!

EL GANSO

Las plumas de un ganso avergonzaban á la nieve nueva. Orgulloso de ese deslumbrante don de la naturaleza, creyó haber nacido para ser un cisne y no lo que era; olvidando su condición se apartaba de sus compañeros y nadaba solitario y majestuoso en el estanque. Ora alargaba su cuello y quería á toda fuerza remediar á la pequeñez que lo denunciaba; ora intentaba ensayar la magnífica ondulación que da tan digno aspecto al ave cara á Apolo. Pero todo era en vano; era demasiado vulgar y sólo consiguió volverse un ganso ridículo sin llegar á ser cisne.

Revista de Revistas

"Revista de Instrucción Pública"
América

El origen del nombre del continente que habitamos no está, parece, enteramente explicado. El señor H. Girgois publica en una revista de Nicaragua, «Revista de la Instrucción Pública», un artículo en que expone una nueva hipótesis sobre el nombre de América, hipótesis muy viable por los fundamentos en que su autor la asienta. Dice así:

Muchos que forman su opinión en la lectura de los libros clásicos creen que Américus Vespucio fué quien dió su nombre al Nuevo Mundo, descubierto casualmente por Cristóbal Colón.

Primeramente, Vespucio no tenía el nombre de Américo, ni Albérigo, sino el de Albericus, Albérico. Esto queda probado por una infinidad de documentos españoles é italianos cuya autenticidad ha sido científicamente probada. Los documentos anteriores á 1506, llevan todos el nombre de Albéricus. Posteriormente á aquella fecha hay dos cartas que llevan el nombre de Américus. Pero estas dos cartas han sido reconocidas como apócrifas por muchos historiadores italianos y españoles.

En 1507, Martín Waldseemüller publicó en Saint Dié un libro titulado: *Cosmographiae introduction*, en el cual propone, para el nuevo continente, el nombre de *Amerriqua*, basándose en que, cuando en 1499 Alfonso de Ojeda descubrió lo que hoy se conoce bajo el nombre de Centro América, los indios de la costa de Cumaná designaban el continente entero por la palabra *Amerriqua*.

Una prueba fehaciente es un mapa náutico publicado en

Lyon, año 1522, edición de Ptolomée. *Orbis typus universalis juxta hydrographorum tradictionem exactissime depicta,* en el cual se lee Amerriqua es la parte de las tierras que hoy representan el Brasil y entonces Terra Santae Crucis, la que comprende todo el continente sur.

Está fuera de duda que aquella palabra Amerriqua representa el nombre de la parte del continente en el cual está estampado. Es sabido también que el Nuevo Mundo era conocido bajo la denominación de Las Indias, y los reyes de España ostentaban el título de Hispaniarum Indiarumque.

Es más probable que en lugar de ser Albéricus Vespucio el que diese su nombre á América, fuese él el que haya tomado el nombre de la tierra descubierta por Alfonso de Ojeda, que acompañaba, modificando así gloriosamente su apellido á fin de diferenciarse de los demás Vespucios, sus homónimos.

Es de notoriedad científica que la mayor parte de los documentos florentinos que se relacionan con los viajes de Vespucio, han sido adulterados, á fin de dar á Italia la preponderancia en el descubrimiento de la América.

Nada más fácil en un documento manuscrito que de Albéricus hacer Américus.

Antonio Herrera, reputado historiador español en 1615, un siglo después del descubrimiento, critica muy severamente á Vespucio, presentándole como un simple cosmógrafo, agregado al piloto Juan de la Costa. Afirma que los historiadores españoles contemporáneos, entre muchos Pedro Martyr, niegan á Vespucio una cooperación importante en el descubrimiento de América, indicándole como falsario ó único historiador de sus pretendidos descubrimientos.

Las relaciones de las cartas relativas de sus dos primeros viajes, llevan todas el nombre de Albéricus. La edición de la carta en la cual relata su tercer viaje, el que hizo á la costa en que se denominaba Amerriqua, es la única que ostenta el nombre de Américus.

Se pueden fácilmente sacar las conclusiones que, si el francés Christophorus Colombus, ya que en tiempo de su nacimiento en Génova (1), su patria, pertenecía á la coro-

(1) Génova, patria de Colón, pertenecía á la corona de Francia ya que Luis XI era señor de Génova y de Savona. La prueba resulta de que,

na de Francia, no ha dado su nombre al mundo que descubrió. Vespucio no le dió tampoco el suyo, pues Amerriqua es el nombre indígena del continente.

¡La América á los americanos!

En un artículo del Londón Times, que reproduce el Avisador Hispano Americano, de Nueva York, se pretende agregar nuevas evidencias de que la palabra América es nativa del continente que hoy lleva este nombre y no proviene del Viejo Mundo.

El Boletín de la Sociedad Geográfica de París contiene una relación de Jules Marcón sobre sus investigaciones acerca del origen del nombre América.

El año de 1875 publicó algo sobre el mismo asunto que llamó notablemente su atención.

La noción popular de que la América fué llamada así del nombre de Américo Vespucio, es errónea; América es el nombre indio de las montañas entre Juigalpa y La Libertad, en el departamento de Chontales, hoy Jerez, que separa el lago Nicaragua de la costa de los Mosquitos. La palabra en lengua maya significa el país ventoso.

El nombre de Vespucio era de Albérico, en italiano y en español, y Albéricus en latín. Este nombre está sujeto á gran número de variaciones, como lo demuestra la nomenclatura y calendarios de los santos españoles é italianos, pero en ninguna parte se ven variaciones tales como Américus, Amerrigo, Amergio, Almerito, y ninguno tampoco es diminutivo de ninguna variación usada en Italia, España ó Francia, por Albérico ó Albert. Antes, en 1507, cuando Juan Basin publicó el nombre, no se había en ningún documento impreso ni en ningún manuscrito de autoridad reconocida é incontestable.

M. Jules Marcón pretende que su teoría, de un origen nativo para el nombre de América, ha sido aceptada en España, Hispano América, y, con algunas excepciones, en los

---

desde el principio de su carrera de marinero, formaba parte en la armada de Francia, pues una carta de Fernando de España, con fecha 9 de Diciembre de 1474, fué mandada al rey de Francia, quejándose de que Colón, al mando de una división naval, había capturado dos buques españoles, como castigo de rapiñas cometidas en el Roussillón por tropas que decían al servicio del rey de España.

Esta carta que califica á Colón como súbdito del rey de Francia, está conservada en la Biblioteca Nacional de París, bajo la rúbrica C. C., número 2348.

Estados Unidos; en Francia, Alemania é Italia ha causado duda y sorpresa, aunque en el último lugar tiene el apoyo del geógrafo de Turín, señor Guido Goya.

No queda duda de que Vespucio visitó las costas de Mosquitos, al pie de la sierra de Amerriqua, y que el nombre fué comunicado por los oficiales y hombres de la tripulación de esta expedición. Schoner, el geógrafo, declara en 1515 que el nombre era ya popular en Europa.

También está fuera de duda que una edición de una carta de Vespucio, en su tercer viaje, tiene el nombre de Amérigo en lugar de Alberi.

La 19.a edición tenía Albéricus, y después las ediciones tenían Albérico. La que tenía el nombre de Américo en la primera página, se publicó en 1506. Dice Marcón que no se ha creído nunca que fuera una variación de Albérico, sino más bien la adaptación de Amerriqua, nombre ya conocido y aplicado en el nuevo mundo al apellido de Vespucio para distinguirlo de sus homónimos.

"L'Education"
Las variaciones fisiológicas en los niños

«L'Education» consigna las ideas de James Herr sobre las variaciones fisiológicas de los niños. El autor piensa que por el momento es imposible tratar el tema á fondo por falta de datos y conocimientos ordenados.

Las variaciones á que se refiere son las diferencias de desarrollo del cuerpo. Después de haber medido 1347 niños de diez años, de las escuelas de Londres, comprobó que 99 tenían 131 centímetros y que sobre la base de esta talla los números disminuían ó aumentaban regularmente. Compara en seguida las tallas según las clases en que se encuentran todos esos niños de diez años, y comprueba que los más pequeños están en las clases inferiores. Un estudio de la talla entre 4000 á 5000 niñas en las mismas escuelas le da resultados análogos: las de mayor talla, aún de igual edad, están en clases superiores. Existe igual paralelismo entre el desarrollo físico y el progreso intelectual en América, Escocia, Dinamarca, Alemania y Rusia. El examen de las causas demostraría que el retardo en el desarrollo físico é intelectual es debido á malas condiciones de la vida en la familia.

Esta variación de la talla induce á James Herr á suponer un estudio idéntico de las capacidades mentales de los alumnos, pero en este caso la curva de variaciones no implicaría una concordancia como la de la talla. Para el educador, el estudio del desarrollo del sistema nervioso es indispensable. Un desarrollo irregular—la precocidad, por ejemplo—es á menudo signo de debilidad mental. Es preciso dar á los alumnos una educación que corresponda al grado de su desarrollo. La mayor parte de los alumnos fracasan en el estudio de las lenguas clásicas, porque en lugar de presentarles realidades objetivas les ofrecen conceptos subjetivos que son incapaces de retener sino es por un esfuerzo de memoria puramente verbal. Sería un error dirigir la educación al conjunto de todos los órganos cerebrales; sería preciso desarrollar, según las necesidades. los centros motores, visuales, auditivos. El autor cita el ejemplo de una niña de once años, en quien una acción defectuosa del centro auditivo de las palabras fué corregida por la lectura en los labios del interlocutor de las palabras pronunciadas. En Noviembre de 1908 *repetía,* sin comprenderla, una pregunta oída, pero *respondía* razonablemente á una pregunta leída en los labios; en Enero de 1909, contesta á preguntas de conversación ordinaria, vuelta la espalda al interlocutor, pero si la pregunta es sólo murmurada. ella la repite, lo que demuestra que no ha concluído la educación del centro auditivo de las palabras.

Del mismo modo que la memoria verbal es defectuosa en ciertos individuos á consecuencia de una debilidad de los centros visuales ó auditivos, la moralidad de un hombre puede ser insuficiente porque es insuficiente el conjunto de recuerdos que constituyen el código de convenciones reglamentarias de nuestra conducta. Esta moral es el resultado de las variaciones cerebrales y el estudio. Por el momento, el tratamiento de un niño amoral ó inmoral presenta dificultades casi insuperables; es probable que un amoral pueda ser susceptible de ser vuelto á un término medio de moralidad, por medio de la sugestión científicamente empleada, hasta el estado de hipnosis, si fuera necesario.

"Revue Universitaire"
El movimiento pedagógico en Alemania

Esta revista se propone publicar notas periódicas sobre el movimiento pedagógico en el extranjero. Las que firma G. Delobel, en su último número, se refieren á Alemania. A pesar de que en este país la mayor parte de la prensa pedagógica, que es muy numerosa, tiene un carácter conservador, prefiriendo mantener la enseñanza en su estado actual, se han formado mucha opinión los propósitos de reforma de la escuela. Se pide que ésta esté más en contacto con la vida, que se haga la educación de los sentidos antes que la del espíritu. El público interviene en las discusiones, y está de parte de los partidarios de la reforma que se dirigieron á él, denunciando las taras del sistema actual. Uno de los escritores en esta materia, opuesto á la parcialidad de la opinión pública, propone el establecimiento de un comité de defensa que intervenga en los diarios, reuniones y panfletos para «combatir la crítica de la escuela».

Los suicidios de alumnos proporcionan un tema á la campaña de la prensa, especialmente el de un alumno del gimnasio de Gliwitz que se dió muerte por haber recibido una mala nota. Los maestros se quejan que se exploten esos casos aislados, pero se les observa que ha habido en Prusia, desde hace veinticinco años, nada más que 1258 alumnos. Deben existir causas profundas, en parte tal vez, derivadas del rigorismo extremo del sistema escolar.

Se aunan buenas voluntades para hallar una nueva fórmula de educación, y en este sentido se ha creado una liga *Bund für Schulereform*, en Hamburgo que en primer término se propone estudiar: la estadística de las carreras, el trabajo manual, la lectura en la casa, el problema del primer año escolar (cooperación necesaria de la familia y el maestro para coordinar sus esfuerzos).

Se tiende cada vez más, sino á suprimir la enseñanza religiosa en la escuela, al menos á hacer la escuela independiente de la Iglesia. En el ducado de Meiningen, una ley reciente suprime la inspección eclesiástica y confía al maestro la enseñanza religiosa. En el Congreso católico de Breslau se propuso defender la escuela confesional que, se dijo, atraviesa por una situación que inspira serios temores.

Sin embargo, los partidarios de las ideas nuevas tienen gran cuidado de proclamar que consideran la enseñanza como una materia esencial de la misma, y que procuran solamente reformarla sobre bases pedagógicas y psicológicas, y se quejan de que sus adversarios los presenten como partidarios de la escuela laica.

En la escuela y fuera de ella se continúa activamente la campaña contra la mala literatura. Parece que los alumnos se entregan con exceso á la lectura de obras de la índole de Shrlock Holmes, Nick Carter y Buffalo Bill. Empeñados en esta buena campaña, los maestros berlineses organizaron en Diciembre pasado una exposición de libros para la juventud.

"Razón y Fe"

Ha empezado á llegarnos «Razón y Fe», revista mensual madrileña, redactada por padres de la Compañía de Jesús. No es precisamente una revista de propaganda, sino una publicación para estudiosos. Sus ciento cincuenta páginas están alimentadas de eruditas investigaciones de sentido teológico, para cuyo aprecio basta decir que proceden de los jesuítas, y de notables trabajos sobre particularidades de la ciencia moderna que la revista sigue *au jour le jour*, demostrando que el carácter religioso no obsta para incorporarse al esfuerzo general en la citación de la verdad

Lo demás de la importante publicación está dedicado á las novedades de la organización interna de la compañía. El número de Abril, por ejemplo, aparece con este sumario: El método histórico en la interpretación de los Evangelios, L. Murillo; La Iglesia y la escuela, R. Ruiz Amado; Psicología experimental del corazón humano, E. Ugarte de Ercilla; La real circular sobre las escuelas laicas, V. Minteguiaga; El perdón de los pecados en la primitiva Iglesia, La doctrina de Orígenes, Zacarías García; Boletín de Teología dogmática española en 1909; La vuelta del gran cometa de Halley, M. Martínez; Gabriel y Galán, L. Herrera Oria; Boletín Canónico; Sobre abstinencia y Cruzada; Examen de Libros; La educación intelectual, N. Noguer; La venida de San Pedro á Roma, E. Portillo; Antología moderna orgánica española, M. de Benito; Noticias bibliográficas, Noticias generales, Obras recibidas en la redacción.

"Revista Musical" Esta publicación bonaerense, que acaba de publicar su número 99, correspondiente á la segunda quincena de Abril, se distingue por la delicadeza de su presentación, consiguiendo ser, en tanto que órgano de un arte, exponente de otro, el de las artes gráficas, tan descuidadas entre nosotros, que es raro encontrar una revista bella.

"Revista de la Facultad de Agronomía y Veterinaria". El tomo cuarto trae un trabajo de C. Spegazzini, que representa una de las más importantes contribuciones de la ciencia argentina y como tal será estimado fuera del país, que es donde se conoce á los estudiosos de valer. Spegazzini, en las doscientas páginas que ocupa con *Fungi chilenses,* estudia trescientas veintiséis variedades de hongos del vecino país. Importante es también el trabajo de Girola, sobre una planta textil, el ramio, que aparece en la misma entrega de la publicación. Esta pertenece á la serie de libros periódicos que con tan buen propósito dan á luz las dependencias de la Universidad Nacional de La Plata.

"El Magisterio Chihuahuense" Hemos recibido de Chihuahua los números 1, 2 y 3 de esta publicación dedicada, como lo indica su título, á cuestiones educacionales, siendo además órgano oficial de la Sociedad Científico-mutualista de Profesores del mismo Estado.

Revistas argentinas recibidas «Athenas», revista argentina de bellas artes, con muy completa información artística, mes de Marzo; «Boletín de la Instrucción Pública», órgano del Ministerio del ramo, Marzo y Abril, trayendo este último número el programa de los colegios nacionales y un suplemento con el mensaje del presidente al inaugurar el Congreso de 1910; «Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto», mensual, núm. 4 del tomo XXV y núm. 1 del tomo XXVI; «El Estandarte Evangélico

de Sud América», órgano de la iglesia metodista, números 17 y 19; «La Regeneración», publicación mensual destinada á enseñar y propagar el sistema de la naturología integral, número 4. Gualeguaychú; «Revista de Instrucción Primaria», de La Plata, núm. 116; «Constancia», 1192, 1193 y 1194; «La Semana Médica», 850, 851 y 852; «El Municipio», periódico semanal, núm. 138; «Revista de Policía», quincenal, 310; «Anales del Patronato de la Infancia», mes de Abril; «La Reforma», revista de educación, religión, historia y ciencias sociales, director William C. Morris, núm. 4, Abril; «Exito Gráfico», mes de Abril; «Revista de Derecho, Historia y Letras», mes de Mayo; «Boletín de Sanidad Militar», núm. 2; «Anales del Departamento Nacional de Higiene», núm. 3; «Revista de la Cámara Mercantil», números 106 y 107; «Anales de la Sociedad Científica Argentina», entregas I y II del tomo LXIX, meses de Enero y Febrero; «La Propiedad», número 590; «El Economista Argentino», núm. 963; «Anales del Instituto Argentino de Artes Gráficas», núm. 5, mes de Mayo; «Boletín de la Unión Industrial Argentina», Mayo.

SECCION ADMINISTRATIVA.—*Escuelas nocturnas. Conferencias y lecturas populares.*

SÁBADO 14 DE MAYO DE 1910

Consejos Escolares	LOCALES	TEMAS	CONFERENCISTAS
1°	Arenales 1060	San Martín	Sr. Manuel Espul
»	Charcas 1081	San Martín y sus campañas	Cada maestro en su aula
2°	Cangallo 1136	Origen de la bandera argentina	Sr. Juan C. Allievi
»	Reconquista 461	Las glorias de San Martín	Sr. Francisco V. Armando
»	Belgrano 637	La semana de Mayo	Sra. Leonor S. de Barthe
»	Rodríguez Peña 747	El centenario de Mayo	Cada maestro en su aula.
3°	Humberto I 343	Causas de la Revolución de Mayo	Sr. Mateo J. Catino
»	Carlos Calvo 1144	Campaña de San Martín en Chile	Sr. Juan A. Quevedo
»	Méjico 1629	Biografía de San Martín	Sr. Jerónimo Banchi
»	Chile 1668	Creación de la bandera argentina	Srta. Ana Casella
»	Humberto I 1573.............	Semana de Mayo	Sr. H. S. Reissig
4°	A. del Valle 471	Primer gobierno patrio	Sr. Blas Escobar
»	Australia 381................	San Martín	Sr. Pedro Z. Conde
»	Rocha 426	La bandera argentina...................	Srta. Agustina Salaverri
5°	San Antonio 682	Campañas de San Martín	Sr. Angel D. Bonora
»	Montes de Oca 455	Conveniencias políticas y económicas de las invasiones inglesas	Sr. Saturnino Costas
»	Iriarte 462	Prohombres argentinos	Sra. Graciana G. de Sorde
»	Garay 794	San Martín	Sr. Avelino Carazza
6°	Liniers 1041	Cómo se preparó nuestra independencia	Sr. Cuberto Peleitay
»	San Juan 2261	El aniversario patrio	Sr. Ubaldo Nocera
»	Gral. Urquiza 2159	Los patricios	Srta. Clara de Lorenzo
»	Pichincha 1873	San Martín	Cada maestro en su aula
»	Rioja 850	La bandera argentina	Srta. Hilaria Massa

»	Avenida Sáenz 453	Moreno	Sra. Julia F. de Homar
»	Entre Ríos 1383	El Centenario	Srta. Olinda Rodríguez
»	Arena 1024	Causas de la Revolución de Mayo	Sr. Atilio Medaglia
7º	Rivadavia 2616	Belgrano	Sr. G. Dellacanónica
»	Belgrano 2366................	Antecedentes de la Revolución de Mayo ...	Srta. Leonor E. Bianchi
8º	Cuyo 2802	Conveniencia de que el obrero de cualquier nacionalidad contribuya al desenvolvimiento de la nacionalidad argentina	Sr. Luis del Pino
»	Corrientes 3710	Grandeza de la República Argentina	Srta. Angela Chiappe
9º	Santa Fe 2729	Invasiones inglesas	Sr. C. Cornador
»	Arenales 2733................	Belgrano	Srta. P. Bravo
»	Coronel Díaz 1259	La semana de Mayo	Srta. María L. Mearillos
10º	Malabia 2148.................	Belgrano y su obra	Cada maestro en su aula
»	Serrano 1261	Formación del ejército libertador de Chile y el Perú	Sr. Alfredo Morteo
»	Soler 720	Combate de San Lorenzo	Srta. Elina Viale
»	Thames 2321	Biografía del General San Martín	Srta. P. Aubone
11º	Boedo 657	Conveniencia de que el obrero de cualquier nacionalidad contribuya al desenvolvimiento de la nacionalidad argentina	Sr. Angel F. Rossi
12º	Yerbal 2368	Belgrano	Sr. Juan A. Bottinelli
»	Polvorín 177	Símbolos nacionales	Sr. Carlos Pellerano
»	Triunvirato 632	El patriotismo	Srta. C. Ponce
13º	Echeverría 2187	Antecedentes de la Revolución de Mayo	Cada maestro en su aula
14º	Flores 3869	Conveniencia de que el obrero de cualquier nacionalidad contribuya al desenvolvimiento de la nacionalidad argentina	Sr. Santiago Giacometti
»	Rivadavia 7728	La mujer argentina	Cada maestra en su aula
»	San Fernando (Nuevos Mataderos)	Revolución de Mayo	Sr. Diego J. Espinosa
»	Rivadavia 10685	El General Belgrano	Sr. Sebastián Acosta

En once conferencias se utilizaron proyecciones luminosas

SABADO 7 DE MAYO DE 1910

Consejos Escolares	LOCALES	TEMAS	CONFERENCISTAS
1º	Arenales 1060	Manuel Belgrano, como fuente de virtudes cívicas á través de la Historia Argentina	Sr. A. Petrozzi
»	Charcas 1081	Belgrano—Creación de la bandera	Cada maestra en su aula
2º	Cangallo 1136	Mariano Moreno	Sr. Salvador Catino
»	Reconquista 461	El General Belgrano	Sr. Víctor M. Aldini
»	Belgrano 637	Lectura patriótica: ''La hora de la prueba''	Sra. Emilia C. de Luro
»	Rodríguez Peña 747	El Centenario de Mayo	Cada maestro en su aula
3º	Humberto I 343	El Himno Nacional	Sr. Samuel Vidal
»	Carlos Calvo 1144	Belgrano	Sr. Isidoro Natale
»	Méjico 1629	Biografía del General Belgrano	Sr. Fortunato Chiappe
»	Chile 1668	El Himno Nacional	Sra. Walfrida A. Riccheri
»	Humberto I	San Martín	Sr. I. Mazzanti
4º	Aristóbulo del Valle 471	San Martín	Sr. Clemente Zárate
»	Australia 381 .	Buenos Aires antiguo	Sr. José Basso
»	Rocha 426	La Semana de Mayo	Srta. Clara B. Cordano
5º	San Antonio 682	La República Argentina á través de su primera centuria	Sr. José M. Brignone
»	Montes de Oca 451	La Bandera Argentina	Sr. Luciano J. Schillen
»	Iriarte 462	''La cifra de hierro''	Srta. Antonia Capurro
»	Garay 794	Belgrano	Sr. Héctor Zambra
6º	Liniers 1041	Origen de la nacionalidad argentina	Sr. Oscar Molina
6º	San Juan 2261	La bandera argentina	Sr. Manuel B. Sánchez
»	General Urquiza 2159	La Revolución de Mayo	Srta. Elena del Barco
»	Pichincha 1873	Belgrano—Creación de la bandera	Cada maestro en su aula
»	Rioja 850	25 de Mayo de 1810 y 1910	Srta. Adela Fontenla

»	Arena 1024	Asamblea del año 13	Sr. Miguel Intaglietta
7º	Rivadavia 2616	Revolución de Mayo	Cada maestro en su aula
»	Belgrano 2366	La mujer argentina	Srta. Teresa Joan
»	Tucumán 2314	Los atributos nacionales	Srta. Manuela Cisneros
8º	Maza 151	Buenos Aires antiguo y moderno	Sr. Raúl Barlaro
»	Corrientes 3710	Patriotismo y educación de la mujer argentina	Srta. Eusebia Chumbita
9º	Santa Fe 2729	Semana de Mayo	Sr. M. Griffero
»	Arenales 2733	El escudo nacional	Srta. M. Offer
»	Coronel Díaz 1259	Manuel Belgrano	Sra. Regina de Hernández
10º	Malabia 2148	San Martín y su obra	Cada maestro en su aula
»	Serrano 1261	La asamblea del año 1813	Sr. Salvador Aloisse
»	Soler 720	Semana de Mayo	Srta. Ignacia de Dufour
»	Thames 2821	Patria	Srta. C. Cánepa
11º	Boedo 657	El 25 de Mayo	Sr. José R. Fernández
12º	Yerbal 2318	Batalla de Chacabuco	Sr. Baldomero Silva
»	Padilla 2058	La semana de Mayo	Sr. P. Schenelli
»	Polvorín 177	Antecedentes de la Revolución de Mayo	Sr. Fidel Guglietto
»	Triunvirato 532	Conveniencia de que el obrero de cualquier nacionalidad contribuya al desenvolvimiento de la nacionalidad argentina	Srta. G. Ramos
13º	Echeverría 2087	Revolución de Mayo	Cada maestro en su aula
14º	Flores 3869	El movimiento revolucionario en América	Sr. Pedro Jaureguiberri
»	Rivadavia 7728	La Revolución de Mayo	Srta. Ana M. San Martín
»	San Fernando (Nuevos Mataderos)	Organización nacional	Sr. Francisco R. Suárez
»	Rivadavia 10685	Campañas de San Martín	Sr. Felipe Magiotti

Nueve conferencias fueron ilustradas con proyecciones luminosas

SÁBADO 21 DE MAYO DE 1910

TEMA ÚNICO «EL CENTENARIO DE MAYO»

CONSEJOS ESCOLARES	LOCALES	CONFERENCISTAS
1.°	Arenales 1060	Sr. José Natale
”	Charcas 1081	Cada maestro en su aula
2.°	Cangallo 1136...........	Sr. Waldino Giménez
”	Reconquista 461	Sr. Luis A. Pintos
”	Rodríguez Peña 747	Sr. Armando S. Picarel
”	Belgrano 637	Srta. Rosa Migone
3.°	Humberto I 343	Sr. Juan J. López
”	Carlos Calvo 1144	Sr. Jorge J. Mailli
”	Méjico 1629.............	Sr. Baldomero J. Cerrille
”	Chile 1668 .. ’..........	Srta. Elsa Paccone
”	Humberto I 1573	Sr. Eusebio S. Gobea
4.°	A. del Valle 471	Sr. Blas Escobar
”	Australia 381	Sr. Ignacio Ars de Pargas
”	Rocha 426	Sra. J. Fernández Espiro
5.°	San Antonio 682.........	Sr. J. M. Santivañez
”	Montes de Oca 455	Sr. Salvador Rodríguez
”	Iriarte 462.............	Sr. Ismael Guerrero
”	Garay 794	Sr. Luis J. Gustavino
6.°	Liniers 1041	Sr. Alejandro Orayen
”	San Juan 2261...........	Dr. Juan Izquierdo Brown
”	Gral. Urquiza 2159.......	Srta. Matilde Aguirre
”	Pichincha 1873	Cada maestro en su aula
”	Rioja 850...............	Sra. J. C. de Bringas
”	A. Sáenz 953............	Sra. Julia J. de Homar
”	Entre Ríos 1383	Sra. Ramona J. de Casaburi
”	Arena 1024	Sr. Ruperto Lorenzo
7.°	Rivadavia 2616	Cada maestro en su aula
”	Belgrano 2363...........	Srta. M. del P. Arrequina
”	Tucumán 2341...........	Sra. Sara A. F. de Aróstegui
8.°	Maza 151...............	Sr. Abelardo Baró
”	Corrientes 3710.........	Srta. Emma Romay
9.°	Santa Fe 2729...........	Sr. L. Lucena
”	Arenales 2733	Sra. Elena E. de Delucchi
”	Coronel Díaz 1259........	Dra. Matilde Flairoto
10.°	Malabia 2148	Cada maestro en su aula
”	Serrano 1261............	Sr. José Flaggioli Rodríguez
”	Soler 720...............	Srta. Angélica Combes
”	Thames 2321............	Srta. P. Aubone
11.°	Boedo 657..............	Sr. Lucero Viale
12.°	Yerbal 2368.............	Sr. Baldomero C. Silva
”	Padilla 2051............	Sr. Miranda
”	Polvorín 177............	Sr. Pedro P. Fernández
”	Triunvirato 632..........	Dra. Celestina Funes de Frutos
13.°	Echeverría 2187..........	Sr. Felipe de Rosa
14.°	Flores 3869.............	Sr. Santiago E. Giacomotti
”	Rivadavia 7728..........	Srta. Ana M. San Martín
”	San Fernando (N. M.)....	Sr. Diego J. Espinosa
”	Rivadavia 10685.........	Sr. Tomás L. Quevedo

Relación de lo pagado por la Tesorería del Consejo Nacional de Educación durante el mes de Abril de 1910

			$ m|n.
Día	1	Carlos H. Martini — Certificado núm. 5 de las obras efectuadas en Loreto entre Freyre y Zapiola (C. Federal)	4.712.30
”	”	El País—Por publicaciones de avisos	768.—
”	”	Donnell y Palmer—Por artículos varios	721.—
”	”	Juan P. Ramos—Por reintegro de gastos	8.—
”	”	Escuelas de la Capital—Por sueldos y gastos de planillas adicional por Febrero de 1910	804.75
”	2	Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones Civiles—Depositado descuento 5 o|o de sueldos escolares de la Capital, por Febrero 1910	31.131.97
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas Territorios	6.108.06
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos de empleados del Consejo	10.462.—
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos Inspectores provinciales.........	420.—
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos Inspectores viajeros y empleados.	197.26
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Buenos Aires	90.—
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Santa Fe .	248 75.—
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Entre Ríos ..	466.25
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Corrientes ..	375.—
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Córdoba ...	395.—
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales S. del Estero	465.62
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Tucumán ...	305.—
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales San Luis ..	537.50
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales San Juan.....	482.50
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Salta	337.50
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Jujuy.........	223.75

			$ m|n.
Día	2	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Catamarca....	503.75
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales La Rioja......	282.50
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Mendoza......	268.75
”	”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos en varios expedientes...........	235.21
”	”	Comisión Edif. del Neuquén—Para la terminación del edificio escolar que se construye en el Neuquén	18.636.—
”	”	Inspección nacional de San Juan—Para gastos de escuelas nacionales..........................	2.000.—
”	”	Subtesorero A. del Castillo—Para pagar planilla de empleados del Consejo, por Mayo..........	104.549.95
”	”	Juan R. Espinosa—Viático por Marzo, Abril, Mayo y Junio..................................	1.080.—
”	”	Desiderio Sarverry—Para gastos de distribución del material escolar en la Exp. del Centenario......	100.—
”	”	Regino Ruiz—Viático..........................	250.—
”	”	Alfredo Van Gelderen—Sueldos por Diciembre, Enero y Febrero..............................	304.—
”	5	Subtesorero A. del Castillo—Para pagar planillas de Inspectores de Provincias, por Marzo.......	10.250.—
”	”	Tesorero M. Serrey—Para pagar planillas de Inspectores viajeros..........................	11.380.66
”	”	Marcelino Bordoy—Por 6 ejemplares del Diccionario General................................	960.—
”	”	Laurnagaray, Arbella y Cía.—Por una estera.....	138.60
”	”	Magdalena G. de Torres—Para gastos de la escuela de Niños débiles........................	302.24
”	”	Cirilo Rigiroli—Viático........................	200.—
”	6	“La Razón”—Por publicación de avisos.........	210.—
”	”	Pedro Scandroglio—Por instalación de luz eléctrica	750.—
”	”	Inspección nacional Buenos Aires—Para pagar planillas ley 4874, por Marzo.................	2.758.13
”	”	Inspección nacional Santa Fe—Para pagar planillas ley 4874, por Marzo.................	6.836.25
”	”	Inspección nacional Entre Ríos—Para pagar planillas ley 4874, por Marzo.................	13.760.75
”	”	Inspección nacional Corrientes — Para pagar planillas ley 4874, por Marzo.................	10.404.—
”	”	Inspección nacional Córdoba — Para pagar planillas ley 4874, por Marzo.................	11.899.83
”	”	Inspección nacional S. del Estero—Para pagar planillas ley 4874, por Marzo.................	14.335.60

		$ m|n.
Día	6 Inspección nacional Tucumán—Para pagar planillas ley 4874, por Marzo..................	8.027.—
”	” Inspección nacional Salta — Para pagar planillas ley 4874, por Marzo	9.759.17
”	” Inspección nacional Jujuy—Para pagar planillas ley 4874, por Marzo	6.119.80
”	” Inspección nacional Catamarca—Para pagar planillas ley 4874, por Marzo..................	14.576.—
”	” Inspección nacional La Rioja—Para pagar planillas ley 4874, por Marzo..................	9.248.90
”	” Inspección nacional San Juan — Para pagar planillas ley 4874, por Marzo..................	13.633.75
”	” Inspección nacional Mendoza — Para pagar planillas ley 4874, por Marzo..................	8.864.34
”	” Inspección nacional San Luis — Para pagar planillas ley 4874, por Marzo..................	12.614.47
”	” Angel Estrada y Cía.—Por varios artículos	10.965.50
”	” Carlos F. Gutiérrez—Por obras en la escuela número 10, Consejo Escolar 14°..................	8.007.30
”	” Dirección General de Arquitectura—Por reintegro de gastos	89.70
”	” Dirección General de Arquitectura—Por reparaciones en la Inspección Técnica..............	931.10
”	” Dirección General de Arquitectura—Por obras en la escuela núm. 2 Consejo Escolar 2o..........	150.—
”	” Dirección General de Arquitectura—Por gastos de iluminación en la “Exposición Escolar”......	8.000.—
”	” Dirección General de Arquitectura—Por obras en la escuela número 2, Consejo Escolar 11°......	150.—
”	” Nicolás Marrana—Por artículos varios	3.400.—
”	7 Tesorero M. Serrey—Para pagar planillas escuelas de la Capital, por Marzo....................	697.799.07
”	8 Tesorero M. Serrey—Para pagar planillas de sueldos y gastos de escuelas de Territorios y Colonias, por Marzo............................	131.007.99
”	” Ramón G. Herrera—Sueldos por Febrero y Marzo.	114.—
”	” Donato Gorbea—Por la 9a anualidad é intereses del edificio Salguero y Alvarez..................	13.799.45
”	11 José Rodríguez—Sobresueldo por Febrero........	60.—
”	” Gustavo Parkins—Sobresueldo por Febrero.......	100.—
”	” El Monitor—Por colaboración.................	100.—
”	” César de la Serna—Por láminas.................	120.—
”	” Antonio Mosquera y Cía.—Artículos para automóv.	171.80
”	” Guillermo Alcácer—Devolución de multas........	49.50
”	” “La Reforma”—Subscripción por 1910..........	36.—

		$ m|n.
Día 11	Jacobo Peuser—Artículos para escuelas de Territorios	2.30
,, ,,	Jacobo Peuser—Artículos para oficinas...........	87.—
,, ,,	,, — ,, para escuelas de La Rioja	48.57
,, ,,	Mateo de Lorenzo—Por toldos.................	1.995.—
,, ,,	P. Doublet y Cía.—Por cintas argentinas.........	1.995.—
,, ,,	Banco de Italia y Río de la Plata (Por F. R. Rojas)—9.a anualidad é intereses edificio Triunvirato 632..................................	17.585.06
,, ,,	Tesorero M. Serrey—Para pagar planillas maestros supernumerarios, por Marzo..................	10.129.66
,, ,,	I. Rillo—Por artículos escuelas Capital...........	3.685.—
,, ,,	,, — ,, ,, Provincias y varios.	6.960.—
,, ,,	Pablo Boffa—Por obras edific. Caracas y Rivadavia	32.367.15
,, ,,	Ferrocarril del Sud—Por pasajes y fletes.........	1.989.54
,, ,,	José de San Martín—Por viático y gastos de mov.	113.33
,, 12	Ferrocarril Noroeste Argentino—Por pas. oficiales.	12.60
,, ,,	Carlos A. Algeltt—Reintegro de gastos...........	112.50
,, ,,	Delfín Jijena H.—Por viático..................	150.—
,, ,,	Francisco di Ció—Por artículos esc. Capital......	371.—
,, ,,	Donnell y Palmer—Por artículos para Estadística.	804.20
,, ,,	Luis V. Tetamanti—Por artíc. Taller reparaciones	927.—
,, ,,	Saturnino García—Por alquiler de Abril de 1907 de la escuela de Santa Cruz.................	60.—
,, ,,	La Previsora (por F. R. Rojas)—Por la 8a anualidad é intereses del edificio Morón y Bahía Blanca	19.158.88
,, 13	B. Billet y Hno.—Por servicio de automóvil	242.—
,, ,,	H. Stein—Por artículos para la Dirección General de Arquitectura	99.70
,, ,,	Antonio Frugone—Honorarios como procurador .	490.—
,, ,,	Florentino del Castillo— ,, ,, ,, .	630.—
,, ,,	Mauricio Nirenstein ,, ,, ,, .	335.—
,, ,,	Julio González— ,, ,, ,, .	335.—
,, ,,	Julio M. Videla— ,, ,, ,, .	415.—
,, ,,	Ambrosio J. Mitre— ,, ,, ,, .	325.—
,, 14	Manuel Ayllón—Para carbón en 1910	150.—
,, ,,	Maucci Restelli y Cía.—Por cuadernos para esc. San Juan	174.—
,, ,,	Maucci Restelli y Cía.—Por cuadernos para esc. Jujuy	174.—
,, ,,	Justina B. de la Palma—Alquileres desde el 15 de Agosto hasta Diciembre 31 de 1909..........	180.—
,, ,,	Julio César—Sueldo por Noviembre de 1908......	59.30
,, ,,	Fernández Blanco—Sueldos y viático por Enero y Febrero	556.—

			$ m|n.
Día	14	Juan C. López—Sueldo y viático por Febrero....	150.—
”	”	Catalina de Gutiérrez—Haberes por Marzo.......	50.—
”	15	Ferrocarril Central Norte—Por pasajes y fletes....	137.59
”	”	Ferrocarril Andino—Por pasajes y fletes.........	73.32
”	”	Ferrocarril Central Argentino del Norte—Por pasajes y fletes.............................	148.73
”	”	Gustavo Parkins—Por trabajos extraordinarios....	100.—
”	”	José Rodríguez—Por trabajos extraordinarios....	60.—
”	”	Juan P. Ramos—Por viático..................	270.—
”	”	E. E. de Viedma—Para gastos de fiestas de fin de año....................................	20.05
”	”	Juan A. Acardi—Eventuales de Noviembre á Diciembre 1908 y Enero de 1909..............	30.—
”	16	Pedro R. Ferreyra—Por obras del edificio que se construye en Fonrouge entre Cossio y Caaguazú	14.082.66
”	”	Pedro R. Ferreyra—Por obras del edificio San Pedrito entre Unión y Quirno................	5.833.18
”	”	Pedro R. Ferreyra—Por obras del edificio que se construye en Arrecifes entre Laguna y Lacarra.	5.309.55
”	”	Pedro R. Ferreyra—Por obras en el edificio Cayenas entre Vírgenes y Monte Egmont.............	3.855.60
”	”	Pedro R. Ferreyra—Por obras del edificio que se construye en Franklin y Trelles...............	3.931.79
”	”	Sebastián Baulida—Por pizarrones murales.......	1.169.—
”	”	Jaime Domingo—Por varios artículos...........	752.—
”	”	Alberto Vidueyro—Por limpieza de cloacas.......	465.—
”	”	Félix Fried—Haberes de Elena Fried (fallecida)..	190.—
”	”	Silvio Gessul—Por artículos varios.............	109.37
”	”	Daniel Calens—Por plumeros..................	62.50
”	”	Lutz y Schultz—Por 10 termómetros............	15.—
”	”	” —Por una máquina fotográfica.....	331.—
”	”	” —Por una balanza................	36.—
”	”	B. Billet y Hno.—Servicios de automóvil.........	428.50
”	”	Clemente Greppi—Por reintegro de gastos........	12.50
”	”	Consejo Escolar de Jujuy—Subvención nacional, 3.a y última cuota edificio El Carmen............	23.654.80
”	”	Banco Hipotecario Nacional—Servicios de deuda..	11.250.—
”	18	Tacchi Hnos.—Por artículos varios.............	816.—
”	”	Cibrián Hnos.—Por artículos varios............	60.—
”	”	Inspección nacional de Entre Ríos—Para gastos escuelas nacionales...........................	2.000.—
”	”	Inspección nacional de La Rioja—Para gastos escuelas nacionales...........................	2.000.—
”	”	Inspección nacional de Catamarca—Para gastos escuelas nacionales...........................	2.000.—

		$ m|n.
Día 18	Inspección nacional de Tucumán—Por reintegro de gastos	373.32
,, ,,	Maucci Hnos.—Por libros y artículos varios	293.07
,, ,,	Oficina de avisos del Ferrocarril Central Córdoba—Por colocación de carteles	65.—
,, ,,	Cabaut y Cía.—Por artículos varios	968.—
,, ,,	Compañía Unión Telefónica—Servicio de Enero á Marzo	135.—
,, ,,	Francisco di Ció—Por artículos varios	230.—
,, ,,	A. Ugarriza Aráoz—Por devolución de descuentos efectuados	7.60
,, ,,	M. I. Sagastizábal—Por devolución de descuentos efectuados	11.40
,, ,,	Eduardo Duhau — Por devolución de descuentos efectuados	6.85
,, ,,	B. Balladares—Por devolución de descuentos efectuados	3.80
,, ,,	R. S. Otero—Por devolución de descuentos efectuados	47.50
,, ,,	M. Grifero — Por devolución de descuentos efectuados	9.50
,, ,,	J. M. Lavignolle—Por devolución de descuentos efectuados	108.30
,, ,,	Transferencia á cuenta Depósitos judiciales el depósito de J. Pery, según lib. 28 de Marzo	10.—
,, ,,	Carlos H. Martini—Por obras en el edificio que se construye en Loreto entre Freyre y Zapiola	11.881.17
,, ,,	Carlos H. Martini—Por obras en el edificio calle Zapata 449	10.095.20
,, ,,	Carlos H. Martini—Por obras en el edificio que se construye en Moldes entre Pampa y Sucre	11.428.43
,, ,,	Carlos H. Martini—Por obras en el edificio que se construye en Santa Fe 5039	12.731.73
,, ,,	Bernardo Bas—Por artículos varios	2.720.06
,, ,,	Jacobo Peuser—Por artículos varios	361.—
,, ,,	"Sarmiento"—Por avisos	889.—
,, ,,	Serviliano Vallejos—Por 12 fotografías	36.—
,, ,,	Pedro Mournany—Por 80 fotografías	200.—
,, ,,	Ludovico Brudaglio.—Por 15 fotografías	36.—
,, 20	Zimmermann Noé y Cía.—Por saldo de obras en las casillas de madera	4.061.98
,, ,,	Arturo W. Boote y Cía.—Por una máquina escribir.	386.35
,, 21	Luis A. Sánchez—Por devolución de multas	10.80
,, ,,	A. Torres y Cía.—Por artículos varios	1.112.60
,, ,,	Donnell y Palmer—Por artículos varios	650.—
,, ,,	Antonio Crosta—Por artículos varios	2.000.—

$ m|n.

Día 23 Antonio Crosta—Por artículos varios.......... 569.70
" " Agueda D. de Monteverde—Sueldo Diciembre 1909. 152.—
" 22 Juan y Luis Auda—Por el 5° certificado obras edificio G. IV.............................. 8.850.69
" " Juan y Luis Auda—Por el 3er. certificado obras edificio G. VI.............................. 2.921.91
" " Juan y Luis Auda—Por el 3er. certificado obras edificio G. V.............................. 1.958.21
" " Gurina y Cía.—Por cinco pianos para esc. San Juan 2.750.—
" " La Cargadora—Por fletes (esc. de Corrientes)... 100.80
" " A. C. de Renauldt—Para gastos de escuela de Niños débiles, por Marzo (P. Lezama).......... 625.53
" " Clementina C. de Cabrini—Sueldo de portero para B. Cabrini (fallecido).......................
" " Delfina Jijena—Viático....................... 50.—
" " Raúl B. Díaz—Reintegro de gastos............. 121.75
" 23 F. Cruz (Gob. de Formosa)—Contribución del H. Consejo para las fiestas en homenaje á Urquiza. 500.—
" " Servanda R. de Repetto—Haberes Diciembre 1909 190.—
" " Ida Astorri—Haberes por Diciembre 1909........ 160.—
" " Consejo de Educación de La Rioja—Subvención nacional, saldo 6° bimestre 1909.............. 1.761.75
" " Consejo de Educación de Santa Fe—Subvención nacional, anticipo 1er. bimestre 1910.......... 25.000.—
" " Consejo de Educación de San Luis—Subvención nacional, anticipo 1er. bimestre 1910.......... 25.000.—
" " Luis Loreti—Importe 6° certificado edificio esc. que se construye en Méjico 2373-91.......... 9.686.25
" " Luis Loreti—Importe del 6° certificado de las obras edificio esc. Formosa entre Senillosa y Torino . 11.282.52
" " Lucrecia V. Carini—Sueldo por Febrero de 1910.. 95.—
" " Mateo de Lorenzo—Por trabajos en la Of. Judicial 10.—
" " Camilo E. Tencone—Reintegro de gastos........ 180.—
" " La Cantábrica—Por dos bancos de jardín y artículos varios.............................. 210.—
" 25 María Luisa Sosa—Haberes de Marzo 1910....... 190.—
" " Juan V. Olivera—Haberes de Marzo 1910........ 285.—
" 26 María C. Bohigas—Haberes por Diciembre 1909... 95.—
" " " — " " " ... 95.—
" " Tito Meucci y Cía.—Por artículos varios........ 102.0[illegible]
" " J. Vicente—Por artículos varios................ 163.80
" " J. B. Zubiaur—Para gastos de representación.... 500.—
" " Fidel M. González—Haberes por Diciembre 1909.. 118.75
" " Concepción M. de Pedernera—Por asignación para escuela nocturna........................... 76.—
" 27 Coni Hnos.—Por textos....................... 4.828.—

		$ m|n.
Día 27	Agustín Quintón—Haberes por Diciembre 1909 y Enero y Febrero 1910	456.—
” ”	El Monitor—Por colaboración	80.—
” ”	Angel C. Bustos—Reintegro de gastos	56.35
” ”	El Monitor—Para colaboraciones	530.—
” ”	Emilio Mira—Honorarios por ley 1420	12.—
” ”	Alfredo Alanís—Por fotografías	45.—
” ”	Antonio Rodríguez — Por trabajos esc. “Miguel Cané”	25.—
” ”	El Monitor—Por colaboración	80.—
” ”	Cruz Velázquez—Por fotografías	35.—
” ”	Isaac Soler—Reintegro de gastos	175.—
” ”	Delfín Jijena (h.)—Por viático	100.—
” 29	Enrique Banchs—Reintegro de gastos	256.50
” ”	I. Rillo—Por alquiler de sillas	60.—
” ”	Arnoldo Berta—Honorarios por ley 1420	30.—
” ”	Clemente J. Aguirre—Sueldo de vacaciones	399.—
” ”	Nicanor S. Aliaga—Viático	75.—
” ”	Amancia Bazán—Sueldos de Enero y Febrero	304.—
” ”	Mendesky é hijo—Por artículos varios	1.393.60
” ”	San Juan—Subvención nacional, saldo 3er. bimestre y anticipo del 4° bimestre 1909	26.831.08
” ”	Raúl B. Díaz—Reintegro de gastos	401.56
” ”	” —Para viático de varios maestros	175.—
” ”	Clemente de Marco—Por obras en el edificio Tucumán 2341	559.82
” ”	María I. Aveleyra—Por ley 1420, honorarios	32.—
” 30	Caja Nacional Jubilaciones y Pensiones Civiles—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas Capital	31.686.46
” ”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas Territorios	5.528.18
” ”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos Inspectores y empleados	560.—
” ”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos maestros disponibles	963.50
” ”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos empleados del Consejo	5.146.50
” ”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos Inspectores provinciales	417.50
” ”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o planilla suplementaria, ley 4874	68.11
” ”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Buenos Aires	99.37
” ”	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Santa Fe	248.75

		$ m|n.
Día 30	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Entre Ríos...	499.25
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Corrientes ...	526.—
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Córdoba	495.16
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales S. del Estero .	475.—
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Tucumán ...	305.—
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales San Luis ...	749.99
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Salta	337.50
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Jujuy	230.—
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Catamarca ...	557.50
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales La Rioja	282.50
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales San Juan ...	501.25
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos escuelas nacionales Mendoza ...	342.50
,, ,,	Caja de Jubilaciones, etc.—Depositado descuento 5 o|o sueldos en varios expedientes	325.70
,, ,,	Magdalena G. de Torres—Para gastos esc. de Niños débiles	319.12
,, ,,	Juan Norrié—Por artículos para Taller de reparaciones	372.82
,, ,,	Hoffmann y Stocker—Por artículos para esc., La Rioja	297.—
,, ,,	Alfredo Forjas—Por fletes	507.—
,, ,,	Virgilio M. Carmona—Honorarios por Ley 1420	36.—
,, ,,	Emilio F. Carmona ,, ,, ,, ,,	18.—
,, ,,	Luis A. Carmona ,, ,, ,, ,,	12.—
,, ,,	Emilio Mira ,, ,, ,, ,,	9.—
,, ,,	María I. Aveleyra ,, ,, ,, ,,	3.—
,, ,,	Antonio Ferro—Por diferencia de liquidación en rendición de cuentas por honorarios, Ley 1420	7.—
,, ,,	Benito Valladares, Ley de descuentos por octubre 1909	3.40
		1.357.782.62

Importan los pagos hechos por la Tesorería del Consejo Nacional de Educación, durante el mes de Abril ppdo., la suma de un millón trescientos cincuenta y siete mil setecientos ochenta y dos pesos con sesenta y dos centavos moneda nacional.

Tesorería, Mayo 1.° de 1910.

Maximiliano Serrey
Tesorero

Publíquese

José M. Ramos Mejía
Presidente
Alberto Julián Martínez
Secretario general.

